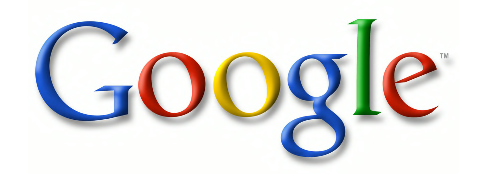
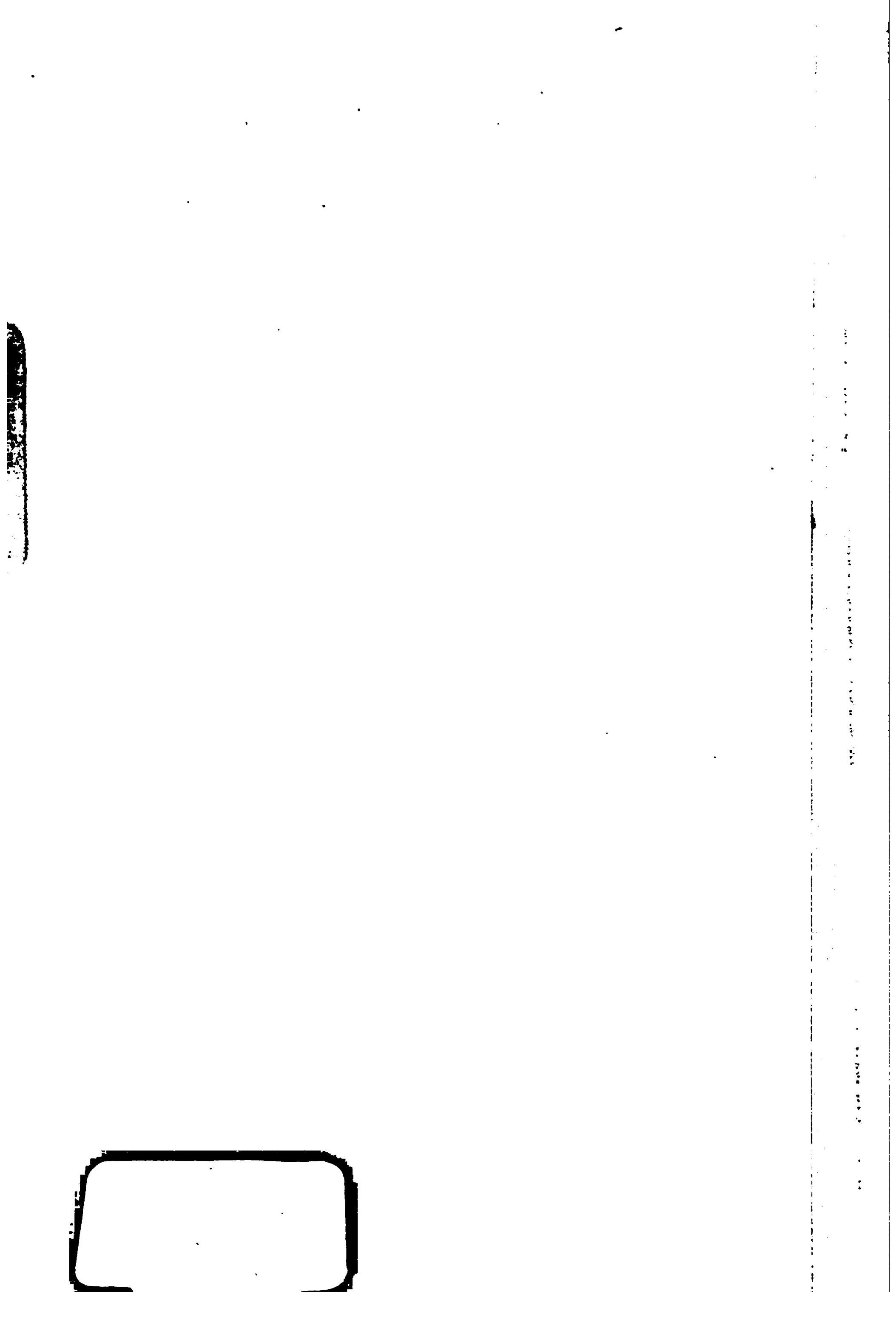
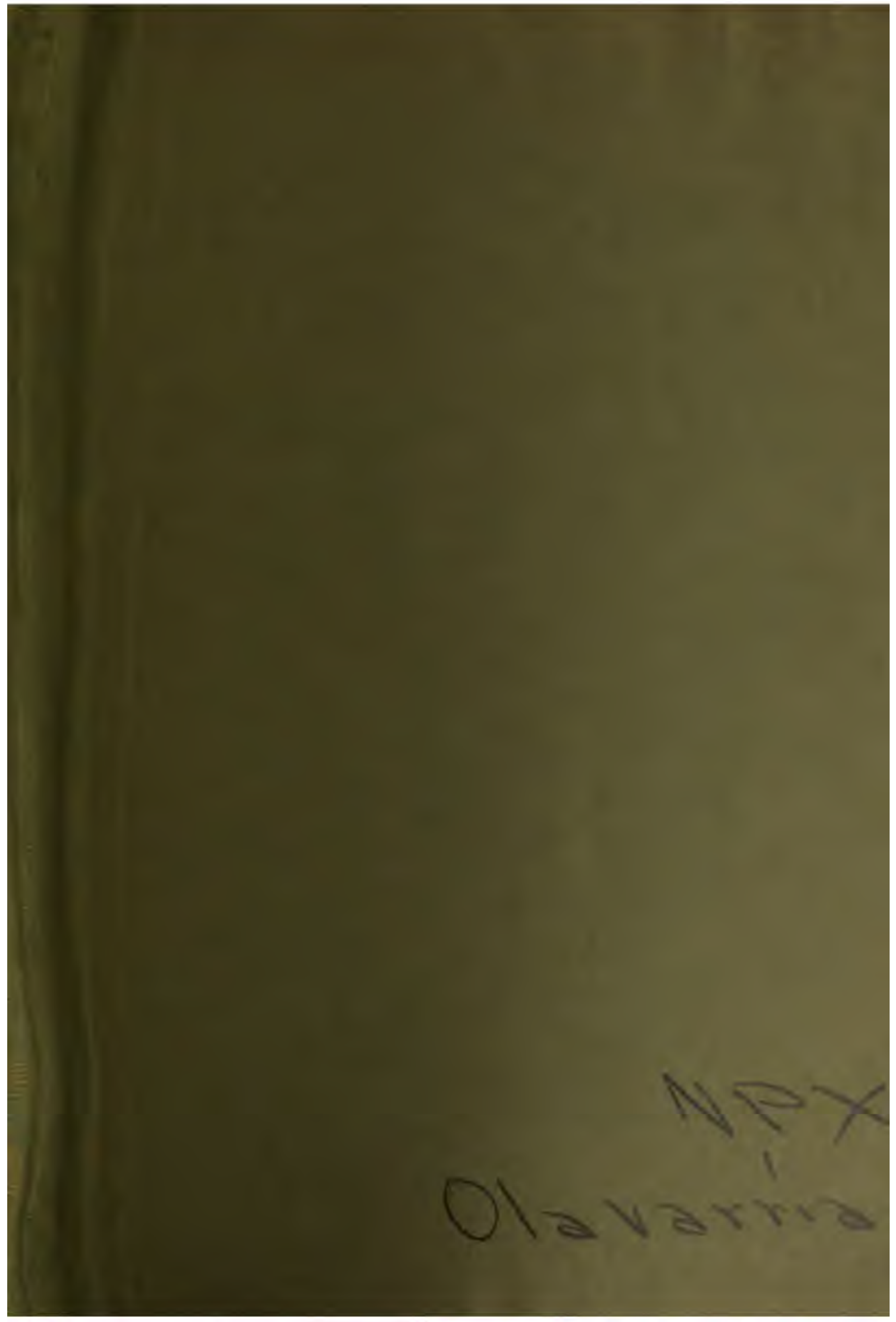





NPX
Olavarria

(260)

C. A. Janvier
Newyork, [illegible]
Abdiano 2.- [illegible] - [illegible]

K

Olavarria
NPX

VENGANZA Y REMORDIMIENTO

VENGANZA Y REMORDIMENTO

POR

E. DE OLAVARRIA Y FERRARI.

MEXICO
DIAZ DE LEON Y WHITE, EDITORES.
1869.

Litog. de Iriarte.

VENGANZA

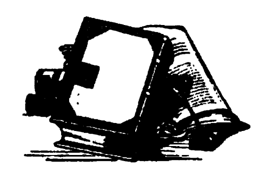
Y

REMORDIMIENTO

NOVELA ORIGINAL

POR

ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI



MÉXICO

DIAZ DE LEON Y WHITE, EDITORES

1869

(260)

C. A. Janvier
New York, [illegible]
Abordiano [illegible]

k

Olavarria
NPX

VENGANZA Y REMORDIMIENTO

POR

E. DE OLAVARRIA Y FERRARI.

MEXICO

DIAZ DE LEON Y WHITE, EDITORES.

1869.

Litog. de Iriarte.

VENGANZA

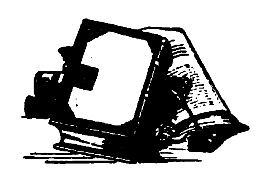
Y

REMORDIMIENTO

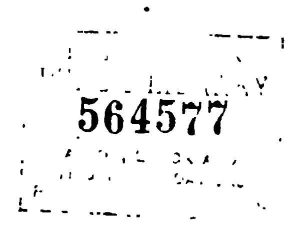
NOVELA ORIGINAL

POR

ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI



MÉXICO
DIAZ DE LEON Y WHITE, EDITORES
1869



IMPRENTA DE LOS EDITORES
Segunda calle de la Monterilla Núm. 12.

VENGANZA Y REMORDIMIENTO

CAPÍTULO I.

INTRODUCCION

Destruida casi completamente por el ejército sitiador al mando de Don Fernando Cortés la primitiva ciudad de México, residencia de los antiguos emperadores aztecas, poco tiempo despues de la toma de la ciudad, acaecida el 13 de Agosto de 1521, se comenzó á levantar, con sujecion á un plano ó *traza* formado préviamente, una gran parte de la actual ciudad de México.

Dudóse si convendria edificar la nueva ciudad en el lugar de la antigua, ó en mas conveniente posicion fundar otra; resolviéndose por lo primero la opinion de los capitanes de Cortés y la de este mismo.

Quísose, ante todo, conservar á la ciudad su antiguo nombre, y con él dar á la nueva capital el mismo influjo que la antigua ejercia sobre todo el país.

Túvose presente, por otra parte, su ventajosa situacion, por hallarse en medio de la laguna y comunicada con tierra firme úni-

camente por calzadas, que convenientemente cortadas y defendidas por anchos fosos, tan fácil habrian hecho la defensa de aquel puñado de soldados españoles, abandonados por largo tiempo á sí mismos en medio del inmenso y entonces bien poblado territorio del imperio de México.

Consolidado definitivamente el gobierno español, por la sumision casi completa de las provincias de los antiguos reinos, bien pronto se echaron de ver los grandes inconvenientes que traia consigo la posicion topográfica de la ciudad.

Rodeada por una hermosa cordillera de montañas de mas de sesenta leguas de extension, y en el fondo mismo del inmenso valle por aquellas formado, se vió desde luego cuán expuesta se hallaba á frecuentes y terribles inundaciones; pero cuando se comprendió este inconveniente, ya la ciudad extendia majestuosa sus rectas y hermosas calles formadas por sólidos edificios, que hacian difícil si no imposible la traslacion de la ciudad.

Vino á encerrarse la primitiva ciudad en un gran cuadro, que abrazaria en extension próximamente una mitad de lo que hoy la forma en su totalidad; cuadro que limitaban al Oriente la calle de la Santísima y las que siguen su direccion á derecha é izquierda; al Sur la de San Gerónimo ó San Miguel; al Norte la espalda de Santo Domingo, y al Poniente la calle de Santa Isabel.

Este espacio, como ya hemos dicho, se llamó la *traza* de la ciudad, y en las calles antes citadas se formaron, á guisa de fosos, anchas acequias, que despues encerradas entre las nuevas construcciones, dieron á las calles que formaron, la denominacion de «calles del Agua.»

Cegadas estas sucesivamente, no quedó de su existencia otra memoria que los nombres de los puentes sobre ellas construidos, conservándose en el mismo centro de la ciudad todas aquellas acequias, que facilitaban el tráfico y la conduccion de víveres para el consumo de los moradores.

Las lagunas que rodean á México, extendíanse en aquel tiempo

hasta tocar en muchos puntos la traza de la ciudad, especialmente por Oriente y Sur, fundándose, en consecuencia, los barrios de habitacion de los indios, fuera de ella y al Norte y Poniente de la ciudad, rumbo del antiguo Tlaltelolco y parroquia de San José, ahora conocido con la denominacion de *Nuevo México.*

Convínose para la edificacion de la ciudad, en que á cada individuo que quisiese ser vecino de ella se le adjudicaria un solar, y dos á los soldados conquistadores, con la obligacion de construir en él, en un término de tiempo dado, so pena de perder todo derecho; quedando el espacio de terreno fuera de la traza á disposicion de los naturales para construccion y cultivo de sus productos.

Pronto la ciudad tomó el aspecto alegre y seductor de toda construccion nueva, y sus moradores comenzaron á echar las raíces de la nueva generacion que se posesionaba de tan rico y productivo país.

La dulzura del clima cautivó desde luego á cuantos vivian disfrutando de ella, y la riqueza de su exuberante vegetacion, los varios productos de sus campos y los tesoros de sus minas, hicieron que la mayor parte de aquellos europeos aventureros y arrojados, amasen como suyo el país en que miraban realizada una grandiosa y sorprendente epopeya.

La México de hoy conserva como indeleble sello las huellas de aquellos hombres; y sus nuevos hijos son grandes, nobles y generosos, como descendientes de un pueblo magnánimo, poderoso y rico de aquella hidalguía, grandeza y valor, que hoy ocupan tan digno como inmenso lugar en la historia de los pueblos grandes.

Cuando siguiendo la ley natural de todas las cosas con vida y de todos los pueblos con decoro y dignidad, la Nueva España se independió de su antigua metrópoli, no desechó ninguna de las virtudes de sus padres, procuró corregir los vicios que le dejaron, y poco despues volvió á estrechar con ella sus vínculos de amor, para formar entrambas dos asímiles y cariñosas hermanas en la gran familia de los pueblos.

Lucharon, sí; pero todos los pueblos generosos procuran cubrir con el velo del olvido estas naturales contiendas, sin que por eso no rindan culto, en lo íntimo de las almas de sus hijos, á los santos combates que les dieron con su autonomía su independencia y propio existir.

Ninguna de las estaciones toca en México á su extremo, propiamente hablando.

La rica vegetacion de sus prados pudiera decirse que nunca llega á morir, durmiendo tan solo un corto tiempo durante los pronunciados meses de invierno.

Los árboles sacuden sus copudas cabelleras de hojas, corto tiempo agostadas, para mudarlas rápidamente por otras nuevas, jugosas y esmaltadas.

Sobre sus campos, casi siempre verdes, jamas la nieve extiende sus destructoras sábanas, y en medio del invierno, su cielo de zafir permanece limpio y brillante, iluminado por un sol apacible y templado.

Las estaciones no se diseñan con entera fijeza; la primavera domina á todas, y durante los calores de estío ó las heladas de invierno, las perfumadas hijas de Flora brotan por todas partes con la misma vida y abundancia casi que en la risueña primavera.

Rodeada México de lagunas, y fundada quizá sobre una de ellas, goza la tierra del suficiente jugo para dar vida en toda época á sus producciones.

En invierno, ya hemos dicho que las lluvias son desconocidas; y si bien suele haber sus escarchas y fuertes vientos helados, no es esto lo general, ni tampoco son excesivamente pronunciados.

Pudiera decirse que el invierno en México es el prólogo de su primavera, no muy claramente marcada, pues el estío se adelanta con sus calores, que hiciéranse excesivos á no templar la atmósfera las diarias y fuertes lluvias del verano. Suelen ser estas tan abundantes, que en pocas horas producen una inundacion, haciéndose en extremo difícil el desagüe de la ciudad, por su viciosa situacion y porque hasta el presente no se goza en ella de las obras necesarias

para efectuarle cómodamente, no ayudándole en casi nada las lagunas, cuyo nivel se acerca demasiado al de las aguas dentro de la ciudad.

Por ese motivo regístranse en la historia de ella célebres y formidables inundaciones.

A pesar de esto, es muy poco comun que la lluvia dure todo el dia; pasándose generalmente estos fuertes chaparrones en el espacio de tres ó cuatro horas.

Mas en medio de muchos bienes tiene México un mal gravísimo, y es la excesiva desigualdad de su temperatura, nunca fija y versátil siempre.

Cambia durante el dia y rápidamente del calor al frio y vice versa, y de cualquiera de estos á un grato medio templado.

Expone, por tanto, á sus habitantes á crudas pulmonías y enfermedades del pecho, sin que por esto ¡deje de ser encanto de quienes en ella moran.

El trato de sus hijos es en extremo agradable, y no se necesita mas que presentarse á ellos honrado y franco, para encontrar por todas partes almas que simpaticen con la nuestra, y se sacrifiquen en obsequio y servicio del amigo.

Antiguas heridas que su ilustracion y juicio van cicatrizando, suelen ser alguna vez abiertas por la ignorancia y mala fé; y entonces, con la justicia que asiste á todo pueblo, el mexicano se indigna y escupe á la cara del que osa insultarle ó lastimarle.

Pero su trato y costumbres son, sin duda alguna, los que mas se avienen al franco carácter español; y si no fuese por ese cielo de la Patria querida, que siempre vemos tan puro y estrellado como el que mas; si no nos llamase nuestro corazon hácia el lugar donde se hallan nuestra madre, nuestro hogar y nuestras glorias históricas, nada echariamos de menos, siendo buenos y dignos, entre los mexicanos.

Ellos, únicamente no quieren á esas miserables sanguijuelas que chupan las riquezas del país; pero al que nada toma mas que el fruto de su trabajo, garantido por una conciencia y *manos* limpias,

ellos, porque son muy generosos, se esfuerzan en protegerle, y le dan enteros su cariño y amistad.

Perdónesenos esta digresion, tan importante, por otra parte, para dar su lugar al país en que al presente vivimos, y para asentar la verdad de que si es posible para un español digno hijo de aquella tierra bendita y desgraciada, á quien ama mas que á su propia vida, tanto como á su madre, hermosa é idolatrada; si es posible para él, repetimos, hallar una segunda patria, esa será, sin duda alguna, la fértil tierra que cubre el limpio cielo mexicano, y bajo el que se cobijan en los corazones de sus hijos, ilustracion y talento, amor y fraternidad.

CAPÍTULO II.

Entre la muerte y la vida.

UNA noche del mes de Julio de 1578 tenia lugar en una casa de decente apariencia, situada en la calle que entonces se llamaba *«que va* de Santo Domingo á las Atarazanas» y hoy dia «de la Perpetua,» la mas imponente de las escenas que componen la vida del hombre.

En plena *estacion de aguas*, las calles de la ciudad, sembradas por doquier de grandes charcos, presentaban al paso de los transeuntes dificultades y peligros, y á su vista un aspecto sucio y feo.

La oscuridad de la noche hacia menor el último defecto y agrandaba el primero en gran manera.

Ni un solo farol con su vacilante claridad contribuia á evitar los malos pasos, ni la escasez que de carrozas habia entonces, permitia atravesar las calles á pié enjuto.

La noche era horrible en extremo; en medio de una tormenta deshecha en que abundaban resonantes truenos y deslumbrantes relámpagos, la lluvia caia á torrentes y con un ruido extraordinario.

Las diez de la noche era la hora que acababa de sonar al dar comienzo los primeros episodios de nuestra narracion, y ni aun las rondas de oficio osaban recorrer las calles, por las que alma viviente no pasaba.

Por las ventanas de las casas ninguna luz se descubria en el interior de ellas, y el silencio de sus moradores parecia indicar el terror con que escuchaban el fragoroso estruendo de los desencadenados elementos.

Las mil canales de las azoteas dejaban caer sus gruesos hilos de cristal sobre los inmensos charcos que bajo de ellas se formaban, y por el centro de la calle corrian en bulliciosos remolinos, improvisados rios de una agua que á fuerza de haber caido en tanta cantidad, aparecia casi limpia del lodo que en sus principios arrastrara.

Las fachadas de las casas chorreaban la lluvia, que las azotaba con tal fuerza, que arrastraba tras de sí grandes trozos de la pintura exterior.

Aquel era uno de esos terribles aguaceros propios del verano en México, y amenazaba dejar inundado el piso de las calles de la capital de Nueva España.

Hemos dicho que en la calle que entonces se decia «*que va* de Santo Domingo á las Atarazanas» y en una de sus casas, tenia lugar una escena terrible y conmovedora.

En una estancia con bastante gusto adornada, mirábase á la luz de una lámpara un lecho con colgaduras carmesí, y en él y bajo de ellas, una mujer como de cuarenta y cinco años de edad, pero hermosa y bien conservada, aunque en aquellos momentos pudieran haberse estudiado en su rostro los marcados síntomas de la muerte, próxima á cebarse en su víctima.

Leíanse en sus ojos, llenos de vida aún, el temor y la impaciencia; pero tan marcadamente, que ellos solos parecian querer alargar los instantes postreros de aquella mujer.

Postrada de hinojos, con la cabeza entre sus manos y el rostro sobre las sábanas, una jóven de gallardo cuerpo derramaba abun-

dantes lágrimas, dejando escapar amargos sollozos, que pintaban al vivo cuán inmensa era su pena, y daban á entender que lazos muy íntimos la ligaban á la moribunda.

El ruido de la tormenta exterior resonaba espantoso en aquella habitacion, acompañando majestuoso con sus truenos y la luz de sus relámpagos, los supremos instantes de aquella moribunda.

Seguia esta dando claramente á entender su impaciencia, volvia sin cesar sus ojos en direccion á la puerta, y se estremecia, considerando quizá que la muerte, cuyo hálito frio sentia en el rostro, iba á cortar el hilo de una existencia que necesitaba antes de concluir salvar un misterio ó confesar una falta y obtener el perdon.

La tormenta seguia arreciando; la luz del relámpago superaba, al lucir, la claridad de la lámpara, y el estertor que comenzaba á escaparse de entre los labios secos y lívidos de la moribunda, parecia anunciar la victoria del ángel exterminador que en aquella estancia batia como en su elemento sus negras y sutiles alas.

La jóven arrodillada, continuaba sollozando con dolorosa angustia, y nadie acudia á aquella antesala de la eternidad á prodigar un consuelo, á pronunciar una palabra de compasion, á prestar un auxilio.

Ver venir pausadamente á la muerte, es horroroso; pero verla venir sin que nadie nos ayude á recordar á Dios y hablar de él, es espantoso.

La soledad pocas veces halaga, intimida siempre; pero cuando esa soledad viene á aumentar el frio de nuestra alma, cuando esa soledad contempla con su terrible silencio la angustia que nos destroza, viniendo á aumentarla con su calma horrible, esa soledad es la muerte que se burla de nosotros, pasándonos entre nuestros labios crispados, el corvo filo de su destemplada guadaña.

El corazon del hombre suele sentirse materialmente mas fuerte cuando una debilidad que le paralizara y concluyese vendria á ser su mejor alivio.

El mismo efecto que si la cuchilla del verdugo se detuviese en nuestra garganta antes de terminar su oficio de destruccion.

El mal que se ve venir, más nos aterra que el que hiriéndonos de plano no nos deja lugar sino para ver su inmensidad y sucumbir á su peso.

Es el mal á veces tan imponente, que él mismo se detiene en su camino, cual si á sí propio se espantara de los efectos que debe de causar.

Aquellas dos mujeres luchaban con la muerte y la agonía del alma; la lucha era desigual, y no obstante, ellas vencian.

En tales momentos la puerta de la estancia se abrió, y dibujándose en la oscuridad de los aposentos contiguos, la luz de la cámara iluminó la silueta de un hombre vestido del hábito usado por los monjes de San Francisco.

El fraile dió un paso y se detuvo luego, cual si la muerte ocupase tan por entero aquella estancia, que no diese lugar á un vivo para penetrar en ella.

Ninguna de las dos mujeres pareció fijarse en él; á la moribunda mirábasela con los ojos cerrados, muerta ó reposando.

La jóven, arrodillada, permanecia con el rostro oculto entre sus manos, inmóbil y en silencio, como de mármol ó sin vida.

El fraile las veia, manteniéndose fijo en el primer lugar, como temiendo convencerse de que aquellas dos mujeres no existian.

—¿Habré llegado tarde? se preguntó.

La vívida claridad de un gran relámpago y el estruendo de un prolongado trueno, pusieron en movimiento á los personajes de aquella escena sin vida.

El fraile se volvió temeroso, cual si aquel trueno con su voz terrible hubiese repetido á su oido palabras que le hiciesen estremecer.

La moribunda abrió sus ojos con angustia, como quejándose al cielo de que con tales ruidos viniese á turbar las postreras meditaciones de su alma.

La jóven levantó á su vez la cabeza, cual si á alguno buscase en quien hallar refugio en su desgracia, ó á quien pedir auxilio para poder sobrellevar el peso de tan obstinado infortunio.

—¡Viven aún! se dijo satisfecho el fraile.

—¡Padre! exclamaron al verle, y á la vez, las dos mujeres.

El fraile recobró su aplomo, se adelantó algunos pasos, llegó á la cama de la enferma, y tomando de la mano á la jóven y ayudándola á levantar, la sacó fuera de la estancia, y volvió á entrar, cerrando tras sí la puerta.

La moribunda habia vuelto á cerrar los ojos, y su semblante se cubria de una tinta azul y amoratada.

El fraile la miró sobresaltado, y despues de cerrar las maderas de la ventana para impedir que la luz de los relámpagos penetrase á la estancia, se aseguró de que por nadie podria ser visto ni escuchado, y se acercó al lecho.

La enferma no dió muestras de haberle sentido, y entonces él cogió su mano, que tenia sobre el lecho, y con cierta inquietud le tomó el pulso.

—Aun vive, pero su debilidad es extrema: eso no importa, puedo alargar sus instantes.

Y sonriendo con satisfaccion y orgullo, sacó un pomo de plata de debajo de sus hábitos, y destapándole le aplicó á las narices de la enferma, que pareció volver en sí.

En aquellos momentos la fisonomía del fraile se animaba cual si le causase placer aquella lucha en que trataba de salir victorioso de la muerte.

El color vivamente amoratado del rostro de la moribunda comenzó lentamente á desvanecerse, y poco despues desaparecia por completo.

El fraile se sonrió y dijo para sí, contemplando su milagroso pomo, y tomando en sus manos una copa de un agua amarillenta que se veia sobre una pequeña mesa, próxima á la cama de la enferma:

—Poderoso soy! la vida y la muerte, ambas puedo usarlas á mi albedrío.

La enferma acabó por abrir los ojos, y dijo:

—Padre, poderoso es Dios; pudiera deciros que ya veia la eternidad y me miraba en ella, y no obstante, vuelvo á la vida, de que

parecia apartarme la muerte, á pesar de mis esfuerzos por no morir sin veros.

—¿Me deseábais?

—Mucho.

—¿Teneis alguna confesion que hacerme?

—Sí, padre.

—Decid, y esperad en Dios.

—¡Ah!...... en vano me esfuerzo por hablar...... no puedo.... la muerte es mas poderosa que mi voluntad.

—¿Qué sentís?

—Paralizarse otra vez mi sangre......y helárseme en las venas.

—Hablad os ruego, aprovechad los instantes.

—¡Imposible! ¡imposible!

El fraile volvió á sacar el pomo y le destapó.

—Aspirad esta esencia, dijo, y os reanimareis.

La enferma obedeció.

—¿Os sentís mejor?

—Ningun efecto me hace.

—¡Cómo!

—No; esa esencia no hiere ya ¡ay de mí! mi olfato destruido por la muerte.

—¡Hola! dijo el fraile para sí, corre mas riesgo del que yo supuse; pero no importa, la vida está en mis manos; sabré dársela á pesar de todo.

El fraile se sonrió, y tomando la copa que contenia el líquido amarillento, vertió en ella unas gotas del contenido del pomo.

El agua se puso rápidamente oscura, y poco á poco fué tomando un color de rosa topacio.

Entonces se acercó al lecho de la enferma y la hizo beber una gran parte del líquido.

La vida, en efecto, contenia aquella copa, pues la mirada de la enferma se tornó rápidamente brillante, y se animó su fisonomía.

—¡Ah! ¿qué me habeis dado, dijo, que tanto bien me habeis hecho?

—¿Os sentís mejor?

—¡Esto es prodigioso!

—¿Sí?

—Hasta va desapareciendo mi debilidad.

—¡Dad gracias al cielo!

—¡De lo íntimo de mi corazon!

—Por fin, hija querida, ¿qué teneis que decirme?

—¡Ah, padre! exclamó la enferma, á cuyo rostro parecia asomarse la juventud y la vida por grados y rápidamente; me voy sintiendo cada vez tan mejorada, que casi espero de Dios que me vuelva entera la salud.

—Bien, hija; pero decid......

—Padre mio, perdonad; pero el júbilo que siento al volver á la vida desde el umbral mismo de la muerte, me hace olvidarme de todo.

—¿Pero y esa confesion?

—Esa confesion, padre, envuelve un secreto que tan solo me es lícito romper en el instante de la muerte, y os repito que me siento volver á la vida.

—¿Un secreto decís?

—Y tan grave como importante.

—¡Ah!......

—Padre!

—No confieis, desgraciada, en ese alivio que sentís; la muerte es mas segura cuando se la espera menos.

—Padre, no lo creais, yo viviré.

—¡Vivirás!

—Sí.

—¡Oh! eso no lo sabes tú, murmuró el fraile frunciendo el entrecejo con horrible expresion y volviendo á tomar la copa milagrosa.

—¿Qué vais á hacer? preguntó la mujer observando, á pesar de él, el furor del fraile.

—Sosteneros en la vida, respondió este cubriendo con su cuerpo la copa, para ocultarla á la vista de la enferma.

—¡Padre! yo nada quiero.

—¡Voy allá! respondió él, llevando en una mano la copa terrible, cuyo líquido estaba otra vez fuertemente amarillo; ¡bebed!

—¡Oh! ¡no quiero! replicó la enferma, como avisada del cielo, no quiero beber.

—¡Bebe! le repitió llegando la copa á los labios de la infeliz.

—¡No! ¡no quiero beber! dijo ella retirando la copa; vuestro pulso tiembla, vuestra respiracion es agitada, vuestros ojos despiden lumbre entre los pliegues de vuestra capucha!...... no, no, no! os tengo miedo; no quiero beber, no beberé.

—La vida es la que te ofrezco, infeliz.

—¡No, no! os tengo miedo, no quiero beber.

—Y bien, aun cuando así sea, beberás.

—¡Oh! no, ¡jamas!

—Yo te obligaré.

—Os será imposible.

—No podrás resistirme.

—El cielo me dará fuerzas.

—¡Pruébalo!

—¡Ah! exclamó la enferma al ver brillar entre las manos del fraile la hoja de un puñal.

—¡Bebe! dijo aquel apoyando el filo del arma en el cuello de la infeliz.

—¡Socorro! gritó esta exponiéndose á todo.

Instantáneamente la puerta se abrió y en ella apareció la jóven que pocos momentos antes lloraba sobre el lecho de la enferma.

—¿Qué os pasa? ¡Dios mio!

—¡Calla! exclamó el fraile acercándose al oido de la enferma, ¡calla!

—¡Eso no!

—¡Callarás! repitió el fraile volviéndose de espaldas á la jóven que acababa de entrar, y levantando la prolongada capucha que le cubria el rostro.

—¡Dios mio! gritó la enferma, aterrada al fijarse en el rostro del fraile.

—¿Pero qué es esto? preguntó la jóven.

—Nada, hija mia, respondió el fraile, que habia vuelto á echarse la capucha; vuestra madre delira; pero nada temais: ya se le ha pasado, y confio en Dios que no morirá.

—Sí, hija mia, dijo la enferma, el padre me ha curado casi completamente. ¡Viviré! viviré!

—¡Dios mio! será posible! exclamó la pobre jóven arrojándose al lecho de su madre y cubriendo de besos su rostro.

—Dejadnos solos, dijo el fraile.

—Padre, perdonad; pero no querais apartarme de mi hija.

—Pero......

—No la dejaré salir.

—Mirad que......

—Ambas tenemos que rogar al cielo por vos, que me volveis á la vida.

—¡A la vida!!......

—Sí; puedo juraros que mi mal ha cesado.

—¡Oh, madre mia! mentira me parece!

—Pues no, hija mia; ¡viviré! viviré!

—Quiera el cielo que no os engañeis.

—¡Oh! yo os lo afirmo.

—Mucho es.

—Procuraré no enfermarme otra vez, y sobre todo, usar con precaucion las pócimas de los doctores.

—¡Señora!......

—Gracias, padre, gracias.

—Adios.

—Él os guarde.

—Cuidaos.

—Para conseguir mi salud completa, acabaré de tomar el líquido que queda aún en la copa.

—¡Ah!

—Hija mia, toma esa copa y guárdala bien.

—Sí, madre mia, contestó la jóven tomando la copa de encima de la mesa, y disponiéndose á salir con ella de la habitacion.

—¡Dejad esa copa! dijo el fraile.

—Guárdala, hija mia, guárdala.

—Dejadla os digo.

—Pero......

—¡Dejadla! repitió aquel tomando á la jóven por la muñeca y haciéndole soltar la copa, que cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

—¡Ah! exclamaron ambas mujeres.

—Cuando sea necesario yo volveré á prescribiros esa pócima.

—Gracias.

—Por hoy no es necesaria ya.

—Vos lo sabeis.

—Adios.

—Adios.

—¡El Señor quede con vosotras!

....

....

El fraile salió de la habitacion y pronto se encontró al pié de las escaleras, donde una litera le esperaba, conducida y guardada por varios hombres.

Sin pronunciar una palabra entró en ella y salió á la calle.

Seguia tronando y lloviendo con igual fuerza que á su entrada á la casa.

Los conductores comenzaron á andar.

En la esquina cruzáronse con un embozado, que sin hacer alto en ellos, siguió adelante la calle «*que va* de Santo Domingo á las Atarazanas.»

El fraile mandó hacer alto.

—¿Dónde ha entrado ese hombre?

—En la misma casa de que acaba V. S. de salir.

—¿Estás cierto?

—Sí, señor.

—Está bien.

—¿Seguimos adelante?

—No.

—Como V. S. disponga.

Los conductores de la litera descansaron de su peso.

La tormenta continuaba.

———

CAPÍTULO III.

Proyectos de amor.

DULCE es la vida si un amor inmenso y apacible acaricia nuestro sér y nos hace sonreir.

Nada mas grato que mirarse en los ojos del sér querido, cuando sentados en su regazo damos reposo á los labios, pobres y faltos de palabras, para decirnos con él halagos mil por medio de la elocuencia del silencio.

Noche sin estrellas, campo sin flores, flores sin aroma, son las almas que cruzan la juventud, valle de los amores, sin adormirse ciegas en el calenturiento sueño de la pasion.

Viven los corazones tan solo el tiempo que el rubor del primer juramento tiñe de puro nácar la frente y las mejillas de sus dueños.

Así como la flor no está galana sino en tanto que conserva el vívido color que se pintó en su corola al entreabrir, derramando aromas, su tierno broche.

Si el cálculo y la razon forman sobre él proyectos ó reglamentan sus sentimientos, amor suspira y se va, que amor es ciego y de la luz se espanta.

Es el primer beso, hermoso mas que otro alguno, porque las almas cuyos labios se confunden, no le vieron venir, ni en él pensaron hasta que gozaron de su miel.

El primer amor es el apoteosis del hombre.

Es la flor temprana, mas preciosa y preciada, porque es la prenda primera del amor de sus raíces con el casto rocío de las noches.

Es el rio en su fuente, mas puro y brillante mas, porque en ella retratan por vez primera sus cristales nacientes, el cielo de zafir que se mira en ellos.

La flor mas grata á la abeja laboriosa, es siempre aquella que por vez primera le dió á gustar la pura esencia de su néctar, y en su recuerdo solo, mieles fabrica dulces y ardientes como su primer amor.

Las brisas, al salir de las manos de Dios, atravesaron los espacios rápidas, pero insonoras, y no comprendieron que pudieran susurrar de amores, hasta que tropezando en las tiernas ramas de los naranjos en flor, estos las hicieron gemir: amáronse entonces las brisas y los azahares; por eso las brisas susurran de amores, y los azahares perfuman las brisas.

Por eso si los amores se gozan, repiten las brisas á nuestros oidos, juramentos de amor, y la flor del naranjo forma la corona de la desposada.

Ellos fueron los amantes primeros, y á ellos remedando, los hombres aprendieron á amar.

¡Dichoso quien puede penetrar en el corazon de su amada, como la ténue brisa en el capullo del azahar!

¡Felices las flores que exhalan su primer enamorado suspiro, cuando al entreabrirse apenas, las brisas les cuentan los amores de los azahares, y las hacen desplegar sus cálices, mostrando en sus pistilos y estambres, que supieron amar!

¡Venturosas las fuentes de los rios, que derramando con amor sus aguas, las obligan, emblema de la constancia, á ir retratando por doquier y hasta morir en el mar, el primer cielo que vieron!

¡Dichosos los que aman!

Buscad, buscad por doquiera los ojos del sér querido, para que sentados en su regazo deis reposo á los labios, pobres y faltos de palabras, para deciros con él halagos mil por medio de la elocuencia del silencio.

¡Dichosos los que os buscais y llegais á encontraros!

....

....

Acababa de penetrar en la casa en que han tenido lugar las anteriores escenas, un jóven como de veinticuatro años de edad, apuesto y galan, y vestido con extrema seriedad, elegancia y buen gusto.

Los criados de la casa le recibieron con marcadas muestras de respetuoso afecto, y él saludó á todos ellos con franco y expresivo cariño.

Desde pocos momentos antes la casa habia tomado un aspecto de regocijo y movimiento que contrastàban notablemente con el luto y tristeza anteriores.

Y era que donde con temor se aguardaba á la muerte con sus angustias y lágrimas, acababan de presentarse lozanas y rozagantes la vida y la salud.

Todos los moradores de la casa daban gracias al cielo por lo que atribuian á milagro, y que, no obstante, tenia una explicacion muy natural.

Y así lo comprendia la pocos momentos antes moribunda dueña de la casa, ya en aquellos instantes fuerte y serena.

Víctima de una maquinacion que no somos dueños todavía de penetrar, un veneno terrible y un contraveneno poderoso la habian hecho fluctuar entre la vida y la muerte.

Los criados, recogidos en sus habitaciones, al recibir la noticia del sorprendente restablecimiento de la señora, iban y venian, ordenándolo todo y dando animacion á la casa.

La recámara de la enferma habia sido objeto de una completa reforma, y la señora, lujosamente vestida de un hermoso trage de terciopelo negro, se habia trasladado, apoyada en el brazo de su hermosa hija, á la pieza principal.

A ella se dirigió el jóven, satisfecho y alegre al saber el milagroso restablecimiento de la matrona.

Al entrar saludó cortesmente, y con filial entusiasmo besó la mano de la señora, que se puso en pié para darle un abrazo.

—¡Ah! señora! dijo el jóven, ¿conque habeis sido arrancada de los brazos de la muerte por el santo monje franciscano Fr. Francisco de Rivera?

—Ya lo veis, hijo mio.

—¡Ah! ¡cuánto deseo que nazca el dia, para ir al monasterio y arrojarme á sus plantas y besárselas para manifestarle mi gratitud sin límites!

—¿En tanto le estimais?

—¿Y pudiera ser por menos, cuando acaba de salvaros á nuestro amor? ¿No es verdad, Estrella, dijo el jóven dirigiéndose á la hija de la dama, que debemos estarle agradécidos?

—Sí, querido Luis, respondió la jóven; de lo mismo hablábamos mi madre y yo cuando aquí entrásteis.

—Desde que ese santo varon apareció como miembro de los provinciales de San Francisco, toda la ciudad de México le venera como á su santo bienhechor.

—Es verdad.

—Yo no podré por menos de confesaros mi adoracion hácia él: hijo de este país, tan terriblemente castigado por la justicia del Señor con la espantosa epidemia que en dos años ha diezmado el número de mis hermanos, tengo fijos en mi corazon noble y agradecido, los bienes inmensos que ese hombre hizo en nosotros, luchando contra el azote de Dios.

—Luis, yo os suplico que olvideis esos largos dias de llanto y desolacion que tanto os entristecen con su memoria.

—Teneis razon, señora; pero al recordar que merced á vuestros socorros, á los de S. E. la vireina y á los de ese venerable franciscano, pude, como hoy vos, haber sido salvado del borde mismo de mi sepulcro, siento acudir á mis ojos las lágrimas abundantes de la mas profunda gratitud.

La señora se levantó tambien enternecida, y dijo á los jóvenes:

—Permitidme que os deje unos momentos; tengo que hacer, y vosotros, hijos mios, algo sin duda que deciros.

—Estais débil, madre mia, dijo la jóven; os acompañaré.

—No, no; quédate aquí, yo te lo permito.

Los jóvenes acompañaron á la matrona hasta la puerta del estrado, y allí ella les hizo volverse.

La jóven, á quien llamaremos como ya hemos dicho, Estrella, fué á ocupar el lugar en que antes se sentara su madre.

El jóven, á quien diremos Luis, permanecia delante de Estrella, de pié, contemplándola con una atencion de verdadero enamorado.

Despues de un corto instante de silencio, Estrella dijo á Luis con gracia encantadora:

—Sentaos, si el estar conmigo no os desagrada.

—¡Ah! Estrella, bien sabeis que solo soy feliz á vuestro lado.

—¡Luis!

—Bien sabeis que no miento.

—Sentaos, sentaos y hablaremos.

—Hablaremos, sí, repitió sentándose el jóven; hablemos de mi amor, y sepa yo, Estrella de mi vida, si vos podreis algun dia pagar con vuestro cariño inapreciable la rendida adoracion que yo os profeso.

—Sepamos antes, dijo con sonrisa encantadora la hermosa jóven, si vos en efecto sentís por mí esa dulce pasion que con tan dulces palabras me pintais, ó si un sueño de vuestra imaginacion ardiente os impele á creeros tal vez mas tierno que verdaderamente enamorado.

—Estrella, en la mirada embriagadora de esos divinos ojos estoy leyendo, mal que os pese, que en vuestra alma no cabe la sospecha que pretendeis acreditar.

—¿En mi mirada?

—Sí.

—¿Y si os engañáseis?

—¿Engañarme? no: si vuestra alma no fuese tan celestial y

pura como la de los ángeles, de que en la tierra sois imágen, tal vez pudiese equivocarme; pero basta deslumbrarse en un destello de vuestros ojos, para comprender que sus miradas son tan puras como el alma que por ellos se asoma.

—¡Luis!

—¡Sí, Estrella de mi esperanza! así lo creo, porque tengo la conviccion íntima de vuestra bondad, y mas aún, porque tengo confianza en la misma pasion que me inspirais.

—¡Ah!

—Os amo demasiado para poder creeros sorda á la pasion ardiente que os confieso, y en mucho os tengo para creeros ingrata ó desdeñosa.

—¡Luis! ¿decís que me amais?

—Cual ama la flor el blando rocío de la noche y el resplandor plateado de la luna; cual aman los prados la lluvia que les vivifica, y los mil pintados pajarillos la dulce aurora que saludan, al nacer, con sus mas dulces armonías.

—¿Y quién me garantiza pasion tan seductora?

—¿Quién mejor que mi amor mismo?

—¿Amor?

—Sí; ese puro sentimiento de las almas capaces de apartarse de la materia en que se envuelven, impalpable ilusion, ensueño dulce; suspiro grato de las auras apacibles quo se detienen y confunden á la misteriosa sombra de los bosques y sobre las aguas del lago; dulce lamento de tórtola sencilla al pié de la enramada que debe sostener su nido; grato arrullo de blanca paloma oculta en el corazon de la selva; amor, vida de las almas, que tanto mayor y verdadero es, cuanto mas enferma los corazones en que se abriga; dulce ensueño de placer, mas halagador y sabroso cuanto es mas grande el insomnio que nos produce; luz purísima que mas ilumina nuestros ojos y nuestra alma si mas nos entorpece y ciega; realidad sublime, mas grata y halagadora cuanto mas tratamos de engalanarla con el idealismo y la ilusion; amor, vida de los séres, creador del mundo.

....

Si cuando el fuego del entusiasmo y de la pasion nos dicta palabras, el paladar del que las pronuncia queda seco, el escuchar con verdadera atencion é interes produce el efecto mismo.

Estrella y Luis callaron despues de las palabras del último, y sus labios se entreabrieron para dar salida á su ardiente y agitado aliento.

Ambos miráronse un instante, é involuntariamente bajaron los ojos, en los que recíprocamente se pintaba el amor de sus dueños.

Sus miradas insensiblemente se fueron extraviando; fijas en un solo punto, no podian, sin embargo, darse cuenta de lo mismo que miraban.

Pudiéramos decir que volvieron su vista al interior mismo de su pensamiento, para ver en él la vertiginosa confusion de proyectos y de ensueños, forjados, á placer, de su amante frenesí.

....

—Estrella, dijo por fin Don Luis, ¿permanecereis callada todavía?

—Don Luis, ¿y qué pretendeis?

—El alivio de mi corazon, angustiado por la idea de que jamas llegueis á amarme.

—¿Y pudísteis creerlo?

—Cuanto mayores son los bienes, mas imposible nos parece el llegar á lograrlos.

—¿Pero puede dudarse de ellos cuando disfrutamos sus beneficios?

—¡Estrella!

—Sí; ¿necesitais que yo pronuncie la palabra amor, para convenceros de que os amo?

—¡Ah! ¡Estrella de mi vida! ¡cuán venturoso me haceis!

—¿Hago otra cosa mas que corresponderos?

—¿Corresponderme decís?.

—Sí.

—¿Y cuándo mi adoracion podria ser digna de ser correspondida con el amor vuestro?

—Desde que las prendas y la nobleza de vuestra alma se muestran tan valiosas como son.

—¡Ah, señora! bien me dicen vuestras palabras cuánto es el amor que tenerme os dignais, que á no ser así, no me hiciérais tanto favor que no merezco.

—Moderad, Don Luis, vuestra modestia, que por elevarme se esfuerza: el amor de un hombre como vos, esclarece á la mujer que es su objeto.

—¡Ah! Doña Estrella, son estos momentos para mí tan felices, que por nada los trocara sobre la tierra ó bajo el cielo.

—Y bien, Don Luis, vos que tan alta opinion pareceis tener del amor, decidme, ¿es él tan duradero como tierno y dulce al expresarse?

—¿Duradero, Estrella mia?

—Sí.

—¡Ah! tanto como la eternidad misma. ¿Cuándo dejaron los prados de producir sus flores? ¿cuándo dejaron de suspirar las brisas en las ramas del azahar? ¿cuándo las aves dejaron de saludar la primera alborada de la aurora? Estrella mia, las almas que verdaderamente aman, pídenle su constancia á la eternidad, sus flores á los prados, el suspiro á las brisas, y sus melodías á las aves; firmes, amorosas y perfumadas, pasan del mundo real á habitar el imaginario de sus ensueños, de los que no despiertan sino para mostrarse á Dios, eterna fuente de amores.

—Dicta la exaltacion del ánimo, promesas que á los labios fiadas no son luego sostenidas por la cabeza; ábrese el corazon á pasiones que la razon ahoga; y el que por brisas, fuentes y flores hubo jurado su amor, viene tal vez á mostrar que sus promesas, ténues fueron como las brisas, pasajeras como el cristal de la fuente, y como la vida de las flores, perdedizas.

—¡Ah! señora! acabo de juraros amor, y ya me acusais de ingrato y olvidadizo?

—No ya os acuso; mas mi temor os manifiesto, de que pudiérais serlo.



—¡Júroos que no!

—Y es tan fácil prometer, como difícil cumplir.

—¿No acabo de juraros eterno amor?

—Y vos, que como yo comenzais á cruzar, henchida el alma de ilusiones, el no explorado camino de la vida, ¿os creeis con fuerzas suficientes para sostener esa promesa?

—Estrella, vuestras palabras no sé por qué infunden miedo á mi alma, y en vano trato de interpretarlas de modo que no me lastimen.

—¡Pobre Don Luis!

—¡Ah! señora, ¿pudiérais ser capaz de olvidarme, y pretendeis mostrarme que la ingratitud es el patrimonio del alma?

—No, Don Luis; vos comenzais hoy á ser mi amor primero, y yo os juro que sabré, firme corazon amante, luchar y vencer al olvido mismo, si un dia acudiese á ponerse frente á mí: ¿pero no disculpareis al profundo amor que os profeso, el temor de perder vuestro cariño?

—¡Ah! Estrella mia, si ese temor que manifestais fuese la única causa de las palabras vuestras, no insistiria mas, y amante y agradecido besaria vuestras divinas plantas; pero......

—Concluid.

—Vuestras palabras encierran un secreto, y si me amais tanto como decís, descubrídmele, Estrella mia!

—Os le he dado á entender; pero no le habreis comprendido, Don Luis.

—Explicaos.

—Os he dicho que yo sabré, por vuestro amor, luchar y vencer.

—¡Ah!

—¿Comprendeis?

—¿Qué obstáculo pudiera presentársenos? ¿con qué poder deberemos de luchar?

—¡Con el de la ausencia!

—¡Dios mio!

—Sí, Don Luis, el destino pudiera separarnos.

—Pero ¡ay de mí! ¿por qué motivo?

—No puedo decíroslo.

—¡Ah, señora! creí que mereciendo vuestro amor, mereceria al par vuestra confianza.

—Y no os engañásteis.

—Entonces......

—Nada puedo deciros.

—Pero ¿por qué?

—Porque nada sé.

—¿Pero ese temor?

—Mi madre me lo ha hecho concebir.

—¡Ah! Doña Estrella, ¿vuestra madre quiere separarnos?

—No, Don Luis; mi madre os ama, conoce mi amor por vos, y jamas me lo ha contrariado.

—Entonces......

—Oidme.

—Decid.

—Con lágrimas en los ojos me decia poco antes de vuestra llegada: «Hija querida, ruega á Dios por tu madre y por tu amor.»

—¡Dios mio!

—No me interrumpais: «acaba Dios de volverme á la vida para ponerme frente á frente del hombre para mí mas terrible y fatal.»

—¡Extraño misterio!

—Mi madre continuó diciendo: «Le creia muerto, cuando por nuestra desgracia he vuelto á verle; por nuestra desgracia, sí, porque ese hombre abriga un odio tal contra nosotras, que con horrible solicitud buscará sin descanso los medios de atormentarnos. Hija mia, si ese hombre fatal llegase á descubrir tu amor por Luis, á quien amo como á un hijo, todo lo temo, todo, hija mia: mi carácter de madre me precisa á decirlo, de todo será capaz ese hombre, hasta de asesinarle.»

—¡De asesinarme! exclamó Don Luis poniéndose en pié y llevando la mano á la empuñadura de su espada, no con baladí temor, sino con fiero orgullo: ¡Asesinarme! á mí! ¿y no sabe ese hombre

que Don Luis Cortés no conoce el temor, y le sobra serenidad para esperar el peligro, por muy grande que él sea?

—Nadie desconoce en Nueva España vuestro arrojo y valor, Don Luis; ¿pero habeis olvidado que nunca el asesino se presenta frente á frente, sino que se vale de la traicion y busca el misterio y la oscuridad?

—Y bien, Estrella mia, ¿qué mas os dijo vuestra madre?

—¡Ah, Don Luis! las palabras que voy á pronunciar me paralizan la sangre.

—¿Qué os dijo vuestra madre? hablad.

—¡Don Luis!......

—Yo os suplico que hableis; adivino en vuestras palabras una desgracia, y con angustia la espero.

—Y bien, Don Luis, mi madre encarga á mi amor una súplica que haceros.

—¡Dios mio!

—¿Sereis capaz de conceder... lo que os pide?......

—¿Quién, Doña Estrella? preguntó con angustia el jóven.

—¿Quién, ¡ay de mí! sino mi madre podrá aconsejaros que por ahora no volvais á verme?

—¡Ah! me separa de vos!

—No ella, sino el temor que por vos abriga.

—Y bien, yo nada temo, por nada me espanto: no, Doña Estrella, no; yo no me separaré de vos.

—¿Y si yo os lo pidiese? exclamó la jóven llorando amargamente y dejándose caer arrodillada á las plantas de su amante.

—¡Vos! Dios mio! vos! alzad, señora, alzad, que no vuestro lugar es ese.

—¿Pero accedereis á nuestra súplica?

—¡Dios mio! Dios mio! guardábais á mi pobre corazon el terrible dolor de que ella misma, con sus propios labios me pidiese que me aleje de ella, de ella, á quien amo desde el momento en que la ví: ¡y en qué situacion, Dios poderoso, cuando acabo de ofrecerle el holocausto de mi amor sin límites!

—¡Ah! Don Luis, os gozais en atormentarme cruelmente.

—¡Atormentaros!

—Sí: ¿suponeis que no he tenido necesidad de destrozar mi alma antes de resolverme á haceros, en nombre de mi madre, la súplica de que temporalmente os aparteis de mí?

—Doña Estrella, haced venir á vuestra madre para que me revele el nombre de ese infame.

—¡Don Luis!

—Llamadla, sí; necesito conocerle para librarla y librarme de él.

—¡Calmaos, Don Luis, yo os lo ruego!

—¿Quién tiene bastante dominio sobre sí propio para dejarse robar sin defenderlo, el tesoro de su amor?

—Mi madre me ha asegurado que esta separacion será únicamente temporal.

—¡Ah, Doña Estrella! ¿y suponeis que despues de verse un hombre amado por vos, pueda dejar un instante de contemplaros?

—Y bien, ¿no os consta que os amo?

—Vos lo habeis dicho, Estrella.

—Y sabré cumpliros mi palabra.

—Así lo creo.

—Alejaos, pues, de mí.

—¡Estrella!

—¡Por mi amor!

—¡Por vuestro amor!

—Qué, Don Luis, ¿podeis acaso suponer que yo no estoy sufriendo, tanto como vos mismo, solo en pensar que vamos á estar separados?

—¡Amada mia!

—¿Nada os dicen mis lágrimas que corren sin cesar por mis mejillas?

—Pero, Dios mio! ¿cuándo volveré á veros?

—Pronto quizá, hijo mio, respondió la madre de Estrella, apareciendo agitada en la puerta de la sala.

—¡Ah, señora! Dios os conduce aquí: reveladme el nombre de vuestro terrible enemigo.

—¡Es imposible!

—¡Imposible!

—Sí.

—¡Ah, señora! ¿por qué?

—Hijo mio, perdonadme; nada puedo deciros.

—Os juro por mi honor, que á mi espada tan solo diré su nombre.

—Os repito que me es imposible revelárosle.

—¡Ah! comprendo la razon; quizás, señora, ese hombre miserable se oculta y os observa desde la estancia inmediata.

—¡Oh! no, no lo creais.

—Sí, mi corazon me lo dice.

—¡Por Dios, Don Luis!

—Pero yo sabré buscarle, dijo el valiente jóven desenvainando su acero y disponiéndose á penetrar en la habitacion inmediata.

—¡Ah, no, Don Luis! exclamó la dama impidiéndole el paso; ¡no entrareis!

—Pero, señora......

—Salid, yo os lo suplico.

—¡Señora!...... no saldré sin......

—Os lo mando!

—¡Ah!!......

—¡Madre mia!!......

—¡Salid!......

Don Luis, obedeciendo el mandato imperioso de la dama, tomó su sombrero y se dirigió á la puerta.

Allí fué á encontrarle su llorosa amante.

—Don Luis, ¿así os vais?

—Estrella...... de mi vida...... ya lo veis...... vuestra madre me arroja de aquí.

—Pero yo os pregunto, ¿me amais?

—Más que á mi vida.

—¿Me olvidareis?

—¡Oh! nunca! jamás!

—Entonces, esperad en Dios; pronto nos veremos.

—¡Oh, sí, yo os lo juro!

—Adios entonces.

—Si encuentro al misterioso enemigo, hasta mañana, Estrella, porque ya mañana nos habremos librado de él para siempre.

....

....

Cuando el jóven hubo salido, Estrella fué á arrojarse sollozando en los brazos abiertos de su madre, diciendo:

—¡Ah, madre mia! siento la muerte en el alma; que vuelva, que vuelva pronto, antes que me halle sin vida.

—Hija, ve que hablas con tu madre que te quiere.

—Sí, madre mia, sí; pero yo le amo!

—Él volverá pronto.

—¿Oís, madre?

En aquel instante, y entre el ruido de la tormenta, se escuchó el metálico zic-zac de las espadas de varios contendientes.

Madre é hija corrieron á la ventana.

A la luz brillante de un relámpago, ambas conocieron entre los contendientes al jóven amante.

Doña Estrella dejó escapar un grito terrible, y cayó sin sentido en los brazos de su madre.

CAPÍTULO IV.

Una historia terrible.

HÁCIA el extremo opuesto de la calle en que Don Luis quedaba luchando con quíntuple número de adversarios, y como á unas cincuenta varas de distancia de la casa en que han tenido lugar las anteriores escenas, levantábase en aquellos tiempos, y haciendo esquina con la calle *que va* á Ixtapalapa, una hermosa casa particular, en una de cuyas habitaciones conversaban dos personas, la misma noche en que comienza nuestra narracion.

Era una de ellas un anciano fuerte y robusto, de venerable fisonomía: sus cabellos sueltos, y dobladas sus puntas, caian blancos como la nieve y á guisa de melena sobre sus hombros; sus ojos eran grandes, vivos y negros; abundantes cejas y pobladas pestañas, blancas tambien, los defendian; su nariz era aguileña y regular, pequeña su boca y muy grandes y blancos su espeso bigote y su poblada perilla: era alto de cuerpo y bien formado, y su presencia toda revelaba que en su juventud debió gozar de una varonil belleza.

Era la segunda persona, que con la anterior conversaba, una hermosísima jóven en la primavera de su vida, galana como una rosa, pura como una azucena y tierna y erguida como el verde tallo del lirio.

Sus ojos eran rasgados y grandes, azules mas que el cielo sereno, y revelaba en su mirada una alma ardiente y enamorada: era su nariz regular y ligeramente comprimida en su centro, pero con una gracia inexplicable; su boca era pequeña, y sus labios ostentaban el color de la rosa carmin; su frente, regular y tersa; un blanco sonrosado esmaltaba su simpático semblante; tenian sus abundantes y sedosos cabellos el color del oro vírgen, y como él eran sus abundantes pestañas y sus lindas cejas.

De una estatura regular su cuerpo, derramaba por doquiera su gracia encantadora; su bien formado pecho latia en un mundo de ilusiones; su pequeña cintura realzaba las bellas formas de su cuerpo, y sus lindas manos, torneadas y mórbidas, pertenecian dignamente á la dueña de dos pequeños piececitos calzados graciosamente de bonitos zapatos bajos de charol negro con lazos y tacones encarnados.

Vestia aquella noche un sencillo trage de lana, listado á rayas blancas y negras: cerraba la falda, por su orilla, un olan ó volante de la misma tela, como de una cuarta de ancho; este volante estaba cortado en picos en su parte superior, y sugeto á la falda por una cinta de terciopelo negro: caia sobre aquella una segunda falda mas corta, orillada tambien de picos y con su cinta de terciopelo: de su gracioso cinturon pendian por ambos lados unas bandas que recogian en pabellon la segunda falda completando la gracia del vestido: un corpiño de blanca y trasparente tela cubria su cuerpo, y del cinturon subian hasta los hombros, rematando en lazo, dos tiras adornadas del mismo género: su único tocado era una rosa blanca prendida al lado izquierdo de su peinado en extremo sencillo y cayendo en rizos sobre su cuello.

Apoyábase la niña, que estaba de pié, en un gracioso sillon sobre cuyo respaldo cruzaba sus lindas manecitas, y con la mirada

dulce y tranquila, y con una sonrisa débilmente dibujada en sus labios, escuchaba con filial atencion las palabras del anciano, que decia:

—Hija de mi alma, hay en la vida una época, primavera de las almas, en que los corazones necesitan amar á otros séres que nuestros padres y hermanos, con un cariño muy diverso al que experimentamos por los que nos dieron el sér y por el Dios que adoramos: esa época, queridísima hija mia, es precisamente la que marca la edad en que te hallas. ¿Quizás lo sabes ya, hija mia?

La jóven no contestó; pero sus hermosos ojos no pudieron soportar la mirada de su padre, é involuntariamente los fijó en el suelo.

El venerable anciano continuó:

—¿Nada dices, hija mia? Seguiré entonces hablando; pero procura escucharme.

La jóven se serenó, y volvió á fijar sus miradas en las de su padre.

—Ese primer amor, querida hija, es una vez en nuestra vida tan necesario, como á la flor el rocío, como á las aves el viento, como á los ojos el sol.

La jóven suspiró.

—Todos los corazones, si ancianos, pasaron por él; si niños, le pasarán; si jóvenes, le están pasando.

La niña llevó la mano á su pecho.

—Hombres y mujeres ríndenle ese tributo, si bien en esto adelántase siempre al hombre la mujer: el corazon de esta comprende el amor antes que aquel, y cuando el hombre á los veinte años no conoce otra cosa que ridículos galanteos ó insustanciales preludios de una pasion de necio, la mujer lleva dos años de saber querer: comienza á amar el hombre de los veinticuatro á los veinticinco años, la mujer de los diez y siete á los diez y ocho.

La jóven se estremeció; el anciano, que no quitaba la vista de ella, le preguntó con marcada intencion:

—Hija mia, ¿qué edad tienes tú?

—¡Padre mio! ¿por qué me lo preguntais?

—Quiero que me descubras tu alma, que me muestres tu corazon, hija querida.

—¡Pero, padre mio! nada os oculto, nada tengo que deciros sino lo mucho que os quiero.

—¡Oh! hija mia, repíteme tu cariño; sí, hija mia; ¡soy tan feliz cuando te lo escucho!

—¡Padre de mi alma! sí, os quiero mas que á mi vida! dijo la jóven arrojándose en los brazos del anciano.

—¡Gracias, Dios mio, gracias! repitió aquel derramando lágrimas abundantes.

—¿Qué teneis, padre mio? ¡estais llorando!

—Sí, hija de mi alma, sí; pero es de dicha, de placer, porque te veo y me estrechas entre tus brazos!

—¡Ah! padre!

—¡Cuánto te interesa mi felicidad! ¿no es cierto, hija mia? porque tú eres mi hija, ¿no es verdad, mi querida Estrella?

—¡Oh! sí, padre mio; os quiero, y nunca dejaré de hacerlo.

—¿Nunca, hija mia?

—Seria una ingrata si no lo cumpliese.

—¡Oh! sí, porque yo te quiero mucho!

—Mas de lo que yo merezco, padre mio.

—Es que tú mereces mucho mas, dijo el anciano con paternal orgullo.

—¿Mucho? preguntó la jóven sonriendo con gracia encantadora, como agradeciendo á su padre la lisonja.

—¡Vaya! las hijas buenas deberian ser colocadas en un altar.

—Lo mismo que los buenos padres: vos lo sois conmigo, y yo debo corresponderos.

—Pero vamos á ver: dime, picaruela, ¿por qué tratas de apartarme de la cuestion principal?

—¿Yo?

—Sí.

—Pero......

—¿De qué hablábamos?

—De...... de...... dijo la jóven fingiendo; no me acuerdo, padre mio; pero eso no importa; hablemos de cualquiera otra cosa, no nos faltará.

—¡Ah, embusterilla!......

—¡Padre!

—No, Estrella; seguiremos hablando, mal que te pese, de tu felicidad futura.

—Hablemos de vos mas bien.

—No.

—Padre......

—Te decia, hija querida, mi Estrella, que el amor es una necesidad de todo sér con vida, y que tú......

—¡Padre mio!

—Déjame concluir: y que tú amabas.

—¡Ah! dijo la jóven cubriéndose el rostro y sollozando.

—¡Estrella mia! ¿qué es eso? preguntó con interes el anciano, estrechando contra el pecho á su hija, que mantenia entre los brazos.

—Padre mio, no me lo pregunteis: ¿no lo estais leyendo en mis ojos?

—Hija de mi alma, tú lloras, y tus lágrimas me hacen temer una desgracia!......

—¡Padre!

—Hija querida, tú, pura y candorosa, no puedes conocer aún la amargura mas terrible del amor, la infamia.

—¡Señor!

—No, hija mia, tú eres mas inocente que bella, y eso que eres muy hermosa; tu propia inocencia te habrá defendido, si es que á pesar de mis cuidados no pude alguna vez apartar de tí el peligro.

—No, padre mio, vuestra hija es digna de vos.

—Líbreme el cielo de que creyera lo contrario. Pero dime, ¿cuál es entonces la causa de tu pena? Hablas á tu padre, hija mia, y

los padres para los hijos buenos no son otra cosa que sus mejores amigos, sus mas leales confidentes.

—¡Es verdad!

—Habla, entonces.

—¡Padre mio!

—Vamos, hija, vamos; no llores mas, ó acabarás por afligirme á mí tambien.

—¡Oh! eso no, padre mio! dijo la jóven, enjugando sus lágrimas con filial solicitud.

—Mira, hija mia, repuso el anciano: en esa primavera de las almas que te acabo de pintar y que se llama amor, el cielo imaginario que nuestras ilusiones se forman, preséntasenos casi siempre diáfano y puro: es nuestro cariño, sol que brillante cruza ese cielo y le vivifica y anima; pero el amor, hija mia, como toda cosa humana, está sujeto á la eventualidad de un contratiempo que le lastime ó destruya; así pues, Estrella mia, suelen cruzar ese cielo nubes que nos ocultan un instante el resplandor de ese sol, ó bien matan para siempre su luz; esas nubes, hija mia, pudieran llamarse las ausencias y el olvido: dime, Estrella, ¿oculta alguna de ellas el puro astro de tu amor?

—No, padre mio!

—¡Cómo! ¿y sin embargo lloras? ¡Ah! hija mia, abre á tu padre tu alma, si no quieres atormentarle cruelmente: dime, hija, ¿por qué lloras?

—Padre; el sol, iluminando en el curso de su carrera los llanos prados, los floridos valles; las aves cruzando el espacio, dando al iris el variado matiz de sus soberbios plumajes; los puros rios serpeando la falda de la montaña, llevando por doquier la vida de sus aguas y retratando á cada instante el esmalte del cielo; el cielo mismo tachonado de luceros y estrellas, y velado por la pálida claridad de la luna, maravillas son todas desconocidas para el ciego de nacimiento; pero ¿nunca habeis notado que sus ojos, humedecidos en lágrimas, giran en su derredor extraviados y pintando los tormentos horribles que abriga el corazon de su dueño? Pues

bien, padre mio, es que aquellos ojos ciegos sienten todas aquellas maravillas, creánselas á su modo, y pugnan contra su destino que les veda la ventura de disfrutarlas.

—Y bien, hija mia.

—Padre, yo amo; siento en mi corazon levantarse poderoso ese dulce sentimiento que tan bien me habeis descrito; y no obstante......

—Concluye, hija mia, concluye.

—El hombre que le inspira no lo ha llegado á notar.

—¡Hija!

—Sí, padre mío, he sentido el amor antes de que él se me mostrase.

—¡Desgraciada! ¿y quién es ese hombre? dímelo; yo le buscaré sin que él mismo lo note, le atraeré hácia tí, él te verá, y de roca ó de bronce tendrá el alma si no llegase á amarte.

—Ignoro su nombre.

—¡Ah!

—No sé quién es.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿pero dónde le has visto?

—Ha cruzado varias veces esta calle, hallándome yo al balcon; sin duda casualmente, fija al pasar en mí sus hermosos ojos; mírame con atenta curiosidad, y despues vuelve á seguir su camino sin volver la vista atrás.

—¿A qué horas pasa?

—Ni eso puedo deciros, porque no la tiene fija.

—¿Y le ves todos los dias?

—No, padre mio.

—¿Cuándo, entonces?

—Pasa ¡ay de mí! de tarde en tarde.

—Y cuando esta calle cruza, entra en alguna de las casas que en ella hay?

—Nunca.

—¿Y cuando pasa, dices que se fija en tí?

—Pero no con cariño, sino con curiosidad.

—Bien; eso no importa.

—¡Cómo, padre mio!

—Puesto que ese hombre se fija en tí al pasar por esta calle, y no entra en ninguna de sus casas, es indudable que tan solo por verte pasa.

—¡Oh, Dios mio! si fuese cierto!

—No lo dudes.

—¡Ah, padre mio! si supiéseis el consuelo que me dan vuestras palabras!

—¡Pobre hija mia!

—Grande violencia me he estado continuamente haciendo para procurar que no descubriéseis mi secreto.

—¡Tu secreto, pobre hija! ¿y crees tú que muchos dias hace no lo estoy leyendo en tu semblante? ¿crees tú, vida de mi vida, que el amor se pueda tener oculto en una alma como la tuya, cándida, inocente y pura?

—¿Y no por eso dejareis de quererme?

—¡Dejar de quererte, Estrella! ¿y por qué? ¿es un delito amar cuando el alma está pura?

—¡Ah!

—No, hija mia, yo no dejaré nunca de quererte con tierna solicitud, y menos ahora que comprendo lo profundo de la herida abierta en tu corazon.

—¡Padre mio!

—No: tú necesitas á tu lado una persona que con interes te mire, y en ese caso, ¿quién mejor que yo?

—Es verdad.

—Acabas de poner tu pié en la senda del martirio; por un momento de grata satisfaccion vas á experimentar inmensos momentos de pena, y cada sonrisa te puede costar un mar de lágrimas.

—¡Padre!

—¡Sí, hija mia! mi deber me obliga á descubrirte la verdad, y en el alma llevo un recuerdo y un pesar bastante terribles y po-

derosos para que la leccion que diéronme no trate de aprovecharla en bien de mi hija.

—Padre, no os comprendo.

—Ángel inocente, has crecido sin conocer las tiernas caricias de una madre.

—¡Ah!

—Sí: tú no puedes comprender la falta inmensa que has experimentado.

—¡Y bien!......

—Hija mia, es hoy la noche de las revelaciones, y si tu confesion nos ha enternecido, la mia nos hará temblar.

—¡Dios piadoso!

—Jóven y hermosa era tu madre, hija de mi alma, cuando yo la conocí; no hacia muchos dias habia llegado á Nueva-España y sido conducida por sus hermanos á México, donde ellos venian destinados por el Emperador. El poético y nacarado cielo de la hermosa Andalucía habíale dado á sus ojos su brillo y expresion, á su semblante su dulzura, y á sus palabras su irresistible encanto. Mi México, la querida capital de los antiguos aztecas, pueblo infortunado y grande al cual pertenezco yo, se sometia, á mal pesar de sus buenos hijos, al imperio del conquistador. Las naciones y tribus indígenas que traicionando á su patria habíanse aliado con los españoles, eran las distinguidas de estos, y á la custodia de sus individuos fiaron muchas veces sus familias y tesoros. Los pocos de mis soldados que en Tlaltelolco habian luchado hasta el último momento y salvado sus vidas de aquella horrible mortandad, no se avenian al yugo de la dominacion, y doquiera se les presentaba ocasion, manifestaban su odio á los aliados.—La noche que debia de entrar en México tu madre, hija mia, mis soldados esperaban á las puertas de la ciudad á los indios que debian acompañarla, y proponíanse no dejar uno con vida de aquellos que habian sido sus hermanos. Mil veces habia condenado yo á los mios semejantes venganzas, y hasta amenazádoles con que los delataria al gobierno si volvian á repetirlas. Aquella noche, y á

hora oportuna, tuve yo noticia por uno de ellos, de la intentona tramada, y me propuse impedirla. Marché, en efecto, al punto señalado; pero cuando todavía me faltaba una gran distancia que salvar, escuché los alaridos guerreros de los mios y los disparos de mosquete de los contrarios. Cuanto me fué dado procuré apresurarme por llegar al lugar de la contienda, y cuando lo conseguí, un cuadro horrible se presentó á mi vista. El campo estaba sembrado de cadáveres, y los que aun vivian trataban como fieras de arrancarse las vidas. A la luz de las antorchas descubrí una jóven hermosísima y vestida de blanco, que con el mas amargo desconsuelo y el mas profundo terror demandaba piedad á un grupo de indios que amenazaban su vida con sus salvajes armas. Ellos burlábanse de su dolor y su miedo, y disponíanse á descargar sobre ella los mortales golpes de sus espadas, cuando yo salté en medio de ellos, y con mi cuerpo defendí á la jóven de la muerte: mis antiguos soldados bajaron entonces sus armas postrándose en tierra, y modelos de cariñosa obediencia, respetaron y dieron muestras de veneracion á aquella infeliz á quien antes pretendieron matar, y que habia merecido mi proteccion. A una palabra mia todos se retiraron á la ciudad, y como muestra de su venganza dejaron anegados en su propia sangre gran número de cadáveres, entre los cuales mi hermosa protegida reconoció á sus dos hermanos. Triste y desamparada, se acogió entonces á la proteccion del hombre que acababa de salvarle la vida, y yo no pude por menos de obligarme á ello de todo corazon. Aquella hermosa jóven fué trasladada á mi habitacion, que se levantaba al lado Norte de la ciudad, y en la cual yo disfrutaba de la posible tranquilidad, merced á mi valor en las peleas, que mereció mil veces el elogio del conquistador. Yo poseia grandes tesoros y vivia con lujo y comodidad. La jóven fué, pues, dignamente alojada en lujosos departamentos, y para su servicio le señalé gran número de hermosas jóvenes aztecas. Insensiblemente fuí comprendiendo que amaba á aquella mujer, tan pura como la brisa, tan blanca como la azucena; pero supe ocultar aquel amor en lo mas íntimo de mi alma, sin dárselo

jamas á entender. Con indecible placer fuí poco á poco conociendo que aquella mujer sentia por mí una viva simpatía, y mas de una vez mi sueño huia de mis párpados para dar lugar en mi imaginacion á formarse los mas gratos proyectos y las mas dulces ilusiones. Comencé á olvidarme de todo, esto es, del yugo que mi patria sufria y de los dioses de mi niñez. En aquel tiempo los misioneros predicaban por todas partes la santidad de su religion, y la caridad y la apacible poesía de que revestian sus doctrinas, á todos cautivaban, y acudian sin cesar los indígenas á afiliarse en la dulce religion de Cristo. Un dia que escuché á uno de aquellos predicadores, mi corazon y mi alma comprendieron el atractivo de sus doctrinas, mi pensamiento se fijó en mi jóven protegida, á quien tantas veces habia visto orando y postrada de hinojos ante las bellas imágenes de Jesus y de María. Recordé que era cristiana y comprendí la firmeza de sus creencias, y con ello el obstáculo que se oponia á mi amor. Torné mi vista á lo pasado, recordé la pirámide del gran *Teocalli*, cercada de horribles grupos de culebras y de nauseabundos cráneos sangrientos todavía, ví con mi imaginacion la piedra verde de los sacrificios, sobre ella la víctima infeliz con el pecho abierto por el cuchillo de pedernal del Teopiltzin, á este con su trage rojo, de hechura de escapulario y flecos de algodon, su corona de plumas verdes y amarillas, sus pendientes en las orejas y en el labio superior, y con su aspecto horrible ofreciendo el corazon todavía palpitante de la víctima, á nuestras mal forjadas y feroces divinidades; y espantado de mis propios recuerdos y cautivado por la palabra del misionero, traté de acercarme algo mas á mi jóven protegida, abrazando aquella religion benéfica que por doquiera predicaba la caridad, la paz y el amor á nuestros semejantes. Pocos dias despues mi idea se habia realizado, era yo cristiano, y ella, hermosa y pura, con su voz argentada y divina, ocupaba muchas horas en instruirme en la religion que acababa de abrazar. Yo fácilmente acogí sus ideas y comprendí el verdadero espíritu de la doctrina de Cristo, aviniéndome á ella de todo corazon y rápidamente, que tal es el poder de las doctrinas que predica la hermosura. De aque-

llas conferencias pasamos naturalmente á hablar de nosotros mismos, y por fin un dia ambos nos descubrimos y juramos nuestro amor. A la explicacion de las doctrinas de Cristo sustituyeron bien pronto nuestros coloquios amantes, y las horas pasábanse dulcemente sin que nosotros lo echásemos de ver. Por fin llegaron nuestros amores y la exaltacion por ellos producida, á tal grado, que comprendimos cuán necesarios nos éramos el uno al otro, y cuán felices seriamos cumpliendo nuestros deseos; y ella pura y yo amante, llegamos ante el ministro del culto cristiano y nos unimos para siempre con vínculos sagrados é indisolubles. ¡Cuánta fué, hija mia, desde entonces nuestra ventura! Yo utilicé en nuestro propio obsequio mis inmensas riquezas, y en el mas pintoresco lugar del valle de México hice levantar un hermoso palacio de campo, que pronto se vió rodeado de frescas flores y de robustos árboles, merced á la privilegiada vegetacion de nuestro suelo: aquella mansion era el fiel trasunto del paraiso bíblico; nada faltaba en él de cuanto nuestros campos producen, y la mas completa felicidad nos salia por todas partes al encuentro, haciéndonos sonreir y disfrutar. Un dia de la hermosa primavera, bajo un pabellon artificial de rosas enredaderas que purificaban al pasar entre ellas los blandos rayos del sol, tu madre, hija mia, llorando de emocion y sonriendo de felicidad, me reveló que en su seno latia un ángel fruto de nuestro amor; mi ventura no reconoció límites, y toda la casa tomó un dulce aspecto de animacion y alegría, porque todos sus moradores se regocijaban y alababan á Dios, que así bendecia nuestro cariño. El tiempo trascurrió, y tú, hija queridísima de mi alma, viniste al mundo recibida en los brazos de tu padre, bendecida por Dios, por ellos y por cuantos aquel dia fueron pródigamente socorridos en sus necesidades por mi órden y con mis tesoros. Durante muchos dias las fiestas se repitieron en nuestro pequeño paraiso, y todos llamábannos el matrimonio feliz. Pero ¡ay! la dicha se cansó de distinguirnos con sus favores, y un dia, principio para mí de una vida de tormento y dolor, sentí á mi corazon destrozarse con la mas horrible de las penas. La noche an-

terior habíame quedado yo en México, y muy temprano me dirigí á mi quinta, entré en ella, me encaminé á la alcoba donde tu madre debia estar durmiendo contigo en los brazos; pero al dirigirme á la cama nadie habia en ella mas que tú, hija mia, que deshecha en llanto desgarrador, tendias á mí tus tiernos bracitos como pidiéndome amparo en tu abandono.

La jóven, que hasta aquel momento habia escuchado á su anciano padre con religiosa atencion, le interrumpió, preguntando con vivo interes:

—¡Padre mio! ¡padre mio! ¿dónde estaba mi madre?

—¡Tu madre!

—Sí.

—¡Ah!

—¡Explicaos!

—Las lágrimas me ahogan, hija mia.

—Hablad, padre mio; ¿y mi madre?

—¡Cuando recuerdo esa historia, el alma se me despedaza de dolor!

—Pero decidme, padre mio, ¿qué habia sido de ella?

—Escucha, hija, y estremécete, porque lo que de la historia falta por referir, es verdaderamente espantoso.

—Decid, padre mio; ¡pero calmad vuestro dolor!

—Hija del alma, cuando la mas grata y pura de nuestras ilusiones la vemos caer destruida por un acerbo dolor, no puede el corazon por menos de protestar con su pena contra él. ¡Oh, hija mia! el cielo quiera que no sufras jamas tan dolorosa experiencia.

—Decid, padre mio.

El anciano calló un instante, y despues dijo:

—Hija mia, con miedo en el corazon voy á comenzar á referirte la historia de la desaparicion de tu madre.

—¿Por qué con miedo?

—Tantas veces como he tratado de referirla, con mis primeras palabras ha coincidido el principio de una espantosa desgracia.

—¿Qué decís?

—Sí, hija mia, esa historia me espanta, tanto por lo trágico de sus episodios, cuanto porque nunca he logrado referírsela á nadie por entero.

—¡Cómo!

—Te lo repito; con esa narracion vamos á atraernos una desgracia.

—¡Oh! padre mio, no seais supersticioso. Dios no querrá que ahora nos suceda ningun mal.

—Si tal fuese......

—¡Comenzad, comenzad; tengo tanto interes en saber el paradero de mi madre!

—Comenzaré.

—Bien.

—Pero...... ¿oyes cómo ruge la tormenta con espantoso estruendo?

—¡Padre mio!

—¿No ves brillar con infernal resplandor la luz de los relámpagos?

—¡Dios mio!

—Ve ahí, Estrella de mi alma; esa luz que acaba de cruzar por delante de nuestro balcon, es el fuego horrible de la centella destructora, hija mia; hija mia, escucha el estampido del trueno.

—¡Ah, padre mio, padre mio! exclamó la jóven echando los brazos al cuello del anciano, que se habia puesto de pié y fijaba su mirada en el balcon como poseido de un extravío mental.

—¡Padre mio! ¿qué teneis? ¡volved en vos! repetia la jóven asustada y llorando.

—¡Calla, hija mia, calla! Qué, ¿no te espanta el estruendo de la tormenta? ¿no escuchas ese trueno que pregona la destruccion y la muerte?

—¡Padre mio, padre mio! volvió á decir la jóven espantada, ¿os olvidais de que estoy á vuestro lado? ¡Oh, padre mio! no me mireis así, porque me dais miedo. Venid aquí, sentaos á mi lado; yo os volveré la tranquilidad con mis caricias.

El anciano permanecia como enajenado y sin responder.

—Venid, padre mio, hablemos de otras cosas; ya no quiero saber la historia de mi madre.

El anciano, que parecia extraviarse mas cada vez, gritó:

—¡De tu madre!...... la historia! sí, sí...... óyela!

—¡No, padre mio, no; nada quiero saber!

—Hacia pocas horas que yo habia abandonado mi quinta de recreo, dejando en ella á tu madre, y á tí en sus brazos; la noche extendia su fúnebre capuz sobre todo lo creado; en el cielo no habia estrellas, porque las nubes, preñadas de lluvia y de centellas, las cubrian; tu tierna madre cumplia contigo los santos deberes de la maternidad, cuando una de aquellas nubes, rompiendo con fragoroso estruendo su seno mismo......

Aquí llegaba el anciano cuando una fuerte ráfaga del huracan que acompañaba la tenaz tempestad, abrió de par en par la vidriera, conduciendo al interior de la estancia estas palabras:

—¡Socorro! socorro! que me muero!......

—¿Oyes, hija mia? esa voz nos anuncia una desgracia: ¡oh! maldita historia!...... bien lo decia yo!...... Estrella, las primeras palabras de esa historia nos atraerán una desgracia!

—¡Oh, qué funesta preocupacion!

—Ya lo oiste, hija mia.

—Pero álguien se muere á la puerta de nuestra casa; es preciso socorrerle.

—¡Hija, hija! no te muevas.

La jóven salió de la habitacion, y se pudo escuchar que daba órdenes á los criados de la casa; despues tornó á entrar, diciendo:

—Padre, ¿fuera justo que estando en nuestra mano socorrer á ese desgraciado, no lo hiciésemos?

—Hija, Dios os perdone no haber hecho caso á vuestro padre, en gracia del caritativo sentimiento que disculpa vuestra falta; pero el hombre á quien socorreis llega cuando yo comenzaba á relatar la historia de la desaparicion de vuestra madre, y esto no puede por menos de atraer sobre nosotros una desgracia.

La jóven no tuvo tiempo de contestar á su padre, porque en aquellos momentos los criados penetraron en la estancia, conduciendo el cuerpo del que en la calle pidiera socorro momentos antes.

El anciano se adelantó á recibirle, y al observar la fria inmobilidad del herido, preguntó á los criados:

—¿Está muerto?

—Señor, contestó un criado, creo que sí.

—Veámoslo, dijo la jóven adelantándose al lecho en que habia sido colocado; pero al llegar á él, su rostro palideció como el mármol, dió un grito desesperado y se arrojó en brazos de su padre, repitiendo:

—Queríais buscarle, padre mio, buscarle y traérmele: no, no, no os canseis; es él: vedle, es el hombre á quien amo!

El anciano gritó con demente frenesí:

—¡El que ama ella, muerto!...... Ah!...... maldicion! maldicion!

CAPÍTULO V.

¡Pobre niña!

PASADOS los primeros momentos de aquella extraña escena, la linda jóven rubia dijo al anciano con febril y angustiosa impaciencia:

—Padre mio, hagámonos superiores á nuestra propia situacion: lo primero es salvar la vida del herido.

—Sí, hija mia, contestó casi maquinalmente el anciano.

—¡Oh! por Dios, desechad vuestras preocupaciones, padre, y atended á lo que os digo.

—Pero ¿qué hacer?

—¿Qué hacer? ¿y lo preguntais? Salvarle, porque si él muriese, tambien moriria yo.

—¡Morir tú! abandonarme! Ingrata!

—¡Oh! padre mio, perdonad las palabras que me arranca el dolor; pero salvadle, por Dios os lo pido, salvadle, porque le amo, ya lo sabeis.

—¡Ah! sí, es necesario salvarle, arrancarle de brazos de la muerte para que despues sea la causa de nuestro infortunio.

—Padre mio, os lo ruego, desechad esa fatal preocupacion.

—Preocupacion no, es un firme presentimiento; harto me lo tiene demostrado haberme sucedido lo mismo siempre que he tratado de referir á alguno la historia terrible.

—¡Padre mio! padre mio! el herido! tal vez se muere; salvadle!

—Sí, tú lo quieres, Dios nos ayudará; le salvaremos.

Guiado por su hija, el anciano se acercó al lecho.

El herido permanecia con los ojos cerrados; su respiracion era distinta y agitada.

Su frente ardia bajo el influjo poderoso de la fiebre, y su rostro mirábase cubierto de extrema palidez.

La herida era grande y rasgada, pero su poca profundidad la hacia facilísima de curar.

El anciano la estuvo examinando un largo rato, y por fin pidió vendas y agua templada.

Todo le fué brevemente suministrado.

—¿Podreis salvarle, padre mio? preguntó la jóven.

—Sí, hija mia; la herida es insignificante.

—¡Ah! gracias, Dios mio! exclamó la jóven alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas.

El anciano lavó la herida y la vendó provisionalmente, saliendo despues de aquella habitacion.

—¿Dónde vais, padre mio? preguntó la jóven.

—No tardo; cuida del enfermo, Estrella mia.

El anciano salió, y la jóven se acercó entonces á la cabecera del enfermo.

—¡Dios mio! qué pálido está! se dijo; y qué hermoso es su semblante!

Y no mentia la hermosa Estrella.

Era el herido verdaderamente guapo; su cútis era en extremo fino, y en medio de su palidez se podia adivinar que en normal estado aquel rostro se teñia de limpio sonrosado: el corte de su fisonomía era perfecto; sus ojos eran regulares de tamaño, y sus cejas y pestañas grandes y abundantes; su frente, espaciosa y de

grandes entradas; rizado su cabello de un color castaño oscuro; su bigote y perilla completamente negros; sus labios encendidos y pequeña su boca; uníanse débilmente sus cejas y marcaban así el genio fuerte del jóven.

Estrella le contemplaba con pasion, y con vivo interes espiaba el mas leve movimiento nervioso de aquel rostro querido de sus ilusiones.

—Si él volviese ahora en sí y me hallase á su lado, se decia, ¿cuál pudiera ser su primera palabra?

La jóven calló como buscando en su corazon respuesta á su pregunta.

—¿Diria que me amaba? ¿me explicaria por qué, al pasar mi calle, fija en mí las miradas de sus hermosos ojos?

Estrella volvia á callar unos leves instantes para hacerse preguntas semejantes cada vez.

—¿Habrá conocido que yo le amo? Pero no, ¡ay de mí! si lo hubiese comprendido, me amaria. ¡Me amaria! ¿pero sé yo acaso si me amará y lo oculta?

La jóven sonreia ante la posibilidad de que aquella idea pudiera confirmarse.

—¡Oh! seria muy ingrato si con su cariño no correspondiese al que yo le profeso! Pero...... ¿y si amase á otra?

Esta idea la entristecia.

—Pero no; él no puede amar á otra. No habia de ser Dios tan injusto que me hiciese concebir por un hombre una pasion cuando no habia de poderla él apreciar.

Con la explicacion que á sí propia se daba, parecia tranquilizarse.

—¡Qué dulce es para el corazon tener á su lado al objeto querido de su amor!

La jóven sonreia.

—¡Oh! sí, tan dulce, que hasta me olvido de que velo su fiebre, y me parece estar guardando su sueño.

Estrella volvió á sonreir con cierta satisfaccion.

—Me olvido, sí; creo velar su sueño y no su fiebre; pero mi corazon me dice que esta será pasajera, porque mi amor es tan inmenso, que si hubiese que disputarle su vida á la muerte, saldria triunfante de ella mi amor.

Un rizo de cabellos del jóven cayó ensortijado sobre uno de sus cerrados ojos.

—¡Ah! dijo Estrella, ese rizo le incomodará.

Y con sus lindos deditos le apartó de su frente.

El herido hizo un movimiento.

—¡Oh! sí, él me ama, y el roce de mis dedos sobre su frente le mueve el corazon.

La jóven tornó á sonreir.

—Yo quiero que vuelva en sí y me vea; tengo la esperanza de que sus primeras palabras han de ser *yo te*......

Los labios del herido se movieron como si hubiese querido continuar la frase.

Estrella lo observó, se detuvo, y otra vez sonrió.

—¡Qué tontería! se dijo; me pareció que sus labios iban á revelarme su amor!

La jóven fijó en aquel rostro sus tiernas miradas, como pretendiendo leer en él sus pensamientos íntimos.

....

....

El anciano volvió á la habitacion trayendo una caja de hermosas conchas de carey.

—¿Vais á curármele, padre mio? dijo Estrella.

—Sí, y confio que obtendremos muy pronto su completo restablecimiento.

—¿Lo creeis así?

—Lo pudiera asegurar.

—¿No podríais volverle el conocimiento?

—Por esta noche es imposible, hija mia, respondió el anciano, que habiéndose acercado al lecho, examinaba con interes al enfermo.

—¿Imposible?

—Sí; la calentura es mucha, y bien pudiera ser que sobreviniese el delirio.

—¡Dios mio!

—Sí.

—¿Pero no pudiérais remediarlo?

—Es casi inevitable.

La jóven calló: el anciano dispuso sobre finos trozos de lienzo sus ungüentos, y despues de aplicarlos á la herida, la vendó con gran cuidado y perfeccion.

Padre é hija tomaron unos sitiales, y despues de acercarlos á la cama del herido, tomaron asiento en ellos.

Largo rato permanecieron en silencio, absorto cada uno en sus propios pensamientos.

—Padre mio, dijo por fin la jóven, ¿me asegurais que le salvaremos de la muerte?

—Sí, hija mia.

—¿No os engañareis?

—No.

—Dios os oiga.

—La herida apenas tiene profundidad, y en breve quedará cicatrizada.

—El cielo lo quiera.

—Pero dime, hija mia......

—Preguntad.

—¿Aseguras que amas á ese jóven?

—Os lo repito.

—¿Con verdadera pasion?

—Mas que á mi vida; tanto casi como á vos.

—Y bien, hija mia, no me engañes.

—Os lo prometo.

—¿Ninguna prueba tienes de que ese hombre corresponda á tu cariño?

—Ninguna, padre mio.

—Y dime, pobre hija mia, mi Estrella, ¿por qué tan ciegamente te entregas á la alegría de tenerle á tu lado?

—¿No sabeis que le amo?

—Pero comprende, Estrella, cuán impremeditado es tu gozo.

—¿Por qué?

—Te conozco, hija mia, y sé que en estos momentos tu imaginacion ardiente se forja las mas halagüeñas ilusiones.

—Es verdad, padre mio.

—¿Te parece que todo lo has conseguido con tenerle á tu lado?

—Al menos una gran parte.

—¿Y si yo te dijese que puedes ser ahora mas desgraciada que lo eras antes?

—¡Ah! no lo creais.

—Pero, hija mia, ¿no comprendes que ese letargo que le adormece, ha de cesar?

—Ese es mi grato ensueño.

—¡Cómo!

—Sí.

—Habla.

—En cesando el letargo, sus parpados se entreabrirán.

—Sí.

—Sus ojos mirarán en derredor y se fijarán en mí.

—Sin duda.

—Entonces me reconocerá.

—Lo creo.

—Y al reconocerme, tal vez el agradecimiento le hará pronunciar mi nombre con entusiasmo.

—Si acaso le sabe.

—¡Oh! sí; él lo habrá averiguado.

—¿Conoces tú el suyo?

—No; pero......

—Del mismo modo puede él ignorar el que tú llevas.

—Y bien, padre mio, aun dado ese caso, ¿qué puede importarme?

—¡Cómo!

—¿No le amo yo sin saber el suyo?

—Es verdad.

—Sin saber el mio puede él amarme.

—¿Qué darias por saber su nombre?

—¿Lo habreis averiguado acaso?

—Puede ser.

—¡Ah! ¡decídmelo, decídmelo, padre mio! exclamó la niña con indefinible alegría.

—Entre los papeles que nuestros criados recogieron del suelo, por habérsele caido á nuestro jóven al ser conducido aquí, hay varios dirigidos......

—¿A quién?

—A Don Luis Cortés.

—¡Luis Cortés!

—Sí.

—¿Y suponeis que tal es su nombre?

—No me cabe duda.

—¿Por qué?

—El contenido de los papeles no da lugar á ella.

—¡Oh! enseñádmelos.

—Modera tu curiosidad.

—¿Moderarla?

—Sí.

—¿Por qué causa?

—Se refieren sus papeles á secretos importantes para él, y ya que el deseo de saber quién era la persona á quien auxiliaba me ha precisado á enterarme de ellos, debo ser prudente, procurando que nadie mas los conozca.

—Padre mio, vuestra voluntad es mi ley; no insisto.

—¿Te agrada su nombre?

—Tanto como su rostro.

—Y qué, ¿mi buena hija no querrá seguir los consejos de su padre que la adora?

—Con mil amores.

—Pues bien......

—Hablad.

—No ha podido borrarse de mi imaginacion la idea de que este jóven ha sido acogido en nuestro hogar cuando comenzaba á referirte la terrible historia.

—¡Padre!

—Hija mia, perdona que insista en ello.

—Procurad olvidarlo.

—La experiencia, y no la preocupacion como tú crees, es lo que me mueve á hablarte.

—Pero ¡padre mio!

—Estrella, ten ánimo; tu voluntad es grande y poderosa, y ella te ayudará á triunfar.

—¿De quién?

—De tu amor.

—¡De mi amor!

—Sí.

—Explicaos.

—Procura olvidar á ese hombre.

—¡Padre!

—Creeme, Estrella, aun es tiempo; tu amor, si bien lozano, aun es nuevo.

—Os engañais; esta pasion ha echado en mi alma raíces profundas é inquebrantables.

—Y bien, si un desengaño la hiriese......

—¡Dios mio!

—Sí.

—Imposible.

—No, hija mia; ese hombre tal vez no te ama.

—¡Justo cielo! exclamó la niña, herida por las palabras de su padre.

—Por mi amor te lo ruego, olvídale.

—¡Padre!

—Hija mia!

—Esas cartas que los criados han recogido......

—¡Qué!

—Mostrádmelas.

—No fuera prudente; encierran un secreto.

—¡Un secreto!

—Sí.

—¡Ah! no, no; me engañais; leo en vuestros ojos que esas cartas hablan de amor.

—No, hija mia!

—Sí; ese hombre ama á otra mujer!

—¡Estrella!

—¡Ah, padre mio! qué desgraciada soy!

Y llorando con inmensa amargura, se dejó caer en brazos de su padre, que á su pesar, confundió con las de su hija sus lágrimas abundantes.

El primer efecto que en nosotros produce un dolor intenso, es el de arrancar de nuestros ojos el mas abundante y amargo llanto.

Cada una de las lágrimas que en tal instante derramamos, lleva en sí un tesoro de sentimiento y una inmensidad de hiel.

Son la verdadera expresion de la nobleza de alma de aquel que las derrama.

En tal instante el hombre se desentiende de todo cálculo y razon, y llora con toda la fé del sér mas tierno y sencillo.

Pero pasada la primera impresion de la pena, cuando el llanto ha desahogado el alma, entonces recapacitamos.

Colocamos en la balanza de lo justo nuestro pesar, y vemos en el fiel de nuestra conciencia si la intensidad del mal que experimentamos está en relacion del dolor que nos martiriza.

Cesan las lágrimas que ofuscan nuestra vista, y ceden su campo á la reflexion.

Si en efecto el mal es tan grande que bien merezca ser llorado, la intensidad de nuestra pena vuelve á recobrar su puesto, y da lugar á la manifestacion de la desesperacion mas amarga.

Pero si la causa que motiva nuestro mal es indigna de producirle, entonces el llanto se retira para dar campo á nuestro profundo desden ó desprecio.

Cuando el alma de la jóven Estrella dejó de producir amargo llanto, como muda expresion de su dolor; cuando las caricias de su padre tornaron á ella la posible tranquilidad, Estrella se mostró serena, haciéndose superior á sí misma.

Dirigió al lecho del enfermo sus miradas, pero no ya con interes ni amor, sino con majestuosa dignidad.

Aquel homdre le habia lastimado en lo íntimo de su alma vírgen.

Podrá el corazon idolatrar á una persona que no nos ame; pero fuera indigno de él amar á quien amase á otro.

Amar á quien no nos ame es una desgracia, sí; pero un escéptico podria creerla un precepto de caridad.

Amar á quien ama á otro es una sublime necedad y poética estupidez.

Estrella se hubiese muerto de amor, viendo al que ella amaba, pasar por su calle sin fijarse en ella, sin hacerle caso; pero su pasion por aquel hombre se sentia herida de muerte al tener la conviccion de que otra era su amada.

Por fin, dijo al anciano:

—Padre, no me oculteis nada.

—Dí, hija mia.

—¿Esas cartas, prueban bien que Don Luis ama á otra mujer?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Necesito saberlo.

—¿Para qué?

—Nada temais.

—¡Hija!

—Os lo repito, nada debeis temer.

—Pero......

—Si efectivamente ese hombre ama ya á otra mujer, yo le olvidaré.

—¿Le olvidarás?

—Sí.

—¡Ah! ojalá!

—Tenedlo por seguro, padre mio.

—Mucho lo dudo.

—Me tengo en mucho para disputar á otra mujer un corazon que no ama por primera vez.

—¡Hija!

—Sí, padre mio: si el corazon de ese hombre no hubiese dictado á sus labios palabras de amor para otra, yo se le disputaria á mi rival, sí, porque yo necesito para amar una alma tan inexperta como la mia.

—¡Estrella!

—Pero cuando quizá mil veces le ha jurado ya su amor, cuando por otra mujer habrá sentido lo que tan solo por mí debió sentir, nada, absolutamente nada me importa su amor.

—¿Así lo crees?

—Sí, padre mio.

—¿No te engañarás?

—No.

—Que fuese cierto quisiera.

—Padre mio, mi voluntad y mi imaginacion son poderosas: la idea de que aun suponiendo que yo le atrajese á mi amor, podria alguna vez en mis brazos recordar las caricias de mi rival, despierta en mi corazon los celos, y con ellos el desprecio y la indignacion.

—Pero bien, hija mia, ¿dicta tus palabras amoroso despecho, ó son ellas resultado de frio raciocinio?

—Os lo he dicho; fuera mi ventura recoger de sus labios los primeros suspiros de amor; pero puesto que ese hombre ha amado, y ama quizás todavía, mi ilusion por él háse desvanecido.

—¡Hija!

—Ya lo oís.

—Entonces...... dijo el anciano levantándose de su sillon y apoyando su dedo índice sobre un timbre de plata.

—¿Qué quereis, padre mio?

—Que uno de mis criados vaya en busca de un alcalde.

—¿Para qué?

—Para hacer conducir á su casa al herido.

—¡Cómo!

—Sí: entre sus papeles se hallan las señas de su casa.

—Pero......

—Nada temas por él; te repito que su herida es en extremo leve y fácil de curarse.

—¡Pero hacerle salir en tal estado!......

—¡Bah! ¿qué importa?

—Yo creo......

—La curacion que acabo de hacer, el vendaje que ciñe la herida, y mi experiencia, responden de su curacion.

—No obstante, aguardemos al dia.

—¿Lo ves, Estrella mia? tú aun amas á ese hombre.

—Padre mio, puedo aseguraros lo contrario, y no obstante.....

—¡Concluye!

—Aun conservo un resto de esperanza.

—¡Esperanza!

—Sí.

—¡Desgraciada!

—Padre mio, ¿serán de él esas cartas que habeis leido?

—No me cabe duda.

—Mostrádmelas.

—No haré tal.

—¿Por qué?

—Encierran un secreto de familia.

—Y bien, yo le sabré guardar.

—Imposible, hija mia.

—¡Ah, señor! sois muy cruel conmigo!

—¿Cruel yo?

—Sí.

—Explícate.

—¿Decís que por esas cartas comprendeis que él no me ama?

—Sí, hija mia.

—Y bien, ¿no pudiérais engañaros?

—No cabe duda.

—Mostrádmelas pues: vea yo lo que el ingrato dice á otra mujer, y convencida por mis propios ojos, morirá el resto de simpatía que por él conservo.

—Hija, bástete que tu padre te lo asegure; no quieras saber mas.

—¿A quién van dirigidas esas cartas?

—Tienen el nombre en blanco.

—¡Ah!

—¿Qué es eso?

—Que mi esperanza toma cuerpo.

—¡Estrella!

—Sí.

—¡Desgraciada!

—Esas cartas están sin nombre; ¿quién os puede asegurar que no ignora el mio?

—¡Hija!

—Esas cartas pueden estar destinadas para mí.

—¡Oh! no lo creas.

—¿Por qué?

—Tú aseguras que jamas hablaste con él una palabra sola.

—Y es verdad, padre mio.

—Pues bien, en esas cartas se recuerdan amorosas entrevistas.

—¡Ah, Dios mio!

—¿Lo ves, Estrella? me obligas á lastimarte el corazon.

—No, padre mio, no lo creais.

—Demasiado lo comprendo.

—¡Oh! yo os juro......

—Mentirias, Estrella, mentirias.

—¡Ah!

—Soy muy viejo, conozco el corazon humano.

—¡Padre!

—En vano te esfuerzas por aparecer resignada y tranquila; tú sientes en tu corazon que pierdes el amor de ese hombre, y tu alma sufre y padece cual si fuera á abandonar esta vida.

—Y bien, padre mio, es verdad.

—¿Y nada haces por evitarte mayores sufrimientos?

—A todo me avengo, padre mio: mandad avisar al alcalde, y haced conducir á su casa á Don Luis Cortés.

El anciano no se lo hizo repetir; sonó el timbre, y un criado apareció en el umbral de la puerta.

Doña Estrella volvió al lado del herido: al fijarse en sus bellas facciones, sus recuerdos presentáronle á su imaginacion los proyectos de otros dias, sus ojos se anublaron, y lágrimas amargas corrieron por sus mejillas.

Por muy grande que sea nuestra resolucion, jamas vemos morir tranquilos la ilusion que por algun tiempo alimentamos.

En tal momento, quisiéramos retroceder á los dias pasados, cuando todavía disfrutábamos los goces de aquel ensueño, ignorantes del mal que nos aguardaba.

Estrella hubiera querido retroceder al dia primero en que conoció á Don Luis.

En aquellos dias es verdad que ignoraba si era amada por él; pero tampoco sabia si él amaba á otra.

Podia entonces alimentar esperanza; mas en aquellos instantes en vano habria pretendido concebir alguna.

El anciano habló algunas palabras en voz baja al criado, y este volvió á salir.

—¿Qué es eso, hija mia, lloras?

—Ya lo veis, padre mio.

—¿Cuál es entonces el poder que decias tener sobre tu voluntad é imaginacion?

—Es, padre, que á pesar de todo, aun conservo alguna dulce esperanza.

—¡Cuál puede ser!

—¡Callad!

—¿Qué?

—El enfermo se ha movido.

—Sí.

—Vedle, padre, sus labios se entreabren.

—La sed de la fiebre.

La jóven tomó en una cucharita de oro una pequeña cantidad de agua y la vertió en los labios del enfermo.

—¡Qué has hecho! preguntó el anciano.

—¡Ah! padre mio, yo quisiera verlé volver en sí, antes que de esta casa saliese.

—¡Dios mio! pobre Estrella! dijo para sí el anciano.

El enfermo movió su cabeza, y un prolongado suspiro se escapó de entre sus labios.

Padre é hija le observaban con atencion.

—¡Tengo sed! exclamó el herido con debilitada voz.

—¡Va á despertar! repuso la jóven.

—¡Calla! añadió el anciano.

—¡Tengo sed! repitió el primero.

Estrella se desprendió de los brazos de su padre, tomó otra vez la cucharita y vertió otras gotas de líquido en la boca de Don Luis.

—¡Qué dulce consuelo!

—¿Oís? preguntó con alegría la jóven.

—Sí.

—Voy á darle mas agua.

—No, hija, no; podria causarle la muerte.

—¡Dios mio! exclamó la jóven estremecida.

El herido, con voz ya mas clara, aunque apagada todavía, dejó escapar estas palabras:

—¡Te amo! sí, ¡te amo!...... perderte fuera...... morir.

La jóven reprimió un grito.

—¡Hija! ¿aun tienes esperanza? preguntó el anciano.

El enfermo continuó hablando:

—¡Oh! ..... ¿es verdad que á mi lado..... serás muy feliz?..... porque yo te amo..... sí....... nunca te lo habia confesado....... pero esta noche...... quiero descubrirte mi secreto.

—¡Padre! ¡padre! dijo la jóven con febril impaciencia; decís que en esas cartas se habla de amorosas entrevistas.

—Sí, hija mia, es la verdad.

—No, no; sus palabras lo niegan: él ha amado en silencio hasta ahora; esta noche es cuando asegura romper el secreto de su amor: ¿qué decís, padre? ¿qué decís?

—¡Escucha! dijo el anciano.

El enfermo volvió á hablar cada vez con mas grande entusiasmo, diciendo:

—Amor, impalpable ilusion, ensueño dulce, suspiro de las auras apacibles que se detienen y confunden á la misteriosa sombra de los bosques y sobre las aguas del lago; grato arrullo de blanca paloma oculta en el corazon de la selva; amor, vida de las almas, que tanto mayor y verdadero es cuanto mas enferma los corazones en que se abriga...... dulce ensueño de placer....... luz purísima...... amor, vida de los séres, creador del mundo...... Hablaremos, sí..... hablemos de mi amor, y sepa yo, Estrella de mi vida, si vos......

—Padre!!!...... padre mio!!! gritó la jóven con loca exaltacion, ¡ya lo veis, me amaba!...... ¡me ama! ¡me ama!

Estrella perdió el sentido en brazos de su padre; este, al recibirla en su seno, exclamó con la expresion del dolor mas terrible:

—¡Pobre hija mia! ignora que otra Estrella es la mujer que ese hombre adora: este ¡ay Dios! es el secreto que me han revelado sus cartas!

CAPÍTULO IV.

La impaciencia.

¿QUIÉN, por su mal, no ha esperado con impaciencia febril el momento de encontrarse al lado del bien querido de su alma, del ángel de su amor?

¿Quién no ha sentido asomarse á sus párpados una lágrima de desesperacion al oir sonar la hora de la cita de amor, sin que el sér que nos le inspira haya llegado aún?

¿Quién no ha atormentado su imaginacion, haciéndola discurrir sobre la causa de su tardanza?

¿Quién no ha comprendido lo inmenso de su amor, cuando atribuyendo á olvido su demora, acusamos al amante de desdeñoso y de ingrato?

¿Quién ha experimentado sobresalto mayor, mas grande impaciencia, que la que produce la ausencia inesperada del alma de nuestra alma?

¿Quién dice que supo amar, y no sintió ennegrecerse su humor y sus pensamientos, formándose las mas extrañas y difíciles conjeturas, un cuarto de hora despues de esperar inútilmente?

«El que espera, desespera,» dice el refran en su mas lata expresion.

Pero el que espera de amor, une á la desesperacion el mas terrible de los tormentos, la desgracia mayor, la duda.

El amante que espera, por muy grande que su pasion sea, por mucho que en ella confie, duda de quien le hace esperar.

¿Cómo puede concebirse que no se halle poseido de la misma inquietud y de idéntica pena que nosotros, si no es porque con otro amor olvida el nuestro?

Los que esto nieguen, ni amaron ni saben amar.

La impaciencia es la madre de la duda.

¡Qué pequeño es el hombre!

Todo su poder no es mas grande que lo que su vista logra alcanzar.

Y aun en este caso, ¿cuántas veces nos falta poder para explicarnos lo mismo que estamos viendo?

Los hombres no podrán dar un paso grande en el camino de su felicidad, mientras no logren leer en el corazon de los demas como en el suyo propio.

Si tal imposible les fuese dado conseguir, habrian dado por tierra con el mayor enemigo de su ventura: el engaño.

Si la falsedad dejase de ser inherente al corazon humano, se habria realizado el sueño imposible de la moral humana, la fraternidad universal.

Y cuando los hombres fuesen verdaderos hermanos entre sí, cuantas miserias y calamidades les aquejan vendrian á reducirse á la impotencia; el poder de la union es tan grande, que podria ponerse frente á frente y luchar con lo imposible.

Pero esto es un sueño, al menos para nosotros, y lo será tambien para los hijos de nuestros hijos, durante muchas generaciones.

Luchemos, pues, contra el *enemigo en casa*, esto es, contra nuestro propio corazon.

....

....

Era la misma hora y la noche misma en que hemos comenzado nuestra narracion.

Como al principio de ella, la tormenta del cielo continuaba con idéntica fuerza.

Como en los anteriores episodios, la tormenta de las almas y los corazones se cebaba en ellos.

Una mujer, un tercer ángel, tan puro y hermoso como los dos que acabamos de conocer, lloraba tambien, como ellos, por un hombre á quien amaba; tambien contaba por edad diez y seis primaveras, lo cual apenas necesitábamos haber dicho á nuestras bellas lectoras que en estos momentos fijan las miradas de sus divinos ojos en las páginas de nuestra humilde narracion: solo puede llorarse de amor á los diez y seis años.

Despues de ellos, el corazon se curte demasiado en el dolor y la experiencia para que el amor pueda obligar al corazon á arrojar lágrimas sobre nuestras mejillas.

El tercer ángel que acabamos de conocer y á quien hemos pintado puro, hermoso como los dos que ya conocemos, formaba un término medio entre aquellos.

Era su cuerpo regular, no muy alto, pero sí muy bien formado; su cútis era blanco, pero bajo de esa blancura circulaba una sangre ardiente que unia á él su vivo sonrosado: era la niña ligeramente gruesa, pero con artística morbidez; era su cabello quebrado y rizoso, de un rubio oscuro, sin por esto parecerse al castaño claro: no eran grandes sus ojos, pero sí de mirada poderosa y ardiente: perfecta su nariz, graciosa su barba, regular su boca, cuyos labios sonrosados se doblaban ligeramente hácia fuera, descubriendo unos bonitos dientes y revelando el fuego del corazon: sus manos eran pequeñas, torneadas y mórbidas, lo mismo que sus piés.

Dejaba á su cabello quebrarse naturalmente, y dos rizos caian á entrambos lados de su blanco cuello.

Vestia con sencillez un trage de delgada tela, listado de blanco y morado: en las tiras de este color veíase estampada de trecho

en trecho la linda flor conocida con el nombre de «pensamiento» ó «trinitaria.»

Su rostro era vivamente sonrosado, más, naturalmente, en sus mejillas, y en aquel instante llevaba frecuentemente á sus ojos el pañuelo para con él enjugar sus lágrimas.

La pobre niña esperaba ver llegar al hombre á quien adoraba.

Pero inútilmente, porque él tardaba en venir.

Debiera con él haberse visto, á la hora poética de los enamorados y de los melancólicos; al oscurecer.

Y ya la noche habia cerrado, acompañando con los truenos y los relámpagos de su tormenta, los tormentos de la niña.

La habitacion en que esta se hallaba era pequeña, pero alhajada con extremo gusto y elegancia.

Una mullida alfombra cubria el pavimento.

Las paredes estaban tapizadas de seda azul celeste.

La sillería era tambien azul de brocado, y la madera que le daba forma, blanca y oro.

Formaba con ella juego el resto de los muebles.

Sobre una consola recargada de góticos adornos, alzábase una hermosa luna de Venecia, entonces en su apogeo.

Sobre el tablero de la consola veíanse preciosos objetos de arte en mármoles y bronce.

Una lámpara de alabastro, pendiente del techo por cadenas de oro, derramaba en la habitacion una apacible luz.

Los útiles de costura, colocados en un bello neceser entreabierto, mostraban que su dueña era una jóven hacendosa, que sabia algo mas que vivir en el ocio y la molicie y perder el tiempo en galanteos.

Esto mismo da á entender cuán grande era la pena que la atormentaba hasta hacerla llorar.

Las jóvenes ociosas é insustanciales que descuidan las obligaciones de la mujer, no tienen sensibilidad porque les falta recto corazon, y cuando lloran, sus lágrimas son fingidas, y las arranca la vanidad ó la suprema tontería.

Uno de los costados de la habitacion estaba abierto por una inmensa ventana, sostenida por esbeltas columnas, y entre ellas corria una graciosa vidriera, adornada de primorosas pinturas trasparentes, ejecutadas sobre el vidrio.

Aquella ventana daba á un lindo y bien cuidado jardin, cuya vegetacion exuberante se descubria al través del cristal, iluminada por el fuego del relámpago.

La casa de cuyas hermosas habitaciones formaba parte la que acabamos ligeramente de describir, era en extremo pintoresca, y se hallaba situada en lo que hoy se llama «Calzada de San Cosme» y entonces «el camino *que va* á Tacuba.»

Ignoran los historiadores, y nosotros con mas razon, á qué causa atribuir la diminucion ó retirada de las lagunas de los terrenos que á la conquista inundaban; pero el hecho es que por los años de 1578 ya hacia tiempo que, á entrambos lados de la calzada que comenzando en la parte de la ciudad que hoy se llama Puente de la Mariscala iba á terminar en Popotla, donde principiaba la tierra firme, habia quedado terreno seco suficiente para que en una gran extension hubiesen podido construir huertas de un fondo muy regular. *

Extendiéronse estas huertas en un principio desde un árbol próximo á la ciudad, que el gobernador Cortés mandó señalar con dos cuchilladas, segun usanza de la época, hasta la iglesia de San Cosme, que entonces se llamaba «la ermita de San Lázaro,» y desde el primer instante se apreció la salubridad, no desmentida despues, de aquel pintoresco arrabal de la ciudad.

Salvados estos ligeros apuntes, asentados aquí con objeto de dar á conocer la antigua México á algunos de nuestros lectores que ya no la supiesen de antemano, y no con objeto de mostrar una erudicion que no nos pertenece á nosotros y sí al notable historiador que consultamos, pasemos á hablar de la afligida jóven.

Impaciente por la tardanza de lo que mas amaba, sus lágrimas

* Don Lúcas Alaman: Novena disertacion.

corrieron largo tiempo en aras de su amor ingrato; pero por fin dieron lugar á la reflexion.

El dolor no puede hacerse continuo; llega á embotarse por sí propio, por decirlo así, dando de este modo alguna tregua al corazon que padece.

La jóven se acercó á la vidriera, y á través de ella observó la tenaz insistencia de la tormenta.

Cien relámpagos brillaron á su vista, ninguno tan encendido como su amor.

Otros tantos truenos resonaron á su oido, ninguno tan poderoso como sus celos.

Mil gotas de agua saltaron á la vidriera, ninguna de ellas tan pura como las perlas cristalinas de sus divinos ojos.

La niña permaneció así un rato.

Despues se acercó á la consola é hizo sonar un timbre.

A la sonora vibracion acudió al camarin de la bella una señora de una ancianidad venerable, vestida completamente de negro.

Al entrar preguntó:

—¿Llamábais?

—Lo habeis oido.

—Perdonad......

—No os riño, señora.

—Vuestro tono......

—Indica nada mas que la impaciencia me consume.

—¿La impaciencia?

—Sí, y tambien el sobresalto.

—Lo comprendo; pero nada debeis temer.

—En vano tratareis de convencerme de ello.

—Pensad, hija mia, en que vuestros amores son tan puros, que Dios no puede por menos de protegerlos.

—Lo cual no impide que sobrada causa tenga para temer.

—Señora......

—Sí, Doña Juana; no sé mentir, tengo miedo.

—¿De la tormenta acaso?

—¡Ah, señora! muy grande es la que ruge en mi corazon para que pueda intimidarme la qué en el cielo se desencadena sobre la tierra.

—¿Entonces?

—Temo mas que eso.

—Explicaos.

—Su tardanza me hace pensar......

—¿En qué, señora?

—En dos cosas, de las cuales no sé cuál me intimida mas.

—Decidme.

—Si su demora en llegar fuese originada por una desgracia....

—¡Oh! no lo creais; Dios velará por él, y con él por vuestro amor.

—Dios os oiga.

—¿Y bien?

—Si no hubiese llegado á mí porque otra mujer......

—¡Ah! señora, no ofendais al hombre á quien quereis.

—No, Doña Juana; vos aparentais no recordar los dias de vuestra juventud.

—¡Señora!

—Es la verdad: cuando el corazon se siente contrariado, no hay cosa que no piense para explicarse sus dudas.

—Promesas mil teneis de su amor.

—Promesas, sí; ¿pero quién os dice que no sea capaz de dejarlas sin cumplimiento?

—Su nobleza, señora.

—¿Su nobleza?

—Sí, su nobleza de alma.

—Dudo de él, porque razon veo para ello en su tardanza; y no obstante, es muy grande el consuelo que me dais tomando á vuestro cargo su defensa.

—A mis años, la experiencia nos permite conocer desde luego á las personas.

—¿Y creeis......

—Y firmemente, señora, que Don Luis Cortés no os ha dicho sus juramentos para dejarlos de cumplir.

—¡Oh! pluguiérale así á Dios!

—Creedlo.

—No obstante......

—Decid.

—¿Encontrais hermoso á Don Luis Cortés?

—Tanto, señora, que en él veo representado el bello tipo que toda mujer debe imaginarse como objeto de su amor.

—¿Le hallais galan?

—Tanto como el mas distinguido caballero español.

—¿Fino?

—Hiciera en la corte de Madrid distinguido papel.

—De modo que le hallais......

—Señora, bello, galan y caballero, en sumo grado.

—Y bien, Doña Juana, ¿las demas mujeres, no pueden encontrar en él las mismas cualidades de belleza, cortesía y distincion?

—¿Qué quereis decir?

—Que alguna otra mujer, como vos, reconocerá tal vez sus cualidades, y como yo le amará.

—Y bien, mi querida señora Doña Estrella, si él os ama á vos, ¿qué os importa que él sea amado de las demas?

—¡Ah! Doña Juana, jóven soy, pero creo conocer bastante el corazon humano.

—Decid.

—No es necesario para que el hombre nos abandone olvidándose de nosotras, que ame á otra mujer.

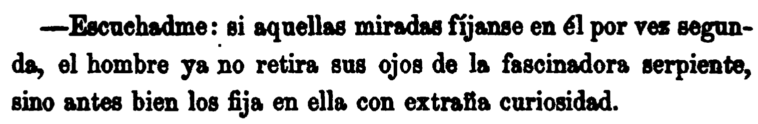
—¡Cómo!

—Basta con que otra mujer le ame.

—Señora......

—Cuando el mas firme amante se ve objeto de las miradas entusiastas de otra mujer que su amada, su primer movimiento es apartar su vista de aquellos ojos, con indiferencia.

—Vos lo decís.



—Escuchadme: si aquellas miradas fíjanse en él por vez segunda, el hombre ya no retira sus ojos de la fascinadora serpiente, sino antes bien los fija en ella con extraña curiosidad.

—¿Y bien?

—La mujer es la que entonces baja su vista.

—¿Y él?

—Insiste en buscar la mirada de aquellos ojos, y hasta le enfada que la diestra cazadora aparente olvidarse de que él la mira.

—¿Y ella?

—Vuelve á mirarle, baja rápidamente su vista; álzala otra vez, se fija en su presa, y con gracia encantadora le sonríe.

—¿Y él?

—Siente teñirse su rostro de mil colores, experimenta sofocante calor; pero sus miradas no se apartan de la sirena.

—¿Y ella?

—Vuelve á mirarle y sonríe.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Y él?

—Ya mas tranquilo, le halaga la idea de su rápida conquista, arregla las piezas de su trage y......

—¿Y qué?......

—Sonríe tambien.

—¡Ah!

—¿Comprendeis?

—Demasiado.

—La conquista es segura.

—¿Y ella?

—Vuelve á él sus ojos, le mira con engañadora tristeza y menea su cabeza, como diciendo: rápido es tu amor, pronto me olvidarás!

—¿Y él?

—Le indica, abriendo desmesuradamente sus ojos, que ese amor es tan inmenso como la belleza que se le inspira, y que la rapidez

con que se ha sentido enamorado, solo es superada por lo inmenso de su pasion.

—¿Y ella?

—Le envia en otra nueva mirada la expresion de su agradecimiento sin límites.

—¿Y él?

—Se sonríe en lo íntimo de su vanidad.

—¿Y ella?

—Vuelve de vez en cuando á mirarle: y una vez se encuentra con que su conquista, poseida de extraña distraccion, parece no fijarse en ella.

—¿Por qué?

—Porque su recuerdo le ha presentado la imágen de su amor ausente, y la conciencia le remuerde por su infidelidad.

—Y entonces se arrepiente, ¿no es verdad?

—¿Arrepentirse? ¡no!

—¡Cómo!

—Pronuncia una palabra de compasion para la ausente, y sigue recreando su vista en la de su nuevo amor.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! me parece mucho el descaro.

—¿No es verdad?

—Sí.

—En vuestra época no era así.

—Os diré, señora, que me acuerdo de haber *oido contar* algo parecido á eso; pero la verdad es que yo creia que con el tiempo habria la humanidad de corregirse.

—¡Extraño error!

—¡Cómo!

—Cuanto mas adelanta el hombre en el camino de la civilizacion, mas y mas se pervierte.

—¡Es posible!

—Innegable.

Las interlocutoras guardaron un instante de silencio.

Parecian recapacitar sobre su extraño diálogo.

Durante él, la fisonomía de la jóven se habia serenado algun tanto, y apenas se marcaban en ella las huellas del dolor pasado.

Tan cierto es que la conversacion, pasto del alma, puede con su influjo animador aminorar las afecciones del ánimo.

No obstante, aquella tranquilidad era aparente, y cual una nube, pasajera.

Fijo el pensamiento de la jóven en la ausencia del que amaba, presto volvió á ensimismarse en sus extrañas conjeturas.

La misma conversacion que acababa de tener, despertaba, á su pesar, los celos en su alma.

Sin poder olvidar su fija idea, veia á su amante sucumbir ante las miradas ardientes de una rival.

Ella misma habíase forjado el panorama de sus recelos, y su imaginacion ardiente contribuia á dar una apariencia de vida real á sus ensueños.

Así suele suceder.

¡Cuántas veces nuestra falta de fé se entretiene en atormentar cruelmente nuestro corazon con la perspectiva de un mal que tal vez nos intimida mas porque está mas lejos de lo natural y posible!

La anciana comprendió que tal vez pronto las lágrimas del pesar volverian á nublar los ardientes ojos de la niña, y trató de cortar en ella sus pensamientos.

—Doña Estrella, dijo, ¿no os recogeis á descansar?

—¡Ah! Doña Juana, ¿creeis que me sea posible?

—Si insistís en vuestros extraños pensamientos, tal vez no.

—Y bien: si le amo, ¿suponeis que su recuerdo pueda un solo instante apartarse de mí?

—No os diré que sí.

—Entonces......

—Insisto en que descanseis.

—¿Me lo permitirán mis celos?

—Ciertamente que sí.

—¡Cómo!

—Si los sabeis acallar.

—Hiciéralo, á no haber motivo para lo contrario.

—¿Motivo?

—Sí, las mismas bellas cualidades que le adornan.

—Pero en su amor teneis motivo para lo contrario.

—Os he dicho mi parecer.

—Que yo acato.

—¿Entonces?

—Otro motivo que la infidelidad, puede haberle obligado á faltar á vuestra cita.

—¡Una desgracia! ¡Dios mio!

—No.

—Explicaos.

—Un asunto importante puede haberle retenido en la ciudad.

—Para el amor verdadero, ¿qué asunto de mas importancia puede haber que visitar á quien nos le inspira?

—Eso puede tener sus excepciones.

—Ninguna para el amante fiel.

—Mirad bien, Doña Estrella, el estado de la noche.

—¿Y bien?

—La tormenta no cesa un solo instante.

—Concluid.

—El agua cae á torrentes.

—¡El agua! exclamó la jóven con desden.

—Sí.

—Y qué, ¿teme acaso que ella apague en su corazon el fuego de mi amor?

—¡Señora!

—Poco me ama si tal obstáculo le arredra.

—¡Diablo! dijo para sí la dueña; en mi tiempo no éramos tan egoistas; no exigiéramos las mujeres ciertos sacrificios á nuestros amantes, si alguna vez nos viésemos obligadas á llevarlos nosotras á cabo.

—¿Qué decíais?

—Que la noche ha adelantado lo bastante para que debais perder toda esperanza de verle por hoy.

—¡Triste verdad!

—Recogeos, pues.

—¿Y si aun llegase?

—No lo creais.

—¡Dios mio!

—Debe estar inundado el camino.

—¡Ah, Doña Juana! no sabeis cuán triste es recogerse al lecho con el corazon oprimido.

—En él podreis descansar.

—No lo creais; el sueño huye de los párpados del que llora dolencias de amor.

—Pero en Dios y en su amor confiad.

—Recojámonos.

—Cuando gusteis.

—Ahora mismo.

—Dios os guarde.

—Reposad con él.

La jóven quedó sola, volvió á mirar á través de la vidriera, lanzó un suspiro melancólico y se dirigió á la habitacion inmediata.

Era su recámara ó alcoba.

La pieza estaba tapizada de seda blanca, cubria el piso una alfombra clara, y allí, en medio de ella, una soberbia cama de caoba con magníficos tallados, se envolvia entre los grandes pliegues de recamadas cortinas de seda bordadas de plata.

Sobre un lindo reclinatorio de ébano con incrustaciones de nácar, se veia un hermoso Crucifijo de marfil, y delante de él dos ángeles de porcelana sostenian dos lámparas pequeñas que le envolvian en una apacible claridad.

Sobre el reclinatorio mirábase abierto un precioso libro de horas.

Un mullido almohadon cuadrado, forrado de seda blanca, estaba á los piés del reclinatorio en su correspondiente peana.

La jóven soltó el cinturon de su vestido, que cayó en pliegues, dió libertad á sus cabellos, y con la vista fija en la imágen del Rey de los mártires, se postró sobre el cojin y elevó al cielo su casta oracion.

Un ruido extraño vino á sacarla de su cristiano arrobamiento.

Sin poderlo remediar, se puso en pié y prestó atencion.

Distintamente pudo escuchar el galopar de varios caballos, ó por mejor decir, llegó á sus oidos el repetido chasquido que las patas de los caballos producian al romper el agua en que se hundian.

El rumor fué poco á poco acercándose.

Al fin pudieron escucharse las voces de los ginetes.

Cuando uno está impaciente, cuantas voces escucha le parecen la de la persona á quien aguarda.

La jóven Estrella creyó escuchar la voz de su amante.

—Bien decia yo, murmuró para sí, que no podria faltar.

Y volvió á ceñirse su cinturon.

Entró segunda vez la dueña, que como su linda señora, habia escuchado el ruido de los caballos sobre el agua y la voz de Don Luis.

—¿Será él? preguntó al entrar.

—He distinguido su voz.

—Tambien yo.

—No hay duda entonces.

—Mandaremos abrir.

—Sí.

Al disponerse á salir la dueña, ella y su señora retrocedieron espantadas.

—¡Deteneos, ú os mato! habia gritado una voz.

—¡O yo os mataré á vos! contestó otra.

—Veámoslo, dijo la primera.

—¡Ahí va! respondió la segunda.

Varios disparos de pistola dejáronse escuchar.

Una voz habia dicho:

—¡Maldito seais! ¡me habeis muerto!

La jóven lanzó un grito terrible.

—¿Qué os pasa? preguntó la dueña.

—¡Que la del muerto era su voz!

Despues se escuchó la carcajada de un hombre y el ruido de un cuerpo que caia en el agua.

—•◦✣◦•—

CAPÍTULO VII.

El llanto del alma.

FÁCILMENTE podrá adivinarse el terror de que estarian poseidas las dos mujeres.

Doña Estrella, especialmente, habia sentido correr por sus venas un frio mortal.

La palidez de su rostro era extremada, y su absoluta inmobilidad la asemejaba á una estatua modelo.

Las almas que cifran su vida en el amor, llegan á adquirir un grado tal de sensibilidad, que la menor emocion las pone en gran riesgo de perecer.

El amor es, ya lo hemos dicho otra vez, el alma de nuestra existencia, el sér de nuestro sér.

Ríanse de esta opinion los necios y los petimetres, las vanas bellezas y las insustanciales coquetas; nada nos importa: para sus risas, nosotros tenemos el desprecio.

Búrlense tambien de ella, si así les place, los escépticos ó des creidos; por ridícula que aquella opinion les parezca, no lo será en tan alto grado como su exótica secta, que ya que en la clara

luz de la razon no puede hallar fundamentos para existir, trata de rebuscarlos en el caos de la mas crasa ignorancia.

Nosotros no escribimos ni para los sabios ni para los tontos.

Tratamos de buscar nuestros lectores entre aquellos que avanzando siempre en la senda del progreso, no han perdido la fé ni las creencias, y tienen por lo tanto un corazon dispuesto á sacrificarse por los demas y á sentir con ellos.

Convenimos en que el amor que nosotros tratamos de describir no se experimenta sino una vez en la vida; pero firmemente creemos en su existencia.

Tampoco negamos que las mas veces el cálculo, la estúpida experiencia social y el descreimiento, matan tan puro sentimiento; pero podemos asegurar que los que así arrostran con él, no lo hacen impunemente. Siempre les queda en el alma una cicatriz, que al ser tocada por el dedo poderoso del recuerdo, se estremece y brota sangre.

Nadie sin pena recuerda su primer amor.

Si el infortunio le mató, nuestro corazon nos duele.

Si el crímen le dió muerte, la conciencia nos atormenta y le venga.

El primer amor es la esencia mas pura de nuestra alma.

En él vertemos cuanto de mas digno tiene nuestro corazon.

Es la primera esencia del boton de la flor que nace, hermoso mas que ninguno.

Por eso la primera vez que nuestros labios pronunciaron las mágicas palabras del amor confesado, su dulzura nos embriaga, arrobándonos en divino éxtasis.

Es tal vez la única ocasion en que nuestra alma dice la verdad.

Cuando el primer desengaño con su inflexible diestra desgarra el velo de nuestras ilusiones, mostrándonos el árido campo de la realidad, en lo íntimo de nuestro corazon se abre una herida mortal, y por ella se escapan de su fondo la franqueza y la verdad.

Toda confesion de amor, posterior á la primera, no puede en modo alguno igualarla en poesía y encanto.

La primera vez que amamos, no vemos otra cosa que un ángel en el sér que nos le inspira.

Si volvemos á amar, nuestro deseo no busca un sér ideal que ya no nos satisface.

La materialidad sustituye al idealismo.

El hombre no busca un ángel, sino una mujer.

La mujer busca un hombre.

El primer amor es un sueño de rosa; el segundo un placer.

Dios lo dispuso.

Las criaturas acatan su voluntad.

Doña Estrella, la hermosa jóven del vestido blanco y morado, amaba por primera vez.

Su amor, por lo tanto, todo era ilusion y poesía.

Y como durante él todo es ensueños y paz, la niña, al pensar en su amante, soñaba en encantados verjeles, en dias apacibles, en felicidad durable.

¿Cómo entonces no habia de aterrarse al escuchar la voz de su amador en medio de un combate, y comprender por el ruido producido en el agua, que un cuerpo muerto se hundia en ella?

La jóven y la dueña permanecian inmóbiles y en silencio, como esperando la solucion del drama que acababa de tener lugar al frente mismo de su casa.

La jóven se arrepentia entonces de que su impaciencia hubiese acusado de ingrato al amante por haber tardado en llegar á la cita que le diera.

La duda es horrible; y sin embargo, ¿cuántas veces no es preferible á la realidad?

Su amante no llegaba, tal vez le era infiel; pero ¿no pudiera haberse arrepentido y vuelto á ella?

Su amante estaba allí, habia escuchado su voz; pero si habia sido muerto, ¿cuánto mas no hubiese valido á la niña aguardarle aquella noche en vano?

Pero aquella situacion no podia prolongarse mas, si el alma habia de soportarla.

Era necesario resolver lo que deberia hacerse.

La dueña fué la primera en hablar.

Con temblorosa voz dijo:

—Y bien, señora, ¿qué resolveis?

—No acierto á decíroslo.

—Esta incertidumbre es atroz.

—Sí, me destroza el alma.

—Llamemos á los criados.

—¿Qué pretendeis?

—Salir en socorro del herido.

—¿Del herido?

—Sí.

—¡Quiera Dios que aun se llegue á tiempo!

—¿Qué pensais?

—«Muerto soy» han sido sus últimas palabras.

—¡Oh! no supongais......

—A pesar mio, esta idea me aterra.

—Tratad de desecharla.

—¡Imposible!

—Señora......

—El corazon piensa siempre en lo peor.

—¿Y quién os dice que efectivamente el herido sea Don Luis Cortés?

—Pues qué, ¿vos misma no habeis escuchado su voz?

—Os diré, señora.....

—Hablad.

—Cuando ocupa nuestra imaginacion un pensamiento fijo, todo cuanto nos rodea nos parece referirse á él.

—¿Y bien?

—Pensando en la tardanza de Don Luis, esperándole con impaciencia, la primera voz que hemos oido nos ha parecido la suya.

—¡Ah! en vano tratais de infundirme esperanza.

—Desconfiada sois.

—Sí, porque amo.

—Extraña disculpa.

—La única verdadera.

—Vos lo decís.

—Pero procuremos salir de la duda.

—Es lo mejor.

—Llamad.

—Voy á ello.

La dueña se acercó al lugar donde se hallaba el timbre, y le hizo sonar con fuerza varias veces.

Un criado apareció en el dintel de la puerta.

—¿Qué deseais, señora? preguntó.

—¿Se han recogido vuestros compañeros?

—La señora no ha dado todavía la órden para ello.

—¡Es verdad! pobres gentes! dijo para sí la jóven: tan preocupada estaba, que iba á recogerme sin acordarme que ellos velaban.

Despues añadió en voz alta:

—A juzgar por sus lamentos, un hombre debe de hallarse á la puerta de esta casa, muerto ó herido.

—Todos hemos escuchado los disparos de un arma.

—¿Y por qué no habeis acudido en socorro de la víctima?

—Señora, bien sabeis el peligro que se corre de andar con la justicia por un lance semejante.

—En el que nada tenemos que ver nosotros.

—Mientras tanto se convenciese de ello la justicia, harto nos darian que hacer.

—Es verdad; pero......

—Costumbre es, señora, hacerse sordos á cuantos lances semejantes ocurren en la noche, y en la calle.

—Pero al presente, es necesario obrar de otro modo.

—Vos mandais.

—Llamad á vuestros compañeros, y con ellos salid á la calle y recoged al herido.

—Sereis servida.

—Idos.

El criado se inclinó, y despues marchó á cumplir los deseos de su jóven señora.

Esta permaneció en su habitacion, y con ella la dueña, la cual dijo:

—¿Y pensais recogerle en vuestra casa?

—Explicaos.

—Digo que si en efecto traen al herido, pensais que permanezca aquí mientras se cura.

—¡Extraña pregunta!

—No tan extraña.

—Sí, por mi vida.

—No tanto si meditais en el riesgo que corremos de andar, como ha dicho muy bien vuestro criado, en negocios de justicia.

—Nada temais.

—¿Por qué?

—Lo que hacemos en todo caso es una obra de caridad.

—No cabe duda; pero......

—Por otra parte, habiendo tenido lugar el lance á la puerta de nuestra casa, y permaneciendo el herido delante de ella, no por no recogerle nos libertariamos de las respectivas declaraciones.

—No obstante; en ese caso nos seria mas fácil demostrar que no hemos tenido ninguna participacion en el lance.

—Repito que en nada temo á la justicia.

—Yo tampoco la temeria si fuese justa.

—¿Cómo?

—Sí; no anda tan recta la justicia como fuera de desearse.

—Mal ha sido ese de todos los tiempos.

—Mas en mi favor.

—Ahora, nada escucho; sálvese la vida del hombre que socorremos, sea quien fuere, que si los hombres desconocen la rectitud de mis intenciones, Dios las apreciará.

—Por otra parte, pudiera murmurarse de vos.

—Un herido no infunde sospechas.

—Os diré, señora, respecto á ese punto y con vuestro perdon, que os engañais.

—Explicadme.

—Fácilmente.

—Decid.

—Son ya muchos los casos en que se ha visto á un hombre buscar un lance á las puertas de la casa de la mujer á quien ama, aun cuando ella no le ame, para con pretexto de ser socorrido, penetrar en el santuario de sus habitaciones.

—¡Dios mio!

—Parece que mis palabras os hacen fuerza.

—Lo confieso.

—Entonces......

—En este caso nada tienen que ver vuestras sospechas.

—¿Por qué?

—Porque el herido es Don Luis Cortés, que tiene entrada en mi casa, y por tanto, no neçesita exponer su vida para penetrar en ella.

—Teneis razon; pero no sabemos si en efecto será Don Luis el socorrido.

—Si otra persona fuese, mañana será trasladado á la ciudad.

—¿Y mientras tanto?

—No le negaré la permanencia en mi casa.

—Pero......

—Nada escucho.

—¡Señora!

—Obraré como mi conciencia me lo dicta.

—¡Quiera Dios que no nos salga cara vuestra filantropía!

—No hablemos mas de ello.

—Como gusteis.

Hubo un momento de silencio.

De pronto la jóven, que se habia quedado completamente abstraida, se levantó del sitial en que habia tomado asiento.

—¿Qué os ocurre? preguntó la dueña.

—Hemos olvidado lo principal.

—Decid.

—El lugar donde debe de ser colocado el herido.

—Teneis razon.

—Es necesario prepararle un lecho.

—¿Dónde?

—El sitio es lo de menos.

—Sí, pero......

—En cualquiera de las habitaciones de la casa.

—Daré órden para ello.

—Esperad.

—Como gusteis.

—Olvidais que no tenemos cama de que disponer.

—Es verdad.

—¿Cómo salvar este incidente?

—Señora, lo creo fácil.

—Hablad, pero pronto.

—Es muy posible que vuestro protector, el reverendo padre Fray Francisco de Rivera, no venga ya esta noche.

—Pudiera ser.

—Coloquémosle entonces en su lecho.

—¿Pero y si viniese?

—No lo creo; ya es muy tarde.

—En efecto; ¿mas si cuando menos lo esperamos, llegase?

—Le decimos sin rodeos la ocurrencia.

—No me resuelvo.

—¡Bah! señora, demasiado sabeis la noble alma de vuestro protector.

—Sí.

—Tened por seguro que él, modelo de caridad y abnegacion, no desaprobará vuestra medida.

—¡Si la fortuna nos le trajese!

—¡Oh! ya lo creo! no podria llegar mas oportunamente.

—Nos prestaria su ayuda.

—En todos sentidos, pues curaria al herido; que es tan diestro en la medicina como santo y bueno en su conducta.

—Pero no hay que pensar en ello.

—Es verdad, jamas llega tan tarde.

—No obstante......

—¿Qué pensais?

—Escuchad, dijo la jóven yendo á la gran ventana de la habitacion y abriendo una vidriera; ¿no oís?

—En efecto, parece que llega gente á caballo.

—¿Será él?

—Voy al estrado y abriré uno de los balcones que dan sobre el camino *que va* á Tacuba.

—Sí.

—Pronto vuelvo.

—Si acaso fuese él, venid á prevenirme.

—Pronto le conoceré, puesto que siempre camina de noche acompañado de gente con linternas encendidas.

—Si acaso nos engañásemos, antes de venir á decírmelo procurad enteraros de la causa por que mis criados tardan tanto en traer al herido.

—Sereis servida.

La dueña salió de la habitacion á cumplir los deseos de su jóven y bella señora.

Doña Estrella, triste y pensativa, se acercó á la ventana y apoyó sus hermosos brazos en la primorosa barandilla de hierro que daba sobre el jardin.

La lluvia habia cesado, y la tempestad se escuchaba lejana sobre el horizonte, empañado de negros nubarrones.

Numerosas estrellas tachonaban el azul del firmamento.

La jóven alzó su vista al cielo y se fijó en ellas.

Aquellos á la vista tan diminutos astros, cintilaban como diamantes heridos por la luz del sol.

Su luz movible cambiaba á cada instante de intensidad, y cada uno de ellos parecia querer superar en hermosura de brillo á cuantos le rodeaban.

De vez en cuando alguna de las estrellas movibles cruzaba por

delante de sus compañeras con extraña rapidez, hundiéndose en el confin del horizonte.

La jóven las veia cruzar, y despues de seguirlas con la vista volvia sus hermosos ojos al lugar de donde el astro fugitivo partiera, mirando con interes.

Y era que procuraba distinguir la compañera que la ingrata fugitiva habia dejado abandonada.

Todos los amantes contemplan con placer el cielo tachonado de estrellas.

No sé cuál es el atractivo que en ellas nos seduce.

Pero al amar y ver al cielo, cada estrella nos parece un nuncio de felicidad.

La jóven, al extasiarse viéndolas, creia distinguir en ellas un número infinito de tiernos amantes.

Involuntariamente se fijaba en dos de ellas.

Parecíale que conocian que ella las miraba, y entonces se aproximaban hasta tocarse.

Seguíalas viendo, y se imaginaba que las dos se amaban.

Alternativamente una y otra avivaban su luz, como si en tierno diálogo ambas se refiriesen su recíproca pasion.

A veces las dos brillaban con la misma fuerza, como queriendo decir á la niña: «las dos nos amamos con la misma intensidad.»

La jóven suspiraba con toda la ternura de su corazon.

Fijaba su vista en otras dos estrellas que tambien repetian la misma escena, que era traducida por ella del mismo modo.

—Todas se aman y tienen compañera, decia luego para sí; ¡qué felices son!

La hermosa vegetacion del jardin brillaba con las mil gotas que á modo de fresco rocío, habia dejado la lluvia sobre las hojas de las plantas.

Las brisas corrian refrescadas por la misma lluvia.

Las flores, sacudiendo sus corolas, enviaban hasta la ventana de la jóven sus mil y escogidos perfumes.

Ella los aspiraba blandamente y sentia que su corazon se gozaba en ellos.

Su alma poco á poco se iba tranquilizando.

El cuadro misterioso que ante ella ostentaba su fantástica belleza, ejercia poderoso influjo sobre su ánimo.

Su imaginacion ardiente la apartaba de la vida real para trasportarla á los mundos de su ilusion.

Nada es tan bello como soñar despierto.

Porque nuestro sueño, como obra de nuestros deseos, nos presenta cuanto de hermoso tienen.

La niña, á fuerza de tanto mirar al cielo, á las estrellas y á las flores, acabó por no ver ninguna de estas cosas.

Solo vió ante sus ojos el dilatado campo de su imaginacion.

Complaciendo sus deseos, el tierno amante se le aparecia radiante de pasion.

Ella le oia acercarse despacio como para no ser sentido.

Le veia dirigir sus brazos á ella como ansioso de llegar.

Luego le veia detenerse, llevar la mano á su corazon y oprimirle, como queriendo calmar en él un acerbo dolor que le matara.

Por fin le vió cerca, muy cerca de sí, al pié de su ventana.

La jóven le alargó la mano, y sintió que en ella imprimian los labios de su amante un ósculo ardiente y prolongado.

Entonces una voz que llegó hasta sus oidos, armoniosa y pura, le dijo:

—Tardé, pero vine, Estrella mia.

La jóven sonrió, porque su sueño le halagaba.

Por segunda vez los mismos labios grabaron en su mano, que otro oprimia entre las suyas, un dulce beso, mas prolongado todavía que el anterior.

La jóven se estremeció, quiso retirar su mano, pero no pudo, porque su amante la retuvo con cariño.

Entonces la misma voz volvió á decir:

—¿Por qué guardas silencio, Estrella mia?

La niña volvió á sonreir, diciendo para sí:

—¡Cuán grande es el poder de mi sueño!

A un tercer ósculo impreso en su mano, acompañaron estas palabras de la voz misteriosa:

—¿Por qué, como otras veces al recibirme, no me has dicho, Estrella mia, que me amas?

Otra vez mas la jóven sonrió y calló.

La voz entonces dijo lastimeramente:

—¡Estrella ingrata, no me amas tal vez porque me ves herido y voy á morir!

La jóven dió un grito, llevó las manos á su frente y las pasó ante sus ojos, como queriendo despertar.

Pero en vano; sus ojos seguian viendo á su amante al pié de la ventana.

—¡Dios mio! Dios mio! exclamó la niña, ¡este sueño me halagaba; ahora me espanta!

Y sintió que sus piernas flaqueaban y su cabeza se desvanecia.

La misma voz repitió:

—Estrella, Estrella de mi alma, ¿qué te pasa?

La jóven volvió á lanzar un grito, y se abalanzó á la ventana, donde veia trepar á su amante.

Quiso cerrar la vidriera; pero una mano se lo impidió, mientras una voz le decia:

—¡Estrella ingrata! ¿qué tienes hoy? ya no me quieres?

En aquel instante la dueña entró en la habitacion, y al fijarse en la ventana lanzó una exclamacion de júbilo, diciendo:

—¡Ah, señor Don Luis! ¿conque no habeis muerto como temiamos? ¡Loado sea Dios!

—No he muerto, amigas mias, pero estoy herido.

—¡Pero qué es esto, Dios mio! exclamó la jóven; ¿sigo soñando, ó es la realidad cuanto miro?

La dueña respondió sorprendida y acercándose á la jóven:

—Doña Estrella, ¿qué teneis? os habeis puesto pálida!

—Luis, dijo la jóven.

—Aquí me tienes, Estrella mia! respondió la voz.



La jóven, dando un grito de júbilo, cayó en brazos de su jóven amante.

....

El poder de la imaginacion no reconoce valla ni en la misma realidad.

Expliquémonos.

Abstraida la jóven en su muda contemplacion, no habia notado que su mismo amante en cuerpo y alma atravesaba el jardin y se dirigia hácia ella.

Su presencia, sus palabras de amor, los ósculos impresos realmente en su mano por él, todo lo habia creido producto de su imaginacion calenturienta.

Y sin embargo, lo repetimos, se habia engañado con la realidad, porque su propio amante en cuerpo real fué quien á ella se hubo acercado al pié de la ventana.

....

....

—¡Ah, Don Luis! dijo la dueña, buen susto nos habeis hecho pasar con vuestra tardanza.

—Perdonad, amigas mias; un cúmulo de extrañas circunstancias me ha impedido acudir á la entrevista con la puntualidad de costumbre.

—Referídnoslas.

—Son muchas para ser contadas brevemente, y el tiempo urge.

—¡Como! dijo Doña Estrella, ¿pensais dejarnos ya?

—Es necesario.

—¡Ingrato!

—No me acuseis, porque lo haríais sin razon.

—¿Qué os llama, pues, á la ciudad?

—Buscar un enemigo miserable y cobarde para deshacerme de él.

—¡Don Luis!

—Sí, Estrella de mi alma, ese hombre conspira contra lo que yo mas amo.

—Pero ¿quién es?

—No lo sé.

—Entonces......

—Sabré buscarle.

—¿Pero cómo?

—No os lo podré decir, porque lo ignoro.

—Ved lo que haceis, Don Luis.

—Dios me iluminará.

—¿Dónde habeis hallado á vuestro enemigo?

—Os repito que no le conozco.

—Pero ¿cuándo habeis sabido su enemistad?

—Esta misma noche.

—¿Dónde?

—Es un secreto que me permitireis callar.

—¡Secretos para mí!

—Doña Estrella, no me aflijais con vuestras dudas.

—Motivos dais para ellas.

—¡Amada mia!

—Llegais tarde á verme, penetrais con misterio en mi habitacion saltando las tapias de mi jardin, y vuestras primeras palabras encierran un secreto que me vedais conocer.

—Y bien, Estrella mia, si he tardado......

—Acabad.

—Lo debo á viles asesinos.

—¡Cómo!

—Sí.

—¡Explicaos, por Dios!

—¡Estoy herido!

—¡Herido!

—Sí.

—¡Dios mio!

—¡Sobre el corazon!

—¿Por qué no lo habeis dicho? exclamó la jóven con amante reconvencion, y manifestando en la agitacion de su rostro el terror que infundia en su alma la idea de aquella herida.

—Sí os lo dije.

—¡Ah!

—Pero no lo habeis escuchado.

—¡Don Luis!

—No os acuso; comprendo por la mia la inquietud en que mi tardanza os debe haber tenido.

—¡Ah! no lo comprendeis bien.

—¡Estrella mia!

—Llegué á pensar hasta que otra mujer os retenia á su lado.

El jóven se estremeció.

Doña Estrella hubo de notarlo, y dijo:

—¿Qué teneis?

—Nada, respondió Don Luis maquinalmente.

—¡Ah! exclamó la jóven; me estais engañando.

—¡Oh! no lo creais.

—Estais confuso, turbado.

—¡Estrella!

—Hablad, por Dios, y no me martiriceis por mas tiempo.

—Mil veces os he jurado mi amor, y lo que Don Luis Cortés promete, jamas deja de cumplirlo.

—Pero no obstante, mis sospechas os hacen palidecer.

—No lo creais.

—¡Oh! sí.

—¡Estrella!

—¡No me cabe duda, lo leo en vuestros ojos!

—¡Por piedad!

—Vos me engañais.

—Otra vez os juro que no.

—Y jurareis en falso.

—¡Oh!

—¡Sí! exclamó la jóven con acento que revelaba el pesar y la indignacion.

—Mi palabra garantiza mi amor.

—¡Vuestra palabra!

—Os lo repito.

—Y bien, yo os la devuelvo.

—¡Estrella!

—Lo habeis oido.

—Pero esto es inexplicable.

—Yo os aclararé lo que no podeis explicaros.

—¡Dios mio!

—Mi corazon me dice que amais á otra mujer.

—No lo creais.

—Mi corazon no me engaña en sus presentimientos.

—Os equivocais, Doña Estrella.

—Amais á otra mujer, repito; un compromiso anterior de que yo os libro en este momento, os induce á ofrecerme vuestra mano de esposo; pero conoceis muy mal á Doña Estrella, si habeis podido creer que ella apreciara en algo un amor que no os dicta vuestro corazon, y al cual solamente os obliga un juramento que vuestros labios mintieron en los dias primeros de nuestro infortunado amor.

—¡Ah! Doña Estrella, no me conoceis.

—Decid que no os conocia, no que no os conozco.

—No me conoceis, no.

—Bastante, por mi mal.

—¡Estrella mia! exclamó el jóven cayendo á sus piés.

—Alzaos, dijo ella con majestuosa dignidad.

—¡Estrella! repitió Don Luis.

—Alzaos, os dije; teneos en mas aprecio.

—¡Ah!

—Esa posicion solo debe conservarse ante la mujer que se ama.

—Y bien, yo os amo á vos.

—¡Mentís!

—¡Ah!

—Pero aun cuando dijéseis verdad, fuera lo mismo.

—¿Por qué?

—¡Porque yo no os amo!

—¡Estrella!

—Lo habeis oido.

—Pero no será cierto.

—Lo repito: no os amo.

—Pero un cambio semejante no se puede concebir.

—Don Luis, yo os perdono: podeis retiraros.

La jóven, con desdeñoso ademan mostró la puerta al doncel.

Este sintió agolparse la sangre á su cabeza; la ofensa mayor que puede hacérsele á un hombre de honor, es la de arrojarle de una casa.

Don Luis se sintió indignado; pero era caballero, y vió que la ofensa venia de parte de una dama.

Por otro lado, pensó que la falta se disculpaba con el mismo amor de la jóven.

Para él, aquella determinacion era dictada por los celos.

—Estrella, dijo con amarga calma, me habeis dicho que me perdonais una falta que no he cometido; yo os correspondo con mayor generosidad, y os perdono la ofensa que me haceis.

—Nada escucho.

—Está bien: cuando llegado el momento pueda aclararos el misterio que hoy me hace aparecer culpable á vuestros ojos, tal vez os arrepentireis de haberme ofendido.

—Nada necesito saber.

—¡Estrella!

—Os repito que salgais.

—¡¡Dios mio!!

—¡Salid!

El jóven no pudo resistir tranquilo por mas tiempo aquella prueba, y á su pesar sintió correr por sus mejillas dos lágrimas ardientes.

Rápidamente trató de enjugarlas.

Cuando lo hubo conseguido, antes que otras acudiesen á ocupar el lugar de las primeras, se acercó á la jóven, y postrando en tierra una rodilla, besó, sin pronunciar una palabra, el extremo de la primera falda que completaba el vestido de la jóven.

Esta cubrió con ambas manos su rostro, como para ocultar su llanto y ahogar sus sollozos.

El jóven se puso en pié y se dirigió á la puerta.

En el dintel se detuvo, volvió el rostro á la jóven, y con tierna voz exclamó:

—¡Estrella!

Esta no respondió.

—¡¡Adios!!...... para siempre! dijo Don Luis con amarga desesperacion.

La jóven lanzó un grito y corrió á la puerta; pero esta se habia cerrado y Don Luis desaparecido.

Durante toda esta escena, la dueña habia aparentado dormir detrás de las cortinas que ocultaban la alcoba de Doña Estrella.

Cuando hubo salido Don Luis, comprendió que ella estaba de mas, y que mejor era dejar sola á la jóven, que hablarle de cuanto acababa de suceder.

En consecuencia, y sin hacer ruido, desapareció por la puerta de escape de la alcoba.

Doña Estrella no pronunció una palabra.

Completamente abstraida en su dolor, no se fijó en la ausencia de la dueña.

Enjugó sus primeras lágrimas, lanzó un prolongado suspiro, y con paso lento se dirigió á su reclinatorio.

Dobló sus rodillas sobre el mullido almohadon, fijó su vista en la apacible imágen de Cristo, y apoyando sus manos sobre el libro de Horas, inclinó sobre él su pura frente.

Dejó correr sus lágrimas.

Y oró.

CAPÍTULO VIII.

Dos buenos amigos.

HEMOS dicho en otra ocasion que la calle que hoy se conoce con la denominacion de Santa Isabel, era una de las que marcaban el límite del plano ó *traza* del antiguo México.

Esta calle estaba entonces formada por una de tantas acequias, y como tal, se la llamaba «calle del Agua.»

En el mismo sitio que hoy ocupa el antiguo Hospital de Terceros de San Francisco, cuya obra se terminó en 1756, se levantaban por el año en que nuestra novela corre, las casas del regidor Bernardino Vazquez de Tapia, y siguiendo la calle hasta San Francisco, formaban aquel costado las casas del alcalde Francisco Dávila y las del comendador D. Leonel de Cervantes y de Don Alonso de Aguilar, yerno del anterior.

Hasta no hace mucho, los descendientes de Don Leonel de Cervantes conservaron por mas de trescientos veinte años estos mismos solares, que dan frente á San Francisco, en la plazuela conocida por «de Guardiola,» esquina á la calle de Santa Isabel,

cuyos solares fueron donados por el mismo conquistador Don Fernando Cortés al fundador de aquella distinguida familia; el que inmediatamente despues de la conquista, arribó á Nueva España con siete hijas, las cuales unidas en matrimonio á los principales capitanes de Cortés, produjeron ilustres descendientes que ennoblecieron mas y mas la familia, por sus enlaces con los hijos del primo de Cortés, Don Juan de Altamirano, y del virey Don Luis de Velasco, segundo de aquel nombre.

El costado opuesto á aquel que acabamos de describir, estaba ocupado por el *tianguis* ó mercado de Juan Velazquez, indio principal, muy distinguido por Cortés, y que allí tenia su casa, la cual durante mucho tiempo dió su nombre á la calle que seguia del convento de San Francisco, entonces en construccion, pues se llamaba «la calle *que va* al Tianguis de Juan Velazquez.»

Este mercado ocupaba el espacio que habia fuera de la *traza*, desde la «calle del Agua» ó Santa Isabel, hasta la Alameda, paseo y lugar de recreo formado por el virey Don Luis de Velasco.

Durante el vireinato de Don Martin Enriquez, el susodicho paseo no se hallaba aún en la forma que despues estuvo; pero el terreno que vino á ocupar al lado del Tianguis de Velazquez, era entonces una extensa plazuela con algunos árboles y asientos de piedra, en los cuales solian descansar, bajando de su carroza, los concurrentes al paseo de la calzada de San Cosme, ó del camino *que va* á Tacuba, como entonces se decia.

Dicha plazuela quedó desde entonces constituida en lugar de amorosas entrevistas, destino que ha venido conservando hasta el presente, en que lo mismo que entonces, bajo la apacible sombra de sus álamos y fresnos, garridas y bellas damas, y apuestos y enamorados donceles, se juran recíproca fé y constancia á la apacible luz del sol naciente, bajo el rayo abrasador del sol de medio dia, ó á la misteriosa vaguedad de la caida de la tarde..................

Dos hombres, que merced á la oscuridad de la noche y á la falta de gente que les viera, para nada necesitaban recatar el rostro, paseaban sobre el húmedo terreno de la pequeña Alameda.

Esperaban, sin duda, á alguno, porque al menor ruido producido por las ramas de los árboles, volvian con rapidez la cabeza, cual si creyesen sentir llegar á quien allí los tenia.

Uno de ellos dijo á su compañero:

—Paréceme que ambos tardan demasiado.

—Con razon os lo parece.

—Es cierto.

—Hace ya mas de dos horas que aguardamos.

—No obstante, cuando vinimos aun llovia.

—Sí, pero poco despues cesó la tormenta.

—Sin embargo......

—¿Qué?

—Temerán que el piso esté inundado.

—En ese caso pudieron decirnos: si la calle se inunda, no nos aguardeis.

—¿Te pesa?

—Sí á fé.

—¿Ni aun por ella?

—Ni aun por ella.

—Páreceme, amigo, que tu mal humor es manifiesto.

—No lo creais.

—No cabe duda.

—¿Por qué?

—Jamas respondes á tu mejor amigo tan secamente.

—Perdonad......

—No te acuso; pero me causa pena.

—¿Y qué quereis?

—Que una alma que siempre ha sido grande, no se muestre ahora ruin y miserable.

—¡Oh!

—Lo repito: ruin y miserable.

—¡Amigo!

—No me hables serio, pues no tengo miedo á nada, y mucho menos á tí que me quieres.

—Bien lo sabeis.

—Por eso mismo te hablo con franqueza.

—Ya; pero......

—No hay pero que valga.

—Como querais.

—Sabes bien que te aprecio como á un hijo desde hace mucho tiempo.

—Es verdad.

—Mucho mas ahora que te contemplo luchando con la mas negra fatalidad.

—¡Ah! yo os pido que no toqueis esa herida de mi alma.

—Es necesario.

—¿Por qué?

—Puesto que estamos solos y la ocasion se nos ofrece, hablemos de tí.

—¿Podreis darme consuelo?

—Solo Dios y tu reflexion pueden aliviar tu alma del peso de su tristeza.

—¡Dios! mi reflexion! Ah! no lo creais.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo oís.

—Solo nos faltaba que perdieses la fé.

—Tanto sufrir, acaba con todo.

—¡Cuando yo digo que te estás volviendo loco

—¿Acaso os lo niego yo?

—¡Muchacho!

—Sí, amigo mio; cuando la desgrácia nos hiere constante, nos mata ó enloquece, como la gota de agua que cae sin cesar y paulatinamente sobre el cerebro del condenado á tan bárbaro suplicio por el tribunal de la Santa Hermandad.

—¡Diablo! y despues de todo, tienes razon. Pero qué demonios! estás al principio de tu juventud, y á esa edad, aun puede tenerse esperanza en el porvenir.

—¡Esperanza! porvenir! ¿lo tengo yo acaso?

—Claro es.

—No lo creais.

—Si así te obstinas en negarlo. ......

—No lo niego sin razon.

—¡Cómo!

—Recoge el labrador en proporcion de lo que siembra.

—Explícate.

—Si mala es la semilla, enferma colectará la mies.

—¿Y bien?

—Si en mi juventud, como vos decís, siembro yo el llanto y la amargura de mi alma, ¿que podré recoger en mi agosto sino el pesar y la desesperacion?

—¡Pero cuántas veces no acontece que la clase de tierra mejora la semilla, ó que la mala la convierte en buena!

—Y aun en tal caso, si el campo en que yo siembro está cubierto de sal, ¿cómo esperar el buen fruto?

—Escarba, y descubrirás buena tierra.

—Fáltanme las fuerzas.

—¡Diablo! esto pica en historia; á tus años, á nadie le faltan fuerzas.

—¡Ay, amigo!

—No suspires, porque digo la verdad.

—¿La verdad?

—Sí.

—¿Tal creeis?

—Cuando en medio de toda clase de sufrimientos, la vejez cubra de canas tu cabeza, entonces podrás, tal vez, decir que un nuevo pesar te matará; ¿pero á tus años?

—No comprendo.

—Tu corazon está entero todavía; un gran pesar sin duda le atormenta de mil modos; pero está al principio de su vida, y aun puede luchar.

—¡Luchar!

—Cuando creciendo en años puedas mostrar un corazon cubierto

de profundas cicatrices, tiembla, sí, entonces á una nueva herida, porque ella abrirá con su ponzoña los mal dormidos pesares de otros dias.

—¿Y bien?

—Hoy eres jóven; tu corazon sufre la irritacion de la primera herida; pero tal vez podamos curarle.

—¡Imposible!

—Vamos á ver si no te me muestras descreido; esta fuera la mayor desgracia que te podria sobrevenir.

—Comienzo á sentir sus efectos.

—Pues es necesario impedirlo.

—¿Y cómo?

—Tocando tu alma con el dedo poderoso de la razon.

—¡Ah!

—Al efecto, piensa que vigilando el mas íntimo de nuestros pensamientos, hay un Dios en el que es preciso creer.

—Dios mio!

—ÉL ve tu dolor y sabrá enviarte el consuelo.

—¿Cuándo?

—Cuando sea loado.

—¿Y mientras tanto?

—Haz méritos, si quieres alcanzar.

—¿Pero cómo?

—Apelando á la mas santa de las virtudes.

—¿A cuál?

—A la resignacion.

—La resignacion! ¿y pensais que la resignacion pueda caber ante lo imposible?

—¿Por qué no?

—Puede esperarse resignado, sí: la idea de quc mas tarde ó mas temprano nuestro ensueño se logrará, da vida al alma en medio de su propia agonía. Pero cuando llegamos á convencernos de que nuestras ilusiones encierran, porque el destino lo quiere, un imposible, entonces la fé acaba, se duda de todo, excepto de nuestro mal,

y buscamos el medio de sucumbir para concluir con él: en semejante caso, pedir al alma resignacion, es una demencia, porque, os lo repito, cuando la desesperacion acaba con nuestra fé, solo un milagro de Dios puede salvarnos de llevar á cabo nuestro pensamiento fijo, ¡la muerte!

—¡Hijo!!

—Búrlese el mundo de mí, si así le place; nada me importa el mundo; es un necio, un ente de cabeza vacía.

—Ve lo que dices.

—Ningun tonto se vuelve loco, ningun estúpido se da la muerte.

—¡Oh! cortemos la conversacion.

—No; habeis querido que hablemos, y hablaremos.

—No, no; acabemos aquí.

—Pero sabed antes, que tan solo un exceso de la mas exquisita sensibilidad impele al hombre á acabar con su existencia.

—Lo creo.

—En tal situacion la cabeza no piensa, el cerebro no discurre, el infortunio y la desgracia embotan nuestros sentidos, y á ellos se sobrepone la mas firme voluntad, que hace inflexible la demencia de que somos víctimas. Quien osa darse la muerte, no es un cobarde, mentira; si lo fuese, nó tendria siempre fija en su imaginacion la idea de acabar con su existencia, idea que no olvida jamas, y en la cual ve tan solo el único fin de sus penas: tampoco es un enemigo de sus semejantes; será acaso la víctima de ellos, y no tiene obligacion de vivir pensando para los demas, cuando estos no quieren ó no pueden hacer mas llevaderos los golpes de su infortunio.

—Hijo mio, si mi amistad sirve de algo para tí, corta en este punto semejante conversacion; vuelve hácia Dios tus ojos, contémplale en su poder infinito, y no niegues que, si así lo quisiere, podrá cambiar en alegrías las penas que hoy lloras: vuelva á tí la fé, dulce sostén del espíritu; ÉL condena tu pobreza de alma.

—¡Ah! no lo creais; Él, bajo la apariencia del hombre, encerraba en su cuerpo el espíritu de un Dios, y en la senda de sangre

de su martirio tuvo miedo, y pidió á su Padre que apartase de sus labios la copa del dolor.

—Sí; pero no olvides que añadió «si era posible,» y despues de convencerse de que así estaba escrito, la apuró hasta las heces.

—Tambien yo espero ver si es posible; por eso sufro aún, por eso espero el mañana.

—Nadie es mas injusto que tú en desconocer la bondad del cielo.

—¡Injusto!

—Sí; durante dos años te ha hecho tantos beneficios y de tal cuantía, que en vano tratarás de desconocerlos.

—Es verdad.

—¿Recuerdas los antiguos defectos de tu cuerpo?

—¿Cómo no?

—Tu sonrisa nerviosa ha desaparecido para siempre de tus labios, que han recobrado la forma y naturalidad que tu enfermedad les habia hecho perder.

—Así es, en efecto.

—Con eso solo ha desaparecido de tu rostro aquel aspecto repugnante que antes tenia.

—Al cielo doy gracias por ello.

—Y nada haces de mas.

—Así lo creo.

—Toda tu fisonomía ha sufrido un cambio completo; tus ojos han moderado su feroz mirada, sin perder por eso su inteligente vivacidad.

—Tambien es cierto.

—Tus mejillas han perdido su exagerado color escarlata, y los pómulos se han reformado hasta el punto de no abultar en tu semblante sino tanto como en el de cualquiera otro hombre.

—Es verdad.

—Tus cabellos han oscurecido de color, perdiendo su indomable rigidez.

—No lo niego.

—Tu espalda no es ya, como de antiguo, contrahecha, y el tron-

co de tu cuerpo ha recobrado las mejores proporciones, habiéndose reformado tambien tus antes ridículos piés.

—Todo es verdad.

—Pues bien; una parte de tantos beneficios la debes á la ciencia de los médicos de S. E.; otra, la mayor, á la fuerza de tu juventud, y todo á Dios.

—Y por ello repito que le doy gracias: á su Providencia le debo tener hoy una presencia mejor que la de otros muchos, que no tuvieron que luchar con los grandes defectos de mi viciada naturaleza.

—Antes te avergonzabas, con razon, de presentarte ante las gentes; hoy dia nadie absolutamente se burla de tí. Y todo esto lo has obtenido en los dos años que llevamos de permanencia en Nueva España.

—Todo es cierto; pero decidme, ¿era yo tan desventurado antes como ahora lo soy?

—¡Amigo!......

—Antes era defectuoso y feo; ¿pero cuál era el pesar que amargaba mi existencia?

—¡Hijo!

—Ahora mi presencia nada tiene de desagradable; ¿pero cuál es el momento de verdadera alegría de que yo disfruto?

—¡Ea! no volvamos á las andadas.

—Os lo prometo.

—Entonces, callemos.

—No hay necesidad; hablaremos en razon de nuestro presente.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi vida es horrible.

—¿A ver por qué?

—Porque amo.

—Hijo, es necesario que tu alma demuestre su grandeza sabiendo dominar las pasiones del cuerpo.

—¡Del cuerpo! ¡Ah! no; yo la amo con la misma adoracion respetuosa que consagro á Dios.

—Comprendo.

—Yo no busco un capricho material; persigo una quimera halagadora.

—¡Pobre amigo!

—Yo la amo demasiado, y me considero muy poco digno de poseerla, para tener la exigencia de que ella corresponda con su amor al mio.

—Entonces......

—Lo que á mí me mata, son los celos.

—¡Los celos!

—Sí.

—Desgraciado!

—Verla al lado de Don Martin embriagándole con sus divinas miradas, y á su vez embriagándose ella con las de él; oir su dulce voz decirle que le ama, produce en mí un efecto tal, que muchas veces en vano me esfuerzo por reprimirme.

—Quiera el cielo que jamas llegue ella á notarlo!

—Por desgracia, ya ha sucedido.

—¡Cómo!

—Sí.

—¡Ah! tú lograrás que clla nos llegue á aborrecer.

—¡Dios mio!

—Es lo cierto.

—¡Oh! no lo creais.

—Conozco el corazon del hombre.

—Pero......

—Calla, desgraciado.

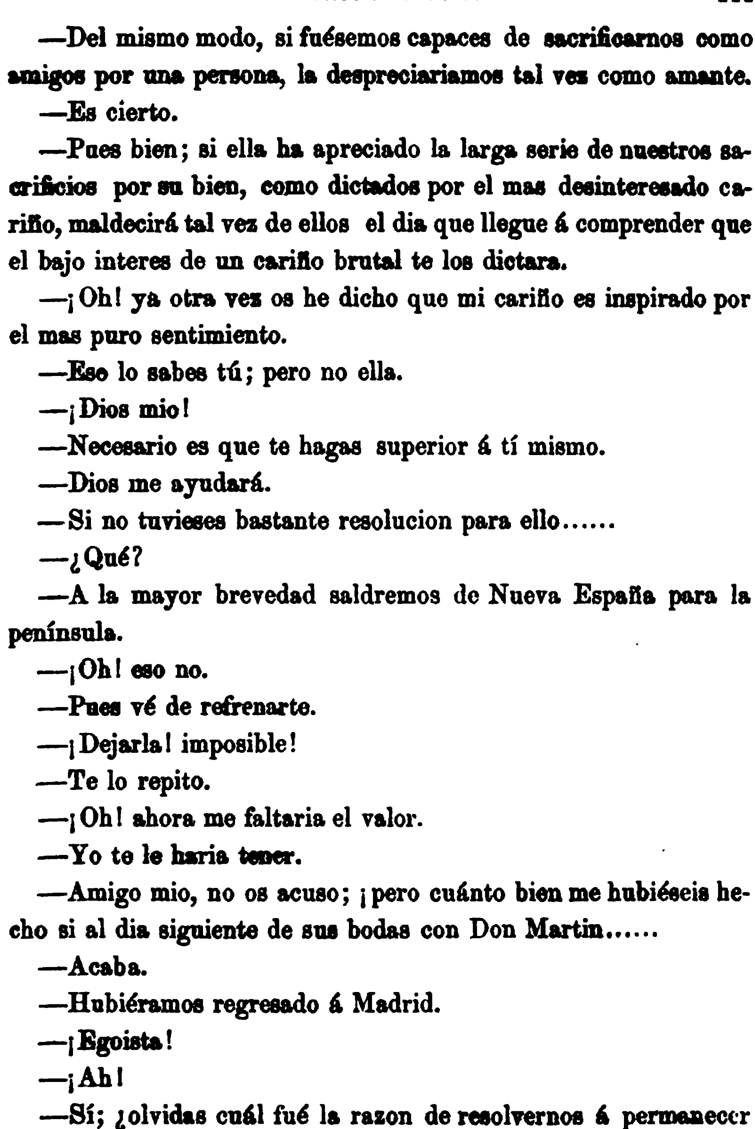
—¡Cielos, piedad!

—El corazon no se manda; por propio instinto, hombre ó mujer, á unos los distingue con su amistad, á otros con su amor.

—Continúa.

—Quien ha sido nuestro amante, nunca podrá ser nuestro buen amigo.

—Es verdad.



—Del mismo modo, si fuésemos capaces de sacrificarnos como amigos por una persona, la despreciariamos tal vez como amante.

—Es cierto.

—Pues bien; si ella ha apreciado la larga serie de nuestros sacrificios por su bien, como dictados por el mas desinteresado cariño, maldecirá tal vez de ellos el dia que llegue á comprender que el bajo interes de un cariño brutal te los dictara.

—¡Oh! ya otra vez os he dicho que mi cariño es inspirado por el mas puro sentimiento.

—Eso lo sabes tú; pero no ella.

—¡Dios mio!

—Necesario es que te hagas superior á tí mismo.

—Dios me ayudará.

—Si no tuvieses bastante resolucion para ello......

—¿Qué?

—A la mayor brevedad saldremos de Nueva España para la península.

—¡Oh! eso no.

—Pues vé de refrenarte.

—¡Dejarla! imposible!

—Te lo repito.

—¡Oh! ahora me faltaria el valor.

—Yo te le haria tener.

—Amigo mio, no os acuso; ¡pero cuánto bien me hubiéseis hecho si al dia siguiente de sus bodas con Don Martin......

—Acaba.

—Hubiéramos regresado á Madrid.

—¡Egoista!

—¡Ah!

—Sí; ¿olvidas cuál fué la razon de resolvernos á permanecer en México?

—No.

—Doña Catalina de Mendoza permanecia en peligro, porque creiamos que su enemigo jurado, el baron de Ocaña, no habia muerto.

—Teneis razon.

—Y bien, respóndeme: ¿crees tú que el peligro ha desaparecido?

—Menos que nunca.

—¿Entonces?.... .

—Es verdad, la defensa de su preciosa vida nos retiene á su lado.

—Y bien, hoy mas que nunca corre riesgo.

—¡Dios mio!

—Bien lo sabes.

—Es verdad.

—Tranquilízate, y vuelve á ser su buen amigo, acallando la voz de tu corazon.

—¿Pero qué es lo que aquí la trae?

—Es un misterio.

—¿Pero vos le conoceis?

—No.

—Tambien yo lo ignoro.

—Solo sé que aquí deberá encontrarse, pues para ello le ha citado, con el distinguido jóven mexicano Don Luis Cortés.

—¡Dios mio!

—¡Ea! ¿qué es eso? celos?

—Teneis razon.

—Cuidado conmigo, pues todo te lo pasaré, menos que sospeches de su honradez.

—No, pero .....

—Nada; no admito disculpas.

—Teneis razon.

—Algo muy grande debe ser, cuando ha citado al noble jóven en este lugar y á tan avanzadas horas de la noche.

—¿Sospechais alguna cosa?

—Nada.

—¿De veras?

—Huéleme únicamente á que en ello debe de andar el buen provincial de San Francisco, fray Francisco de Rivera.

—¡Hola!

—Ello dirá.

—Con fuerte enemigo nos las habemos.

—Cierto que sí.

—En la última peste se ha hecho el ídolo de los indios, por el santo celo con que proveia á su asistencia y curacion.

—Es verdad.

—Por todas partes hablan bien de él.

—Sí, se conoce que es hombre que lo entiende.

—¿Qué quereis decir?

—Nada.

—¿Sabeis qué sospecho?

—Dí.

—Que ese hombre......

—Acaba.

—Ese fraile......

—¿Dirás?

—Es......

—¿Quién?

—El pícaro de......

—Calla; no sigas adelante.

—¿Le he conocido?

—Creo que sí; al menos has empezado haciendo notar su mas bella cualidad.

—Y en ese caso, ¿qué debemos hacer?

—Cumplir nuestro juramento.

—¿Cuál?

—Defenderla hasta el último instante.

—¡Oh! lo cumpliremos, sí; pues al no hacerlo de tal modo, seria la primera vez que hubiesen faltado á su palabra Bernardo y Cascabeles.

CAPÍTULO IX.

Un contratiempo.

Como muy bien habia dicho nuestro antiguo amigo y fiel escudero de Doña Catalina de Mendoza, el buen Bernardo, el antiguo granuja de las *Vistillas* se hallaba desconocido.

La fuerza de su juventud en primer lugar, y en segundo la ciencia de los médicos, habian reformado ó hecho desaparecer los defectos de aquel cuerpo que tan digna alma poseia.

No por eso el buen Cascabeles se habia quedado convertido en un buen mozo; pero su presencia nada tenia de repulsiva, y por el contrario, su inteligente mirada hacia interesante su fisonomía, cautivando á cuantos trataban al reformado granuja.

Doña Catalina, y desde luego Don Martin Enriquez, distinguieron con su proteccion á entrambos camaradas, pagándoles con su franco cariño la amplia deuda de gratitud que para con ellos habian contraido.

Recursos tenian mas de cuantos podian necesitar; en conse-

cuencia, ambos vestian sin lujo, pero buenas telas y con perfecta elegancia.

Cascabeles llevaba al cinto una magnífica espada de rica empuñadura, regalo del virey.

Bernardo no habia querido abandonar su valiente y bien templada tizona, compañera inseparable de él en cuantas guerras habia tomado parte en su juventud, y su salvaguardia en los peligros que despues habia corrido su dueño.

Por papeles que antes de salir de España recogió Bernardo en la habitacion de la Camorra, el granuja habia logrado aclarar el misterio de su nacimiento.

En consecuencia, abandonando su apodo, se llamó desde aquel momento Francisco Enriquez Monade, tomando el nombre y primer apellido de su padre, añadiendo al de este el de su buena y desgraciada madre.

Desde el primer momento el virey distinguió á aquellos dos hombres generosos, poniéndolos á la cabeza y como gefes de su servidumbre, y siendo, mas que todo, sus excelentes amigos y depositarios de sus confianzas.

Uno y otro habian desembarazádose de su rudeza, y no desdecian en su trato y conversacion al lado del mas encopetado caballero de la corte vireinal.

Ellos, no obstante, no abusaban, manteniéndose á cierta distancia de aquella, no por temor de ser rechazados, lo que nunca hubiera sucedido contando con la distincion de los vireyes, sino porque no se creyese que ellos renegaban de la clase del pueblo en que se habian criado.

Su educacion les habia elevado sobre ella; pero no por eso la desconocian: su conciencia les decia que de tan buen orígen eran como la encopetada nobleza, y no tenian mas diferencia con esta, que la educacion.

Pero con verdad aseguraban que el dia que se logre educar las masas del pueblo, no habrá nobleza mas distinguida que la que ellas formen.

Cascabeles, ó como de ahora en adelante lo llamaremos, Francisco Enriquez Monade, sacaba ejemplos de moralidad, de su propia familia.

Decia, con razon, que el noble vástago á quien debia la vida, que nada menos era marqués de las Encantadas, habia tenido mas de pícaro que de noble, puesto que tan mal se habia conducido con la desgraciada familia de su víctima; al paso que él, criado como un granuja entre los desheredados de la sociedad, habia llevado á cabo acciones tan heróicas como la completa salvacion de Doña Catalina.

De todos modos, Francisco Enriquez no maldecia la memoria de su padre; ante todo era hijo, y en muchas ocasiones, al elevar su oracion á Dios, le pedia que sus buenas acciones las aplicase en descargo de las perversas de su padre.

El buen Bernardo Estrada en nada habia variado respecto á su carácter franco y generoso.

Los dos añ[illegible] bian pasado sobre él, le habian sacado algunas canas mas ue las pocas que le faltaban por salir, de modo que su cabeza tomaba un aspecto venerable, cercada por su gran melena de un blanco de plata, y con sus grandes bigotes, canos tambien.

Bernardo y Francisco vestian siempre de negro.

La noche en que volvemos á encontrarlos en la plazoleta próxima al *Tianguis* de Velazquez, calzaban ambos unas grandes botas de ante que les preservaban de la humedad del piso.

Embozábanse ampliamente en unas grandes capas españolas, y cubrian sus cabezas con unos sombreros de ala, negros.

Cascabeles ó Francisco Enriquez estaba completamente afeitado y su pelo cortado á punta de tijera, cuya costumbre era entonces general en todas las clases.

Despues del diálogo que nuestros dos amigos sostenian al final del capítulo anterior, se siguió un momento de silencio, durante el cual cada uno de ellos meditaba en algunos de los puntos sobre que habia rolado su conversacion.

Ninguno quiso interrumpir al otro, y al cabo de un rato ambos pensaban en lo mismo, esto es, en Doña Catalina.

Francisco fué el primero en hablar, diciendo:

—¿Vendrán por fin esta noche?

—Creo que sí.

—No obstante, el tiempo pasa y no llegan.

—No es fácil adivinar el por qué de su tardanza.

—Cuanto mas tarden, menor habrá de ser la entrevista.

—Sin duda.

—Han pasado ya dos horas de la media noche.

—Es cierto.

—No tardarán mucho en distinguirse las primeras luces del alba.

—Alegraríame esperar en vano.

—¡Cómo!

—Sí.

—Explícate.

—No sé cuál sea el motivo de tan extraña entrevista.

—¿Y bien?

—Pero desde luego podremos jurar......

—¿Qué cosa?

—Que nada infame ha de tener.

—Es verdad.

—A tal opinion nos mueve nuestro cariño por Doña Catalina de Mendoza.

—Sin duda.

—Pero ¿tendrian como nosotros tal parecer las gentes que aquí y á tales horas la viesen?

—Tal vez no.

—Podria murmurarse de ella, ó como si dijéramos, de la virtud misma.

—Es cierto.

—Y esto podria atraer sobre ella grandes males.

—Que es necesario evitar.

—No está en nuestra mano.

—Tal vez sí.

—No alcanzo.

—Volemos á Palacio.

—¿Y si ha salido de él?

—La hallaremos en el camino.

—¿Sabemos cuál traerá?

—Sin duda el mas corto.

—O tal vez el mas largo.

—No es lo natural.

—¿Por qué?

—Querrá evitar los mas encuentros posibles, y esto le será tanto mas fácil, cuanto mas corto sea el camino que se proponga seguir.

—Es verdad; pero como el camino mas corto es la calle *que va* á San Francisco, y esta es la principal de México, es mas posible que en ella tenga algun encuentro, que podria evitar recorriendo calles excusadas.

—De todos modos tiene que atravesar por idénticos peligros.

—Lo mejor será que continuemos esperando sin movernos de aquí.

Los dos amigos volvieron á guardar silencio.

De pronto Bernardo exclamó:

—¡Mal rayo!

—¿Qué es eso? preguntó Francisco con sobresalto.

—¿No distingues luces al extremo opuesto del camino *que va* á Tacuba?

—En efecto; ¿quiénes serán?

—Sábelo Dios.

—¿Qué pensais?

—Nada bueno.

—¡Cómo!

—Jurara que es ronda de la Santa Hermandad.

—¡Diablo! si á estas horas nos encontrase aquí, pudiera irnos bastante mal.

—Es cierto; pero otra cosa pienso.

—Decid.

—Que no vengan en busca nuestra.

—¡Ah!

—¿Comprendes?

—Sí.

—Tal vez han tenido noticia de que ella debe de venir aquí, y le preparan una emboscada.

—Poco diestros andan entonces.

—¿Por qué?

—Vienen con linternas.

—Pensarán hallarla ya aquí.

—Sí; pero con el aviso pudiera haber huido por donde nosotros estamos, sin ser vista.

—¿Eso crees?

—Es claro.

—Pues yo no.

—Explícate.

—Vuelve la cabeza.

—¡Diablo! exclamó Francisco al distinguir un embozado que rápidamente se dirigia al lugar donde ambos se hallaban, como procurando cortarles la retirada.

—Esto va serio.

—¿Y qué hacemos?

—Huir, es imposible.

—Nos defenderemos hasta morir.

—Mal proyecto.

—¿Por qué?

—Son muchos.

—¿Y eso, qué importa?

—Que pudiéramos sucumbir sin adelantar nada.

—¡Cómo!

—Moririamos nosotros, y Doña Catalina quedaria en el mismo peligro.

—Es necesario evitarlo.

—Desde luego.

—¿Pero cómo?

—Aprovechando el tiempo.

—¿De qué manera?

—El embozado avanza.

—Es cierto.

—Sin duda será algun familiar, y eso es lo de menos, pues familiar y todo, le despachariamos al otro mundo; pero......

—¿Qué?

—Tal vez le seguirán otros á corta distancia y caeriamos en la red.

—¿Pero qué hacemos?

—Puesto que la suerte nos depara estos árboles perfectamente cubiertos de hojas, trepemos á ellos.

Sin aguardar una palabra mas, ambos camaradas con extraordinaria agilidad se ciñeron con brazos y piernas al tronco de un robusto fresno, y bien pronto quedaron ocultos entre su copudo ramaje.

Un instante despues el embozado llegaba al pié del mismo fresno buscando en derredor.

—¿Por dónde se habrán ido? murmuró.

—¡Busca, busca! dijo para sí Bernardo, que como te se ocurra trepar en nuestro seguimiento, te juro colocarte una bala entre ceja y ceja: conque cuidado!

Un movimiento del escudero sobre las ramas del fresno hizo que de sus hojas se desprendiesen en gran cantidad numerosas gotas de agua que allí la lluvia habia dejado.

El embozado lanzó una exclamacion de júbilo y dijo:

—Aquí están: y formando bocina con sus manos, procurando apagar la voz, llamó: ¡Bernardo! ¡Francisco!

—¡Eh! ¿qué es eso? preguntó el primero.

—Soy yo.

—¿Quién?

—Don Luis Cortés.

—¡Diablo! no os habiamos conocido: subíos pronto, que la ronda llega aquí.

En efecto, cuando Don Luis se agarraba al tronco del fresno, una voz gritó á pocas varas de distancia:

—En nombre de la Santa Hermandad, daos preso!

CAPÍTULO X.

El verde antifaz.

DON Luis Cortés no tuvo mas remedio que sujetarse á la órden intimada, y disponíase ya á entregar su espada, cuando á un tiempo mismo y en dos distintos lugares del pequeño paseo, se escuchó gritar:

—¡Favor! socorro! aquí la Santa!

—¡Eh! ¿qué es eso? preguntó el alcalde de ronda.

—¡Favor! socorro! aquí la Santa! repitieron las voces, pero sonando en distintos lugares que la primera vez.

—Por Nuestra Señora de los Remedios, dijo el alcalde, ¿cuántas gentes necesitan de la Santa?

—¡Favor! socorro! repitieron las voces, cambiando por tercera vez de punto de partida.

—¡Cuerno! dijo el alcalde; la cosa es grave: seis voces distintas solicitan socorro, lo cual indica que seis son las víctimas que de él han de menester, ó lo que es lo mismo, seis crímenes diversos se están llevando á cabo á pocos pasos de un delegado del santo Tribunal.

—¿Y qué hacemos? preguntó un alguacil.

—¿Qué hacemos?

—Sí.

—¡Cuerno! el caso es grave.

—Discurrid.

—Sí, discurramos.

—Silencio!

—No me interrumpais.

—Así lo haremos.

—Recapacitaré.

—Silencio.

—Silencio.

El alcalde cubrió su estúpida fisonomía con su mano derecha, y mordiendo la uña de su dedo índice, permaneció un gran rato ensimismado.

Por fin levantó su cabeza, y abriendo desmesuradamente los ojos, miró á cuantos le rodeaban.

—¿Qué habeis pensado? preguntó un alguacil.

El alcalde tardó un rato en responder.

—¿Qué habeis pensado? volvieron á decirle.

—¡Cuerno! que lo primero que debemos hacer es perseguir al mismo tiempo y para que no se nos escapen, á los seis criminales, volviendo la libertad y haciendo cumplida justicia á las seis víctimas.

—Bien pensado.

—¿Es verdad?

—Sí, pero......

—¡Cuerno! ¿qué ocurre?

—Una gran dificultad.

—¿Cuál es ella?

—¡Insuperable!

—Decidla.

—Fuera de posible solucion.

—¿Acabareis?

—Señor......

—¡Cuerno! hablad!

—¿Los criminales son seis?

—Eso es.

—¿Debemos perseguir á los seis á la vez?

—Es el modo de que no se nos escapen.

—Bien pensado.

—¿Entonces?......

—Esta es la dificultad.

—¡Cuerno! ¿acabareis de decirla?

—Los criminales son seis.

—¿Volvemos á empezar?

—Y nosotros, señor, no somos mas que cinco, contando con vos.

—¡Cuerno! es verdad!!

—¿Lo veis?

—No habia pensado en ello.

—Pues yo caí en la cuenta.

—¡Cuerno! tu talento es manifiesto.

—No lo digo por tanto; pero...... .

—¡Cómo ha de ser! dejaremos escapar á uno de los criminales, que á fé no es de sentirse dejar escapar á uno cuando cinco serán nuestros: en marcha!

—Señor, preciso nos será que se escapen dos.

—¡Cuerno! ¿quién os da derecho para disponer así de la libertad de un tan grande criminal?

—Pero ved.......

—Nada veo, dijo colérico el alcalde; aquí quien manda manda, y quien manda soy yo.

—Es un consejo.

—Yo no recibo consejos, ¡cuerno! dijo exaltándose mas cada vez.

—Como antes me mandásteis que os le diese.......

—Yo no os mandé tal cosa.

—Recordad......

—Yo no recuerdo nada, ¡cuerno!

—Vos lo sabeis.

—¡Y tanto!

—Cierro mi boca.

—Y haceis bien.

—Tal creo.

—Yo os mandé que me diéseis vuestro parecer, no vuestro consejo.

—Si me diéseis permiso, volveria á decir mi parecer.

—Hablad.

—Hay que dejar escapar dos criminales.

—¡Volvemos á la misma!

—Si los cinco vamos en seguimiento de las tres voces, ¿quién cuidará del preso que acabamos de hacer?

—¡Cuerno! pues teneis razon.

—¿Lo veis?

—Perdonad; pero hay ocasiones en que la mas ligera advertencia nos hiere cuando se nos hace en mal tono.

—Yo no he querido faltaros al respeto.

—¡Cuerno! no he dicho yo tal cosa.

—Vos lo sabeis.

—Pues es claro.

—Me alegro.

—Yo siempre he tratado á mis subordinados como si fuesen mis iguales, ¡cuerno!

—Por eso nosotros os apreciamos y nos tomamos á veces la confianza de aconsejaros......

—Ya os he dicho que yo no recibo consejos.

—¿Qué hacemos con el preso?

—Llevarle con nosotros.

—¿Y si se nos escapa?

—¡Cuerno! teneis razon.

—El caso es que el tiempo urge.

—Y tanto!

—¿Qué os ocurre?

—Si me lo permitiéseis, yo os aconsejaria......

—¡Cuerno! repito que no busco consejos, sino vuestro parecer.

—En ese caso......

—Habla.

—Me parece......

—¿Qué?

—Que lo mejor seria atar á este preso al tronco de un árbol, mientras nosotros cinco vamos en busca de los criminales: ¿qué os parece?

—¡Cuerno!

—¿Qué decís?

—Que me parece bien.

—Atémosle entonces.

—Aquí hay cuerdas.

Don Luis Cortés comprendió que aquella era la única esperanza de salvarse, merced á la ayuda de Bernardo; no opuso, pues, la menor resistencia.

Cuando el alcalde le creyó bien atado, dijo:

—Ahora, amigos, mucha prudencia.

—Sí.

—¿Recordais de dónde venian las voces?

—De varios lugares.

—Pues cada uno de nosotros se dirigirá por su lado.

—Bien.

—Y procurando no ser sentido......

—¿Qué?

—Se apoderará de uno de los criminales.

—¿Pero cómo?

—¡Cuerno! ¿cómo ha de ser? haciéndole preso.

—¿Y si no se deja?

—Reclamais el auxilio de la víctima.

—Sí, pero......

—¡Cuerno! estamos perdiendo el tiempo.

—Es verdad.

—Cada uno por su lado.

—Sí.

—Y despues volved con ellos aquí, á fin de interrogarles si alguno es el que buscamos bajo el nombre de Don Luis Cortés.

—¡Diablo! exclamó este para sí; á mí me buscan.

Los alguaciles nada oyeron, y cada uno desapareció por su lado, dejando al caballero fuertemente sujeto al tronco.

Entonces levantó la cabeza y dijo:

—Bernardo, Francisco, bajad; ya están lejos.

Aguardó un instante, pero nadie respondió.

—¡Diablo! ¿se habrán marchado dejándome solo en el peligro?

Volvió á llamar, pero con el mismo éxito.

—¡Condenacion! ¿me dejarán en poder de ese alcalde?

—No, respondió á sus espaldas una voz purísima de mujer.

—¡Ah! sois vos! exclamó lleno de júbilo el mancebo.

—Callad, dijo la dama, no llameis su atencion.

—Por Dios os lo pido, desatadme.

—De eso trato.

—¿No podeis?

—El nudo es muy fuerte.

—Cortadle con mi espada.

—¿Donde está?

—Aquí, á mis piés.

Un instante despues Don Luis recobraba su libertad, y caia arrodillado á los piés de su dama salvadora.

La presencia de esta era en extremo majestuosa; cubria su rostro con un antifaz de terciopelo verde, vestia completamente de negro, y un manto de seda del mismo color caia sobre sus hombros, prendido con un roseton de brillantes á una hermosa trenza de su peinado.

Tal es el mágico poder de la belleza, que aun oculta entre pliegues de seda, avasalla al hombre ante el cual deja adivinar su presencia.

Don Luis cayó á los piés de la encubierta con intencion de darle una muestra de su profunda gratitud; pero sin poderlo remediar

dejó escapar una de esas exclamaciones mas expresivas que la mas ardiente frase.

—Señora, dijo el jóven, quien quiera que seais, en el alma os agradezco el bien que me haceis.

—Alzaos del suelo, y huid.

—¿Huir? ¡nunca!

—Yo os lo suplico.

—Señora......

—Dentro de un instante los familiares habrán vuelto, y yo no podré fácilmente impedir que seais preso.

—Pero vos, ¿permanecereis aquí?

—No.

—Entonces, permitidme que os acompañe.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Debeis ignorar quién soy.

—¡Ah, señora!

—Huid.

—Imposible, os digo á mi vez.

—¿Cómo?

—Sí.

—O me permitís que con vos me salve, ó correré á la par vuestra el peligro.

—Yo no corro ninguno.

—Os engañais; la Inquisicion no perdona sexo ni condicion.

—Huid os digo.

—¡Jamas!

—¿Pero por qué?

—Un poderoso sentimiento me retiene á vuestro lado.

—¡Os perdeis, desgraciado!

—Y bien, nada me importa si os amo.

—¡Amarme!

—Sí.

—¿Sabeis lo que decís?

—Lo que el corazon me dicta.

—¡Oh! refrenadle entonces.

—¡Señora!......

—Lo habeis oido.

—Entonces ¿qué pretendeis de mí?

—No es ocasion la presente para explicároslo.

—¡Ah!

—Huid por ahora, y mañana en este sitio y á la media noche podreis saberlo.

—Y bien, señora, cualquiera que sea el secreto que debeis revelarme, no puedo en modo alguno darle mas importancia que á nuestro amor.

—¿Nuestro amor decís?

—Lo repito; ¿no lo estoy leyendo en vuestros ojos?

—¿En mis ojos?

—Sí; vos me amais.

—Jóven, ved lo que decís.

—Citas en este sitio á tales horas, no se atreve á darlas sino el amor.

—Jóven, vuestra presuncion os engaña.

—¿Engañarme?

—Sí.

—No lo creais.

—Os supliqué que huyéseis; ahora os mando marcharos.

—¡Marcharme! dejaros! ¡oh! eso nunca.

—¡Don Luis!

—Señora, me habeis citado, y mal que os pese, no me iré de vuestro lado sin saber á qué he debido honor tan alto.

—Si sois caballero, aguardad á mañana.

—Dama misteriosa, hablemos claros: ¿quién sois?

—Os he dicho que importa que lo ignoreis.

—¡Diablo! perteneceis á la raza de las Margaritas de Francia?

—¡Jóven!

—¿Sabeis que el lance es divertido?

—Marchaos, marchaos al instante.

—¡Cómo! ¿me echais?

—Creí que al citaros aquí, citaba á un caballero.

—¡Señora!......

—Retiraos.

—No sin saber quién sois.

—Yo os juro que llorareis vuestra indigna conducta cuando sepais mi nombre.

—Decidle.

—¡Oh! esto ya pasa de insolencia.

—¡Señora!

—No sabeis respetar á una dama; sois un miserable.

—¡Miserable!

—Sí.

—Señora, me ofendeis.

—Os hablo como debo.

—Perdonad.

—Retiraos, os vuelvo á decir otra vez mas.

—Nunca.

—¡Mal caballero!

—¡Señora!

—No quereis dejarme; pues bien, yo os obligaré á ello.

—¿Qué pretendeis?

—Vedlo.

La dama hizo sonar un agudo silbato.

—¡Ah! ¿pensais entregarme á los familiares?

—Vos lo quereis.

—Y bien, antes he de ver vuestro semblante.

El jóven se adelantó hácia la dama, y ya levantaba su brazo en direccion de su rostro, cuando una mano de hierro oprimiéndole por la muñeca, se la hizo bajar, diciendo al mismo tiempo:

—Don Luis Cortés, creí que érais un caballero.

—Y vos, ¿quién sois?

—Quien os puede enseñar á serlo.

—¡Vos!

—Yo.

—Veámoslo, dijo ardiendo en ira el jóven.

—Aguardadme, y dentro de una hora estaré aquí.

—¿Quereis escaparos?

—¿Yo?

—Sí.

—¿De quién?

—De mí.

—¡Desgraciado!

—¿Teneis miedo?

—¡Miedo! de vos! Soñais, amigo; estoy acostumbrado á no temblar ante nadie.

—Bátete entonces conmigo.

—Te he dicho que ahora no.

—Pues bien; entonces os mataré, respondió el jóven, tomando del suelo su espada y arrojándose sobre su contrario.

—¡Alto ahí! dijo este, desarmando en un instante y con maestría á su contrario.

—¡Maldicion! dijo el jóven.

—Ya lo veis, repuso el misterioso personaje, no podeis luchar conmigo.

—Os he dicho que os mataré.

—Probad.

—Vedlo, respondió el jóven disparando un pistoletazo.

—Amigo, sois un cobarde; pero ni aun así quiero mataros.

—¡Alto á la justicia de S. M.! gritó el alcalde, corriendo, seguido de sus alguaciles, al lugar de la escena.

—Huyamos todos, dijo la dama al verlos venir.

—Señora, nada temais, dijo el desconocido; los agentes de la justicia nada tienen que ver con vos.

—¿No sabeis que una órden del virey dispone la prision de cuantos circulen por las calles, dadas las once de la noche?

—Y bien, señora, esa órden dejará ahora de ser cumplida.

—No lo creais.

—Vedlo.

El alcalde y los alguaciles acababan de llegar al lugar de la ocurrencia.

—Maese, dijo el hombre misterioso, acercaos.

El alcalde obedeció, y al iluminar con su linterna el rostro del desconocido, se pudo ver que un antifaz, verde tambien, le cubria la mitad del rostro.

El caballero habló algunas palabras al oido del alcalde, el cual se descubrió inmediatamente la cabeza.

—¡Mandad! dijo respetuosamente.

—Proseguid vuestra ronda, y á nadie refirais la ocurrencia.

—Así será.

—Vos, señor Don Luis Cortés, tomad un camino distinto al que nosotros llevemos, y procurad olvidar la escena de esta noche.

—Os advertiré, caballero, que yo no tengo por que asustarme de vuestras palabras.

—Idos.

—No lo haré mientras vos permanezcais aquí.

—Yo os lo mando.

—Desconozco qué autoridad podais tener.

—¡Don Luis!

—Señor mio, me he propuesto conocer el rostro de esa dama.

—No hareis tal.

—Mi amor me da derecho á ello.

—¡Vuestro amor!

—Sí.

—Retiraos, jóven.

—A ser cumplido, vos debiérais hacerlo así.

—¡Cómo!

—Nos estais estorbando.

—¿A quiénes?

—A esa dama y á mí.

—¿Qué decís?

—La verdad.

—¡Mentís!

—Caballero, básteos mi palabra.

—¡Sois un miserable!

—Preguntad á la dama por qué he venido yo aquí.

—Ella no lo sabe.

—Yo os aseguro que sí.

El hombre del antifaz se llegó á la dama y le dijo:

—Señora, negad la impostura de ese hombre.

La dama no respondió.

—¡Cómo! ¿callais? preguntó el del antifaz.

—Yo os responderé, interpuso el jóven.

—Callaos; nadie os pregunta.

—Esa dama me ha citado.

—¡Os ha citado!

—Sí.

—¡Mentís!

—Yo no miento; una esquela suya lo atestigua.

—¡Una esquela!

—Sí.

—Mostradla.

—Eso, jamas.

—Alcalde, repuso el encubierto, apoderaos de esa carta.

—A él, mis corchetes, dijo á los suyos el interpelado.

El jóven sacó una de sus pistolas y apuntó la boca del cañon á la frente de la dama, que lanzó un grito de terror.

—Señores, dijo Don Luis, si álguien se atreve á acercarse á mí, disparo á la dama.

Hubo un momento de suspension; todos dudaban espantados sobre el partido que deberia tomarse.

Se escuchó la detonacion de un arma de fuego, y la pistola que D. Luis mantenia preparada vino al suelo, donde se disparó ella sola.

—¡Maldicion! gritó el jóven, que habia recibido el balazo en la mano derecha, viéndose obligado á soltar su arma.

—¡Cobarde! dijo el hombre misterioso; la Providencia te castiga.

—Esto ha sido una traicion.

—No tan grande como tu infame amenaza.

—¡Oh! dejadme que yo busque al certero tirador.

—¡Tenedle!

—¿Qué pretendeis?

—Vais á saberlo.

—Dejadme libre.

—No.

—Os juro no seguiros.

—Nada importa.

—Mi curiosidad por conocer el rostro de la dama ha desaparecido.

—He pensado otra cosa.

—¡Oh! yo os pido me dejeis buscar al oculto enemigo.

—Os he dicho que no.

—¿Pues qué deseais ya?

—Vais á verlo.

—Concluid.

—Alcalde, buscad la carta.

—Tomadla, dijo impaciente el jóven, arrojando un papel á los piés del encubierto; dejadme libre.

—¡Alcalde! volvió á decir el encubierto.

—Señor.

—Apoderaos de ese hombre.

—¿De mí?

—Lo habeis oido.

—¿Qué pretendeis?

—Conducidle á las prisiones de la Inquisicion.

—¡Cómo!

—Haced mi voluntad.

—¿Pero quién sois para ser así obedecido? preguntó colérico el jóven, al sentirse fuertemente atado por los alguaciles.

—A su tiempo lo sabreis: llevâosle.

El alcalde y sus alguaciles obedecieron, y momentos despues desaparecian con el preso por la calle *que va* á Tacuba.

Entonces el misterioso caballero se acercó á la dama, y procurando alumbrarse con la luz de una linterna, le preguntó al mismo tiempo que se descubria el rostro:

—¿Me conoceis?

La dama, por única respuesta, lanzó un grito de espanto y cayó en brazos del desconocido.

CAPÍTULO XI.

Entre las ramas.

BERNARDO y Francisco, al ver que Don Luis Cortés habia sido descubierto por el alcalde y su ronda, cuando se disponia á trepar al árbol para ocultarse entre su ramaje, temieron con razon el ser sorprendidos tambien ellos, y pensaron en la huida.

Esto era difícil; pero en el peligro, dice el refran que el hombre echa mano de un clavo ardiendo.

No lejos de aquel donde se ocultaban, otros varios árboles extendian cubiertas de hojas sus robustas ramas, y tan grandes, que las unas con las de los otros se cruzaban.

Buscando un escape, Bernardo se fijó en ellas y en sus circunstancias.

—Hijo, murmuró muy por lo bajo, es necesario huir.

—Y tanto! ¿pero por dónde?

—Me ocurre un medio.

—Decid.

—Pasémonos por el ramaje al árbol inmediato.

—Arriesgado me parece.

—¿Por qué?

—¿Resistirán las ramas nuestro peso?

—Veámoslo.

—Es que en la prueba nos va tal vez la vida.

—No se me oculta el peligro.

—Si quebrásemos una rama y caemos, pudiéramos rompernos una pierna ó una costilla.

—Tal vez todas; pero es necesario escapar.

—No pienso en otra cosa.

—Pues aprovechemos el tiempo.

—Como querais.

—Procura hacer el menor ruido posible.

—Allá voy.

Francisco, ó sea Cascabeles, montándose en una de las ramas, fué poco á poco llegando casi al extremo de ella, y muy presto logró alcanzar otra rama del árbol inmediato.

—Ya he llegado, dijo.

—¿Al otro árbol? preguntó Bernardo, ginete tambien en una robusta rama.

—No, pero le tengo cerca.

—Ten cuidado.

—Desde luego.

—Asegúrate de que la rama podrá resistirte.

—Es muy gruesa.

—Mejor.

—Pasaos á la que voy á dejar.

—Antes pasa tú á la otra, no sea el diablo que con el peso de entrambos la rama se desgaje.

—Voy á hacerlo.

Con ambas manos Francisco se agarró á la rama salvadora, y despues de probar su resistencia, se desmontó de la primera y quedó suspendido por los brazos de la segunda.

—¡Ya! dijo.

—¿Estás en el otro árbol?

—Sí.

—Pues adelante, que yo te sigo.

Francisco siguió adelantando hácia el tronco, y Bernardo se pasó á la rama en que estuviera el primero, y con idéntica felicidad, y segundos despues, se encontraba en salvo en el árbol inmediato.

—¡Loado sea Dios! dijo al encontrarse con Francisco, ya hemos adelantado alguna cosa.

—Bastante.

—Pasemos al siguiente.

—Hagámoslo con igual fortuna.

—Adelante.

—Buscaré la rama mas gruesa.

—Sí, pero pronto.

—Allá voy.

Pronto halló Francisco lo que buscaba, y con igual fortuna, y pocos instantes despues, ambos camaradas y saltando de uno en otro, se hallaban *incómodamente* instalados entre el ramaje del sétimo fresno.

La tarea era muy suficiente para encontrarse cansados del empleo de sus fuerzas y agilidad; en consecuencia, ambos buscaron el modo mejor de colocarse, y cesaron en su faena.

—Difícil es viajar, dijo Bernardo, por el reino de los pájaros.

—Y en verdad que nos hubieran venido muy bien, para saltar de rama en rama, un par de alas como las de ellos.

—No lo creo yo así.

—¡Cómo!

—Dices que como las de ellos.

—¿Y bien?

—Somos nosotros muy grandes para alas tan pequeñas.

—Vaya! estais de broma y me alegro.

—¿Qué hemos de hacer?

—Al hablar de alas para nosotros, quise dar á entender que estuviesen en proporcion de nuestros tamaños.

—Tambien eso habria sido malo.

—¿Por qué?

—Me parece muy difícil que hubiéramos podido desplegar su vuelo entre el ramaje.

—Teneis razon.

—Lo mejor es seguir escapando del mismo modo que hasta aquí.

—¿Pasamos á otro?

—Sí.

—¿Pero qué vamos á hacer en favor de Don Luis?

—Difícil es la respuesta.

—¿Le veis vos desde aquí?

—Sí le veo.

—¿Qué hace?

—Habla con los alguaciles.

—Nada oigo.

—Ni yo.

—Estará ofreciéndoles dinero en cambio de su libertad.

—Dios sabe si el alcalde se dejará convencer.

—No lo dudo.

—¿Por qué?

—La justicia es una mercancía como otra cualquiera; se compra y se vende.

—Hombre, es verdad; pero no hables así.

—Al fin nadie nos oye.

—No obstante.......

—Recordad la noche de nuestra llegada á México.

—Es verdad.

—Fuimos presos.

—Lo recuerdo.

—El alcalde parecia inflexible.

—Es verdad.

—Sin embargo......

—Sí, sí; cuarenta y dos onzas nos costó.

—Y quedamos libres.

—¡Ojalá tuviese Don Luis igual fortuna! pero......

—¿Qué es eso?

—Parece que quieren echar á andar con él.

—Aquí del ingenio.

—¿Qué pretendes?

—Vedlo.

El antiguo granuja cubrió su boca con su mano derecha, y fingiendo la voz, gritó:

—¡Favor! socorro! aquí la ronda.

—¡Diablo! ¿qué haces?

—Repetid vos las mismas voces.

—Allá va: y Bernardo volvió á gritar, fingiendo del mismo modo, ¡favor! socorro!

—Vos, que veis el grupo del alcalde, su ronda y Don Luis, observad el efecto que nuestras palabras han causado en ellos.

—Miran en derredor.

—Pues ya que nos han oido, sigamos la broma.

—¿Cómo?

—Trepemos á la parte mas alta del árbol.

—Anda delante.

—Allá voy.

En un instante los dos camaradas se colocaron en las últimas ramas.

—¿Y ahora?

—Desfiguremos la voz, y vuelta á gritar.

—Andando.

—¡Favor! socorro! repitieron.

Esperaron un instante el efecto de sus voces.

—¿Veis el grupo?

—No.

—Pues volvamos á gritar.

—¿Desde el mismo sitio?

—Sí; pero volvamos cada uno á distinto viento.

—Ya está.

—Pues gritemos.

—¡Favor! socorro!

—¿Se han movido?

—Nada veo.

—Pues callémonos.

—Y esperemos.

—¡Ah!

—¿Qué es eso?

—¿No sentís pasos?

—Sí.

—Hácia aquí vienen.

—Mucho cuidado.

En efecto, uno de los alguaciles pasó al lado del árbol en que los dos camaradas se encontraban trepados, y buscando en todas direcciones, volvió á alejarse.

—La broma debe haber salido bien.

—Dios sabe!

—Sí; varios alguaciles habrán salido en busca de quienes daban tales voces, y mientras tanto Don Luis puede haber escapado.

—Quiéralo el cielo.

—Sin duda: ved otro alguacil que busca como el anterior.

—¿Alguacil?

—Sí.

—No lo parece.

—¡Cómo!

—Sin duda es un caballero.

—¿Será Don Luis?

—Tal vez.

—Le llamaremos.

—¿Y si no fuese?

—Hagámosle una seña.

—¿Cuál?

—Silbaré yo como una lechuza.

—Hazlo.

Francisco imitó, en efecto, perfectamente el graznido del ave nocturna: el caballero se detuvo y volvió la cabeza en derredor.

—Se ha detenido.

—¿Será él?

—No.

—¿Por qué?

—Hubiera respondido con otra señal.

—Repitamos la nuestra.

—Cuidado, no lo echemos á perder.

—No temais.

Francisco repitió su imitacion, mas marcada aún que la primera, y el caballero volvió otra vez á observar en balde en derredor de sí: despues sacó de debajo de su capa una linterna sorda, descorrió la pantalla y alumbró en torno suyo: en este movimiento é impensadamente se iluminó á sí propio el rostro.

—¡Diablo! exclamó Bernardo.

—¿Qué es eso?

—¿No te has fijado en el rostro del caballero?

—No; ¿por qué?

—Temo una horrible desgracia.

—Pero ¿qué es eso?

—Alguno ha descubierto á Doña Catalina con ese hombre.

—¡Cómo!

—Sí, álguien ha vendido su secreto.

—Pero explicaos.

—No es ocasion de perder el tiempo en vanas palabras; ahora nos cumple obrar con presteza.

—Decid.

—Descendamos de este árbol.

—¿Y si nos descubren?

—Nada importa.

—¿Cómo es eso?

—Acudamos en socorro de nuestra señora.

—¿Está en peligro?

—¿No lo sabes bien?

—Pues volemos.

—Sí, volemos.

Ambos camaradas, con extraña agilidad descendieron del árbol á que habian trepado.

CAPÍTULO XII.

El canto de la lechuza.

APENAS habian llegado á tierra cuando sintieron el rumor de gente que se acercaba al mismo lugar donde ellos se encontraban: detuviéronse un instante, miraron en torno suyo, y á pocas varas distinguieron las linternas de los golillas que conducian preso á Don Luis Cortés de órden del misterioso caballero del verde antifaz.

—¡Diablo! dijo Bernardo; ¿adónde le conducirán?

—No es de dudarse; al monasterio de Santo Domingo.

—¡A la Inquisicion!

—Sin duda.

—Es necesario impedirlo.

—¿Y cómo?

—De cualquier modo.

—No alcanzo.

—Pues ello es preciso.

—Convengo; pero esto es mas dificil de lo que parece.

—Una vez en las prisiones, será muy difícil volverle la libertad.

—Por lo menos se tardaria mucho.

—Recapacitemos.

—Lo primero, es necesario......

—¿Qué?

—Ocultarnos.

—Otra vez al árbol.

—Arriba entonces.

Con la misma rapidez con que habian descendido del tronco, volvieron á trepar á él.

El alcalde, los alguaciles y Don Luis pasaban en aquel momento al pié del fresno.

La detonacion de un arma de fuego se dejó escuchar, y la linterna que el alcalde llevaba en la mano cayó hecha pedazos.

—¡Cuerno! exclamó el alcalde aterrado.

—¿Qué ha sido eso? preguntó Don Luis,

—Ya lo veis; se ha dejado escuchar un pistoletazo, y la bala ha destrozado mi linterna.

—Alguien anda por aquí.

—En cuanto á eso, no se necesita mucho para adivinarlo.

—Teneis razon.

—Veamos, amigos, dijo el alcalde á sus alguaciles, si logramos dar con los asesinos de mi linterna.

Francisco dejó escuchar el graznido de la lechuza.

—¡Cuerno! exclamó el alcalde, ¿habeis oido?

—Sí, respondieron los alguaciles asustados.

—Ha cantado el *tecolote*.

—¡Jesus nos ampare! respondieron los familiares.

—El canto de ese animal anuncia la muerte de uno de nosotros.

—¡Santísima Vírgen de los Remedios! repitieron los alguaciles, poseidos de aquella supersticion que tanto en España como en México se mantiene aún entre las clases llamadas inferiores.

—¡Cuerno! señores, no hay que asustarse.

—Sin embargo.......

—¿Lo escuchásteis todos?

—Sí.

—Podemos habernos engañado.

—¡Yo no! yo no! repitieron varios.

—Hubiese repetido el ave su canto, y yo aseguro que no le he oido por segunda vez.

A esto respondieron varios alguaciles, instigados por el miedo, que no por segunda vez lo habian oido, sino por otras muchas mas.

—¡Cuerno, señores! yo puedo jurar que no es cierto.

—Y nosotros que sí.

—A ver, que decida el preso: ¿vos habeis oido el canto del *tecolote?*

—La primera vez, sí.

—¿Y la segunda?

—No.

—¿Y la tercera?

—Si no he oido la segunda, ¿cómo quereis......

—Es verdad.

—Ya lo oís, señores; continuemos la marcha.

—Sí, huyamos de aquí.

—Vamos.

Comenzaban por segunda vez su interrumpida marcha, cuando Cascabeles volvió á imitar el graznido de la lechuza.

—¡Cuerno! exclamó el alcalde.

—¿Y ahora?

—Teneis razon.

—¿Y qué hacemos?

—La señal de la cruz, y en marcha.

—Andando.

Por tercera vez Francisco produjo el mismo canto, y Bernardo tosió intencionalmente.

—Alguien anda por aquí, dijo el alcalde.

Don Luis comprendió lo que pasaba, y que los dos camaradas se encontraban trepados en el árbol.

—Señor alcalde, dijo, sigamos adelante; tal vez el miedo os hace escuchar lo que no hay.

—Teneis razon; vamos de una vez.

Bernardo volvió á toser; el alcalde se detuvo.

—Amigos, aquí hay algun hombre oculto.

—¿Dónde?

—No lo sé; pero......

—Señor alcalde, os repito que el miedo os hace ver lo que no existe.

—¡Cuerno! ¿y quién os ha dicho que tengo miedo? dijo algo amostazado el alcalde.

—Yo que lo conozco.

—Pues conoceis mal.

—¡Perdonad!

—Voy sospechando que todo es obra de vos, solo por libraros de la prision que os aguarda.

—¡Alcalde!

—Es claro; quien tiene miedo sois vos.

—¿Yo?

—Sí.

—Como estuviese armado, yo os haria arrepentir de semejante calumnia; Don Luis Cortés no tiembla ante nadie ni por nada.

—Que sea en hora buena; me importa un rábano.

—¡Alcalde!

—¡Cuerno, señores alguaciles! ¿se cumplen ó no mis órdenes? Vamos á la Inquisicion á entregar al preso.

—¡Alto ahí! dijo Bernardo desde la copa de un árbol y ahuecando la voz.

—¿Quién habla?

—Yo.

—¿Y dónde estais?

—En las ramas de este árbol.

—¿Pues quién sois?

—El Tecolote.

—Dios mio! exclamaron los alguaciles.

—¡Cuerno! señores mios, no hay que asustarse.

—¡Ay de tí!

—Amigo mio, idos muchísimo al diablo; ó mejor será que os bajeis del árbol, á fin de acompañarnos á la Inquisicion, donde purgareis el haber querido divertiros con nosotros.

—Pues subid vos por mí, maese.

—No acostumbro yo á andar por las alturas.

—Tampoco yo á arrastrarme.

—Cuidad las pullas.

—Para vos las escojo.

—¡Ah de vos, señor grosero!

—¡Ah de vos, seor alcalduelo!

—¡Mal rayo!

—¡Mala peste!

—¡Deslenguado!

—¡Cobarduelo!

—Cómo es eso! ¿yo cobarde?

—Sí.

—Vais á verlo.

—¿A que no?

—A ver mis alguaciles! mantened en todo su valimiento el nombre de la Santa; trepad á ese árbol y bajadme al deslenguado.

Varios alguaciles se acercaron al tronco.

—Arriba, muchachos; aquí os espero.

Disponíanse á trepar cuando Francisco dejó escuchar perfectamente imitado el canto del ave nocturna.

Todos los alguaciles se apartaron instintivamente del tronco.

—¡Ahora! dijo Bernardo.

Don Luis comprendió y dijo:

—Señor alcalde, vuestros alguaciles tienen miedo; pero yo, que de nada me espanto, os demostraré que aunque vos me habeis llamado cobarde, soy mas valiente que todos los vuestros.

—¡Cuerno! ¿sereis capaz de subir?

—Desde luego, si vos no quereis hacerlo.

—¿Yo?

—Sí.

—No estaria bien á mi dignidad andar trepando á los árboles como un muchacho.

—Decís bien; subiré yo.

—Como gusteis; pero os advierto que si tratais de escaparos, os descerrajo un tiro.

—¡Oh! no tendreis necesidad.

—En ese caso, subid.

—Soltadme la cuerda.

—Esperad.

—¿Qué quereis?

—A ver, cobardes; rodead el árbol mientras el preso sube á él.

—¿Qué pretendeis?

—Evitar que os escapeis.

—Haced lo que os plazca.

Los alguaciles rodearon, en efecto, el tronco por el cual trepaba con gran destreza el jóven.

—¿Habeis llegado? preguntó el alcalde al verle desaparecer entre el ramaje.

—Sí, pero no veo á nadie.

—¿Ni al pájaro?

—Tampoco.

—¡Cuerno! bajaos entonces.

—¡Aguardad! ¡aguardad!

—¿Qué es eso?

—En la rama mas alta distingo un hombre.

—Ese es el nuestro; bajadle vivo ó muerto.

—Está muy alto.

—Seguid subiendo.

—Allá voy.

Don Luis acababa de encontrarse con Bernardo y Francisco, quienes, mientras él hablaba al alcalde, le habian dicho:

—Si teneis agilidad, os habeis salvado.

—Decid.

—Seguidnos, y de rama en rama nos escaparemos de las garras del alcalde.

—¿Habeis llegado? preguntó este.

—Todavía no.

—¿Pues qué haceis?

—Es muy dificil llegar donde está.

—Apoderaos de él.

—Se me ocurre un medio.

—¿Cuál?

—Voy á cortar la rama del árbol para que caiga con ella.

—Bien pensado; ¿pero teneis con que cortar?

—Un pequeño puñalito.

—¿Quién os le ha dado?

—Le traia oculto en el pecho.

—¡Ah! bribon! ya las pagareis.

—¿Corto, ó no?

—Cortad.

—Pero tardaré mucho.

—No importa; caiga él en nuestro poder, y ya veremos.

—Pues no me interrumpais, hablándome, en mi tarea.

—Callo, pues.

—Así me gusta.

El alcalde comenzó á dar vueltas alrededor del árbol, esperando que Don Luis terminase su tarea.

Así se pasó un muy largo rato, sin que la rama ni el hombre llegase á caer, ni el preso bajase.

—¡Eh! amigo! ¿habeis concluido? preguntó el alcalde; pero nadie respondió.

Entonces, y al extremo opuesto del paseo, aparecieron tres hombres que huian en fuerza de carrera.

—¡Cuerno! dijo al verlos el alcalde, soy un zopenco; debí esperarlo, se me han escapado de las manos!

CAPÍTULO XIII.

El juramento.

CUANDO los tres fugitivos se consideraron lejos del alcance de las gentes de justicia, se detuvieron, y Bernardo dijo:

—No perdamos el tiempo neciamente.

—¿Qué pensais?

—Decidnos, Don Luis.

—Preguntad.

—¿La dama que os dió la cita, llegó á acudir á ella?

—Sí.

—¿Y dónde se encuentra?

—Lo ignoro.

—¿Cómo es eso?

—Oid.

—Decidnos.

—Sorprendido por el alcalde, iba á ser conducido por los suyos á un calabozo, cuando varias voces que pedian socorro llamaron su atencion.

—Eran las nuestras.

—Ahora lo comprendo todo.

—Continuad.

El alcalde quiso acudir al socorro de las supuestas víctimas; repartió á su gente, y á mí me dejó fuertemente atado al tronco de un árbol. En aquel momento la dama de la cita acudió, y cortando mis ligaduras me volvió la libertad: con aquella conversaba, cuando llegó un caballero cubierto con un antifaz; púseme á luchar con él, y á las primeras de cambio me desarmó.

—¡Diablo! diestro debe de ser.

—Y tanto! pues hasta esta noche no reconocia rival en el manejo de armas; pero prosigamos: ciego de ira, sin saber la extension de mi falta y lo indigno de mi accion, tomé una de mis pistolas y apunté con ella á las sienes de la dama.

—¿Y la herísteis? preguntaron á la vez Bernardo y Francisco, echando entrambos mano á sus pistolas.

—No, respondió el jóven.

—¿Pues qué pasó?

—El encubierto dió otra prueba de su destreza.

—¿Cómo?

—Disparándome una de sus pistolas, cuya bala me hirió en la mano derecha, haciéndome soltar el arma.

—¡Diablo! hizo bien.

—Nadie como yo lo conoce ahora; pero en aquellos momentos, lo digo con vergüenza, la ira me cegaba.

—¿Pero cómo terminó aquello?

—Llegando el alcalde de ronda, á quien me entregó el desconocido, para ser encerrado en la Inquisicion.

—De lo cual os hemos salvado, respondió Bernardo.

—Y dad gracias, dijo Cascabeles, á que no conociamos vuestro proceder con la dama, que de haberlo sabido, yo os juro que no os habriamos salvado.

—¡Ea! dijo Bernardo, á ver si callas.

—Es que......

—¿No has oido que se arrepiente de su falta?

—Es verdad.

—Entonces, callo.

—Razon teneis para echarme en cara semejante accion.

—No hablemos mas de ello.

—Como querais.

—Ahora, lo que importa saber, es lo que fué de la dama.

—Decidnos, ¿dónde se halla?

—No lo sé.

—¡Cómo!

—Al conducirme preso, el encubierto quedó guardándola en el mismo lugar de la aventura.

—Pero ¿nada oísteis?

—Sí.

—Hablad, por Dios.

—Un grito desgarrador, en el cual se pintaban el terror y la sorpresa.

—¡Santo cielo!

—¿Quién dejó escapar aquel grito?

—Sin duda ella, porque la voz era de mujer.

—¡Maldicion!

—¿Qué ocurre?

—Es preciso averiguar á toda costa el paradero de la dama.

—¿Qué sospechais?

—Esa dama tiene un enemigo poderoso, y sin pensarlo la hemos entregado en sus manos.

—¿La conoceis acaso?

—Sí.

—¿Quién es?

—¿No os dijo ella su nombre?

—No.

—Puesto que ella quiso guardarle en secreto, no seremos nosotros quienes le rompamos.

—Tambien yo sabré guardarle.

—¡Don Luis!

—Decídmele.

—El secreto de una dama debe de ser respetado por todo hombre honrado y caballero.

—Teneis razon.

—No pregunteis entonces.

—Mi curiosidad tiene, creedlo, un santo motivo.

—No comprendo.

—Sí.

—Explicaos.

—Aunque aquella mujer permaneció encubierta delante de mí con su pequeño antifaz, comprendí desde luego que debia ser muy hermosa.

Francisco suspiró.

—Del mismo modo, su aire me reveló en ella una dama principal.

—No os engañásteis.

—Estas circunstancias, la cita, el lugar y la hora en que tenia efecto, exaltaron mi imaginacion.

—¿Y bien?

—Supuse que la cita no tenia otro móvil que el amor.

—¡El amor! repitieron los dos camaradas.

—¿Qué os extraña?

—Esa dama no puede citaros, Don Luis, impulsada por el amor.

—Así me lo dijo ella.

—¿Luego vos se lo preguntásteis?

—Sí.

—¡Ah! exclamó colérico Cascabeles.

—¡Francisco! dijo Bernardo con marcado acento de reconvencion y autoridad.

—¿Qué veo de extraño en vosotros esta noche? preguntó Don Luis.

—¡Nada! nada! no hagais caso; proseguid, respondió Bernardo.

—En vano pregunté á la dama el móvil de su cita, pues no quiso revelármele, aplazando el descubrirme tal misterio para la noche

de mañana: en tal momento fuimos sorprendidos por el encubierto, que como os he dicho, me desarmó por dos veces. Ahora bien; yo amo á esa mujer con una de esas pasiones nacientes, y poderoras como la mirada que las inspira.

—Pues aprended de mí á refrenar los impulsos de vuestro corazon, Don Luis; yo os lo aconsejo, dijo Francisco interrumpiéndole.

—¿De vos?

—Sí, respondió Cascabeles, cuya mirada, feroz como la del tigre, se clavaba en los ojos del jóven.

—No os comprendo.

—¿Tan mal castellano hablo?

—No quiero decir tal cosa; pero......

—Os lo repito, procurad dominar vuestros instintos, no volvais á pensar un solo instante en que esa dama pueda llegar á amaros, y tomad consejo de mis palabras, no volver á decirla que la amais, porque habríais de arrepentiros.

—Francisco, procurad explicaros.

—¿Cómo?

—Paréceme leer en vuestras palabras una humillante amenaza.

—Como querais, respondió Cascabeles, con marcada intencion de provocar una disputa.

—¡Ah! ¿conque es cierto? preguntó Don Luis, ofendido en su amor propio.

—Señores, dijo Bernardo, yo os mando á entrambos cortar en tal punto esta conversacion, si no quereis probar á la vez que mi tizona está tan bien templada, como fuerte mi brazo y segura la puntería.

—¡Por mi nombre! exclamó colérico Cascabeles, que abusais desmesuradamente del aprecio que os hago.

—¿Abusar?

—Sí.

—Y bien; si así traduces mi cariño, nada me importa; pero mi voluntad se ha de cumplir, pésele á quien le pesare, que lo dije y sé sostenerme en mis palabras.

—Cortemos aquí la disputa, dijo Don Luis, que á todos conviene.

—No es otro mi deseo.

—Decid lo que debe hacerse.

—Lo primero, no perder mas tiempo.

—¿Y despues?

—Averiguar el paradero de la dama.

—Nos será difícil.

—¿Por qué?

—A la hora en que tenia lugar la ocurrencia, nadie que de ella pudiera haber sido testigo, cruzaba por aquel sitio.

—Pues aguzad el ingenio, que pues todos adoramos con tierno cariño á esa dama, á nosotros mas que á nadie nos cumple su salvacion.

—¡Su salvacion!

—Sí.

—¿Qué peligro corre?

—El último en que pudiera verse.

—Explicaos.

—¡Morir!

—¡Cielos! ¿pero de qué modo?

—De un modo horrible.

—¡Dios mio!

—Sin honra y asesinada.

—¡Sin honra! repitió Cascabeles saltando como una pantera; corramos á salvarla.

—Sí, una hora despues seria tarde.

—¿Pero quién podrá intentar tal infamia?

—El hombre del antifaz verde.

—¿Quién es él?

—Salvémosla, y lo sabreis.

—¡Extraño misterio!

—Solo os diré, Don Luis, que procureis guardaros de él, porque si á su venganza lo creyese necesario, os hará morir.

—¡Morir!

—Sí; su influencia es poderosa, el gran inquisidor Don Pedro

de Moya y Contreras está sujeto á su voluntad como un esclavo, y la mas leve sospecha de que amais á la dama de la cita, implicará vuestra sentencia de muerte y el martirio de ella.

—¡Santo cielo!

—¿Qué os pasa?

—¡Todo se ha perdido!

—Explicaos.

—Semejante sospecha habrá tomado proporciones colosales en el infame corazon de ese hombre.

—¿Por qué?

—La esquela en que la encubierta me citó para esta noche, ha caido en su poder.

—¿De quién?

—Del encubierto.

—¡Maldicion!

—Trató de arrancármela por la violencia, y yo mismo la arrojé á sus piés.

—¡Desgraciado!

—El mal es inevitable.

—¿Pero no se os encargaba en ella, que apenas leida la redujéseis á cenizas?

—¿Cómo lo sabeis?

—Nada os importa.

—Pues bien; no obsequié el mandato.

—Don Luis, permitid que os lo diga; solo un mal caballero obra de semejante manera.

—Ved lo que decís.

—Lo sostengo.

—Males pudiérais traer.

—Nunca tan grandes como los que producirá vuestra inadvertencia.

—¿Pero á qué es tan sostenido misterio?

—¿Qué es eso? ¿tampoco os creereis capaz de respetar la honra de una casada?

—¡Ah!

—Sí, sabedlo, la mujer que os ha citado tiene esposo.

—¡Dios mio!

—Ved todo el mal que habeis hecho.

—Pero aun habrá modo de remediarlo todo; sí, confio en el amor que siento por esa mujer, amor mucho mayor todavía al comprender que su realizacion será imposible.

—Don Luis, pensad ante todo, exclamó ciego Cascabeles, que si no cumplís vuestra palabra de dejar completamente cubierta la honra de la dama que imprudentemente acabais de perder, de morir habreis como un villano.

—¿Qué decís? ¡vive el cielo!

—Que acabais de crearos un enemigo que os odia á muerte, que os asesinará como á un miserable, y que ese enemigo es......

—¿Quién? ¡hablad por el cielo!

—Yo, respondió con voz terrible Cascabeles.

—¿Vos?

—Sí, yo, Don Francisco Enriquez de Avila.

—Ved lo que decís: no comprendo la causa de vuestro odio contra mí; pero cualquiera que sea, no olvideis que si favor de S. E. os ha dado entrada en el palacio y trato on la corte vireinal, ninguno de sus miembros desconoce vuestro orígen.

—¡Mi orígen!

—Sí.

—Y bien, ¿qué mas pueden decir sino que soy un hijo del amor?

—Del vicio, aseguran los mas.

—¿Y vos? preguntó espantosamente colérico Cascabeles.

—Soy de la última opinion.

No habia acabado de pronunciar esta palabra, cuando Francisco, saltando sobre el jóven, imprimia en su rostro una terrible bofetada, que hizo lanzar á Don Luis una exclamacion de dolor é indignacion.

—¡Ira del cielo! gritó Bernardo, poniéndose en medio de emtrambos rivales y apartándolos con hercúleo impulso.

—Dejadme que le mate, dijo Don Luis.

—Entregadle en mis manos para que le haga pedazos, decia Francisco con vengativa voz.

—¡Quietos! gritaba Bernardo, luchando con aquellas fieras ansiosas de asesinato y de sangre.

—¡Dejadnos! dejadnos! repetian ellos forcejeando infructuosamente por escaparse de los puños de hierro del antiguo soldado.

—En nombre de la mujer que indirectamente ha producido esta cuestion, yo os conjuro á seguir mis consejos sin resistencia.

—¡Hablad! hablad! decian ellos.

—Juradme por ella que nada intentareis uno en contra del otro.

—¡Imposible! respondieron ambos á la vez.

—¿Imposible?

—Sí.

—Por ella os lo pido.

—¡Mi ofensa! dijo Don Luis.

—Tu infamia, añadió Francisco.

—Necesito lavarla con su sangre.

—Necesito vengarme con su muerte.

—No hareis tal, ¡vive el cielo!

—Sí.

—No: ¿suponeis que yo trate de impedir la mutua satisfaccion de vuestro odio?

—Eso quereis.

—Por Dios os juro que no.

—¿Cómo?

—Mataos ambos como tigres salvajes, pero despues de reparar el mal que habeis causado.

—Decid.

—Acudamos en socorro de la dama del antifaz, y en el instante que la hayamos salvado del riesgo que en estos momentos corre, yo presenciaré vuestra lucha salvaje, sin impedirla en lo mas mínimo: ¿jurais hacerlo así?

—Pero......

—Nada de dudas, ¡vive el cielo! aquí, por mi misma mano, os doy á ambos la muerte, y corro en auxilio de la dama que tan embusteramente decís amar.

—¿Embusteramente?

—Sí; cuando se ama á una mujer, todo se le sacrifica.

—¿Y bien?

—Vosotros, lejos de hacerlo así, la dejais perecer por el miserable motivo de una salvaje venganza.

—¡Ah!

—Sí; libres os dejo; haced como os plazca.

Bernardo abrió sus puños de hierro, y los dos enemigos quedaron en libertad y el uno frente al otro: el escudero apuntó con sus dos pistolas á cada uno de tan rencorosos enemigos.

—Y bien, ¿qué deseais? preguntó Don Luis.

—Lo sabeis, pues bastantes veces os lo he repetido.

—¿Salvar á la dama?

—Sí.

—Y bien, ¿qué debemos hacer?

—Ante todo dadme ambos vuestra palabra de honor de no intentar nada el uno contra el otro hasta despues de logrado nuestro intento bienhechor.

Ni Don Luis ni Francisco respondieron.

—¿Qué es esto? siguió diciendo Bernardo; ¿no respondeis?

—¡Bernardo! exclamó Cascabeles.

—¿Qué deseas?

—Permite que ese hombre y yo terminemos nuestras cuentas.

—Eso no, ¡vive el cielo! lo primero es lo primero.

—¿Y bien?

—Jurad lo que os pido.

—Por mi parte, dijo Don Luis, cumpliré vuestro deseo.

—Por la mia, añadió Francisco, haré lo mismo.

—¿Lo prometeis?

—Lo prometemos, respondieron ambos.

—Advirtiendo una cosa, añadió Don Luis.

—¿Cuál?

—Que si desgraciadamente no fuese posible ya salvar á la dama......

—¡Cielos!!......

—Mañana en la noche, á esta misma hora y en este mismo lugar, uno de nosotros dos habrá dejado de existir.

—¡Ah! respondió Francisco, si desgraciadamente fuese tarde para salvar á esa mujer, mañana á esta misma hora y en este mismo lugar, me habré arrancado la vida.

—Eso será lo que Dios disponga, contestó Bernardo volviendo las pistolas á su cinturon.

CAPÍTULO XIV.

La iglesia de la Concepcion.

LA naciente aurora apareciendo risueña en el azul horizonte, revestia de su no imitado nácar el confin del cielo y sus vaporosas nubes, la fuente murmuradora y el apacible arroyuelo.

Las mil pintadas aves, sacando de debajo de su ala derecha sus pequeñas cabezas, despertaban al leve soplo de las brisas matinales, tratando de componer sus plumas, esponjadas graciosamente durante las horas del sueño.

Las flores, entreabriendo sus corolas, mostraban orgullosas las gotas mil del rocío de la noche, y en sus líquidos brillantes quebrábanse los rayos del sol ostentando los colores del iris.

Las estrellas de la noche habíanse desvanecido, y tan solo desafiaba la luz del naciente sol el límpido lucero matutino.

El astro rey dejó asomar en Oriente el extremo superior de su disco; su vívida luz cruzó en todas direcciones el firmamento, y majestuoso se posesionó de él.

Entonces la fuente retrató sus resplandores y dejó escapar de la superficie de sus aguas un vapor, aunque ténue, perceptible, co-

mo si aquel fuese el incienso que sus cristales ofrecian al que es la vida de cuanto existe en el orbe.

Los pintados pajarillos subiéronse á los extremos de las mas jóvenes ramas, porque las mas altas son, y desde allí dejaron escuchar sus inimitables armonías, tan solo en dulzura comparables al canto mudo de la grandiosa naturaleza.

Las flores volvieron sus corolas al Oriente, sacudiéronse regocijadas, y sus nuevos perfumes y sus primeros aromas fueron recogidos por las auras apacibles, que llevándolas por doquiera hasta las elevadas regiones de las nubes, embalsamaron el camino que habia de seguir el astro de la luz.

Entonces el Espíritu de Dios, moviéndose sobre todas sus criaturas, bendijo la fuente, las aves y las flores, que se despertaban para saludar su obra; y extendiendo paternal sus brazos, bendijo tambien al hombre, su hechura privilegiada, ¡que aun dormia!.....

Habia amanecido: la misteriosa campana de los templos daba en sus sonoras vibraciones la señal de la primera oracion.

El sagrado bronce, cual las aves, las fuentes y las flores, repetia á los hombres: despertad, Dios os saluda!

Pero ¡ay! esta poética invitacion, hermosa mas que cien poemas, no la escuchan jamas sino las almas que padecen y sufren el silencioso martirio del desvelo.

¡Cuán pocas veces el hombre feliz recuerda al Padre bondadoso á quien debe su ventura!

Entonces todo es alegría, olvídanse las pasadas penas, y con ellas el bálsamo que las hizo desaparecer.

Solo en el sufrimiento el hombre se acuerda de su Dios, y dándole entonces todo el poder y bondad que quizás le niega en el aturdimiento del bienestar y la dicha, se queja á él de sus males y le demanda consuelo.

Nada en el mundo existe ingrato y egoista como el hombre; cualquier otro sér de la creacion es superior á él en las virtudes á que aquellos vicios se oponen.

son de incorruptible cedro, de doce y catorce varas de largo, y media en cuadro de grueso: todas estas vigas se cortaron en las lomas de lo que entonces se llamaba Atlacabuye, Atacubaya despues, y al presente Tacubaya, cuyos terrenos pertenecian al marquesado del Valle.

Llamábase antes de la conquista el lugar en que se fundó el hospital, *Huitcillan*, cuyo nombre encierra una tradicion del tiempo del emperador Ahuitzotl, octavo emperador mexicano y predecesor del infortunado Moctezuma ó Mocteuczuoma, destronado por Cortés.

Es el caso, que habiendo hecho aquel emperador conducir á Méxicó desde Coyoacan el agua de la fuente de Acuecuexco, inmediata á aquel punto, en el lugar, hoy hospital, donde terminaba la atarjea ó cañería, rebosó el agua de tal modo, que produjo una inundacion general en la ciudad, con mucho daño de sus edificios; y como el agua traida á la capital, nada de caudalosa tenia para ocasionar semejante contratiempo, atribuyeron los antiguos sacerdotes á encantamiento ó maravilla semejante inundacion. Durante algun tiempo perteneció aquel terreno al soldado conquistador Alfonso de Grado, hasta que Don Fernando Cortés le destinó para el levantamiento del hospital de la Concepcion y Jesus Nazareno.

No se encontró desde un principio la iglesia en el mismo lugar y forma en que hoy la conocemos, sino en la parte del edificio que luego fué Santa Escuela, y mas tarde botica y sus oficinas.

Pero la imágen de bulto que hoy ocupa el altar, no es mas que la copia de la que hemos descrito, pintada en tabla, que se conserva en la capilla de la enfermería.

La imágen de Jesus Nazareno que en dicha iglesia se venera, perteneció á una india rica llamada Petronila Gerónima, quien al morir dispuso que aquella escultura se rifase entre cinco iglesias que designó. Por tres veces se repitió el sorteo, y todas ellas recayó en la del hospital de la Concepcion, á la cual fué trasladada solemnemente, conservándose en ella aún: desde entonces se llamó dicho hospital, de la Purísima Concepcion y Jesus Nazareno.

La iglesia perteneciente á dicha fundacion fué el segundo templo establecido en Nueva España, habiendo sido el primero la parroquia que se levantó en la plaza principal, en el recinto mismo del gran Teocalli ó templo mayor de los antiguos mexicanos.

Don Fernando Cortés dejó en su testamento escrito, que en caso de morir en España, sus restos fuesen trasladados á México, pues en ella miraba una segunda patria, mas querida tal vez que la primera; esto mismo indica su amor excesivo por esta tierra: los hombres al morir piden á su patria un pedazo de tierra en que ocultar las cenizas de un hijo que la amó tanto; Cortés buscó para su sepulcro la tierra de sus colosales hazañas.

El la amaba como padre y como guerrero; él la habia visto comenzar á crecer nuevamente constituida, y él habia arrancado á la corte de Madrid privilegios y franquicias para los hijos del Nuevo Mundo, que sin duda de ningun género, no gozaban los hijos de la península.

El amaba aquella tierra en que tanto era amado por sus piadosas fundaciones, encaminadas en su totalidad al bienestar de los antiguos moradores del país.

Muerto en España Hernan Cortés el dia 2 do Diciembre de 1547 en la villa de Castilleja de la Cuesta, inmediata á Sevilla, á los 62 años de edad, pues nació en Medellin, provincia de Estremadura, en 1485, desde aquella fueron trasladados sus restos á Nueva España, donde segun sus disposiciones, debia ser en terrado en el convento de monjas de la Concepcion de Coyoacan; pero no estando por aquel tiempo terminada la construccion de dicho monasterio, sus cenizas fueron depositadas en la iglesia de San Francisco de Texcoco. Acaecida la muerte de su nieto Don Pedro Cortés en 1629, se dispuso por el virey marqués de Cerralvo y el arzobispo Manzo de Zúñiga, que el abuelo y el nieto fuesen enterrados en la capilla mayor de San Francisco, y así se verificó con grande pompa el 24 de Febrero de 1629, despues de haber estado expuestos sus restos durante nueve dias en la casa de su Estado, hoy dia Montepío. El virey conde de Revillagigedo ar-

regló con los marqueses del Valle la construccion de un monumento digno del conquistador, y en 2 de Julio de 1794 fueron trasladadas sus cenizas al presbiterio de la iglesia de Jesus Nazareno y colocadas en el magnífico sepulcro de jaspe sincotel ó villería, tecali y bronce dorado, obra del arquitecto Don José del Mazo y del célebre escultor Don Manuel Tolsa: costó el susodicho monumento tres mil cincuenta y cuatro pesos. El soplo revolucionario vino á turbar despues de trescientos años las cenizas de aquel caudillo, cuyo nombre vivirá siempre al par y tanto como el de México, y el 15 de Setiembre de 1822, en el silencio de la noche, mexicanos buenos y despreocupados se vieron obligados á abrir el sepulcro de Cortés y ocultar sus restos debajo de la tarima del altar mayor de la iglesia de Jesus, para libertarlos del rencor del pueblo, que trataba de extraer los huesos y llevarlos á quemar á San Lázaro, para despues esparcir sus cenizas, excitados por un orador que demandaba al cielo un rayo que cayese sobre la tumba de Cortés.

El sepulcro fué destrozado, pues segun las expresiones del distinguido ingeniero y escritor Don Manuel Orozco y Berra, «gentes zizañeras alzaron el grito contra la memoria del capitan, que si defectos tuvo, alcanzó la gloria de ser el conquistador de México, y las cenizas errantes del héroe fueron mandadas á Italia, malamente rechazadas por la tierra en que buscaba el último descanso, abrigado á la sombra de su nombre, tan duradero como el de México.»

Este desacato á las cenizas de tan gran hombre, es sin embargo disculpable: en todas las naciones del orbe, toda revolucion ha traido consigo desórdenes y aberraciones que acompañan y acompañarán siempre los primeros pasos de las grandes reformas del progreso.

La conservacion de las cenizas del héroe de aquella epopeya, nada implica para su fama universal é imperecedera; su nombre, colocado al par de los de los grandes hombres, superior á muchos de ellos, es el monumento mas grandioso de su gloria.

¡Cuántos héroes de las armas ó el talento han legado su nombre ilustre á la veneracion del mundo, y sin embargo, se ignora el lugar donde reposan sus restos!

Es justo rendir á sus cenizas el santo homenaje de un sepulcro digno de ellas; pero en este tributo de respeto que los vivos les tributan, entra por mucho la vanidad: necia pretension es por cierto tratar de inmortalizar en monumentos de bronce y piedra la memoria de los grandes hombres, que superiores á sus semejantes, no buscaron para su gloria una basa material que el soplo de los siglos pudiera destruir, sino que expertos obreros de la inteligencia, formaron de su nombre el incontrastable pedestal de su inmortalidad.

Ademas, Don Fernando Cortés dejó en el país de sus glorias monumentos que harán repetir á muchos su nombre con veneracion, porque sus fundaciones fueron siempre encaminadas al alivio y socorro del desvalido y del indigente.

Dígalo si no el hospital de que nos hemos venido ocupando; ¿cuántas oraciones no habrá elevado al cielo por el fundador la gratitud de millares de infelices, en el recinto de su elegante iglesia y ante la bella imágen á cuyos piés hemos visto orando á la hermosa y desgraciada Estrella?

¡Pobre jóven! ¿qué la llevaria á aquel templo?

¿Daba gracias al cielo por haber salvado tan milagrosamente la noche anterior la vida preciosa de su madre?

¿Oraba tal vez por su jóven amante Don Luis Cortés, despedido de su casa la misma noche fatal, y muerto quizá á pocas varas de distancia de aquel corazon que le amaba tanto?

Los íntimos pensamientos del alma son impenetrables......

Las primeras luces de la mañana penetraban por las grandes ojivas abiertas en la bóveda de la nave, y difundian por los ámbitos del templo una claridad apacible y misteriosa.

Algunas lámparas de aceite encendidas por la mano de la piedad, brillaban ante las imágenes con angustioso resplandor.

El templo estaba silencioso cual la bóveda de un sepulcro, y el

mármol del pavimento acompañaba con su frio natural el rígido aspecto de aquella soledad.

Doña Estrella vestia de negro, el espeso velo de su manto de seda velaba por completo su rostro; humildemente postrada sobre las gradas del altar mayor, apoyaba sus manos en la barandilla de hierro calado que le defendia.

Dos criados vestidos de negro velaban por su señora en el extremo opuesto de la iglesia, y el sacristan, indiferente á todo y con el instinto imbécil de la costumbre, disponia lo necesario para la ceremonia de la primera misa.

Cuando hubo concluido su operacion, cruzó ante el altar, inclinándose á su mitad, más por costumbre que por respeto, y se acercó á la jóven.

—Señora, le dijo, ¿quereis que os abra la tribuna?

Ensimismada Doña Estrella en sus íntimos pensamientos, nada respondió; el sacristan se encogió de hombros con estúpida indiferencia, y añadió para sí:

—No responde, peor para ella; en la tribuna podria estar cómodamente sentada, que siempre es preferible á romperse las rodillas sobre el frio mármol.

Despues volvió á inclinarse ante el altar, y desapareció por una estrecha puertecita, tras de cuyo cancel se distinguian las primeras gradas de una escalera de madera: por ellas subió el sacristan precipitadamente, haciendo resonar sus colosales pisadas en el interior del campanario.

Instantes despues los aires repetian las sonoras vibraciones del bronce del templo.......

Tres hombres penetraron en su recinto y observaron con curiosidad.

—Allí está, dijo uno de ellos.

—¡Gracias, Dios mio! se ha salvado! exclamó otro.

—Sí; pero el peligro no ha desaparecido, añadió el tercero.

—Y bien, ¿qué hacemos?

—Suplicarla que no permanezca aquí un instante mas.

—Lo haremos.

—Despues no la abandonaremos hasta dejarla en lugar seguro.

—Aprovechemos el tiempo.

—Sí, porque importa.

—Vamos allá.

—¡Deteneos! exclamó uno.

—¿Qué ocurre? preguntaron sus acompañantes.

—Ved aquello, respondió el primero, mostrando con su ademan el lugar de la iglesia donde se habian retirado los criados de la jóven.

—Sin duda son enemigos apostados allí para apoderarse de ella á la salida del templo.

—¿Y qué debemos hacer?

—La cosa es obvia.

—Decid.

—Vos os acercais á la dama y le dais el consejo de que al punto salga de este recinto; pero si ella se oculta, cuidad con no darla á entender que la hemos conocido; si ella disimula, disimulad vos del mismo modo.

—Así lo haré.

—Nosotros dos nos dirigiremos sin mas ni mas á sus espías, les haremos tambien salir del templo, y fuera de él ya veremos lo que es conveniente hacer con ellos.

—Me parece bien.

—Pues manos á la obra.

—Vos á la dama.

—Nosotros á los espías.

Uno de los tres caballeros se dirigió, en efecto, al altar mayor; los otros dos llegaron al lugar donde, como hemos dicho, se habian retirado los criados de la jóven.

—¿Qué haceis aquí? les preguntó uno de ellos.

—Guardamos á aquella dama.

—¿Quién os dió tal encargo?

—Ella misma.

—¿Pues quiénes sois?

—Sus criados.

—Pues hacednos el favor de salir al atrio con nosotros.

—No sin que ella lo mande.

—Dadlo por mandado.

—Eso no.

—Os repito que salgais.

—No es tal nuestro deber.

—Pero yo os lo mando; salid.

—Perdonad, pero no saldremos; así es que podeis dar por terminado vuestro empeño, que no es este lugar de tramar conversaciones.

—Os advierto que cada uno de nosotros traemos tres cuartas de acero que embutiros en el cuerpo si os obstinais en no salir.

—Tened mas respeto al lugar donde nos hallamos.

—Pues salid, porque de lo contrario......

—Los valientes no amenazan en tales sitios; eso es propio de cobardes.

—Salid, y os demostraremos que fuera del templo sabemos llevar á efecto las promesas hechas dentro de él.

En aquel instante la dama salia por la segunda puerta de la iglesia, acompañada del tercer personaje.

—Ahora sí saldremos, dijeron los criados.

—Sí, pero del brazo nuestro, añadieron los otros dos hombres agarrándose, en efecto, del brazo de los dos criados.

....

....

—Señora, habia dicho el tercer caballero acercándose á la dama, permitid que os interrumpa en vuestra oracion.

—¿Qué pretendeis? habia preguntado ella.

—Salvaros.

—¿De quién?

—De vuestros enemigos.

—Caballero, yo no los tengo; podeis retiraros.

—Señora, ved lo que haceis.

—Si por este medio habeis pretendido llegar á mí, ya lo habeis logrado; pero yo desprecio vuestro intento y os mando retiraros.

—Señora, mis palabras son desinteresadas.

—Caballero, os recomiendo que aprendais á no confundir á las mujeres: no vengo sola, mis criados me acompañan.

—¡Señora!

—O al punto os retirais de aquí, ó me obligais á llamarlos.

—Por Dios os lo pido, señora; huid de aquí si quereis libraros de vuestros enemigos.

—Os repito que no los tengo.

—Por desgracia no es cierto.

—Sé de mi hacienda, caballero, lo bastante para necesitar consejos de otra persona.

—Os vuelvo á suplicar que no permanezcais aquí.

—Y yo á mandaros que os retireis.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Necesitais de mi ayuda.

—Caballero, pretension es suponer que me seais necesario.

—Señora, perdonad mis palabras, pues con ninguna es mi intencion ofenderos.

—Considerad que el lugar en que estamos no es propio de conversaciones semejantes.

—Pues salid de él.

—¡Caballero!

—Insisto en repetiros que el tiempo que aquí perdemos es precioso para vos: salid y os acompañaré.

—Vuelvo á deciros que os retireis.

—Señora, en nombre de Don Luis Cortés os lo pido.

—¡Ah!

—¿No atendereis una súplica hecha en su nombre?

—¿Le conoceis?

—Bastante, señora.

—¿Cuándo le habeis visto?

—Hace un instante.

—¿Un instante?

—Sí.

—¿Dónde se halla?

—Tal vez no muy lejos.

—¡Ah!

—¿Me seguireis?

—¡Si esto fuese un engaño miserable!......

—¡Ah, señora! por este santo lugar os juro lo contrario.

—¿Pero vive Don Luis?

—Por fortuna sí, señora.

—Luego la herida.......

—Fué muy leve.

—¡Oh! decidme que no mentís, exclamó la dama con tierno interes.

—Os lo juro, señora.

—Y yo os creo.

—Salgamos entonces de aquí.

—¿Pero cuál es ese peligro que me amenaza?

—Ya lo sabreis; ahora, salgamos.

—Salgamos.

La dama se inclinó ante el altar y se dirigió á una puerta, seguida del caballero.

CAPÍTULO XV.

Camino del palacio.

SIGUIERON nuestros personajes calle abajo, y pronto entraron en la que entonces se decia *que va* á Ixtapalapa, mar chando en direccion al palacio vireinal.

Iba por delante Doña Estrella, completamente cubierta por el espeso velo de su manto de seda; y á pocos pasos detrás la acompañaba el hombre que á ella se habia acercado en el presbiterio de la iglesia de la Concepcion, que por si nuestros lectores no le hubiesen conocido, les diremos no era otro que nuestro amigo Cascabeles, ó llámesele bien Francisco Enriquez Monade.

A una distancia bastante regular les seguian Bernardo, Don Luis Cortés y los dos criados de la dama, que en vano suplicaban á los primeros les dejasen acompañar libremente á su casa á la encubierta.

A tal peticion Bernardo y Don Luis negáronse rotundamente, movidos por la sospecha de que aquellos hombres fuesen espías de la encubierta, y sus temores crecieron mas cada vez con las reiteradas súplicas de los criados por obtener su libertad.

A esto se añadia que ni Bernardo ni Don Luis conocian á aquellos hombres como pertenecientes á la baja servidumbre de palacio, y como nuestros lectores habrán comprendido, el jóven y el escudero creian que la dama que iban guardando no era otra que la esposa de Don Martin.

Habrá sin duda de parecerles extraño que dichos criados no conociesen á Don Luis ó no fuesen reconocidos por este, hallándose al servicio de la jóven Estrella; pero al efecto podremos darles la siguiente explicacion.

Cuando la jóven Estrella penetró en el recinto del templo, dos criados la acompañaban efectivamente: segun disposicion de la jóven, habíanse quedado aguardándola en el atrio de la iglesia, cuando otros dos hombres llegándose á ellos de improviso los echaron por tierra, y con extraña rapidez vendáronles los ojos, amordazáronles las bocas, y cargaron con ellos á cuestas en menos tiempo del que hemos tardado en referirlo.

Los diestros raptores desaparecieron con sus víctimas calle arriba y en direccion á la calle de la Celada.

Otros dos hombres sustituyeron á los verdaderos criados, é instantes despues penetraron en la iglesia, y posesionándose del mas oscuro rincon, espiaron desde él los mas leves movimientos de la jóven.

No sabemos cuál seria su plan, aunque es fácil de suponerse, y ya hemos visto cómo el error de nuestros amigos venia á contribuir milagrosamente á estorbar el intento de los supuestos criados.

No parece menos extraño que la jóven hubiese salido de la iglesia sin observar si sus criados la seguian ó no; pero mal que nos pese, así habia sucedido, sin que para explicárnoslo podamos buscar otro motivo que la profunda impresion que en el ánimo de la jóven debió de hacer una súplica hecha en nombre de Don Luis Cortés, y las palabras de Francisco que la advertian un inminente peligro.

—¿No me habíais dicho que Don Luis Cortés no se hallaba lejos de mí? preguntó la dama á Cascabeles.

—Y no os he engañado, respondió este.

—¿Dónde se halla entonces?

—Señora, nos sigue, acompañado de vuestros criados; volveos y vedle.

La dama volvió en efecto su vista y dejó escapar una exclamacion de sorpresa y terror.

—¿Qué os acontece? preguntó Francisco.

—¿Qué se pretende de mí? dijo la dama.

—Señora, no os comprendo.

—Sois un miserable.

—¡Ah! exclamó Cascabeles confundido.

—Un miserable, sí: valiéndoos del fatal estado de mi ánimo, tratásteis de hacerme juguete de una maquinacion que no comprendo, y os habeis apoderado de mí.

—Señora, os suplico que os expliqueis.

—No mereceis explicaciones, no, y sí mi desprecio.

—¡Señora! exclamó Cascabeles lastimado en el corazon; comprendo vuestro intento al ocultaros; pero no me parece que debais llevar tan adelante vuestro disimulo que insulteis al mas leal de vuestros servidores.

—Estimo la cortesía, pero comprendo vuestra intencion y desprecio vuestra burla.

—Señora, ved lo que decís.

—Os demando un favor, y si cumplís mi deseo, os creeré caballero.

—Mi goce será complaceros.

—Retiraos á cincuenta pasos de mí y no me impidais que penetre en el palacio, donde podré acogerme al amparo de Doña Aurora de Altamirano, dama de S. E.

—¡Ah! no cabe duda, ella es, dijo para sí Francisco.

—¿No respondeis?

—Señora.....

—Decid.

—Mandad como os plazca.

—Volved entonces atrás mientras yo me adelanto.

—Y bien, señora, decidme antes de que complazca vuestros mandatos, ¿por qué así me habeis ofendido?

—Voy creyendo por vuestro acento, que en efecto sois cual lo pretendeis, un caballero; mas harto motivo diéronme para sospechar vuestras palabras embusteras.

—¡Señora! qué decís!

—Asegurábaisme que Don Luis nos seguia.

—Y bien, podeis verlo.

—No es verdad.

—Señora, él os sigue.

—No lo creais.

—Don Luis es.

—Decídmelo á mí que le amo.

—¡Ah! exclamó Francisco como herido por un rayo.

—Parécese en efecto á él; pero mi corazon me asegura que no es el que me sigue Don Luis Cortés: ademas, los criados que decís ser los mios, ni siquiera los conozco.

—¡Ah! señora, vuestras palabras, vuestra agitacion, todo en vos me revela que esta situacion os espanta, y ni hallais explicacion posible, ni fácil disculpa.

—¿Qué decís?

—Que el suplicio por que me estais haciendo pasar es horrible, y que deseando cuanto antes terminarle, os dejo llegar sola al palacio, y yo vuelvo atrás, segun vuestro deseo.

Francisco no aguardó respuesta, sino que con gran rapidez se alejó de la dama, que con no menos presteza, pasando el puente de Palacio desapareció por una de las dos puertas que daban entrada á este.

Bernardo y Don Luis habian observado toda la escena, y cuando vieron entrar en palacio á la encubierta dejando libres á los supuestos criados, les dijeron:

—Escapad cuanto antes, par de bribones, si no quereis pasar unos dias en la cárcel y subir despues á la horca.

No se hicieron repetir por dos veces el consejo, y ambos bribones desaparecieron por la calle de Ixtapalapa en fuerza de carrera.

CAPÍTULO XVI.

Inocencia y astucia.

DOÑA Estrella, verdaderamente preocupada con cuanto acababa de ocurrirle, penetró en el palacio, y ligera como si alguno la persiguiese, tomó la gran escalera de piedra que conducia á las habitaciones de los vireyes, situadas en el centro de la fachada de ese sólido edificio.

Por un capricho de arquitectura, tan comun en las construcciones antiguas, la escalera se componia de dos ramales, dispuestos en forma espiral y de tal modo enlazados uno con otro, que siguiendo ambos concéntricos, cada uno de ellos iba á terminar á distinto punto: el primero conducia á los departamentos del virey, y el segundo á los de la servidumbre.

Como al primer tercio de su subida, ambas escaleras se confundian hasta el punto de parecer una sola, y tanto mas agradable era la combinacion, cuanto que estando alfombrada una de ellas y la otra no, llamaba á la vista la atencion mirar unos trozos de escalera de piedra labrada, y otros, al parecer de la misma, vestidos del mosaico de mil colores de la alfombra.

Ambas escaleras estaban defendidas en sus costados por grandes barandillas de piedra primorosamente labrada, imitando en sus perfectos calados los artísticos encajes de la arquitectura gótica de los mejores tiempos.

De trecho en trecho y en los descansos, pendian del techo enormes lámparas de bronce dorado, que alumbraban en la noche la artística escalera: terminaba esta en un hermoso corredor formado por columnas de piedra y soberbias vigas de cedro barnizado.

A este corredor vino á salir Doña Estrella, y dejando á un lado las habitaciones del virey, guardadas por sus alabarderos, se dirigió á los departamentos de la servidumbre, y despues de pasar por delante de varias puertas, llamó á una de ellas.

Un negro de pocos años le abrió, preguntando:

—¿Qué deseais?

—Deseo ver á Doña Aurora de Altamirano.

—La señora no está en su cuarto.

—¿Dónde podrá hallarse?

—En la cámara de S. E. la vireina.

—Vé á avisarla entonces.

—Como gusteis.

—¿Me conoces?

—Y bien, mi señora Doña Estrella.

—Hazme el favor de avisarla.

—No tardaré en volver; pero os suplico que paseis adelante; en las habitaciones del ama podreis esperar mas descansada.

—Admito tu oferta.

—Pasad entonces.

Doña Estrella entró á las habitaciones de la dama, y el negro atravesó el corredor en direccion á los departamentos de la vireina.

Cual si á cometer un crímen se dispusiera, un monje vestido del hábito azul de San Francisco penetró rápidamente en las habitaciones en que acababa de entrar Doña Estrella.

Por fortuna del fraile la jóven no se encontraba en la primera

habitacion, sino en las siguientes; de no haber sido así, sin duda se hubiese fijado en que el padre penetraba allí como un ratero.

El monje compuso su hábito, arregló los pliegues de su capucha, que levantó hasta la mitad de su afeitada cabeza, y aparentando una tranquilidad que no sentia, entró en busca de la jóven.

Esta habíase sentado de espaldas á la puerta, y se ocupaba distraida en observar algunas labores propias de su sexo.

—¡Estrella! dijo el fraile apoyando la mano sobre su hombro.

—¡Ah! ¿quién sois? respondió ella volviéndose con rapidez.

—¿No me conoces? preguntó el fraile.

—¿Fray Francisco de Rivera?

—El mismo.

—¡Dios os bendiga!

—Gracias, hija mia, y á tí te proteja.

—¿Qué quereis decir?

—Que ángel puro é inocente, niña inexperta, te dejas conducir, sin reflexionarlo, al borde del precipicio.

—¡Padre!

—Hija.

—¿Qué quereis decir?

—¿Quién te ha conducido aquí?

—Entré yo sola.

—¿No huias de álguien?

—¡Padre!

—En vano tratarás de ocultármelo; todo lo sé.

—¿Todo?

—Sí, hija mia.

—Entonces, ¿qué quereis?

—Hacerte ver que el mejor de tus amigos soy yo, y que debes descubrirme por entero tu corazon, segura de que en mi santo ministerio hallaré el medio de volverte la tranquilidad que te falta.

—¡Padre!

—Tú has entrado aquí huyendo de dos hombres que han tratado de apoderarse de tí.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo sé todo.

—Pues bien, os diré que es cierto; pero en cuanto al número de hombres que me perseguian, no era el de dos, sino el de cinco.

—¿De cinco?

—Sí.

—¿Conociste á alguno?

—A ninguno de ellos.

—Pero recordarás sus señas.

—Solo podré deciros que uno de ellos es el retrato de Don Luis Cortés.

—¡Ah!

—Pero no creais que él fuese, por desgracia.

Al pronunciar estas palabras, los hermosos ojos de la jóven dejaron escaparse, mal á su pesar, dos lágrimas de amor y pena.

—¡Lloras!

—No, padre.

—En vano lo ocultas; tus lágrimas venden tu pesar.

—¿A qué me lo preguntais entonces?

—Quiero saber el motivo de tu llanto.

—Yo misma lo ignoro.

—Yo te le diré entonces.

—¿Vos?

—Sí; lloras por Don Luis Cortés.

—¡Ah! no lo creais.

—Sí, porque tú le amas.

—¡Silencio, por Dios! silencio! no repitais esas palabras.

—¿Por qué?

—Pudiera escucharlas el enemigo de mi madre, y tal vez le haria morir.

—¿Qué dices, niña?

—Os repito las palabras de mi madre: si ese hombre sabe que yo amo á Don Luis, le hará asesinar.

—¿Sabes tú el nombre de ese...... asesino?

—¡Ah! ojalá lo supiera!

—¿Para qué?

—Para manifestarle cuánto le aborrezco.

—¡Estrella!

—¡Dios le maldiga!

—¡Ve lo que estás diciendo! exclamó colérico el fraile.

—Perdonad, padre mio; sé que mis palabras ofenden á Dios, y lastiman vuestros oidos, acostumbrados á las bendiciones con que por doquiera os colman los socorridos por vuestra piadosa caridad; pero en vano trataria de disculpar mis palabras; ellas son la expresion ingenua de mi odio por ese hombre.

—¡Ah! tú llegarás á amarle.

—No, padre, no lo creais; vuestro celo caritativo os hace desconocer que en amor no es posible el perdon de nuestros enemigos: cualquiera otra cosa podria yo perdonarle á mi oculto perseguidor, menos que haya osado fijar su planta sacrílega en el santuario íntimo de mi pasion purísima.

—¿Y si de ello dependiese tu futuro bien?

—Padre, por grande que sea el bien que venga á destruir otro bien anterior, nunca podrá tener el valor y aprecio del que vemos morir: si fuera realizable el imposible de que yo aceptase el amor de otro hombre que no fuera Don Luis, ni le amaria jamas como á este, ni su pasion podria seducirme nunca, como la de aquel que por primera vez descubrió ante mis ojos el velo inmenso de los ensueños de amor.

—Y dime, niña, ¿no olvidarias con placer esos sueños que tratas de describir, y con ellos al hombre por quien los concebiste, si una segunda persona descubriese ante tus ojos, cegados hoy por la primera impresion, otro nuevo paisaje mas rico de amor y de porvenir?

—No lo creais; el sol es siempre hermoso en mayor grado cuanto mas avanza hácia el zenit de su carrera, y nunca, sin embargo, nos seduce mas que cuando rompiendo el velo de nácar de la aurora, aparece rojo de fuego en los límites del horizonte. Si hay acaso en

el amor un segundo velo tras del cual se oculte mejor paisaje de enamorados sueños, por muy bello que él sea, nunca podrá ostentar entre sus flores la inocente dulzura de la primera impresion.

—¿Y puedes hallar encanto en una primera impresion que tan solo se mantiene en la ceguedad ó la ignorancia? ¿Cuándo el generoso corcel ofrece al hábil ginete solaz y utilidad mayores? ¿salvaje indómito, ó diestramente domado?

—¿Cuándo el tierno ruiseñor ó el enamorado zentzontli dejan correr mas armoniosa su inimitable voz? ¿en la estrecha prision de su dorada jaula, ó libres en la selva, con el límite indefinido del espacio? Pues bien; sujeto el segundo amor á los círculos estrechos de la experiencia ó la malicia, sin otro espacio donde vagar sino el que la utilidad que de él nos reporte quiera otorgarle, ¿puede nunca ser tan seductor y dulce como el amor primero, libre y sin trabas, desplegando sus alas de rosa en el infinito cielo de sus ilusiones? El amor es un libro inmenso, cuyas variantes no se acabarán de fijar sino con el último hombre que exista; pero ese inmenso libro tiene un capítulo tan corto como imposible de continuarse: el primer amor. Lo que durante él se siente no vuelve á experimentarse jamas; el encanto de lo desconocido que experimentamos con él, no pueden despues suplirle con nada las arterías del fingimiento y del vicio. El amor es tanto mas bello cuanto que se le conoce menos. Pero no podrán jamas inspirar verdadero amor, ni el hombre ni la mujer que hayan amado ya.

—Pero dime, niña, que en tus jóvenes años dejas al corazon expresar sin reflexion las tiernas ilusiones de un amor que no se logra jamas; si el que tu pintas es el mas bello, ¿es por eso el que mas goces proporciona?

—Desde luego.

—Tú ignoras, Estrella, que en el amor hay un mas allá de goce embriagador; tú no sabes que el amante frenesí no es propiedad exclusiva del alma, y tampoco sabes que para su completa felicidad el corazon debe concurrir con su materialidad á la obra del amor.

—Padre! ¿qué decís?

—El fruto de mi experiencia, hija mia; este es el corolario que he podido deducir de mi estudio en el confesonario: estas palabras las han repetido mil veces á mi oido, doncella, casada y viuda.

—¿Y qué objeto os proponeis al lastimarme el corazon?

—Impedir que la mano descarnada de la triste experiencia te le desgarre en mil pedazos.

—¡Ah!

—Si un dia llegases á ver, cuando menos lo imaginases, que el hombre á quien tú amas con la pasion purísima que pintas y sientes verdaderamente haciéndote á tí propia feliz, no tiene suficiente con ella, y busca en otra mujer el complemento del goce que en su corazon despiertas, entonces, Estrella, tal vez moririas de dolor. Yo debo abrir tus ojos, avisarte del peligro, preparar tu corazon á la herida, á fin de que cuando esta se abra no le coja de improviso y deje escapar impremeditamente toda la sangre que le mantiene en circulacion.

—¡Ah! en vano tratareis de inculcar en mi alma las áridas máximas de vuesta estoica filosofía; mi corazon cree aún, y no puede suponer que un verdadero amor del alma pueda ceder así á los embates de la materialidad.

—¿Y si te estuvieses engañando, desgraciada?

—¡Imposible!

—Nada hay que lo sea.

—Cuando la mujer sabe inspirar amor, el objeto de él se mantiene firme.

—Ciencia es esa que la inconstancia hace nula.

—¿Qué decís?

—La inconstancia está infiltrada en la sangre humana, y en vano el hombre se esfuerza en luchar contra ella.

—¡Oh! no, eso no es verdad.

—Sí, hija mia; Dios mismo, en esa admirable naturaleza, nos muestra la ciencia de la inconstancia: ¿quién ha visto en los prados dos flores de la misma especie, que sean una á la otra idénti-

cas? Pues si en la vida estacionaria de las flores, producto constante de una semilla bruta, no es posible la idéntica igualdad ó la constancia en la forma, ¿cómo buscarla en los hombres, juguete de innumerables y encontradas pasiones, defectos y anomalías?

—Padre, vuestras palabras me lastiman.

—Hija, ese es el resultado de las lecciones de la experiencia.

—¿Y no hay contra ella nada posible?

—Sí lo hay.

—¿Y cuál es?

—La reflexion.

—¿La reflexion?

—Sí.

—¿Y cuál es el secreto de esa ciencia?

—Para poseerla es necesario desconfiar de todo bien en este mundo, no creer en los hombres nada bueno, y procurar sacar de todo, hasta de los males, los mayores bienes posibles.

—Padre, ¿qué decís?

—Es necesario hacer del corazon una máquina.

—¡Dios mio!

—En una palabra, matarle.

—¡Ah!

—Si tal no hicieses por tu mano, quien mas tú ames lo habrá de hacer.

—¿Quien mas yo ame?

—Sí.

—Mi madre acaso.

—¡Ah! no, eso no; los labios de tu madre serán los únicos, niña, que te hablen siempre la verdad: el corazon de tu madre será el solo que ingenuamente se interesará por tí; las lágrimas que en sus ojos lloren tus pesares, serán las únicas sinceras que por tí se viertan en tu vida, y el solo amor verdadero que por tí sienta álguien en el mundo, será el que se anida en el alma y corazon enteros de tu madre.

—¡Madre mia!

—Desconfia de todo lo demas.

—¿Del amor del que amo?

—Sí.

—¡Ah!

—Ese te engaña.

—¿Engañarme?

—¿Quieres convencerte de ello?

—¡Convencerme!

—Sí.

—¿Cuándo hemos querido convencernos de un mal?

—Tienes razon.

—Mostrádmele de improviso si le hay, que al no sentirle venir, tal vez me parezca menor.

—¿Quiéres convencerte por tus propios ojos?

—Es el único modo de lograr que yo lo crea.

—¿Estás dispuesta á seguirme?

—¿Dónde?

—Lo verás á su tiempo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—En este cuarto espero á su dueña.

—Si quieres seguirme, nadie lo ha de sospechar.

—¿Por qué motivo?

—A su tiempo lo sabrás.

—Y bien; hace una hora que he salido de mi casa, y sin duda mi tardanza tendrá impaciente á mi madre.

—Nada tienes que temer por esa parte.

—¡Cómo!

—Vienes conmigo, y tu madre quedará tranquila si yo te acompaño.

—Teneis razon.

—Marchemos entonces.

—Otra circunstancia lo impide.

—¿Cuál?

—He sido juguete de una maquinacion que no comprendo.

—¡Cómo!

—Dos de mis criados me acompañaban á mi salida de casa, y ambos han desaparecido: ¿dónde están?

—¿No dices que varios hombres te seguian?

—Sí.

—La explicacion es clara.

—Decid.

—Una de dos; ó tus perseguidores compraron con oro á tus criados, ó les habrán dado muerte: en cualquiera de los dos casos, esperarlos es inútil; si comprados, no se expondrán á tu enojo; si muertos, su vuelta es imposible.

—Vuestras palabras han secado las fuentes de mi llanto y despertado mi deseo de desengañarme del amor del que adoro.

—¿Estás resuelta á seguirme?

—Sí.

—En marcha, entonces.

—Cuando querais.

—Pero ¿amas todavía á ese hombre?

—Le amo, sí.

—¡Desgraciada!

—Mi resolucion de seguiros me la dicta en gran parte una poderosa esperanza.

—¿Cuál?

—La de que siendo un error su supuesta infidelidad, os podré demostrar que cuando la mujer sabe inspirar amor, el objeto de él se mantiene firme.

—Temo, hija mia, que tu esperanza quedará destruida.

—Allá lo veremos; ahora salgamos, dijo la jóven, encaminándose á la puerta de la habitacion que daba al corredor.

—¿Dónde vas? preguntó el fraile.

—A salir de esta habitacion.

—Te he dicho que nos conviene no ser vistos.

—Eso es imposible.

—No lo creas.

—¿Por qué?

—Hé aquí una escalera secreta por donde huir.

El fraile oprimió un resorte oculto entre las molduras de un cuadro colosal que representaba un San Juan Bautista en el Jordan, y el cuadro giró como una puerta, dejando descubiertos los primeros escalones de un caracol labrado en el muro.

CAPÍTULO XVII.

El caracol secreto.

LA jóven Estrella no pudo por menos de sorprenderse ante la rápida trasformacion del lienzo, y como nos suele suceder á la vista de un acontecimiento inesperado, tuvo miedo y se espantó de lo mismo que veia.

La mirada de águila del fraile penetró en lo íntimo de los pensamientos de la jóven, y se dijo para sí:

—¡Diablo! solo faltaba que sospechase!

Despues añadió en su voz natural:

—Pasa adelante, hija mia.

—Padre, preguntó la jóven dando á sus palabras profunda intencion, ¿adónde conduce esta escalera?

—Al exterior del palacio.

—¿No me engañais?

—¡Estrella! exclamó el fraile con fingida reconvencion.

—Perdonadme, padre; la excitacion de mi ánimo es tal, que en cuanto me rodea creo observar un peligro.

En aquel instante se escuchó ruido en la puerta que salia al corredor.

—Alguien viene, dijo la jóven.

—¡Ah! pues es necesario que nadie nos vea.

—Salgamos entonces.

—Aguarda.

—¿Qué vais á hacer?

—Tomar nuestras precauciones.

El fraile se dirigió á la puerta de la habitacion en que se hallaban, y la cerró, rompiendo luego la llave en la cerradura.

—¿Qué habeis hecho? preguntó la jóven.

—Impedir que en mucho tiempo puedan abrir la puerta.

—Pero sin duda habrá de llamarles la atencion, al penetrar en esta sala, que la puerta se haya cerrado sola; buscarán el paraje por donde hayamos escapado, y pudieran tal vez dar con el resorte y descubrirnos.

—Procuraremos evitarlo.

—¿Pero cómo?

—Abriendo esta ventana, que da á un patio interior.

—¿Con qué objeto?

—Para hacerles creer que por ella hemos escapado.

En aquel momento se escucharon golpes en la puerta, y una voz que decia:

—¡Abrid, Doña Estrella; soy yo!

—Huyamos, dijo el fraile, empujando á la jóven hácia el caracol; llegó el instante.

La jóven comenzó á descender; el fraile la siguió; pero antes puso su dedo índice en un resorte interior: el cuadro de San Juan Bautista volvió á su lugar, y el caracol quedó oculto tras de él.

—Doña Estrella y el fraile descendieron unos cincuenta escalones, y muy pronto sintieron en sus rostros la impresion de un aire húmedo y frio.

—Detente aquí, dijo el fraile.

—¿Dónde estamos? preguntó Estrella.

—Al nivel de las aguas de la acequia.

—¡Dios mio!

—Nada temas á mi lado, y espera aquí.

—¿Os vais?

—Unos leves segundos.

—Esta oscuridad me intimida.

—Pronto saldremos á la luz; espera.

El fraile se adelantó en el estrecho pasadizo, que á pesar de estar sólidamente construido de piedra, manaba humedad por todos lados, y llegó hasta una reja de hierro enmohecida, que caia sobre la acequia; de debajo de su hábito sacó una llave y abrió la cerradura y la reja; dejó escapar un silbido, y una canoa traginera conducida por dos indios, llegó á detenerse á la salida del pasadizo.

—José, dijo el fraile.

—Aquí estamos, padrecito; ¿qué mandas?

—Voy á entrar en la canoa con una dama.

—Está bien.

—Arregla bien los *petates* del toldo, de modo que nadie nos descubra.

—Está bien, padrecito.

—En cuanto hayamos entrado, remas sin descanso hasta sacarnos lo mas brevemente posible de la ciudad; despues sigues adelante, ya sabes dónde, á la casa negra.

—Sí, padrecito.

—Pues á ello.

—Cuando querais.

—Vuelvo al punto.

El fraile volvió á adelantarse en el pasadizo, y dijo á la jóven:

—Llegó el instante; sígueme, Estrella.

La jóven obedeció sin responder: al llegar á la reja preguntó:

—¿Qué es esto? dónde estamos?

—Nada temas; debajo de un puente que cruza sobre la acequia de palacio.

—Pero nos van á ver.

—Nadie mas que los conductores de nuestra canoa.

—¿Pero qué significa aquí esta gran reja?

VENGANZA Y REMORDIMIENTO.



Litog. de [illegible]

....y dio la mano á la joven........ p. 193.

—Hace tiempo, era la salida de las alcantarillas de palacio; hoy dia es, como ves, un pasadizo secreto, húmedo y frio, pero perfectamente limpio.

—No sé qué veo de extraño en todo esto.

—Pronto obtendrás la explicacion de todo; ahora salgamos de aquí, y salta á la canoa.

—Bajad vos delante.

—Como gustes.

El fraile saltó á la canoa y dió la mano á la jóven para ayudarla á bajar.

Cuando ella lo hubo verificado, el fraile volvió á trepar á la reja, y metiendo la mano entre los hierros, echó la llave á la cerradura: saltó de nuevo á la canoa, debajo de cuyo toldo habia ya entrado Doña Estrella, y al ocultarse él á su vez, dijo á los indios:

—En marcha!

Los remeros obedecieron, y la pequeña embarcacion comenzó á deslizarse sobre las aguas de la acequia en direccion de lo que se llamó Colegio de Santos, y pasando por bajo del puente conocido por de la Leña, porque á sus costados abordaban las grandes canoas conductoras de madera cortada en trozos para el servicio interior de las casas, siguieron avanzando hácia las afueras de la capital.

Las canoas que circulan hasta el presente por las acequias de México, son una especie de cajones rectangulares, cuyos costados tienen, en el que mas, la altura de media vara.

Varían en sus tamaños y proporciones, llegando algunas á medir diez y quince varas de longitud por tres escasas de anchura: sus costados son perfectamente paralelos hasta en los extremos, que en otras embarcaciones se conocen por popa y proa.

En las canoas estos extremos están rematados por un prolongado ángulo obtuso, perfectamente plano, como el piso todo de la extraña embarcacion, desprovista de obra muerta, quilla ni timon, para nada necesarios sobre las tranquilas aguas de los poco profundos canales.

Una tercera parte de estas canoas está cubierta por una armazon de madera, que revisten por lo regular de los nombrados *petates*, especie de esteras formadas por el tejido mas ó menos grueso de una especie de espadañas que se crian en los terrenos pantanosos, y que en el país son llamadas *tules:* este tejido, que despues dejan secar completamente, es lo que denominan *petates:* algunos pueden verse perfectamente tejidos de un *tule* recortado en tiras estrechas.

Dichos petates son empleados por los indígenas en diferentes aplicaciones: armados sobre un tinglado de palos de poco grueso, llamados por ellos morillos, les sirven para formar las habitaciones en que moran sobre el campo; bajo otra forma les hacen servir de quitasoles en sus puestos ambulantes de los mercados de la ciudad, y es, por último, la única cama en que reposan, tendiendo uno de ellos sobre el piso, bien esté formado del pedernal de las calles de la ciudad, ó de la yerba y la tierra de los campos: durante el dia lian su petate, y en su cilíndrica cavidad encierran su ligero equipaje, y con él á las espaldas ó debajo del brazo, se trasladan de un punto á otro con la presteza y facilidad que desde luego se concibe.

Pero volvamos á las canoas: debajo del toldo así formado, otros petates cubren el piso de la canoa, y sobre ellos se colocan, tan incómodamente sentados como puede concebirse, los que por dichas embarcaciones y en tales canales transitan.

Suelen conducir, por lo regular, dichas canoas dos remeros, armados cada uno de un largo palo ó morillo, que hundido en el agua y hasta tocar en el fondo del canal, les sirve para hacer hincapié en él, y mover á remolque la canoa.

Apoyado el palo en el fondo del canal, cargan sobre él sus brazos y dan impulso á la embarcacion recorriendo una parte de la canoa, del extremo al centro, y en opuesta direccion.

Surcada de este modo la acequia por numerosas canoas cargadas de flores y frutas, ó conduciendo alegres comparsas cantando y bailando al compás de sus músicas especiales, ofrece en determi-

nados dias el canal una vista muy agradable, digna de ser tratada en un capítulo aparte, que por ahora y tal vez en la obra presente no ofreceremos á nuestros amables lectores.

En una de tales canoas, no muy grande en sus tamaños, surcaban la acequia la jóven Estrella y el fraile franciscano.

Ambos *navegantes* guardaban el mas profundo silencio; cuando nuestro ánimo se halla vivamente preocupado, se encierra en el mutismo de sus reflexiones, incomunicándonos, por decirlo así, con cuanto nos rodea.

Así continuaron todo el tiempo que emplearon en atravesar una gran parte del canal, al poco acelerado impulso de los remeros de la canoa.

CAPÍTULO XVIII.

La caja de la cinta verde.

Cuando Francisco, separándose de la dama que él suponia Doña Catalina de Mendoza, volvió á unirse con Bernardo y Don Luis, las lágrimas de la desesperacion brotaban de sus ojos, rodando por sus mejillas.

—¿Qué os pasa, que llorais como un niño? preguntó Don Luis.

—No le hagais caso, se adelantó á decir Bernardo.

—¡No me hagais caso! es verdad, repitió Cascabeles enjugando sus primeras lágrimas y haciendo esfuerzos sobre sí mismo para contener las segundas: ¡reiros de mí!

—Y bien que lo mereces; un hombre no debe de llorar jamas, que para eso Dios le dió mas fortaleza que á la mujer, tan fácil al llanto.

—Y bien, añadió Cascabeles, juzgad la intensidad de mi dolor, cuando á pesar de todo no puedo contener las lágrimas.

—¡Mal rayo! dijo Bernardo; estos corazones sentimentales son insoportables.

—Pluguiérale al cielo no condenar á ningun hombre al bárbaro suplicio de un corazon exquisitamente sensible!

—¡Vaya! vaya! cortemos la conversacion y sigamos adelante.

—¿Dónde?

—Yo os suplico, amigos mios, dijo Don Luis, me hagais el favor de entrar conmigo en mi casa, que lo es vuestra.

—Debemos ir al palacio á recibir órdenes de S. E.

—Por mi parte no os acompañaré, dijo Cascabeles.

—¿Por qué razon?

—No os soy necesario.

—No obstante.....

—Admito el ofrecimiento de Don Luis.

—Y yo os suplico que vos tambien me dispenseis igual favor.

—Primero es el deber.

—Si no fuese tan grande que se os hiciese fácil faltar por hoy á él, yo os suplicaria aceptáseis mi invitacion, en gracia de la importancia de cuanto pienso revelaros.

—Don Martin extrañará nuestra falta.

—Pero ningun mal habrá de seguírsele, añadió Cascabeles; de modo que bien podeis dar gusto á Don Luis.

—No insisto, y me sujeto á vuestra voluntad.

—Pasemos entonces á mi casa, puesto que á la puerta estamos.

—Llamaremos, dijo Cascabeles dando tres golpes con el aldabon de la puerta.

—¿Quién llama? preguntó una voz interior.

—¡Abrid! respondió Don Luis.

Su órden fué obsequiada; un criado anciano entreabrió el postiguillo, que volvió á cerrar cuando las tres personas que llamaban hubieron entrado.

Don Luis condujo á Bernardo y Cascabeles á un extenso gabinete, perfecta y lujosamente amueblado, y les hizo tomar asiento alrededor de una mesa provista de recado de escribir, y en la que habia tres pequeñas cajas de ébano primorosamente incrustadas de oro y de nácar, con grandes y ricas esquinas de plata filigranada.

El jóven tomó asiento al lado de sus amigos, y despues les dijo:

—Os he llamado para descubriros un secreto, obedeciendo de este modo el conjuro que en esta carta se me hace. Al pronunciar estas palabras, el jóven tomó un billete de debajo de una de las cajas.

—¿Qué decís?

—Lo habeis escuchado.

—¿Se os conjura en ese billete á que nos llameis á nosotros á participar de ese secreto?

—A vosotros precisamente, no.

—¿Entonces?

—Ningun escrúpulo tengais, y oid la carta, que dice así:

—Os escuchamos.

—«Don Luis Cortés: Si quereis saber quién sois, abrid la primera de las cajas que hallareis sobre vuestra mesa y que está marcada con una cinta verde: si buscais un bien, abrid la caja que va marcada con una cinta amarilla; si buscais un mal, abrid la tercera caja, marcada con una cinta negra. Como quien esto os envia, necesita tener testigos de que lo habeis recibido, buscad dos personas que os acompañen en el momento de abrir las cajas.»

Don Luis cesó de leer, y preguntó:

—¿Habeis oido?

—Desde luego.

—¿Y bien?

—¿Quién firma esa carta?

—Tres estrellas.

—¡Cómo!

—Sí; la única firma que viene al pié de estas líneas consiste en tres estrellas colocadas en una línea; vedlo, dijo Don Luis mostrando la carta á Francisco y Bernardo.

—¡Diablo! dijo este, juraria que conozco esa letra.

—¿De quién sospechais que sea?

—A punto fijo, de nadie; pero sospecho......

—Concluid.

—Conozcamos antes el contenido de las cajas.

—Sí.

—Abrámoslas entonces.

Don Luis tomó una de las cajas, que segun se le prevenia, fué la marcada con una cinta verde, de uno de cuyos extremos pendia una llavecita de oro.

El jóven al tomarla para meterla en la cerradura se estremeció.

—¿Qué os pasa? preguntó Bernardo.

—Sin querer tiemblo; ¿qué contendrá esta caja?

—Abridla.

—Sea en el nombre de Dios, dijo Don Luis abriendo la cerradura y levantando la tapa.

—¿Qué contiene?

—Vedlo, un paño blanco cubre su interior; ¿qué habrá debajo de él?

—Levantadle.

—¡Tres hermosas trenzas de pelo! exclamó el jóven sacándolas sucesivamente.

—¿Y nada mas?

—Sí.

—Veamos.

—Un pequeño cuaderno manuscrito.

—Leedle.

Don Luis sintió acudir á su frente un sudor helado; su vista se nubló, y durante un momento, su respiracion se hizo tan angustiosa que Bernardo y Cascabeles creyeron que se les moria entre los brazos.

—¿Qué es eso? preguntó el antiguo escudero, ¿os poneis malo?

—Extraño es el efecto que en mí produce la vista de estos objetos; parece que envuelta con ellos me envían la muerte.

—Procurad reponeros.

—Sospecho, amigos mios, que esta caja misteriosa contiene la revelacion de mi nacimiento, oculto hasta hoy bajo el mas impenetrable misterio.

—¿Y esto os espanta?

—Sí.

—No alcanzo.

—Mi corazon me dice que soy un hijo del crímen!

—¡Ah!

—Leed.

Don Luis tomó el manuscrito y comenzó á leer.

Decia así:

«Pocas líneas se necesitan para lograr el objeto que el autor de estos recuerdos se propone: loado sea el infierno con todo su poder! la hora de la venganza ha sonado; ¡hora terrible! sí, para todos los que yo aborrezco. Los que como yo no tienen por patrimonio otra cosa mas que la venganza, son muy felices cuando con ella pueden hacer el infortunio de los demas; esta satisfaccion es hoy para mí inmensamente grande, porque mi venganza no solo comprende á las personas que directamente me causaron mal, sino que va á producir la muerte de muchos inocentes con los cuales ningun motivo de resentimiento abrigo; pero soy como el tigre, que una vez cegado por la sangre, mata sin motivo alguno y por el solo placer de hacer daño, aun sin provecho.»

—¡Horribles ideas! exclamó Cascabeles.

—No interrumpas, añadió Bernardo.

—Continúo, repuso Don Luis.

El manuscrito seguia diciendo:

«Escuchad una historia recogida por mí de los labios de un azteca atacado por la peste del año de 76.—Era el tiempo en que los antiguos poseedores del imperio de Anáhuac, sojuzgados por los ejércitos del conquistador Cortés, acababan de someterse casi en su totalidad al gobierno de los reyes de España. Toda la nacion mexicana habíase hecho traidora contra sí propia: unos de sus hijos, menos dignos que los otros, aliados á los españoles se habian gozado en el exterminio de sus hermanos; los otros habian cedido en la lucha; todos eran traidores á su patria: si la hubiesen querido, los españoles no la habrian conquistado, porque ellos eran

muy pocos y nosotros sumábamos muchos millones. Despues del sitio de México muy pocos fuimos los que juramos morir haciendo daño tanto á los españoles como á nuestros hermanos traidores. Teniamos á nuestro frente un gefe cuyo valor habia admirado mil veces á los españoles que atacaban la fortaleza de Tlaltelolco: durante el combate, tan solo con su mirada, nos infundia su ardimiento y su valor; y ¡cuántas veces debimos á una palabra suya la victoria sobre los aliados! En aquel momento horrible en que sucumbiamos al número superior de nuestros enemigos, y formulamos el juramento de nuestra venganza sangrienta, nuestro valiente caudillo se adhirió á él con el corazon destrozado por la pena y el despecho. Pero ¡ay! él era hermoso entre los hombres, las españolas le amaban, y con el trato dulce de estas, su carácter perdió su ferocidad y ardimiento, y se hizo amable y tierno cuanto era dulce.

«Desde entonces empezó á reprender nuestras sangrientas represalias con razones que ninguno escuchaba, y llegó hasta amenazarnos con que nos delataria al gobierno de la Audiencia, si nos obstinábamos en llevar adelante nuestras venganzas.

«Mil veces nos quejamos á nuestras divinidades de la defeccion de nuestro valeroso caudillo, y hasta llegamos á suponer que algun bebedizo habia trastornado su razon; á pesar de esto, jamas dejamos de venerarle como á nuestro solo señor, y muchas veces, acudiendo al campo de nuestras venganzas, habia impedido la matanza con sus vigorosas palabras.

«Era una noche en que debian entrar en México unos españoles que el rey de España enviaba al gobierno de sus posesiones; con ellos venia una mujer, y escoltábanlos gran número de aliados: se nos brindaba la ocasion de una gran matanza, y nos propusimos llevarla á cabo con el mayor sigilo, á fin de que no se enterase de ella nuestro antiguo caudillo.

«A la hora conveniente, todos esperábamos en el paraje señalado, perfectamente ocultos entre la maleza; á su tiempo escuchamos el rumor de la cabalgata que se acercaba; la dejamos llegar, y cuando la tuvimos perfectamente cogida entre nuestras filas, nos

arrojamos sobre ellos como tigres, y aliados y españoles quedaron prontamente sacrificados á nuestro rencor.

«Solo la mujer habia quedado con vida, y cien espadas se alzaban sobre su cabeza para destrozarla, cuando sin saber cómo, apareció en medio de nosotros el antiguo gefe.

«Ante su bella presencia y el poder de sus palabras, nuestras espadas se detuvieron, y segun su voluntad, dejamos libre á la hermosa española, y hasta le rendimos las muestras de la mayor veneracion y respeto: nos mandó que nos retirásemos á la ciudad, y así lo hicimos, dejando el campo sembrado de cadáveres.

«Entonces, aquel valiente caudillo, tan esforzado entre los alaridos y los riesgos del combate, se dejó vencer por la mágica belleza de la mujer española; y una noche, al asistir como de costumbre al gran consejo que el quinto dia de la semana celebrábamos al resguardo de los ahuehuetes del bosque, observamos en sus facciones un gesto de horror y de desprecio al saludarnos y sentarse entre nosotros.

«A todos nos dolia el alma, observando su insultante desden, porque era mucho lo que nuestros corazones le amaban.

—«¿Qué tienes, señor? le preguntamos; y él nos respondió:

—«Hijos, ¿quién os ha dicho que yo no os amo más que la alondra á los hijuelos que vió nacer, mas que el cielo á las aguas en que se retrata, tanto como Teteoinan á los dioses sus hijos, tanto como nosotros á Tocitzin nuestra abuela?

«Todos callamos, porque bien nos constaba cuánto nos amaba, y nadie hubiera osado acusarle de una ingratitud que no concebiamos en él: despues siguió diciendo:

—«¿Me amais todavía vosotros, como en los tiempos de nuestra gloriosa derrota?

«Mil veces repetimos que sí, y todos inclinamos la frente sobre la tierra que él pisaba, para demostrarle nuestro respeto.

—«No esperaba menos de vosotros, hijos mios, continuó diciendo; el árbol que levantó recta su frente al cielo y produjo siempre sazonado fruto, se mantuvo fuerte en medio del huracan, por-

que la bondad incorruptible corria mezclada á su vivificante savia, vosotros habeis sido siempre generosos y buenos; ¿cómo pudiérais jamas dejar de serlo? Por eso yo os amo, mis hijos, como al alma de nuestras glorias.

«Sus palabras nos hacian derramar lágrimas de ternura: ¡goza uno tanto con los elogios que son merecidos y con las expresiones del franco cariño!

«Él se enternecia tambien, y seguia hablando de este modo:

—«Pues bien, si yo os amo y me amais, no tomareis con perversa intencion cuanto tengo que deciros.

—«Habla, respondimos.

—«Vuestras horribles matanzas disgustan mucho á nuestros dioses.

—«No, eso no! contestamos todos.

—«Yo os digo que sí, porque son asesinatos miserables.

«Entonces uno de nosotros se levantó noblemente indignado y habló así:

—«Mucho aparentas engañarte, señor; los pocos buenos mexicanos que hemos quedado con vida, hemos sido vencidos, es verdad; pero no, no, jamas ha sido nuestra intencion la de somet
ernos al yugo que se nos imponia; no, eso jamas!

«Gritos de aprobacion contestaron estas palabras.

«El orador siguió diciendo:

—«No habiéndonos sometido á la esclavitud, porque nuestra honra y dignidad lo rechazan, no faltamos á nuestros juramentos haciendo la guerra á los españoles: ¿no nos la hicieron ellos valiéndose de la arma terrible de la astucia? Pues bien, nosotros nos valemos de la oscuridad: ellos á la luz del dia ocultaban sus intenciones bajo la hipócrita capa del engaño; nosotros las ocultamos tras los velos de la noche. Aquellos á quienes sacrificamos, son prisioneros de guerra, nuestras leyes nos mandan irlos á sacrificar ante el altar de Huitzilopochtli; pero como la imágen de nuestro dios ha sido destruida juntamente con su Teocali, los sacrificamos en el punto en que les hallamos, ofreciéndolos á nues-

tro dios en holocausto: él se goza con la sangre de los enemigos, y sonríe á nuestras victorias.

—«Y bien, aunque fuese cierto que valerse de la traicion y de la oscuridad para asesinar á los españoles y sus aliados, fuese estar en justa guerra con ellos, Teol, el único dios, el invisible, Ipalnemoami, aquel por quien se vive, Tloque Nahuaque, aquel que tiene todo en sí, condena vuestras matanzas, y á Huitzilopochtli tambien, como á un falso dios, cruel y sanguinario.

«Si no hubiese sido él quien nos hablaba, sin duda alguna hubiese pagado con su muerte tan atroz blasfemia; mas á pesar de cuanto le queriamos, alzáronse en medio del bosque amenazas salvajes y terribles, que él acogió con su marcado desden, diciendo:

—«En vano tratareis de intimidarme con vuestras voces y actitud; soy superior al miedo, y no le he sentido por nada ni ante nadie: quiero que vuestras matanzas cesen, yo os lo exijo; y si persistís en negaros á mis súplicas, mañana mismo no existirá uno solo de vosotros, porque á todos os habré condenado á perecer bajo el hacha del verdugo. Si por el contrario, accedeis á mis ruegos, yo os abro mis brazos con paternal afecto; á mi sombra prosperareis, viviendo felices y formando una pequeña república, que tendrá por gefe á su mejor amigo. ¿Qué respondeis?

—«Admitimos, pero con una condicion.

—«¿Cuál?

—«La de huir del roce con nuestros enemigos.

—«¿Cómo?

—«Refugiándonos á los bosques, retirados para siempre de las ciudades en que dominen ellos.

—«No debemos aislarnos, ni nos seria fácil tampoco.

—«Nada hay difícil contando con la voluntad.

—«Y bien, yo no consiento en ello.

—«¿Por qué?

—«Harto tiempo hemos vivido salvajes; mezclémonos con la nueva raza.

—«¡Eso jamas! dijo uno de nosotros. ¿Lo jurais, compañeros?

—«Sí, repetimos millares de veces, ¡jamas! jamas!

—«Pues bien, dijo él; entonces, para nada conteis conmigo; olvidaos que os quise y me habeis querido.

—«Tampoco eso, repetímos todos; te amamos y queremos que nos ames.

—«Eso es imposible, si persistís en vuestro intento.

—«¿Por qué?

—«Sabedlo de una vez, dijo poniéndose hermoso de entusiasmo é inspiracion, y gritando con poderosa voz: ¡soy cristiano!!

—«¡Cristiano!! repetimos todos con espanto é indignacion.

—«Sí, respondió él con la tranquilidad del mártir de sus firmes creencias.

—«¡Muera! gritaron cien voces; però nadie se atrevió á herirle.

«A tal grito pudimos ver las lágrimas correr por sus mejillas, arrancadas por el dolor que le producia tan súbita mudanza.

«En medio del mas profundo silencio, con voz muy pausada exclamó:

—«Yo os amaba como á hijos de mi amor; pero os habeis rebelado contra el padre, y yo..... os perdono!! Adios!..... adios!.....

Sin pronunciar una palabra mas, volvió la espalda y comenzó á alejarse de nosotros.

«La luna, rompiendo los celajes que la ocultaban, iluminó con su pálida claridad el camino que debia de llevar.

«Largo tiempo le estuvimos contemplando con profunda veneracion, hasta que por fin desapareció de nuestra vista.

«Entonces uno de los nuestros dijo:

—«Cuanto él nos acaba de decir, yo lo sabia.

—«¿Lo sabias?

—«Sí.

—«¿Por qué no lo dijiste?

—«Porque no se me hubiera creido.

—«¡Es verdad! respondimos con desaliento.

—«Y sé mas aún de lo que él ha dicho.

—«Revélanoslo.

—«Ama á la española que una noche salvó de nuestras espadas vengadoras.

—«¿Y bien?

—«Ha abrazado su religion para unirse á ella como esposo, y dentro de breves dias habrá llevádose á efecto la ceremonia en el templo cristiano: abjura de su religion y de su patria, haciéndose traidor á entrambas.

—«¡Venganza!! repitieron innumerables voces, que retrataban cada una el odio y el rencor.

—«¿Venganza pedís? ¿quereis vengaros? preguntó uno.

—«Sí, respondimos todos.

—«Pues bien, seguid mi consejo, y la venganza será horrible.

—«¡Habla!

—«¡Dí!

—«Como pudiera suceder muy bien que alguno de nosotros llevado de su amor por ese hombre, traicionase nuestro secreto, permitid que no le revele hasta llegada la ocasion oportuna de ponerle en obra.

«Todos marcamos nuestro asentimiento por medio de una inclinacion de cabeza.

—«Despidámonos, pues.

—«¿Hasta cuándo?

—«Hasta un mes despues de nacido el primer hijo de ese matrimonio.

«Nadie comprendió el proyecto de aquel camarada; pero todos guardamos el mas profundo silencio, y despues de la salutacion de costumbre, desaparecimos uno á uno del lugar del consejo.

....

....

«Once meses despues nos hallábamos reunidos en el mismo paraje que aquella noche cuyos episodios acabo de narrar: como entonces, el dia habíase alejado hacia seis horas, y la oscuridad reinaba en todo el espacio.

«La noche era espantosa; la tormenta resonaba en los cóncavos

del firmamento, y la lluvia caia en torrentes, que producian un ruido que causaba miedo.

«La fuerza del agua habia apagado nuestras luminarias, y escuchábanse las voces sin poder observar quién las producia.

«Entonces se escuchó una voz que dijo:

—«Hermanos, la hora de la venganza ha sonado; ¿persistís en ella?

—«Sí, ¡venganza! venganza! gritamos con terrible voz, que repitió amenazante el eco de la montaña.

«En aquel instante brilló un relámpago terrible, rugió espantoso un trueno, y una centella deslumbradora surcó el espacio y vino á caer sobre uno de los ancianos ahuehuetes que formaban el círculo en que celebrábamos el consejo.

«La exhalacion nos aturdió momentáneamente; cuando nos posesionamos de nosotros mismos, una viva claridad iluminaba el lugar del consejo: el antiguo ahuehuete ardia, á pesar de la lluvia, con extraordinaria violencia, alumbrando nuestra reunion á modo de gigantesca tea.

«Aquel espectáculo infundió en nuestras almas una exaltacion entusiasta: veiamos en aquella circunstancia algo grande y digno de nuestra raza: los gritos de ¡venganza! volvieron á resonar por todos lados, y entonces el que once meses antes la habia propuesto, tomó la palabra diciendo:

—«Amigos, él guardó para nuestra querida patria la deshonra y el abandono; pues bien, llevemos al seno de su familia, hoy dia feliz, el abandono y la deshonra.

«Nadie pronunció una palabra; todos adivinamos algo terrible en semejante proposicion; el orador continuó diciendo:

—«El que un tiempo fué nuestro caudillo, olvidado hoy de nosotros, nada teme; esta es la ocasion de vengarnos de él: en estos momentos se halla en la capital por negocios que he hecho yo que se le ofreciesen, para entretenerle lejos de su palacio de recreo; se halla fuera de ella y no volverá hasta el amanecer. Volemos, pues, á su quinta; en ella está su esposa; deshonrémosla á vista de sus

criados, y despues traigámosla robada á nuestros aduares, á servir el capricho de todos.

«Aquella horrible proposicion fué acogida con salvaje alegría por todos nosotros, y los gritos de venganza y deshonra volvieron á cruzarse en la selva con el estruendo terrible de la tormenta.

«En medio de aquella exaltacion de los ánimos, se dió el grito de marcha, y todos nos dirigimos á la quinta de nuestro desgraciado enemigo; penetramos á ella sin ser sentidos, y mientras unos destrozaban cuanto hallaban al paso, los otros asaltaban las ventanas de la cámara donde se encontraba el lecho de la infeliz esposa, que prorumpió en gritos de rabia y desesperacion.

«Una centella se desprendió sobre el pabellon y lo incendió rápidamente; despertáronse sobresaltados los criados de la casa, y al resplandor del incendio observaron la escena mas horrible y brutal.

«Momentos despues huiamos con aquella hermosa mujer, despues de haberla separado de su pequeña hija, que dejamos abandonada á sí propia en medio del profanado lecho.

....

....

«Cuatro años despues aquella mujer tenia cinco hijos, tres varones, y hembras las dos restantes.

«Al bautizarse nuestro antiguo caudillo habia cambiado su nombre azteca por el castellano de Don Luis Cortés.

«Por un sarcasmo horrible se puso por nombre á los tres varones, dos de los cuales fueron gemelos, el de Luis, y Cortés por apellido.»

Sin poderlo remediar, el jóven Don Luis soltó el manuscrito, lanzó un grito de angustia y cayó privado y como muerto.

Cascabeles acudió en socorro del infortunado.

Bernardo tomó el manuscrito y leyó:

«Nuestro antiguo gefe habia puesto por nombre á la hija de su amor, Estrella, y siguiendo la burla, á las dos hijas de su esposa se las llamó desde su nacimiento, Estrellas tambien: hoy todos esos

desgraciados niños viven en la capital sin reconocerse como tales hermanos, ignorando que son hijos de tan espantoso crímen. Las trenzas de pelo que van en esta caja tienen de cortadas de la cabeza de la madre el mismo tiempo que de nacido cada uno de los hijos varones; es un recuerdo que la tribu les dedica.»

—¡Horror! exclamó Bernardo arrojando lejos de sí el manuscrito.

CAPÍTULO XIX.

Las cartas de Don Luis Cortés.

TAMBIEN era dia ya en la casa de la calle *que va á* las Atarazanas, y la limpia claridad de la mañana iluminaba la estancia en que Don Luis Cortés reposaba en el lecho á cuya cabecera habian velado con tierno afan Estrella, la jóven de cabellos rubios, y su anciano padre, el preocupado narrador de la historia terrible.

Los extremos se tocan: el placer y el dolor se parecen en el efecto que producen en nuestro ánimo. Estrella habia caido en brazos de su padre, privada de sentido al experimentar la alegría indefinible de creerse amada por el herido, por el jóven guapo que ella veia pasar muchas tardes ante sus balcones y dirigirle las miradas de sus bellos ojos.

Tiempo despues habia recobrado el conocimiento, merced á los cuidados de su anciano padre, que tenia puesta su vida entera en la hermosa niña.

El enfermo habia vuelto á recuperar su quietismo, y sus labios habíanse cerrado sin volver á pronunciar ni una sola palabra.

Cuando despues de algun tiempo el anciano se acercó á reconocer al herido, la fiebre habia desaparecido completamente, y con ella la excitacion del delirio; por consecuencia su sueño era natural y reposado.

—¿Cómo le hallais? preguntó la jóven.

—Perfectamente, respondió el anciano.

—¡Oh! me engañais!

—¿Engañarte?

—Sí.

—¿Por qué razon lo habia de hacer?

—Por darme un consuelo.

—Te he dicho la verdad, hija mia; la fiebre ha desaparecido.

—Pero aun no ha vuelto en sí.

—En estos momentos reposa tranquilo.

—¡Pobre jóven!

—Pobre de tí, hija mia!

—¿Volveis á la misma?

—Insistiré siempre en que olvides el amor de ese hombre.

—Pero ¿por qué?

—Te lo he dicho ya; ese hombre ha sido socorrido por nosotros cuando te comenzaba á narrar la historia terrible.

—No hablemos mas de eso, padre mio.

—Ademas, ese jóven se llama Luis Cortés.

—¿Y bien?

—Ese nombre hace la desgracia de los que le llevan.

—¡Ah!

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—La experiencia lo acredita.

—Padre mio, sois muy supersticioso.

—No, hija mia, no es eso.

—En resultado, él me ama.

—¿Te ama?

—Él propio lo ha confesado.

—¿Cuándo?

—En medio de su delirio.

—¿Y puedes ser tan inocente que tomes por ciertas las palabras de un delirante?

—Sí, cuando ellas dimanan del corazon.

—Hija mia, te obstinas en desconocer los consejos de tu padre.

—¿Por qué lo decís?

—Te he suplicado que olvides á ese hombre.

—Y bien; ¿quién manda al corazon?

—La cabeza, que piensa.

—¡Ah, no lo creais! el amor desconoce los argumentos de la razon.

—¡Hija! ese hombre no te ama!

—¡Oh!

—Ese hombre ama á otra.

—Pero la prueba, padre mio, la prueba!

—Tómala, respondió el anciano, decidiéndose á dar á la jóven las cartas que habia hallado en los vestidos de Don Luis.

—¡Dios mio! exclamó Estrella al tomarlas en sus manos.

—Valor, hija mia, vas á salvar tu propio corazon.

El paquete de cartas que el anciano habia entregado á su hija encerraba seis de aquellas, perfectamente conservadas: no obstante esto, podia á primera vista comprenderse que aquellos papeles habian sido escritos algunos años atrás.

La jóven deslió la cinta de la cartera que encerraba las cartas, y tomó una de ellas.

Sin poderlo remediar, suspiró con profunda angustia.

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y tuvo que abandonar las cartas para enjugar su divino llanto.

No hay corazon dotado de tan poderosa resolucion, que sereno y tranquilo se determine á convencerse de que su mas bella ilusion se ha desvanecido por completo.

Son tan gratos los sueños purísimos del amor, que es imposible despertar de ellos á la realidad, sin derramar lágrimas.

Estrella habia sentido necesidad de convencerse de la infidelidad del que ella amaba, y al tener en sus manos las pruebas que la acreditaban, sentia destrozársele el corazon y faltarle el valor que en vano aseguraba tener.

¡Pobre Estrella!

¡Es tan dulce dudar de aquello que envuelve un mal irremediable!

—¡Padre! exclamó la jóven.

—¿Qué quieres, hija de mi alma?

—Decidme: ¿habeis leido todas las cartas?

—No, hija mia; tan solo una, que me bastó para comprender lo inmenso de tu desgracia.

—Padre, en vez de infundirme valor, parece que tratais de quitarme el poco que tengo.

—¡Pobre hija mia!

—¿Decís que las cartas no tienen direccion?

—Te engañaba, hija mia.

—¡Qué decís!

—La sola carta que leí, dice al empezar: «Querida Estrella.»

—¡Ah! exclamó la jóven con indefinible expresion.

—No cobres esperanzas, Estrella, porque el resto de esa carta las destruirá.

—¡Oh! yo quiero leerlas! dijo la jóven tomando resueltamente una de las cartas.

—Hija, valor: lee alto.

—Si los sollozos me lo permiten, respondió la jóven enjugando una vez mas sus lágrimas.

Despues leyó la primera carta. Decia así:

«Querida Estrella:

«Cumpliendo con tu deseo y mi promesa, te escribo hoy para repetirte lo que ya tantas veces te he dicho:—que te amo, que tu cariño constituye mi sola felicidad, mi solo ensueño.

«Vivir en tus miradas y de tu recuerdo, no esperar ni tener mas ilusiones que las que de tí dimanan; no pensar mas que en tu amor;

—Estrella, la calma de tus respuestas me aterra.

—¿Por qué?

—Tratas de hacerte indiferente á tu propio dolor, pretendes matar tu sentimiento: hija, hija mia, ten, por Dios, mas reflexion; los ángeles como tú pueden morir si pierden el sentimiento, porque él es el secreto de su vida.

—¡Padre! continuemos la lectura.

—Hija, por Dios, déjala ya.

—Pero ¿por qué?

—Te diré francamente: el contenido de esa primera carta trae á mi corazon recuerdos que le destrozan.

—¡Ah!

—Me parece que sus palabras son las mismas que en los primeros dias de nuestro matrimonio escribia yo á tu infortunada madre, durante mis cortas permanencias en la capital: es cosa extraña; pero ellas han despertado mi recuerdo de tal modo, que casi te podria repetir letra por letra dicha carta.

La jóven por única respuesta tomó con avidez la segunda carta, y leyó:

«Queridísima Estrella mia:

«Como siempre, en los momentos de ponerme á escribirte siento un placer agradable y misterioso, dimanado del gozo que me proporciona satisfacer tu natural deseo de saber de mí.

«En los instantes de tomar la pluma para escribirte y comenzar á verter en él mis impresiones amorosas, me parece identificarme con tu corazon, que miro abrirse ante los ojos de mi imaginacion para dejarme leer tus mas íntimos pensamientos.

«Hago preguntas que supongo contestarme tú, respondo á las que concibo que tú podrias hacerme, y entablo, en fin, una conversacion cuyo interes para mí distrae mi pensamiento y halaga profundamente mi corazon.

«De algun modo he de suplir la falta de esos momentos en que

puedo hablar contigo, en apacible soledad, de nuestra no interrumpida ventura.

«Me encuentro ansioso de volver á tu lado para revelarte mis sueños y mis ilusiones, escuchándote en cambio referirme tus emociones y tus esperanzas.

«¡Es tan dulce oir hablar de todo aquello que nos pertenece y halaga!

«Quiero que te convenzas de lo mucho que te quiero, para que de este modo me concedas tu cariño, tan por entero como yo le necesito: ansío verte sola para mí, no mas que en mí pensando, y las miradas de tus ojos buscando siempre las mias para decirme en ellas que tu sola ilusion, tu único deseo, se cifra en el cariño de tu Luis.

«¡Felicidad inestimable es sentir dentro del pecho un amor sin límites, sublime, y hallar un corazon que sabe comprenderle y corresponder á sus amantes latidos!

«Estrella querida, ¿hay para tí mayor ventura que la que á mi lado disfrutas, cuando teniendo entre las tuyas mis manos ardorosas, se confunden en una sola nuestras sonrisas?

«¿Qué mayor contento para el alma, que sentir nuestra alegría como un reflejo de la alegría de la persona que queremos?

«Con impaciencia espero carta tuya; ¡cuánto voy á gozar con ella! ¡ah! yo la deseo como la luz que ilumina mis ojos, como tu cariño que me regenera el alma.

«Será corta como todas las tuyas, aunque la espero mayor que de costumbre, y sin embargo de ser pequeña, yo he de encontrar en ella un tesoro de tranquilidad y amor.

«Me dirás que me quieres, pero con inmenso cariño, porque en ese corazon que adoro, tan solo vive la imágen de tu Luis, rodeada del amor que le profesas.

«Me dirás que hoy conoces otros placeres cuya existencia ignorabas ayer, y son los que dimanan del alma, llenándonos de consuelo porque satisfacen interiormente.

«Adios, queridísima Estrella mia; dentro de algunas horas esta

«Dios quiso que nos uniésemos por siempre y para siempre; por eso anoche puso ante nuestros ojos la perspectiva encantadora que nos hizo meditar en cuán inmensa felicidad debe contener en sus momentos una hora de amor.

«Luis Cortés.»

Al acabar de leer la earta anterior, la jóven se detuvo como fatigada de un supremo esfuerzo, y dijo:

—Padre, permitidme que no continúe leyendo mas.

El anciano no respondió; hallábase abstraido de tal manera, que no habia escuchado las palabras de su hija.

—¡Padre! exclamó la jóven apoyándose en su hombro.

—¡Qué! qué quieres! preguntó con cierto espanto el anciano.

La jóven se asustó al observar el semblante de su padre, en el que le pareció ver el síntoma terrible de la locura.

—¡Padre, por Dios, volved en vos! ¿qué teneis?

—Hija......

—¿Qué deseais?

—Esa carta.

—Tomadla, dijo la jóven dándole el papel.

—No, retira! retira! gritó el anciano; esa carta es un pedazo arrancado de mi alma.

—Padre, ¿qué decís?

—¿Las hemos leido todas?

—No; nos faltan tres.

—¡Oh! léamoslas! léamoslas!

—No, padre mio, no hay necesidad.

—¿Qué dices?

—Estoy convencida de que ese hombre no me ama.

—¡Convencida tú! pero yo...... yo no!

—¡Cómo!

—Sí, esas cartas no son de ese hombre, no; esas cartas no han sido escritas por él, no! no!! no!!! esas cartas son mias!

—Padre, ¿qué decís?

—¡Que ese hombre se las ha robado á mi corazon!...... Esa Estrella, esa Estrella era la mia!......

—¡Padre!

—¡Lee! gritó el anciano con demente frenesí y mirando en torno suyo con ojos extraviados.

—¡Oh! dejémoslo por ahora.

—No, eso no; las dudas me matan.

—No os entiendo.

—¡Lee!

—Dejémoslo; la lectura de esos papeles os exalta.

—Te repito que leas.

—¡Padre!

—Hija, yo te lo mando. ¿No quieres leer?

La jóven tomó otra de las cartas, que decia de este modo:

«Queridísima Estrella mia:

«Triste es para mí, que te adoro con todo el entusiasmo de mi alma de poeta, tener que emplear una carta mia en darte quejas, cuando tan solo de amor y proyectos dulcísimos deberia de tratar en ellas.

«Pero cosas hay que me lastiman demasiado el corazon, para dejarlas pasar desapercibidas y sin hacerte notar la pena tan grande que me causan.

«La primera circunstancia necesaria para que sean felices en lo posible dos amantes, es la de la mutua seguridad de que no hará uno de ellos lo que al otro pudiera disgustarle, aun cuando pueda faltar á los deseos de su amante, sin que llegue á enterarse aquel de su inocente desobediencia.

«Perdida esta seguridad no puede haber ventura posible, porque el temor de ser engañados amarga los instantes que tan solo deberian estar dedicados á la mas grata ventura.

«Aunque ya hace tiempo, no es tanto que puedas haber olvidado la súplica que te hice una noche de aquellas en que mas expresiva con tu Luis, te complacias en obsequiar sus deseos, rebosando

amor en las inciertas miradas de tus ojos, respirando pasion ardiente en el expresivo silencio de tus labios entreabiertos.

«Esta súplica fué la de que durante mi ausencia ningun hombre, con excepcion de los criados, penetrase en tus habitaciones.»

—¡Dios de bondad! exclamó el anciano con atroz angustia.

—¿Qué teneis, padre mio?

—¡Continúa...... continúa!......

La jóven siguió leyendo:

«Pues bien, Estrella, has faltado á la promesa que me hiciste de acceder á mi súplica, y un criado me ha dicho que anoche un hombre penetró en mi palacio de recreo y......»

—¡Calla! calla! gritó el anciano arrojándose sobre su hija y cubriéndole la boca con las manos; respeta ¡infeliz! la memoria de tu madre!

....

CAPÍTULO XX.

La visita misteriosa.

MUY lejos estaba la jóven Estrella que conocimos en la linda casita de la calzada de San Cosme, ó como entonces se decia, del camino *que va* á Tacuba, de poder adivinar la causa de la tardanza de su amante en acudir á su cita.

Disponíase Don Luis Cortés á salir de su casa para ir á visitar á su bella adorada, cuando un criado, penetrando súbitamente en su habitacion, dijo:

—Señor, una dama que acaba de llegar, pretende veros.

—¿Una dama dices?

—Sí, señor.

—¿Ha dicho su nombre?

—No, señor.

—¿Se le preguntaste?

—Sí, señor; pero ha querido callarlo.

—¿Y no la conoces tú?

—Oculta su rostro bajo el espeso velo de su manto.

—¿Es jóven?

—No os puedo responder á ciencia cierta.

—¿Por qué?

—Si bien lo parece, no me atrevo á afirmarlo: las mujeres suelen parecer, cubiertas, lo contrario de lo que á la luz del dia son.

—Es verdad.

—Dice que el asunto que aquí la trae es urgente.

—¿Dónde la hiciste entrar?

—Señor, le abrí la puerta del estrado.

—Vé á avisarla que soy con ella en seguida.

—Sereis servido.

El criado salió á cumplir la órden de su señor, y este dijo para sí con ademan pensativo:

—¡Una encubierta, y á estas horas! ¿Qué misterio es este?

En vano trató de satisfacer su pregunta, pues no halló cómo explicarse la extraña visita.

Despues pensó para sí:

—Y por cierto que no puede venir en mas intempestivo momento; es la hora de mi cita con Estrella. ¿Qué debo hacer? Decirla que vuelva mañana, seria una falta indigna de un caballero. Pero ¿y si me impide la visita de mi amor?

El jóven calló y púsose á recapacitar sobre lo que deberia hacer.

Los que no conozcan el corazon del hombre podrán dudar sobre el partido que tomaria; pero los que posean la triste malicia de la experiencia, de seguro habrán ya resuelto interiormente el dificil problema.

Las mujeres tienen la fama de ser esencialmente curiosas, y el hombre en su egoismo hace tal defecto exclusivo de su bella compañera, sin querer confesar que siendo la curiosidad inherente á la inteligencia, él, lo mismo que la mujer, es tan esencialmente curioso como ella.

Ahora bien; como á los ojos del hombre presenta la sociedad en toda su desnudez innumerables secretos, cuyo conocimiento veda á la mujer, se ha supuesto erróneamente que el hombre tiene menos desarrollado que aquella el órgano de la observacion.

El hombre desea saber menos, por lo mismo que conoce mas; la inocencia de la mujer le hace preguntar muchas cosas que solo puede enseñárselas la malicia del hombre.

Esto no quiere decir que no haya algunas mujeres que saben mas que muchos hombres juntos.

Pero volvamos á nuestro cometido, que es el de hacer ver á nuestros amables lectores, que se habia despertado en el cerebro de Don Luis una curiosidad extraña por descubrir el misterio con que se presentaba á él la dama cuya visita le acababan de anunciar.

A tal grado llegó su curiosidad, que olvidándose completamente de su amada Estrella, se quitó capa y sombrero, desciñó su espada, y componiendo las piezas de su traje, se dirigió al estrado donde su misteriosa visita le aguardaba.

La dama vestia rigurosamente de negro.

—Señora, dijo al entrar Don Luis, ¿á mí es á quien haceis el honor de buscar?

—A vos, Don Luis Cortés.

—Y bien, señora, ¿podré saber lo que deseais?

—A decíroslo solo he venido.

—Teneis razon; decid entonces.

—¿Nos escucha alguna persona?

—Nadie, señora.

—Hacedme el favor de convenceros de ello.

—Soy vuestro esclavo.

El jóven se dirigió á las puertas del estrado y observó cuidadosamente fuera de ellas.

—¿Quereis que las cierre? preguntó.

—No es necesario.

—Como gusteis.

—Hacedme ahora el favor de tomar asiento.

—Con mucho placer.

Don Luis acercó un sitial al de la dama y tomó asiento á su lado, cada vez mas deseoso de conocer á la encubierta.

—Sin duda os extrañará, Don Luis, mi entrada en vuestra casa y á estas horas; tal vez supondreis en mí una ligereza injustificable y difícil de calificarse.

—Señora, estoy acostumbrado á respetar á las damas lo bastante para atreverme á formar sobre vuestra conducta juicios temerarios.

—Gracias, Don Luis.

—Señora, hago lo que debo; ¡mal haya quien no sepa respetar á una dama!

—Con razon se ponderan en la corte del virey los atractivos de vuestra finura y galantería.

—Señora, eso me enorgullece.

—Aseguran tambien que sois, cual galante, valeroso.

—Escudado con la razon que me presta una noble empresa, á nadie cedo, ni peligro alguno me intimida.

—Pláceme en ello.

—Y á mí de que vos plazca.

—Gracias.

—¿Mas podré saber á qué debo la honra inestimable de vuestra presencia en mi casa, que lo es vuestra?

—Vengo á demandaros el poderoso auxilio de vuestro brazo.

—Disponed de él desde luego.

—¿Sin condiciones?

—De ningun género.

—¿Sin saber quién soy?

—Bástame creer que sois una señora en toda la acepcion de la palabra, para que yo respete el velo que encubre vuestro rostro; así es que podeis mandar con la seguridad completa de que habreis de ser obedecida.

—Gracias, Don Luis.

—Decid.

—Por la tranquilidad con que os hablo, comprendereis que el temor me es desconocido.

—Mas ¿por qué habíais de temer?

—Abrid uno de vuestros balcones y observad la calle.

Don Luis sin responder obedeció á la dama, que le preguntó:

—¿Qué veis?

—Señora; á la luz de los relámpagos distingo varios hombres frente á mi casa; ¿serán vuestros criados?

—No.

—¡Cómo! ¿habeis salido sola?

—No, sino acompañada de dos de ellos; pero sin comprender la causa, desaparecíeron en la esquina de esta calle.

—¿Y no conoceis á los que os esperan?

—Sé que son mis enemigos.

—¿Y qué pretendeis?

—Librarme de ellos.

—Pero ¿cómo?

—Recurriendo á vuestro brazo.

—¿A mi brazo?

—Sí, vos me librareis de ellos.

—¿Cuántos son?

—El hombre de verdadero valor jamas averigua el número de sus enemigos.

—Teneis razon.

—¿Me prestais vuestra ayuda?

—Con toda el alma, señora.

—Os espero aquí entonces.

—Es vuestra casa.

—Gracias.

—No tardaré.

—Jóven generoso, yo debo de algun modo corresponder á tan grande accion como la que vais á llevar á cabo.

—Señora, nada os exijo.

—No obstante......

—Cumplo con mi deber luchando por una dama.

—Digno de vos es un proceder semejante, y merece un premio; en consecuencia, exigidme lo que querais.

—Señora......

—Acabad.

—Dadme á besar vuestra mano, dijo el jóven, como temeroso de haber pedido mucho.

—Tomadla, respondió la encubierta, tendiendo á Don Luis la mano mas blanca, pequeña y torneada.

El jóven dobló en tierra una rodilla y besó con respeto aquellos dedos hermosísimos.

Iba á soltarlos, cuando se estremeció nerviosamente al sentir que la dama oprimia su mano con marcada intencion.

Alzó instintivamente la cabeza, y sus ojos se deslumbraron con la extrema hermosura de aquella mujer, que habia descubierto su divino rostro.

El jóven, que aun no habia desprendido su mano de las de la dama, volvió á caer de rodillas ante ella, y sin darse cuenta de lo que hacia, volvió á besar repetidas veces los preciosos dedos de su desconocida.

—¡Don Luis! exclamó esta, ¿qué haceis?

—Señora, respondió el jóven, rendir el merecido tributo á vuestra célica beldad.

—¡Ay de vos si os viese Estrella!

—¡Ah! señora, ¿cómo sabeis......

—Toda la corte habla de vuestros amores.

—¿De mis amores?

—Sí.

—¡De mis amores!

—¿Qué os pasa?

—Señora, no lo sé; la corte se ocupa de mis amores, tal vez los supone inmensos, y sin embargo......

—Concluid.

—El mas leve movimiento que en el ambiente que me rodea produce el suspiro de una mujer, borra en mí la idea de ese amor y me hace soñar en otro.

—¡Don Luis! ¿qué estais diciendo?

—Señora, lo habeis oido; ese amor que suponeis en mí tan poderoso y del que toda la corte habla, lo reduce en estos momentos vuestra mirada á un simple sueño, del que nada queda tras de despertar, sino una vaga memoria.

—¿Y para esto habeis mentido amor á esa mujer, para olvidarla por la mirada de otros ojos, cuya dueña no sabeis lo que guarde para vuestra pasion insensata?

—Señora, decid al mar que deje de elevarse en montañas de agua y espuma durante la borrasca, pedid al rayo que no abrase cuanto encuentre en su carrera, y tal vez podais conseguirlo; pero exigir al corazon que se domine ante el amor y la hermosura, es una demencia que puede solo concebir quien no haya amado jamas.

—¿Luego pretendeis demostrar que la pasion no debe ni puede estar sujeta á los estrechos límites del deber?

—Yo solo creo, señora, que toda la grandeza del hombre se estrella contra la superioridad del amor.

—Esto es, santificais todo delito originado por la demencia de una pasion.

—No le sujeto á otro límite que al de la propia dignidad.

—Explicaos.

—La naturaleza primero y la sociedad despues, impusieron, desde la existencia del primer hombre, á la mujer la santa empresa de representar el honor de la familia. En medio de tantas prerogativas como á la mujer le han concedido las sociedades civilizadas, le han impuesto un solo deber, cuyo cumplimiento únicamente puede espantar á las necias coquetas ó á los séres desgraciados que la naturaleza condena á llevar mezclado con su sangre el gérmen del vicio y la corrupcion. Este santo deber le reasume la familia. La mujer, durante su juventud tiene por patrimonio el imperio mas absoluto sobre todos los hombres y sobre cuanto la rodea; durante aquellos años todo rinde culto á su vanidad, y cuanto existe se desvive por halagarla y complacerla. Un dia, despues de jugar á su sabor con fuego, una chispa de él prende en su corazon la llama del solo amor verdadero que en su vida debe conocer, y su alma

buena se embriaga poco despues en el deleite dulcísimo del amor de un esposo. Los hijos son la bendicion que Dios echa sobre los casados, y en ellos envia la Suprema Sabiduría á la buena madre, un áncora de salvacion para los grandes dias de las borrascas del alma. Dios, la sociedad y la moral le exigen que respete aquel amor, en el cual ha venido á encerrarse su sér entero, con su pasado, su presente y su porvenir; su ambicion y su vanidad deben cifrarse en la educacion del alma de sus hijos. Suele en tales dias promover el destino sus horribles tempestades en el seno íntimo de la familia, y el hombre, siempre perverso, olvida á la mujer. Aquí es donde ella se hace superior á sí misma; en esa hora de llanto riega con los diamantes de sus ojos su amor muerto, y se acoge al amor de sus hijos, que alimenta con la dignidad misma de su propia virtud. La mujer, con miseria suya objeto de un goce bestial, indecoroso y prosaico, se eleva desde el lodo y la abyeccion de su primer oficio, á la categoría de un sér esencialmente superior á los ángeles todos de Dios, y se hace imágen de Este en los santos oficios de la madre, que es lo único que de bello y divino tiene el matrimonio, hasta tal punto miserablemente despreciable. Entonces, vuelvo á decir, el corazon de la amante muere, y de su crisálida renace el alma grande y pura de la madre. ¡Baldon y desprecio á la asquerosa Mesalina que olvidando estos santos deberes enseña á su hija el camino del oprobio y del vicio, y descubre á los ojos de su hijo el motivo en que debe fundarse para despreciarla y maldecirla, por haber franqueado á hombres sin corazon la casa que por solo haberla él habitado, debió siempre guardar respetada y sin impureza! En caso semejante, ¿cómo quiere esa madre infortunada que su hija pueda inspirar á ningun hombre un amor santo y puro, cuando sus ojos retratan en su mirada que aquella alma está vacía de bondad, y en su fondo tal duerme la virtud, que pudiera creerse que jamas existió ni existirá en ella? Cuando esa niña infeliz vea que su madre con esposo é hijos busca todavía un amor mas, supondrá que la mision de la mujer se reduce á uncir al carro de su belleza las voluntades de los hombres,

como el salvaje del desierto cree tener mas valimiento cuanto mayor número de cabelleras puede atar á las crines de la cola de su corcel. ¿Qué podrá importarle una simple belleza que desaparecerá rápidamente con los primeros años de la juventud? Nada; quizás ella contribuya en mayor grado de fatalidad á que tal vez esa niña amamantada en el mal ejemplo, se vea un dia inscrita en el catálogo de esas hijas del vicio, que escupidas y despreciadas, viven y mueren olvidadas de todos, sin siquiera legar al mundo el triste renombre de la Mesalina romana. El justo límite que contrareste tan horribles males, es la valla única que en su historia debe reconocer el amor. Hasta llegar á ella es libre, y vagando cual la mariposa, de flor en flor, debe elegir aquello que pueda servirle para formar el nido de una ilusion, porque el amor, señora, es perecedero, como todo lo que se refiere al hombre, cuya mayor fuerza es el deber. Si al hombre no estuviese inherente la inconstancia y el cansancio hasta en el placer, Dios y la sociedad no le hubiesen exigido la formalidad del casamiento. Su conciencia habria sido el contrato mas firme de sus promesas.

—Y bien; decidme, Don Luis: siéndoos tan notoria vuestra inconstancia, puesto que desde luego la confesais, ¿hallais disculpa para el hombre que alimenta en el corazon de una niña inocente y pura la llama de un amor cuya imposible realizacion para nadie como para él es mas segura?

—Os dije antes que la mas leve mirada amorosa de una mujer hacia palidecer en mi alma el amor de Estrella; pero os he dicho tambien que es un absurdo exigir al corazon que se domine ante el amor y la hermosura.

—No os entiendo.

—Yo no amo á esa mujer; pero soy amado por ella, y es una verdad, que corazones que aman, poco ó mucho, atraen al objeto de su amor.

—Extraña teoría!

—¿Así os lo parece?

—Eso equivale á crear el amor de la gratitud, ó á decir que

una pasion puede quedar correspondida con el agradecimiento.

—No lo he querido decir así, y sin embargo, creo firmemente que un amor que nos inspire gratitud, puede muy bien llegar á arrancarnos con ella el mismo amor.

—En ese caso están el trato y la amistad.

—Perdonadme, señora, si os digo que esos dos móviles del amor, el trato y la amistad, son muy inferiores al de la gratitud; aquellos son hijos de la costumbre irracional, al paso que la segunda es parte de la esencia del corazon: un amor hijo del trato y la costumbre, morirá pronto; una pasion inspirada por la gratitud, tendrá mas elementos de fortaleza y de vida.

—Eso fuera bueno siendo posible en el hombre la gratitud.

—Señora......

—Nada debe de extrañaros; el hombre es ingrato por naturaleza, y en sus relaciones con la mujer, ni jamas ha sabido estimar la mas leve de sus caricias, ni despues de obtener estas, les hace la justicia de creerlas hijas de una pasion tan loca como impremeditada, sino la ofensa de suponerlas resultado de un despreciable capricho.

—Si la mujer supiese conquistar el alma del hombre por medio de un amor inspirado por el recato y la virtud, podria cosechar de tan buena siembra la constancia y la firmeza de sus amantes; pero bajo la terrible influencia de la vanidad, el único anhelo de la mujer es, no el rendir amantes por medio del amable cariño, sino comprar esclavos, merced á su coquetería é impúdico desenfado.

—Caballero......

—Señora......

—Ese modo de expresarse......

—Os diré, señora; hemos olvidado en nuestra conversacion una cláusula esencial que nos garantice la facultad de exponer libremente nuestras particulares teorías.

—¿Cuál es ella?

—La siguiente.

—Decidla.

—De mis apreciaciones sobre vuestro sexo hermoso, exceptúo particularmente á vos, por bella, buena y constante; hablo en tésis general y reconozco las excepciones.

—Gracias, sois muy galante; vos tambien quedais exceptuado de los justos cargos con que impugno á los vuestros.

—En este caso, bien podemos expresarnos con franqueza.

—Teneis razon.

—¿Qué deciamos?

—¡Ah! no recuerdo.

—¿No recordais?

—No.

—Creo que yo sí.

—Decid entonces.

—Me parece que hablábamos de la coquetería de la mujer.

—¡Ah!

—¿No es cierto?

—No; yo creo que nos referiamos á la ingratitud del hombre.

—Perdonad, eso ya lo habiamos pasado.

—Pasado, no; suspendido, sí; y por lo tanto, bien pudiéramos insistir en condenar vuestro proceder con la jóven y cariñosa Estrella; ¿no os lo parece así?

—Señora, sobre eso os he revelado ya mis íntimos pensamientos; Dios ha querido que ese amor no haya prendido en mi corazon, y creo haberos dicho que no es fácil imponer al corazon leyes que repugnan con su albedrío.

—Pero habeis asegurado que su amor os atrae.

—A pesar mio, señora.

—¿A vuestro pesar?

—Lo habeis oido.

—Sí, pero no os entiendo.

—Procuraré explicarme.

—Ya os escucho.

—¿Sabeis, señora, cuál es el poder de las lágrimas y cuál nos avasallan cuando se derraman por nosotros? Pues bien; el alma

generosa y buena de mi amante Estrella ha formado de mi cariño, sin que mis palabras puedan atribuirse á presuncion, la vida de su vida. ¿Creeis que álguien pueda resignarse sin lágrimas á perder una ilusion halagadora? Pues bien; el llanto en los ojos de Estrella, desarmaria toda mi resolucion, y yo no podria abandonar á quien con tan dulces cadenas me esclavizaba.

—Teneis razon; habia olvidado que la base y el gran argumento de vuestro amor es la gratitud; es verdad: ¿cómo podríais resistiros á las lágrimas que derrama la mujer?

—Vuestro tono de chanza me hace comprender que negais, al menos las mas veces, la ingenuidad al llanto que derrama la mujer, y en ese punto me hallo con vos enteramente conforme.

—Perdonadme, Don Luis, pero yo no he dicho......

—Lo habeis dado á adivinar, y aprovecho esta circunstancia para marcaros tambien las lágrimas como una de tantas arterías puestas en juego por las vanas é insustanciales coquetas. Pero del mismo modo os diré que el llanto de esas infelices mujeres solo puede conmover á los necios.

—¡Oh! ellas podrian demostraros que á mas de un hombre de talento han sabido avasallar con su perfidia.

—El llanto es la esencia del sentimiento; por eso, cuando nuestro pesar es verdadero, se refleja poderoso en nuestro semblante, trasparentándose á través del limpio cristal de las corrientes lágrimas: una coqueta no puede dar á su llanto tal trasparencia, porque el arrebol de su cara le ensucia, descubriendo, al destruir su artificiosa cáscara, que no es el corazon y sí la cabeza lo que llora.

—Con fuerza os expresais, Don Luis.

—¡Quién pudiera hacerlo así con todas ellas!

—¿Tanta lástima os inspiran?

—No lo sabeis bien.

—Sermoneadlas, y tal vez las corrijais.

—Imposible!

—¿Por qué?

—Lucharia con la imbecilidad de los padres, que son los primeros en malear á las hijas dejándolas pervertirse el corazon; en ello creen neciamente adiestrarlas en la ciencia del mundo. Ademas, señora, un predicador de mis pocos años no ofrece garantías, y mis opiniones serian achacadas al despecho ó la hipocresía.

—Don Luis, teneis mucha gracia para apartar la conversacion del punto á que varias veces he tratado de atraerla.

—No comprendo.

—Yo os lo repetiré: os acuso por el desamor con que veis á vuestra rendida Estrella.

—Y bien, señora, si vos no hubiéseis penetrado aquí armada de las dulces miradas de vuestros ojos, no habria yo vertido confesion semejante, ni la hubiese olvidado otra vez mas.

—¿Os pesa de ello?

—Nunca pudiera pesarme del mal que por causa vuestra me viniera; hasta los males se hacen gratos cuando nos vienen de manos de una hermosa.

—Gracias; muy galante sois.

—No tanto, señora.

—¿Por qué lo decís?

—Hemos empleado un largo rato en la pasada discusion, con una calma y tranquilidad tales, cual si no os hubiese obligado á penetrar en mi humilde casa, para honra de su dueño, un inminente peligro.

—Yo os disculpo desde luego.

—¡Ah! señora, sois tan generosa como bella.

—Gracias, D. Luis.

—Permitidme que tome mi espada y ahuyente á vuestros enemigos.

—Desde que penetré en vuestra casa, me habeis visto tranquila; ni el peligro me espanta, ni es tan grande como quereis suponer.

—¡Señora!

—Con mis palabras, mas traté de probar vuestro valor que de exigiros una muestra de él.

—Señora, no os comprendo.

—Me he propuesto deslumbraros con el misterio, y os voy á revelar otro que os sorprenderá.

—Decid.

—Antes exijo al caballero un juramento.

—Imponedme de él.

La dama tomó la espada del jóven, cuyos enormes gavilanes formaban sobre la taza una cruz, y se la presentó al jóven; despues dijo:

—Juradme por cuanto de mas santo haya para vos, no sospechar mal de la mujer que tan extrañamente se ha presentado hoy en vuestra casa.

—Os lo juro por la gloria de mis padres! exclamó el jóven apoyando la diestra sobre la espada.

—Esto me basta; sois hombre de honor, y lo cumplireis.

—Con toda el alma.

—Pues bien, sabed que esos hombres que me esperan son......

—¿Quiénes?

—Mis criados.

—¡Ah!

—Cuidado con lo que suponeis.

—Nada infame, señora.

—Pues bien, me ha traido aquí mi puro afecto por vos......

—Señora.... .

—Don Luis, cuidado.

—Proseguid.

—Para llegar hasta vos, me he valido del medio que conoceis, por el motivo que hace poco os dije: tener ocasion para probar vuestro valor.

—Vos le conoceis, señora.

—Ahora bien; necesitais de todo él, porque sin valor y serenidad sois hombre perdido.

—¡Qué decís!

—Un enemigo poderoso espía el instante de deshacerse de vos.

—¿Y quién es él?

—No puedo decíroslo.

—Respeto la razon que podais tener; pero decidme la causa de tal enemistad.

—Tambien debo callárosla.

—¡Señora!

—Unicamente puedo deciros que con la vida se os trata de arrancar lo que estimais en mas.

—¿Y qué es ello, señora?

—Unas pruebas de vuestro nacimiento, que mostradas un dia, pondrán en claro vuestro orígen.

—¡Dios mio! ¿cómo sabeis......

—Excusad preguntas, porque serán en vano.

—Señora, vuestro nombre.

—No podeis saberle.

—¿Por qué razon?

—Tal vez no le sabríais respetar.

—Lo he jurado, señora.

—Y me complazco en creer que lo cumplireis, porque el interes que por vos tengo es mas grande y puro de lo que podeis suponer.

—Señora, vuestros ojos despiertan en mi alma un sentimiento que no acertaré á explicarme.

—Don Luis, ofenderíais á Dios alimentando una ilusion que por sí sola fuera igualable al mas horrible de los crímenes.

—¡Señora!

—Queredme como yo os quiero, respetadme como quien soy.

—Esos misterios......

—No debo al presente explicároslos; pero no tardareis en saberlos.

—¿Cuándo?

—Quizás mañana mismo.

—¿A qué hora?

—A la del remordimiento.

—¿Qué decís, señora?

—La inícua venganza va presto á comezar; pero yo la haré trocarse en remordimiento para sus autores.

—Señora, cada una de vuestras palabras encierra un arcano.

—Pronto os daré la solucion de ellos; mientras tanto, no olvideis que de las pruebas que conservais en vuestro poder, depende vuestro porvenir y el de otros dos séres tan dignos como vos del amor mio.

—¡Señora!

—Pensad tambien que si llegan á caer esas pruebas en poder de vuestro enemigo, seremos acusados todos de los mas horribles delitos de impureza, y nuestro poderoso contrario nos hará morir en los tormentos horribles de la Inquisicion.

—¡Santo cielo!

—Valor, Don Luis.

—Sed prudente, guardad esas pruebas y triunfaremos de nuestros enemigos.

—Pero vos, señora, ¿quién sois?

—Durante la hora de las venganzas, fuera una temeridad el revelároslo.

—¿Lo sabré?

—Ya os lo he dicho, á la hora del remordimiento.

—¿Y dónde podré encontraros?

—Cuando haya llegado el momento, yo acudiré aquí mismo á arrojarme en vuestros brazos.

—¡Ah, señora! ¿qué decís?

—Don Luis, no olvideis vuestro juramento; Dios os castigaria si pensáseis mal de mí.

—Pero vuestras palabras encierran para mí tal confusion......

—Os parece que me contradigo, ¿no es cierto?

—¡Señora!

—Y bien; llegado el instante, todo lo que hoy os parece confuso lo vereis pronto tan puro y preciso como la luz del sol: mientras tanto, no olvideis que si os mando quererme, no os exijo que olvi-

deis á Estrella; por el contrario, os pido constancia para ella: amadla con toda vuestra alma; primero, porque ella lo merece; segundo, porque á mí me complacereis.

—¡Misterio singular!

—Don Luis, os dejo.

—¿Tan pronto?

—¿Lo sentís?

—Con toda mi alma.

—¡Don Luis!

—Creedlo, señora; habeis despertado en mi alma un cariño hácia vos, que es otro misterio para mí; pero es él tan puro, que solo podria concebirle por una hermana ó por una madre.

—¡Don Luis!

—Señora, ¿qué deseais?

—Permitidme que me vaya: he hecho tal violencia sobre mí misma por desorientaros y permanecer tranquila para que el corazon no me vendiera, que necesito dejaros, para á mis solas desahogar con el llanto mi angustia y mi temor.

—¡Ah, señora! señora! ¿quién sois?

—Os prometí descubríroslo á la hora del remordimiento.

—¡Ah! exclamó Don Luis corriendo hácia la dama, que en aquellos instantes tomaba la puerta del estrado.

—No me sigais, dijo ella con cariñoso imperio.

—Perdonad, respondió el jóven cayendo de rodillas.

—¡Adios! exclamó la dama con sollozante voz y tendiéndole una de sus preciosas manos.

—¡Adios! repitió Don Luis, besando repetidas veces aquellos dedos preciosos.

La dama, que habia cubierto su rostro con el espeso velo, desapareció, cerrando la puerta tras de sí.

Si cualquiera hubiese podido levantar una punta del rico encaje, habria podido observar que los bellos ojos de la encubierta derramaban un torrente de lágrimas..................................

....

CAPÍTULO XXI.

Buena estocada y certera puntería.

No volvia aún en sí nuestro jóven de la extraña situacion en que habia colocado su ánimo la misteriosa visita, cuando la voz de un criado que pretendia entrar, se escuchó al otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres? preguntó Don Luis con el disgusto que en nosotros produce todo lo que viene á interrumpir nuestras meditaciones.

—Un caballero os busca.

—Pasa adelante, dijo el jóven abriendo la puerta. ¿Quién es ese caballero?

—No ha querido decir su nombre, respondió el criado.

—¡Diablo! ¿es esta la noche de los misterios?

—¿Qué le digo, señor?

—¿Qué facha tiene?

—Muy mala, señor.

—¿Sí?

—Parece un facineroso.

—Dile que pase, repuso el jóven ciñéndose la espada.

—En la antesala está.

—Acompáñale hasta la puerta.

Momentos despues el criado dejaba á la puerta del estrado al desconocido, que, como en efecto habia asegurado aquel, tenia una catadura infame.

—¿Don Luis Cortés? dijo al entrar.

—Servidor vuestro, respondió el jóven.

—Mil gracias.

—¿Qué deseais?

—Vengo á proponeros un pacto.

—¡Un pacto!

—Sí.

—Decid cuál es.

—En vuestro poder existen unos papeles que importan á una tercera persona lo bastante para que sin perder un solo momento se haya propuesto conseguirlos.

—¡Caballero!

—No os molesteis.

—Acabemos.

—Os he dicho esto para disculpar de algun modo mi extraña visita á las diez de la noche, y cuando el cielo despeña sus torrentes y desprende sus rayos y sus truenos sobre la tierra.

—Está bien, disculpo la hora.

—Os lo agradezco.

—Pero sepamos qué pretendeis.

—Ya os lo he dicho.

—Repetídmelo.

—Vengo á solicitar de vos unos papeles.

—¿A qué se refieren?

—Al nacimiento de unos niños.

—No puedo dároslos.

—Os repito que son de grande utilidad para la persona que á vos me envia.

—Y bien, esa misma utilidad tienen para mí.

—No obstante.......

—Caballero, será en vano que insistais; esos papeles se refieren á mí, y no me desprenderé de ellos jamas.

—Siento que os resistais á dármelos de grado.

—¿Por qué razon?

—Porque me obligareis á emplear la fuerza.

—Probadlo si quereis, respondió el jóven echando mano á su espada.

—Os aconsejaré, dijo el desconocido, que no hagais uso de las armas, porque podria resultaros gran perjuicio.

—Caballero, vuestro tono insultante y vuestras amenazas me obligarán á obrar con vos como no quisiera.

—Hablemos en paz entonces.

—Pero ¿qué deseais?

—¿No habeis oido?

—¿Qué?

—Proponeros un pacto.

—¿Pero cuál?

—Vos me dais esos papeles que necesito, y en cambio yo os entrego esta órden que traigo para conduciros preso al monasterio de Santo Domingo, en el cual, como sabreis, se encuentran los calabozos del Santo Oficio.

—¿Y quién ha podido dictar esa órden de prision?

—Os leeré la firma.

—Veamos.

El desconocido desdobló la órden que habia sacado del bolsillo de su ropilla, y leyó:

«Don Pedro Moya de Contreras y el dean de México Don Ildefonso Bonilla, inquisidores generales.»

—Y bien, ¿con qué motivo se me prende?

—Eso no lo dice; pero yo puedo aseguraros que esta órden no tiene mas objeto que convenceros á entregar los susodichos papeles.

—Pues bien, es en vano; antes daré la vida que los papeles.

—Entonces, lo siento mucho; pero seguidme al Santo Oficio.

—Tan solo por la fuerza me hareis seguiros.

—¡Hola! no os creia yo tan arrojado que desdeñáseis obedecer desde luego una órden del Tribunal.

—Pues ya lo sabeis.

—Os advierto que si me obligais á salir de vuestra casa á buscar los alguaciles, lo habreis de pasar peor.

—Nada temo.

—Otra cosa os diré: será una necedad que pretendais escaparos, porque á la media hora yo os juro que habreis caido en nuestro poder.

—Os repito que por nada me espanto.

—Está bueno! está bueno! sois un necio en resistiros.

—¡Caballero! exclamó Don Luis colérico y estampando en el rostro de su interlocutor un bofeton terrible; nadie me llame á mí necio, y en mi casa menos.

—¡Ah! maldicion! gritó el desconocido, sacando rápidamente su espada é hiriendo con ella en el pecho y sobre el corazon á Don Luis.

Este pudo acudir á tiempo con su acero, impidiendo que la espada de su contrario penetrase, sino muy ligeramente, y con extraña agilidad hundió su terrible arma en el pecho del desconocido, que cayó instantáneamente.

—¡Diablo! exclamó Don Luis observándole; no creia tener tan segura mi mano; está bien muerto.

El jóven limpió su espada y la volvió á la vaina.

—Registrémosle, dijo, y apoderémonos de esa órden de prision.

Así lo hizo en efecto, y despues de arrancarle el papel, le quemó á la llama de la lámpara que iluminaba el estrado.

—Ahora, librémonos de él.

Don Luis tomó en hombros al muerto, salió del estrado, y despues de cruzar varias habitaciones, llegó al pié de una estrecha escalera de piedra.

Por ella subió con su pesada carga, y fué á salir sobre la azotea de la casa.

Sin gran dificultad siguió avanzando entre las azoteas de las casas inmediatas, y cuando llegó á la de la esquina, se acercó á su borde y dejó caer el cuerpo del desconocido.

Despues, con la misma tranquilidad volvió piés atrás hasta llegar á la azotea de su casa.

Habia alejado el cuerpo de su importuna visita á mas de cien varas de distancia del lugar donde habia muerto.

Tomó en seguida otra ropa, se cubrió con su capa y su sombrero, y sin avisar á los criados salió de la casa sin notarlo nadie mas que el criado que ensilló el caballo en que el jóven montó.

—Buena noche ¡por mi vida! decia el apuesto mancebo; en el cielo truenos y rayos, en mi corazon dudas y misterios, en mi conciencia la muerte de un hombre. ¡Qué diablos! ¿quién le mandó buscarme la paciencia? ¡Dios le haya perdonado! ¿Quién será la dama misteriosa? quién seria ese hombre? Al diablo dudas, y acordémonos de Estrella. ¡Qué dirá de mi tardanza! pobrecilla!

Ocupada su cabeza con tales pensamientos, tomó á la salida de la ciudad la calzada *que va* á Tacuba, y al llegar á la puerta de su amada observó un hombre que esperaba en ella.

—¿Quién sois? preguntó.

—Deteneos ú os mato! le respondieron.

—Y yo os mataré á vos, dijo Don Luis.

—Veámoslo, replicó el que esperaba, disparando su pistola, cuya bala no causó ningun daño á nuestro jóven.

En cambio Don Luis del primer disparo dejó muerto á su adversario, que gritó al caer en el agua:

—¡Maldito seais!

El jóven sin hacer caso y temiendo que apareciese álguien, saltó las tapias del jardin de su amada, despues de atar su caballo al tronco de un árbol.

Lo que con Estrella le aconteció luego, lo saben ya cuantos hayan leido el capítulo VII de nuestra humilde narracion.

CAPÍTULO XXII.

Creencias y escepticismo.

ESTRELLA escuchó sobresaltada las últimas palabras de su padre, y dejó caer al suelo el paquete que formaban las misteriosas cartas de Don Luis.

El anciano al verlas caer se arrojó frenético sobre ellas, y recogiéndolas con extraña ansiedad y agitacion, salió corriendo de la habitacion, como poseido de un acceso de demencia.

La escena habia sido demasiado violenta, y las enérgicas exclamaciones del anciano, hechas con un tono de voz bastante pronunciado para que el herido hubiese podido conservar su tranquilo sueño.

Abrió en consecuencia sus bellos ojos, y al despertar sobresaltado, mirando en torno suyo preguntó:

—¿Qué me ha sucedido? qué hora es? dónde estoy?

—En casa de vuestras víctimas, le respondió con serenidad la jóven.

—¡Ah, señora! perdonad! no me habia fijado en vos.

—¡Ojalá no lo hubiérais hecho nunca!

—Señora, yo os suplico me digais si en efecto Dios ha sido loado de volverme el conocimiento, ó si soy presa todavía de mi fatal delirio.

—Vuestra fiebre ha desaparecido, y habeis ya recobrado el dominio de los sentidos.

—Y bien, señora, ¿dónde estoy?

—Díjeoslo ya.

—Perdonadme si os suplico me lo repitais.

—En casa de dos séres á quienes pagais su amor con la mas pérfida ingratitud.

—Señora......

—Aquí habitaba, caballero, la felicidad, y vuestra presencia ha sido suficiente para destruirla, inundando nuestros corazones en el llanto de grandes y terribles penas.

—Por Dios, señora, que no acierto á responderos una palabra, pues creo todavía encontrarme bajo la impresion de una pesadilla que se goza en mi tormento.

—Despierto estais.

—¿Pero cómo me hallo aquí? de quién es por fin este palacio?

—Anoche habeis sido herido á la puerta de esta casa, y recogido en ella por sus dueños.

—Que son......

—Un anciano y una niña.

—¿Pero sus nombres?

—¿Para qué quereis saberlos?

—Para repetirlos á cada instante de mi vida con veneracion y agradecimiento.

—En ese caso, para nada os es preciso conocerlos; la gratitud es una virtud del alma, bastante celestial y pura para que necesite apoyarse en la materialidad.

—Señora, no os comprendo.

—Sin duda notareis en mis palabras la falta de elocuencia con que otros labios os recrean.

—¿Qué quereis decir?

—Faltará á mi voz el timbre de la de vuestra amante.

—¡Ah!......

—¿Suspirais?

—Perdonadme si no sé reprimir tan pequeños desahogos de la pena que me devora.

—¿Acaso sois desgráciado?

—Mas de lo que podeis imaginaros.

—¿Pretendeis engañarme?

—¿Por qué, señora?

—Cuando en el alma se alimenta un amor inmenso, el corazon que le disfruta no puede ser desgraciado.

—¡Ah! mucha podrá ser la extension de su infortunio cuando ese corazon llegue á comprender que no es amado, ó lo que es peor todavía, vea su amor correspondido con la ingratitud mas pérfida.

—Teneis razon, es verdad; dedicar á otro sér nuestro amor y con él la vida entera, para no recibir en cambio sino el desden y el menosprecio, es el mas bárbaro de los suplicios.

—¡Ah, señora! ¿vos tambien amais?

—Con toda la violencia de una primera pasion.

—¿Y no sois correspondida?

—No.

—¡Ah! os compadezco.

—¿Vos?

—Sí.

—Si comprendiéseis el daño que vuestras palabras me causan....

—Lo adivino, señora; herido mi corazon por el mismo envenenado dardo, sufro hoy la angustia mas cruel.

—Explicaos.

—Amaba yo á una mujer con esa adoracion divina que imitamos de la que los ángeles dedican al Gefe de sus potestades: vivir soñando con ella, constituia mi felicidad única, y mi constante pensamiento era el de crear á mi modo el paraíso de una dicha imperdurable, disfrutada al lado suyo.

—¿Y bien?

—Esa ilusion venturosa habia constituido por sí sola el rico tesoro de mi corazon, afortunado por el hecho solo de amarla, en tanto que tímidos los labios negáronse á descubrir un secreto, que mil veces antes habíase revelado en la mirada de mis ojos al encontrarse con la suave luz de los suyos.

—¿Y despues?

—Ese grato ensueño desapareció rápidamente, dejando herida mi alma al romper el secreto de mi muda adoracion.

—¡Explicaos!

—El mas frio desengaño, la mas horrible decepcion, fueron el pago de mi ensueño purísimo.

—¿A tan triste resultado os condujo la Estrella de vuestros amores?

—¡Ah!

—¿Qué teneis?

—Vuestras palabras parecen pronunciadas con una acentuacion tal, que en vano trato de explicarme el misterio que encierran sin duda alguna.

—No lo creais.

—Señora.......

—Responded á mi pregunta: ¿tan solo á la desesperacion os condujo vuestra Estrella?

—¡Mi Estrella!

—¿Qué os admira?

—Señora, ¿pronunciais un nombre real, ó tan solo usais de un símil?

—¿Qué suponeis vos?

—Perdonadme si no sé responderos.

—No sabe amar ni es digno de ser amado aquel que niega el nombre de la que dice adorar.

—Señora......

—Llamadme Estrella.

—¡Estrella! repitió el jóven sorprendido.

—Sí.

—¿Pero vuestro nombre, cuál es?

—¿No le habeis escuchado?

—¿Estrella?

—Sí: ¿por qué mostrais tanta extrañeza? ¿el nombre os desagrada?

—¡Ah, señora! basta que vos le lleveis para que me parezca el mas hermoso de los nombres de mujer.

—Peregrina ocurrencia!

—Os lo juro, señora; bella sois, encantadora tambien; pero ese nombre acaba de divinizaros á mis ojos.

—Qué, ¿vuestra madre se llamó así?

—Señora......

—¿Vuestra hermana?

—Perdonad......

—¿Acaso es ese el nombre de la mujer que amais?

—Es el de la que amé.

—¡Ah!

—Tal vez el de la que amaré.

—¿Qué decís?

—Señora, en el incierto porvenir de mi vida soñé una mujer que me guiase á descubrir el camino de la ventura, y cuando creí hallarla, grande sorpresa me causó que el nombre de aquella en quien veia realizarse mi ensueño, era el mismo que el vuestro, Estrella.

—Coincidencia singular!

—Ahora que mi corazon se encuentra perdido en el insondable abismo de la amargura, ante mis ojos próximos á cegar surge una nueva Estrella cuyos puros reflejos parecen indicarme la aurora del nuevo sol de mi vida.

—¿Qué estais diciendo, Don Luis?

—¡Ah! ¿sabeis mi nombre?

—Harto, por mi mal.

—¿Por vuestro mal?

—Lo habeis oido.

—Explicaos.

—Ocupaos mas bien del amor de vuestra Estrella.

—¡Ah, señora! solo Dios pudo besar lleno de ternura al infame que le azotaba el rostro.

—En vano trato de explicarme vuestras palabras.

—Oidme, y vereis cuán sencillamente os las pongo en claro.

—Os escucho.

—Era feliz con una apacible ilusion, que como ya os he dicho, alimentaba en secreto en el fondo de mi alma; mi pobre corazon, henchido de esperanzas, alimentaba sin cesar el sagrado fuego de mi puro cariño.

—Proseguid.

—Mi amor llegó un dia á crecer de tal manera, que los estrechos límites del secreto no pudieron contenerle en su valla, y aquel fuego amante abrió en mi corazon el cráter de un volcan, y su lava enamorada, escapando por mis labios, pretendió abrasar con su calor un alma que parecia creada por Dios para responder á mi felicidad. Extraño error! sobre el corazon de nieve de aquella mujer, el fuego ardiente del mio debia perder una parte de su calor, sin lograr derretirle. Aquella mujer no supo corresponder al frenesí de mi cariño, y cuando ya la descubria el amplio velo de mis ilusiones, ella trató de deslumbrarme con fingido interes por mi vida, á fin de alejarme de ella. ¡Oh! cada vez que medito sobre su conducta, me quejo á Dios de que no me hubiese privado del uso de la palabra! Pero soy un loco! ¿qué habria yo conseguido con tener muda la lengua, si mis ojos y mi semblante entero se lo hubieran revelado?

—Don Luis, moderad vuestro pesar. ¡Cuánto la habeis querido!

—No os negaré, señora, que con ella soñé para la realizacion de mis planes de ventura; pero no es su desamor lo que me hace prorumpir en quejas, sino la vergüenza de haber sido ciego hasta el extremo de que no leyese en la mirada de sus ojos que no era aquella alma la que debia hacer eco á mi pasion.

—Tal vez os habeis engañado.

—No lo creais; ella me rechazó de su lado.

—Daríaisla algun motivo.

—Ninguno, señora, creedlo: respetuoso como lo es el amante verdadero, acababa de confesarle mi amor inmenso y de exigirle correspondiese al mio con el suyo, cuando valiéndose de la misma exaltacion febril en que me hallaba, pretendió arrancar de mí una concesion.

—¿Cuál?

—La de que me alejaria de ella indefinidamente.

—¡Cómo!

—Tan solo en caso de llamarme ella, deberia abandonar mi destierro.

—Horrible sacrificio para corazones que aman!

—¡Ah, señora! vos comprendeis mi alma; en efecto, cuando se adora á una persona, es imposible vivir lejos de ella.

—No obstante, cuando la fuerza del destino ó la desgracia lo exigen, no hay otro recurso que doblegarse á su imperio.

—No lo creais; ni aun en ese caso debe el hombre dejarse dominar.

—¡Don Luis!

—Creedme, señora.

—Cuando sabemos amar, nuestro propio corazon atrae al objeto de su amor.

—Pero la fuerza repulsiva del que no nos ama, puede privar de su potencia al iman de nuestros amores.

—No lo creais.

—Eso es decir que al fin y al cabo con vuestro cariño lograreis arrancar y atraeros el de la amante desdeñosa.

—Señora......

—¡Ah, Don Luis!

—Os engañais en vuestra suposicion.

—Explicaos.

—Yo no amo á esa mujer.

—¿Lo creeis así, ó quereis creerlo?

—Es la verdad lo que siento.

—¿Cuando hemos perdido sin lágrimas una ilusion?......

—Y bien, señora, yo las he derramado ya, y me encuentro tranquilo.

—Eso es un error.

—No lo creais.

—¿Qué es, pues, el amor cuando tan fácil puede arrancársele del alma?

—Es el amor verdadero un frágil vaso de purísimo cristal; el menor deseo impuro empaña su trasparente limpieza, y el mas leve choque quiebra las paredes del vaso, derramando así la pura esencia que en otros dias contuvo, y esa esencia es la vida del amor.

—¿Entonces el amor se pierde?

—Roto en pedazos el vidrio, queda inservible.

—Extraño error!

—¿Qué decís?

—¿Cómo podeis ignorar que el diestro artífice forma una sustancia que vuelve á unir los fragmentos del vaso destruido?

—Y decidme, señora, ¿cuál es el diestro artífice que se comprometa á unir dichos fragmentos sin que pueda conocerse el lugar por donde se han unido?

—Decís la verdad, y argumento es ese imposible de contestar; pero......

—Concluid.

—¿Dejará por eso el vaso de haber vuelto á quedar completo?

—Pero ficticia será su fortaleza; una vez roto, por bien unidos que sus pedazos estén, el mas leve movimiento vuelve á separarlos.

—Es verdad.

—Del mismo modo en amores, una vez quebrada la ilusion, nunca podrá la voluntad, por muy poderosa que sea, borrar las cicatrices de la primera herida.

—No obstante, quien bien quiere, tarde olvida.

—Pero llega á olvidar.

—Sí, pero tarde.

—Segun y conforme.

—¿Qué decís?

—Tal puede ser la decepcion, que el amor quede instantáneamente olvidado.

—No lo creais.

—Yo os aseguro que sí.

—Y yo afirmo lo contrario.

—Explicaos.

—Yo era feliz amando á un hombre en el silencio de mi corazon y alimentando la esperanza de ser querida por él: bien podreis imaginaros cuán dulcísimas ilusiones llegaria á forjarse mi imaginacion, excitada por mi propia pasion. Pues bien, llegó el momento de que el hombre querido acudiese al lado mio, atraido por la fuerza de los acontecimientos, y cuando imaginaba ver realizarse mi ensueño, todas mis ilusiones se desvanecieron con dolor del alma, porque aquel hombre amaba á otra mujer. ¿Y creeis que por esto le haya olvidado? Todo lo contrario; le amo con mayor violencia, á pesar del empeño con que habíame propuesto, no darle al olvido, sino despreciarle.

—¡Ah, señora! el ingrato que así corresponda á vuestro cariño es un hombre indigno de serlo.

—¡Don Luis!

—Lo repito, señora; vuestros ojos revelan un tesoro tal de amor en el alma, que en vano se tratara de desconocer por el hombre mas descreido.

—¿Y suponeis que yo me satisfaga únicamente con que el sér de mi amor lea en mis ojos el cariño tan inmenso que le profeso? No; yo necesito ser correspondida por él, y Dios, que es bueno, me infunde la confianza de que lo lograré.

—Señora, dichosa vos! yo perdí toda esperanza.

—Tened fé.

—¿Puede acaso tenerse en la mujer que nos desdeña en el instante mismo de descubrirla el secreto de nuestra pasion?

—¿Y sabeis qué circunstancias puedan haberla obligado á seguir la conducta que anatematizais?

—Señora, es un error creer que un amor verdadero pueda sujetarse á determinadas reglas ni conveniencias; los creadores de tal divinidad nos le presentan con una venda ante los ojos y guiado por la locura. Tal alegoría quiere decir que el verdadero cariño es ciego hasta la demencia, y sin duda tal es su mas bella cualidad, cuando se ha convenido en representarle como dios, bajo los atributos de ella.

—No obstante, ¡cuánto no censura la sociedad al que desconoce ciertos respetos ó conveniencias!

—Señora, la sociedad es esencialmente egoista; condena el delito en aquel que le perpetró sin gracia, y le sanciona con la costumbre en cada uno de sus individuos: las sociedades mas viciosas son, notadlo bien, las que mas declaman contra el vicio.

—Don Luis, vuestras palabras rebosan aticismo, porque están dictadas por el despecho; vos no pensais así.

—Os hablo con la tranquilidad del que tiene la conciencia de sus palabras, y os descubro sin disfraz mis íntimos pensamientos.

—¿Luego vos no creeis?

—Señora, con toda la fé de mi alma; tal vez por esto sea tan desgraciado.

—¿Y cómo es posible unir con las creencias el escepticismo?

—Observad que yo no he negado la existencia del amor; me he lamentado tan solo de las pocas almas que saben comprenderle.

—¿Y en qué os fundais para suponer tan pequeño el número? ¿en que no han correspondido á vuestro amor todas aquellas á quienes se le habeis confiado?

—No es tal mi necedad, señora; no me ha sido necesario para formar mi opinion haber destrozado mi alma en el yunque de mi propia experiencia; mi instinto observador me ha descubierto que todos los hombres lloran los mismos males, y él ha contribuido á aleccionarme; pero toda la ciencia del hombre se reduce absolutamente á nada. Pudiera con mi observacion haber adquirido al-

guna experiencia; llegué á creerlo, y no obstante, ya lo veis, mi primera pasion ha sido herida por la inflexible mano de un desengaño cruel.

—Volved á amar.

—¿Y seré mas afortunado?

—Tal vez sí.

—No lo creais.

—Don Luis, es una injusta temeridad juzgar á todos los hombres por las cualidades del peor.

—¡Da lecciones tan tristes la experiencia!

—¡La experiencia! ¿la invocais todavía, cuando tan triste desengaño os preparaba?

—Señora......

—Ya lo veis; ella no puede en modo alguno ser la norma de nuestras acciones, y tal vez por contrariar mas y mas vuestra idea, os prepáre una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí.

—Explicaos.

—No hay mal que por bien no venga.

—¡Ah!

—Tal vez os ha apartado de esa mujer, que no podria haceros feliz, para arrojaros en brazos de otra que encierre el secreto de vuestra eterna ventura.

—¡Halagüeño panorama de una imaginacion excitada por un corazon de fuego!

—¿Por qué?

—Séres hay tan infortunados, que no les es dable en su vida sino únicamente adivinar la felicidad; pero ni jamas llegan á encontrarla en su camino, ni menos á disfrutarla.

—Suponeis una incalificable injusticia en la Providencia.

—Señora......

—Dios ha hecho que tambien la desgracia se canse alguna vez de perseguirnos.

—¡Ah! séres hay que parecen tenerla por único patrimonio.

—Mientras un instante de vida conservaren, no debe de abandonarles la esperanza; nunca es tarde si el bien llega.

—Seria un crímen que yo tratase de arrancar de vuestra alma esas ideas tan bellas como ilusorias; las respeto, y únicamente lamento que no encuentren cabida en mí.

—Si Dios escucha mis votos, mis ideas serán las vuestras.

—¡Ojalá!

—Creedlo, y entonces sereis feliz.

—¡Feliz!

—Sí; la fé es el principal elemento de la dicha y la paz del alma.

—Señora, os he dicho que yo tengo esa fé.

—No lo creais.

—Os lo aseguro.

—Vuestra fé es un sentimiento condicional, ó por mejor decir, confundís vuestra fé con vuestra esperanza. No creeis firmemente en el logro de esa ventura, únicamente la esperais; con tan violenta esperanza, que ella sola os mantiene, sin auxilio de una fé que no podeis concebir en vuestro lastimado corazon.

—Y bien, señora, ¿suponeis que esa fé que me exigís pueda caber en una conciencia cuya alma acaba de perder la mas bella de sus ilusiones y concebir la mas horrible sospecha?

—¿Qué decís?

—Cuando la noche pasada, instigado por mi pasion trataba de hacérsela comprender á la mujer amada, noté en ella una particular agitacion; supuse que mis palabras eran tal vez la causa de su emocion, y nada sospeché. Pero al recordar la insistencia del objeto de mi amor por verme salir de su casa, al traer á mi memoria que todas mis súplicas fueron en vano, pues no se me quiso decir el nombre del supuesto enemigo que se decia tratar de asesinarme, repito que se despierta en mi alma una sospecha horrible.

—¿Cuál?

—La de que ella misma haya tratado de darme la muerte.

—¡Oh! ¿qué decís? eso es imposible.

—Soy poseedor de un horrible secreto de la madre de esa jóven.

—¿De un secreto?

—Sí.

—¡Dios mio!

—¿Qué os pasa?

—¿En qué consiste ese secreto?

—Señora, yo os suplicaria no me lo preguntáseis.

—Importa esa revelacion mas de lo que suponeis.

—Es el secreto de una dama.

—Don Luis, en nombre de Dios os conjuro á que hableis!

—¡Imposible!

—Extraña obstinacion!

—Poneos en mi lugar; ¿que haríais en tal caso?

—Acceder á la súplica que yo os hago.

—Señora, es un secreto de honra.

—Y bien, ¿os obstinaríais en guardar el secreto, si os dijese que en parte nos es conocido?

—Señora, ¿es eso cierto?

—Yo os lo digo.

—Perdonad; pero no alcanzo......

—Algun dia tal vez conozcais mis íntimos sentimientos, y quizá entonces disculpareis mi curiosidad.

—Explicaos.

—Un paquete de cartas que al acudir en vuestro socorro nuestros criados recogieron del lugar en que habíais quedado herido, nos ha descubierto algo de lo que pretendeis callar.

—¡Dios mio!

—No nos condeneis de antemano; si supiéseis el motivo que á ello nos impulsó, puede ser que encontráseis disculpable nuestra falta.

—Decid esa causa, señora.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Es el secreto de una dama.

—¡Ah!

—Algun dia tal vez llegareis á saberlo.

—¿Pero qué hacer, Dios mio?

—Revelarnos cuanto sepais.

—En resultado, no conozco otra cosa de ese misterio sino el contenido de esas cartas.

—¿No son escritas por vos?

—Por fortuna no, señora.

—Así lo hemos creido; vos ¿no os llamais Don Luis Cortés?

—Ese es mi nombre, señora.

—¿Y negais vuestras cartas?

—Señora, os he dicho que no son escritas por mí; pertenecen á la madre de la mujer que yo amaba.

—¡Cómo! ¿vive aún la dueña de esas cartas?

—Vive, sí.

—¿Y se halla en México?

—Tambien.

—¡Ah, Don Luis! en memoria de vuestra madre os conjuro á que descubrais cuanto os sea conocido de esa historia.

—No desairaré, señora, una súplica què por tan santo objeto me haceis; pero tan poco sé á ese respecto, que tal vez no habreis de quedar muy satisfecha.

—No obstante, cualquiera circunstancia que refirais podrá arrojar luz suficiente sobre tan oscuro misterio.

—Oid, pues.

—No, aguardad.

—¿Qué pretendeis?

—Os dejo solo un corto rato.

—¿Pero qué vais á hacer?

—Llamar á mi padre querido.

—Como gusteis, señora.

—A él descubrireis cuanto sepais.

La jóven salió por la misma puerta que una media hora antes habia dado paso al venerable anciano.

—¿Qué es lo que aquí va á pasar? se preguntó Don Luis cuando la jóven hubo desaparecido: no, pues por si acaso, no me encontrarán desprevenido,—y saltando de la cama, y acercándose á una gran manoplia, tomó de ella dos pistolas, que guardó debajo de las ropas de la cama, despues de asegurarse de que estaban bien cargadas.

CAPÍTULO XXIII.

El relicario.

Don Luis Cortés fué colocado en un lecho por Cascabeles, quien con tierna solicitud trató de volverle el conocimiento, que le habian hecho perder las revelaciones que contenia el manuscrito encerrado en la caja de la cinta verde.

Bernardo, horrorizado todavía más con las últimas líneas de aquella historia terrible, se ocupaba poco de auxiliar á Cascabeles en su tarea, y mudo é inmóbil delante de la mesa, contemplaba con cierto estupor las otras dos cajas que quedaban por abrir.

—¿Qué haré? se preguntó hablando consigo mismo, y procurando sin fruto darse una respuesta satisfactoria.

En aquellos momentos entraba Cascabeles en la sala.

—¡Eh! ¿de dónde vienes? preguntó Bernardo.

—De la recámara de Don Luis, respondió Francisco.

—¿Y cómo queda?

—Mal.

—¿Qué dices?

—En vano he tratado de volverle el conocimiento.

—¿Continúa desmayado?

—Pudiérase creer que está espirando.

—¡Dios mio!

—Sí; un frio mortal se apodera por instantes de todo su cuerpo.

—Manda llamar un facultativo.

—Precisamente para consultaros sobre ello he venido á buscaros.

—Pues no perdamos tiempo.

—Llamaré, dijo Cascabeles haciendo sonar un timbre.

Un criado apareció en el dintel de la puerta, preguntando:

—¿Qué deseais?

—Salid inmediatamente en busca del facultativo que mas próxima tenga su habitacion, y suplicadle que venga sin pérdida de un momento, si estima en algo la vida de un semejante.

Sin responder una palabra, el criado volvió á salir.

—Volvamos al lado del herido, dijo Cascabeles.

—¿Qué hacemos con estas cajas? preguntó Bernardo.

—¡Malditas sean ellas!

—¡Hijo!

—Arrojémoslas al fuego.

—Eso no es prudente.

—¿Por qué?

—¿Sabemos acaso lo que contienen?

—¿Y eso qué importa?

—Seria una temeridad.

—Mucho mayor lo es abrirlas.

—No lo creo así.

—Tal vez encierren un nuevo misterio ó una sangrienta revelacion, que de nuevo nos atraiga la desgracia ó la muerte.

—A nosotros, ¿por qué?

—No os podré decir si la anterior escena, excitando mi imaginacion, la ha hecho supersticiosa; pero tengo un fuerte presentimiento de que las dos cajas restantes encierran una nueva revelacion, cuyos efectos de muerte han de herirnos á entrambos en el alma.

—Hijo Francisco, ¿sabes que no te conozco de dos años á esta parte?

—¿Por qué?

—Tu excesivo sentimiento debilita cada vez mas la energía de tu alma.

—¿Y qué quereis?

—Que vuelvas sobre tí mismo y fortalezcas tu corazon.

—¡Imposible!

—¿Imposible?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Las almas débiles no podemos resistir el continuo embate de las penas, sin irnos acabando paulatinamente.

—¡Diablo! ¿volvemos al sentimentalismo?

—Vos no quereis comprenderle.

—¡Dios me libre de él! ¿para qué quiere uno mas trabajo?

—Es verdad.

—¡Ea! ea! á ver si te olvidas de eso y respondes algo en razon.

—Preguntad.

—¿Qué hacemos con estas cajas?

—Por mí, quemarlas.

—Pues yo insisto en abrirlas.

—Como os plazca.

—Creo que esto es lo mejor.

—Pero advertid que no es á vos á quien os toca abrirlas.

—¿Pues á quién?

—A Don Luis.

—Sí; pero ahora no está hábil para ello.

—No obstante......

—Nada escucho.

—Vos lo sabeis.

—Lo que tú quieres es que esas cajas permanezcan cerradas.

—Francamente, me alegraria de que no las abriéseis.

—¡Supersticioso!

—Qué quereis, no lo puedo remediar.

—Pues te curaré de ello.

—¿Cómo?

—Haciéndote conocer el interior de las cajas restantes.

—A eso sí que no accederé.

—Yo lo exijo.

—Entreteneos vos en abrirlas mientras que yo cuido del enfermo.

—No; ambos iremos á verle y volveremos aquí á abrir las cajas.

—Os repito que yo no tengo curiosidad por conocer su contenido.

—Yo quiero que le conozcas.

—¿Vamos al cuarto del enfermo?

—Vamos á él.

Don Luis permanecia sin sentido, con los ojos cerrados é inmensamente pálido.

Hubiérasele podido tomar por un cadáver.

—¡Diablo! exclamó Bernardo al penetrar en la recámara y acercarse al lecho; esto tiene mala cara.

—¿No os lo decia yo?

—No creí que era tanto.

—Tocad su frente, y sentireis el frio de la muerte.

Bernardo puso su mano en la frente de Don Luis, y sin poderlo remediar la retiró horrorizado.

—¿Lo veis?

—Si el facultativo no llega pronto, todo lo temo.

—No debe de tardar.

—Lo primero que debemos hacer es desnudarle y meterle en la cama.

—Como querais.

—Sí, sí, desnudémosle.

Los dos antiguos camaradas procuraron desembarazar de sus ropas al enfermo con el mayor cuidado.

Cuando estuvo metido entre las sábanas, Bernardo abrió la chambra que cubria el pecho de Don Luis, y colocó su mano sobre el corazon de este.

Despues de tenerla así unos instantes, dijo á Cascabeles sonriendo con satisfaccion:

—Aun vive.

Al sacar su mano, sus dedos se enredaron en un cordon pendiente del cuello de Don Luis, y sin quererlo sacó sobre las sábanas un medallon de oro y cristal.

Al parecer, estaba lleno de un cabello extremadamente negro y sedoso, atado cuidadosamente con una cinta blanca.

Bernardo iba á colocarle otra vez en el pecho de Don Luis, cuando súbitamente le volvió, y sobre una lámina de marfil pudo leer primorosamente miniaturada una fecha, que le hizo prorumpir en una exclamacion enérgica y amarga.

—¿Qué os pasa? preguntó Cascabeles.

—Nada, respondió maquinalmente el antiguo escudero, mirando por todas partes el misterioso relicario.

—Os habeis puesto densamente pálido.

—No hagas caso.

—Decidme, por Dios, lo que os pasa.

—Te he dicho que nada.

—¡Gozais en atormentarme!

—¡Hijo!

—¿Creeis que ya ha espirado?

—No, no; aun vive!

—¿No mentís?

—Nunca miento.

—¿Pero me estais engañando?

—Tampoco.

—Vuestra palidez aumenta; ¿qué teneis?

—¿Conoces este cabello? dijo Bernardo mostrando á Cascabeles el relicario de Don Luis.

—Francamente, no.

—¿Recuerdas esta fecha? preguntó de nuevo, volviendo el relicario por el lado de la chapa de marfil.

Francisco dió un grito de horror, y leyó:

«30 de Marzo de 1576: Crímen: Amor.»

—Respóndeme, ¿recuerdas esa fecha?

—Harto, por mi mal.

—Fué la de aquel dia fatal en que supusimos muerta á nuestra Doña Catalina de Mendoza.

—Es verdad.

—Y bien, ¿no conoces todavía este cabello?

—¡Ah! qué sospechas! preguntó Francisco.

—Responde tú, ¿le conoces?

—No sé.

—Su color es igual al del de Doña Catalina.

—¡Bernardo!

—¡Francisco!

—¿Cómo nos atrevemos á sospechar......

—El cabello de una dama en poder de un hombre, indica que por ella ha sido amado.

—¡Bernardo!

—Hijo mio, este misterio horrible necesita una aclaracion.

—¿Quién pudiera hacérnosla?

—Él mismo.

—Es en vano; ¿no veis su estado?

—Es verdad.

—Aguardemos la venida del doctor.

—¡Ah!

—¿Qué os ocurre?

—Quizá esas cajas contengan la aclaracion que pretendemos.

—¡Oh! si así fuese......

—No lo dudeis.

—Corramos entonces á abrirlas.

—Corramos, sí.

Bernardo y Cascabeles, olvidándose del enfermo, salieron de la

recámara, y pronto se hallaron sentados ante la mesa sobre que se hallaban las misteriosas cajas.

—¿Cuál abriremos? preguntó Cascabeles.

—Sigamos la instruccion que da la carta.

—Entonces, la de la cinta amarilla.

—Sí, respondió Bernardo introduciendo la pequeña llavecita de oro en la caja marcada de aquel modo.

CAPÍTULO XXIV.

Los preliminares de la paz.

Cuando el corazon ama verdaderamente, no es posible mantener por mucho tiempo esas rencillas ó pequeñas riñas inseparables del mas firme cariño.

Es la ley de todas las cosas, y de la felicidad en mayor grado, que han de ser turbadas las horas mejores, por disgustos ó enfados de mayor ó menor cuantía.

Tanto mas frecuentes son estas pequeñas nubecillas en el cielo del cariño, cuanto que en el amor del hombre y la mujer entra el capricho como principal componente.

La mas leve causa, injustificable muchas veces, ocasiona el rompimiento momentáneo de dos amantes.

Una mirada bondadosa, un saludo expresivo, una palabra galante dirigida por el objeto de nuestros amores á una persona extraña, es bastante para despertar en nuestra alma los celos, aun cuando no haya habido intencion alguna de ofendernos.

Los que bien se quieren son quisquillosos por naturaleza, y esto

por sí solo viene á constituir uno de los síntomas del verdadero cariño.

Pero al asentar la anterior especie no pretendemos justificar las impertinencias de esas celosas ó celosos ridículos que hostigan á sus amantes con injuriosas é insufribles sospechas.

La base de la tranquilidad del amor, hemos dicho otras veces que la constituye la mutua confianza.

De vez en cuando, unos celos á tiempo avivan el cariño; álguien asegura que ellos son la *salsa* del amor.

Pero esa *salsa* se indigesta cuando se abusa de su empleo.

En tal caso, produce el efecto contrario; lejos de avivar nuestro amor, le mata.

Las impertinencias y ridiculeces nos hastían, y nos mueven á desprecio.

Los celos exagerados matan el amor mas constante.

Por lo demas, es imposible que ningun enamorado deje de sentirlos.

Tan solo las coquetas, los *pollos* ridículos y los que se creen hombres de mundo, no los sienten jamas; pero la razon es muy obvia; son entes de cabeza vacía, mas propios para boliches de remate de escalera, que para pensar y sentir.

Pero repetimos que las rencillas de los verdaderos amantes duran poco.

El sol desvanece mas tarde ó mas temprano las nubes que tratan de empañar su puro brillo.

Los amantes que pueden hacer durar un mes entero una de sus riñas, que se dediquen á otra cosa, porque no son dignos de querer ni de ser queridos.

El amor es complaciente por naturaleza; para existir necesita del completo acuerdo de los que le sienten.

Al dios del amor se le debe pintar con la zizaña en la mano, pero con la vista fija en la oliva de la paz.

Es tan dulce escuchar á unos labios de carmin decirnos «yo te amo,» despues de una *cariñosa* pelea!

Tan bello como la hermosa luz del sol al aparecer despues de la tormenta, iluminando las flores y los prados que amenazó marchitar la luz azulada del rayo.

Tambien de vez en cuando las naciones necesitan una guerra y una victoria para dar señales de vida.

Nadie, sin embargo, niega los beneficios de la paz.

....

....

Estrella, la hermosa dueña de la linda casa de la calzada de Tacuba, habia tratado en vano de llamar sobre sus párpados el benéfico sueño.

La idea de la ingratitud de su amante la tenia excitada y en insomnio.

—Ha sido una necedad que yo lo despidiese sin escuchar sus disculpas y los fundamentos de ellas; me contenté con hacerle cargos, y sin esperar que él los combatiera le he arrojado de mi casa: ahora que ya han pasado algunas horas, conozco lo impremeditado de mi proceder y mido lo triste de las consecuencias que esto puede producir. Si yo encontrase algun medio digno para remediar el mal......

La jóven se recogió al interior de su pensamiento, en busca de una salida difícil de encontrar.

—Mi accion con él ha sido muy indigna: la mujer no debe tomar tal determinacion sino en casos especiales, y aun así nunca directamente.

Estrella tenia razon; nadie pierde más que la mujer que así obra: un caballero pocas veces falta á una dama sin que esta le haya dado ocasion; un hombre arrojado de la casa de una mujer, se lleva consigo todo el honor de aquella.

En la casa donde tal suceda, cobíjase sin duda alguna el vicio con todos sus males: en ninguna casa decente y virtuosa hay necesidad de despedir á uno solo de los concurrentes, porque le contiene en sus justos límites el decoro general; tal es el efecto del buen ejemplo.

Estrella comprendió desde luego que habia hecho mal, y trató de reparar su disparate.

Se disponia á hacer sonar un timbre, cuando la dueña encargada de su servicio y compañía entró en la habitacion, diciendo:

—Mucho tiempo hace que el sol ha salido, y aquí me teneis, mi señora Doña Estrella, dispuesta á vestiros, si quereis dejar la cama.

—¿Qué horas podrán ser?

—Las ocho de la mañana.

—¿Cómo ha amanecido el dia?

—Sereno y trasparente, señora.

—Vestidme entonces.

La dueña obedeció con verdadera complacencia.

—¿Lográsteis descansar? preguntó la dueña mientras arreglaba los vestidos de la hermosa doncella.

—No he conseguido cerrar los ojos.

—Muy larga se os habrá hecho la noche.

—Como á todo aquel que sufre, y sin embargo......

—Concluid.

—He pensado tanto, que me ha parecido mas breve que otras noches de insomnio.

—Si alguno que yo me sé os oyese, sin duda perdonaria vuestro injusto proceder.

—¡Ah! ¿vos tambien me acusais?

—Señora......

—No os riño: ¿qué mas podreis decirme que no me haya dicho mi conciencia?

—¿Luego vos lo conoceis?

—Sí.

—En ese caso, la falta es mucho menor.

—¿Pero cómo pudísteis enteraros de lo que me hablais?

—Sencillamente.

—Decid.

—Detrás de las cortinas de vuestra alcoba.

—¿Y cómo no acudísteis, cual otras veces, á darme un consuelo?

—Señora, en los grandes dolores las palabras valen mucho menos que el prudente silencio.

—Y bien; ahora ¿qué me aconsejais?

—Señora......

—Explicaos con franqueza.

—Pues bien, trataria de hacer las paces.

—¡Las paces!

—¿Os enfadais?

—Prometí que no.

—En ese caso, insisto en mi idea.

—Bien; ¿pero qué debo hacer? ¿irle á buscar y proponerle las paces? Esto no seria digno por mi parte.

—Señora, apartaos de ciertas consideraciones: vos le habeis ofendido, y obligacion vuestra es darle satisfaccion cumplida: la mujer que pretende sostenerse en esa ficticia dignidad, arguye necedad y vacío corazon. La mujer nada pierde confesando una culpa inocente y buscando otra vez el cariño de aquel á quien dijo amor.

—No obstante, siempre pierde quien se humilla.

—No lo creais, señora; en amor no hay jerarquías; tanto vale el que propone las paces como quien las admite.

—Quisiera veros en mi caso.

—Habria ya tomado mi resolucion.

—¿Cuál?

—Terminar á toda costa el incidente.

—¿De qué modo?

—Así, dijo la dueña sonando un timbre, á cuya vibracion acudió un criado, á quien ella dijo:

—¿Han traido algo para la señora?

—Sí.

—¿Y por qué no lo habeis entregado?

—La señora no habia hecho la señal de encontrarse levantada.

—Es verdad.

—¿Y qué han traido?

—Una esquela.

—¿La teneis ahí?

—Vedla, dijo el criado mostrando una carta colocada sobre una pequeña bandeja de metal blanco.

—Está bien: idos, respondió la dueña tomando el papel.

El criado obedeció.

La dueña alargó el papel á la jóven, y le dijo:

—Es para vos; leedle.

—¡Dios mio! exclamó la jóven tomándole.

—¿Qué os pasa?

—Es de Don Luis.

—¿Sí? pues leedle.

Estrella desplegó la carta que tenia en sus manos, y leyó lo siguiente:

«Queridísima Estrella mia:

«Olvida lo que entre nosotros ha pasado como una enojosa pesadilla.

«Aun te adoro, cielo mio, como la vez primera que tuve la felicidad de decírtelo; te amo con toda mi alma, con todo mi corazon.

«Muchos obstáculos ha puesto el destino en la carrera de nuestro amor, que antes recorria una senda de perfumadas flores.

«Tal vez otros amores menos arraigados hubiesen sucumbido ya.

«Pero los nuestros han resistido el cúmulo de contrariedades que desde mucho hace nos afligen.

«Mayores obstáculos todavía podrán sobrevenirnos; pero nosotros deberemos afrontarlos con resignacion, esperando en que Dios quiera hacerlos cesar.

«Mas bella aparece la luz del sol, cuanto mas fuerte ha sido la tempestad pasada.

«He pretendido olvidarte y no lo he logrado, porque tu amor está arraigado en mi alma.

«Te amo, cielo mio, como en aquellos dias de ventura en que tan dulcísimos proyectos halagaban nuestros amantes corazones.

«¿Me adoras tú con igual constancia?

«En estas horas de mortal separacion, ¿no ha cruzado ante tí la imágen de otro hombre, mas seductora que el recuerdo de tu Luis?

«Hagámonos superiores á las desgracias que nos rodeen, y procuremos contrarestar su embate.

«Dios lo ha escrito, y mas tarde ó mas temprano, mas ó menos afligidos por las penas, nosotros llegaremos á reunirnos para siempre, llevando á cabo nuestros ensueños.

«Adios, Estrella mia: no creas jamas que yo pueda olvidarte, no; te adoro demasiado para poder vivir sin tu recuerdo, que es para mí la fuente de la felicidad.

«Adios, mi bien amado; adios, mi cielo; te adoro, te idolatro: no te olvido, no me olvides.

«Seamos constantes en nuestro puro amor; no hay plazo que no se cumpla: algun dia llegará en que cesando para nosotros las penas, se inicie para nuestros corazones un porvenir de vida y amor. No te olvides de mí: recibe el amor de tu

«Luis.»

Dicen que las cartas de amor deben aparecer incorrectas y sin artificio alguno.

La fogosidad de la pasion no da lugar al estudio.

No obstante, las cartas vacías de sentido solo pueden ser *comprendidas* por los tontos á quienes se dirigen.

Todos los enamorados tienen la propiedad de ver el peligro mas grande de lo que es en realidad.

Cuanta mayor es nuestra adoracion por un sér querido, tanto mas nos intimida el riesgo que corremos de perderle.

Don Luis Cortés en su carta á Estrella, le hablaba de los gran-

des obstáculos que se oponian á su amor, cuando en realidad tan solo la impremeditada determinacion de su amante habia venido á turbar el plácido horizonte de sus ensueños de amor.

No obstante, él adivinaba futuros contratiempos: cuando un mal nos sobreviene, jamas viene solo, y sí acompañado de otros muchos, que pudiéramos decir son corolarios de aquel.

Sobre todo, en el amor.

Una vez turbado el tranquilo cielo de sus ilusiones, los disgustos se encadenan como una horrible tormenta que amenaza destruir el puro ensueño de dos almas.

Los verdaderos amantes jamas consiguen ver deslizarse tranquilas sus horas de cariño; doquiera les sale al encuentro la contrariedad, amargando sus mas dulces ensueños.

Pero ellos saben hacerse superiores á todos estos obstáculos, no desmayando jamas su esperanza ni aun en medio del mismo llanto.

Al contrario; en este caso sus lágrimas, humedeciendo en su corazon las raíces de sus amores, aumentan la savia de estos y los hace crecer mas y mas fuertes cada vez.

Contra el verdadero amor no hay obstáculo posible, y él sabe arrollar hasta con la infidelidad misma de uno de los amantes, porque es bastante grande y generoso para conceder el perdon y hasta el olvido de las injurias.

Imbéciles son, pues, los padres que tratan de ahogar en el alma de sus hijos tan bello sentimiento.

Sus esfuerzos serán inútiles.

Su propia experiencia habria de enseñárselo, á ser ellos menos egoistas.

¿No llegaron ellos á casarse? ¿ó se creen acaso mejores que los demas hombres?

¡Miseria humana! tal vez el vicio les haya apuntado entre el catálago de sus hijos, y tratan de olvidar la vergüenza de errores pasados, martirizando el corazon de sus buenos hijos, que temen se malee cual el suyo se maleó.

Nosotros simpatizamos desde luego con todos los amantes des-

graciados, y hacemos votos porque su felicidad sea cumplida.

Entretanto, aconsejamos á nuestras bellas lectoras que tengan resignacion y valor para luchar, porque Dios premia los tiernos y buenos sentimientos del alma.

El oro es tanto mas puro y brillante cuanto mas se le consume en el candente crisol.

Tras de los hielos y los huracanes de invierno, las flores de la primavera crecen mas lozanas y hermosas, esmaltando con las mil cambiantes de sus corolas el prado ameno agostado por las nieves y el cierzo, y ahora rico de verdor y lozanía.

Tras de tantas penas ccmo amargan vuestro corazon, vendrá un dia feliz, primavera de vuestra vida, en que las nubes de las pasadas penas se desvanecerán, para dar salida al astro rey de vuestra ventura imperdurable.

Entretanto, repetíos los unos á los otros estas dulces palabras: *Seguimos luchando; pero nos amamos y triunfaremos.*

CAPÍTULO XXV.

¡Pasad!

En cuanto la jóven Estrella acabó de leer la tierna carta de su amante, por un sentimiento tan natural como dulce las lágrimas acudieron á sus ojos y resbalaron sobre sus sonrosadas mejillas, como el puro rocío de las noches sobre los pétalos de la azucena.

¡Qué hermosa está, cuando llora, una jóven pura é inocente!

No tiene el cielo un ángel tan bello é interesante como una niña que derrama lágrimas en holocausto de sus amores.

¡Llorad, niñas, llorad!

Llorad por ellos, que cuando vosotras llorais, Dios se enternece y sonríe, porque os prepara en la ventura mas inmensa la compensacion de vuestra pena generosa!

Las niñas que no saben llorar son plantas parásitas que crecen arrastrándose y carecen de vida propia.

Las lágrimas son los valiosos brillantes que forman el tocado de la felicidad de las almas.

¿Quién ha logrado, sin derramar llanto para conseguirla, una sola hora de dicha?

¿Quién en las grandes aflicciones no ha recurrido á las lágrimas como un medio de aliviarlas?

El llanto es esencia del alma.

¡Bienaventurados los que lloran!......

Cuando las lágrimas se lo permitieron, Estrella volvió á fijar sus divinos ojos en la carta de su amante.

Rápidamente recorrió aquellas líneas, dictadas por la pasion mas verdadera.

¡Qué bellos le parecieron los sencillos pensamientos de aquella carta descuidada!

¡Nos hace tan feliz todo cuanto viene de manos de un sér idolatrado!

Estrella hubiera querido contestar cada una de las expresiones de la carta; pero el goce embargaba su corazon, y en tales momentos, cuando mas quisiéramos decir es cuando se nos ocurre menos.

En aquella falta absoluta de palabras, la jóven no encontró otro medio de expresar la suprema satisfaccion de su alma, que llegando á sus labios aquella carta querida y llenándola de besos.

La niña que recibe una carta en que su amante la jura cariño, y no la llega inmediatamente á los labios, y la besa cien veces, ni sabe querer, ni es digna de ser querida.

¿Quién no besaria frenético los labios que nos confiesan amor?

En la ausencia, las cartas son los complacientes labios de nuestros séres queridos, que sin cansarse nos repiten en cualquier hora y lugar cuánto nos aman.

Con una carta y un retrato del sér idolatrado, cualquier amante es feliz aun en la ausencia.

Tan dulce emocion tenia completamente trastornada á la jóven Estrella, que con la carta en la mano y los ojos fijos en ella, no sabia ni qué hacer ni cuál resolucion tomar.

Cuando al soñar perdido un bien nos encontramos con que aun podemos hallar remedio para reconquistarle, tal es nuestra alegría y tan grande, que hasta nos impide aprovechar los instantes mas preciosos para nuestro afan.

—¿Qué debo hacer? preguntó por fin á la dueña.

—¿Aun dudais?

—No; pero......

—Mandad llamarle.

—¿Pero dónde estará?

—Tal vez muy cerca.

—¡Qué decís!

—Que Don Luis está esperando, no lejos de aquí, vuestra determinacion.

—¿Y por qué no vino él?

—Mandó antes esas líneas, escritas con lágrimas de sus ojos, á explorar vuestro ánimo.

—¡Ah! y pudo dudar de mi amor!

—Lugar le dísteis á ello.

—Mandad llamarle.

—Y bien que me place, porque á ambos os estimo demasiado.

La dueña sonó un timbre, y al aparecer el criado le dijo:

—Avisad á Don Luis Cortés que le espera la señora.

La jóven estaba hermosísima en medio de la sencillez de su *trage de mañana.*

Sus hermosos cabellos caian en rizos sobre su espalda.

Ceñia á su cintura una prolongada falda de blanca musolina, primorosamente rizada ó encañonada en pequeños volantes.

Un inmenso peinador del mismo gusto, género y color, abrochado por delante por grandes botones de nácar, la cubria desde el cuello.

Sus lindos piececitos calzaban sobre sus medias de seda unos bonitos zapatos de raso azul, con suela y tacon dorados.

¡Qué hermosa estaba Estrella!

La dueña habia abierto la inmensa vidriera, que como en otro

lugar hemos dicho, ocupaba casi un frente del elegante gabinete de la jóven.

Las brisas de la mañana, impregnadas del aroma de las flores, perfumaban aquel recinto.

Todos los muebles se encontraban arreglados y limpios, y las inmensas cortinas de seda que corrian entre las columnas de la alcoba de la jóven, ocultaban desplegadas el blando nido de aquella enamorada paloma.

—Sentaos, dijo la dueña presentando á la jóven un cómodo sitial, colocado cerca de la ventana abierta.

Estrella obedeció instintivamente.

Despues se sintieron los pasos de un hombre que se acercaba.

El pecho de Estrella latió violentamente.

Dos golpecitos dados en la puerta resonaron en la habitacion y repercutieron en el corazon de la jóven, que no pudo reprimir un prolongado suspiro.

—Decidle que pase, dijo la dueña notando la perplejidad de la niña.

—Pasad, dijo esta con dulcísima voz.

Don Luis Cortés entreabrió la puerta y preguntó:

—¿Amor me llama?

—¿Sois digno de él? preguntó á su vez la jóven.

—Pretendolo al menos.

—¿Y eso os basta?

—No, sino lograrlo.

—¿Venís rendido?

—Rendido y amante.

—¿Quejoso venís?

—No, sino en busca de paz.

—Yo puedo dárosla.

—Sí, si me amais.

—¿Podeis dudarlo?

—No, pero sí temer.

—¿Temer? qué cosa?

—No ser amado.

—¡Don Luis!

—¡Doña Estrella!

—Venid.

—¡Ah! Dios os bendiga! exclamó el jóven corriendo á los piés de su amada, clavando en tierra sus rodillas y cubriendo de lágrimas y de besos la torneada y pequeña mano que le tendia la jóven.

La dueña, al observar el dulce cuadro, suspiró enternecida, y llevando el pañuelo á los ojos, dijo para sus adentros:

—¡Ingratos! ni una palabra para mí!......

Despues, y sin que los jóvenes lo notasen, la anciana levantó las cortinas de la alcoba, y penetrando en ella las dejó caer detrás de sí.

CAPÍTULO XXVI.

A los piés del sér querido.

Cuando despues de una reyerta ó de una ausencia prolongada, se encuentran dos amantes solos y en libertad de hablar cuanto les plazca, lo primero que hacen, aun cuando parezca extraño, es guardar silencio.

Nadie podrá explicar en qué consiste esa elocuencia del absoluto mutismo; pero nadie podrá negar tampoco que á veces el callar á tiempo tiene mas ciencia y mas encanto que el mas estudiado discurso.

En amores, sobre todo, el silencio juega siempre un papel muy principal.

Solo dos enamorados esencialmente superficiales, pueden estar hablando sin descanso, si bien no digan mas que vaciedades.

Con la persona á quien queremos no debe departirse sino de amores y de cuanto á ellos se refiera.

Cuando á tan dulce coloquio se mezclen conversaciones extrañas, ó los novios no se quieren, ó son muy imbéciles.

Los verdaderos amantes ó deben de estar callados ó hablar de

sus amores, entreteniéndose en formar risueños panoramas de felicidad futura, y doradas ilusiones sobre lo desconocido.

En el verdadero amor todo es idealismo: la grosera materialidad viene por sí misma á vivificar con sus pasajeros encantos el cariño que languidece.

Don Luis y Estrella permanecieron, pues, en silencio, fija atentamente en el uno la mirada del otro, y casi sin poderse dar cuenta de que se veian.

Don Luis permanecia arrodillado á los piés de la hermosa jóven.

Esta tenia entre las suyas las dos manos de su amante, cuyos brazos descansaban sobre las rodillas de ella.

El jóven vestia una excelente ropilla de terciopelo morado, con cuchillas de raso del mismo color, trusas idénticamente adornadas, calzas de un color lila oscuro, bota de ante con troneras, birrete de terciopelo negro con casquete de raso blanco, al que un medallon de esmeraldas y brillantes sujetaba una finísima y rizada pluma blanca.

A su cintura pendia de un hermoso tahalí de piedras y plata, una rica espada con empuñadura de oro, y cubierta de plata labrada.

Un finísimo encaje en forma de ancha gola se ceñia á su cuello, y vestia sus hombros y parte del pecho y espaldas, completando tan rico como bonito traje, un ferreruelo del mismo género y color que la ropilla.

Su brillante cabello negro se ensortijaba en mil rizos sobre la frente, y daban realce á su bella fisonomía su estrecha y corta perilla y su sedoso bigote.

Con razon la jóven se extasiaba viéndole; era digna pareja de tan bella compañera.

Ambos jóvenes, que habíanse dicho con sus miradas tiernos coloquios de amor, acabaron al fin por sonreirse á la par.

¡Cuán bellas son esas tiernas sonrisas, y cuánto satisfacen al alma con su encanto misterioso!

—¿De qué os sonreís? preguntó con amorosa dulzura la hermosa Estrella.

—¿Y vos? preguntó el jóven, no acertando á responder.

—Antes contestadme vos.

—Yo sonrío de felicidad.

—¿De felicidad? repitió Estrella con divina coquetería.

—Sí, porque me hallo al lado vuestro.

—¡Ingrato!

—¿Por qué?

—¿Qué motivo pudísteis hallar para tardar tanto tiempo en venir á verme?

—Figuraos si seria poderoso cuando logró detenerme lejos de vos.

—No os faltará modo de dorar vuestras disculpas.

—Os aseguro que tan solo os digo la verdad.

—¿La verdad?

—Sí.

—¿Y quién os garantiza?

—No sé mentir, y menos para vos.

—No mentireis, pero tal vez me engañais.

—¡Oh, no lo creais! me lo conoceríais.

—Dios sabe; á veces suelen los hombres disfrazar de tal modo sus palabras, que es muy difícil adivinar la verdad de los hechos que nos refieren.

—Doña Estrella, injusta sois conmigo, ó por mejor decir, con vos propia.

—¿Cómo es eso?

—Sois un ángel y en vano pretenderia engañaros, pues á cada instante temeria que como un sér celestial descubriéseis la mal urdida ficcion.

—Galante sois.

—El corazon me lo dicta.

—¿El corazon?

—Sí, porque os idolatro.

—Angel cual vos decís quisiera ser, para con su poder sobrenatural leer la verdad en vuestra alma.

—Ella á mis labios se asoma; la escuchais tan pura y sin ficcion como en mi pecho se abriga.

—Don Luis, quisiera creeros para ser feliz.

—Si en eso solo estriba, entregaos desde luego á vuestra dicha, segura de que hareis la mia.

—¡Qué bello es amar, Don Luis!

—Sí, tan bello como ser amado.

—¡Dicha inefable!

—Ventura indescriptible!

—Embriagarse en las miradas de unos ojos que irradian pasion.

—Sentir sobre nuestro rostro el suave aliento del sér que es nuestro sér.

—Suspirar con angustia, exhalando un año de nuestra vida en cada suspiro.

—Sentir inflamado el pecho, ardiendo nuestra garganta, enjutos los labios.

—Sonreir al impulso de una fuerza interior, en tanto que nuestros ojos se humedecen con lágrimas fugitivas.

—Soñar mientras estamos despiertos, velar cuando debiéramos soñar.

—Esperar cuando todo lo tenemos.

—Desconfiar cuando todo nos excita á creer.

—Creer cuando tal vez nos hallamos mas próximos al engaño.

—No temer nada cuando todo pudiéramos perderlo.

—Sufrir y gozar.

—Llorar y sonreir.

—Esperar y temer.

—Velar y dormir.

—¡Oh! ¡qué hermoso es amar!

—¡Qué bello ser amado!

....

Cuando por un instante han acudido á borbotones las palabras á nuestros labios, sin poderlo remediar nos fatigamos, y es preciso guardar silencio unos momentos para proseguir despues.

Mientras tanto, las miradas de nuestros ojos se cruzan con las del sér amado; pudiéramos decir que por medio de ellas reasumimos nuestras palabras anteriores, extractando su quinta esencia, para con esta embriagar nuestras almas.......

Don Luis y Estrella enmudecieron á su vez, y ambos se miraron con esa ternura que traen consigo los coloquios de amor.

—¿Nada decís? preguntó la jóven.

—Sí, que os amo; ¿y vos?

—Que sois correspondido.

—¿Es verdad?

—¿Cómo pudiera engañaros, si vos me amais?

—Mucho, señora.

—¡Qué encendido estais!

—Leve muestra del volcan que arde en mi pecho.

—¿Sois poeta?

—No, pero os amo.

—Quisiera que jamas dejáseis de repetírmelo.

—Feliz seria yo en podéroslo repetir sin cansaros.

—¿Cuándo cansa el bien?

—Teneis razon.

—¡Cómo arden vuestras manos!

—Al par de las vuestras.

—Nuestro amor es el mismo.

—¿Me permitís que os las bese?

—Don Luis, ¿qué decís?

—Es verdad; olvidé que tan señalado favor no se pide......

—¿Pues qué?

—Se toma, respondió Don Luis llegando á sus ardientes labios los torneados dedos de la jóven, que sonrió con placer.

—Y decidme, Don Luis, preguntó, ¿todavía insistireis en ocultarme el motivo de vuestra tardanza de anoche?

—Señora......

—No insisto, pronunció la jóven con señales de contrariedad.

—Escuchadle, dijo Don Luis notándolo.

—Nada quiero saber, añadió la jóven.

—Yo os suplico que le oigais.

La jóven no respondió, pero desde luego prestó atencion.

Don Luis se explicó así:

—Hay, señora, en el principio de mi existencia un misterio que en vano he tratado de descubrir, pues tal parece ocultarse en las tinieblas del imposible. Desde que merced al uso de la razon tuve memoria, pude retener como mio el nombre de Don Luis Cortés con que soy conocido; y no obstante, mi voluntad no me ayuda á recordar ni la fisonomía de mi padre, ni un rasgo solo del rostro de mi madre: con esto quiero deciros, señora, que ni yo conocí á mis padres, ni hombre alguno los conoció jamas.

—¿Qué decís, Don Luis?

—Señora, mi infortunio......

—Proseguid.

—¿Acaso vuestro amor se entibia?

—Los amores del alma no languidecen.

—Dios os lo premie.

—Proseguid.

—En una noche de estío fuí expuesto á las puertas del palacio de una dama principal de México, antigua princesa azteca, que movida por el congojoso llanto del abandonado niño, me acogió con maternal solicitud, supliendo sus cuidados el olvido de la verdadera madre.

—¡La acusais!

—Dios sabe que no; mi sangre es la suya.

—Continuad.

—Cuando ya comenzaba á tener razon, pudiendo por mí propio apreciar las cosas, mi segunda madre, la generosa azteca, voló de esta tierra á los cielos en busca del justo premio á su misericordiosa conducta.

—¿Quedásteis huérfano?

—Y de segunda madre, señora.

—Proseguid.

—La princesa, que era excesivamente rica, me constituyó su heredero, y un indio puro, fiel á ella durante su vida y á su memoria despues de muerta, veló con digno celo por la vida y la fortuna del hijo adoptivo de la princesa. He crecido, señora, sin disfrutar las tiernas caricias de una madre, y en vano trato de llenar en mi corazon este vacío, que al ser herido por el recuerdo, parece enfermar mi alma con el frio glacial de la muerte.

—Pobre Don Luis!

—¿No es cierto, señora, que es muy grande mi infortunio?

—Sí, en efecto.

—Por eso, ansioso de amor, pendiente de las miradas de vuestros ojos divinos, espero de vuestro cariño mi sola felicidad, y me consagro todo á quereros, porque mi vida, señora, es el amor.

—¿Y habeis podido dudar jamas un solo momento de la violencia y ternura con que por mí sois correspondido? ¿No es mi corazon el eco de los sentimientos del vuestro?

—No, Doña Estrella, no: jamas he desesperado de vuestro amor, porque el verdadero cariño, si bien es siempre desconfiado, no consiente jamas en que nuestra alma abrigue la amarga idea de una dolorosa decepcion. Todo sér con vida se resiste á la muerte; ¿cómo, pues, el corazon, cuya vida es el amor, podrá dejar de rechazar hasta la sombra del peligro que amenaza destruirle?

—Tambien yo, Don Luis, busco en vuestro cariño la savia de mi existencia: quiso el cielo que hermanos en el sentimiento, lo fuésemos tambien en los móviles de él.

—¿Qué quereis decir, señora?

—Que tambien al árbol de mi existencia faltó el riego fecundo de las lágrimas de una madre.

—¡Ah, Doña Estrella!

—Sí; yo tambien he soñado durante las horas del descanso, un amor que jamas disfruté despierta.

—Bien os comprendo.

—Tambien yo siento en el alma el vacío que en ella labra la falta del maternal cariño.

—Pesar inmenso!

—Cuando las brisas apacibles, despues de perfumarse en las flores de mi jardin, penetran en mi sola estancia para acariciarme el rostro, paréceme sentir en él los labios suavísimos de mi soñada madre que le cubren de amorosos besos.

—Cuando al abrigo dulce de nuestros colosales ahuehuetes, vestidos de su cana cabellera de heno, busco en la soledad de la noche el silencio y la tristeza, como alimento de un alma que padece, mil veces he creido que el espíritu de mi madre, bajando en la pálida luz de la luna, susurraba á mis oidos las palabras que mi corazon le dicta.

—Cuando dispuesta el alma á la melancolía veo cruzar el cielo vaporosas las blancas y sonrosadas nubecillas del último crepúsculo, paréceme ver en ellas la preciosa silueta de la madre mia que me invita á seguirla al espacio donde mora.

—Cuando al pié del tranquilo manantial veo reflejarse en sus corrientes cristales esas mismas nubecillas, las creo la imágen tambien de la madre mia, y al suplicarles que me llamen á su lado, ellas permanecen tranquilas sobre el agua que corre, como si quisieran decirme: aun no has derramado lágrimas bastantes para comprar la dicha que anhelas.

—En el suave perfume de la azucena paréceme percibir el aroma de su aliento, y aspiro la esencia de la pura flor, hasta que el calor de mis besos la marchita.

—En el tierno capullo de la perfumada rosa paréceme encerrarse las palabras de su maternal amor: el riego ardiente de mis lágrimas al caer sobre él, hace al capullo entreabrir sus hojas y crecer la flor: la llevo entonces á mis labios, y no la separo de ellos hasta que sus innumerables pétalos se desprenden de su tierno corazon esparciéndose por la tierra; entonces contemplo con tristeza al viento, que arrastrando en sus remolinos lejos de mí aquellas hojas, va al par desvaneciendo mis horas de ilusion.

—¡Pobres de nosotros!

—Sí, ¡pobres de nosotros!

—¡Felices aquellos á quienes no faltan las caricias de una madre!

—¡Ay de aquellos que la lloran ausente!

....

....

Los jóvenes callaron.

Durante mucho tiempo aquellas almas buenas no volvieron á pronunciar una palabra.

En cambio, sus ojos dejaron correr sobre sus mejillas puras lágrimas, esencia del corazon.

Los buenos hijos á quienes la ausencia no permite escuchar las palabras de amor de una dulce y cariñosa madre, tienen en el alma una herida que jamas puede cicatrizarse, porque el recuerdo abre sin cesar con sus descarnados dedos sus labios sangrientos.

¡Felices aquellos que jamas se apartaron del regazo maternal!

Proteja Dios á aquellos que viven apartados de sus amantes brazos porque el destino lo quiere, porque secretos del alma les impiden el regreso al hogar de sus primeros años!

....

....

CAPÍTULO XXVII.

El Teocalli subterráneo.

EN aquel tiempo y á la orilla de la gran laguna de Texcoco, se elevaba una casa bastante grande en extension, cuyo aspecto no podia ser mas desagradable é imponente.

Sus esquinas, segun el gusto de la época, estaban defendidas por unos enormes bastiones ó baluartes almenados, dispuestos de modo que sus facetas formaban tres ángulos salientes, y dos entrantes con las cornisas y los muros que se unian á ellas.

Aquella casa ó fortaleza se ocultaba entre colosales ceibas y ahuehuetes, como el crímen oculta entre las sombras sus pérfidos manejos.

Todos los muros de la casa se veian calcinados y ennegrecidos por el humo y el fuego de un grande incendio, sin duda alguna muchos años antes ocurrido.

Las partes destruidas por las llamas habian sido reemplazadas por nuevas construcciones, lo que venia á hacer mas desagradable el aspecto de aquellos muros, á trozos ennegrecidos por el humo,

y á trozos blanqueados por la mano reparadora de los anteriores daños.

Los enormes bastiones pertenecian á la parte reconstruida, y se separaban completamente en su gusto arquitectónico de las anteriores construcciones de aquel extraño edificio, uno de cuyos muros bañaban las aguas del lago.

La casa estaba rodeada de una tapia sólida y alta, y una pequeña puerta de madera daba, al abrirse, entrada al recinto que cercaba.

Las pocas ventanas que se abrian en los muros de aquel fatídico edificio, estaban defendidas por sólidas rejas, á las que nadie habia visto jamas asomarse persona humana.

Segun se decia, aquella casa hubo de pertenecer en un tiempo á un noble azteca muy distinguido por Cortés, quien repetidas veces le habia colmado de favores.

Una tempestad de estío dejó caer una de sus terribles centellas sobre la antigua morada, y el incendio la destruyó en gran parte, pereciendo entre las llamas el noble azteca, su esposa, que era española, y una niña de pocos meses, hija de entrambos.

La real hacienda se apoderó de aquellas ruinas, por falta de herederos del difunto que las reclamasen, y en una corta cantidad las vendió despues á un particular, que hizo reponer los destrozos del incendio, y cercarla con la tapia de que hemos hablado ya.

Llamábanla generalmente la casa negra, y jamas se supo tradicion alguna horrible de aquel edificio, que tanto se prestaba á las leyendas fantásticas del vulgo.

A cualquiera hora del dia ó de la noche podia sin cuidado pasarse rozando con las tapias de la casa negra, sin que nadie inquietase en lo mas mínimo al transeunte.

Nadie habia visto asomarse persona humana á las sólidas rejas del edificio, y se le creia deshabitado.

Sin embargo, un pobre indio aseguró en cierta ocasion haber visto con sus propios ojos un gran número de ancianos que cultivaban la huerta formada entre las tapias y los muros de la casa.

No faltaron personas cuya curiosidad despertase el dicho del pobre indio, y que atraidas por ella acechasen en varias ocasiones y con gran cautela por encima de las tapias de la huerta; pero á nadie distinguieron.

El indio, no obstante, volvió varias veces á su espionaje, y una mañana se le encontraron flotando ahogado sobre las aguas; esta desgracia se atribuyó á torpeza de la víctima.

Despues de esto, ni nadie se volvió á acordar de la tal casa, ni de la vision y percance del pobre indio.

Penetrando al interior del extraño edificio, podia observarse que no solo no estaba deshabitado, sino que el número de sus moradores era bastante crecido.

Sus muchas habitaciones estaban amuebladas al uso de los antiguos poseedores del país, y en ninguna de ellas hubiera podido hallarse un solo objeto que en sí llevase marcada la huella de los conquistadores.

A la hora en que estaban teniendo lugar los acontecimientos narrados en varios capítulos anteriores, un anciano de la raza azteca, de cabeza cana, pero todavía vigoroso, se encontraba en una de las habitaciones formadas en el interior de uno de los baluartes que caian al lago, observando con atencion la superficie de este por una estrecha saetera.

Vestia una especie de túnica en forma de escapulario, pero cerrada en gran parte por ambos lados, y bastante larga, pues le cubria las rodillas; ceñia dicha túnica á su cintura el *maxtlatl*, que era una especie de faja, cuyas extremidades caian por delante y por detrás: llevaba á las espaldas y atado sobre el hombro derecho, el *tilmatli*, capa cuadrada como de vara y media por costado. Todas estas piezas del trage eran de fino algodon, con algunos sencillos adornos de plumas. Debajo de la túnica de color llevaba otra de la misma forma, pero mas cerrada y de género blanco. En sus piés llevaba un calzado á modo de sandalias, compuesto de una suela formada de un tejido fuerte de maguey, atada con cordones á la pierna.

El extraño personaje estaba sentado sobre un *icpali ó equipali*, especie de banquillo de poca altura, formado de cañas, juncos y palma, y se ocupaba en extraer de una larga caña en forma de pipa, el humo de la planta que despues se llamó tabaco, tomando esta palabra de la lengua haitiana, y cuyo nombre mexicano se ignora: al aspirar el humo, el anciano cubria con una mano sus narices para hacerle llegar mas pronto al pulmon, y dejaba escapar el resto por sus labios en graciosas espirales.

De vez en cuando, pero muy próximas siempre, tornaba á mirar por la estrecha abertura ó saetera la superficie del lago y en direccion á México, como si esperase ver aparecer sobre las aguas alguna cosa.

En una de sus observaciones, llegó á descubrir un pequeño bulto que poco á poco se fué acercando, pudiendo verse que era una canoa conducida por dos indios que en aquellos momentos remaban sobre las aguas del lago.

El anciano las dejó acercarse á una distancia regular, y entonces, poniéndose en pié y tomando un palillo en cuya extremidad tenia una esfera de resina elástica, se acercó á un gran cilindro de madera hueca, con dos aberturas rectangulares y paralelas próximas entre sí, colocado sobre cuatro piés de madera, y dió entre ambas ranuras un golpe que resonó en el baluarte con un eco fuerte y melancólico: el instrumento se llamaba *teponaztle*.

Su sonido fué contestado con otro semejante en el interior del edificio; entonces el anciano salió del pabellon del baluarte y comenzó á descender un caracol de madera.

Cuando llegó á la habitacion inferior, otros hombres muy semejantes á él en trage y en edad, se ocupaban en dejar caer sobre la laguna una especie de puente levadizo que cubria una puerta labrada en el muro.

Acabada su operacion, el primer anciano dijo á todos los demas:

—Retiraos.

Todos obedecieron, y él salió despues.

En tanto la canoa, conducida por los dos indios, abordaba al

puente levadizo. Entonces de debajo de su toldo se vió salir al fraile y á Estrella, que ayudada del primero, saltó al puente y penetró en la extensa sala.

—¿Dónde estamos? preguntó la jóven observando en torno suyo.

—Donde prometí traerte; al lugar donde habrás de convencerte de la infidelidad de tu amante.

—Paréceme notar en todo esto algo de misterioso.

—Eso depende del estado de tu ánimo.

—Acabemos: ¿dónde se halla Don Luis?

—Sígueme.

—¿Dónde?

—Al interior de este edificio.

—Guiad.

El fraile atravesó, seguido de Estrella, un extenso corredor ó pasillo oscuro, al final del cual habia una puerta que daba paso á una cómoda escalera de piedra.

Por ella descendieron nuestros personajes, y fueron á dar á la entrada de un subterráneo sólidamente construido de piedra de sillería, que desaparecia, lo mismo que el piso, detrás de unas segundas paredes de ricas maderas, cubiertas de magníficas colgaduras de algodon primorosamente bordadas de plumas, representando jeroglíficos y extrañas pero artísticas pinturas.

En unos ricos quemadores de oro macizo, ardian enormes mechas alimentadas con grasas y resinas aromáticas, y difundian en la extensa bóveda una claridad brillante.

Sobre una especie de ara de metal precioso, se levantaba una imágen ó ídolo de un aspecto tan rico como horroroso, y tan alto como lo permitia el techo de aquella especie de santuario.

Representaba aquel ídolo, aunque imperfectamente, un hombre gigantesco sentado sobre un banco azul, de cada uno de cuyos cuatro ángulos salia una serpiente enroscada. El ídolo tenia varias listas azules sobre la frente, y su cara y su nuca la cubrian dos máscaras de oro macizo. Su cabeza estaba cubierta con un penacho formado de finísimas plumas de color; á su cuello se ceñia una

especie de collar, formado por diez corazones de piedra; tenia en la mano derecha un baston espiral azul, un escudo ó rodela en la izquierda; de la parte superior de este se elevaba una banderola de oro con cuatro flechas; una serpiente, tambien de oro, se enroscaba por todo su cuerpo, adornado de figuras de oro y piedras preciosas. Era el dios de la guerra, Huitzilopochtli, llamado por los españoles Huichilobos.

Delante de aquel ídolo se veia una piedra blanca rectangular, cubierta de manchas de sangre, lo mismo que todo el piso y las gradas del rico dios.

Todo el piso de aquel recinto estaba cubierto de pequeñas esteras de un fino tejido de palma.

La jóven no comprendió lo que era aquello, pero sin poderlo remediar se estremeció; con terror y espanto contempló aquella imágen tan deslumbrante de riqueza, y le pareció que la piedra rectangular le enviaba caliente aún el vapor de la sangre que la enrojecia.

Estrella quiso preguntar al fraile, su conductor, qué significaba todo aquello; pero con terror observó que este habia desaparecido, dejándola sola allí.

Quiso gritar y las palabras faltaron á su garganta.

Quiso volver la espalda y huir; pero la escalera y la entrada de aquel recinto habian desaparecido, pudiera creerse que mágicamente.

Pretendió buscar en los costados otra puerta, y con espanto vió moverse las cortinas ó tapices que los formaban; creyó que álguien se ocultase detrás de ellas.

Quiso adelantarse, y el horrible aspecto del ídolo la hizo retroceder horrorizada.

Entonces elevó al cielo sus manos, con sus ojos pidió amparo al Sér invisible, y vacilando á pesar suyo, fué á caer cerca del sangriento altar, lanzando un gemido de angustia y perdiendo despues el sentido sobre las gradas del Teocalli subterráneo.

CAPÍTULO XXVIII.

La antesala de la muerte.

CUANDO la jóven despues de un largo rato volvió en sí, con no poca sorpresa y alegría se encontró fuera de aquel imponente santuario, y cómodamente instalada en un pequeño gabinete, con mucho gusto y grande lujo amueblado.

La habian reclinado sobre un rico sofá de la época, procurando que su cabeza descansase muellemente sobre dos excelentes almohadones de pluma.

Un primoroso trasparente dulcificaba la fuerte claridad del sol que batia aquel lienzo, y aquella apacible luz se reflejaba sobre el tapiz de seda perla que vestia las paredes del lindo gabinete, cuyo pavimento le cubria una bella alfombra; ricas consolas sustentaban elegantes lunas de Venecia, y completaba el mueblaje del cuarto una excelente cama tallada de caoba, envuelta en hermosas colgaduras de seda azul, con flecos, borlas y cordones de hilo de oro.

Aquello parecia ó la recámara de una princesa del tiempo, ó la habitacion de un rico poderoso.

Estrella miró en torno suyo agradablemente sorprendida; pero bien pronto la espantó la incertidumbre de no saber el lugar donde se hallaba.

Buscó por toda la habitacion la puerta que á ella diese entrada, y con gran sorpresa notó que en aquellas paredes no se descubria dintel alguno.

Corrió á la ventana á levantar el trasparente; pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque estaba formado por un gran vidrio pintado por la parte de afuera, y sujeto por sus bordes al muro.

—¡Dios mio, qué es esto! exclamó la niña aterrada; ¿estoy prisionera?

—Sí, pero teneis un esclavo que se complacerá en acceder á vuestros menores deseos, si sabeis prestaros de grado á los suyos.

Estrella se volvió hácia el lugar donde escuchó la voz que habia pronunciado las anteriores palabras.

Un hombre, jóven aún, de semblante bueno, aunque en cierta manera repulsivo, se encontraba delante de ella, en una elegante postura de discreto cortesano.

Vestia de negro con elegancia y riqueza; una peluca de rizos, poco usadas entonces todavía, daba á su rostro un realce mayor, y una sonrisa entre cortesana é insultante se dibujaba en sus labios sonrosados.

A pesar de la rizada y finísima gorgüera que cerraba graciosamente su cuello, el elegante personaje no habia podido sin duda ocultar una marca entre amoratada y rosa que oprimia su cuello, como una cinta no muy ancha.

El personaje sabia llevar con perfeccion su elegante vestido, y no hubiese por cierto desagradado su presencia á cualquiera otra mujer menos preocupada que nuestra Estrella.

—Caballero, ¿podré saber quién sois? preguntó la niña con curiosidad.

—Vuestro fiel y rendido servidor, contestó con marcada galantería cortesana el desconocido.

—Gracias, caballero; pero vuestro apellido.... .

—Señora, el que vos querais.

—¿Qué decís? preguntó la jóven sorprendida.

—Tiempo hace que me hallo acostumbrado á ser conocido por nombres que no son los mios.

—¿Qué quiere decir esto?

—Que el nombre me es indiferente.

—Pero, caballero......

—Nada os espante; esto será tal vez lo menos extraño de cuanto os aguarda.

—En vano trato de explicarme vuestras palabras.

—Poco á poco las ireis comprendiendo.

—¿Por dónde habeis penetrado á esta habitacion?

—Por una puerta secreta.

—Mostrádmela.

—¿Para qué?

—Deseo salir de aquí; esta casa no es la mia.

—Os engañais.

—¡Cómo!

—De cuanto veis sois la dueña, porque yo lo pongo á disposicion vuestra.

—Sois cortés y caballero.

—Por serviros.

—Gracias.

—¿No tomais asiento? dijo el desconocido mostrando el sofá á la jóven.

—Dispensadme; pero quisiera no permanecer aquí por mas tiempo.

—Es absolutamente necesario por ahora.

—Caballero, ¿por qué? preguntó la jóven con disgusto.

—Se os quiere mucho en esta casa para que tan fácilmente se os deje escapar.

—Caballero, si lo sois, dispensadme el obsequio de avisar al padre Fray Francisco de Rivera que necesito verle.

El desconocido sonrió y dijo:

—Fray Francisco me ha dispensado el honor de que yo os acompañe y distraiga mientras él os dispone una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Justamente.

—No alcanzo.

—Yo os explicaré; pero francamente, señora, os confieso que no diré una palabra si no me dispensais el favor de tomar asiento.

—Caballero, ¿me jurais que el padre Fray Francisco es quien os envia aquí?

—Sí os lo juro.

—¿No me engañais?

—¿Suponeis que yo pueda jurar en falso? respondió el desconocido, sonriendo de un modo particular y sarcástico.

—Teneis razon.

—Tomad asiento.

—Con mucho gusto, dijo la dama, sentándose en el sofá y ofreciendo á su interlocutor un sitial allí próximo.

—Estais servida, añadió él sentándose.

—¿Decís que el padre Fray Francisco os envia?

—Sí, señora.

—Y añadís que me prepara una sorpresa.

—Es la verdad.

—No alcanzo cuál pueda ser.

—Creo que vos habeis amado, señora.

—Perdonad, pero......

—Concluid.

—No es cierto que haya amado.

—¿Qué decís?

—Eso supone un tiempo que pasó.

—¿Y bien?

—Yo amo todavía.

—¡Ah! exclamó el desconocido mordiéndose los labios.

—Os digo la verdad.

—Así me pareció oírselo al reverendo franciscano.

—¡Cómo! ¿él os ha dicho?......

—Todo, señora.

—¿No me engañais?

—Podeis creerlo.

—¿Sois caballero?

—Por tal me tienen.

—Y yo me complazco en creerlo.

—Gracias, señora; me portaré como es justo.

—Bástame para creerlo la ilimitada confianza que, al parecer, Fray Francisco hace de vos.

—Continuemos hablando y mas os convencereis de ello.

—¿Pero por qué ocultais vuestro nombre?

—Señora, llamadme como os agrade.

—¡Extraño capricho!

—Sin duda Fray Francisco os dirá algun dia el motivo de él.

—No insisto.

—Os lo agradezco.

—Por vuestro acento pareceis español.

—Lo soy en efecto.

—Esta circunstancia me hace apreciaros mas y mas.

—Me congratulo de ello: ¿vos lo sois tambien?

—No, sino mexicana; pero mi madre querida es española, y yo amo su patria cual esta en que ví la luz.

—Y permitidme preguntaros, señora, ¿es peninsular el hombre á quien amais?

—Yo creí que Fray Francisco os lo hubiese advertido.

—Teneis razon, algo me ha dicho á ese respecto; pero yo anhelaba saber si vos lo confirmábais.

—Estoy acostumbrada á manifestar sin embozo cuanto siento.

—Bella cualidad, y que no obstante suele á veces acarrear sus inconvenientes.

—Por muy grandes que sean, mayores sin duda los acarrea la ficcion y el embuste.

—No obstante, existen mentiras piadosas.

—No las concibo.

—Os pondré un ejemplo.

—Decid.

—Si ocultáseis vuestro amor, quizás hiciéseis feliz á álguien que os ama.

—No os comprendo.

—La sorpresa que el buen franciscano os prepara, es la de haceros ver que existe un hombre que os ama y puede descubrir ante vuestros ojos un panorama de felicidad real, mucho mas grato que el que hasta el presente os ha ofrecido el amor platónico de Don Luis Cortés.

—Caballero, no comprendo en realidad vuestras palabras, y no obstante, me siento herida en mi dignidad.

—Señora, no es esta mi intencion.

—Ignoro si soy objeto de una burla cruel ó víctima de una despreciable y baja intriga; pero concediéndoos toda la hidalguía y nobleza que yo quisiera para vos, os suplico por segunda vez hagais venir á Fray Francisco, pues necesito que él mismo me dé á conocer el lugar donde me ha conducido.

—Señora, siento en el alma que mis palabras anteriores os hayan hecho concebir una sospecha que mi proceder no habrá de justificar, y os confirmo cuánto es mi deseo de complaceros y serviros, y cuán bien considerada sereis si de buen grado accedeis á lo que se os propondrá.

—Ignoro quién pueda ser quien se crea con derecho á imponerme condiciones de ninguna especie; pero cualquiera que sea, yo le niego y desconozco semejante facultad, y á vos os suplico accedais á mi súplica como galan y caballero.

—He tenido antes el honor de deciros que Fray Francisco no podrá por el pronto venir al lado vuestro.

—Sepa yo al menos con qué objeto me ha conducido aquí.

—Os he dicho que con el fin de prepararos una sorpresa.

—Harto me sorprende su proceder inconcebible.

—Os puedo asegurar que le acusais injustamente.

—De él solo aguardo las disculpas.

—Facultado estoy por él para dároslas.

—¡Caballero!

—¡Señora!

—Si acaso no lo hubiéseis comprendido, yo os suplico, caballero, que me dejeis sola.

—¡Ah! me echais.

—Podreis volver con Fray Francisco.

—Señora, me duele vuestro desvío, pero os le perdono.

—¡Salid!

—¿Me declarais la guerra?

—No sé.

—Y bien, yo os lo perdono todo porque os amo, dijo el desconocido arrojándose brutalmente al cuello de la jóven y estrechándola en sus brazos.

La jóven lanzó un grito de indignacion, y en medio de su aturdimiento, tomó una daga del cinturon del desconocido y apoyó su fria hoja en el cuello de este, que á su pesar retrocedió, violentamente estremecido.

—Caballero, dijo con calma la jóven, sois dos veces cobarde; sí; primero habeis faltado á una dama, despues habeis temido á la muerte: podeis retiraros.

—Y bien, respondió colérico el desconocido, temedlo todo si no accedeis á mi amor.

—¡Jamas! jamas! respondió indignada la jóven.

—Y bien, desgraciada, todo lo vas á perder; ven, sígueme, gritó el desconocido tratando de coger á la jóven por una muñeca.

—No me toqueis, dijo ella retirándose.

—¡Ven! repitió él siguiéndola é insistiendo en tomarle una mano.

—Que no me tocáseis os dije, exclamó ella hiriendo con el puñal la palma de la mano del extraño personaje.

—¡Ah! gritó este con una especie de rugido de pantera.

—Os diré, exclamó la jóven satisfecha, que me sobra resolucion para impedir con vuestra muerte la infamia que meditais.

—¡Ay de tí! dijo el desconocido, y se dirigió á uno de los grandes espejos de la cámara, y oprimiendo una de sus molduras al impulso de un resorte, se abrió al lado de la consola una estrecha puerta perfectamente disimulada.

—¡Dios mio! exclamó la jóven con expresion de alegría al contemplar el hueco salvador.

—¡Adios! exclamó el desconocido disponiéndose á salir solo.

—¡Ah, yo tambien! gritó la jóven lanzándose frenética á la estrecha abertura.

El hombre la dejó pasar por delante, y la jóven se encontró en un gran salon débilmente iluminado.

Miró en torno suyo y distinguió en el extremo opuesto una puerta.

—¡Detente! le gritó el hombre al ver que se dirigia á ella.

—No; Dios quiere que me salve.

—Infeliz! si das un paso mas, tu muerte es cierta.

—¡Mientes, miserable! respondió la jóven disponiéndose á correr.

—No, no, yo no quiero que mueras así, gritó el hombre deteniéndola por los vestidos.

—¡Soltadme! soltadme! gritaba ella amenazando con el puñal á su perseguidor.

—Suelta ese arma, dijo el desconocido apoderándose, en un descuido de la jóven, de su muñeca y arrancándole el puñal.

—¡Ah! gritó esta desesperada y tratando de desasirse.

—No, no te escaparás.

—¡Soltadme! soltadme!

—¡Infortunada, tu muerte es la que pides!

—¡Mientes! mientes!

—¡Oh, te juro que no!

—¡Jurais en falso, mentís!

—Estrella, detente; en un rapto de odio abrí ante tus ojos la puerta de este salon horrible; pero yo me arrepiento y te ruego que no sigas adelante: vuelve á tu habitacion, y yo te juro mostrarte una salida segura, yo patrocinaré tu fuga.

—En vano son vuestras palabras; mentís! mentís!

—¡Oh! no lo creas; si das un paso mas, la muerte te aguarda.

—No me intimidan supuestos peligros.

—¡Soltad! soltad!

—¡Infortunada! este salon será la antesala de tu suplicio!

—Lo sé, lo sé; por eso quiero huir.

—Vuelve á tu habitacion, te lo suplico.

—Otra vez á mi prision, jamas!

—Allá te descubriré otra puerta secreta, que te facilitará sin riesgo la huida.

—No, no; me engañais.

—Por Dios te juro que no.

—¿Y quién cree en vuestros juramentos?

—Por tu madre, Estrella, no des un paso mas; vuelve á tu habitacion, yo te lo ruego.

—No profaneis el nombre de mi madre; sois indigno de pronunciarle.

—¡Oh! sígueme! dijo el desconocido, tratando en vano de arrastrar tras de sí á la jóven.

—No me moveré, repetia ella, á quien su voluntad prestaba una fuerza extraordinaria.

—Extraño empeño! buscas tu muerte.

—Venga ella por huir de vos.

—¡Desgraciada!

—¡Soltadme! soltadme!

—En nombre de Fray Francisco de Rivera, que quizá ahora te busca, detente.

—No; vos no sois amigo de Fray Francisco, vos sois un miserable.

—Estrella, ¿me prometes no moverte de aquí mientras voy á llamar al franciscano?

—Solo quiero huir.

—Te dejo aquí; volveré atrás y le traeré.

—No os creo, mentiríais.

—No, por el cielo!

—Vos habeis sin duda engañado al buen padre, mi protector, como tratásteis de hacerlo conmigo; pero yo le buscaré.

—¡Oh! yo te pido que un solo instante te detengas; yo sé muy bien que está cerca de tí.

—¡Llamadle! llamadle!

—Aguarda entonces aquí.

—No, no; yo quiero tambien buscarle.

—¡Extraña insistencia!

—Dejadme huir.

—Nunca.

—Yo me escaparé.

—¡Estrella!

—¡Tomad! dijo la jóven estampando en el rostro del desconocido dos fuertes bofetones.

—¡Maldicion! dijo él soltando los vestidos de la jóven; tú lo quieres, piérdete.

Estrella, en cuanto se vió libre, echó á correr por el piso de madera del extenso salon.

Pero á un tercio de él, á pocas varas de la puerta, sintió estremecida la jóven que el piso se hundia bajo sus plantas; lanzó un grito horroroso, y en vano trató de sostenerse en el vacío.

Habia pisado sobre una trampa formada por una gran parte del entablamento del piso, que giraba á modo de balanza sobre unos fuertes ejes.

La jóven se deslizó á su pesar por aquel terrible plano inclinado, que cuando la infeliz dejó de pesar sobre él volvió á ocupar su colocacion primitiva. El desconocido, orígen de aquella desgracia, se quedó espantado contemplando inmóbil el lugar en que el abismo habia abierto y cerrado impasible su boca.

....

....

....

....

Instantes despues se escucharon desgarradores gritos de angustia, mezclados á los mil alaridos salvajes de gran número de hombres.

Entonces el desconocido alzó sus manos al cielo, y saliendo de aquel horrible salon, gritó á su vez:

—Aun puedo llegar á tiempo; yo la salvaré!

CAPÍTULO XXIX.

Tardío arrepentimiento.

El desconocido, despues de cerrar la puerta que comunicaba el terrible salon con la preciosa recámara donde Estrella habia vuelto al conocimiento, quiso en vano continuar andando ; sintió que sus piernas se negaban á sostenerle, y cayó sentado sobre el rico sofá.

Su pecho latia con tanta violencia y agitacion como si á aquel hombre le faltase por grados la respiracion y temiese á cada instante ahogarse.

Pasaba la mano por su frente, oprimiéndola con fuerza, como si pretendiese apartar de ella el peso de un remordimiento angustioso.

Su respiracion era en extremo agitada, hasta el punto de asemejarse al eco de un continuado sollozo.

Queria ponerse en pié, y volvia otra vez á caer en el asiento.

A cada instante se estremecia nerviosamente, y observaba con cautelosidad en torno suyo.

Algo terrible pesaba sobre la conciencia de aquel hombre cuando de tal modo perdia el dominio de sí mismo.

Mil veces se movieron sus labios como queriendo pronunciar una palabra, y mil veces los sintió, á su pesar, enmudecer.

Pasado un largo rato pudo por fin decir:

—Esto seria llevar muy adelante mi venganza: no, no; es necesario que yo impida este crímen horrible; su muerte pesaria sobre mí como un remordimiento espantoso: cielo ó infierno, yo os conjuro, dadme fuerzas!

El desconocido se puso en pié y dió un paso.

En el mismo instante, donde menos pudiera haberse sospechado su existencia, se abrió en el tapiz de la pared una estrecha puerta, y el anciano que hemos conocido en el baluarte, penetró en la habitacion, preguntando en excelente castellano:

—¿Qué quieres?

—Respóndeme, Ixtaotlzin, ¿es tiempo todavía?

—¿De qué?

—De salvar á esa jóven de la muerte.

—De eso vengo á hablar contigo.

—¡Oh! entonces dí, no perdamos el tiempo.

—Responde la verdad.

—Pregunta.

—¿Has empañado la frente de esa vírgen?

—Te juro que no.

—¿No mientes?

—No miento.

—Tu Dios te lo premie.

—Sí; pero por fin, ¿vive esa jóven?

—Vive todavía.

—Necesito quo al punto me la devolvais.

—Eso no es posible.

—¿Por qué razon?

—Lo sabes demasiado: en cambio de las riquezas que hemos puesto al capricho de tu codicia, nos prometiste entregarnos una doncella, hija de familia principal, perteneciente á nuestros enemigos, y hoy que espira el plazo que te habiamos puesto, cumpliste

tu palabra, con lo que nada digno de premiarse has hecho, pues de antemano recibiste la paga.

—Advierte, Ixtaotlzin, que todavía no ha espirado el plazo que me señalásteis.

—¿Y bien?

—Observa que apenas hace tres horas que el sol ha comenzado su carrera, y que nuestro convenio fué el de entregaros la doncella noble antes de la media noche.

—Y acabas de cumplir tu promesa, pues la entregaste mucho antes de la media noche.

—No ha sido esa mi intencion, y reclamo las horas señaladas para término de mi obligacion.

—No te las podemos conceder.

—¿Por qué? preguntó colérico el desconocido.

—Mal harias en provocar nuestras iras.

—¡Vuestras iras! repitió con desprecio aquel; no las temo.

—Sé prudente.

—No admito consejos; necesito que me devolvais á esa jóven, ó mi venganza será horrible.

—No la tememos.

—¡Ah!

—Ademas, eres impotente para cumplirla.

—No lo alcanzo así.

—Pues bien, no olvides que estás en nuestro poder, y que si nosotros nos oponemos á tu salida de esta casa, no habrá medio de que te escapes de ella.

—¿Qué estás meditando contra mí?

—Nada; por el contrario, todos te estamos en verdad agradecidos; la víctima no puede ser mejor elegida.

—¿La víctima dices?

—Sí.

—¿Cuál es el destino de esa jóven?

—Te lo diré.

—Habla! calma mi ansiedad!

—Se acerca la fiesta de Teteoinan, madre de los dioses y abuela nuestra, y tan gran celebridad la solemnizamos, segun el rito de nuestros padres, de este modo. * Buscamos una doncella de la mas alta nobleza y, ricamente alhajada, la elegimos para el honor de representar á aquella diosa; despues que todos la adoramos, otra mujer la sostiene sobre sus hombros, y el sacerdote con el cuchillo sagrado la decapita; entonces se le arranca del cuerpo la piel, y con ella se viste el sacerdote mas jóven, siendo despues incensado por todos nosotros.

El desconocido no pudo por menos de lanzar un grito de horror al acabar de escuchar la corta pero espantosa descripcion de tan bárbara ceremonia.

—¿Qué es eso? preguntó impasible el indio.

—¿Y de un crímen semejante tratásteis de hacerme cómplice? ¡Oh, Dios mio! exclamó con terror aquel hombre.

—¿Crímen llamas á una de nuestras mas sagradas fiestas? Agradece que nadie sino yo te ha oido, pues semejante blasfemia habria sido tu sentencia de muerte.

—Pero bien, replicó el desconocido, comprendiendo que aquel hombre por nada se aterrorizaba; esa jóven no puede ser propicia á vuestros dioses.

—¿Por qué?

—Es cristiana y pertenece á la nueva raza.

—Es verdad.

—¿Entonces?......

—Eso no implica dificultad.

—¿Cómo?

—Consultado el gran Topiltzin sobre este caso, dijo que si la doncella no ha sido empañada por el hálito de un hombre, será digna víctima de la diosa á quien se le dedica, y tanto mas grata á sus ojos, cuanto que la noble doncella es hija de nuestros enemigos.

—¡Horrible decision!

* Clavijero.

—Por eso vine á preguntarte sobre la pureza de esa jóven; estoy satisfecho y te dejo.

—¡Ah! no; tú no te irás sin prometerme que esa jóven me será devuelta.

—Es imposible.

—Te lo ruego por cuanto mas ames, por tu diosa misma.

—En servicio de ella, todos somos sordos á los ruegos de la víctima y á los tuyos.

—¡Oh! maldicion!

—¿Qué dices?

—Que todo se podrá remediar si me devolveis esa infeliz.

—¿De qué modo?

—Entregándoos otra víctima.

—Ya no es tiempo; ha sido consagrada á la diosa desde el momento en que cayó en nuestro poder.

—¡Oh! si salvais á esa desgraciada, os juro entregaros, antes de la hora convenida, dos doncellas en vez de aquella cuya salvacion pretendo.

—¡Imposible!

—¿Por qué? habla, que me estás matando.

—A Teteoinan no se le sacrifica jamas sino una sola víctima.

—Os devolveré dobladas las riquezas que me habeis entregado por mi complicidad en vuestro sacrificio.

—Considera que te seria muy difícil, si no imposible, el entregarnos doblados los tesoros entregados á tu codicia; pero aun cuando así fuese, ¿qué podria importarnos un oro que no necesitamos para nada?

—¿Pero no habrá remedio posible?

—Ninguno; esa jóven será sacrificada......

—¿Cuándo?

—A la media noche de hoy.

—¡Ah!

—Tu Dios te guarde: me voy; nos dejas satisfechos.

—No; detente, escucha.

—Me esperan.

—Atiéndeme.

—No puedo.

—Pues bien, yo sabré impedir tamaño crímen.

—¿Qué vas á hacer?

—Volver á la ciudad, participar al virey lo ocurrido, y guiar aquí sus soldados para que os destruyan y se repartan vuestras riquezas.

—¡Infeliz de tí! dijo el indio con desprecio; ni aun eso te es posible hacer.

—¿Por qué?

—Porque desde este instante eres nuestro prisionero.

—¿Prisionero vuestro?

—Sí.

—Antes que puedas dar esa órden, habrás muerto, exclamó el desconocido arrojándose con su puñal sobre el indio, que al verle venir hácia él, dejó escapar un grito semisalvaje é ininteligible.

CAPÍTULO XXX.

El plan del traidor.

Las puertas secretas que en número de tres tenia la elegante recámara, se abrieron instantáneamente, y varios grupos de indios armados aparecieron en sus dinteles.

El desconocido lanzó un grito de terror.

El anciano, su interlocutor, le miró sonriendo con una muestra de desden en extremo pronunciada.

El desconocido dijo:

—¡Oh! sin duda alguna soy un sér maldito por Dios: cuando en el camino del crímen he tratado de detenerme y remediar el mal, un sino infausto me lo ha impedido, arrastrándome con él.

Esta reflexion pareció dejarle en extremo abatido.

El anciano hizo una señal y todas las puertas volvieron á cerrarse, desapareciendo en consecuencia los formidables guerreros; despues dijo:

—Ya lo ves, todo lo teniamos previsto.

El desconocido no supo qué responder.

—¿Callas? ¿estás convencido de que eres impotente contra nosotros? Responde.

—Abusais de las circunstancias y el número.

—De ambas hubieras tú abusado del mismo modo, dando aviso á las tropas de nuestros enemigos para que nos destruyeran; nosotros nos hemos adelantado.

—Pero mi amenaza solo se efectuaria en el caso de habérseme negado la devolucion de esa jóven.

—La cual es imposible.

—¡Oh! yo te ruego, Ixtaotlzin, que busques un remedio á la espantosa situacion de esa jóven.

—¿Qué mas honor puede pretender que el ser sacrificada á tan grande diosa?

—Anciano, no te ciegues con tu propia supersticion; esos sacrificios sangrientos no pueden halagar jamas á la divinidad.

—La tradicion y la palabra de los ministros de los dioses aseguran lo contrario.

—Las tradiciones no pueden ser jamas reglas de accion.

—Te engañas, ellas son las que enseñan.

—En cuanto á vuestros sacerdotes.......

—Acaba.

—Son unos impostores, pues no puede recibirse inspiracion alguna de vuestros groseros ídolos.

El indio sintió acudir la sangre toda á su cabeza, le pareció que su vista se turbaba; pero su naturaleza vigorosa supo refrenar cumplidamente los instintos sanguinarios del odio y la venganza.

—No sabes lo que dices, y olvido tus blasfemias.

—Repito mi acusacion.

—Extranjero, admiro tu valor; te ves preso y amenazado de muerte, y osas insultar á tus contrarios en lo mas sagrado que para ellos hay: yo te perdono en nombre de ellos, porque este es el justo premio del valor.

—Ixtaotlzin, no son alabanzas las que te exijo, sino el remedio de tan espantoso mal.

—Créeme, no le hay.

—¡Cielos! exclamó el desconocido como inspirado.

—¿Qué te ocurre? preguntó sorprendido el anciano al notar la especial agitacion de que su interlocutor se encontraba poseido. Este respondió haciendo la siguiente pregunta con atropellada rapidez:

—¿No os seria grato celebrar la fiesta de la madre de vuestros dioses reconstruyendo el antiguo imperio?

—¿Qué dices? preguntó Ixtaotlzin, vivamente interesado.

—Que si os sentís con brio suficiente en el corazon para emprender vuestra reconquista, tal vez pudiérais con mi ayuda lograrla en el dia de la fiesta de Teteoinan.

—¡Vana promesa! dijo el anciano con amargo desaliento.

—¿Vana? ¿por qué?

—Propones un imposible.

—Anciano, esa palabra no se aparta de tus labios: ó no comprendes el valor que en nuestra lengua tiene, ó tu espíritu es pequeño y acusa tu cobardía.

—¡Extranjero! dijo el anciano lanzando al desconocido una mirada terrible; ¡ay de tí si otra vez osases lanzar contra mí tamaña acusacion! Mira, prosiguió el azteca, creciendo mas y mas en noble entusiasmo, al mismo tiempo que descubria un pecho y unos brazos materialmente cubiertos de cicatrices; pregúntales á estas viejas heridas, si el que puede mostrarlas donde yo las muestro, tuvo miedo jamas ni á las ballestas ni á los arcabuces de los españoles. No; aquí, en este viejo corazon, jamas ha anidado el miedo, y la voluntad que le alienta no sucumbió ante la derrota y la dispersion de los suyos, sino al golpe terrible de la fatalidad. Por eso la voz interior de mi conciencia me grita sin cesar: «aun vives tú, y tu patria ha muerto; vela, vela sin tregua; espera el momento, apréstate á luchar, y si aquel llegase, esgrime el poderoso micuahuitl, y ó salva á la patria, ó cubre con tu cadáver sus venerandas ruinas: los buenos hijos no deben sobrevivir á la deshonra de la madre.» Extranjero! tú dices que puedes marcarme el instante de

la lucha, y yo te creo, y te pido que seas breve, que por la patria y por la honra, toda dilacion es un crímen.

—Comprendo tu abnegacion, bravo Ixtaotlzin; cualquier corazon se inflama en ira y valor cuando ve esclava de un enemigo la señora de nuestro amor y albedrío.

—Sí, sí; quiero luchar por un cadáver querido; quiero luchar; la lucha es la vida del moribundo!

—Pues bien, yo te daré terreno donde luchar.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Qué dices?

—No sé mentir; mi venganza te traerá tal vez la victoria.

—Pero tú, extranjero, jamas nos has servido de balde: ¿qué vas á exigir por el bien que prometes? Si es tanto como lo que él vale, mucho dudo el poder complacerte.

—Conozco su cuantía, pero quiero enseñarte á ser generoso.

—¿A mí?

—Sí; escucha.

—Abrevia.

—Tú me negaste no hace mucho la libertad de una sola mujer; pues bien, yo te ofrezco la libertad de un pueblo entero, en cange de la salvacion de esa jóven.

—¡Extranjero!......

—Solo á ese precio comprareis mi ayuda.

—Entonces.....

—Habla.

—Nada podemos hacer.

—¡Cobarde!......

—¡Ah! ve lo que dices.

—No me espantan, bravo Ixtaotlzin, tus amenazas; yo tambien tengo mi corazon endurecido en su superficie, herido de muerte en su interior; nada temo por mí, y este es el secreto del valor.

—Tiempo há lo he comprendido.

—No me interrumpas, y escucha mis justas impugnaciones.

—¡Habla! habla!

—¿Creeis vengaros de vuestros enemigos matando una de sus indefensas hijas? Si ellos os ofendieron, buscadles frente á frente, escupidles en el rostro, provocad la lucha, y si vuestros dioses son propicios á las oblaciones de sangre, ¿qué mejor altar para ofrecérsela que el extenso campo de batalla?

—Dices bien, extranjero.

—Volvedme, pues, á esa desgraciada, antes que el aparato de la muerte la haga sucumbir sin llegar á asentar su planta sobre el último escalon de su cadalso.

—¿Y si mintieses, extranjero?

—¡No mentiré, por Dios!

—Esa jóven será puesta fuera de peligro.

—¡Ah!

—Pero dí cual es tu proyecto de auxilio.

—Bien sabes que los tercios castellanos saben matar y ser invencibles con su gefe á la cabeza.

—¿Y bien?

—Del mismo modo te consta que sin ese gefe, solo saben hacerse matar como héroes.

—Lo reconozco.

—Pues bien, todo mi plan es entregaros el gefe.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y dices que eres español?

—¿Qué quieres dar á entender?

—Que maldita la fé que merece el hombre que así se ajusta á vender la vida y el honor de los suyos.

—¡Ixtaotlzin! dijo colérico el desconocido, ¿quién te ha dado el derecho de fallar sobre mis acciones?

—¡Extranjero! todo el mundo tiene derecho á marcar con el dedo á un traidor á la madre patria.

—¡Anciano!

—Harto derecho tiene á hablar así quien tiene marcadas en el pecho las señales de su bautismo de sangre.

—Y bien, creelo así si te place; tal vez variarás de modo de pensar el dia que tu sola aspiracion, tu solo ensueño sea la satisfaccion de una venganza.

—Pero tengo entendido que por horrible que esa venganza sea, mas horrible será aún el remordimiento que ella origine.

—Para juzgar como todos los hombres, tienes antes que haber sufrido tambien tanto como todos ellos.

—Pero sepamos tu plan.

—Ya te lo he dicho; dejar sin gefe á vuestros enemigos.

—¿Pero sin qué gefe?

—Sin el único cuya falta puede desmoralizarlos.

—Explícate.

—Sin Don Martin Enriquez.

—¿Sin el virey?

—Sí.

—¿Pero y la audiencia?

—Ixtaotlzin, esto debieras saberlo tú; el éxito de todas las revoluciones está en saber aprovechar el primer momento.

—Para tan grande empresa somos muy pocos.

—En cambio la gloria será mucho mas.

—Sucumbiremos tal vez.

—Sí, pero con honra.

—¿Quién nos verá morir?

—¿Quién?

—Sí.

—La historia; y ella, ni os olvidará jamas, ni permitirá que los hombres os olviden.

—¿Y quién nos responderá de tus promesas?

—¿Quién mejor que mi propio interes?

—¿Y cuál es él?

—Deshacerme de mis enemigos, tomar venganza de pasadas afrentas y poseer una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Y esa mujer es la víctima que tratas de rescatar?

—No, yo te lo juro.

—¿Por qué entonces compras su salvacion á tan grande precio?

—Te lo repetiré una vez mas; porque por este medio lograré la satisfaccion de una venganza.

—¿Quién es entonces esa mujer que anhelas?

—Esa mujer es la vireina.

—¡Extranjero!

—¿Qué te extraña?

—Lo osado de tu crímen.

—¿Admites?

—Sí, que al fin si tú te cubres de baldon, á mí me brindas con la inmortalidad y la gloria.

—Concluyamos.

—Desarrolla tu plan.

—Entrégame á la jóven.

—Eso fuera empezar por lo último que se debe hacer.

—Es necesario.

—Dí la razon.

—El primer paso que hay que dar, es el atraer á este mismo sitio al virey.

—¡Tú deliras!

—¿Por qué?

—Don Martin, ó no vendrá, ó hará que le acompañen gentes adictas á su persona, que sepan morir en su defensa.

—Te engañas.

—O tú quieres engañarme.

—¡Ixtaotlzin! no abuses de tu posicion ventajosa!

—Te repito que harto motivo da para hacer dudar á un enemigo, quien lo es de sus propios hermanos.

—Dichoso tú que no comprendes el poder inmenso de un insaciable apetito de venganza que tarda en verse satisfecho!

—Prosigue tu plan.

—Don Martin es español, y por lo tanto honrado, caballero y galante con las damas.

—¿Y bien?

—Si una dama le escribe demandándole amparo, pero exigiéndole que acuda solo en su ayuda, él, sin duda de ningun género, acudirá á la cita, y solo.

—Pretendes engañarte; su encumbrado puesto de lugarteniente de estos reinos le exige ser previsor.

—Te equivocas; antes te lo he dicho y vuelvo á repetírtelo ahora, antes es caballero que virey.

—Insisto en mi duda.

—Ixtaotlzin, sabe para tu gobierno, que mas es en España el rey, y no obstante, Felipe II y yo nos hemos hallado repetidas veces en tan galantes como peligrosas aventuras.

—Te creo.

—Haz venir á la jóven en cuestion.

—Sí; pero no saldrás con ella de aquí mientras tanto tu venganza y nuestra empresa no se encuentre bajo un gran pié de probabilidad.

—Admito.

—Haré entonces que la doncella sea conducida aquí.

—Una cosa te advierto, y debe hacerse por el bien general.

—Veámosla.

—Decidle que del inmenso peligro de muerte que ha corrido, la han salvado tan solo mis súplicas con vosotros y mi cariño por ella.

—Así lo haremos.

—El tiempo corre.

—Ten entendido que estás perfectamente vigilado; la menor sospecha de traicion que nos hagas concebir, os costará la vida á esa doncella y á tí.

—Pierde cuidado; me garantiza el interes de mi venganza.

....

....

Pocos momentos despues, una de las puertas secretas se abria para dar paso á la hermosa Estrella.

El desconocido no pudo por menos de lanzar una exclamacion de terror al observar la cadavérica palidez de aquel hermoso rostro: á haber estado dormida sobre un lecho, pudiérasela haber tenido por muerta.

Parecia caminar maquinalmente y sobremanera abstraida, cual si ninguna relacion tuviese con los séres que la rodeaban.

Sus ojos manteníanse inmóbiles y brillantes, como el vidrio humedecido.

Sus labios habian cambiado el vivo color rojo de otros dias por un morado negruzco.

Las dos trenzas de su magnífico cabello negro caian sueltas sobre sus espaldas.

Habíanla despojado de su manto; pero su vestido se conservaba intacto, cayendo en grandes pliegues de seda.

¡Pobre Estrella! parecia un cadáver escapado de los sepulcros.

—Estrella! querida Estrella! dijo el desconocido al observar la inmobilidad de la jóven, acercaos, nada temais; soy vuestro amigo, y os acabo de salvar de un gran peligro.

La jóven nada respondió ni hizo el mas leve movimiento.

—¡Dios mio! ¿qué significa esto? se preguntó aterrado el desconocido; ¡Estrella! ¿no me oís?

La jóven permaneció impasible.

El desconocido se acercó á ella y la tomó de una de sus preciosas manos.

La jóven se estremeció, cual si acabase de ser bruscamente despertada de un sueño.

—¡Estrella, por Dios! ¿qué teneis?

—¡Ah! ¿sois vos, Don Luis? exclamó ella; ¿por qué habeis tardado tanto en venir en mi auxilio? ¡Ah! si viéseis cuánto he sufrido y cuánto me han hecho padecer!......

Y la hermosa jóven rompió en amargo llanto.

El desconocido se habia puesto mas pálido que aquella infeliz.

—¡Estrella! Estrella! por Dios! vedme bien, no soy yo D. Luis.

—Sí, Don Luis; venid, venid á mi lado, y vuestras palabras aliviarán mi afliccion.

—¡Dios poderoso! gritó con una espantosa expresion de desesperacion y angustia, ¡qué es lo que he hecho!

La jóven se dirigió al sofá y dijo:

—Venid, Don Luis, sentaos al lado mio.

—¡Dios mio! Dios mio! ¿qué hacer? ¡Qué tormento tan horrible siento que me roe la conciencia!...... Tengo miedo de todo, de mí mismo...... ¿Qué resolucion tomar?...... ¡Dios mio! Dios de bondad! una vez mas en mi vida os invoco de todo corazon! inspiradme, inspiradme!

—¿Qué decís? preguntó la jóven, levantándose y dirigiendo sus pasos al desconocido, en cuyos hombros apoyó sus manos, mirando su rostro fijamente.

—Estrella, ¿no me conoceis?

—¡Ah! exclamó ella rechazándole; vos no sois Don Luis.

—¡Oh! aun distingue bien; quizá pueda hallarse un remedio: Estrella, añadió dirigiéndose á la jóven, en efecto yo no soy Don Luis; pero puedo traérosle si vos lo quereis.

—Os doy las gracias.

—¿Quereis que venga?

—Sí, sí; que venga, que venga! repitió con alegría la jóven.

—Pero es necesario que le escribais una esquela.

—Sí, sí, le escribiré; dadme papel, dadme pluma.

—Tomadle, dijo el desconocido presentando á la jóven un recado de escribir.

La jóven tomó la pluma, la apoyó sobre el papel, y volviéndose á su interlocutor, le dijo con una extraña sonrisa:

—No sé qué decir.

—¿Quereis que yo os dicte?

—Hacedme ese favor.

—Escribid, dijo él dictándole lo siguiente: «A Don Martin Enriquez.»

—¿Qué decís? preguntó la jóven; ese no es el nombre del que yo amo; se llama Don Luis Cortés.

—Yo os suplicaria pusiéseis lo que os dicto.

—¿Por qué razon?

—Don Luis, contestó titubeando el desconocido, se encuentra preso......

—¡Ah! exclamó la jóven, ¡tambien él!

—Sí, y como yo tengo que penetrar en su prision, á fin de que no me sorprendan deseo que varieis el nombre; eso nada importa, al fin conoce vuestra letra.

—Es verdad; ¿pero qué le vamos á decir?

—Que venga á salvaros.

—¿Pero cómo si está preso?

—¡Diablo! exclamó para sus adentros el desconocido, comprende y juzga; despues añadió en voz alta: Vuestra carta le dará valor, y yo le decidiré á que huya conmigo, lo que le será muy fácil, pues tengo ganados á sus guardianes.

—¡Ah! eso sí, respondió la jóven.

—¿Consentís en variar el nombre?

—Sí; dictad.

La esquela vino á quedar así:

«A Don Martin Enriquez.

«Si sois galan y caballero, acudid en socorro de una dama que os demanda amparo en el peligro. Si no quereis que mi situacion se empeore, venid enteramente solo, sin que nadie lo sospeche, y en cuanto os sea dable, á la casa negra á orillas de la laguna de Texcoco. Venid por tierra; acercaos á las tapias, donde una persona comprada por mí se encargará de introduciros al jardin. Sed discreto.

«Estrella.»

La jóven, despues de escribir la carta anterior, fué volviendo poco á poco á ensimismarse, abstrayéndose de toda relacion con cuanto la rodeaba.

El desconocido se fijó en aquel rostro impasible, y al encontrarse con la mirada fria, inmóbil, sin expresion, de aquellos ojos hermosísimos, sintió estremecerse su cuerpo como se estremece el cobarde moribundo al contemplar la oscura cavidad de su sepulcro.

Aquel silencio que se desprendia elocuente de los pálidos labios de su víctima, hablaba tanto á su inquieta conciencia, que sus palabras, desprovistas de sonido, le helaban de terror cual si les hubiese prestado su acento horrísono y metálico la bíblica trompeta del Juicio final.

El desconocido tuvo miedo: la cobardía está en la naturaleza del criminal: no hay mal alguno que nos cause impresion tan terrible como aquel que nosotros mismos motivamos.

El crímen reviste á la conciencia con la triple capa de acero del cinismo; pero ni aun así le cabe posible defensa: la víctima es el iman que arrastra en pos de la verdadera justicia la mas acerada conciencia. El hombre, al pretender huir del castigo justo, suele él mismo entregarse á la vindicta pública.

El desconocido queria huir de su víctima, y su conciencia le acercaba á ella.

Su semblante estaba descompuesto, sus ojos se abrian desmesuradamente, sus labios mantenian la agitada respiracion de un pecho que se sentia ahogar, y todo su cuerpo temblaba nerviosamente.

En tanto la jóven continuaba impasible y mirando sin ver, con esa vaguedad del que no puede darse cuenta de aquello que mira.

El desconocido desdobló el papel en que Estrella habia escrito, y despues de leerle se arrojó á las plantas de la jóven, repitiendo atropelladamente:

—¡Perdon! perdon! perdon!!......

Estrella no hizo demostracion alguna ni en pro ni en contra de aquel hombre; permaneció impasible cual una estatua de marmol; siempre abstraida, pero mas hermosa que las vírgenes divinas de Murillo.

El desconocido se puso en pié y tomó una mano de la jóven,

pero instintivamente la repelió horrorizado; aquella mano tenia la rigidez y frialdad extremas de un cadáver.

Despues se apartó de su lado, y dirigiéndose á una de las puertas secretas, la abrió.

—No hay nadie, dijo; salvémonos con ella.

Volvió al lugar donde permanecia la jóven é hizo ademan de tomarla por la cintura.

En aquel instante resonó por tres veces en el interior de la casa negra el sonido vibrante y melancólico del instrumento que en el pabellon del baluarte oimos tocar al anciano Ixtaotlzin.

El desconocido le escuchó aterrado.

—Me observan, dijo; huyamos, huyamos de aquí: desgraciada Estrella, no tardaré; y guardando la carta con interes, añadió:

—¿Qué es lo que aquí llevo, Estrella desgraciada? tu salvacion, ó mi venganza? No sé cuál de ellas me seduce mas. Sí, sí, yo soy un sér maldito, mi corazon es una mezcla del crímen y la virtud: suele esta presentárseme en el camino de mis odios bajo la figura del arrepentimiento; pero mis ojos están manchados de sangre, y el crímen á que se hallan acostumbrados, me hace fatalmente desconocer la suprema belleza de la virtud. La energía de mi alma ha decaido, todo me espanta; nunca temí á mis enemigos jurados Bernardo y Cascabeles, y hoy su alianza con el virey me intimida. ¡Oh! si ellos llegasen á ver esta carta en manos del virey, todo se habrá perdido; conocerán que la traicion la ha dictado: ellos hasta el presente han hecho infructuosos los golpes de mi venganza; doquiera me persiguen, hasta en lo íntimo de mi conciencia misma; sí, porque al variar su nombre Cascabeles, cual si yo mismo se los hubiese dictado, escogió los apellidos de Avila y Monade...... ¡Ah, Dios mio! esos nombres hieren sangrientamente mi recuerdo. ¡María! María! aquel crímen horrible robó de mi alma todo sentimiento noble, para arrojarme al precipicio horrible de mi perdicion! ¡Avila! Monade! Dios mio! qué misterrio horrible encierran esos nombres pronunciados por Cascabeles! Habrán leido en mi frente el secreto del verdugo del bienhechor de Ayodoric!......

El desconocido miró en torno suyo, y otra vez sus ojos se encontraron con la fria mirada de la jóven.

—¡Huyamos! huyamos! dijo, desapareciendo por una de las puertas secretas.

....

....

En el pabellon del baluarte el anciano Ixtaotlzin observaba momentos despues la superficie del extenso lago de Texcoco.

En direccion á México bogaba una canoa, sobre cuyos flotantes tablones se veia á un fraile, que de pié y vestido del hábito azul de San Francisco, volvia sin cesar su vista hácia la casa negra.

Aquel fraile era el reverendo padre Fray Francisco de Rivera.

¿Cómo habia podido abandonar en la casa negra á la confiada jóven, que tan imprudentemente acababa de exponer á los grandes peligros á que la hemos visto expuesta?

CAPÍTULO XXXI.

La caja de la cinta amarilla.—El Ahuehuetl de Hernan Cortés.

BERNARDO y Cascabeles se encontraron por fin delante de la abierta caja de la cinta amarilla.

Como la de la cinta verde, un paño blanco primorosamente bordado cubria su contenido.

Bernardo le levantó, y á su vez aparecieron dos hermosas trenzas de pelo negro y suave.

Ambos camaradas no pudieron ahogar un grito de terror á la vista de ellas.

—Cascabeles, hijo mio, hé aquí el mas espantoso de los desengaños.

—Sí, amigo Bernardo, ya no hay duda; el velo de inmaculada pureza, á través del cual nuestro amor veia á la hija de la infortunada Doña Ana de Hesse Romberts, ha caido para siempre de nuestros ojos.

—Cascabeles, esto nos matará.

—Sí, Bernardo; despues de semejante certeza, la muerte solo.

—No, hijo mio, no; Dios lo ha querido, acatemos su voluntad.

—Pobre amigo mio, vuestra pasion paternal por la hija de la

antigua señora, os impele á buscar una disculpa que la justifique á nuestros ojos.

—¿Luego tú la supones criminal?

—Si esas prendas teneis en vuestras manos, ¿qué mas deseais?

—Ver justificada tan horrible sospecha.

—Recordad el medallon pendiente al cuello de Don Luis Cortés: el rizo que contiene, es de la dueña de estas trenzas, y la fecha del 30 de Agosto de 1576, es la misma en que creimos muerta á Doña Catalina. Sobre todo, las dos palabras «Crímen,» «Amor,» no dejan duda sobre la veracidad de nuestros temores.

—Y no obstante, Cascabeles, es necesario desvanecer nuestra sospecha.

—¿Pero cómo?

—Con la realidad.

—¡Qué decís! ¿podrá la realidad hacer otra cosa que confirmarla?

—Sí; podrá destruirla.

—Recordad, amigo Bernardo, que al volver á ser encontrada la esposa del virey, nosotros notamos desde luego que de aquella hermosa cabellera habia sido cortada una gran cantidad de sus enormes rizos.

—Es verdad.

—Recordad tambien que una mañana sorprendimos, por un imprudente descuido, sobre el tocador de Doña Catalina, dos trenzas cortadas, exactamente iguales á las que ahora tenemos delante.

—No lo he olvidado.

—Y bien, ¿no comprendeis que aquellas trenzas fueron cortadas para servir de presente á un amante feliz?

—¡Cascabeles!......

—Os lastimo el corazon, lo sé; sois muy bueno para con ella; pero tiempo es ya de que os haga sentir la herida del agudo dardo que mucho tiempo hace tiene traspasado mi corazon.

—¿Qué dices, hijo?

—Lo que otras veces os he dado á entender.

—Explícate.

—Es necesario que dudeis de Doña Catalina, como hace mucho tiempo que yo dudo.

—Tus celos impertinentes, exclamó Bernardo con marcado disgusto, te han hecho concebir tan insultante sospecha.

—Vereis la luz y negareis su brillo.

—Vamos, Cascabeles, suspende tu juicio; ¿acaso ella nos ha dado á entender algo á este respecto en sus confidencias?

—¡Confidencias! confidencias!! ¿acaso las tiene con nosotros desde su matrimonio con Don Martin Enriquez?

—Es verdad.

—Su desvío es manifiesto, su desden marcado.

—¡Cascabeles!

—Sí, digo la verdad; ha creido remunerarnos lo bastante con colocarnos en cierta posicion, que es bastante menos tranquila que nuestra vida agitada en las Vistillas de nuestro querido Madrid, en mal hora abandonado.

—¡Hijo!

—Hablemos con franqueza; aquí no hemos venido á otra cosa que á probar la amarga hiel de las decepciones.

—¡Cómo ha de ser!

—Buen consuelo por cierto!

—¿Qué otro partido tomar?

—¿Cuál decís?

—Sí.

—Salir mañana mismo por la posta con direccion á la Veracruz, en ella tomar un buque, y dejarnos conducir á España.

—¿Y para qué?

—¿Lo preguntais?

—Es claro.

—Para pedirle á aquella tierra bendita que nos vió nacer y á quien ingratamente hemos abandonado, un rincon donde abrir una sepultura.

—¡Cascabeles!

—Sí, Bernardo; ¿para qué hacernos ilusiones? ambos deberemos de morir pronto: vos, pobre anciano, os hallais en el ocaso de vuestra vida de abnegacion; yo, enfermo del alma, siento que mi vida se extingue tan rápidamente como la llama de una bujía; en el reloj de arena de nuestra vida, contados son los granos que miden nuestra existencia. Volvámonos á dormir en el campo bendito donde por primera vez nos dió su calor benéfico el sol de nuestros padres.

—¿Y ella, desgraciado? y ella?

—En los brazos del que se ama, olvidan los corazones ingratos, patria, padres y amigos; no nos echará de menos.

—¿Y si el peligro la amenazase todavía?

—Seamos egoistas en el último instante de nuestra vida.

—¡Cascabeles!

—Muramos con el luto en el alma, en tierras de la patria.

—¡No, no! ella primero!

—Siempre esa idea que tantos males nos ha buscado.

—¡Ah! Cascabeles! tú no sabes lo que el alma de un padre es para las ingratitudes de los hijos!

—De los hijos, sí; pero ella no es vuestra hija.

—¿Qué otro nombre que el de padre pudiera ella dar á quien como yo ha vivido tan solo para su amor y su cuidado?

—¿Y cuándo habeis visto una mujer agradecida al amor de quien la adora?

—Hijo, tú hablas resentido.

—No, por mi fé, aun cuando bien comprendo que mi cariño por ella era digno de galardon mas grande. Pretendo de vos que una sola vez en Nueva España escucheis mi parecer y lo pongais en planta; crucemos el mar.

—¡Oh! si esta sospecha horrible se confirmase......

—¿Aun dudais?

—Sí, hijo mio.

—¡Pobre anciano!

—Pero te juro que si por desgracia saliese cierta, haré lo que deseas y partiremos de Nueva España.

—¿Lo jurais?

—Doy mi palabra de soldado antiguo.

—Bien, me agrada; equivale á lo mismo.

—¡Que llore ella nuestra ausencia! exclamó el buen escudero, enjugando las lágrimas que á su pesar brotaban de sus ojos.

—¿Llorar? no lo creais, nos olvidará.

—Francisco, hijo mio, calla; ¿no ves que estoy llorando como un niño?

—Es verdad, sí; yo tambien lloro ante la idea de abandonarla, porque sabeis demasiado cuánto es por ella mi cariño; pero su desden me consume, y yo quiero contar mi pena á los cielos amigos que en mi infancia me cobijaron. A España.

—A España, sí; pero cuando nuestra última ilusion se haya desvanecido; aun alumbra nuestra senda la brillante luz de la esperanza.

—¡Una esperanza!

—Sí.

—¿Cuál es?

—Esta caja misteriosa.

—¡Ah! no lo creais; esa caja encierra sin duda la confirmacion de nuestros temores.

—Veámoslo, dijo Bernardo sacando el manuscrito colocado en el fondo de la caja.

El manuscrito decia así:

«Acababan de presenciar los moradores de la hermosa capital de Nueva España las fiestas con que modestamente se celebraron las bodas de Don Martin Enriquez y Doña Catalina de Mendoza, vireyes del extenso imperio conquistado.

«Muy distinguido era en la corte vireinal por su ilustracion, galantería y recto juicio, el jóven Don Luis Cortés, poseedor de una de las mayores fortunas de Nueva España.

«Solicitado de las damas y querido de los hombres, el jóven

mexicano veia deslizarse su vida por una senda de flores que brotaban sin cesar al leve soplo de la primavera de su juventud.

«Y sin embargo, aquella alma, niña todavía, se la miraba languidecer agostada por prematuro abatimiento moral.

«Hubiérase dicho que el frio espíritu de un anciano decrépito habia trasmigrado al cuerpo de aquel jóven varonilmente hermoso.

«Su educacian habia sido esmerada, su entendimiento era despejado y recto; del mismo modo cruzaba su espada con el mas apuesto maestro de armas, que en los salones de la corte se distinguia requebrando con exquisita galantería á las mas hermosas damas.

«Y sin embargo, jamas buscaba los goces propios de su juventud y asequibles á su fortuna; Don Luis Cortés llevaba el fastidio de la muerte en el alma.

«Nadie acertaba con el motivo de fenómeno semejante, y aquella natural tristeza le hacia mas amable á los ojos de las damas, y mas interesante á los de los hombres.

«Y no obstante, era bien sencilla la causa de él.

«Aquel jóven, amable para las mujeres, simpático para los hombres, no habia amado jamas.

«El amor es la vida de las almas, y á Don Luis Cortés le faltaba la esencia que fecundizara la suya.

«Los ojos de todas las hermosas de la corte, aun estando enamoradas de él muchas de ellas, no habian logrado encender en aquella alma especial el fuego sagrado de una pura pasion.

«Manteníanle mas en la corte las instancias de sus amigos que su propia inclinacion.

«Amaba la soledad de los bosques seculares del gigante *Chapultepec*, últimos restos de aquel imperio de esforzados guerreros, derrocado por exigencias del progreso y la civilizacion para ejemplo y admiracion de las naciones.

«Allí, vagando al azar por las extensas bóvedas formadas de colosales ahuehuetes, cubiertos con su venerable y cana cabellera de fresco heno, evocando los espíritus de los antiguos emperadores,

recordaba los accidentes de su historia prodigiosa y procuraba olvidar la causa de la lenta tristeza que le consumia.

«En tal situacion de su ánimo, ocurrió la llegada á México de la prometida del virey, y Don Martin Enriquez, antes que á ningun otro, invitó para sus bodas á Don Luis Cortés.

«El apuesto jóven no tuvo ocasion de conocer á la esposa del virey hasta el mismo momento de la sagrada ceremonia, y cuando su corazon sentia tal vez la primera chispa de un sentimiento desconocido para él, el sacerdote, uniendo las manos de los felices esposos, bendecia en el nombre de Dios aquella union indisoluble.

«Los ojos de Don Luis Cortés no se apartaron un solo instante del rostro angelical de la hermosa Catalina.

«El pobre jóven debió de sufrir mucho, porque los nobles esposos hacian gala por doquier, y naturalmente, de la grande ventura de que se encontraban poseidos.

«En el baile del palacio el virey suplicó á Don Luis Cortés le dispensase el obsequio de romper la danza con la hermosa desposada.

«Entonces fué cuando Don Luis comprendió que amaba á aquella mujer: bailó instintivamente sin darse cuenta de ello; sus miradas y su pensamiento entero estaban ocupadas tan solo en la muda adoracion de la ilustre vireina.

«Pero Don Luis, como hombre ilustrado y de educacion, no permitió que nadie, ni la esposa misma, comprendiese la extraña inquietud de su alma.

«Al dia siguiente los nobles esposos salieron á caballo á visitar los hermosos alrededores de la capital.

«Una corta comitiva les acompañaba, y Don Luis Cortés llevaba á su derecha á la nueva vireina, que con el trage de montar aparecia radiante de belleza y alegría.

«Sin poderlo remediar, el jóven comprendia que su corazon le arrastraba hácia aquella mujer que el dia anterior acababa de conocer, y que él amaba, cual si ella fuese el tipo soñado por su corazon, muerto hasta aquel entonces.

«El fino trato de Don Luis cautivó desde luego á la vireina, y si sus miradas de profundo amor iban todas dirigidas al noble esposo, la fuerza de la conversacion la sostuvo con el jóven mexicano.

«Las exquisitas galanterías de este merecieron la gratitud de la vireina, cada vez mas encantada con el noble amigo de su esposo.

«Aquel dia Don Luis pareció á todos mas animado que de costumbre, y él manifestó que la dicha de los ilustres delegados de Felipe II le tenia encantado.

«Don Martin fué el primero en aconsejarle que desechando su habitual tristeza, buscase una esposa digna de su buen corazon y su linaje esclarecido, y se casase con ella, en la seguridad de que el matrimonio para dos personas que se idolatran, es el paraíso terrenal.

«No faltó quien completando la figura, hiciese notar que en el soñado paraíso matrimonial, la veleidad de la mujer era la serpiente que mostraba á la esposa con falaz encanto el fruto prohibido, causa de la perdicion de tantos Adanes.

«El virey aseguró que cuando la virtud está encarnada en el alma de la mujer, no hay serpiente posible que la seduzca y arrastre al precipicio.

«Nadie pudo sospechar cuál seria el pensamiento de Don Luis á este respecto; pero el jóven habia mirado á la vireina y sonreido infernalmente.

«Despues de tres cuartos de hora de galopar la ilustre viajata, se apeaba á legua y cuarto de México en las tortuosas calles de una pequeña aldea, formada por dos docenas de casas y *jacales* ó habitaciones peculiares de cierta clase de indígenas, levantadas alrededor de una sencilla ermita con honores de iglesia.

«La pequeña aldea no podia ser mas pintoresca; por doquiera alzaban sus ramas, vestidas de hojas de verde esmeralda, numerosos álamos y fresnos, envolviendo á las sencillas habitaciones en su apacible sombra, que les proporcionaba agradable frescura.

«Los campos cercanos ostentaban sus ricos sembrados, nuncios de abundantes cosechas.

«Por donde quiera, los bullidores manantiales surtian de sus cristalinas aguas los artificiales arroyuelos formados por el labrador para el riego de sus feraces sementeras, y cien especies de diversas aves dejaban escuchar sus armoniosos acentos, sobresaliendo por cima de todos el canto inimitable del ruiseñor mexicano, del prodigioso *zentzontli*, cuyo nombre, que en la antigua lengua del país significa *cuatrocientos*, le fué dado por sus ingeniosos moradores en gracia al número prodigioso de sonidos diferentes que el ave deja escuchar, libre en las frescas enramadas de sus gigantes bosques.

«Venian á completar el encanto del pintoresco paisaje las caprichosas siluetas de los mil montes que forman el extenso valle de México, en cuya falda se miraba dibujarse, como una paloma en su nido, la moderna poblacion de México, dormida al abrigo de sus colosales volcanes Popocatepetl é Ixtaccihuatl, coronados por una eterna diadema de perpetuas nieves.

«Aquella poética aldea llevaba un nombre sagrado para españoles y mexicanos.

«Los segundos veian en él el recuerdo de una memorable accion de armas en defensa de la Patria.

«Los primeros recordaban á su vez, con el mismo nombre, una honrosísima derrota, y el principio de una retirada mas prodigiosa que la de los célebres Diez mil.

«Ese nombre venerable era el de POPOTLA!

«El gran capitan Hernan Cortés, despues de haber conseguido por medio de la astucia la entrada en la capital de Moteuczoma, exasperó la prudencia de los antiguos mexicanos con las desordenadas exigencias de su espíritu emprendedor y de la codicia de los suyos. La enemistad de los guerreros aztecas le puso en gran conflicto de perecer entre los muros de su propio alojamiento, y resolvió salir de México con los suyos durante la noche del 1º de Julio de 1520. Noche fué esta que desde entonces se apellidó *Triste*. Los mexicanos sorprendieron á los españoles y sus aliados en la

retirada, y les hicieron sufrir una sangrienta derrota. Grande era el corazon de Cortés; mas no tanto que pudiese dejar de derramar abundantes lágrimas en memoria de sus amigos muertos y en holocausto de aquel desastre. Aquellas lágrimas, que la historia ha recogido, las derramó el esforzado caudillo al pié del elevado y corpulento ahuehuete, que á despecho de los siglos refiere á los hombres el duelo del esclarecido caudillo.

«En presencia de aquel testigo de la anterior historia, Don Martin y cuantos le acompañaban descubrieron sus cabezas y echaron pié á tierra.

«Durante mucho tiempo los mudos personajes contemplaron aquel anciano y venerable testigo del dolor del héroe.

«Su tronco corpulento, con dificultad podrá ser abrazado por un círculo de quince hombres; y quien trepare á la última de sus ramas, se encontrará á treinta y cinco varas del suelo.

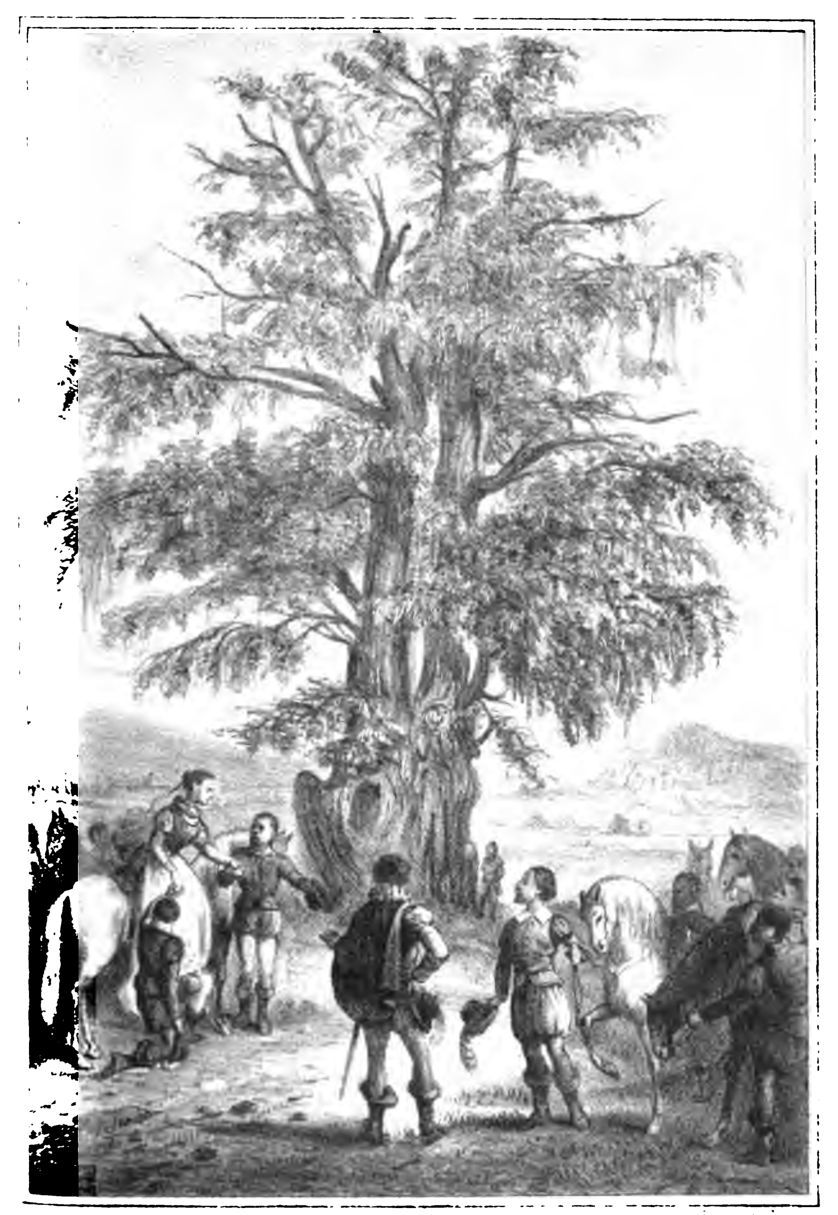
«Tiene en su tronco una simple grieta que puede ocultar perfectamente á cinco hombres; ahuecado, su corteza podria servir de morada á una familia.

«Sus ramas se multiplican prodigiosamente y sus hojas son largas y en extremo delgadas.

«Aquel gigante de la vegetacion sorprendente del antiguo Anáhuac, vestido de su recuerdo histórico, inspira veneracion y respeto: las lágrimas de un héroe son preciosas y envuelven en su líquido diamante algo de la grandeza del que las derrama. Hernan Cortés, héroe de una epopeya prodigiosa, lloró una sola vez; pero para sus lágrimas creó la naturaleza americana el vivo monumento que á través de los siglos repetirá á las generaciones venideras las glorias de un grande hombre.

«Estos recuerdos y consideraciones que los personajes de la vireinal comitiva hacíanse entre sí, ocuparon vivamente sus imaginaciones fogosas, ardientes y pensadoras.

«Instintivamente fuéronse separando los unos de los otros, ya á vagar solos, ó formando pequeños grupos, por los alrededores del *ahuehuetl*, que es su verdadero nombre mexicano.



Litog. de Iriarte

El Ahuehuetl de Hernan Cortés. p. 336.

«Don Luis Cortés dió su mano á la hermosa vireina, y á su vez la guió por aquellos frondosos prados, rodeados del pintoresco horizonte del extenso valle.

«De toda la comitiva Don Luis Cortés era el único que conservaba todo su dominio sobre sí mismo, y el solo que libre de aquel embeleso histórico, por así decir, deseaba hablar de los sentimientos íntimos de su alma.

—«Vuecelencia, dijo el jóven dirigiendo la palabra á Doña Catalina, parece tambien poseida por entero del recuerdo histórico que ha venido á despertar en nosotros la presencia de este árbol gigante.

—«No os lo niego, respondió la encantadora esposa del virey; es muy grato para los corazones que disfrutan de verdadero orgullo nacional, encontrarse en presencia de un monumento que recuerde un capítulo de las páginas de oro de su historia.

—«Y sin embargo, aquí estamos recordando un desastre de los conquistadores.

—«Teneis razon, Don Luis; pero vos, tanto como cualquiera otro, comprendereis en vuestro recto juicio que la derrota de la *noche triste* es, en medio de todo, un timbre de la gloria del esforzado caudillo, cuyo espíritu tal vez en estos instantes vaga alrededor del gigante testigo de su pena.

—«Es la verdad; el último de aquellos esforzados guerreros llevó á cabo prodigios de imperecedero valor durante el sangriento combate, y si en él sucumbieron á las heridas del dardo mexicano de tres puntas, Velazquez de Leon, Amador de Lariz y los dos Franciscos Morla y Saucedo, la historia colocó sobre sus tumbas el laurel que tan solo ciñe al denuedo y al valor de los mártires de la patria.

—«Me place que ese sea vuestro modo de pensar.

—«Yo, señora, pienso cual todo hombre desapasionado y de buen juicio debe hacerlo á este respecto: he tenido la dicha de nacer bajo el puro cielo de este país privilegiado, no hace mucho objeto de la atencion del mundo entero, á quien tanto admiran las maravillas de su suelo como la epopeya realizada en él.

—«Decís bien, Don Luis.

—«Si yo ofendiese á aquellos soldados, ofenderia á mis progenitores; y un hijo que reniega de sus padres, es miserable y ruin, y digno de ser escupido en el rostro.

—«Teneis razon, Don Luis; nadie es mas justo que aquel que reconoce y estima el bien en manos de sus enemigos.

—«Máxime cuando esos enemigos aman el país y se hacen amar en él por su ciencia ó sus virtudes.

—«Don Luis, vuestra conversacion es amena, y en ella campea una joya que la embellece, el buen criterio.

—«Gracias, señora; nada es tan grato como el elogio que nos prodigan los rojos labios de una hermosa.

—«Caballero, sois en extremo galante.

—«¿Quién no se siente inspirado delante de una belleza?

—«¡Don Luis!

—«Señora, permitidme que desentendiéndome de las fórmulas de corte exigidas por vuestro rango, os exprese con toda la franqueza de mi alma impresionada, lo que á vuestra vista siento en el corazon.

—«¡No os comprendo!

—«El temor de ofenderos detiene en mis labios las palabras.

—«¿De ofenderme? preguntó la vireina con extrañeza.

—«Sí, señora; si no llega puro, el suave aliento de la brisa mancha las flores en cuya corola se mece.

—«Explicaos, porque no acierto á comprenderos.

—«¿Sabeis lo que es amor?

—«Es la semilla de esta ventura indescriptible que disfruto, amante y amada de mi marido.

—«Y bien, señora, ¿sabeis lo que son celos?

—«Una desgracia que teme la presencia del amor verdadero.

—«Vos la definís segun vuestra actual ventura os lo exige.

—«No comprendo otros celos.

—«Pues existen, señora, los que propiamente merecen ese nombre terrible.

—«Decidme, Don Luis.

—«Hay en la vida un tormento horrible, mayor todavía que las eternas penas, y consiste en amar con frenesí un sér querido cuyo amor, que por sí solo constituiria nuestra ventura inmensa, no nos puede pertenecer jamas, sino robándosele al hombre que al hacerse feliz selló con sagrados juramentos la puerta del paraíso donde residia nuestra dicha posible.

—«Hablad, Don Luis, hablad.

—«Pues bien, señora, ese tormento horrible engendra en nuestra alma un infierno de sufrimientos espantosos, y ese infierno se denomina la pasion de los celos.

El jóven se encontraba trémulo de emocion; Doña Catalina, al volver, interesada en sus palabras, los ojos á su interlocutor, algo leyó en ellos que la conmovió.

—«Don Luis, dijo, sereis muy desgraciado si no os resolveis á arrojar de vuestro corazon esa pena que os devora; olvidad un amor que no puede ser vuestro.

—«¡Ah! no lo creais.

—«¿Qué decís?

—«Ese amor, si ella quisiere, será mio, y entonces seremos felices.

—«Pero si ella tiene el sentimiento de la honradez, no querrá jamas.

—«¡Ah, señora! no sabeis cuánto me lastiman esas expresiones!

—«Os comprendo; amais, pero amais un crímen, y en mis consejos os parece escuchar la voz inflexible de la conciencia que os acrimina.

—«En vano, señora, fuera la lucha; es el hombre muy pequeño para dominar ciertas pasiones, y el corazon, á su pesar, se deja arrastrar por ellas, sin que en sus oidos hagan fuerza los argumentos de la razon.

—«Vuestros argumentos son falsos; las grandes pasiones deben estrellarse contra la dignidad del que las experimenta: vos debeis luchar, luchar y vencer.

—«¿Pero sabeis cuál es la mujer que adoro?

—«Aun cuando sea un prodigio de bondad y hermosura, no hallareis disculpa para vuestra demencia.

—«¡Señora!

—«Aun en ese caso, no os toca sino admirarla.

—«El deseo se sobrepone á todo respeto.

—«¡Cuidado, Don Luis! exclamó la vireina con sónrisa encantadora; ved lo que decís, pues en gracia de la autoridad de que me hallo revestida, pudiera aplicar á vuestro crímen el terrible castigo.

—«Para mi demencia no habria otro mas horrible que vuestro desden.

—«¿Qué decís?

—«Que rompiendo por todo respeto y conveniencia, no puedo por menos de deciros......

—«Concluid.

—«Que vos sois esa mujer......

—«¡Basta! dijo secamente la vireina, con un tono de ofendida dignidad que heló al jóven.

—«¡Perdonad! replicó este.

—«Mas haré, olvidaré vuestras palabras.

—«Señora......

—«Difícil será hallar ejemplo á vuestra osadía: no cito para nada mi autoridad suprema como esposa del virey; mi alma se sobrepone á semejantes consideraciones, y primero fuí mujer que noble y vireina. Estimo á los hombres por sus virtudes y cualidades, despreciando al noble cuya sola honradez consiste en el mayor ó menor número de los cuarteles de su blason. Al haceros cargo por vuestra osadía, solo os acuso porque inconsideradamente habeis ofendido á una dama en lo íntimo de su honra. Muy despreciable debo de ser á vuestros ojos cuando un dia despues de mis bodas, osásteis revelarme un secreto que empaña el alto aprecio en que os hicísteis tener por toda la corte. Quien no sabe refrenar sus pasiones merece compasion; pero el que no sabe respetar á una dama honrada, solo es digno del mas insultante desprecio.

—«¡Ah, señora! ¿qué decís?

—«No puedo decir mas sino que os perdono y olvido la enojosa ocurrencia: para mí siempre sereis el mismo Don Luis Cortés, amable, caballeroso y complaciente, amigo de mi esposo y distinguido de la vireina. En prueba de ello, mis labios tendrán siempre para vos una sonrisa y palabras de cariño. Hacedme, pues, Don Luis, el obsequio de darme vuestra mano, y unámonos al grupo en que Don Martin conversa con sus amigos, entre los cuales faltais vos.

«Don Luis obedeció sin saber qué responder; aquella bondad de la digna esposa del de Enriquez le tenia sonrojado.

«Sus francas expresiones habian sido acompañadas por tal dulzura y revelaban tanta verdad en su agradable acento, que el jóven nada pudo temer, y sí quedó confundido ante tan generoso proceder.

—«Señores, dijo la vireina clavando sus tiernas miradas en los ojos de su amante esposo, ¿os parece que nos volvamos á la ciudad?

«Todos demostraron su asentimiento, y los palafreneros presentaron á sus dueños los respectivos caballos.

«Don Luis acercó á Doña Catalina su magnífico alazan, y Don Martin, postrándose en tierra, presentó á su divina consorte, como grada para subir al estribo, su rodilla, sobre la cual la hermosa jóven apoyó su precioso piececito graciosamente calzado.

«A su vez Don Martin y Don Luis subieron á sus caballos, siendo imitados por la comitiva, y últimamente por los criados.

«El sol comenzaba á hacerse molesto; todos los ginetes apresuraron en consecuencia el trote de sus caballos.

«Pronto se encontraron á corta distancia de la *traza* de la ciudad, como á unas quinientas varas de esta; allí hicieron alto un corto instante, y Don Martin dijo acercándose á su bella esposa:

—«En este punto del camino de Tlacopan, por donde pretendieron retirarse las tropas de Don Hernando Cortés la llamada *Noche Triste,* se encontraba el tercer foso que defendia la antigua ciudad. Al llegar á él Don Pedro de Alvarado, que mandaba la retaguardia, se vió acometido por tan gran número de enemigos

y en tan grave riesgo de caer en sus manos, que no pudiendo hacerles frente ni pasar á nado el foso, fijó el extremo de su lanza en el fondo del canal, y haciendo hincapié en ella, dió impulso á su cuerpo y salvó de un salto la opuesta orilla, donde se encontraban los suyos. Así pudo salvarse de la muerte el ágil caudillo, y en memoria de su prodigioso esfuerzo, hoy dia se llama este lugar el *Salto de Alvarado.*

«Don Martin daba á conocer á su bella esposa los lugares notables de la poblacion: dicho aquello, á una señal suya la comitiva comenzó á internarse en la poblacion, siendo saludada y victoreada muchas veces por sus vecinos.

«Mientras tanto, Don Luis meditaba en silencio una infamia indigna de él y de la noble dama que debia de ser la víctima.»

CAPÍTULO XXXII.

Continúa el anterior.—La velada de Palacio.

LA noche del dia siguiente tenia lugar en el extenso jardin del palacio vireinal la mas espléndida fiesta que pudiera concebirse.

«Los ilustres esposos, durante los dias anteriores, habian sido obsequiados por el cabildo de la ciudad, la audiencia y la nobleza. D. Martin, queriendo corresponder á tantos agasajos, y al mismo tiempo obsequiar á su vez á su hermosa consorte, habia dispuesto aquella gran fiesta á la luz apacible de la luna llena.

«El jardin estaba brillantemente iluminado á estilo de las veladas venecianas, que entonces estaban llamando la atencion sobre aquella república famosa.

«La hermosa vegetacion del privilegiado suelo mexicano se ostentaba en toda su riqueza y lozanía.

«Las jóvenes pero robustas arboledas cruzaban sus ramas graciosamente, formando magníficas bóvedas de verdura, salpicadas por doquier de las luces de colores de la iluminacion.

«Cristalinos surtidores de un agua fresca y bullidora saltaban

por doquier en los círculos de piedra de las fuentes, que reflejaban las luces de los faroles.

«Los dulces ecos de los instrumentos músicos poblaban con sus armonías el poético recinto, y los nobles convidados que en aquellos instantes se levantaban de la mesa del festin, colocada bajo un pabellon de verdura iluminado por mil bujías de cera, discurrian por las caprichosas calles del jardin, cuyas flores, que parecian haberse despertado del sueño, inquietas con el bullicio, tomaban parte en la fiesta exhalando por doquier los varios aromas de sus preciosas corolas.

«El efecto de los licores se dejaba comprender en la alegre animacion de las fisonomías y en las picantes conversaciones de los jóvenes.

«Por doquiera veíanse cruzar divinos grupos de rostros y cuerpos encantadores de las damas de la corte.

«Los alegres caballeros salian al encuentro de aquellos *racimos* de hermosuras, y los disolvian ó desgajaban ofreciendo á cada una de ellas ser su galan y acompañante por las calles del jardin.

«Los ancianos, desentendiéndose de pueriles devaneos, permanecian sentados á la mesa, buscando pretextos para libar en honor de tal ó cual personaje principal.

«La mesa, que habia estado ricamente servida, presentaba en aquellos instantes un artístico desarreglo.

«Las exquisitas frutas del país ostentaban sus variados colores y mil formas sobre ricas canastillas de plata maciza; dulces de todas especies y manjares especiales, se mezclaban por doquier en las valiosas piezas de la vajilla.

«Las primorosas piezas de los cubiertos de oro rodaban sin órden entre la mesa, y los vasos y botellas de cristal finísimo ostentaban los varios colores de exquisitos vinos extranjeros.

«Todo esto, mezclado con numerosos ramos de flores naturales en magníficos búcaros de exquisito trabajo, cubria materialmente el finísimo y blanco mantel, colocado sobre el tapiz de terciopelo y oro que revestia los costados de la enorme mesa.

«Prodigioso era el valor de aquella rica vajilla, para complemento de la cual debemos añadir que las bujías que en inmenso número iluminaban aquella riqueza, estaban colocadas en mas de cien candelabros, tambien de plata.

«El lujo de los vestidos de los cortesanos no era menor, y la elegancia de los trages llamaba la atencion tanto como la gracia especial con que sus dueños sabian llevarlos.

«La espléndida fiesta no habia tenido hasta entonces semejante en los anteriores vireinatos.

«La animacion que reinaba en ella era digna de su lucidez y del alto personaje que la ofrecia á su corte.

«En medio de la alegría general, la noche iba avanzando hácia el amanecer, y los convidados dando muestras de su cansancio y de su deseo de retirarse.

«La concurrencia disminuia notablemente en las frondosas calles del jardin; cada vez era menor el número de enamoradas parejas que las recorrian, y las conversaciones perdiendo la animacion natural á las primerás horas del bullicio, tornábanse en apacibles coloquios, que rebosaban en esa dulce y embriagadora languidez que precede á un instante de placer y amor.

«Mas de una vez al encontrarse dos brisas juguetonas, recogian en su invisible remolino el eco mágico de un beso, la plácida armonía de un suspiro, ó el ¡ay! misterioso de una bella......

«Los ancianos y los hombres de estado rodeaban al virey, que permanecia en la mesa, y discutian con madurez y precision acerca de las altas cuestiones relativas á estos reinos.

«¿Doña Catalina? nadie la habia visto......

«La iluminacion del jardin comenzaba á disminuir.

«Rápidamente aquellas luces moribundas se agitaban en angustiosa agonía; brillaban con fuerza un instante, y desaparecian en las tinieblas.

«Un jóven y apuesto galan, conduciendo del brazo á una dama vestida con elegancia de un riquísimo vestido de seda blanca recamada de oro, atravesó una de aquellas mal alumbradas calles de

árboles, y fueron á sentarse bajo el pabellon natural de un precioso cenador, formado por las ramas caprichosas de un rosal enredadera.

«Con dulce voz la dama preguntó á su galan:

—«¿Qué me habeis hecho beber, que así siento trastornarse mi cabeza?

—«No quiero engañaros, señora; el licor que ambos hemos apurado está mezclado á un líquido oriental, cuyo principal componente es el ópio.

—«¿Qué decís?

—«Ese licor, atacando nuestro sistema nervioso, dispone al placer nuestros sentidos.

—«Caballero, ¿qué habeis hecho?

—«Procuraros un instante feliz: vos gozareis, señora, cual nunca podeis haber gozado, cual no es fácil volver á gozar. Vais por unos leves momentos á trasladaros á un eden que solo existe en nuestra imaginacion excitada, pero cuyo encanto indefinible es tan inmenso, que el fundador de la religion oriental no dudó un solo instante en prometérsele á los creyentes como un paraíso eterno, premio de la fé y de las virtudes. El mundo imaginario de la felicidad va á tender ante la vista de vuestros ojos hermosísimos las grandes sábanas de aromosas azucenas, que no se marchitarán bajo el leve peso de vuestras divinas formas; le vereis y podreis disfrutar de su extenso cielo tachonado de las infinitas estrellas de cintilantes ilusiones, que mas ó menos brillan, pero que no desaparecen jamas. Vais á ser venturosa, pues al perder el dominio sobre vuestras facultades, os dejareis arrastrar por el vértigo de un ensueño de pasion embelesadora.

—«¡Ah! ¿qué decís? ese ensueño es imposible.

—«No, mi bien, no; Dios no lo quiere.

—«¡Ay de mí! habeis abusado de mi amistad.

—«¡Amistad! olvidad esa palabra, yo os lo pido; nada tan vano como ella: ¿existe acaso entre los hombres esa entidad? quién puede decir que alguna vez la encontró sobre la tierra?

—«El justo y bueno la practica, porque es una virtud.

—«No hay hombre tan justo y bueno que no la haya vendido alguna vez.

—«¿Y pretendeis discuparle?

—«No; pero la amistad fué un imposible inventado por dos amantes de inverosímil virtud: la amistad no puede existir entre el hombre y la mujer, porque ambos son creaciones del amor divino de Dios, habidas en la naturaleza, su obra amada. El primer precepto que el Sér Creador impuso á todas sus criaturas, fué el de conservar nueva la obra de su sabiduría: el hombre y la mujer individualmente, y lejos el uno del otro, son los elementos de una obra maestra; la mística union de entrambos constituye y completa esa misma obra maestra. El amor es el complemento de la obra de Dios.

—«Callad, por Dios, callad; ¡son tan hermosas vuestras palabras!

—«Y bien, ellas se inspiran en el encanto de vuestros ojos, y de sus miradas toman el calor que les da vida.

—«¡Dios mio! siento en mi cabeza girar en torno mio todo aquello á que mi vista se extiende!

—«Apoyaos en mi hombro; hacedme feliz rozando con mis mejillas los rizos de vuestro tocado, contestó el jóven tomando entre sus dedos la hermosa cabeza de la dama.

—«¡Oh, no me toqueis! dijo ella rechazándole con casto pudor.

—«¡Ingrata!

—«¡Ah! no lanceis sobre mí esa acusacion que me ofende.

—«¿Ofenderos?

—«Sí.

—«Bien lo comprendo; nos duele ser acusados de ingratos por aquellos á quienes queremos.

—«¡Oh! no mil veces: yo no os amo, no puedo, no debo amaros, y por tanto, no es posible en mí para con vos la ingratitud.

—«¡Ah, señora! ¿qué decís? preguntó el jóven tomando la mano de la dama y estampando en ella un beso amante.

—«¡Soltadme! exclamó ella con dulzura, alejaos.

—«¿Alejarme? ¿qué decís? ¿pudiera yo abandonaros en el instante de mi felicidad mayor? Nunca! nunca!

—«Yo os lo ruego, os lo suplico.

—«Me pedís la muerte del alma, señora.

—«¡Oh! callad! callad! vuestras palabras me causan tal placer, que me lastiman.

—«Bien mio, eso es amarme.

—«¡Amaros! amaros! nunca!

—«Vuestros ojos contradicen esas palabras.

—«No, no; yo no puedo amaros.

—«¿Que no puedes, ángel mio, dices, y estás en mis brazos? repuso el jóven ciñendo sus manos á la cintura de la dama.

—«¡Caballero! si lo sois, respetadme! exclamó la dama rechazando con violencia el brusco ataque de su galan.

—«Ante todo soy tu amante y tú lo eres mia.

—«¡Ah! me insultais!

—«¿Insultarte es decirte la verdad? Ven, ven á mí! repitió el jóven acercándose á la dama.

—«¡Retiraos! dijo ella con indignacion; yo os lo mando.

—«El amor me obliga á no obedecerte; ven á mí.

—«¡Teneos os digo! vuestro plan inicuo, Dios querrá que no se realice.

—«El amor lo quiere, y tambien es dios.

—«Os engañais; el efecto de vuestro licor infernal se ha detenido; mi cabeza comienza á despejarse.

—«¡Pues bien, antes que la sensacion del placer deseado se haya desvanecido, tú serás mia!

—«¡Nunca, caballero indigno! ¿Habeis olvidado con quién estais hablando?

—«En el amor no hay jerarquías; el corazon es libre para obligar á amar.

—«Si dais un paso mas hácia mí, pediré auxilio.

—«Ved que el escándalo hará de vos vuestra víctima.

—«¡Vos lo sereis del verdugo!

—«Morir despues de amaros, es la vida.

—«¡Retiraos de aquí! volvió á decir la dama, dando á sus palabras cierta majestuosa autoridad.

—«¡Nunca! esta ha de ser la noche del amor ó de la muerte.

—«¡Apartaos de mi paso! exclamó la dama dirigiéndose á una de las salidas del cenador.

—«¡No saldreis! respondió el jóven interponiéndose.

—«¡Atrás! dijo la dama apartando con moderacion al jóven.

—«¡No mil veces! gritó este volviendo á cogerla por la cintura.

—«¡Favor!

—«Nadie te oye, eres mia.

—«¡Miserable! soltad!

—«No sin amarte.

—«Favor! repitió la dama.

—«¡Eres mia! repuso el jóven forcejeando.

—«¡Dios mio! Dios mio! balbutió la dama cayendo desmayada, al mismo tiempo que un hombre, penetrando en el cenador, se arrojó sobre el jóven como una pantera, antes que el mal caballero hubiese podido ofender en lo mas mínimo el honor inmaculado de la virtuosa dama»..

....

....

—¡Ira del cielo!! gritó frenético Bernardo; Don Luis sin duda era el mal caballero, la dama Doña Catalina; pero ¿quién su salvador?

—¡Proseguid! proseguid! contestó Cascabeles, cuyas manos estaban crispadas, rígido su cuerpo é inyectados de sangre sus ojos.

Bernardo respiró unos instantes, volvió á fijar su vista en el manuscrito y continuó leyendo.

«Aquel hombre que tan á tiempo habia acudido en salvacion del honor de la ilustre dama, quien no era otra sino la esposa del virey, arrastró al pérfido amante, Don Luis Cortés, fuera de aquel lugar; abrió un postiguillo que en la tapia habia, y por él salió con

Don Luis, al cual condujo á su casa, diciéndole al dejarle en ella:

—«Vais desarmado, os podia matar aquí como un miserable; pero no quiero dar lugar ni en lo mas mínimo á que se sospeche de la virtud de la ilustre dama á quien tanto habeis ofendido; pero tened en cuenta mi venganza; os espío sin cesar: ¡ay de vos si en lo que de vida os queda, osáseis hacer referencia al lance de esta noche, ó hablar una sola palabra de amor á la esposa de Don Martin!

—«Caballero, contestó Don Luis, no tengo por qué obedeceros, no conozco el miedo.

—«Pues bien, yo os haré que lo tengais, respondió el desconocido descubriendo el embozo de su capa y mostrando sobre el pecho el gran escudo blanco y negro del tribunal del Santo Oficio.

—«¡Perdonad! exclamó el jóven aterrado, mientras él, sin hacerle caso, le cerró la puerta y desapareció con direccion al postigo de la tapia del palacio; abrió con cautela, entró en el cenador y vió tendida en la tierra á la dama: sin pronunciar palabra, sacó unas tijeras, se inclinó hácia Doña Catalina y cortó de su cabeza una buena cantidad de su magnífico cabello; despues salió diciendo:

—«Así tendrá otra vez cuidado de no beber licores orientales.

....

....

«Llegaron á despedirse los últimos convidados á la velada del virey, y cuando este se encontró solo, preguntó á la servidumbre por su ilustre esposa.

«Nadie le supo dar razon.

—«La hora es avanzada, se dijo Don Martin; sin duda alguna se habrá retirado á descansar: vamos á despedirnos de ella.

«Describir la sorpresa y el terror del noble esposo al entrar en la cámara nupcial y encontrarla sola, seria una empresa imposible.

«Llamó y cien criados acudieron.

—«Bernardo, Francisco, dijo el virey, ¿dónde están?

«Un criado respondió que en toda la noche no se les habia visto salir de su habitacion en palacio.

«El virey se dirigió entonces en persona á las habitaciones de ellos.

«En efecto, allí estaban: Bernardo se ocupaba en consolar al desesperado Francisco, monstruo de amor y de celos.

—«Amigos, dijo el virey, ¿Doña Catalina dónde está?

—«Señor, no lo sabemos; pero sin duda en sus cámaras.

—«No, no está allí.

—«Cielos!

—«Me temo una desgracia; busquémosla, amigos mios.

«Bernardo y Francisco siguieron sin vacilar á Don Martin; recorrieron todas las habitaciones del palacio sin encontrar á la dama, hasta que bajando al jardin llegaron al cénador de rosas trepadoras.

«Tendida sobre la arena permanecia la ilustre vireina, inmóbil, rígida y fria como un cadáver.

«Nos abstenemos de pintar el cruel dolor de aquellos hombres.

«La vista de la muerte en el rostro de un sér querido, es el principio de un dolor tan acerbo para el alma, que la herida que en ella abre, no se cicatriza sino el dia último de la existencia, mas allá del umbral de los sepulcros.

«Doña Catalina fué colocada en un lecho, y los médicos de palacio, despues de exámenes prolijos, manifestaron que su ciencia podria salvar la vida de la ilustre víctima con la ayuda de EL que todo lo puede; Doña Catalina conservaba aún un resto de vida.

«Muchos dias duró aquella lucha prodigiosa de la naturaleza y la ciencia contra la enfermedad y la muerte; por fin, la promesa de los facultativos fué coronada con el mejor éxito, pues la noble dama fué puesta en estado de convalecencia.

«La ciencia no pudo nunca adivinar la causa de aquella enfermedad terrible.

«Doña Catalina, al ser preguntada sobre el motivo de su desmayo mortal, aparentó ignorarle, pero con tal acierto, que nadie concibió la menor sospecha en contra suya.

«Y no obstante, la hermosa dama despues de su convalecencia se dejó poseer por una melancolía tan grande, que diariamente se podian medir en su rostro encantador los progresos de aquella enfermedad del alma que lentamente la consumia.

«Tal era la causa de su dolor.

«Aquella hermosa mujer, modelo de amantes y de esposas, habia recibido en su matrimonio la bendicion de Dios: un dia notó con sorpresa y alegría que en su seno latia el fruto de sus amores.

«Reconocida á la bondad del cielo, cayó en tierra postrada, y sus ojos humedecidos en puras lágrimas, se fijaron en la morada impalpable del Sér Eterno.

«Pero súbitamentê de sus labios se escapó un grito de terrible angustia, y sintió que su sangre se paralizaba.

«¡Podre dama! acababa de acudir á su imaginacion el recuerdo de la velada de palacio; su memoria le repitió las proposiciones do amor de Don Luis Cortés, sus dignas negativas, las amenazas del jóven, su osadía, y en fin, su lucha con él y su desmayo en brazos del doncel.

«Entonces concibió la horrible sospecha de que el jóven hubiese manchado su honor cobardemente, abusando de la pérdida de su conocimiento, y sus ojos brotaban lágrimas que abrasaron sus mejillas al rodar por ellas.

«En medio de aquel dolor inconcebible, la esposa digna se dijo con resolucion:

—«¡Nunca! nunca pondré en brazos de Don Martin una hija que tal vez no es suya: esposa honrada, sacrificaré mi corazon de madre al amor del marido. Dios quiere que yo sufra el castigo terrible de un delito del cual no puedo ser en justicia alguna responsable.

«¡Pobre Doña Catalina! la mas espantosa fatalidad pesaba sobre su corazon, dechado de todas las virtudes.

«Don Luis Cortés no habia empañado su pureza de esposa, ya lo dijimos; cuando la dama caia desmayada en sus brazos, un desconocido apareciendo de improviso en el cenador, habia arrastra-

do tras de sí al jóven antes de que hubiese podido tocarla á un solo cabello.

«El hijo que sentia latir en su seno, era el fruto de un amor bendito; el noble virey era su padre.

«Pero esto no podia saberlo la esposa inmaculada, y su escrupulosa conciencia la inducia á abandonar á su propio hijo.

«Todo cuanto ambicionaba Doña Catalina era al punto complacido por Don Martin.

«La vireina pidió salir de Méxicò, y su galante marido se lo concedió en el mismo instante.

«Cuando Don Martin supo el estado de su mujer, dió gracias al cielo porque así premiaba su amor.

«¡Infelices esposos! la fatalidad impedia la realizacion de su dicha.

«Cuando llegó el instante del alumbramiento, nadie le presenció sino la mujer que la asistia; todo estuvo perfectamente combinado con esta: una niña salió á luz, y apenas habia recibido el primer beso de su madre moribunda, cuando fué sacada de la casa donde habia nacido, y entregada á una familia honrada, segun disposicion de aquella madre desgraciada, que rechazaba como hijo del crímen al fruto de su virtud.

«Al virey se le dijo que el nacimiento habia sido imperfecto, y la criatura, sin forma humana, habia aparecido muerta. El dolor del esposo fué grande y amargo; la desesperacion de la madre fué terrible: se creyó imposible salvarla.

....

....

....

«Un último dolor le estaba reservado á aquella madre infeliz.

«Sin que nadie lo sospechase y con un pretexto de caridad, Doña Catalina salia todas las tardes de palacio á visitar á la familia encargada de su hija, en la actualidad de dos años.

«Durante unas horas, aquella buena esposa darramaba sobre la frente de su inocente hija lágrimas de pena y amor.

«Pues bien, ayer tarde al entrar en casa de su hija, la familia que la cuidaba se arrojó desconsolada á sus piés.

«La hija de Doña Catalina habia sido robada.......

«Procurando averiguar el paradero de la niña inocente, la vireina ha citado para esta noche y en la alameda á Don Luis Cortés: al escribir estas últimas líneas, la entrevista no ha tenido aún lugar; pero probablemente se habrá verificado cuando esta caja haya sido abierta.

«Don Luis, acatando la voluntad del desconocido de la noche de la velada de palacio, suspendió toda intriga amorosa respecto de la vireina, y esta, con una dignidad sin ejemplo, no ha demostrado jamas interes alguno, sino la indiferencia mayor hácia el que ella cree falsamente el padre de su hija con Don Martin.

«Esta noche, y llevada ella de la idolatría por el tierno fruto de sus amores, piensa descubrir á Don Luis el estado de su alma, y exigirle que busque la hija de su supuesto crímen.

«¡Pobre madre! no la encontrará! los raptores de la niña piensan hacer de ella el instrumento de una *venganza!*.. ..... Ahora bien, Don Luis Cortés, para quien estas líneas han sido escritas, y las cuales tal vez lees en estos momentos, puesto que tú has sido la causa del grave mal de que Doña Catalina es víctima, arrepiéntete de él y descubre la verdad á esa madre infeliz: si buscas un bien, la ocasion de llevarle á cabo te se muestra. Descubre este secreto, y tal vez añadirás un nuevo eslabon á la cadena de mis *venganzas.*»..

....

Así concluia el manuscrito de la caja de la cinta amarilla.

CAPÍTULO XXXIII.

Misterios.

MUCHO tiempo trascurrió sin que la jóven Estrella, hija del anciano de la historia terrible, en cuya casa habia sido recogido Don Luis Cortés, herido la noche antes en la calle que se decia *que va* á las Atarazanas, volviese á entrar en la recámara del jóven.

Este, que merced á la curacion del hábil anciano se encontraba casi repuesto de su herida, aguzado por su imaginacion volcánica, poseido por la incertidumbre y la impaciencia, tuvo el pensamiento de saltar de la cama, vestirse y aguardar en pié la vuelta de la jóven y su padre.

Sin pensarlo mucho, lo puso desde luego en planta vistiendo su elegante trage, perfectamente limpio por los criados de la casa de su bienhechor.

Al registrar sus bolsillos se convenció de que en efecto faltaba en ellos el paquete de cartas, alguna de las cuales hemos oido leer á la jóven Estrella.

Ya de pié Don Luis Cortés, se sintió bastante fuerte y vigoroso, y decidido á salir de aquella casa y esperando en vano que álguien llegase, se acercó á una de las puertas de la cámara y la abrió, saliendo despues por ella.

La habitacion en que acababa de penetrar se encontraba enteramente sola; en consecuencia, la cruzó sin vacilar, abrió otra puerta, y se detuvo al escuchar el eco de una conversacion inmediata.

Guiándose por el rumor y despues de abrir una tercera puerta, se encontró en un extenso salon adornado de trofeos aztecas, y vió á su hermosa cuidadora tratando en vano de hacer levantar de su sitial á su anciano padre, que removia sin cesar las ascuas de un brasero de dorado bronce, colocado delante de él.

—¡Ah, Don Luis! exclamó la jóven al verle.

—Yo mismo, señora.

—¿Por qué habeis abandonado el lecho?

—La impaciencia me devoraba.

—Pero eso ha sido una imprudencia; vuestra herida está fresca todavía.

—Es verdad, pero me siento vigoroso.

—Venid, venid y ayudadme á apartar de aquí á mi infeliz padre.

—¿Acaso está enfermo? preguntó el jóven al observar el descompuesto semblante del anciano, impasible á cuanto le rodeaba, y ocupado, con una especie de demente frenesí, en su tarea de remover las brasas.

—No me resuelvo á convencerme de una horrible desgracia.

—¿Qué decís?

—Ved su semblante, repuso la jóven mostrando á Don Luis el rostro de su padre: ¿nada leeis en él?

—¡Señora! balbutió el jóven retrocediendo.

—¡Ah! vos tambien os espantais!

—Pudiera creerse que ha perdido el juicio, añadió Don Luis.

—¡Ah! sí, caballero; mi desgraciado padre se encuentra privado de razon, contestó la jóven derramando un torrente de lágrimas.

—¿Pero cuál ha sido la causa?

—Don Luis, Dios ha castigado terriblemente nuestra curiosidad!

—¿Qué decís?

—Las cartas recogidas de vuestros vestidos han motivado ese trastorno mental.

—Explicaos.

—Nada puedo deciros de la clave de este misterio horrible: desde que os dejé para venir en su busca y le encontré aquí, en vano han sido todos mis esfuerzos por apartarle de este lugar.

—¿Pero qué hace delante de ese brasero?

—Remueve las brasas, repitiendo á cada instante que así hará desaparecer las pruebas de su deshonra.

—¿De su deshonra?

—Sí.

—¿Pero cuál puede ella ser?

—¡Silencio!!!...... gritó el anciano, clavando su mirada extraviada en los dos jóvenes.

—¡Padre! exclamó la jóven tomando la venerable cabeza de su padre y estampando en su frente un ósculo filial.

—¡Calla! calla! dijo el anciano; ¿no ves que el mundo puede enterarse de la deshonra de tu madre?

—¡Ah, Dios mio! exclamó Estrella cubriéndose el rostro con las manos y prorumpiendo en amargos sollozos.

El jóven no supo qué decir; mudo y sorprendido contemplaba los menores movimientos del demente.

Este dijo:

—Esas cartas malditas no volverán jamas á poder de ningun hombre, no; yo mismo las he reducido á cenizas en este brasero.

—¡Ah! ¿qué habeis hecho? preguntó Don Luis.

—¿Y tú me lo preguntas? repuso el anciano dirigiéndose á su hijo; he destruido las pruebas de la infamia de tu madre y de tu deshonor y el mio.

—Caballero, ¿quién sois vos? exclamó Don Luis dirigiéndose al anciano y tomándole por la mano con que removia las brasas.

—¿Y vos, quién sois? le dijo él.

—Aquel á quien tan generosamente habeis amparado en vuestra casa, curando su herida.

—¡Ah! sí; ¿estais bueno ya?

—Me hallo bastante bien.

—Retiraos entonces.

—¡Caballero! repuso el jóven, sintiéndose ofendido por el tono brusco de las palabras del anciano.

—¡Don Luis! dijo la jóven suplicante.

—Teneis razon; olvidaba su infeliz estado.

—¿No os retirais? volvió á decir el anciano: ¿qué mas quereis de mí?

—Satisfaceros con mi vida entera el bien que me habeis hecho.

—¡Vuestra vida! ¿la necesito yo para algo?

—Cumplo ofreciéndoosla.

—¡Ah! sí; yo la necesito.

—Tomadla cuando gusteis.

—Ahora mismo.

—¡Padre! exclamó la jóven.

—Necesito entregar tu cabeza al verdugo vengador.

—¿Qué estais diciendo?

—Sí, tiempo es ya de que los ladrones de la honra del hombre de bien sean castigados: tú has venido aquí á matar el corazon de mi hija desgraciada y de su padre infortunado.

—¡Ah! señor, ¿qué me quereis decir?

—No le escucheis, interrumpió la jóven, está demente.

—¡Demente! Infeliz! ¿quién te lo ha dicho? Yo puedo aún pensar, discurrir y castigar: huye de aquí, jóven, huye antes de que mi venganza caiga sobre tí!

La fisonomía del anciano se habia animado súbitamente: abandonando el brasero, se encontraba de pié, erguida su hermosa cabeza, cuyos ojos despedian lumbre; su trage estaba todo descompuesto y manchado de ceniza; sus brazos extendidos hácia el suelo y sus puños cerrados fuertemente.

—Caballero, dijo el jóven, no sé cuál pueda ser el móvil de vuestras palabras.

—¿No lo sabeis?

—Os juro......

—Sí; me has creido, como mi pobre hija, privado de razon, porque el horrible pesar del alma me atormenta y ciega con un pensamiento solo: te engañas, jóven; ahora, al fijarme en tí, te conozco; tú eres el que veces cien has pasado por debajo de las ventanas de mi hija, mirándola con fingido afan amoroso, para descubrirla despues tu desvío para con ella, tus amores para con otra.

—¡Padre! padre! exclamó la jóven, ¿qué estais diciendo?

—Dejadle continuar, yo os lo suplico, dijo el jóven.

—¡Sí, dejadme continuar! Eso quieres tú, escuchar de los labios del padre la agonía de tu víctima: ¡habla! dí!

—Demente ó con razon, yo debo, caballero, hablar, pues me dais ocasion para ello, con toda la franqueza de un alma recta y noble como la mia: si por desgracia un trastorno mental os priva del dominio de vuestra inteligencia, Dios escuchará mis palabras y hará justicia á mis intenciones.

—¡Habla, habla!

—Es verdad que mis ojos se fijaron veces cien en el rostro encantador de vuestra hija al cruzar por debajo de sus ventanas. Sus bellas facciones son el retrato fiel de las de la madre mia, y todos los buenos hijos adoramos cuanto nos recuerda el dulce encanto del primer sér por quien fuimos amados.

—Pretextos, siempre pretextos para disculpar el daño que haceis á nuestras hijas.

—Escuchadme, señor; tiempo tendreis de acusarme ó de absolverme.

—Continúa.

—Yo amaba á una mujer......

Estrella hizo un movimiento de disgusto; el jóven lo comprendió y dijo:

—Permitidme hablar de ella. Por cuanto de mas sagrado existe

para mí, os juro que ese amor ha desaparecido de mi alma con la última de sus cenizas......

—No te interrumpas.

—Amaba á una mujer, y sin embargo, al fijar en los ojos de vuestra hija mis miradas, sentí conmoverse con violencia mi corazon, y nacer en él un cariño que en vano trataba de combatir con las protestas de un primer amor......

—Continúa, continúa.

—Comprendí la necesidad de olvidarme de vuestra hija si habia de cumplir con la mujer á quien mis miradas dijeron amor cien veces, y anoche me propuse confesárselo de palabra, obtener su consentimiento, pedirla á su familia y enlazarme con ella para siempre......

Don Luis se detuvo, Estrella dió á entender cuánto la disgustaba aquella conversacion, y el anciano pareció fijarse mas cada vez en las palabras del jóven.

—No os interrumpais.

—Cuando ponia en planta esta resolucion, el desengaño acudió á desvanecer mis soñadas ilusiones: aquella mujer no me amaba, y todos sus esfuerzos parecian ir encaminados á ganar tiempo y atraer así sobre mi amor el cansancio y el olvido. No obstante, en aquellos momentos de duda comprendí que la amaba con harta violencia, y mi cariño luchó sin ceder un punto con el mismo desengaño. Al ver mi amante resistencia la madre misma de la mujer querida, me impuso salir de la casa para no volver á ella. Mucho mal me causó tal proceder, y no obstante, antes de abandonar la morada de aquella por quien me creí amado, la recordé mi amor, prometí no olvidarla y volver hoy al lado suyo. Al salir á la calle, varios hombres armados me detienen invocando el nombre del Santo Oficio; exígenme el paquete de cartas que habeis reducido á cenizas, y al escuchar mi negativa, caen sobre mí con una tremenda lluvia de estocadas, á la cual y á pesar de mi desesperada defensa, sucumbí. Ahora bien; esas cartas á nadie como á la madre de mi amada le importaban: luego si antes de herirme se me exigieron,

indudable es que los asesinos estaban allí apostados por ella. Circunstancias son estas suficientes para comprender desde luego la imposibilidad de mi amor por damas que así se portan con un leal caballero.

El anciano, al concluir de hablar Don Luis, cuyas palabras habia seguido con profundo interes, le preguntó:

—¿Esa dama era la dueña de las cartas?

—Sí.

—¿Cómo lo sabeis?

—La primer cartera donde esas cartas se encerraban, tenia sobrepuestas las tres iniciales de un nombre y dos apellidos con que un dia, y sin intencion, ví firmar á esa dama una esquela escrita con precaucion y misterio.

—¿Pero cómo se nombra esa dama?

—Hoy dia Doña Juana de Pimentel y Carrillo.

—¿Convienen esos apellidos con las iniciales?

—No.

—¿Cuál es entonces su nombre verdadero?

—Doña Estrella Carvajal de Cortés.

—¡Dios mio! Dios de bondad! Llevadme, llevadme donde vive esa dama! dijo el anciano, poseido de una exaltacion febril y de una impaciencia que no trataba de ocultar.

—Calmaos, padre mio, exclamó la jóven abrazándose cariñosamente al cuello de su padre.

—Permíteme, hija mia, salir en busca de esa dama.

—No, padre mio, no; no salgais, estais enfermo.

—No, Estrella de mi alma, mi cabeza está enteramente despejada; nada me aqueja.

—Señor, añadió Don Luis, soy de la misma opinion de vuestra hija; os encontrais enfermo, y no os seria conveniente salir ahora á la calle.

—Os engañais.

—¡Padre mio!

—El trastormo momentáneo no hace mucho causado en mi ce-

rebró por circunstancias especiales, os hace suponerme demente; pero no, hijos mios, Dios no puede querer ni quiere desgracia semejante. Hartos motivos tengo para ello; pero de las luchas del alma sabe salir triunfante mi privilegiada organizacion indiana.

—Dios sea loado por ello!

—Vamos, pues, en busca de esa dama; acompañadme.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Yo no debo jamas volver á verla.

—¿Por qué razon?

—Esa mujer me ha arrojado de su casa, y sobre el corazon llevo la prueba de que ha tratado de asesinarme.

—¡Oh! no lo creais; guiadme, y en su presencia aclararemos el misterio de vuestra agresion.

—Ese misterio está aclarado.

—¿Cómo?

—No lo dudeis; trató de arrancarme las cartas por tal medio.

—Eso no es posible; y prueba de ello es que dichos papeles fueron hallados cerca de vos por mis criados.

—Pero fuera de mis bolsillos.

—¿Y bien?

—Sin duda mis cobardes agresores los perdieron en medio de su aturdimiento y al huir.

—¡Error fatal! esa dama es incapaz de ordenar un asesinato; yo os lo juro.

—¿Por qué así salís á su defensa?

—Porque esa dama es......

Un criado se apareció en aquel instante en la puerta de la cámara, é interrumpió al anciano la palabra, diciendo:

—Una dama, que asegura llamarse Doña Juana de Pimentel y Carrillo, solicita con urgencia el hablaros.

—¡Cielos! exclamaron casi á la vez los tres personajes.

—¿La has hecho pasar al estrado? preguntó el padre de Estrella.

—En él os aguarda.

—Decidla que al instante voy.

El criado volvió á salir.

—Don Luis, servíos acompañarme.

—Os suplicò no me lo volvais á indicar otra vez, pues todas ellas me veré obligado á negarme del mismo modo.

—Permaneced entonces al lado de mi hija.

—Con placer me avengo á ello.

—Dios quiera no desvanecer mis esperanzas! dijo el anciano componiendo su trage y al salir de aquella habitacion.

CAPÍTULO XXXIV.

Ensueños de amor.

Habíanse hecho por una y otra parte las suficientes confianzas para que Doña Estrella y Don Luis, al encontrarse solos, no se sintiesen presa de esa grata emocion que embarga el sér entero de dos amantes al hallarse uno y otro frente al tribunal de sus amores.

Ambos habíanse descubierto respectivamente su cariño, sin haber pronunciado ninguno de los dos las mágicas palabras «yo te amo.»

Su situacion era por demas apurada; ambos sabian que eran amados, y sin embargo, deberian comenzar *por hacerse el amor.*

Durante algunos instantes ninguno de ellos se atrevió á alzar los ojos del suelo, ni menos á pronunciar una palabra.

Por fin ambos levantaron su vista, y al encontrarse sus miradas, entrambos sonrieron de su propia cobardía.

¿Por qué no hablar de amor cuando se amaban?

Aquella situacion se prolongaba, y era necesario iniciar una conversacion cualquiera, cuyo giro fuese encaminado al fin principal de aquellas almas, á departir de amores.

¿Pero quién comenzaba, y de qué modo?

En situaciones apuradas, el estado del tiempo es un gran recurso para decir algo.

Nuestros jóvenes parecian tan sobrecogidos con su posicion misma, que ni aun tal recurso utilizaban.

Por un extraño anacronismo, la mujer es en casos semejantes quien toma la iniciativa de la conversacion.

Doña Estrella dijo:

—Con los anteriores incidentes hemos olvidado hablar de vuestra herida; ¿cómo os sentís?

—Casi no me acordaba de ella.

—Buena señal es del acierto de la curacion.

—A no ser por el vendaje, habria olvidado la herida.

—¿No os incomoda?

—Absolutamente nada; la ciencia de vuestro padre es notable.

—Todo lo hace el cariño con que desde el primer instante se os vió.

—Cariño es ese cuya expresion me hace feliz, y que al par despierta en mi alma agradecimiento y amor.

—Sí, amor tan pasajero como todos los vuestros.

—Señora......

—Amábais ayer á una dama, y hoy, algunas horas despues, la habeis olvidado.

—No lo hubiera hecho á haberla amado de veras.

—¿Sabeis amar de ese modo?

—Me creo capaz de ello.

—Dios sabe; olvidais muy pronto para ser firme.

—¿No os he dicho la causa?

—Es verdad; pero no obstante......

—Todas las cosas incompletas se destruyen por sí propias; amar sin ser amado, es una obra imperfecta.

—¿Y cuál es el medio para conocer el amor verdadero?

—Uno solo.

—¿Cuál es?

—La constancia.

—Explicaos: cuando un amor llega á enfriarse hasta el grado de acabar por consuncion, el cariño no ha existido jamas entre los dos amantes.

—¿Qué, pues, los obligó á confesarse un dia amor, y durante mas ó menos tiempo mantener su promesa?

—El capricho y la estupidez de uno de ellos.

—Severo sois.

—Acabo de experimentarlo por mí propio; trataba yo de sacrificarme por una mujer, á pesar de comprender que no era digna de mí, y ya veis cómo me ha pagado.

—Pero vos, Don Luis, ¿la amais todavía?

—Por la memoria de mi madre os juro que no tan solo no la amo, sino que la desprecio.

—Y no obstante, si recibiéseis una esquela de su puño, asegurándoos que al haber tomado tal determinacion el alma se le hacia pedazos á impulsos del sufrimiento mas amargo; si al recibir ese papel pudiéseis descubrir sobre él las huellas de las lágrimas borrando el escrito; si para disculparse con vos invocara el nombre sagrado de vuestra madre y el amor á la suya; si en ella os hiciese todavía protestas de cariño, ¿cuál seria vuestra resolucion?

—Comprendiendo mi carácter, fácil os seria encontrar respuesta á vuestra pregunta.

—Decid.

—En primer lugar, no contestaria semejante carta.

—¿Le haríais tal desprecio?

—Y otro mayor si le encontrase.

—Continuad.

—Despues pensaria para mí que una coqueta jamas sufre nada en semejantes casos, pues su corazon y su cabeza están vacíos.

—¡Don Luis!

—Me reiria de las fingidas lágrimas que emborronaban la carta, diciéndome á mí propio y cual si con ella hablase: respeta el nombre de mi santa madre, que eres indigna de pronunciar, y no cites

el de la tuya, porque no merece el honor de ser repetido al par del de la mia.

—¿Y despues?

—No volveria á pensar en ella, recordando con vergüenza el tiempo que la habia amado.

—¿Ni aun su amistad aceptaríais?

—Sí, para pagarla con mi burla y mi desprecio.

—¿Seríais capaz de jurarlo?

—Por cuanto para mí hay de mas santo.

—Gracias, Don Luis, gracias por el bien tan grande que me haceis.

—Doña Estrella, para rendirme á vuestras plantas y ofreceros mi amor y mi constancia, necesitaba hallarme limpio de todo recuerdo de pasados devaneos; ¿aceptais mi cariño?

—Como aceptaria de las manos de Dios el bien supremo de mi alma, la eterna ventura.

—¡Oh! repetídmelo, Doña Estrella, una vez mas; vuestras dulces palabras me dan la vida y tornan á colocarme en la via sagrada de la fé.

—¿Pero debo yo de creer en vuestras palabras?

—¿Y por qué no, cuando la verdad las dicta?

—¿Quién podrá asegurármelo?

—Señora, vuestro propio instinto.

—¿Qué decís?

—Las mujeres de hidalga y noble alma tienen la ciencia especial de conocer que un hombre las ama verdaderamente.

—¡Cuántas veces suelen engañarse!

—No lo creais; ciencia es aquella de la mas exquisita sensibilidad.

—Mucho temo el no poseerla; pero me basta para creer en vuestro amor, oiros á vos repetírmelo: vos no me engañareis, porque no merece un cariño tan grande como el mio, ser pagado con tan negra ingratitud. ¿No es verdad, Don Luis?

—Dios inspira á vuestros labios, Doña Estrella, palabras tan

dulces y llenas de verdad! sí, yo os amo, porque es imposible veros sin amaros con idolatría.

—¡Don Luis! Don Luis! ¿debo de esperar algo de tan repentina pasion?

—¿Qué decís?

—La primera vez es esta en que hablais, y sin indicacion anterior decís ahora amarme.

—¿Acaso mis miradas, al pasar por debajo de vuestras ventanas, fueron tan frias para daros motivo á tal sospecha?

—No podré responderos, Don Luis, pues tan grande es mi cariño y tal mi deseo de ser querida por vos, que mis ojos lo ven todo de color de rosa, y en mis oidos suenan todas vuestras palabras como un eco de mi propio amor.

—No lo dudeis, Estrella mia, yo os amo con una violencia hasta hoy desconocida para mí, como seria imposible volverla á sentir, á ser fácil olvidaros despues de haber escuchado vuestro acento de arcángel y gozado de las miradas ardientemente enamoradas de vuestros ojos divinos.

—¡Cuán feliz me haceis con vuestras palabras, que así responden á los íntimos sentimientos de mi alma!

—Del fondo de la mia las arranca el inmenso cariño que vuestras miradas me revelan.

—¿Y sereis conmigo constante?

—¿Cómo pudiera dejar de serlo cuando vuestro amor es mi delicia y tengo el corazon avaro de ser querido?

—¿Y no vendrá algun dia el importuno recuerdo á entristeceros en mi regazo mismo?

—¿Quién en el feliz presente quiso jamas acordarse del pasado mal?

—Quedan heridas en el alma, que el recuerdo suele á veces revivir.

—Esas heridas, Estrella mia, las cicatriza por completo el fuego del nuevo amor.

—Haga el cielo que así sea.

—Sí, el cielo y vuestra pasion.

—¡Oh! de esa yo respondo.

—¿Sereis firme?

—Os amé sin saber si vos me amábais, y cuando supe que á otra dábais ese amor que era mi sueño, todo lo perdí, menos la esperanza: juzgad si podré olvidaros ahora que soy amada por vos.

—Gracias, Doña Estrella; ¿y os hallais dispuesta á ser mi esposa?

—Si un dia fué mi ambicion ser vuestra esclava, ¿cómo podeis dudar de si querré ser vuestra señora?

—Mi señora, sí, bien decís, porque desde ahora y para siempre, complacer hasta el menor de vuestros deseos será mi felicidad única, mi ensueño constante.

—Si esta felicidad ha de acabar, exclamó la jóven alzando al cielo sus ojos, tú, Dios de caridad y amor, quítanos en medio de ella la vida..

....

La hermosa jóven clavó luego sus ojos, anegados en lágrimas de placer, en el bello semblante de su amado, y los ángeles del cielo descendieron de él para celebrar con sus plácidas armonías y vagando en torno de los dos amantes, aquel amor tan grande y tan puro como el que dió orígen en el antiguo caos á la formacion de la obra maravillosa de la naturaleza.

CAPÍTULO XXXV.

Revelaciones.

SENCILLAMENTE vestida de negro, sin adorno de ningun género, pero deslumbrante de hermosura, con esa belleza majestuosa y soberbia peculiar á la mujer matrona en el ocaso de su juventud, Doña Juana de Pimentel y Carrillo esperaba en el estrado la presencia del anciano padre de la Estrella del anterior capítulo.

Leíanse en su rostro las huellas indelebles de un dolor profundo, y sus ojos grandes y rasgados aparecian marchitados en su viva mirada por el llanto abrasador del alma.

No obstante, las bellas facciones de aquel rostro artístico denotaban en su vigoroso dibujo la energía y el valor del corazon de la matrona.

Muy grande debia de ser su pena cuando aquel espíritu fuerte la permitia asomarse al semblante.

De vez en cuando un trémulo suspiro se escapaba de sus labios de carmin y aromatizaba el ambiente, perfumado por el oloroso cedro del artesonado del salon.

Pocos instantes hacia que aguardaba, y la mas marcada impaciencia se descubria en su menor movimiento.

Su misma excitacion no le permitia arrojar una mirada de natural curiosidad sobre los cuadros y muebles que adornaban el estrado.

El venerable anciano apareció por fin en el dintel de la puerta del extenso salon, y con extrema y majestuosa galantería llegó ante la dama y se inclinó respetuosamente.

—¿Es la señora Doña Juana de Pimentel y Carrillo la noble señora á quien tengo el honor de hablár?

—Servidora vuestra, caballero.

—¿Y podré saber á qué debo el favor de ver mi casa honrada con vuestra presencia?

—Caballero, no tengo el honor de conoceros.

—Don Hernando de Salazar, señora, servidor vuestro, dijo el anciano poniéndose en pié é inclinándose ante la dama.

—Pues bien, Don Hernando, con el alma traspasada de dolor, víctima de un crímen cuyo misterio no acierto á penetrar, recurro á presentarme en vuestra casa á fin de ver si es posible dar con algun indicio de la intriga cuyos tristes efectos estoy resiɥtiendo.

—Explicaos por Dios, señora, dijo el anciano, que no apartaba su vista de la dama, no perdiendo ni el mas mínimo de sus movimientos y estudiándolos todos con verdadero instinto observador.

—Anoche, y á pocas varas de distancia de la puerta de mi casa, situada en esta calle, ha sido muerto ó herido un jóven, que segun he podido cerciorarme, fué auxiliado por vos y recogido en vuestra casa.

—Es lo cierto, señora.

—¿Permanece aún aquí?

—Sí, señora.

—¿Podria verle?

—Mucho lo dificulto.

—¿Podré saber la razon?

—No sé si debo decírosla.

—Yo os lo ruego.

—Invitado por mí á venir conmigo al estrado cuando mis criados me anunciaron vuestra visita, se negó á ello rotundamente.

—¿Por qué motivo?

—Parece tener con vos un grande resentimiento.

—Injusto es á fé; su desgraciado encuentro de anoche me ha llenado, os lo juro, de pesar.

—Lo creo, porque es un jóven noble y muy estimable.

—¿No podríais suplicarle que accediese á venir aquí?

—Lo creo inútil, señora.

—Explicaos.

—Parece obstinado y resuelto.

—En ese caso, hacedme la merced de decirme si ha recibido en vuestra casa recado ó visita de alguna dama.

—Ni uno ni otra.

—¿Estais seguro de ello?

—No cabe lugar á duda.

—Caballero, os hablaré con entera franqueza: ese jóven ama y es amado por una hija de mi corazon; circunstancias especiales me obligaron á negarle la entrada en mi casa, y al salir anoche de ella, fué agredido por varios hombres armados, al filo de cuyas armas le creimos muerto en los primeros instantes: la impresion que esta idea causó en el ánimo de mi hija desgraciada, la hizo presa de un violento ataque, y por cuidarla y hacerla volver en sí, olvidamos en aquellos momentos de angustia, todo por ella. Vuelta en sí y repuesta de su terrible conmocion, á las primeras horas de esta mañana y sin que yo lo notase salió de casa acompañada de dos criados, y encargando se me dijese al preguntar por ella, que habia ido á la iglesia del hospital de la Concepcion á rogar por su amante á los piés de la sagrada imágen que se venera allí. Apenas tuve noticia de tan imprudente salida, me dirigí al templo citado, y con profunda pena no hallé en él á mi hija. Regresé á casa, y en ella me encontré á uno de los dos criados sus acompañantes, cubierto de golpes y manchado de sangre: al ser preguntado res-

pondió que segun disposicion de mi hija, su compañero y él habíanse quedado aguardándola en el atrio de la iglesia, cuando otros dos hombres llegándose á ellos de improviso, les echaron por tierra, vendáronles los ojos, amordazáronles las bocas, y cargando con ellos á cuestas, desaparecieron por las calles comarcanas: en una de ellas los aporracearon é hirieron, dejándoles en libertad. Ahora bien; el único de ellos que ha vuelto á casa, asegura que mas de una vez escuchó pronunciar á sus raptores el nombre de Don Luis Cortés, y sabiendo que dicho jóven ha sido recogido en vuestra casa, me he resuelto á venir á ella para averiguar la parte que él haya podido tomar en la desaparicion de mi hija.

—Señora, mucho dudo que el jóven herido tenga participacion alguna en el rapto de vuestra hija, pues desde que fué recogido anoche por mis criados, ha permanecido privado de conocimiento, hasta el amanecer de hoy, en que la crísis terminó.

—Pudiera haberlo tenido dispuesto de antemano.

—No es creible.

—¿Por qué razon?

—Don Luis Cortés parece un jóven de tan recto juicio como noble corazon, é incapaz por lo tanto de cometer tan menguada villanía.

—Don Hernando, el amor ciega los ojos mas avizores.

—El amor sí; pero Don Luis Cortés no ama á vuestra hija, señora.

—Os equivocais; anoche mismo le reveló su cariño.

—Cariño que se ha trocado en odio.

—Caballero, ¿os consta lo que decís?

—La verdad; Don Luis os aborrece hoy dia.

—¿Cuál es la razon?

—Supone que vos teníais apostados á la puerta de vuestra casa los hombres que trataron de asesinarle.

—¡Horrible sospecha!

—Él la cree muy fundada.

—¿En qué?

—Era poseedor, segun dice, de unas cartas pertenecientes á vos, Doña Juana de Pimentel y Carrillo.

—¿Tal vez habrá llevado su indiscrecion al punto de mostrároslas? ¡Hablad, caballero, hablad!

—Pues bien, sí, señora, conozco esas cartas.

—¡Imprudente!

—¿Por qué razon?

—Los caballeros que saben serlo, estiman en mas que su vida el honor de una dama.

—¿Luego esas cartas eran vuestras? exclamó el anciano con impaciente precipitacion.

—Don Hernando, no os juzgo con derecho para interrogarme sobre un secreto que indiscretamente conoceis.

—Señora, en nombre de cuanto mas ameis en este mundo, os ruego que me contesteis.

—Basta, caballero; yo os ruego os sirvais hacer venir á mi presencia al jóven Don Luis Cortés.

—¿Pero esas cartas, eran vuestras?

—Don Hernando, por única contestacion os pediré, pues tales cartas os son conocidas, que os fijeis en su direccion y en mi nombre.

—Explicaos.

—La mujer á quien esas cartas se escribieron, debió de llamarse Doña Estrella.

—¿Y bien?

—Mi nombre es Doña Juana de Pimentel.

—Eso nada significa.

—¡Caballero!......

—Escuchadme, exclamó el anciano clavando su mirada escudriñadora en los ojos de la dama, cual si pretendiese leer en ellos los íntimos pensamientos de su alma; tambien yo me llamo Don Hernando de Salazar, y sin embargo, mi nombre es.....

—¡Concluid! añadió la dama, interesada en las palabras del anciano; ¿cómo os llamais?

—Don Luis Cortés.

—¡Ah! exclamó la dama poniéndose vivamente en pié.

—¿Qué os pasa? preguntó el anciano: ¿conocíais ese nombre? ¿me conoceis acaso á mí?

—Caballero, repuso la dama recobrando lentamente el dominio sobre sí misma, no os conozco.

—Señora, en nombre de Dios, vuestro nombre, cuál es?

—Don Hernando ó Don Luis, terminemos semejante conversacion, hacedme ese obsequio.

—No, no; yo deseo saber quién sois.

—¡Caballero!

El anciano corrió vivamente al fondo del estrado, y acercándose á una de las paredes, frente por frente á la dama, oprimió un resorte, y todo el tapiz que la vestia se replegó á entrambos lados, dejando descubiertos tres cuadros colosales, que arrancaron un grito de sorpresa á la dama.

El anciano, marcando entonces alternativamente aquellos cuadros, dos de los cuales eran retratos, dijo:

—Aquel caballero es Don Luis Cortés, aquella dama Doña Estrella Carvajal de Cortés, y este cuadro del centro una escena de barbarie y horror: ¿acaso no teníais noticia de esta, ni recuerdo de los dos primeros?

—Pero vos, vos ¿quién sois? preguntó con angustia la dama.

—Yo soy el antiguo caudillo azteca, bautizado con el nombre de Don Luis Cortés.

—Y yo soy su esposa Doña Estrella Carvajal de Cortés.

—¡Estrella! exclamó el anciano abriendo sus brazos y corriendo hácia la dama.

—¡Luis! exclamó ella á su vez, secundando el movimiento del padre de Estrella.

Pero en aquel momento la puerta del estrado se abrió con estrépito, y en su umbral apareció el inquisidor general Don Pedro Moya de Contreras, seguido de cuatro familiares del tribunal del Santo Oficio.

A la vista de aquellos hombres, los reconocidos esposos sintie-

ron que su sangre se paralizaba en sus venas, y temblaron de espanto y terror.

El inquisidor dijo:

—En nombre del tribunal del Santo Oficio y de la justicia del rey nuestro señor, Doña Juana de Pimentel y Carrillo, daos presa.

Nadie respondió una palabra.

Los cuatro alguaciles se adelantaron, y el gran inquisidor, tomando del brazo á la aterrada matrona, salió del estrado, seguido de los alguaciles...

....

A la puerta de la casa, dos mozos guardaban una litera sombríamente pintada de negro.

El inquisidor, al llegar á ella hizo pasar delante á Doña Juana, entrando despues él.

Los mozos suspendieron la litera, y rodeados por los alguaciles, marcharon calle arriba en direccion al monasterio de Santo Domingo, situado casi á la entrada de la calle.

Llegados á él, la puerta se abrió silenciosamente; litera y acompañantes quedaron dentro del extenso portalon.

La dama, siempre apoyada en el brazo del inquisidor, siguió á este maquinalmente al fatídico corredor del piso bajo, en cuyas paredes se dibujaban las aferradas puertas de los calabozos, inmóbiles al peso de sus enormes cadenas y candados.

En el centro del patio se ostentaban en colosales montones las cenizas humeantes, recuerdo de crímenes espantosos cometidos en nombre de la religion de Cristo, apóstol del amor y la caridad.

Doña Juana no tuvo valor para pronunciar una palabra ni dejar oir un lamento.

Unicamente temblaba como la humilde oveja del sacrificio de Abraham.

CAPÍTULO XXXVI.

El riso.

Por mucho tiempo Bernardo y Cascabeles permanecieron en silencio, contemplando los objetos extraidos de la caja de la cinta amarilla, y meditando sobre la historia narrada en el singular manuscrito.

Cascabeles trataba en vano de apartar de sí el roedor de su conciencia, que levantaba su poderosa voz para acusarle de sus dudas ofensivas respecto del honor de la noble vireina.

Cuando él la acusaba criminal, Doña Catalina sufria los escrúpulos de su acrisolada virtud.

Aquella esposa purísima sacrificaba con alma heróica su corazon de madre amante.

Aquel sér, prodigio humano de abnegacion y sentimiento, tan cruel é injustamente era el blanco de un destino inflexible y ciego.

¿Por qué aquel ángel de la tierra sufria sin cesar los tormentos horribles que tan solo debieran de estar señalados para los hijos del crímen?

Dios mandaba á su pueblo escogido sacrificar ante sus aras del templo de Jerusalen, en oblacion de los pecados del hombre, un

blanco y tierno cordero, inocente en los delitos de aquellos, y su justicia se satisfacia con aquel sacrificio de víctimas impecables.

En descargo de las culpas generales, sufren los buenos en la tierra penas y amarguras, que Dios toma en cuenta al juzgar á los perversos.

Bernardo meditaba sobre el modo de reparar el mal causado por la escrupulosidad de su amada señora.

Pero dificultades sin cuento parecian obstinarse en impedir la consecucion de su objeto.

¿De qué modo convencer al virey de la verdad de los hechos narrados en aquel manuscrito?

Una gran dificultad podria presentarse al hacerle semejante revelacion, y era esta:

Don Martin podia concebir una sospecha, incalificable en sus consecuencias.

La de que Doña Catalina por tan novelesco medio tratase de hacerle amar como suyo un hijo de su infidelidad.

Don Martin idolatraba á su esposa, y aquel cariño pudiera de súbito trocarse en mortal aborrecimiento.

La dulce paz de aquel matrimonio vendria á convertirse en los horribles tormentos del desencanto.

Don Luis Cortés, héroe de aquella aventura, no servia en modo alguno para hacer fé en favor de la dama.

Era parte esencialmente interesada.

La única persona que tendria derecho á atestiguar y ser creida, hubiera sido el misterioso salvador de Doña Catalina la noche de la velada de palacio.

¿Pero dónde hallarle?

Dificil era de responder semejante pregunta.

Bernardo volvió á tomar el manuscrito y le recorrió á grandes ojeadas.

Al llegar al paraje donde se referia el incidente del desconocido, el escudero leyó con detencion y procurando fijarse en la menor de las palabras.

Su penetrante inteligencia le hizo notar una circunstancia única que podia arrojar alguna luz sobre la clave de aquel misterio.

Decia el manuscrito que al pretender Don Luis Cortés desdeñar la autoridad del desconocido para obligarle á no volver á pensar en Doña Catalina, este se desembozó, descubriendo, bordado en su ropilla, el escudo blanco y negro del Santo Oficio.

Sin duda alguna el desconocido pertenecia á aquel terrible tribunal.

La dificultad era menor, pues se limitaba á averiguar en un reducido círculo de personas, cuál de ellas conocia la historia de la repetida velada.

Ahora bien; los familiares no estaban facultados para portar el escudo de la Inquisicion.

Solo los altos inquisidores gozaban de semejante prerogativa.

El misterio se encerraba, en consecuencia, en menor círculo de personas.

Bernardo se decidió á salir en busca de su hombre, y exigirle su cooperacion en la bella obra de hacer venturosos á dos corazones tan dignos de ello.

Pero entonces le ocurrió que un peligro inmenso, la desaparicion de la hija de su señora, reclamaba el próximo remedio.

De no hacerlo así, una venganza miserable podria hacerla desaparecer, llenando de luto el alma de la madre infeliz.

¿Pero cómo deberia proceder en semejante caso?

Bernardo no supo resolver tal cuestion, y fijándose en Cascabeles, trató de tomar su parecer.

—Cascabeles, dijo, ¿en qué piensas?

—Fácil es adivinarlo.

—No lo creo yo así.

—Pienso en el manuscrito.

—Ya; pero como de él se desprenden diversas cuestiones y dificultades, no puedo adivinar cuál de ellas estás tratando de resolver.

—Teneis razon.

—¿Ya lo ves?

—Pues bien; yo pensaba en lo injusto que he sido sospechando de la honradez de nuestra infortunada señora.

—Esa injusticia te la hice yo notar más de una vez.

—Teneis razon; ¿pero no merezco alguna disculpa?

—De ningun modo.

—Amigo Bernardo......

—Tratas de disculparte con tu cariño y tus celos.

—Es verdad.

—Pues bien; cuando se ama verdaderamente á una persona, tan gran virtud suele atribuírsele, que no se la concibe capaz de cometer falta de ninguna especie, y mucho menos de aquellas que afecten al limpio cristal de su honra.

—¡Callaos, por Dios! vuestras palabras avivan mas y mas mis propios remordimientos.

—No hablemos mas de eso; el tiempo urge, y debemos aprovecharle.

—¿Qué habeis determinado hacer?

—¿Has pensado tú alguna cosa?

—Nada.

—Yo he determinado buscar al hombre misterioso que impidió la villanía de Don Luis Cortés en la velada de palacio.

—Cosa es muy acertada; pero ¿cómo conocerle?

—Sin duda alguna pertenece á las dignidades del tribunal del Santo Oficio.

—Es verdad; el manuscrito dice que aquella noche llevaba sobre el pecho el escudo de la Inquisicion.

—Justamente.

—¿Y cuándo comenzamos la averiguacion?

—Cuanto antes.

—Ahora mismo.

—No, sino mas tarde.

—¿Por qué razon?

—El manuscrito dice que de la inocente hija de nuestros vire-

yes se trata de hacer el instrumento de una venganza, y á toda costa es necesario impedirlo, máxime cuando á mas de instrumento, pudiera ser muy bien víctima de esa misma venganza.

—Debemos averiguar desde luego el lugar donde la ocultan.

—Justamente, pero sin pérdida de un instante.

—Difícil me parece lograrlo.

—Con la ayuda del Dios de los buenos, lo alcanzaremos.

—Solo en Él debemos esperar.

—Y tener ciega confianza, pues harto nos ha demostrado aquí y en nuestra querida España, ese favor y proteccion, en los graves riesgos que los nuestros y nosotros mismos hemos corrido.

—Pero ¿cómo principiar nuestras pesquisas?

—No lo sé.

—Pero es necesario saberlo.

—De eso se trata: ¿habrá vuelto en sí Don Luis Cortés?

—Merced á nuestros cuidados, de seguro que no.

—Vamos á verle.

—Vamos.

Bernardo y Cascabeles abandonaron los sitiales, y poniéndose en pié, se dirigieron á la puerta del gabinete.

—¿Dejamos aquí el manuscrito? preguntó Cascabeles.

—Sí.

—¿Y si desapareciese?

—No lo creas.

—Fuera buena medida de precaucion llevárnosle con nosotros.

—Como tú quieras, dijo Bernardo regresando al lugar donde estaba la mesa con las cajas misteriosas.

—Guardadle vos, repuso Cascàbeles entregando el manuscrito al escudero.

—Vámonos.

—Aguardad, dijo el primero envolviendo en el fino pañuelo que cubria el contenido de la caja, las dos hermosas trenzas de pelo de Doña Catalina.

—¿Qué haces?

—Guardar este tesoro aquí sobre mi corazon; él me dará valor para luchar, resignacion para sufrir.

—¡Cascabeles!

—¡Qué quereis, si la amo con todo mi corazon! respondió el buen camarada, mostrando sus ojos humedecidos en lágrimas de amargura.

—¡Ea! hijo Francisco, resolucion y grandeza de alma; si comenzamos con lloriqueos, otra vez lo perderemos todo.

—¿Otra vez? preguntó Cascabeles con extrañeza y no comprendiendo el sentido de las palabras de Bernardo.

—Otra vez, sí.

—Explicaos.

—Es muy sencillo: todo esto se hubiera tal vez evitado, si en los dias de las bodas de Doña Catalina no te nos hubieses puesto enfermo, negándote á asistir á todas aquellas fiestas. Si no nos hubiésemos apartado de nuestra señora, asistiendo á la velada de palacio, Don Luis Cortés, temiendo nuestro espionaje, no hubiera promovido las escenas que este manuscrito nos refiere, ni por lo tanto provocado sus tristes consecuencias.

—Es verdad.

—Animo, pues, y tratemos de remediar el mal en que indirectamente tuvimos tambien nuestra parte.

—Dios nos permitirá lograrlo, dijo Cascabeles besando con pasion las trenzas de pelo y ocultándolas bajo su ropilla y sobre el corazon.

....

Al entrar en la recámara de Don Luis Cortés, este habia vuelto ya en sí, y sus ojos mostrábanse abiertos.

—Don Luis, preguntó Bernardo, ¿os sentís mejor?

—Sí, amigos mios, aunque sumamente postrado.

—Seguid, pues, reposando.

—¡Cómo es eso! ¿me dejais?

—Un asunto de la mayor importancia nos obliga á ello.

—¿A los dos?

—Sí, contestó con sequedad el celoso Cascabeles.

—Se ha mandado avisar á un doctor para que os recete; aguardadle, y cumplid fielmente cuanto os diga.

—Pero ¿qué haré yo sin vosotros?

—Procurad fortaleceros para que á su tiempo podais poner vuestro grano de arena en la grande obra que nos proponemos acometer.

—¿Y cuál es ella? ¿buscar quizá á mis infelices hermanos?

—Tal vez.

—¡Oh! que venga el facultativo; yo quiero ayudaros en la empresa.

—Ya os llegará vuestro turno.

—No; traedme mis vestidos: yo quiero levantarme y trabajar con vosotros sin descanso.

Al decir estas palabras el jóven se sentó en el lecho, y el relicario pendiente de su cuello quedó descubierto sobre las ropas.

Rápidamente Don Luis trató de ocultarle á la vista de Bernardo y Cascabeles, el primero de los cuales preguntó:

—¿Por qué ocultais esa alhaja? ¿es tal vez recuerdo de alguna conquista amorosa?

—Amigos, no me hagais recordar una triste historia.

—¿Historia decís?

—Sí.

—Referídnosla.

—¡Imposible!

—¿Por qué razon?

—Es un secreto que yo mismo suelo olvidar que poseo.

—Si no os merecemos confianza, reservadlo; pero otra cosa merecen aquellos á quienes habeis distinguido eligiéndolos para ser testigos de la revelacion de la caja de la cinta verde.

—¡Ah! maldita caja!

—No digais eso.

—Yo os suplico que en este mismo instante arrojeis al fuego las que aun no hemos abierto.

—Tal determinacion no dejaria de ser una grave imprudencia, acarreadora tal vez de fatales consecuencias.

—No lo creais; esas cajas no han sido enviadas á mi casa sino con el exclusivo objeto de causarme daño.

—¿Y sabeis si alguna contiene el bien de otras personas?

—¿Qué me quereis decir?

—Hemos abierto la segunda caja.

—¡Ah! y decidme, ¿cuál era su contenido?

—Un pañuelo, dos trenzas de pelo y un manuscrito.

—¿Le habeis leido?

—Todo él.

—¿Y qué contiene?

—La relacion de la velada habida en el jardin del palacio vi-reinal la noche del 30 de Marzo de 1576.

—¡Ah! exclamó á su pesar Don Luis.

—¿Qué os sorprende? preguntó intencionalmente Bernardo.

—Nada, nada; proseguid, dijo el jóven visiblemente turbado.

—Habeis palidecido; ¿acaso os sentís mal?

—No, no; un principio leve de desvanecimiento pasajero: ¿qué dice el manuscrito á própósito de dicha velada?

—Habla de un Don Luis Cortés, muy semejante á vos.

—Por la intencion de vuestras palabras, comprendo que ese manuscrito os descubre un secreto íntimo de mi alma; hablad con franqueza.

—Pues bien, sí, es cierto.

—¿Pero quién firma ese manuscrito?

—Nadie.

—¿Se habla en él de un desconocido?

—Sí; ¿acaso habreis despues averiguado su nombre?

—Tiempo hace me ocupo en ello.

—¿Y habeis logrado algo?

—Casi todo; pero ¿cómo refiere ese manuscrito semejante episodio?

—Con tal sencillez, que no queda duda sobre la veracidad del narrador.

—Mostrádmele.

—Decidnos antes bajo santo juramento, ¿llegásteis á ofender el honor de la noble dama?

—Júroos que no.

—¿Ratificais vuestro juramento?

—Le renovaré una y mil veces.

—Ya lo sabiamos, así lo dice el manuscrito; en el instante en que os aprestábais á cometer una accion indigna de vos, un hombre os arrancó del jardin.

—Así fué en efecto; ¿dice algo mas?

—Sí, os acusa de haber causado la desgracia de una madre infeliz.

—¡Oh! eso no es verdad.

—Vedlo demostrado aquí, respondió Bernardo presentando á Don Luis los últimos folios del manuscrito, con avidez devorados por la vista del jóven.

....

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó al acabarlos de leer, es de todo punto necesario remediar cuanto antes tan horrible mal.

—De eso tratamos; pero decidnos, ¿cómo llegásteis á proporcionaros el pequeño rizo que guardais en vuestro relicario?

—¿Lo habeis visto?

—Todo.

—Pues bien; cuando al dia siguiente volví al palacio y recorrí el jardin, dirigiéndome al cenador con objeto de buscar entre las rosas un capullo que en la noche anterior se hubiese abierto, con gran sorpresa y no menor alegría distinguí sobre la arena un rizo de pelo exactamente igual al de Doña Catalina. Con cariño y veneracion le recogí y llevé á mis labios; triste consuelo para un alma cuya mas halagüeña esperanza, cuya única ilusion acababa de desvanecerse para siempre. Hícele despues formar el rico medallon adonde se encierra, no tan valioso como la memoria en él guardada, y en la lámina de marfil de su reverso marqué la fecha memorable de la ocurrencia, y las palabras *amor* y *crímen*, para

perpetuar en mi conciencia el recuerdo de que el primer amor que conmovió mi alma fué un amor criminal.

—Por Dios que nos hicísteis concebir con él la mas horrible sospecha.

—¿Cuál?

—La de que Doña Catalina se hubiese hecho indigna de sí propia.

—Amigos, en el reloj de la mujer verdaderamente virtuosa no suena jamas el cuarto de hora fatal.

CAPÍTULO XXXVII.

Los primeros franciscanos.

Mas en pequeño, las antesalas del palacio vireinal de México imitaban en un todo á las del real alcázar de Felipe II, y como en estas, pululaban en aquellas los ociosos cortesanos y las malentretenidas damas de la exótica nobleza de Nueva España.

Las mismas escenas de las antecámaras del palacio de la metrópoli, tenian lugar diariamente en las del de la Colonia, pues en otro lugar tenemos dicho que las cortes de todos los palacios y de todas épocas, no han sido ni son otra cosa sino las sentinas de todos los vicios y calamidades sociales.

Necio será quien en nuestros escritos humildísimos trate tan solo de ver una oposicion y un odio sistemático y ciego hácia esa clase de la sociedad apellidada nobleza por antítesis al sentido comun y á la dignidad del alma y del hombre, creado por Dios desnudo, sin mas belleza y adorno que sus solas cualidades naturales.

Nosotros, fieles adoradores del solo Dios verdadero, mártir en el Gólgota de la mas santa de las libertades, la libertad del pensamiento, profesamos de todo corazon los divinos principios de su santa religion de amor y caridad.

No queremos en el mundo, por lo tanto, clases privilegiadas, sino la realizacion de la mas santa de las empresas del hombre, encerrada en las tres mágicas palabras libertad, igualdad, fraternidad, base de una soñada ilusion que algun dia, que nosotros no veremos, llegará tal vez á ser una realidad: la familia universal.

Entonces el mundo entero formará una sola nacionalidad, cuyo nombre será *La Humanidad*. Las nacionalidades parciales se reducirán al pequeño valor que hoy dia tienen las vanas afecciones provinciales, y en todos los países los hombres no serán extranjeros, sino hermanos.

Ese dia feliz no aparecerá en el horizonte de muchas de las generaciones venideras; pero al futuro tiene Dios señalada tan infinita felicidad.

Llegados á aquel último término del progreso, los hombres se espantarán del bárbaro despotismo de nuestra decantada libertad actual; pondrán nuestros siglos, pomposamente denominados de la luz y del adelanto social, al nivel de los siglos babilónicos, y nuestra ponderada civilizacion servirá apenas, en la balanza de su claro juicio, de contrapeso á la que denominamos civilizacion salvaje de aquellos tiempos. Ellos se reirán de nuestras ideas de progreso y libertad, como los buenos de nuestros lectores se reirán al presente de las ideas escapadas en los párrafos anteriores, de la humilde pluma que acaba de trazarlas.

Esto no quita para que nosotros machaquemos sin descanso, aun teniendo el riesgo de machacar en el frio hierro de una estupidez mayor que la nuestra.

Pongamos nuestro humilde grano de arena en la grande obra de desprestigiar la idea de la superioridad de las clases por nobleza hereditaria.

Es de todo punto necesario que cada uno, en proporcion á sus

facultades, nos esforcemos en hacer consistir la nobleza en otra cosa mas digna que en el privilegio otorgado al lustre, esplendor ó claridad de sangre, por la cual se distinguen los nobles de los demas del pueblo, y adquirida por sucesion heredada de sus mayores, que es como los diccionarios definen la nobleza.

Nosotros debemos hacerla consistir en el lustre, esplendor y claridad de un nombre elevado del comun de los nombres á fuerza de inteligencia ó de gloriosas acciones.

Todo hombre con conciencia del alto fin para que por Dios fué creado, debe tender todos sus esfuerzos á ennoblecer su nombre y á elevarse sobre los demas, pues tal es el secreto de los sabios y de los héroes.

Nosotros respetamos la nobleza en su principio, porque á ella va unida la gloria de muchas naciones, y conquistar honra honrando á la patria, es empresa digna de un Dios.

Nuestros ataques se dirigen tan solo á la nobleza hereditaria, á esa plaga que hoy dia mina los cimientos de la sociedad y de la moral con sus crímenes y sus vicios.

¿Con qué justicia se llama noble y por tal goza de prerogativas humillantes para los hombres buenos, un miserable bandido, por solo ser hijo de un rey, un príncipe ó un duque?

La mayor parte de los nobles, por sucesion, han sido indignos de portar el apellido glorioso de sus antepasados, y el escudo ó blason precioso de una accion ilustre en pasadas Eras, veces mil en manos de indignos herederos ha servido para que el crímen y el vicio engalanasen con él los harapos de su vestido, con escarnio de la inocencia y la virtud.

Por lo demas, todos aspiramos á la nobleza y pretendemos un nombre ilustre en las letras, las artes ó las armas. Ahora como entonces trabajamos por hacer brillar nuestro apellido, no para dársele á un hijo indigno tal vez de llevarle, sino para legársele á la posteridad y á la historia, para ejemplo y veneracion de las generaciones venideras.

Noble es tal aspiracion, y con fé debe el hombre tender á su lo-

gro; difícil es la empresa, mayor la gloria para quien consiga llevarla á término feliz: pocos serán los elegidos; los demas volveremos á hundirnos para siempre en la oscuridad de donde hemos salido............

Las antecámaras del palacio vireinal presentaban grande animacion en los momentos en que tenian lugar los acontecimientos asunto del presente capítulo.

Mezclábanse en los corredores cortesanos y pretendientes, y todos iban y venian, conversando los unos y los otros, ya sobre asuntos particulares, ya sobre los acontecimientos políticos é intrigas palaciegas.

Entre aquella muchedumbre de ociosos y pretendientes, veíanse en gran número frailes de las seis órdenes monásticas hasta entonces establecidas en México, que eran las de los franciscanos, dominicos, agustinos, hipólitos, jesuitas y mercedarios.

Todos ellos acudian al palacio á procurar privilegios y concesiones en favor de los indios de sus misiones, y los variados colores de sus hábitos alternaban en aquel mosaico de trages pintorescos y elegantes.

Entre aquellos, los monjes de San Francisco eran los mas numerosos, y ostentaban por doquier sus hábitos azules, color usado únicamente por los padres franciscanos de América, puesto que los hábitos de dichos frailes en los antiguos conventos europeos eran de paño gris.

Este cambio de color tuvo por orígen un rasgo muy peculiar de aquellos campeones de la fé, y bien merece referirse en este lugar; es el siguiente:

Ocupados aquellos ejemplares religiosos en su titánica tarea de la conversion de indios con un celo verdaderamente fanático, los continuos trabajos y viajes llegaron á poner sus hábitos en un estado deplorable, hasta el punto de dejarlos inservibles. Escaso por demas en aquellos primeros años el ganado que produjese la lana para semejantes tejidos, halláronse aquellos celosos misioneros en la imposibilidad de vestirse hábitos nuevos: en tal aprieto

recurrieron al ingenioso expediente de hacer desbaratar por las indias el tejido de que estaban formados, cardar la lana, hilarla y tejerlos de nuevo: al tratar de darles color, se recurrió al tinte mas abundante entonces, al añil; en consecuencia, los nuevos hábitos fueron azules, y atendiendo á que la regla de San Francisco no prescribe forma ni color para los hábitos de sus afiliados, los franciscanos de México vistieron desde entonces y hasta su extincion, el paño azul, que los diferenciaba de los religiosos europeos de dicha Orden.

Al paso de los susodichos monjes, cuantas personas con ellos se encontraban, inclinábanse con veneracion y respeto ante aquellos varones ejemplares, á quienes tanto debe la historia y civilizacion de los países hispano-americanos.

Las antiguas órdenes monásticas arribadas á la Nueva España, lejos de ser tan desmoralizadas y escandalosas como lo fueron en sus últimos tiempos, se componian de hombres de buena fé, religiosos de corazon, de una inteligencia privilegiada y de una ilustracion y aficion por el estudio nada comunes.

Eran fanáticos porque así lo exigia su época, y la experiencia de los siglos ha demostrado que los pensamientos y los actos de los hombres son exclusivamente el reflejo de las ideas de la época. Las inteligencias que se apartan de su siglo para vivir proféticamente, por así decir, en otros mas ilustrados, son excepciones tan extrañas como admirables.

Cuando se llevó á cabo la conquista de México por Cortés, el sentimiento religioso era el móvil de todas las grandes empresas, y España especialmente debió á su fé, que hoy traducimos como exagerado y punible fanatismo, el llegar á ser la poseedora de aquel imperio colosal que excedió á los de Alejandro, Cartago, Roma, Carlo-Magno y Napoleon.

Nosotros, tanto como el que mas despreocupado sea, lamentamos las exageraciones y los crímenes, resultado de aquel inmoderado celo fanático, legado á la edad moderna por la edad média, grandiosa en sus cruzadas; pero estamos muy lejos de acusar á los

héroes y sabios de aquellas épocas de los crímenes de que tan solo es responsable el tiempo, engrendrador de ideas tales.

La España cristiana de los siglos XV y XVI, ocupa con la relacion de sus empresas las páginas mas brillantes de la historia universal.

De aquel Madrid de los frailes y de los conventos, bajo el gobierno del frio, receloso y fanático Felipe II, salia la voz que dictaba leyes á la Europa entera, y en su centro estaba la cuna y el horizonte de aquel sol español que sin ponerse jamas, iluminaba posesiones de España en toda la superficie del Orbe. De allí partian á todos los vientos aquellos famosos tercios que al mando de Don Juan de Austria, de Gonzalo de Córdoba, de Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, hicieron temblar á los turcos sobre las aguas de Lepanto, á los franceses en San Quintin, á los italianos y los flamencos en Italia y Flandes, y que en tres batallas campales conquistaron para España todo el reino de Portugal. Aquellos soldados, juguete de la ambicion y caprichos de los Papas, que los manejaban á su sabor con bendiciones y escapularios, vieron flotar la enseña de España victoriosa y unida bajo el cielo de la hermosa Italia sobre el Etna y el Vesubio, que se retratan en el mar Jónico, dueños de Nápoles, Sicilia, Parma y el Milanesado: ellos mismos dictaron órdenes á la Francia en el Rosellon, la Navarra, el Artois y el Franco–Condado; dieron leyes á los Países-Bajos; en Tánger, Túnez y Oran dominaron al Africa, y al Asia altiva en el Malabar y la China: ellos se hicieron dueños de las Azores, las Baleares, las Canarias, las Filipinas, las Molucas, las Carolinas y de casi todo el mar Pacífico: ellos, guiados por su fé, clavaron la cruz de Cristo en casi todo el continente de América, y dieron su lengua á México, el Perú y el Brasil; ellos, religiosos y creyentes, cobijaron á la sombra de su bicolor bandera seiscientos millones de súbditos y ochocientas mil leguas cuadradas. Si en tan inmensas posesiones dejaron impresa una indeleble huella de sangre, cúlpesele á la época, que sancionó como el mejor de los derechos el derecho de la conquista.

Hoy dia las naciones aparecen pequeñas á la vista de aquellas empresas colosales, porque han perdido la fé, arrojándose en brazos de la materialidad.

El progreso, con el escalpelo terrible del análisis, ha desentrañado á la vista del hombre las cuestiones mas dificiles é impenetrables, y la inteligencia humana ha crecido tanto cuanto menor se ha hecho la sensibilidad de su alma.

Y volviendo á nuestra cuestion, repetiremos cuantos elogios se merecen las primeras órdenes religiosas arribadas á México, compuestas de hombres verdaderamente virtuosos é ilustrados.

Apenas terminada la conquista, cuando la mas desmedida ambicion y codicia impulsaba á los soldados conquistadores á esclavizar á los naturales, repartiéndoselos en encomiendas como esclavos, y obligándoles á trabajar como bestias, para extraer, á costa del sudor y la vida de los vencidos, el oro y la plata de las minas del Nuevo Mundo, doce religiosos pobres y humildes, vestidos de paño burdo gris, saltaron en Veracruz, tomando el camino de México á pié y viviendo de la limosna, para tomar la defensa de los infortunados indios y poner coto, en nombre de un Dios que hace iguales á todos los hombres, al bárbaro abuso de aquellos soldados. Héroes el dia antes, y avaros y crueles despues del triunfo.

Aquellos doce apóstoles de la mision desde luego hiciéronse amar por los indios, admirados no menos de su humildad y pobreza, que de no verlos buscar oro ni pedir repartimientos.

Entre aquellos religiosos venia uno, Fray Toribio de Benavente, que oyendo á los naturales, admirados de la humildad de su trage, repetir en torno suyo la palabra *motolinía*, equivalente á la voz pobreza en castellano; al saber su significado exclamó: «Ese será mi nombre por toda la vida;» y en efecto, desde entonces se llamó Fray Toribio *Motolinía*. Este religioso escribió una *Historia de los indios de Nueva España*, compuso una obra de gran mérito acerca del calendario mexicano, cuyo original se encuentra en México, y brilló por su ilustracion tanto como por sus virtudes y amor á los indios.

Entonces comenzaron aquellos hombres la mas ardua y útil de las tareas que puede concebirse. Comprendieron que todos sus esfuerzos para enseñar á los naturales la moral de Cristo serian inútiles mientras no tuviesen conocimiento de la lengua del país, y guiados por su espíritu religioso, emprendieron el laborioso trabajo de aprender las lenguas de América.

Para conseguirlo familiarizáronse con los niños, y tomando parte en sus juegos, seguian con atencion sus palabras, procuraban hacerse de su significado, regalábanles distintos objetos por tal de oirles decir cómo los llamaban, y tanto de las voces mexicanas como de su significado, iban tomando circunstanciada nota. En las noches, aquellos hombres infatigables se reunian, cotejaban sus apuntes, y ordenándolos formaban diccionarios y clasificaban las palabras. Llegó este ímprobo trabajo á llamar la atencion de los niños, y comprendiendo el intento de los misioneros, á porfía dábanles palabras, y hacíanles mil preguntas, lo que en gran manera facilitó á aquellos hombres el conocimiento del idioma azteca.

En tal circunstancia vino en su auxilio una viuda española con dos hijos, los cuales por el roce con los muchachos mexicanos de su edad, aprendieron fácil y prontamente su lengua: cuando los misioneros tuvieron tal noticia, solicitaron del gobernador Don Fernando Cortés que les hiciese dar uno de aquellos muchachos, á lo cual accedió la madre muy gustosa, sometiéndose aquellos hombres maduros é instruidos, á las lecciones de aquel niño de pocos años, que algunos despues tomó el hábito de San Francisco bajo el nombre de Fray Alonso de Molina.

A este ímprobo trabajo se debe cuanto hoy se conoce acerca de las lenguas habladas en el antiguo Anáhuac; ellos formaron las gramáticas y diccionarios que hoy dia consultan los filólogos, y las poéticas tradiciones de la historia antigua de México, todas fueron recogidas por los misioneros y legadas á la posteridad, que sin indagar el orígen de ellas, utiliza, sin agradecerlo tal vez, el trabajo de aquellos varones ilustrados, por mil títulos respetables y dignos de la admiracion de los siglos.

Adquirido el conocimiento de la lengua, compusieron libros en el idioma del país para la instruccion de los indios, formando antes el abecedario y enseñándoles á leer, por no conocerse entre ellos otra representacion de la palabra escrita que sus difíciles y preciosos jeroglíficos.

Fray Pedro de Gante fué el primero que emprendió esta tarea, fundando en Tezcuco la primera escuela habida en el país; despues pasó á México, y para instruccion de los indios fundó la capilla de San José, despues importante parroquia. A sus iniciativas se debieron las fundaciones del colegio de San Juan de Letran, destinado á enseñar la lectura, escritura y latinidad, y la del Colegio de Niñas, creado para la educacion de jóvenes indias nobles: como estos establecimientos estaban al cargo y vigilancia de aquellos religiosos, todos ellos se levantaron al rededor del monasterio de San Francisco, y hasta el presente se conservan sus restos ó su memoria.

A riesgo de parecer cansados, pero con el objeto de dar á nuestros lectores noticias de los trabajos de los primeros misioneros que indudablemente serán desconocidas para la mayor parte de ellos, nos extenderemos algo mas en este punto, seguros de que nuestros lectores instruidos nos lo agradecerán.

No todo debe ser en la novela el cuento de pura invencion que nos distraiga; debemos buscar que á la conclusion de él nos haya dado su lectura por resultado un fondo de moral y de instruccion de donde tomar aquello que pueda juzgarse como útil y provechoso al espíritu.

El prestigio que aquellos religiosos ejemplares supieron conquistarse llegó á ser tanto, y con tal deseo los indios buscaban la instruccion en sus lecciones, que al poco tiempo los templos no bastaban á contener la concurrencia. Hubo entonces necesidad de formar al rededor de las iglesias extensos atrios ó cementerios; en sus tapias se fijaron cruces, al rededor de las cuales se formaban grupos, y en cada uno de ellos un misionero instruia á los indios en el conocimiento de la lengua y de la religion.

Del mismo modo, y por no caber el concurso en los templos, las misas se celebraban fuera de ellos, en lugares altos y construidos á propósito. Sorprendente era aquella religiosa actividad, de que hoy tan solo nos queda la memoria.

Los mismos frailes pusieron grandes talleres, donde ellos mismos enseñaban á los indios las mas útiles artes y oficios; en la construccion lograron hacerlos adelantar prodigiosamente: la iglesia de Santiago fué construida por ellos, sin mas director y maestro que el célebre historiador y franciscano Fray Juan de Torquemada, quien hablando de los adelantos de los indios en la cantería, dice, despues de elogiarlos ampliamente: «Lo que ellos no habian alcanzado y tuvieron en mucho cuando lo vieron, fué hacer bóvedas, y cuando se hizo la primera, que fué la capilla mayor de la iglesia vieja de San Francisco de esta ciudad de México, por mano de un cantero de Castilla, maravilláronse mucho, y no podian creer sino que al quitar los andamios se habia de caer, y ninguno osaba andar por abajo; mas viendo que quedaba firme la bóveda, luego perdieron el miedo.» De allí en adelante casi todas las bóvedas fueron obra de los indios, entre ellas la de la misma iglesia de Santiago Tlaltelolco, lugar tantas veces célebre en la historia de México.

A un solo religioso, Fray Francisco de Tembleque, debe el país el magnífico acueducto de Otumba, cuya obra tiene quince leguas de extension; duró diez y siete años. Pasa dicho acueducto por tres puentes; la primera de cuarenta y seis arcos, la segunda de trece y la tercera de sesenta y siete. Esta última, próxima al campo donde se dió la célebre batalla de Otocpan, ó por otro nombre Otumba, mide mil cincuenta y nueve varas de extension, y por el arco de en medio, que cuenta cuarenta y tres varas de altura por veintitres de ancho, podria pasar un navío de guerra con todas sus velas desplegadas.

Otro franciscano, Fray Pedro de Gante, que se cree fué hijo natural de Cárlos V de Alemania y I de España, fué el primero que enseñó á tocar instrumentos de música á los indios de Nueva España: cuando este religioso murió, dice el historiador que los in-

dios lo asistieron y lloraron como á su padre; vistiéronse de luto y le hicieron celebrar exequias en todos los pueblos de la comarca.

La pobreza de los primeros religiosos movia de tal modo la piedad de los indios, que con sus ofrendas proveian al sustento de aquellos hombres infatigables: asegura Torquemada que «en 1562, el dia de difuntos, se ofrecieron por los indios en la iglesia de San José mas de cien mil tortas de pan, cuatro mil velas de cera, veinticinco arrobas de vino, gran número de gallinas, y tal cantidad de huevos y fruta, que con haber dado mucho á los pobres y á todos los que lo pidieron, apenas se pudo guardar lo que quedó en la refitolería del convento.»

Las fundaciones piadosas continuaron haciéndose en tan gran número, que el ayuntamiento de México de 1644 se vió precisado á solicitar del rey Felipe IV que pusiese algun coto en ellas, so pena de que todos los bienes raíces del país llegasen á ser propiedad eclesiástica.

En medio de este cuadro de instruccion, progreso y actividad religiosa, asoma su cabeza el monstruo ciego del fanatismo, y vemos á aquellos hombres ilustres, para desarraigar el culto de los ídolos, destruir los templos y las esculturas en ellos adoradas.

El año de 1525, el primer dia de Enero, los misioneros, acompañados de los niños y neófitos de la nueva religion, celebraron misa con gran solemnidad en los campos de Tezcuco. Concluida esta, se encaminaron al paraje donde majestuoso é imponente se elevaba el magnífico y hermoso templo mayor de aquella entonces poderosa ciudad, y cantando el salmo 113, que dice: «Los ídolos de los impíos tienen boca y no hablarán, ojos y no verán, oido y no oirán,» prendieron fuego á aquella obra admirable y famosa de la idolatría. Para un acto semejante, fué necesario el auxilio de la autoridad y poder de Cortés, pues los indios con grandes gritos y amargas lágrimas, manifestaban el profundo dolor que les causaba la destruccion de tan notable monumento, y pedian á los misioneros revocasen tan absurda determinacion; pero todo fué en vano, y hoy tan solo nos queda la memoria de aquel infortu-

nado prodigio de arte. En aquel mismo dia se destruyó un gran número de ídolos, y segun el historiador, los muchachos indígenas «despues de la ceremonia, con gritos y algazara insultaban los restos mutilados del simulacro, que por tantos siglos habian adorado sus abuelos.»

Del mismo modo se quemaron los preciosos jeroglíficos cronológicos é históricos que contenian la historia de aquellos pueblos, tan civilizados como el Egipto: quemados perecieron los grandes archivos de Tezcuco, á pesar de las protestas de los indios instruidos, versados en la inteligencia de aquellos preciosos jeroglíficos. Ocho dias duró aquella estúpida quemazon, solo comparable en fatales consecuencias al bárbaro atentado de Omar al prender fuego á la biblioteca colosal de Alejandría.

Repararon despues y en gran parte los mismos religiosos el gran mal que causaron, pues con sus estudios prolijos sobre la lengua, hicieron comprensibles los jeroglíficos que hasta hoy dia se conservan, y perpetuaron en sus escritos la misma historia, á que tan grave mal causaron.

El primer convento donde los franciscanos se alojaron á su llegada á México en Junio de 1524, estuvo situado en la calle de Santa Teresa, en la acera que mira al Sur, cerca de la casa que fué de Alonso de Avila. Esta estuvo situada en la esquina de las calles del Reloj y Santa Teresa, y fué la que se mandó derribar y sembrar de sal su solar, cuando con motivo de la supuesta conspiracion de Don Martin Cortés, los hijos de Avila fueron condenados á la pena capital.

En Mayo de 1525 trasladáronse los franciscanos al convento de «San Francisco el nuevo,» habiendo permanecido once meses en el viejo, que únicamente tuvo el carácter de provisional, derribándose al poco tiempo para dar lugar á la construccion de la casa de Don Bernardino de Albornoz.

Insistiremos, para concluir, en la humildad y pobreza de los primeros misioneros: á pié y calzando solamente unos cacles ó sandalias, formados de pita de maguey, hacian aquellos hombres viajes

colosales, como el del padre Motolinia á Guatemala y Nicaragua, vestidos de su tosco sayal, durmiendo sobre la tierra y comiendo únicamente *tortillas* de maiz, *chile* ó pimiento picante y frutas.

Terminemos con las siguientes palabras, tomadas de las excelentes disertaciones del notable historiador mexicano D. L. Alaman, cuyos profundos estudios son el fundamento de este mal perjeñado capítulo de nuestra insignificante novela.

«Si en los conquistadores hemos visto una raza extraordinaria de hombres que parecian formados á propósito para resistir los increibles trabajos y privaciones que tuvieron que sufrir en tantas y tan largas expediciones, preciso es confesar que los primeros misioneros no son menos admirables, y que los indios tenian justo motivo para considerarlos como séres sobrehumanos, pertenecientes mas bien al cielo que á la tierra, y destinados por la Providencia á aliviar los males que los conquistadores les habian causado.»

CAPÍTULO XXXVIII.

Una conversacion instructiva.

Entre los personajes que á principios del capítulo anterior hemos dicho se hallaban en las antecámaras del palacio vireinal, se encontraban formando un grupo aparte y discutiendo con calor, los alcaldes de mesta Don Diego Ordaz y Don Gerónimo Bustamante, el procurador mayor Don Ruy Diaz de Mendoza, el alférez real Don Francisco Mérida y los alcaldes ordinarios Don Leonel de Cervantes y Don Alonso Perez.

Todos ellos alternativamente tomaban la palabra, discutiendo sobre la situacion y porvenir de aquellos reinos.

Decia el primero de ellos:

—Durante mucho tiempo ha de resentir la Nueva España los resultados desastrosos de la peste de 1576 y 77: los dos millones de naturales que han perecido, son dos millones de brazos que las artes y la agricultura han perdido, y esto no puede por menos de producir la escasez y carestía que está sufriendo el país.

—Tanto mas difícil se hace la situacion, añadió el procurador,

cuanto que se han perdido por completo los pocos maíces que los españoles habian sembrado en los llanos.

—Las lluvias han arrasado con todo.

—No obstante, ha podido acarrearse de los puntos menos perjudicados por las aguas, los maíces necesarios para el abasto de la ciudad.

—Esperemos en Dios y en la sábia administracion de S. E. que todo se remediará.

—Ya se ha publicado el decreto eximiendo á los naturales del tributo.

—Acertada providencia es esa.

—Y tanto, que se elevará á ley y deberá llevarse á efecto siempre que entre los indios pique alguna epidemia.

—Mucho ha sabido hacerse querer en el país S. E. el virey Don Martin Enriquez.

—Con todos es afable y bondadoso.

—Nunca se ha disfrutado en estos países de una tranquilidad semejante á la que actualmente gozamos.

—Y no obstante, no han faltado acontecimientos dignos de mencion durante el gobierno de S. E.

—Es verdad; en graves conflictos pudieron haber puesto á estos reinos las rencillas entre el clero secular y los religiosos de San Francisco en 1569.

—Y en verdad que desde hace un año que llegué á la Nueva España, he oido cien versiones distintas de ese hecho; los unos conceden la razon á los primeros, y otros á los segundos.

—Yo os diré acerca de eso, amigo Don Diego.

—Referidme la ocurrencia.

—Fué la siguiente: los padres franciscanos de la parroquia de San José tienen por costumbre visitar anualmente en procesion el santuario de Santa María la Redonda. En aquel año, al llegar la procesion á la calle *que va* al colegio de Santos, un gran número de clérigos se opuso al paso de los padres franciscanos. El doctor Sandí trató de convencer á los clérigos para que no impidiesen la

procesion; pero nada consiguió de aquellos insolentes, que arremetieron contra los franciscanos. Los naturales que acompañaban la procesion irritáronse con aquel desacato, y á pedradas obligaron á los clérigos á retirarse, saliendo muchos españoles que pretendieron mediar en la cuestion, descalabrados y heridos. S. E. mandó poner presos á los cuatro alcaldes mexicanos que iban en la procesion, y los naturales lo tomaron tan á pecho, que á porfia se presentaban en la cárcel pidiendo ser encerrados con sus alcaldes. S. E. comprendió que aquello podia traer graves consecuencias, y mandó poner en libertad á los presos, echándole tierra al negocio.

—De vuestra relacion se desprende la sinrazon de los clérigos.

—Pues creedlo, que tal es la verdad: poco despues nadie se acordaba de la ocurrencia, y la atencion pública se fijaba en la fundacion del Hospital de Locos, levantado bajo la advocacion de San Hipólito, en el terreno mismo donde se alzaba la capilla de los Mártires de la Noche Triste, bajo la direccion de Don Bernardino Alvarez.

—Honrará siempre á Don Martin Enriquez, dijo á su vez el alférez real, la campaña que en el año siguiente de 1570 emprendió el mismo virey á la cabeza del ejército contra los chichimecas huachichiles, que tenian infestado de robos y asesinatos el camino de Guanajuato. La victoria se declaró en favor de nuestros soldados, y aquellas tribus salvajes fueron desencastilladas de las ventajosas posiciones que ocupaban: para seguridad de aquellos lugares fundó S. E. la colonia y villa de San Felipe, dotándola de una poderosa guarnicion.

—Los que tuvimos la fortuna de presenciarlas, nunca podremos olvidar las suntuosas fiestas con que se celebró en 1571 el cincuenteno año de la conquista de la capital del Nuevo Mundo; tan grande fué el entusiasmo, que los mismos indios tomaron parte en los regocijos públicos. Corriéronse toros, jugáronse cañas, y los naturales con sus danzas habladas, representaron muchos episodios de antes y despues del sitio de México. Entonces, y por primera

vez despues de la conquista, los indios ejecutaron su vistoso y arriesgado juego del *volador*.

—No le conozco yo.

—Sí lo creo, porque es juego que les está prohibido, á causa de que siempre acontecen en él desgracias, á pesar de hallarse acostumbrados á él desde niños los mexicanos.

—¿Quereis explicarme ese juego?

—Oidle: en medio de la plaza que aun hoy se llama del Volador, fijan una viga cilíndrica altísima, en cuyo remate hay un gran cubo ó mortero de hierro, al cual sujetan un bastidor cuadrado y giratorio de madera. A él se suben los jugadores, y despues de bailar sobre el cilindro, cuatro de ellos se sujetan por la cintura de las cuatro cuerdas, que pasando por unas argollas colocadas en el bastidor, dan trece vueltas al cilindro, número entre ellos misterioso, y vestidos de pájaros se arrojan al espacio en ademan de volar, deshaciendo con destreza las trece vueltas: cuanto mas se aproximan al suelo, mas rápidos y grandes son los círculos que describen, hasta que al llegar al suelo se desprenden de las cuerdas entre los aplausos de la multitud.

—Por la ligera descripcion que me habeis hecho, comprendo la belleza y el riesgo de semejante juego.

—En ese mismo año se estableció en México el santo tribunal de la Inquisicion, que anteriormente se ejercia por comisionados particulares. Su Eminencia Don Pedro Moya de Contreras, actual inquisidor y arzobispo de México, fué el delegado para tal objeto por S. M. nuestro señor el rey Don Felipe II.

—En 1572 llegaron á México los padres de la Compañía de Jesus, y en el siguiente se fundó é inauguró el 6 de Setiembre, en la esquina de la calle del Indio Triste y próximo al colegio de los padres jesuitas, el Seminario de San Pedro y San Pablo ó San Ildefonso, por que es mas conocido: en ese mismo año quedó establecido el colegio de Pasantes Nobles, creado por Don Francisco Santos.

—Segun veo, la administracion de Don Martin Enriquez dotó á la capital de útiles fundaciones.

—Se desvive por el adelanto y bienestar de estos hermosos países.

—Tambien, y por exigencias de la real hacienda, se establecieron en este año en México las alcabalas, carga de que hasta entonces habia estado exenta la Nueva España. Mucho protestó el comercio contra tal medida; pero S. E. se mantuvo inflexible en cumplimiento de las órdenes de S. M.

—El año de 75 apareció en el cielo, de las ocho de la mañana á la una de la tarde, un cometa á que se le llamó las *parelias ó tresoles*, nuncio fatal de la gran peste que en los dos años anteriores ha acabado con tan gran número de los naturales, pues á los españoles no nos atacó, para bien de aquellos á cuya curacion nos dedicamos todos los peninsulares. Las damas españolas y los frailes fueron especialmente la Providencia de los apestados; por eso hoy los indios adoran á los padres de las órdenes religiosas. El cansancio de tan ímprobo trabajo fué causa de que muchos de ellos murieran, especialmente de los franciscanos, objeto hoy de la veneracion de los naturales.

—¿Tanto se les quiere?

—Hasta el grado de que seria impolítica toda medida tomada en contra de ellos.

—Acaso han dado motivo para dictarla.

—Hasta el presente no; pero mucho me temo que sea necesario.

—¿Qué decís?

—Señores, hablamos en el seno de una íntima amistad; espero por tanto de vosotros que no me comprometereis.

—Podemos jurároslo.

—Pues bien, sabed......

—¿Qué?

—Que el comisario de dichos padres franciscanos, Fray Francisco de Rivera, se ha hecho sospechoso á los agentes de S. E.

—¿Cómo es eso?

—Se cree que trata de conspirar contra la tranquilidad de estos reinos.

—Eso no es posible.

—¿Por qué razon?

—Todos los padres franciscanos han sido y son modelo de humildad y celo religioso.

—Tan solo se desconfia de su provincial, no de la comunidad entera.

—Pero á ser motivadas tales sospechas, los religiosos hubieran destituido al comisario.

—En vano trata S. E. de explicarse el misterio de por qué no lo han hecho así.

—Creedlo, se le acusa injustamente.

—Hay una circunstancia agravante en el caso.

—¿Cuál es?

—En vano ha tratado de averiguarse cómo y cuándo dicho padre llegó á México; no hay constancia ninguna.

—Si eso fuese cierto, S. E. habria ya tomado una providencia que lo aclarase.

—Le ha detenido el temor de una sublevacion.

—Amigo Cervantes, sin duda veis visiones.

—Júroos que cuanto os digo me consta.

—Don Martin no puede temer á nadie.

—Personalmente, no en verdad, pues le sobran serenidad y valor; pero como gobernador de Nueva España teme, con razon, un conflicto; por eso hace gala de su prudencia poniendo los medios para evitarlo.

—Podeis tener razon.

—Creed que sí; hoy dia los frailes de San Francisco son poderosos, merced al amor que se les tiene en el país. Ellos no se mezclan ni lo mas mínimo en asuntos políticos; pero si se les provocase á la lucha podrian ser muy temibles.

—Terminemos aquí nuestra conversacion; todos comienzan á fijarse en nosotros, y no nos convendria que se sospechase el asunto de tan arriesgada polémica.

En aquel momento se escuchó en la antecámara un sordo mur-

mullo que partia de la puerta de entrada; todas las miradas se fijaron en ella y todas las bocas enmudecieron.

Los concurrentes abrieron calle y se inclinaron respetuosamente.

Atravesando el concurso se vió aparecer en el salon un fraile franciscano, mal ocultando bajo su hipócrita aire de humildad la altivez y energía de su alma.

—¿Quién es? preguntó uno de los personajes del grupo, señalando al franciscano.

—El reverendo padre Fray Francisco de Rivera, le contestó el alférez real.

—La paz del Señor sea con vosotros, exclamó en aquel momento el franciscano, bendiciendo á los concurrentes á la cámara y dando á besar sus manos blancas y finas.

CAPÍTULO XXXIX.

La antesala de palacio.

CUANDO aquella respetuosa manifestacion hubo terminado, todos los cortesanos volvieron á formar sus corrillos y las interrumpidas conversaciones se reanudaron, recobrando todos los semblantes su natural animacion.

El fraile, despues de detenerse un momento á hablar con varios jóvenes y hermosas damas, se dirigió á la puerta de la cámara del virey y se dispuso á abrirla, cuando el paje que la guardaba le dijo cortesmente:

—Padre, perdonad; pero S. E. ha prohibido la entrada á su despacho.

—Está bien; pero esa prohibicion de seguro no reza conmigo.

—S. E. no ha hecho distincion de ningun género.

—Porque para mí no era absolutamente necesaria.

—En semejantes casos y hasta el presente, siempre ha hecho de vos particular distincion.

—Pero en resultado, ¿qué quereis?

—Unicamente suplicaros que no insistais en entrar mientras S. E. no declare abierta la audiencia.

—Ya es hora de ella.

—Teneis razon; pero no lo ha hecho avisar todavía.

—Dejadme pasar y yo le haré notar su distraccion.

—¡Imposible!

—¿Por qué razon?

—Porque S. E. ha prohibido á todo el mundo la entrada á su cámara.

—En ese caso, hacedme la merced de avisarle mi presencia.

—Tampoco puedo yo entrar.

—Entonces ¿de qué servís aquí? preguntó el fraile molestado por la tenacidad del paje.

—Cumplo mi deber.

—No se os conoce.

—Reverendo padre, obedezco las órdenes que se me han dado.

—¿Y se os ha mandado desconocer los respetos debidos á los hábitos que visto?

—Padre, en nada creo haberos ofendido.

—Teneis razon, sí, es verdad; pero yo os suplico que penetreis en la cámara de S. E. y le hagais comprender cuánta es la importancia de la comision que me conduce á palacio.

—Temo que á S. E. no le parezca bien el verme así contravenir sus disposiciones.

—Os repito que la importancia del asunto que aquí me trae lo exige así.

—Sea, pues vos lo deseais, contestó el paje.

—Hacedme el favor de avisar á S. E.

—Eso pienso, añadió el doncel abriendo la puerta de entrada á las cámaras.

El fraile quedó aguardando á la parte de afuera y ensimismado en sus propios pensamientos.

De vez en cuando daba muestras de su impaciencia, y volvia sin cesar su vista á la puerta por donde habia desaparecido el paje.

Los distintos grupos de cortesanos apenas habian echado de ver la anterior escena.

Por fin salió el paje, diciendo:

—S. E. os pide le dispenseis; pero ocupado en asunto de la mayor importancia, no puede recibiros, y os manda decir que regularmente le será imposible abrir hoy audiencia.

—¿Con quién se halla ocupado?

—Padre, yo ni debo ver lo que ahí dentro acontece, y menos referírselo á los demas.

—¿Le hicísteis presente la importancia de la mision que aquí me conduce?

—Como vos me lo mandásteis.

—¿Y cuál fué su respuesta?

—Ya la sabeis.

—¿Cómo?

—Que le dispenseis si hoy no puede recibiros.

En aquel momento se abrió la puerta de la cámara, y por ella salieron Fray Bartolomé Franco, capellan de ciudad, y el alguacil mayor maese Cárlos Sámano.

—Señores, díjoles Fray Francisco de Rivera, ¿salís del despacho de S. E.?

—Precisamente.

—¿Habeis hablado con él?

—Acaba de darnos sus órdenes.

—¿Y está tan ocupado que no pueda recibirme?

—Pregunta es esa á que tan solo puede responderos S. E. en persona.

—Le he mandado avisar y no se ha dignado recibirme.

—Enviadle por segunda vez á decir vuestro nombre.

—Señores, esta es la primera vez que en Nueva España se obliga á un eclesiástico á hacer antesala.

—Tal vez hayan llegado á S. E. pliegos importantes del gobierno de S. M. nuestro señor.

—Aun así no tiene derecho á faltar á la respetabilidad que debe merecerle un hábito franciscano.

—Padre, cuestion es esa en que nosotros no podemos mezclarnos.

—Es verdad; con el rey y la Inquisicion, chiton.

—Sí, pero aquí no estamos en el alcázar de Madrid.

—Pero estamos en el de México, y tanta autoridad es aquí el virey como el rey allá, para mandar ahorcar á uno muy descansadamente.

Instintivamente el franciscano, al oir la palabra ahorcar, subió la mano á la altura de su cuello y arregló los pliegues de su capucha.

—¿Teneis algo que mandarnos, padre? preguntó el alguacil.

—Nada, hijos.

—En ese caso, dadnos vuestra bendicion, pues tenemos necesidad de marchar á cumplir las órdenes de S. E.

—En el nombre del Padre...... murmuró entre dientes el fraile, haciendo la señal de la cruz.

—Quedad con Dios, Fray Francisco, dijeron el capellan y el alguacil besando su mano.

—Id con Él, respondió el fraile.

Los dos primeros desaparecieron entre la muchedumbre de los cortesanos, y el franciscano comenzó á pasearse pensativo y cabizbajo delante de la puerta de la cámara.

Ensimismado en sus propios pensamientos no notó que un lego de San Francisco acababa de acercarse á él procurando llamarle la atencion.

—Perdone su reverencia, dijo por fin el lego, deteniendo de los hábitos al distraido paseante.

—¡Ah! ¿sois vos, hermano Cosme? preguntó Fray Francisco fijándose en el lego.

—Yo mismo, señor.

—¿Y qué deseais?

—¡Cómo! ¿su reverencia ha olvidado la comision que tuvo la bondad de encomendarme?

Al decir estas palabras, los vivarachos ojos del lego se clavaban en el turbado rostro del franciscano, y en sus labios se dibujaba una sonrisa intencionada y picaresca.

—¡Ah! es verdad! exclamó aquel trayendo al lego á uno de los puntos mas solitarios de la antecámara.

—¿Cumplísteis bien mis órdenes?

—A pedir de boca.

—¿Con buen éxito?

—Cual lo habíais previsto.

—Entonces......

—Doña Juana de Pimentel y Carrillo se encuentra á estas horas instalada en uno de los calabozos de Santo Domingo.

—¿No hizo resistencia?

—Ninguna.

—¿Lo observásteis todo?

—Como que me disfracé de familiar y he acompañado por todos lados á Su Eminencia el señor arzobispo y gran inquisidor.

—¿La encontrásteis en su casa de la calle *que va* á las Atarazanas?

—No, sino en la de Don Hernando de Salazar.

—¡Cómo! preguntó el fraile sorprendido.

—Como lo oye su reverencia.

—Esto viene á echar á tierra nuestros planes.

—¿Por qué razon?

—Sin duda se habrán reconocido, y Don Hernando, saliendo del retiro en que tantos años hace se ha metido, renovará sus amistades, pondrá en juego sus influencias y sin duda logrará la libertad de su esposa; ¿no lo creeis así?

—Pudiera suceder muy bien.

—¿Notásteis alguna cosa? tomó la defensa de Doña Juana?

—Mudo de terror, contempló impasible la prision de su esposa; pero......

—¡Hablad! hablad!

—Al entrar en el estrado ví descorrido el tapiz de la pared del fondo, y descubiertos tres cuadros.

—¿Qué representaban?

—Uno era el retrato de Doña Estrella y otro el de Don Luis.

—¿Y el tercero?

—Representaba el incendio y asalto de la quinta de Don Luis Cortés; entre el grupo de los salvajes se descubria la figura de Doña Estrella de Carvajal arrancada del lecho, sobre cuyas sábanas dormia su pequeña hija.

—Entonces no hay duda alguna en que ambos se han reconocido.

—Sospecho lo mismo.

—Es necesario cortar las alas á ese águila.

—Mandad y sereis obedecido.

—Disponed contra Don Hernando la misma acusacion de adulterio levantada á su esposa; hacedla llegar á manos de Su Eminencia, y no descanseis hasta haberle dejado preso en los calabozos del Santo Oficio.

—Pero, ¿y su hija?

—Esa corre de mi cuenta.

—Parto á cumplir vuestras órdenes.

—¿Teneis dispuestas convenientemente las pruebas del incesto de los Luises y Estrellas?

—Todo está listo.

—Está bien; idos.

—Os advierto, dijo el lego volviendo, que se ha recibido oficio de Su Eminencia el señor arzobispo Don Pedro Moya de Contreras, para que esta tarde prediqueis en la santa Catedral el sermon de vísperas del Divino Redentor.

—Esto contraría mis planes.

—Tal vez venga en ayuda de ellos.

—¡Cómo!

—S. E. el virey asistirá al sermon.

—En efecto, puede sernos útil su presencia.

—Así lo creí yo desde que tuve conocimiento de ello.

—Idos, que bastante hemos hablado.

—Creerán que tratamos de asuntos de la comunidad.

—Y á propósito de esta, ¿creeis que sospechen algo?

—Nada absolutamente: bendicen, por el contrario, el instante

en que os ampararon y os dieron el puesto que hoy ocupais; sin cesar manifiestan al cielo su gratitud por vuestra conversion.

—¡Pobres frailes! exclamó Fray Francisco, acompañando sus palabras con una insultante sonrisa de desden y desprecio.

—Habeis logrado, y no es poco, el engañarles: desde que tuvieron ocasion de apreciar el celo con que profesásteis y la cristiana y heróica caridad con que atendísteis á la curacion de los apestados de los dos años pasados, os tienen por un santo y creen vuestra conversion mas milagrosa que la de San Pablo.

—Algun dia conocerán los buenos padres que no basta poseer el latin con perfeccion para conocer el mundo. Si como yo profesasen despues de haber corrido el mundo y con su alma jóven aún, algo menos preocupados y sí mas descreidos habrian de ser.

—A vos os debo yo, por mi vida, la malicia que hoy poseo y que tan provechosa me ha sido.

—No hablemos mas de esto, y marchad á cumplir mis deseos.

—Así se hará.

—Disimulemos.

—Reverendo padre, dijo el hipócrita lego arrodillándose delante de su superior, vuestra bendicion.

—En el nombre del Padre......, repuso el fraile levantando sus manos sobre la cabeza del lego.

Instantes despues este salia de la antecámara y del palacio.

Al quedarse solo el franciscano, se acordó del motivo que allí le tenia, y dirigiéndose al paje, volvió á decirle:

—Os suplico me dispenseis la merced de avisar por segunda vez á S. E. que Fray Francisco de Rivera desea hablarle para un asunto de la mayor importancia para el Estado.

—Os he dicho, reverendo padre, que S. E. se monta en enojo cuando se contravienen sus órdenes.

—Si vos no os atreveis á entrar, dejadme que yo lo haga, repuso con marcado disgusto el fraile.

—Eso podria costarme por de pronto la pérdida de mi empleo, despues una prision, y mas tarde el ser deportado á España.

—Yo os prometo salvaros dado el caso.

—Así lo creo.

—Avisadle entonces.

—Lo mejor será no tentar al diablo: cumplamos nuestro deber, que siempre llevan las disculpas el riesgo de no ser creidas.

—Sentiria que os estuviéseis burlando de mí.

—Yo pido á su reverencia que aparte de sí semejante pensamiento.

—Me complazco en ello.

—Haceisme justicia.

—¿Qué ocupa en el presente á vuestra reverencia? dijo el procurador real interviniendo en la conversacion.

—Sepa Usía, respondió el fraile, que media hora hace estoy esperando que S. E. se digne recibirme, sin haberlo podido lograr.

—¿Habeis hecho que el paje le avise?

—Le rogaba en este instante que volviese á hacerlo.

—Pero S. E., repuso el paje, ha dado órden de que por ningun motivo se le incomode.

—Anunciadme á mí, dijo el procurador.

—Usía perdone; pero eso seria contravenir las órdenes de S. E.

—¡Diablo! teneis razon, aguardaremos; al fin y al cabo nada tengo que decirle.

—No así yo; se me originan graves perjuicios con esta detencion.

—Algo muy grave ocupará la atencion de S. E., cuando tan absolutamente ha prohibido la entrada al mismo procurador real.

En aquel instante se abrió la puerta, y un segundo paje del virey anunció á la corte y á los pretendientes que graves negocios de Estado impedian á S. E. abrir la audiencia de costumbre, por lo que pedia se le dispensase en gracia del servicio de S. M.

Todos recibieron la noticia sin murmurar de ella, y los pretendientes salieron de la cámara, quedando en ella los cortesanos ociosos.

—¿Qué os parece de esto, señor procurador? preguntó con mal reprimida indignacion el fraile.

—Que así lo exigirá el buen servicio de S. M., respondió con calma el interpelado.

La puerta volvió á abrirse, y de nuevo apareció el paje diciendo:

—S. E. desea ver al señor procurador real.

—Estoy á su disposicion, dijo este.

—Pase Usía, dijo el paje abriendo la puerta y cerrándola cuando hubo entrado.

—Parece que todos se burlan de mí, replicó el fraile; el bueno del procurador real ni siquiera se ha dignado despedirse.

Despues se volvió al paje, y por quincuagésima vez le pidió que le anunciase al virey.

El paje quiso obedecerle, y entró á la cámara, de la cual salió al poco tiempo diciendo:

—S. E. os suplica que no os molesteis en esperarle, porque le es absolutamente imposible concederos audiencia.

El fraile nada respondió, y calándose la capucha, salió con marcada ira de la antecámara y repitiendo con furor entre dientes:

—Ellos lo quieren; mi venganza será tan fácil como terrible.

CAPÍTULO XL.

En demanda de matrimonio.

Largo tiempo hacia que Don Luis Cortés y la hermosa Estrella de la casita de San Cosme habíanse separado, despues de jurarse mil veces constancia y amor, con esa tenaz insistencia de repeticiones que sin cansarse nunca se hacen los verdaderos amantes en sus instantes de amor y en los momentos de despedirse.

Durante el largo y bonito camino de la calzada de San Cosme, ó del camino de Tacuba, como entonces se llamaba á pesar de que la iglesia de San Cosme existia ya bajo el nombre de la ermita de San Lázaro, en Setiembre de 1527, esto es, cincuenta y un años antes del que en nuestra novela corre, Don Luis Cortés se ocupó de forjarse proyectos los mas halagüeños y gratos acerca del porvenir de sus amores.

Exaltada su imaginacion por la vehemencia de sus propios deseos, se determinó á dar el último paso en la carrera de su noviazgo, contrayendo matrimonio con su bella amada.

Nada le habia dicho á esta acerca de semejante determinacion, porque en medio de la poesía de los amores, los pasos precisos para

un acto semejante disuenan tanto y son tan prosaicos, como en medio de un concierto de instrumentos divinos el ladrido destemplado de un perro mastin.

Algunos dicen que el matrimonio es la tumba del amor.

Tal vez sea esta especie exageracion de maridos vendidos ó hastiados de sus mujeres, y punto que los solteros no podremos discutir con acierto.

Otros aseguran mas poéticamente que el matrimonio es un país encantado, que seduce desde fuera como una ilusion óptica; pero que despues de penetrar en él, hastía y produce la muerte del alma del mismo modo que los abrasados y desiertos arenales de la Arabia producen la del cuerpo.

El resultado es el mismo; el matrimonio es tan moral como antipoético y desconsolador.

Y no obstante, todos los séres racionales sueñan con él y se esfuerzan en creer que en él tan solo existe la felicidad humana.

Una compañera tierna, amable y hermosa, sonriendo siempre á nuestro lado, endulzando con sus tiernas caricias y sus besos tronadores las amarguras de nuestra alma:

Un ángel con forma humana, desvaneciendo con sus deditos de rosa y sus labios de coral el adusto ceño y las arrugas que el dolor imprime en nuestra frente:

Alegre y bulliciosa en nuestras alegrías, jugueteando como una niña en nuestros brazos, enredando sus blancas manos en nuestros cabellos, deshaciendo las sortijas de nuestras barbas:

Suspirando trenzada de brazos á nuestro cuello, y haciendo rodar por nuestras mejillas su aliento, mas ténue que la brisa dormida:

Derramando lágrimas amargas al verlas brillar en nuestros ojos apagados, cual si fuesen el espejo de nuestra alma atribulada:

Todo esto seduce, enamora, encanta y hace suspirar á todo sér con alma y con creencias.

Si dando mayor campo á nuestra imaginacion, nos consideramos poseedores de uno de esos retoños de nuestra alma, que tanta alegría dan y que tanto hacen sufrir al verdadero corazon paternal:

Si consideramos á nuestra hermosa mujer vendida á los cuidados maternales sobre la cuna de nuestro hijo inocente:

Si despierta la vemos venir hácia nosotros con un ángel prendido á su seno, y recibiendo de él la savia de la vida:

Si apoyando su cabeza en nuestro hombro y pasando su brazo por nuestro cuello, nos muestra sonriendo en su regazo al niño de nuestro amor jugueteando infantilmente:

Si levantándole en sus brazos le acerca á nuestro cuello para que sus manecitas en miniatura se engarcen en los rizos de nuestra barba, mientras pronuncia balbuciente nuestro nombre, que á fuerza de repetírsele se le enseñó á pronunciar;

Entonces concebimos que en el matrimonio exista un giron consolador de ese velo impalpable y quebradizo bajo el que encubre el bello rostro por nadie visto, jamas descubierto por entero, esa diosa de la ilusion que llamamos FELICIDAD.

Alguno al leer estas pobres líneas, exclamará sin duda: ¡mostradnos el reverso de esa medalla!

Pero francamente, renunciamos á ello: ¿para qué sombrear la imaginacion de nuestros amables lectores con una historia de miserias, defecciones, promesas violadas, honras destruidas, ingratitudes é inmundicias, que se revuelcan cual en su sentina los vicios, en el reverso de la medalla anteriormente descrita?

Don Luis Cortés solo pensaba en que amando él á Estrella y siendo por ella amado, tenia mucho adelantado para endulzar hasta la saturacion algunas horas de su juventud, y tal vez algunos años de su vejez.

Por su fortuna, el alma de su amante tenia un temple tal de virtud y amor, como muy pocas mujeres suelen poseer.

Verdad es que Don Luis Cortés se lo merecia, porque no era uno de esos jóvenes de hoy dia, corrompido, insustancial y estúpido, sin mas lecciones de la experiencia que las que les enseñan los parásitos moradores de los garitos y lupanares.

Don Luis Cortés era un jóven que vivia, por así decir, en la atmósfera juiciosa de los hombres maduros.

Se desentendia de los jóvenes y los despreciaba, como el hombre gigante de la ciencia despreciaria á los enanos de la ignorancia.

Vestia con elegancia y con lujo porque así lo exigia el elemento donde habia nacido, no porque en el vestido fundase todo su valer social, ni porque vestir bien fuese su ciencia única.

Bien que de esta preocupacion moderna sea el verdadero orígen las estúpidas exigencias de esas coquetas jóvenes, cubiertas de pintura, rizos y cintajos á modo de descocada muñeca de peluquería.

Por fortuna, entre esos mercaderes sociales hay jóvenes honrados, de saber é ilustracion, como Don Luis Cortés, y jóvenes sencillas, buenas y amantes, como la Estrella de nuestra narracion.

La dificultad es que unos y otros se encuentren; pero aun la azucena crece entre los campos de zizaña, y el lirio asoma su morada corola entre el cieno del muladar.

Abstraido en sus pensamientos, el camino se le hizo mas corto á nuestro jóven, y casi de repente se encontró dentro de la *traza* de la capital de Nueva España.

Entonces se encaminó hácia el monasterio de San Francisco en solicitud de Fray Francisco de Rivera, á quien la jóven debia favores de tutoría y proteccion.

Al llegar al convento, el lego guardian indicó á Don Luis que el reverendo franciscano no habia regresado aún al monasterio.

—Pero de seguro le hallareis en palacio, añadió, porque esta es la hora de audiencia.

—Para el asunto que debo de tratar con él me conviene hablarle á solas.

—Entonces, tomad asiento y aguardadle en la portería, si no quereis pasar á la huerta á conversar con la comunidad.

—Prefiero aguardarle aquí.

—Como gusteis, noble caballero Don Luis Cortés.

—Os doy las gracias.

—No hay de qué; os consta cuánto se os quiere entre nosotros.

—Por lo que estoy muy agradecido, y os correspondo.

—Eso os honra en extremo; no hay pecado mas feo en el hombre que la ingratitud. ¿Y qué hay de cosas?

—Me ocupo tan poco de asuntos políticos, que no os podré dar razon.

—Andareis enamorado.

—Tal vez.

—¿Quizá de alguna dama noble?

—Lo es por sus virtudes y educacion.

—Mucho me complazco de ello y os felicito: la belleza del alma es imperecedera, no así la del cuerpo, que es deleznable y muere. ¿Y es española ó mexicana?

—Mexicana, respondió secamente el jóven, impaciente con la charla del guardian.

—¿Pero de raza española?

—Por supuesto; hoy todos tenemos algo de españoles.

—Es cierto, la actual generacion es nuevecita: ¿y pensais contraer pronto enlace?

—En breve.

—Bien pensado; el hombre debe casarse jóven, á fin de proveer con acierto y desahogo á la educacion de los hijos. El hombre que aguarda á casarse en la edad madura, es un egoista que solo pretende una cuidadora de sus achaques, hijos de una juventud viciosa; ¿no es verdad?

—Es verdad, sí, es verdad..... ¡cuánto tarda el padre Francisco!

—Sois muy impaciente; apenas hace un cuarto de hora que habeis llegado: ¿ó acaso os enfada mi conversacion?

—¡Oh! no creais eso; la aprecio en lo que vale.

—Gracias, jóven, es natural; algo se le llega á pegar á uno del continuo trato de los eminentes é ilustrados padres franciscanos: ¿por qué no profesais vos en esta comunidad?

Porque no tengo vocacion.

—Es lástima; sois jóven y llegaríais á ser una lumbrera de la Orden.

—Hartas tiene en la actualidad.

—Sí; pero por desgracia el genio no es eterno en este mundo; es una luz brillante que deslumbra á la ignorancia é ilumina los senderos inciertos del porvenir, pero que se consume cual la llama de una bujía, por lo cual es necesario renovarla, para impedir por segunda vez el imperio fatal de la oscuridad.

—No muere el genio, hermano guardian, puesto que sus obras viven, y vive por lo tanto su voz, manteniendo inextinguible la ilustracion de sus doctrinas.

—Lo cual no obsta para que al dejar de existir la materia, habitacion del genio, este deje tambien de producir sus luminosas obras, muriendo en consecuencia, puesto que la falta de produccion indica la muerte de la cosa productora.

Las tentativas de erudicion del hermano guardian impacientaban al jóven, quien á toda costa trató de cortar la inspiracion del lego, diciendo:

—¿Creeis que llegue pronto Fray Francisco?

—No debe de tardar; presto será la hora del refectorio.

—Le aguardo con verdadera impaciencia.

—Pues ahí le teneis, respondió el lego mostrando con la mano al comisario, que en aquel instante cruzaba la calle dirigiéndose al convento, donde penetraba momentos despues.

—Reverendo padre, dijo el lego adelantándose á Fray Francisco y besándole con respeto una mano, os busca con insistencia desde hace rato el noble jóven Don Luis Cortés.

—Servidor vuestro, añadió este imitando en todo al lego.

—Seguidme á mi celda, dijo el fraile penetrando al interior del monasterio.

La celda del padre Francisco era una reducida habitacion de paredes blancas, en una de las cuales se abria una pequeña ventana con vidriera. Su mueblaje no podia ser mas escaso ni sencillo: una mesa, cuatro taburetes, un tablado de cama y un estante alambrado, todo de madera blanca. Pendientes de las paredes veíanse algunos cuadros al óleo, de escaso mérito y representando escenas de la vida de algunos santos. Sobre la mesa habia un Crucifijo de

madera, gran cantidad de libros y papeles, y un enorme tintero de bronce dorado.

El fraile tomó asiento en un taburete é indicó al jóven otro para que hiciese lo mismo.

Despues le dijo lacónicamente:

—Hablad.

—Ante todo, comenzó con turbacion Don Luis, debo implorar vuestro perdon anticipado, para todo aquello que en mi conversacion pudiera disgustaros.

—Desde luego os le concedo; pero os suplico seais breve.

—Paréceme veros disgustado y violento, por lo cual os suplicaria me dijéseis si la presencia de un hombre os enoja en este instante, y en ese caso me retiraré, prometiendo volver á veros.

—Es cierto que tengo motivos sobrados de disgusto, pero vos no teneis la culpa de ellos.

—No obstante, me retiro, repuso el jóven levantándose.

—Sentaos, yo os lo suplico, y hablad.

—Conozco que os molesto.

—No lo creais; lo que produce esta violencia, es tan solo el desconsuelo que me causa ver á la impiedad haciendo tan rápidos progresos en Nueva España. Los ministros de Dios han sido siempre objeto de la consideracion de las gentes.

—¿Alguien os ha ofendido?

—S. E. el señor virey me ha tenido dos horas de antesala, y al fin no se ha dignado recibirme.

—Tal vez algun grave asunto de Estado se lo impidió.

—No puede haber descargo para un proceder semejante con un religioso de esta comunidad, á quien tanto deben estos reinos; pero en fin, esto quedará arreglado muy en breve. Exponed el motivo de vuestra visita.

—Confesaros mi amor por Doña Estrella, vuestra jóven protegida, es mi primer deber en esta entrevista.

El rostro del fraile se puso mortalmente lívido.

—Continuad, dijo, procurando serenarse.

—Perdonad que en una situacion semejante me falten palabras para expresarme; una poderosa turbacion interior les impide asomar á los labios.

—¿Eso es todo cuanto teníais que decirme?

—No, señor.

—Acabad entonces.

—Soy correspondido por ella, y vengo á pedírosla por esposa.

—¡Imposible! dijo el fraile poniéndose violentamente en pié.

—Permitidme, repuso el jóven, ofendido por aquella brusca negativa, solicitar de vos la causa de esa imposibilidad.

—Es un secreto.

—Que yo me creo con derecho á saber.

—¡Jóven! podeis retiraros sin insistir en tan extraña pretension.

—Bien pudiérais comprender, señor, que cuando una pasion verdadera inflama nuestro corazon, no se renuncia fácilmente al logro de nuestros deseos.

—Don Luis, escaseemos las palabras; volved dentro de algun tiempo, y tal vez entonces os dé á conocer la causa que tengo para negaros la mano de mi pupila.

—Insisto en saberla ahora mismo, señor.

—Os vuelvo á decir que no me conviene descubrírosla.

—Puesto que á todo os negais, no os cause extrañeza cuanto pueda suceder en adelante.

—Jóven, muy mal me conoceis, si pensais amedrentarme con palabras amenazantes.

—No ha sido tal mi intencion, sino preveniros que haré uso de los derechos que las leyes y mi amor me conceden.

—Haced como os plazca; Estrella no os secundará.

—No la creo obligada á acatar ciegamente los caprichos infundados de un tutor.

—Jóven, vuestro amor os disculpa; á no ser así, yo os haria ver con quién estais hablando.

—Fray Francisco de Rivera, no estoy tan ciego que no os conozca.

—¿Qué quereis decir? preguntó con indignacion el padre.

—Es un misterio, respondió con sarcasmo el jóven.

—Nada de palabras ambiguas; exponed claramente cuanto tengais en contra mia.

—Tambien os digo yo: padre Rivera, preguntádmelo dentro de algun tiempo, y tal vez entonces os dé á conocer la causa que tengo para ocultároslo actualmente.

—El tono sacrílego de vuestras palabras no debe moverme sino á compasion: yo os perdono, jóven; podeis retiraros.

—Dios os proteja, padre Francisco.

—Así lo espero de su bondad.

—No tardaré en volver, añadió el jóven disponiéndose á salir.

—¡Ah! os advierto, dijo el fraile, que la casa de San Cosme queda, desde este instante, cerrada para vos.

—La ley y mi amor me abrirán sus puertas, exclamó Don Luis cerrando tras de sí la de la celda.

CAPÍTULO XLI.

¡Dios os bendiga!

Permanecido hubieran Doña Estrella y Don Luis infinitamente entregados al éxtasis sublime de su amor naciente, pero vigoroso, á no haber penetrado en el gabinete donde se encontraban, el anciano padre de la jóven, temblando y pálido cual un cadáver.

A su presencia, los jóvenes sintieron teñirse sus rostros del suave arrebol de su rubor de amantes sorprendidos.

En un principio clavaron en el suelo sus miradas, temerosos de que en ellas sorprendiesen otros ojos las dulces emociones de su alma, y sus labios se secaron con el calor ardiente de sus corazones.

Quisieron hablar y comprendieron que les seria imposible, porque el puro sentimiento del amor es dificil de traducirse en sonidos humanos: para ser fielmente expresado, necesitaria el corazon poseer en toda su belleza el idioma divino de los ángeles.

El anciano contemplaba á los jóvenes con fijeza, y allá en su imaginacion buscaba tambien las palabras con que descubrirles la dramática escena poco antes ocurrida en el estrado de su casa.

En una de las veces que Estrella levantó su vista, no pudo por menos de dejar escapar un grito de angustia al fijarse en la rígida palidez del semblante de su padre.

—Padre mio, ¿seguís mal? le preguntó con interes y lanzando cariñosamente sus brazos al cuello del anciano.

—¿Nada habeis notado? dijo este sin responder á la pregunta de su hija.

—¿De qué, señor? se adelantó á decir Don Luis.

—¡La Inquisicion ha estado en mi casa! exclamó Don Hernando con entrecortada voz.

—¡La Inquisicion! repitieron los jóvenes aterrados.

—¿Y qué ha venido á buscar?

—¡Ah! pluguiérale al cielo que jamas se hubiese llevado de ella tan valiosa prenda.

—¿Qué decís? Hablad, padre mio, calmad nuestra ansiedad.

—Ha venido á sacar de mi casa......

—¿A quién?

—A Doña Juana de Pimentel y Carrillo.

—¡Cielos! exclamó Don Luis; ¿qué delito ha cometido?

—Lo ignoro.

—¡Dios mio! Dios mio! exclamó el jóven, tal vez yo mismo he tenido la culpa de su desgracia.

—¡Cómo! ¿qué decís?

—Sí; tal vez el Santo Tribunal ha tenido noticia de la tentativa de asesinato puesta anoche en planta contra mí, y por haber ocurrido el ataque á la puerta de su casa y cuando yo salia de ella, tratan tal vez de una averiguacion cuyo resultado será fatal para todos.

—¿Para todos?

—Sí, porque tras de la prision de Doña Juana podrá venir la mia, y tal vez la vuestra, por haberme acogido en vuestra casa.

—¡Cielos! exclamó el anciano, temblando á su pesar.

—¿No lo creeis así?

—No sé qué responderos; pero temo que seamos víctimas de

alguna intriga de corte movida por algun enemigo poderoso, y tal vez vuestros temores lleguen á realizarse, jóven, puesto que el incidente de vuestra herida les da ocasion para ello.

—¡Oh! es necesario poner en juego nuestros recursos.

—Sí, sí; ante todo es preciso conseguir la libertad de Doña Juana de Pimentel.

—Sí, la obtendremos, porque tal prision implicaria males irremediables para su desgraciada hija.

—¡Ah! su hija! exclamó el anciano como herido por un rayo.

—Padre, ¡por piedad! dijo Estrella tomando entre sus manos y cubriéndola de besos la espaciosa frente del anciano; no os exalteis, procurad armaros de resignacion y confianza en Dios; pensad en vuestros fatales accesos, y en que os es necesario conservar despejado vuestro juicio para impedir los efectos de la intriga que temeis.

—Sí, es verdad, es verdad; pero la idea de que esa mujer tiene á su lado una hija, una hija que solo lo es suya, mi corazon se rompe en pedazos y mi orgullo y mi honra se indignan.

—¡Padre! padre! por Dios! ¿qué decís? exclamó la jóven, creyendo dictadas las palabras del anciano por la demencia que con tan grande frecuencia le atacaba.

—Nada temas, pobre hija mia; mi inteligencia está clara y despejada: ojalá no fuera así; pluguiérale al cielo que cuanto me acontece fuese solo ficticia desgracia, creada únicamente por un loco frenesí.

—Padre del alma, serenaos, dijo la jóven con amargura al ver entregarse al anciano á los excesos de su acerbo dolor.

—Tú no puedes comprender, hija de mi corazon, hasta qué punto somos desgraciados.

—¡Siempre esa idea! Padre, injusto sois con el Dios de la bondad.

—¡Dios! injusto con él! no, no lo creas, hija mia; si me quejo de su bondad, si dudo de su misericordia para conmigo, harto motivo me dan para ello los terribles golpes de mi infortunio.

—Padre, por el cielo, ¡no blasfemeis! exclamó la jóven con cariño.

—Siento hacerse pedazos mi corazon y mi cabeza á impulsos de un espantoso pesar.

—Don Hernando, calmaos, dijo el jóven, que hasta entonces habia permanecido absorto y retirado, contemplando el amargo infortunio de aquel hombre.

—¡Ah! ¿aquí estábais vos?

—Sí, para ayudaros á combatir contra ese sino infausto de que os juzgais perseguido.

—¡Oh, sí! uníos á mí y luchemos.

—Cuando querais.

—Ahora mismo.

—Decid.

—Esa jóven á quien llamais hija de Doña Juana Pimentel, ¿dónde se halla?

—Don Hernando, bien sabeis que me es imposible daros razon de ella; no he salido desde ayer de vuestra casa.

—Y no obstante, Doña Juana vino aquí con el exclusivo objeto de preguntaros dónde la habíais ocultado.

—¡Cielos! padre mio! qué decís! exclamó la jóven, sorprendida y traspasada de dolor ante la idea de que el hombre de su amor la hubiese podido engañar.

—Lo que oyes, hija mia; Doña Juana cree á ese jóven el raptor de su hija.

—Hablad, hablad, repitió con indignacion la jóven, clavando sus ojos en los de Don Luis Cortés.

—Señora, solo puedo deciros que esa dama, no contenta con haber tratado de asesinarme miserablemente, quiere calumniarme de un modo vil, procurando mi desgracia ó mi muerte.

—Jóven, ¿qué decís? preguntó el anciano indignado con la respuesta de Don Luis.

—Que siendo tan terminantes las penas impuestas por las leyes de Nueva España contra los delitos de honra, como el adulterio, el incesto y la seduccion, esa dama trata de perderme con tan horrible calumnia, ya que le fué imposible con el puñal asesino.

—No lo creais; esa mujer es una desgraciada, no una infame, y al reclamar su hija, es porque realmente le ha sido robada esta mañana en la iglesia de la Concepcion.

—¡Cielos!

—¡Ah! en nombre de Dios os conjuro, dijo indignada la jóven, á que por lo mas santo que para vos exista, nos digais si en efecto teneis participacion alguna en el rapto de vuestra antigua amante.

—Por la memoria de mi santa madre, os juro que no.

—La vida os diera, repuso el anciano, por conocer el paradero de esa jóven.

—¡Cómo! ¿para qué? ¿aun desconfiareis de mí?

—No; pero yo aborrezco esa jóven, y necesito destruirla, aniquilarla, para satisfacer mi encono y mi ultrajado honor.

—¡Sí, yo tambien la aborrezco! añadió la jóven Estrella.

—¡Infeliz! ¿qué mal pudo causaros? repuso el jóven, lastimado con aquel odio, á su modo de ver injusto, contra su antigua amada.

—En mí ha despertado un infierno de celos, dijo el anciano.

—En mí los celos y la duda, añadió la jóven, sin observar lo mismo que decia, y descubriéndose ante su padre, sin notarla, y al impulso de la tormenta que en su corazon rugia.

—Hija; ¿qué acabas de decir? preguntó el anciano.

—Señor, se adelantó á decir Don Luis Cortés, tratando caballerosamente de libertar á su amada del rubor de su confesion, amo á vuestra hija, y tengo la ventura de ser correspondido por ella; en tal concepto, os pido postrado me dispenseis la honra de llamarla mi esposa y de contarme como hijo vuestro.

—¿Qué decís? preguntó sorprendido el anciano.

—¡La verdad! respondió la jóven postrándose tambien á las plantas de su padre.

—Alzad, hijos mios, alzad; tal acontecimiento debiera de llenarme de ventura, y sin embargo, no puedo consentir en la realizacion de vuestro impremeditado proyecto.

—¡Padre!

—¡Señor!

—En vano tratareis de hacerme desistir; vos, Don Luis Cortés, jamas creí que así pudiéscis abusar de mi hospitalidad; á tí, hija mia, te consideraba dotada de mas juicio y discrecion.

—Don Hernando, me acusais injustamente de haber abusado de vuestro generoso proceder; el destino, ó Dios, por mejor decir, me condujo á vuestra casa, para que en ella pudiese encontrar el secreto de mi ventura eterna.

—Vanas palabras, Don Luis; vos, el amante ayer de una jóven á quien solicitábais por esposa, no podeis haberla aún olvidado, y aun dado lo contrario, no habeis podido tan súbitamente concebir por mi hija un amor verdadero.

—Perdonad, señor, yo no he comenzado hoy á amar á vuestra hija; largo tiempo hace que su imágen está grabada en lo íntimo de mi alma: en otra ocasion os lo he dicho; un compromiso tan solo me obligaba á renunciar á vuestra hija, á quien amaba, para solicitar por esposa á otra mujer. Rotos aquellos compromisos, mi corazon ha recobrado su libertad, y al tender su vuelo, ha venido á posarse á los piés de vuestra hija.

—Pero dime, Estrella, ¿tú lo has podido creer?

—Padre, tengo necesidad de ello, porque amar á Don Luis y ser amada por él, es mi ventura sola.

—¿Y si él te engañase?

—Juróme veces mil que no.

—¿Tú ignoras, hija mia, que para el hombre el juramento de amor es tan solo cuestion de palabras y una promesa tan vana como otra cualquiera, de las muchas á que falta á la fé?

—¡Dios mio!

—¡Ah! Don Hernando! no me juzgueis así; amo verdaderamente á vuestra hija, y con tal fé, que cifro mi felicidad única en obtener de vos el consentimiento preciso para unirme á ella con lazos indisolubles: para obtener ventura tan suprema, estoy dispuesto á llevar á cabo cuantos sacrificios me impongais, en la seguridad de que mi deseo de poseerla me hará triunfar de las dificultades mayores.

—Estrella, hija querida de mi alma, habla tú.

—Padre, ¿qué quereis que diga, cuando la emocion que embarga mi alma entorpece mi lengua? ¿No comprendeis mi turbacion en el hecho mismo de hallarme presenciando tal entrevista, pues tal he perdido mi propio dominio, que me he considerado incapaz de poder dar un paso?

—¿Y quién, si no tú cuya suerte se ventila aquí, debe de hallarse presente á un acto semejante? Estrella, tu padre te lo ruega; habla, dí, ¿aceptas tu cariño? Hija de mi alma, estoy llevando á cabo el sacrificio mas grande para un cariñoso corazon paternal. Desprender de su cuello los brazos de una hija idolatrada para arrojarla en brazos de otro hombre que va á disfrutar las bellezas de la educacion y de los puros sentimientos de un alma què con cuidados prolijos hemos formado, es un sacrificio heróico que ningun padre bueno lleva á cabo sin abrir profundas heridas en su propio corazon. Pero ante todo, hija mia, es tu ventura. Ha llegado la hora de que te emancipes de mis brazos, cual tu madre se emancipó de los de sus padres para arrojarse en los mios. Cúmplase la voluntad de Dios; obra segun tu libre albedrío; mide los tamaños del paso tan grande como definitivo que en la carrera de tu vida vas á dar. Considera que aún tu padre te idolatra como á su ventura mayor; ve bien que á su lado jamas has carecido de nada, que las riquezas que posees te permiten hacer gala de tu independencia, que á la grata ociosidad de la hija de familia sucederán los deberes de la esposa, los cuidados y padecimientos de la buena madre; á las súplicas y órdenes cariñosas de un padre, las justas exigencias de un marido; y cuando todo esto lo hayas pesado en las fieles balanzas de tu juicio, responde, en la inteligencia de que tu suerte es la que decides.

—Padre, ¿cómo podrán intimidarme las dificultades y riesgos que vuestra sábia experiencia me muestra, cuando el mas constante amor no descubre ante mis ojos sino los risueños paisajes de la mas completa felicidad? Decidme vos si esta pasion inmensa que devora mi alma, encenderá la antorcha de mi felicidad eterna

ó la hoguera de mi suplicio y mis tormentos. Yo no debo hacer otra cosa sino descubriros el libro de mi alma, y deciros: leed en él mi cariño por ese hombre, y aconsejadme si debo arrancar la hoja en que está escrito, ó abrir de nuevo el registro de una ventura imperdurable.

Abrió el venerable anciano sus brazos, y la jóven se arrojó en ellos, mientras los besos y las lágrimas del padre caian como un rocío de bendicion sobre la frente pura y virginal de la hija. Despues, volviéndose á Don Luis, dijo:

—Has oido, jóven feliz, el puro lenguaje de un ángel. Si su acento ha penetrado en lo íntimo de tu alma y la ha conmovido, digno eres de poseer el tesoro que arranco de mi corazon para hacerte feliz. ¡Maldito seas mil veces si no sabes apreciarle en tanto como vale él!

—¡Ah! señor! padre mio! dijeron ambos jóvenes, dejándose caer arrodillados á las plantas del venerable anciano.

—No, hijos de mi alma, no, exclamó este; en mis brazos, para hacerme feliz con vuestras caricias y las prendas de vuestro amor. Aquí, en mis brazos, para no separaros jamas de mí, porque no sereis tan egoistas que querais ser felices lejos de este pobre viejo, cuya vida dependerá desde hoy de veros venturosos. Hijos, hijos de mi corazon, Dios que todo lo puede, que lo ve todo, os bendiga en brazos del amante padre que os bendice en su nombre sacrosanto! ....

....

CAPÍTULO XLII.

Un paso mas.

PASADOS aquellos primeros instantes de emocion y de silencioso recogimiento, durante los cuales sintieron nuestros personajes inundada la atmósfera que les rodeaba de una esencia divina, cual si el espíritu de Dios hubiese descendido sobre ellos para bendecir su juramento, poco á poco fueron recobrando la tranquilidad de su ánimo.

Estrella y Don Luis buscáronse en sus miradas, y sus rostros se tiñeron del rubor de los desposados. Sus imaginaciones ardientemente enamoradas tornaron á dilatarse en los espacios de su felicidad soñada, y sus corazones latieron con violencia al imaginarse solos con su amor, y unidos en mágico beso sus labios calenturientos.

Extasis divino del amor, ventura incomprensible, tan clara y tan pura como la brisa impalpable, tan frágil y quebradiza como los ténues cristales de Bohemia!

¡Feliz quien siquiera una vez alcanzó á gustar la quinta esencia de tu ambrosía!

Acude á infiltrarte en las almas de esos séres desgraciados, condenados á cruzar, cual el desierto el desterrado, esta vida sin flores y alegrías para ellos.

Ven á hacerles olvidar que en la muerte se encuentra el término de todas las humanas amarguras.

Amínora en ellos la fatal idea, constantemente alimentada por su desencanto y desesperacion, de aborrecer el mundo donde viven, para pensar en que tras la lápida de su sepulcro les aguarda una existencia sin pena y de felicidad imperdurable.

Pobres séres que han perdido la ilusion y que tal vez se encuentran próximos á perder con ella la esperanza y la fé en esta vida, para pedirle al mármol del sepulcro la paz que les niega esa muda naturaleza, que sonríe con sus flores y los murmurios de sus arroyuelos y sus brisas á la ventura del feliz, como un sarcasmo al infortunio del miserable.

Divino cielo, ¿cuáles son los delitos que hácesles purgar tan cruelmente? ¿acaso les consideras cual muladar de la desgracia, y solo les dedicas la inmundicia del infortunio, sin mezclar á ella las migajas del banquete del feliz?

¿Qué pecho tan esforzado contuvo el raudal de sus amargas lágrimas sin quebrarse en pedazos?

¿Qué sér pudo combatir con fuerzas desiguales la desdicha, sin perder la fé y desfallecer?

Venid, horas de ventura, venid para todos, y el canto de la gratitud subirá hasta el trono de Dios, halagando su divina bondad y misericordia......

Las almas de Estrella y de Don Luis sentíanse embargadas por las gratas emociones despertadas al leve soplo de su amor inmarcesible.

En cambio, el venerable anciano su padre era presa de mortal angustia.

Sus hijos no lo veian, porque cuando los hombres son felices, ó no ven el infortunio de los demas, ó le desprecian.

Y no obstante, en los ojos del anciano pudieron haber leido las

luchas horribles de su alma, que á otros séres menos preocupados y egoistas que ellos, hubiéranles aterrado sin duda: ¡tan grande era el pesar que las atizaba!

Varias veces fijó en los enamorados jóvenes sus miradas, y una fria sonrisa se dibujó en sus labios, y un estremecimiento mortal recorrió todo su cuerpo.

Sus ojos buscaron despues el cielo, y con su amarga expresion parecieron demandarle amparo contra los rigores de un hado poderoso y cruel.

Pero sus hijos no seguian ninguno de estos movimientos; para ellos todo lo que no era su amor, les parecia indiferente.

Habian abandonado las regiones de lo material para remontarse á las esferas de su idealidad.

Y no obstante, aquellos corazones indiferentes, eran tal vez una de las principales causas del sordo pesar del anciano.

Aquel ánimo esforzado, que tan valerosamente habia sobrellevado la pesada cadena de su infortunio, se encontraba pequeño é impotente ante la desgracia de los demas.

Su imaginacion le hacia descubrir un nuevo y extenso horizonte de pesar, y una larga série de peligros.

¿Cuáles eran ellos?

Ni nosotros ni sus hijos pudiéramos contestar esta pregunta; pero bien pronto el anciano nos la resolverá.

Despues de dejar escapar uno de esos suspiros que en las grandes aflicciones emite ruidosamente nuestro pecho, pero que tan útiles nos son para descargar nuestros pesares, se acercó á sus hijos, diciéndoles con dulzura:

—Hijos de mi corazon, vuestra propia ventura os impide considerar que el peligro tal vez nos sigue de muy cerca.

—¿Qué decís? preguntaron ambos jóvenes, saliendo perezosamente de su amoroso arrobamiento.

—Que es necesario disponernos á conjurar una desgracia.

—¿Cuál pudiera ser, padre mio, tan poderosa que se atreviese á luchar contra nuestra ventura actual?

—Todo lo habeis olvidado, y lo comprendo; tambien yo me abstraia de toda relacion con cuanto era extraño á mi amor, en los instantes que me entregaba á él.

—¿Y bien, padre mio?

—Es por una parte necesario obtener á toda costa la libertad de Doña Juana.

—¡Ah! sí, es verdad!

—Sus enemigos deben de ser muy poderosos.

—Nuestras influencias tal vez logren serlo mas.

—Dios solo lo sabe.

—Confiad en mí, replicó Don Luis.

—Supuesto el buen éxito de nuestras esperanzas, debemos á nuestra vez prevenirnos.

—¿Contra quién?

—Ya os lo he dicho, un grave peligro nos amenaza.

—¡Un peligro! ¿cuál es?

—Ir á dar á las cárceles del Santo Oficio.

—¡Cielos! ¿por qué? preguntó Doña Estrella aterrada.

—Hijos de mi alma, ha llegado la hora de las revelaciones, y debemos dejar hacer á la justicia de Dios: las sombrías nubes de una nueva tempestad de desgracias comienzan á entoldar mas y mas el cielo de nuestras esperanzas; pero es necesario confiar en la bondad del Sér Supremo: Él no puede permitir que dudemos de su misericordia infinita; hartas penas nos ha hecho apurar para que por completo nos niegue su piedad: pronto terminarán nuestros sufrimientos, y la dicha nos sonreirá con sus labios de rosa. Luchemos mientras tanto con ardimiento y con fé; la victoria es el premio del esfuerzo y denuedo del hombre.

—Proseguid, padre, proseguid! exclamaron los jóvenes, que escuchaban con perfecta religiosidad las palabras del anciano.

Este continuó diciendo:

—No debo ocultaros por mas tiempo los misterios de nuestra familia; y tú, hija mia, que conoces la primera parte de la historia terrible, escucha su conclusion, y comprende la amargura que desde tus primeros años acibara mi existencia.

—Padre, repuso la jóven abrazándose al cuello de su padre con un cariño tan tierno como puro y filial, no toqueis, por Dios, esa historia; recordad vuestras propias expresiones; tantas veces como habeis tratado de referirla, con las primeras palabras ha coincidido el principio de una espantosa desgracia.

—¡Ah! ¿qué decís? preguntó Don Luis.

—Hija de mi alma, confiemos en Dios, que en su bondad no nos enviará una nueva desgracia, cuando tantas y tan grandes son las que nos afligen.

—Padre, por Dios, le he tomado miedo á esa narracion.

—Estrella, ten valor para escuchar hasta el fin su breve relato, así como tu padre le tuvo para ser la víctima del tamaño infortunio que voy á referirte.

—¡Dios sea con nosotros! exclamó la jóven, elevando al cielo las inocentes miradas de sus ojos.

—Permitidme, Don Luis, que desde este instante os trate únicamente como á un hijo, sin fórmulas ni ceremonias.

—Sí, padre mio, respondió el jóven tomando la mano del anciano y besándola con cariñoso respeto.

—Bien, hijo mio; mi Estrella te referirá en otra ocasion las primeras circunstancias de mi vida: yo pertenezco á la raza pura azteca, y tuve la honra de sucumbir en Tlaltelolco á las armas españolas en defensa de mi patria y del temible imperio de Mocteuczoma y del gran Cuauhtemotzin. Honrado y distinguido por el gran genio y esforzado capitan Don Hernando Cortés, obtuve el respeto y consideracion de aquel caudillo, y convertido á la divina religion de Cristo, me enlacé con una bella y virtuosa española, madre de mi querida Estrella. Objeto del bárbaro rencor de mis antiguos soldados, perdí, á impulsos de su venganza salvaje, el primer elemento de mi dicha.

El anciano no pudo contener las amargas lágrimas que acudieron á sus ojos al evocar los recuerdos del pasado.

—Alejado por su astucia de mi quinta de recreo, morada de mi esposa, cuando volví á ella habia sido incendiada en su mayor

parte por el fuego del cielo, y merced al esfuerzo de mis criados, no quedó toda ella reducida á cenizas: en la recámara nupcial lloraba abandonada sobre el lecho una inocente niña; era mi hija, mi Estrella.

El anciano volvió á enjugar sus lágrimas y á detenerse en su narracion, cual si tuviese que hacerse una gran violencia para poderla continuar.

—Oid, hijos mios, lo mas terrible de està historia, y doblad la cerviz sin murmurar ante la incomprensible voluntad de Dios. Sin alcanzar lo que habia pasado, pero adivinando algo terrible, indagué, y mis criados me dijeron que en medio de la tempestad, compañera en estragos de ella, una horda de salvajes habia caido sobre mi morada, profanando mi lecho nupcial, robando á mi esposa infeliz en medio de la terrible expresion de su espantosa venganza personal. Creyeron deshonrada con mi conducta á la patria, que en su defensa me aclamó por héroe, y en represalia llevaron la deshonra y el luto á mi corazon.

En vano tratariamos de pintar á nuestros lectores las circunstancias, el tono y la violencia con que Don Hernando referiria á los jóvenes el horrible rapto de su esposa.

Los terribles dolores del alma no pueden traducirse al lenguaje material; tan solo es dado comprenderlos individualmente y segun el grado de sentimiento de quien se pone á considerarlos en su imaginacion.

El anciano continuó diciendo:

—En vano traté de indagar el paradero de mi esposa y de descubrir la madriguera de mis salvajes enemigos; todo fué en vano; mas en medio de mi desesperacion un consuelo me reservó el cielo, el cuidado de mi hija: si mis ojos no se hubiesen fijado en la inocente criatura, habria yo buscado en la muerte el alivio del terrible pesar que me consumia. Consideré á los salvajes en los desiertos del Norte huyendo de mi odio jurado, y á mi esposa infeliz, muerta de vergüenza y dolor, en brazos de aquellos bárbaros. Abandoné mi casa, que desde entonces la conoció el vulgo con la

fatídica denominacion de la *Casa Negra*, y haciéndome pasar por muerto á los ojos de todo el mundo, me recogí á este palacio, donde vivo misteriosamente, bajo un nombre supuesto. El secreto en que me envolví tan solo fué conocido por los monjes de San Francisco, á los cuales cedí las tres cuartas partes de mi colosal fortuna, por la sola obligacion de celebrar una misa diaria en alivio del alma de mi infortunada esposa. Esta cesion hízose en la inteligencia de que si mi esposa no habia muerto, el dia en que fuese hallada cesarian los efectos de mi donativo, siendo obligacion de la comunidad reintegrarme el capital el dia mismo en que volviese á unirme con ella. Desde el misterio he seguido los pasos de los padres franciscanos, y he llegado á saber que dichos intereses con pretextos religiosos han sido dilapidados completamente por el actual comisario de la Orden, Fray Francisco de Rivera. Tengo la conviccion de que por huir del escándalo que la revelacion de tal abuso produciria, el susodicho provincial será capaz de todo, hasta de acabar con nosotros.

—¿Pero ha habido ocasion para ello? preguntó solícita Estrella. ¿Habeis hallado á vuestra esposa? ¿dónde está la madre mia? Decid, decid; calmad nuestra ansiedad.

—Hijos de mi corazon, mi esposa, vuestra madre, ha sido hace una hora arrancada de mi casa para ser encerrada en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Doña Juana de Pimentel y Carrillo?

—Sí; ¡Doña Estrella Carvajal de Cortés!

—¡Oh, es necesario salvarla! dijo el jóven.

—¡Madre mia! madre mia! exclamó Doña Estrella.

—Sí, la salvaremos; pero como en cuanto se me vea aparecer en la corte solicitando la libertad de mi esposa, el susodicho franciscano, hoy dia influyente y poderoso, puede armarme tal enredo, que de él resulte mi muerte ó mi prision en el Santo Oficio, quiero tener mis cosas arregladas.

—Señor, no penseis en tal contratiempo.

—Seamos prevenidos; Dios me lo inspira así.

—¿Pero qué pretendeis?

—Vedlo, respondió el anciano, haciendo sonar un timbre, á cuya sonora vibracion se presentó en la cámara un criado, á quien Don Hernando dijo:

—Sin perder un instante, id á avisar que les espero aquí al padre Bartolomé Franco, mi capellan particular y de la ciudad, y á Don Cárlos Bustamante, notario real; encargadles la premura en acudir á mi cita, por ser esta de la mayor gravedad.

A una señal del anciano, el criado partió á cumplir las órdenes que acababan de dársele.

Despues, dirigiéndose á Doña Estrella y á Don Luis, les dijo:

—Hijos de mi corazon, si mis temores se realizan, si la persecucion se desata en contra mia, tenga yo la satisfaccion de estar tranquilo en cuanto á la suerte de mi idolatrada hija: dentro de media hora será formalizado el contrato, y despues de la ceremonia eclesiástica, sereis esposos.

—¡Gracias, Dios mio! gracias, padre! repitieron los jóvenes arrodillándose de nuevo ante el anciano.

CAPÍTULO XLIII.

La misa de velaciones.

Don Hernando de Salazar, como decia llamarse el padre de Estrella, salió poco rato despues de aquella habitacion para disponer sus trabajos, ya respecto á la boda de sus hijos, ya en cuanto á obtener la libertad de Doña Juana de Pimentel.

Los dos jóvenes volvieron á encontrarse otra vez solos, y mas animados y atrevidos, olvidaron los peligros que su padre acababa de hacerles ver, para no ocuparse do otra cosa sino de su amor y de su próximo enlace.

Como en otra ocasion hemos dicho, la tímida mujer es siempre en estos casos la primera que toma la palabra.

La hermosa Estrella, tomando en las suyas torneadas la mano de su prometido, dijo, oprimiéndosela con tembloroso pulso, mientras fijaba sus lánguidas miradas en los ojos de su amante:

—Dime, Luis, ¿has pensado bien lo que vas á hacer?

—Alma de mi alma, respondió con cariñoso frenesí el jóven, amándote como te amo, cada instante que se dilata en celebrarse el lazo de nuestra ventura, es un año menos de vida.

—Luis, piénsalo bien; si despues has de arrepentirte, no lleves adelante este paso definitivo. Seria yo tan desgraciada si algun dia llegase á ver aminorarse el cariño que hoy me profesas haciéndome feliz!

—Nada temas, Estrella idolatrada; consagrarte mi amor es mi ventura, y no pudiera jamas dejar de amarte, aunque quisiera. ¡De tal modo me atrae tu cariño!

—Dulce es la miel que tus palabras vierten en mi alma, Luis mio. Si es un sueño este placer que al corazon embarga, que no acabe jamas tan dulce sueño.

—Mirándome en tus ojos celestiales, mi vida pasaré; de tus deseos pendiente me verás, Estrella mia, cual las flores pendientes del rocío abren su cáliz al nacer el dia.

—Y á tu lado seré feliz, porque me quieres; tus penas, si es posible que las tengas al lado de quien tanto te idolatra, sabré yo aminorar con mis caricias, cual suele entre las ramas de los sauces al ruiseñor herido, la brisa consolar con sus delicias.

—Yo del pensil que tu ventana adorna cuidaré cariñoso; nuevas flores haré crecer en él, para que cuando aparezca la aurora sonrosada y á su hueco te asomes, yo ver pueda entre flores el rostro de mi amada.

—Por tu amor disculpada me haré cruel, y entre doradas rejas los pájaros pintados que libres y cantando el aire hienden, yo misma encerraré, y entre los blancos crespones de tu lecho colocaré sus jaulas: de la aurora la luz saludarán con sus cantares, y al despertarte á tí, dirás, Luis mio: los puso aquí mi bien; ¡cuánto me adora!

—Con la aromosa flor del *no me olvides*, una corona tejeré yo mismo, y al colocarla, Estrella, en tu cabeza, como esclavo rendido, te habré de proclamar como á mi reina.

—Y yo en el fuego de tu amor inmenso haré quemar mi corazon amante; y pues te adoro cual mi dios, Luis mio, ese será en tu altar mi puro incienso.

—¿Y siempre me querrás?

—Mas que á mi vida.

—¿De veras?

—Cual lo escuchas.

—¡Cielo mio!

—Y tú, ¿me olvidarás?

—No, mientras viva.

—¡Cuán dichosa me haces!

—Mi bien eres.

—Y tú mi solo amor y mi ventura.

—¡Cuán feliz voy á ser siempre á tu lado!

—Yo entre tus brazos soñaré delicias.

—¡Estrella idolatrada!

—Venturosa me harás con tu cariño.

—Tú venturoso á mí con tus caricias.

—¡Estrella!

—Luis, ¿qué quieres?

—¿En qué piensas?

—En tí y en tu cariño.

—¿No me engañas?

—¿Mis ojos no lo dicen?

—Sí, bien mio.

—¿Por qué entonces preguntas si lo sabes?

—Quisiera que mil veces lo dijeses, y volverlo á escuchar otras mil veces.

—¿Y no te cansarias?

—No, en mi vida.

—¡Lisonjero!

—¿Lo dudas?

—No, Luis mio.

—¿Por qué?

—Yo no merezco tan grande adoracion.

—¡Estrella mia! yo soy quien no merezco la ventura de ser por tí querido. Si los ángeles, á ofrecerte su amor del cielo bajan, tambien serian de tu amor indignos.

—Tanto elogio me abruma.

—¡Estrella mia!

—Y sin embargo, temo tu inconstancia.

—¿Quién te puede olvidar despues de verte?

—Y si alguna mujer, mas que yo hermosa, te acusase de ingrato y te exigiese el amor que hoy me juras, dí, Luis mio, ¿fastidiado de mí me olvidarias?

—Tú eres la estrella que á mi bien me guia, y si dejase de seguir tu huella, ciego del corazon me perderia.

—Dios santo que nos ves, nuestro amor mira; sobre él haz descender tus bendiciones, y nuestra gratitud será tan grande, tan pura y respetuosa cual lo es nuestro amor.

—Tú que dispones, Señor de cielo y tierra, á tu albedrío del mundo, que es tu obra, sé clemente y haz descender, Señor, entre las brisas tu espíritu divino sobre nuestra pasion y nuestra frente.

....

Los dos jóvenes habian caido arrodillados, y sus miradas, rebosando pureza y agradecimiento, se habian clavado en el espacio.

Completamente absortos en su arrobamiento, no notaron la entrada del anciano, que al fijarse en el contemplativo grupo, descubrió su venerable cabeza vestida de canas, y alzando al cielo sus ojos y levantando sus manos extendidas á la altura de la cabeza de sus hijos, exclamó con lágrimas en los ojos:

—Solo Dios verdadero, porque fundas tu doctrina en el amor y la caridad, bendícelos desde tu cielo como yo les bendigo en la tierra......

Cuando los jóvenes volvieron sus cabezas encontraron al anciano enjugando sus últimas lágrimas.

—Cómo es eso! ¿vos llorais? preguntaron.

—Sí, de ternura y de cariño.

—¿Veis como Dios es bueno?

—Siempre esperé en él.

—¿Venís á quedaros al lado nuestro?

—Vengo á buscaros.

—¿Para qué?

—En el estrado os espera el notario real; en la capilla el sacerdote de Cristo: venid.

—Id delante, dijo la jóven; no tardaré en seguiros.

—¿Qué te se ofrece?

—Nada, nada; ya vereis, respondió la jóven desapareciendo por una de las puertas del gabinete.

—Esperémosla en el estrado, dijo el anciano sonriendo.

—Como dispongais, padre mio, añadió el jóven retirándose para que el anciano pasase por delante y siguiéndole despues.

Pocos instantes hacia que aguardaban, cuando la jóven Estrella, sencillamente vestida de blanco y con algunas florecillas tambien blancas prendidas de sus abundantes y sueltos rizos, se presentó en el estrado, acompañada de sus doncellas.

La jóven estaba deslumbrante de hermosura, y al verla aparecer, los personajes que se hallaban en el estrado no pudieron reprimir una exclamacion unánime de admiracion y sorpresa.

En el tablado del estrado habíase colocado una mesa de rosa ricamente tallada y cubierta con un inmenso tapiz de terciopelo blanco bordado de oro: sobre el tapete habia un magnífico Crucifijo de oro macizo, iluminado por dos velas de cera en sus candeleros de plata, el contrato de boda y un rico tintero de oro y cristal con sus correspondientes plumas de ave.

Sucesivamente fueron firmando á vista del notario los contrayentes, Don Hernando, los testigos, y despues de hacerlo él, aquella primera formalidad quedó en un instante terminada.

En seguida todos los personajes se dirigieron á la hermosa capilla del palacio del anciano.

El pequeño templo habia sido rápidamente adornado con profusas guirnaldas de flores, que pendian sobre los riquísimos tapices bordados de oro que vestian las paredes.

Sobre el altar, cuajado de luces y en rededor de él, elegantes búcaros indios ostentaban colosales ramos de rosas y de azahar, que embalsamaban el ambiente hasta la saturacion.

En el altar, entre grupos de cortinas y columnas de mármoles y jaspes exquisitos, parecia sonreir una bellísima y poética imágen de MARIA SIN MANCHA, con sus bellas vestiduras blanco, azul y oro.'

En una mesita próxima al altar veíanse los ricos vasos y ornamentos religiosos, y á su lado un venerable sacerdote cubierto entre los pliegues de su exquisita y blanca túnica ó *alba*.

Al llegar al altar los próximos desposados, una armonía religiosa y dulcísima dejóse escuchar como saliendo de la Hornacina de la sagrada imágen.

Un arrobamiento divino y una emocion inexplicable se apoderó de todos los corazones, y nadie se pudo exceptuar de que sus ojos derramasen lágrimas como esencia del corazon.

¡Cuánto se dilata el alma creyente en el recinto de los templos y en medio de una de las solemnes ceremonias del rito cristiano!

Allí comenzó la ceremonia sagrada.

El sacerdote leyó la Epístola de San Pablo, monumento religioso mezcla de divino y humano, que fué escuchado por todos con veneracion.

Despues preguntó á los jóvenes si ambos se querian por maridos, y al recibir sus respuestas afirmativas, pronunciadas con trémula voz pero con marcado acento de verdad, el sacerdote unió las manos de entrambos y santificó su amor en el nombre de la misteriosa Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Incontinenti el altar fué cubierto con los vasos sagrados, el venerable sacerdote vistió sus magníficos ornamentos, y despues de hacer arrodillar á los jóvenes, de darles una elegante vela de cera labrada y de ceñir sobre sus cuellos un magnífico paño blanco de seda y oro, principió la ceremonia de la misa de velacion.

Con la mayor religiosidad fué escuchada por todos; ni el mas leve ruido causado por los asistentes se dejó escuchar, y tan solo poblaba de armonías celestiales el recinto de la capilla, el melodioso instrumento oculto detrás del altar.

Llegaba el momento de la consagracion.

El sacerdote acababa de tomar entre sus dedos la mística Hostia para elevarla sobre la adoracion de los fieles, cuando tres sonoros golpes dados en la puerta de la capilla dejáronse escuchar, y al abrirse, una voz poderosa dijo:

—En nombre del tribunal del Santo Oficio......

El celebrante, dejando la Hostia sobre la patena, se volvió con religiosa majestad hácia la puerta, y con voz clara y segura dijo á su vez:

—En el santo nombre de Dios, cuyo oficio celebro, téngase el Santo Tribunal de la Inquisicion.

El Inquisidor y sus familiares nada respondieron, sino que descubriendo sus cabezas y postrándose en tierra de hinojos, se dispusieron á asistir á la religiosa ceremonia.

El sacerdote se volvió hácia el altar con la misma majestad, y continuó su sagrado oficio.

La mística armonía volvió á dejarse escuchar.

Las flores siguieron derramando en el ambiente sus aromas.

Los cristianos entregáronse de nuevo á su religioso arrobamiento.

Y Dios descendió sobre todo.

CAPÍTULO XLIV.

¡Madre de mi corason!!

A consecuencia del mal éxito obtenido por Don Luis Cortés en su intentada demanda de matrimonio con la Estrella de la linda casita del camino *que va* á Tacuba, no le quedaba al jóven otro recurso que aceptar resueltamente un partido extremo.

Sobre todo, era necesario aprovechar hasta el menor instante, sin dar lugar á que Fray Francisco de Rivera tomase á su vez una determinacion que impidiese al noble jóven la realizacion de sus ensueños de amor.

¿Pero qué paso dar? Dificil se le hizo al desolado amante la respuesta á su anterior pregunta.

Entonces sintió no haber hablado con su amada respecto á su boda antes de haberse resuelto á solicitarla por esposa.

¿Cuáles serian las obligaciones que la ligasen á aquel fraile misterioso, tan respetado por todos y aun por los mismos padres del hábito azul?

Cinco meses hacia que Don Luis Cortés habia conocido á su

Estrella en una de las grandes fiestas religiosas que tenian frecuentemente lugar en el célebre monasterio de San Francisco.

En cinco meses de verse y hablarse dos horas diarias, bien pueden dos personas enterarse de cabo á rabo de la vida y milagros, como se dice, de cada una de ellas; pero esto podrá suceder cuando ambas no estén ligadas por una pasion del alma.

Para los verdaderos enamorados, dos horas diarias no son tiempo suficiente para preguntarse si son amados.

Por tanto, Don Luis no sabia otra cosa respecto de su amada sino que era huérfana como él, sin haber tenido la dicha de disfrutar jamas de las tiernas caricias paternales.

Pero no comprendia cuáles lazos unirian á Estrella con el comisario de los franciscanos, constándole únicamente que hacia con ella oficios de protectorado y tutoría.

Lo de menos para él hubiese sido hacerse acompañar por un notario y un sacerdote, y casarse con su autorizacion.

Pero no le constaba á Don Luis si Estrella se resolveria á dar tal paso sin anuencia del franciscano.

Batallando con sus propias ideas, el jóven tomó rápidamente la calzada y se encaminó á la casa de su amada, resuelto á pedir explicaciones sobre aquel misterio y á exigir á la jóven la determinacion de unirse á él aun sin la anuencia del tutor.

No tardó mucho en llegar á la casa, que cuando el corazon nos impulsa á lograr algo que le satisfaga, el tiempo se abrevia y las distancias se aminoran.

Su llegada causó verdadera sorpresa á la jóven, porque ni le esperaba, ni era aquella la hora de sus entrevistas con su amado.

Don Luis no veia á Estrella sino á las horas en que las estrellas sus hermanas comenzaban á desprenderse como chispas de diamante sobre el terso manto de la noche.

Fray Francisco de Rivera y nuestro jóven habíanse encontrado repetidas veces en la morada de Estrella, por ser Don Luis visita de ella; pero en presencia del comisario nuestros jóvenes no habian dado á entender el lazo de amor que les ligaba; causa de ello ha-

bian sido las instancias de Estrella á su amante, y este no lo habia extrañado, por ser pudorosa costumbre de los que bien se quieren, recatarse de las miradas de los extraños, y máxime de los padres y allegados.

Fray Francisco y Don Luis dispensábanse recíprocamente buena amistad, y mas de una vez habíanse sentado á la par á la mesa de la jóven Estrella.

Don Luis no entraba á la casa de su amada furtivamente; pero sus entrevistas como amante de la jóven ocultábanse en el misterio de la noche.

—Estrella, dijo Don Luis besando con tierno afan la torneada mano de la jóven, vengo á vos, impulsado por la angustia y el sobresalto de un amor que teme verse desvanecido.

—Explicaos, Don Luis, respondió la jóven, sorprendida por las palabras de su amante y por su extraña agitacion.

—Doña Estrella, decidme primero que me amais.

—¿Acaso teneis duda de la verdad de mis promesas?

—No, Doña Estrella; pero necesito saber que ningun obstáculo os hará desistir de amarme.

—Tenedlo por seguro, Don Luis.

El jóven no pudo reprimir un suspiro de angustia, que al ser notado por la jóven, le hizo decir:

—¿Qué teneis? acaso os enfada la idea de que mi amor no cesará jamas? ¿desearíais tal vez hallar un pretexto para terminar vuestras relaciones conmigo, y quisiérais verme inconstante é indiferente?

—¡Ah! Doña Estrella, ¿qué estais diciendo? no me habeis oido mil veces asegurar que vuestro amor es el alma de mi existencia, y que sin él yo moriria? ¡Cuán injusta sois conmigo al hacerme tan horrible acusacion!

—Perdonadme, Don Luis, tambien á vos os consta cuán grande es la adoracion que os consagro, y tan solo á lo inmenso de mi amor debeis reprender por el espíritu de mis palabras anteriores.

—Así lo creo, Doña Estrella de mis ojos, y seguro de vuestro amor, voy á descubriros mi corazon y sus temores.

—Hablad, Don Luis, hablad.

—¿Me prometeis ser ingenua?

—Prometo hablaros como al hombre que mas idolatro.

—Gracias, Doña Estrella.

—Pero ¿qué vais á decir?

—Ante todo, ¿cuáles son los deberes y respetos que os ligan con Fray Francisco de Rivera?

—Vos lo sabeis; es mi tutor, y ademas de esto un tierno y paternal protector.

—¿Vos le amais mucho?

—Como saben hacerlo los corazones buenos y agradecidos.

—¿Desde qué tiempo os dispensa sus favores?

—Desde hace año y medio.

—¿Con qué motivo se declaró protector vuestro?

—No hace muchas horas os descubrí mi orfandad, y el vacío que en mi corazon ha dejado la falta de las caricias maternales.

—Sí, sí, Doña Estrella, proseguid.

—Segun la dueña cariñosa que sin cesar me acompaña y me vela con un amor verdaderamente maternal, he podido traslucir en distintas conversaciones con ella habidas, que mi madre en los primeros dias de mi existencia me expuso en la iglesia de los padres franciscanos, en una cuna de plata labrada, y envuelta en finos y riquísimos lienzos.

—¡Ah! exclamó el jóven, cual si aquella anécdota le fuese de antemano conocida.

—En aquella rica cuna depositó al mismo tiempo los documentos que acreditaban como de mi propiedad una inmensa fortuna vinculada en bienes raíces, y una carta en que me remitia á la proteccion y tutoría de los franciscanos, encargados de administrar mis bienes: de entonces acá, los venerables religiosos han cumplido fielmente la mision que se les hubo encomendado, desde el padre Fray Martin de Solano, mi primer tutor, del cual con-

servo infantiles pero imperecederas memorias, hasta el padre Fray Francisco de Rivera, cuyo celo y amor me obligan á la mas inmensa gratitud.

—¡Ah, Doña Estrella! dijo el jóven cuando aquella hubo acabado, ¿y estais segura de ese amor?

—¿De cuál?

—Del de Fray Francisco.

—Tanto como del vuestro, Don Luis.

—Y sin embargo, él se opone á nuestra felicidad! exclamó con desaliento el jóven.

—¿Qué decís? preguntó Estrella sorprendida.

—Perdonadme por haber dado sin permiso vuestro el paso de descubrir á Fray Francisco mi amor por vos, solicitándoos por esposa.

—¡Ah! ¿eso habeis hecho? preguntó con risueña faz la jóven.

—Sí; ¿no os enoja?

—¿Enojarme, Don Luis, cuando ese ha sido siempre mi constante ensueño de futura dicha?

—Y bien, Doña Estrella, esa dicha es imposible.

—¡Ah! ¿qué decís?......

—Que vuestro tutor me ha negado su permiso para haceros mi esposa, y lo que es mas, me ha prohibido la entrada en vuestra casa.

—¡Dios mio! Dios mio! ¿pero en qué ha fundado su negativa?

—No ha querido decírmelo; y al solicitar de él la explicacion de semejante conducta, me respondió estas palabras: «Es un secreto; volved dentro de algun tiempo, y tal vez entonces os dé á conocer la causa que tengo para negaros la mano de mi pupila.»

—Pero vos, ¿qué hicísteis?

—Doña Estrella, no pude evitar que mi amor herido hiciese acudir toda mi sangre á la cabeza.

—¡Ah, Dios mio!

—Lastimado con sus palabras, le amenacé con descubrir un secreto de su vida que él suponia ignorado por todo el mundo, y

que revelado por mí pondria muy en riesgo la opinion de santidad de que ha sabido hipócritamente rodearse.

—¡Don Luis! exclamó con reconvencion la jóven.

—Perdonadme; la herida que ese hombre acaba de abrir en mi alma, me cegó con su dolor, y olvidé vuestro cariño por él.

Al oir estas palabras, los hermosos y vivos ojos de Don Luis cubriéronse, á su pesar, de amargas lágrimas.

—¿Qué os pasa, Don Luis? ¿llorais?

—¿A qué ocultároslo? no debo hacer pasar mis lágrimas como vergonzantes, no; la fortaleza del hombre cede ante los grandes pesares: sin causa muy grande, no llora jamas el hombre; por eso sus lágrimas deben ser objeto de respeto y no de burla: Dios era Dios, y sin embargo, lloró en Getsemany, en la figura de su Hijo. Él ha dicho: Bienaventurados los que lloran.

—¡Bien, Don Luis! exclamó la jóven conmovida; ¿pero por qué llorais?

—Porque considero desvanecidas mis esperanzas, muerto mi amor.

—¿No os amo yo?

—Sí; mas resuelta en vuestro agradecimiento por ese hombre, á acatar su voluntad, presto me olvidareis, porque él lo quiere.

—Eso no lo logrará jamas.

—¿Pero si él os apartase de mí?

—No lo intentará.

—Sin duda lo llevará á efecto cuando comprenda que vos no habeis dejado de verme y me seguís amando.

—En primer lugar, él no llegará á tener noticia de nuestras misteriosas entrevistas, como no la ha tenido hasta ahora.

—Pero en lo de adelante nos cercará de espías.

—De los cuales sabremos evadirnos.

—Dificil será.

—En segundo lugar, Fray Francisco me idolatra mas que á una hija, y cuando yo le confiese mi amor por vos, y le manifieste mi deseo de ser vuestra esposa, él accederá desde luego, estoy segura de ello.

—No lo creais; no me hubiera negado tan resueltamente vuestra mano.

—Dios sabe si Fray Francisco se habrá sentido por haberos vos adelantado á pedirme por esposa, antes de que yo, que no tenia secretos para él, le hubiese revelado mi amor: antes de dar tal paso, debísteis haberlo consultado conmigo.

—Tan solo me faltaba que tambien vos me reprendiéseis.

—Veo, Don Luis, que teneis menos calma y mas impaciencia que yo misma.

—¡Ah, Doña Estrella! una prueba es esta de que yo os amo mas que vos á mí.

—Don Luis, no seáis injusto! replicó la niña con amante reconvencion.

—¿Cómo es posible en caso semejante, y amándome como yo os amo, que tengais tanto dominio sobre vos misma? ¿Ha aparecido en vuestros ojos una sola lágrima como en los mios? ¿Qué indica esto?

—Unicamente que tengo mas valor que vos.

—¡Ah! no, no es el valor el que me falta; bien sabe Dios que jamas ha temblado mi mano al cruzar mi acero con espada alguna.

—No es valor material lo que os hace falta, sino el valor moral.

—¡Ah, Doña Estrella! no discutamos, porque vuestros frios razonamientos me hielan el alma.

—¡Ingrato! dijo la jóven arrojando sobre su amante una mirada que valia por un tesoro de amor. Vamos á ver: ¿qué habeis pensado vos al venir á verme?

—Deciros: Doña Estrella, el momento de obrar con resolucion ha llegado; si me amais como no hace mucho me confesábais, nada importan las negativas de vuestro tutor; la ley nos amparará, y al abrigo de ella nos casaremos. Para nada necesitamos de nadie; mis riquezas son inmensas tambien, y con ellas podremos satisfacer ampliamente nuestros caprichos, por muy grandes que ellos sean. Huyamos de aquí adonde la desgracia no pueda seguirnos. En España la corte nos brindará bienestar y placeres: huyamos de las intrigas y persecuciones de nuestro ingrato país.

—Don Luis, ¿qué estais diciendo? ¿Huir de México? ¡jamas! ¿Dónde puede el hombre hallar un cielo que le sonría como el de su patria? Por muy bello que el suelo español sea, nunca le encontraremos tanto como aquel donde nacimos; y por eso veis que el buen español se acuerda y suspira siempre por su España querida. No, Don Luis; nosotros veremos morir la luz en el mismo horizonte donde la hemos visto nacer. ¡México, histórico y hermoso país, para tí mis suspiros, para tí mis votos, para tí el lugar de mi sepultura!

—¿Y si la desgracia nos arrojase de él?

—Aun podemos luchar con ella, aun nos restan fuerzas, aun nos quedan elementos.

—Y si todos ellos acabasen, ¿nos dejariamos perecer en él inútilmente?

—No, eso no; pero entonces saldriamos de él desterrados por el infortunio y los secretos del alma; pero entonces nadie tendria derecho de arrojar sobre nosotros la fea nota de ingratos con nuestra querida patria, y podriamos alzar la frente en el país hospitalario, y poner el nombre del nuestro tan alto como el de aquel.

—Pues bien, Doña Estrella, esa hospitalidad pronto nos veremos precisados á buscarla; vos amais á ese fraile y no comprendeis que pueda ser un infame, y sin embargo......

—Don Luis, es mi protector.

—¡O vuestro verdugo!

—¿En qué fundais vuestra acusacion?

—En que se opone á la realizacion de nuestra ventura.

—Ya os he dicho cuál puede ser la causa y cuán fácil me será hacerle cambiar de resolucion.

—¡Os será imposible! dijo el jóven con resolucion y como disponiéndose á descubrir un secreto.

—¡Imposible! ¿por qué?

—Porque ese hombre ha dilapidado vuestra fortuna.

—Don Luis, ved lo que decís, y tratad de justificarlo si no quereis que me olvide de vuestro amor.

—Pues bien, sabedlo todo: la historia de vuestra tutoría me era ya conocida antes de habérosla oido referir.

—¡Cómo!

—Sin ser esa mi intencion, la sorprendí de labios de dos miserables que cenaban en un figon del mercado de Tlaltelolco, hace tres noches; pero como no os nombraron ni se refirieron á vuestra casa, no pude sospechar que fuese la vuestra la historia que se referia.

—Pero bien, de eso ¿qué resulta en contra de mi protector?

—Vuestra dueña no os ha referido que vuestra madre no fué con vos tan ingrata como pudiera suponerse, y que al exponeros en la iglesia de San Francisco, no se despidió de vos para siempre, sino que buscó el medio de hacerse algun dia reconocer por vos.

—¿Qué decís? exclamó la jóven, vivamente interesada en el relato del jóven.

—Sí; la cuna en que fuísteis expuesta era verdaderamente de plata, y en sus cuatro esquinas terminaba con unas grandes piñas de oro, en cada una de las cuales iba grabado el nombre y apellido que en la actualidad llevais. En una de esas cuatro piñas, que eran huecas, se contenia un rizo de vuestro cabello, una fé de vuestro nacimiento y el nombre de vuestra madre: esto consta entre los documentos que fueron depositados en vuestra cuna, y que posee Fray Francisco de Rivera, extraidos del archivo del monasterio. En ellos se dice que cuando vuestra madre quiera reconoceros, presentará la piña de oro y los tres objetos encerrados en ella. Pues bien, Estrella, vuestra madre vive, y aquellos hombres del figon, de los cuales uno es lego de San Francisco, tienen el encargo de buscarla, apoderarse de dicha piña, y dar la muerte á su infortunada poseedora.

Si nuestros jóvenes no hubiesen estado tan distraidos con su propia conversacion, habrian visto moverse las blancas cortinas de seda que tapaban la entrada de la alcoba de la jóven.

Tal vez seria la dueña.

Al escuchar las últimas palabras de Don Luis, la jóven no pudo reprimir un grito de horror.

Aquel continuó diciendo:

—Ahora bien; esos hombres infames recibirán en pago de su crímen la tercera parte de vuestros bienes.

—¡De mis bienes! ¿y cómo sabeis que de los mios?

—Porque uno de aquellos hombres decia: «la jóven á quien en el misterio protege Fray Francisco, posee una rica fortuna, y la tercera parte de ella será el pago de nuestro trabajo.» «¿Y por qué no la mitad?» preguntó uno: «porque las dos terceras partes restantes las ha dilapidado el buen provincial,» respondió el segundo.

—¡Dios mio! Dios mio! exclamó la jóven, dudando todavía de lo que escuchaba referir al jóven.

—Lo que se propone el que hoy creeis vuestro protector, es encerraros en un convento, para que alguna vez no encontreis un hombre que le obligue á descubrir el paradero de vuestra fortuna.

—¿Pero cómo no comprendísteis que ese hombre hablaba de mí cuando se referian á la protegida de Fray Francisco?

—Porque me consta que son varias, lo cual aquellos mismos hombres lo decian; porque no tenia yo antecedente de ningun género sobre vuestro nacimiento, y sobre todo, porque aquellos miserables aseguraban que vuestra madre vivia al lado vuestro velándoos continuamente.

—Y bien, dijo la jóven, esta sola circunstancia destruye todas vuestras sospechas respecto á que Fray Francisco abrigue contra mí tan criminales proyectos.

—¿Por qué razon?

—Os hizo no sospechar que yo fuese la víctima de esa tragedia, la circunstancia referida por los hombres del figon, de vivir al lado mio mi madre.

—Es verdad.

—Pues bien, Don Luis, os consta que en esta casa no viven conmigo otras personas que mis criados, mis doncellas y la dueña que jamas se separa de mí.

—¿Y bien? preguntó el jóven sin comprender á su amada.

—Que no puede ocultarse entre ellas......

—¿Quién? ¿vuestra madre?

—Es claro; ó á ver, decid vos: ¿dónde está mi madre?

En aquel instante se levantó una cortina de las de la alcoba, y Doña Juana, la dueña de la jóven, se presentó en el gabinete preguntando:

—¿Qué quereis?

—¿Quién os ha mandado entrar aquí? preguntó Estrella con marcado acento de enojo, y sobresaltada á pesar suyo por la coincidencia de haberse presentado la anciana en el instante mismo que ella llamaba á su madre.

—Señora, dijo la anciana con un tono tan tierno como majestuoso, creí que me habíais llamado.

—Pues os habeis incomodado de balde en salir, y os advierto que jamas, bajo pretexto de ningun género, volvais á escucharme detrás de esas cortinas, si no quereis que os plante en la calle por bachillera y entrometida.

—Señora, repitió la anciana mostrando sus ojos anegados en lágrimas, ¿por qué me tratais así?

—Excusad las disculpas y salid inmediatamente.

—Pues bien, no, no saldré! exclamó la dueña irguiéndose como una matrona y dando á su voz un timbre juvenil.

—¡Dios de bondad, ese acento le he escuchado yo en alguna otra parte! dijo á su vez Don Luis clavando su mirada de águila en el rostro de la dueña.

—¡Salid al punto! exclamó colérica la jóven.

—No saldré, os he dicho; aquí me conduce vuestro propio bien, y no me retiraré sin haceros escuchar los consejos de vuestro leal amante.

—Nadie os ha pedido vuestro voto.

—Y sin embargo, yo lo daré, porque él tiende á vuestra felicidad: Fray Francisco de Rivera es un impostor y un falsario; yo, en nombre de vuestra madre, os conjuro á aceptar los proyectos de Don Luis, y á huir de vuestro miserable protector.

—¿Y quién lo dice? gritó exaltada la jóven.

—¡Yo! respondió la dueña con voz segura.

—¿Y quién, quién sois vos? preguntó Don Luis, atraido por el acento de aquella mujer.

—Sí, ¿quién sois? repitió Estrella.

—¡Vedlo! contestó la dueña dejando caer su manto negro, arrancándose la peluca blanca y dejando descubierta una magnífica cabellera de rizos negros.

—¡Ah, justo cielo! exclamó el jóven; vos fuísteis la dama misteriosa que anoche me visitó en mi casa.

—Sí.

—¿Pero quién sois? preguntó Estrella con ansiedad.

—¡Míralo! contestó la dama sacando de su pecho una piña de oro que desatornilló rápidamente, dejando caer sobre la alfombra un rizo de pelo, un papel escrito y una lámina de marfil.

—¡Madre! madre de mi corazon!! gritó la jóven cayendo desmayada en brazos de la fingida dueña......

CAPÍTULO XLV.

Tal para cual.

El figon de *Los dos Mundos* estaba situado en una de las callejuelas que rodeaban el *tianguis* ó mercado construido en Tlaltelolco, llamado de Guatimosa, siguiendo la direccion Norte de la calle hoy conocida por del Factor, y que entonces se decia de Guatimosa ó Guatimúz, por encontrarse en ella la casa del emperador Cuauhtemotzin.

Era una miserable habitacion baja, dividida en cinco piezas mas ó menos grandes, con algunas mesas pintadas y su correspondiente dotacion de taburetes de madera.

En la sala principal, que era el despacho, habia ademas un mostrador de madera y un estante ó aparador con jarros, botellas, redomas y vasos de hoja de lata.

Dueña del figon era una india de Tezcoco mal casada con un soldado español, y ambos hacian lindamente su agosto con el mondongo y la olla á la española, y con el mole de guajolote, las tortillas de maiz y los tamales mexicanos.

Visitaban el fonducho numerosos parroquianos y *marchantes* á todas las horas del dia, y los alcaldes ordinarios solian tener bastante quehacer con ellos, armados en pelea al influjo embriagante del catalan y del *pulque ó pulcre*, como en un principio se llamó: este jugo, de color lechoso, de sabor un tanto acre, algo espeso y de cierta babosidad, es una bebida bastante sana, y suele ser muy provechosa para los males del estómago: los indios llamábanle *octli*.

La planta de donde se extrae es abundante en algunos climas de Europa; pero allí solo se emplea para aprovechar en ciertos tejidos sus filamentos, con el nombre de pita. Llámasela en México maguey, y para extraer de él el pulque le cortan, al llegar á cierto tamaño, las hojas tiernas que nacen del tallo, formando así en su centro una cavidad: raspan interiormente las grandes pencas, largas y puntiagudas, y se resume en aquella cavidad el jugo de ellas: despues, por medio de una calabaza larga y estrecha que llaman *acocote*, extraen dicho líquido, que depositado en pellejos ó vasijas, fermenta antes de las veinticuatro horas.

De él hacian regular consumo los concurrentes al figon, y como es bebida que se sube ampliamente á la cabeza, ó se armaban en pelea, ó se tendian á dormir la embriaguez.

Entre una que otra gente honrada y trabajadora solíanse reunir en el figon los holgazanes, matones y mal entretenidos de los contornos, y allá en sus salas secretas, dispuestas al intento, habia tambien grandes partidas de juego en el mayor sigilo, pues una ordenanza de 1525 mandaba «que ninguna persona de ningun estado, preeminencia, oficio y condicion que sea, sean osados de jugar á los naipes, ni dados, ni otros juegos vedados, en ninguna parte, agora sea en palacio ó en las Atarazanas, so pena que se le ejecutarán las penas en tal caso en derecho establecidas.»

A los salones del figon solia concurrir los viérnes y los domingos de cada semana, Damiano el carcelero, á pedir á aquellas *honradas gentes*, con casi todas las cuales habia tenido que hacer alguna vez, limosna para los pobres de la cárcel, pues así se lo

prescribian las ordenanzas municipales, imponiéndole únicamente la obligacion de «tener con una parte de dichas limosnas, una imágen de Nuestra Señora y una lámpara que se encienda de noche delante de ella.»

Del mismo modo se ocultaban en el figon un juego de bolos y otro de pelota, que si bien no eran prohibidos, sí estaba vedado el jugarlos en dia de trabajo, bajo severas penas pecuniarias; pero entonces, como ahora, con el dinero se conseguian privilegios y exenciones, y con mayor ó menor cantidad de oro se lograba que los alcaldes hiciesen al par y como vulgarmente se dice, la *vista y la olla gorda*. Los juegos estaban tenazmente perseguidos por las ordenanzas de Nueva España; pero hablando previamente con el presidente del cabildo y *untándole* la mano, se obtenia de él que diese carpetazo á todas las denuncias: los alcaldes ordinarios tenian la misma propiedad, y de ella usaban á su arbitrio y sin temor alguno, pues ellos eran tan solo las gentes de justicia en aquel tiempo.

Los letrados y procuradores estaban proscritos de la Nueva España como perjudiciales y enredadores; los abogados que osasen ejercer, estaban condenados á ser privados perpetuamente del oficio, á perder sus bienes y á salir desterrados del país: Hernan Cortés en su carta á Cárlos V le pide, que «si estima en algo la paz de los nuevos reinos, no le envie abogados ni procuradores.»

Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que en el figon de *Los dos Mundos* el oro circulaba en abundancia y que sus dueños acopiaban sin cesar grandes cantidades de moneda acuñada en México.

Al medio dia de aquel durante el cual tine lugar la accion de nuestra novela, el figon hallábase lleno de gente ocupada en almorzar y en beber, con tanto ruido y algazara, que aquello semejaba una Babel: el soldado y su *costilla postiza* apenas se bastaban á atender al gran número de sus parroquianos.

Cuando mas distraidos se hallaban estos, penetró en la taberna,

seguido de un paisano, el *digno* lego que no hace mucho tiempo vimos en la antesala de palacio conversando con Fray Francisco de Rivera: al paso saludó á tres ó cuatro bribones, que le respondieron con la mayor familiaridad, y lego y acompañante se instalaron en una de aquellas mesas, y despues de pedir de comer y de beber se cerraron en conversacion.

—Ya te he dicho, García, principió el lego, que el negocio es seguro.

—Sí, respondió el llamado García, así lo creo; pero comprendereis que las dificultades que hay que vencer no son cualquier cosa.

—Nunca te he visto mas pusilánime que hoy.

—Razon tengo para ello.

—Por poco te asustas.

—Os repito que el tal Don Luis Cortés tiene una mano muy segura; dígalo si no el difunto Roque.

—¿Pero te consta que él le mató?

—Yo os puedo decir que le acompañé hasta la puerta de la casa de Don Luis, y que con mis propios ojos le ví entrar, pero no salir.

—¿Pero el jóven fué como de costumbre á la casa de Doña Estrella en el camino *que va* á Tacuba?

—Un cuarto de hora despues de haber entrado Roque en su busca.

—¿Y por qué no te arrojaste sobre él y le cosiste á puñaladas? preguntó el lego con desembarazo y cual si se hallase familiarizado con el crímen.

—Mi obligacion no era la de matar, sino la de guardar á Roque las espaldas.

—¿Pero cómo le fuiste á encontrar muerto á cien varas de la casa de Don Luis?

—Muy sencillamente.

—Explícate.

—Despues de ver salir á Don Luis, aguardé un rato grande á que tambien saliese Roque; cansado de esperar en vano, me retiraba á mi casa, cuando al volver la esquina tropiezo con el cadá-

ver de un hombre, me inclino á examinarle y reconozco en él á mi camarada, atravesado de parte á parte por una estocada en el corazon. Por San Ciriaco mi padrino os juro que desde luego conocí en la herida la mano de un maestro, y no pude por menos de envidiarle la seguridad y la limpieza del corte.

—¡Pese á mil diablos! mucha calma se necesita para detenerse en semejante consideracion.

—Qué quereis; lo bueno debe celebrarse aun cuando venga de un enemigo.

—Está bien; continúa diciendo lo que hiciste.

—Me persigné á vista del cadáver, y con toda devocion me retiré de aquel lugar, rezando un Padre nuestro por el alma de Roque: ¡lástima, era un buen chico!

—¿Pero cómo explicas tú que el cadáver estuviese á cien varas de distancia de la casa donde debió ser herido?

—Porque sin duda alguna Don Luis cargó en hombros con el muerto, y saltando azoteas le dejó caer desde una de ellas: en esto no me cabe duda, porque Roque tenia la cabeza en dos mitades.

—¡Dios nos asista! exclamó el lego, horrorizado con la calma del llamado García.

—Pero Juan Martinez y Diego Celada, ¿por qué no cumplieron como debian, dando muerte á la supuesta dueña de Doña Estrella?

—Porque se les interpuso Don Luis Cortés.

—Veamos, explícate.

—Es muy sencillo: Juan y Diego se ocupaban en saltar la cerradura del jardin de la casa, cuando vieron llegar hácia ellos un bulto; mandáronle hacer alto, él no hizo caso: descerrajáronle un tiro; el bulto contestó con otro, y Diego vino á tierra casi muerto.

—¿Quién era el bulto?

—Don Luis Cortés.

—¿Y el cuerpo de Diego?

—Juan le echó sobre sus hombros, y con él á cuestas entró á la ciudad dirigiéndose á nuestra madriguera, donde me fuí á encontrar con ellos: enterado de la ocurrencia, ayudé á curar al herido,

y Juan y yo convenimos en que el dicho Cortés tiene tan buenas estocadas como certera puntería.

—De modo que ni os apoderásteis de los papeles ni dísteis muerte á la madre de Estrella.

—Ninguna de las dos cosas.

—Torpeza se necesita.

—Del pobre Roque nada se puede decir, y os exijo que respeteis su santa memoria.

—¡Mal rayo con él!

—Respecto de Juan y Diego, no trataré de disculparlos.

—¿Cómo es eso?

—Figuraos que cuando ellos llegaron á la casa de la calzada, la madre de Doña Estrella no estaba allí.

—¡Cómo!

—Habia salido en la tarde, y á aquellas horas no habia aún regresado á la quinta.

—De modo que á su regreso pudieron haberla asesinado.

—Esa era su intencion; pero como la acompañaban seis hombres, les tuvieron miedo y perdieron el golpe.

—¡Oh! esa fué mucha torpeza! exclamó el lego, ostensiblemente molesto; de modo que yo solo cumplí mi cometido.

—¡Cómo! ¿ya pusísteis en las cárceles del Santo Oficio á Doña Juana de Pimentel y Carrillo?

—Sí; y lo que es mas, Fray Francisco se apoderó de la jóven su hija, y la tiene en la casa negra.

—Eso indica únicamente que habeis tenido mas suerte que nosotros, pero no mas valor.

—No nos detengamos en conversaciones; lo que importa es recobrar lo perdido.

—Os haré notar que tan solo Juan y yo hemos quedado útiles.

—Basta y sobra.

—¿Pero insistís en que vuelva yo á ver á Don Luis y trate de arrancarle los documentos?

—Apoderarnos de ellos es de la mayor importancia para nuestro plan.

—¿Pero qué son por fin esos papeles?

—Las pruebas de que los tres Luises y las tres Estrellas no son hermanos.

—¿Cómo es eso?

—Sí; la Estrella de la casa de la calzada de Tacuba y el Don Luis herido en la calle *que va* á las Atarazanas, son hijos de la supuesta dueña de Estrella, llamada Doña Juana de Villaroel.

—¿Supongo que no me estareis engañando?

—No por cierto.

—Me habeis jurado descubrirme por entero el secreto.

—Y así lo haré.

—Es que si no, muy lisa y llanamente me presento á S. E., y os delato á vos y á Fray Francisco.

—No harás semejante cosa, porque tú tambien te perderias.

—Por vengarme soy capaz de todo; con que no lo olvideis.

—No tengais cuidado, respondió el lego, lanzando una horrible y rencorosa mirada sobre su interlocutor.

—¿De modo que Dios ó el diablo han hecho que se enamoren los que no son hermanos?

—Justamente.

—¡El instinto de la sangre!

—Por eso lo que nos importa es destruir las pruebas que lo acreditan, para despues acusarlos de incestuosos, meterlos en la Inquisicion y tomar la gran parte de sus bienes que nos corresponde como denunciadores de su crímen.

—Ya voy viendo claro: ¿y á cuánto ascenderá la parte que á nosotros nos toque repartirnos?

—A dos millones de pesos.

—¡Diablo! exclamó el bandido abriendo demesuradamente los ojos, con marcadas muestras de codicia.

—Te seduce la ganancia, ¿no es cierto?

—Francamente lo confieso.

—Disponte, pues, á ganar tu parte.

—¿Qué hay que hacer?

—Ver á Don Luis y apoderarse del documento.

—Yo os prometo que lo alcanzaremos.

—En ese caso, salgamos del figon, ya que hemos acabado de almorzar; yo tengo que ir á disponer la prision de Don Hernando de Salazar.

—¿Le vais á meter en la Inquisicion?

—Sí.

—¡Pobre de él! le compadezco.

—Vamos, cada uno á nuestra obligacion.

—Antes quisiera suplicaros una cosa.

—¿Cuál?

—Prestadme á buena cuenta algunos pesos; en la sala de al lado hay naipes, y quisiera ir á echar algunas manos.

—García, olvidas lo principal.

—Para todo hay tiempo; dadme los pesos.

—Toma, dijo el lego, poniendo en manos del asesino un puñado de monedas, que este recibió con la mayor alegría.

—Pese al diablo, hermano, estais muy generoso.

—No te olvides del negocio principal.

—No tengais cuidado, replicó García, contemplando gozoso el dinero y desapareciendo en las habitaciones interiores del figon.

El lego compuso sus hábitos, miró al anciano, y salió á la calle diciendo:

—Goza, goza con tu dinero; por los cuernos de Lucifer te juro que ese ha de ser el último que en tu vida has de contar: yo tambien tengo mano segura; en cuanto te hayas apoderado de los documentos que Don Luis posee, te clavaré mi puñal hasta la cruz; el secreto que me has hecho revelarte, es muy importante para que debas vivir poseyéndole!...... .....

CAPÍTULO XLVI.

Síntomas de tormenta.

Don Martin Enriquez de Almansa, virey de la Nueva España por Felipe II, á la sazon reinante en el trono de España, vestia, segun el uso severo del hijo de Cárlos V de Alemania, completamente de negro. Sobre sus hombros y su pecho caia el valioso collar de oro y piedras finas del Toison de oro.

Hallábase en la rica cámara principal del palacio de México, y su semblante, varonilmente hermoso, veíase descompuesto por esa mortal palidez que es como la huella marcada en el alma por las horribles decepciones de nuestros mas queridos séres.

Estaba de pié, sus brazos se cruzaban sobre el pecho, y su respiracion angustiosa dejaba entrever el profundo pesar de su corazon.

Una mujer divinamente hermosa sollozaba amargamente postrada ante el virey y ocultando con sus manos blanquísimas el abundante llanto que sus ojos derramaban.

Aquella hermosa Magdalena era la noble esposa de Don Martin, Doña Catalina de Mendoza.

Ambos personajes guardaban el mas prolongado silencio; tan solo se escuchaban en la cámara la respiracion agitada del uno, los sollozos intermitentes de la otra.

En su recinto parecia respirarse una cargada atmósfera de dolor.

Las almas de ambos esposos parecian ocuparlo todo con su tremendo infortunio.

Don Martin, haciéndose superior á sí mismo, refrenaba la explosion de sus sufrimientos, y la violencia que para ello se hacia descomponia mortalmente su semblante.

Despues de uno de esos suspiros ardientes que queman los labios por donde se escapan, como quema la encendida lava el cráter del volcan que exhala su aliento de fuego, Don Martin con voz apagada y ficticiamente tranquila, dijo:

—Alzad, señora, alzad de ahí. ¿Qué recriminacion podré haceros cuando aun mi amor por vos me ciega los ojos para espantarme con vuestro criminal proceder?

—¡Ah! Don Martin, vuestra calma me aterra aun mas que el temor de vuestro enojo.

—No, jamas usaré de un lenguaje enérgico con la mujer á quien tanto he amado.

—Por Dios, por Dios, Don Martin, vuestro perdon......

—¡Mi perdon! ah! eso es imposible!

—¿Qué decís?

—Que yo no os perdonaré jamas.

—¡Oh! exclamó la atribulada esposa, sollozando de nuevo y con mayor angustia.

—Todo crímen debe de ser castigado, y el vuestro lo será á su vez; pero quiero ser generoso, y en consecuencia, dejo á vuestra propia conciencia la clasificacion de la pena que debo de imponeros.

—¡Perdon! perdon! Don Martin.

—Señora, ya os lo he dicho; ¡nunca! y el virey acentuó enérgicamente esta palabra.

—¡Tened compasion de mi angustia!

—¿Y con qué derecho me lo exigís? ¿habéisla tenido vos de mi

amor? ¿ó suponeis quo mi amante idolatría no era digna sino de la villana accion con que la habeis pagado?

—Don Martin, sed generoso con mi dolor.

—¿Y por qué vos no lo habeis sido con mi honra, que en mal hora os confié? ¿quién os ha dicho que mi alma es de bronce y que mi corazon goza del temple del acero? Leed, señora, en mi semblante la tormenta que ruge en mi interior. ¿No habeis visto jamas brillar las centellas ante vuestros ojos, retumbar el trueno en vuestros oidos, y azotar vuestro rostro el viento helado del huracan? Pues bien, señora, comprended cuál será mi angustia y mi tormenta; os amo, os amo aún con toda la fé de un alma generosa, y mi cabeza se rompe en mil pedazos, porque el rayo de mi deshonra brilla ante mis ojos, el trueno de mi pública infamia me ensordece, y el helado huracan de vuestros desdenes me azota el rostro.

—Y bien, Don Martin, yo os amo con toda la violencia y elevacion de arrepentimiento con que María Magdalena amó á Jesucristo despues de besar sus plantas y de contemplar á la luz de su caritativa doctrina la magnitud de su culpa. Sí; yo me considero con la misma resignacion é idéntico valor que ella para purificarme con las lágrimas del arrepentimiento despues de obtener vuestro perdon: ¡ah, Don Martin! decidme vos tambien que me perdonais; abridme vuestros brazos como Jesus se los abrió á la arrepentida Magdalena, y despues de haber derramado en ellos mi amargo llanto, yo misma me apartaré de vos para purgar lejos de vuestro cariño las manchas de mi conciencia.

—Pero eso que me pedís es imposible.

—Imitad, señor, al héroe de la santa religion que profesais.

—¿Ignorais acaso que él era Dios, con un corazon humano, obra de la bondad divina, y que yo soy un hombre, cuyo corazon es hijo de la malicia humana? No, yo no puedo perdonaros; Dios solo, cuya bondad es infinita, podrá deciros cómo se lavan vuestras impurezas: de Él solicitad el perdon; Él os le concederá, y cuando murais en esta vida para renacer en la eterna, podreis pe-

netrar alma pura en su mansion impalpable; pero puesto que en el cuerpo os habeis manchado y en él es imposible la purificacion sin deshacerse antes en polvo en el sepulcro, yo no os perdonaré jamas en vida, y solo lo obtendreis cuando no exista de vos sino la memoria en mi alma, la ceniza en la tierra.

—¿Y qué, señor, creeis que tan grande pena merezca quien no puede ser responsable de su delito?

—Eso tan solo puede asegurarlo Dios.

—Y yo tambien, señor, que jamas he mentido.

—¿Qué osais decir? ¿que jamas habeis mentido? ¿cómo le llamareis entonces á la burla de que he sido víctima? Desde el primer dia de nuestro enlace, ¿no me habeis asegurado constantemente que jamas habeis dejado de amarme?

—Y bien, señor, tan solo os he asegurado la verdad.

—¡Cruel sarcasmo! ¿no habeis llevado la deshonra al tálamo, por mi amor para adoraros construido?

—¡Ah, Don Martin! exclamó desesperada Doña Catalina, Dios tan solo puede ser responsable del crímen que me mancha.

—Sí, blasfemad de Dios como blasfemásteis de mi honra; nada tiene de extraño, ambas cosas debieron ser para vos, como para todas las esposas, igualmente sagradas. Si una osásteis pisotear, pisotead la otra tambien; no por eso ha de ser mas horrible vuestro delito.

—¡Me estais matando con vuestros frios razonamientos!

—Jamas podré ser con vos tan cruel como vos lo habeis sido conmigo, jamas podré haceros sufrir cual á mí me estais haciendo padecer. Maldijéraos á poder hacerlo; que tanto os amo aún, que ni á acriminaros acierto. Tan seguro es, señora, que el amor es el abismo del mal y una monstruosidad del entendimiento.

—No, Don Martin, no; el amor siempre será una virtud de alma, porque él se parece en mucho á la caridad.

—Si el amor es una virtud, él tambien, señora, es un vicio: el amor es un paso del mal al bien, y es tambien un paso del bien al mal: el amor es el fundamento de la sociedad; la sociedad im-

plica el bienestar del hombre, y sin embargo, señora, ¡cuántos que como yo deben su desgracia al amor, preferirian haber nacido sobre las playas desiertas de mares desconocidos, sin mas amigos que la soledad, sin mas agitaciones que las de la naturaleza, sin otros horizontes que los del mar!

—Don Martin, vuestras frias consideraciones hielan mi sangre paralizando mi vida, como la muelle nieve mata sin oprimirlas con su leve peso, las flores de los campos. Mi señor, no os mostreis tan mortalmente indiferente; destruid mi alma que os ama con frenesí inconcebible, como el rayo destruye el corazon del elevado fresno, no como la helada escarcha hace agonizar al pájaro sin nido. Todo me espanta menos que vuestra calma.

—Es verdad; vos quisiérais verme desesperado para burlaros de los tormentos de mi pesar, como el milano feroz sonríe ante la agonía de la paloma; pero no, ya que no pueda ocultar á nadie mi vergüenza, sí sabré devorar en silencio la pena que me causa la defeccion de vuestros amores: tan solo vos sabeis que os amo; todos los demas creerán que os aborrezco.

—¡Ah! vedlo, Don Martin, Dios no puede consentir que vos dejeis de amarme, porque soy inocente.

—¡Inocente! sarcasmo cruel!

—Vos no lo comprendeis porque no habeis querido escucharme.

—¿Y quién, decidme, se aviene á oir con calma el relato de su deshonra?

—La defensa es un derecho sagrado; nadie debe condenar sin oirla, y vos os negais á escuchar la mia.

—Ya os lo he dicho, señalad vos misma vuestro castigo; á vuestra propia conciencia dejo la eleccion.

—Pues bien, si me privais de la defensa, sed de una vez cruel; dadme la muerte!

Al decir estas palabras Doña Catalina, tomó de la mesa la espada de Don Martin, desnudó la hoja, y tomándola por la punta, presentó la empuñadura á su esposo, descubriendo al mismo tiempo completamente su blanco y turgente seno.

—¡Mataros! exclamó el virey; ¿y creeis que pudiese hacerlo amándoos como os amo?

—Pues bien, respondió la jóven, ¡yo me mataré! y al decir estas palabras clavó en su seno hermoso la punta de la espada, que hizo saltar, al romper la piel, un delgado chorro de encarnada sangre.

—¡Qué haces!!! gritó el virey arrojándose sobre su esposa y arrancándole la espada de las manos antes de que hubiese penetrado mas de unas dos ó tres líneas.

—Dejadme morir, respondió Doña Catalina, espantada á la vista de su propia sangre.

—¡Morir! no, no, jamas! repitió el virey, limpiando la punta de la espada en su blanco pañuelo, y llegándole con amor inmenso á sus labios, en tanto que arrojaba á un extremo de la cámara el arma de la suicida.

—Don Martin, sin vuestro amor que es mi vida, con vuestro desden que es mi muerte, la existencia es una carga enojosa: Dios, que es tan solo el responsable de mi crímen de amor, responda tambien ante su propia justicia del crímen de mi muerte.

—¡Calla, desgraciada, no seas injusta con su bondad suprema!

—¿No lo sois vos conmigo al no querer escuchar mis descargos?

—Habla, pues, dijo el virey, haciéndose la mayor violencia para poder pronunciar estas dos palabras.

—Cuando el villano caballero osó atentar á mi honra, yo habia sucumbido ante un mortal desmayo.

—¿Y cómo pudísteis escuchar sus palabras, seguirle al pabellon de los rosales?

—Por medio de una pócima oriental que el miserable hízome beber mezclada al vino, logró trastornar mis facultades; á pesar de todo, mi dignidad y orgullo, de que me creeis ajena, me permitió desdeñar las promesas del seductor y despreciar sus juramentos de fé.

—¿Cómo sucumbiste entonces?

—Insolente el mancebo, osó emplear la fuerza, puesto que sus

palabras eran vanas, y en la lucha perdí á mi pesar el conocimiento entre sus brazos.

—¿Pero despues?...... preguntó con angustia Don Martin.

—¡Nada sé! respondió la dama sollozando de nuevo y cubriéndose el rostro con las manos.

—Ligada por el crímen con aquel miserable, continuaste despues la carrera del crímen.

—Don Martin! en medio de mi deshonra soy honrada; aquel hombre fué despues de mi enfermedad indiferente para mí; en secreto y sin que él mismo pudiese comprenderlo, devoré mi odio y mi desesperacion. Él, por su parte, no volvió á fijar en mí sus ojos, satisfecho tal vez del éxito de su villanía.

—¿Pero no te he sorprendido yo mismo, oculto bajo un antifaz verde, hablando con él bajo la copa de un álamo del paseo próximo al tianguis de Velazquez? ¿Cómo pretendes negarme tu correspondencia para con aquel hombre, cuando en tal sitio y á tales horas de la noche conversabas sola con él? ¿Querrás negarme que tú propia le habias citado, cuando tengo una esquela tuya que lo acredita?

—Y sin embargo, yo aborrezco á ese hombre y os amo á vos solo.

—¿Por qué entonces le citaste?

—¡Don Martin!

—¡Responde! replicó con firmeza el virey.

—¡Dios de bondad! exclamó la dama elevando al cielo sus ojos, ¿es justo que tan bárbaro suplicio me hayas reservado?......

—¡Habla, dí!

—No, Don Martin: dadme la espada; antes la muerte que pronunciar una palabra mas.

—¡Lo veis, señora! dijo el virey recobrando su indiferencia y gravedad, y hablando á la dama con el seco tratamiento que un instante habia olvidado para hablar á la esposa olvidando á la perjura.

—¡Dios mio! Dios mio! repitió ella.

—Para esto os quejábais de que os privaba de defenderos, condenándoos sin escuchar vuestros descargos: ¿por qué callais si sois inocente? ¿por qué ocultais vuestro rostro si el deshonor no le empaña?

Doña Catalina no respondió; los sollozos la ahogaban.

Don Martin dijo entonces:

—Señora, salid de esta cámara, retiraos á vuestros aposentos, y en ellos pensad cuál es el castigo que mereceis; advirtiéndoos que desde ahora os maldigo si osais atentar contra vuestra vida.

—¿Pero qué pensais hacer?

—Esperar vuestra determinacion.

—Mas ¿por qué quereis quedaros solo?

—Necesito pensar.

—¿En qué?

—En la determinacion que debo de tomar respecto á mi ofensor.

—Por Dios, Don Martin; ¿qué vais á hacer?

—Señora, á su tiempo lo sabreis; ahora salid.

—Pero...... dijo la dama suplicante.

—¡Salid! repitió el virey, marcando imperiosamente la puerta á su infortunada esposa.

Esta salió derramando lágrimas abundantes.

Don Martin, con la mayor sangre fria hizo sonar un timbre, y uno de sus pajes se presentó en la cámara; el virey dijo:

—Si han llegado el padre Fray Bartolomé Franco y el alguacil mayor maese Cárlos Sámano, hacedles entrar.

El paje salió á cumplir la órden; momentos despues, las dos personas solicitadas por el virey se encontraban delante de él; sin darles tiempo ni á saludar, dijo al padre Franco:

—Señor capellan, en este mismo instante vais á dirigiros al convento de la Concepcion, solicitais ver á la madre superiora, Sor Elena de Medrano, y la decís que inmediatamente prepare una celda para S. E. mi esposa, quien desea pasar unas semanas recogida en sus claustros.

El padre se inclinó en señal de obediencia.

—Vos, maese Cárlos Sámano, dirigíos á la calle *que va* á Ixtapalapa y casa de Don Luis Cortés, y hacedle venir á mi presencia inmediatamente.

Instantes despues, el capellan de ciudad y el alguacil mayor salian del despacho de S. E. á cumplir sus órdenes; entonces fué cuando, segun anteriormente hemos referido, se encontraron con el mohino Fray Francisco de Rivera, que en vano pretendia ver al virey.

Tambien fué entonces cuando el paje entró á avisar de su presencia á Don Martin, y cuando este repitió la severa órden de que á nadie recibiria, no abriéndose tampoco la audiencia.

El virey no estaba para ver á nadie; mandó, no obstante, á su paje que hiciese entrar al procurador real.

Cuando este estuvo en su presencia, le dijo:

—Suplico á usía permanezca á mi lado.

—S. E. puede disponer de mí á su albedrío; ¿hay algo que hacer?

—Regularmente tendremos que condenar á muerte de horca á uno de los personajes de nuestra corte.

—¿Tan grave delito ha cometido?

—Cual no podeis suponer.

—¿Y cómo se llama el criminal, si no es indiscreta la pregunta?

—Se llama Don Luis Cortés.

—¡Ah! exclamó el procurador abriendo desmesuradamente su boca en señal de sorpresa.

CAPÍTULO XLVII.

Planes de averiguacion.

JURADO habeis que la honra de Doña Catalina de Mendoza está ilesa, decia el antiguo escudero Bernardo, ayudando á vestir á Don Luis Cortés, héroe del manuscrito que contenia la relacion de la velada de palacio la noche del 20 de Marzo de 1576.

—¡Y por Dios que tal juramento es la verdad mayor que en mi vida he dicho!

—Sí supiérais el rato tan fatal que la lectura del tal manuscrito de la cinta amarilla nos dió al buen Francisco y á mí!

—Bien lo comprendo: el cariño que á tan noble dama dedicais, la abnegacion con que os habeis consagrado á su servicio, y el interes con el cual velais por ella sin descanso, os han identificado de tal modo con vuestra señora, que la menor de sus desgracias debe de hacer brotar sangre á vuestros corazones.

—Y lágrimas á nuestros ojos, Don Luis.

—Unidos todos haremos cesar los nuevos peligros que la amenazan, y procuraremos que esas lágrimas se tornen en dulces alegrías.

—Dios nos ayudará en tal empresa, pues él es protector de las acciones generosas.

—¿Cómo coordinaremos nuestros planes?

—Ante todo, es necesario descubrir el paradero de la hija de nuestros vireyes.

—¿No da el manuscrito alguna seña por la cual pudiéramos guiarnos?

—Absolutamente ninguna.

—¿Y cómo salvamos esa dificultad?

—¿Creeis en la Providencia? ¿teneis fé en ella?

—De todo corazon.

—Entonces, ella nos guiará por medios desconocidos.

—No niego el valor de vuestra piadosa confianza; quisiera, no obstante, amigo Bernardo, algun indicio material que pudiese ayudarnos en la obra de la Providencia.

—Ella nos le hará descubrir.

—Hablemos en razon.

—¿Qué quereis decir?

—Hagámonos cuenta que Dios no puede ocuparse al presente de nosotros, y que nos deja pensar y discurrir segun nuestro propio albedrío.

—Supongámoslo, aun cuando no es posible; Él está en todas partes, y sus miradas alcanzan á la par á todas sus criaturas.

—Está bien; pero pensemos humanamente. ¿Qué clase de gente podrá ser el raptor de la inocente niña?

—Juzgo que debe ser muy villana y miserable, respondió con energía el escudero.

—Eso, desde luego; pero lo que yo quiero haceros comprender, es que no ha de ser persona muy amiga de la dama quien tal hace.

—No se necesita mucho para comprenderlo así.

—Sin duda alguna; pero tal pensamiento nos conduce á ponernos en pié de averiguacion.

—Veámoslo.

—Siendo un enemigo de Doña Catalina el raptor de su hija, de-

terminemos aquí cuáles son ellos, busquémoslos, y por buenas ó por malas arranquémosles su secreto, ó lo que es lo mismo, la niña.

—Ese es sin duda un buen medio; exceptuando la circunstancia de que el raptor sea un enemigo oculto de la señora.

—Esa es otra cuestion.

—Adelante.

—¿Cuál es el mayor enemigo de Doña Catalina que conoceis?

Bernardo y Cascabeles se miraron como preguntándose recíprocamente cuál seria la respuesta á las palabras de Don Luis.

—¿No lo sabeis? preguntó el jóven, que despues de acabarse de vestir habia tomado asiento en uno de los sillones de la recámara.

—A fin de aprovechar el tiempo os responderé lisa y llanamente, por mas admiracion que os cause, que el mayor enemigo de la vireina es el padre Fray Francisco de Rivera.

—¿Qué decís? preguntó Don Luis sorprendido, ¿el reverendo comisario de la Orden?

—El mismo.

—¿Pero teneis alguna prueba?

—Las suficientes sospechas y la voz íntima de nuestros corazones, que jamas nos ha fallado.

—Poco es; pero en fin, en el presente caso la mas pequeña circunstancia puede guiarnos al esclarecimiento de la verdad.

—Discurramos.

—Sí.

—¿Conocísteis al hombre del verde antifaz que anoche os hirió la mano en defensa de Doña Catalina?

—Os juro que no.

—Pues bien, yo sospecho, dijo Bernardo, que no era otro sino Fray Francisco de Rivera.

—Mucho suponer es, porque maldito si tenia aire alguno de fraile.

—Es que tenemos bastantes razones para dudar que el tal fraile sea en efecto fraile.

—Explicaos.

—Otra vez, y cuando disfrutemos de mayor tiempo desocupado, os daremos á conocer el fundamento de nuestras sospechas.

—Bien pudiérais decirme algo acerca de ellas, porque, francamente, no creo yo capaz á Fray Francisco de abrigar un odio semejante contra una pobre mujer, cuando para todos es un bienhechor y un modelo de virtud y caridad.

—Con la piel del cordero, cuentan que el lobo se disfraza.

—Bien; pero......

Bernardo se acercó á Don Luis, y bajando la voz cual si temiese ser escuchado, le dijo:

—¿Sabeis acaso cómo, cuándo y de dónde vino á parar á San Francisco el tal fraile?

—Jamas me he ocupado de averiguarlo.

—Pues bien, nosotros sí lo hemos hecho, y hemos llegado á saber que Fray Francisco ha venido al monasterio de la Orden desde......

—¡Acabad! ¿desde dónde?

—Desde los infiernos.

Don Luis no pudo reprimir una carcajada; Bernardo dijo:

—Os reís porque no comprendeis la intencion de mis palabras; pero en ellas se encierra la verdad.

—Veamos, respondió Don Luis risueño sin poderlo remediar, qué nuevo Orfeo pudo sorprender la buena fé de Pluton.

—El verdugo de la ciudad y el instinto caritativo de los franciscanos.

—¡Hola! ¿conque esos señores tienen una gracia semejante? ¡ja! ja! ja! dijo Don Luis riendo de muy buena gana.

—Hablemos con formalidad, exclamó Bernardo, algo molesto con la risa del jóven.

—Eso es lo que digo yo, amigo Bernardo, hablemos con formalidad, porque vuestras bromas, á pesar de la gravedad con que tratais de hacérmelas creer, no me merecen maldita la fé.

—¿Recordais la ejecucion de justicia que tuvo lugar el dia de las bodas de Doña Catalina?

—¿La del infeliz baron de Ocaña?

—Sí.

—Y bien, ¿qué tiene ella que ver?

—El baron de Ocaña no murió.

—¡Cómo!

—El verdugo no cumplió con su deber, pues despues de suspenderle en la cuerda no montó sobre el cuello del ahorcado como es costumbre; de modo que el baron únicamente pudo perder el conocimiento, pero no la vida, puesto que su propio peso no era bastante para producir su muerte sino estando colgado de la horca muchas horas. Ahora bien; pocos momentos despues de haberse balanceado en el aire suspendido de la cuerda que le oprimia el cuello, el cuerpo fué bajado del patíbulo y conducido en una camilla á San Francisco; las puertas del convento se cerraron, y nadie logró presenciar el entierro del ahorcado. Poco despues comenzó la gran epidemia que diezmó á los naturales, y entonces apareció Fray Francisco haciendo prodigios de caridad, sin que nadie supiese de dónde habia salido. Pero por su desgracia la cuerda del infamante suplicio dejó marcada en su cuello una cinta sangrienta, que yo he podido ver á pesar del cuidado excesivo con que procura ocultarla entre los pliegues de su capucha.

—Luego Fray Francisco de Rivera no es sino el baron de Ocaña.

—O lo que es lo mismo, el enemigo jurado de Doña Catalina de Mendoza, replicó Cascabeles.

—Amigos, ¿no os habreis engañado? preguntó Don Luis con marcado acento de desconfianza.

—Tened por cierto que no.

—¿Ambos habeis visto la marca de la cuerda en su cuello?

—Yo no la visto, contestó Cascabeles; pero cuando Bernardo lo afirma, podeis tenerlo por seguro.

—Y sin embargo, contra vuestras convicciones, contra las mismas apariencias que parecen condenar al franciscano, hay un hecho que destruye vuestras sospechas.

—¿Qué decís?

—Que el misterioso embozado de la velada de palacio, el inquisidor á quien Doña Catalina debió su salvacion en aquella noche, no era otro que el hombre llamado al presente Fray Francisco de Rivera.

—¡Imposible! exclamaron á la vez Bernardo y Cascabeles.

—Eso os parecerá, y sin embargo es lo cierto: desde el dia siguiente á aquella noche memorable me he ocupado sin descanso hasta el presente, en averiguar quién habia sido el hombre á cuyas amenazas me habia estremecido por la primera vez de mi vida, y al fin mis averiguaciones han obtenido el mejor éxito, convenciéndome de que el salvador de Doña Catalina lo fué Fray Francisco de Rivera.

—No sabemos cuál pueda ser el fundamento de esa certeza que asegurais tener de haber descubierto al embozado de la velada de palacio; pero creo imposible que al cuarto dia de su suplicio en la plaza principal se hallase ya en disposicion de mezclarse en semejante aventura.

—Eso mismo os convencerá de lo infundado de vuestras sospechas; Fray Francisco no puede ser la misma persona que el baron de Ocaña.

—¡Oh! en ese punto no me cabe duda.

—Llegareis á convenceros de lo contrario.

—Si como asegurais fuese él en efecto el embozado de la velada, él tambien ha sido entonces el autor de los manuscritos de las cajas misteriosas.

—¡Imposible!

—El manuscrito de la cinta amarilla asegura que el embozado despues de haberos hecho encerrar en vuestra casa, se dirigió de nuevo al jardin de palacio, y hallando desmayada y sola todavía á la vireina, le cortó con sus tijeras una gran cantidad de pelo, desapareciendo despues.

—¿Y bien?

—Ese pelo, en forma de dos trenzas, acompañaba al manuscrito de la caja de la cinta amarilla.

—¡Dios mio!

—Vedlas, dijo Cascabeles sacándolas del interior de su ropilla.

—Esto es un nuevo misterio.

—Que es necesario aclarar á todo trance.

—¿De qué modo?

—¿Os encontrais con fuerza para comenzar nuestras averiguaciones?

—¿Qué quereis decir?

—¿Ha desaparecido la postracion originada por el desmayo?

—Sí, me siento vigoroso y fuerte.

—Entonces vais á salir inmediatamente en direccion al monasterio de San Francisco, y una vez allí, procurareis averiguar cuanto os sea dable y del mejor modo posible respecto á nuestros asuntos.

—Vosotros, ¿qué pensais hacer?

—Marchar á palacio, procurando tambien averiguar por nuestra parte cuanto sea conducente á nuestro objeto.

—¿Y dónde nos hemos de reunir?

—Aquí, en vuestra casa, si os parece.

—¿A qué hora?

—Lo mas pronto posible.

—En ese caso despidámonos, y esperando todo de Dios, procuremos deshacer la actual intriga, cuyas consecuencias pueden ser tan desastrosas.

Instantes despues Don Luis Cortés salia de su casa en la calle de Ixtapalapa, atravesaba el puente de palacio, cruzaba la plaza, y torciendo la esquina del portal de los Mercaderes, avanzaba rápidamente por la calle *que va* á San Francisco.

Detrás de él salieron Bernardo y Cascabeles; ya en la calle dijo este al primero:

—Creo inútil que los dos vayamos al palacio.

—¿Pues qué piensas hacer?

—Averiguar por mi parte y á mi modo.

—¿De qué manera?

—Voime al figon de *Los dos Mundos* en el tianguis de Tlalte-

lolco; allí suelen reunirse los bribones de todos los barrios, y bebiendo y jugando puedo tal vez descubrir alguna cosa.

—No me parece mal la idea, repuso Bernardo.

—Entonces, id vos á palacio y yo me dirijo á Tlaltelolco.

—No te olvides de acudir á la cita.

—Descuidad.

—¿Llevas dinero?

—Mas del necesario.

—Adios entonces.

—Él nos favorezca.

Los camaradas se separaron á la puerta del palacio vireinal: Bernardo penetró en él, y Cascabeles siguió adelante sin detenerse.

CAPÍTULO XLVIII.

La carta.

PRESTO Don Luis Cortés, el infortunado amador de nuestra querida Doña Catalina de Mendoza, llegó á la portería del célebre monasterio de San Francisco.

Su corazon generoso le pedia como la satisfaccion de una necesidad del alma, el remedio del daño que indirectamente habia causado á la víctima de sus amorosas tentativas.

Por instantes anhelaba encontrarse delante del franciscano para sorprender con investigadora mirada la clase del secreto que se proponia averiguar, y en su imaginacion batallaba con el recurso que debiera emplear para obtener el buen fin de su noble empresa.

Pero á su pesar, su corazon recto é imposible de bajeza, le hacia desconfiar de las sospechas de Bernardo respecto al comisario de la Orden mas respetable de México, pareciéndole incompatibles la hipocresía y criminalidad de que el escudero le acusaba, con la pública fama de virtud y abnegacion que el pueblo fanático concedia al advenedizo franciscano.

Por otra parte, ¿cómo podia ser el bárbaro enemigo de la noble vireina el mismo que á él le constaba habia sido su salvador la noche de la velada de palacio?

Los buenos corazones encuentran gran dificultad en creer la perversidad de instintos del malvado: tan sencilla es la virtud, que se deja seducir por la hipocresía del vicio; por eso nada existe tan quebradizo como la inocencia.

Así es que nuestro jóven desconfiaba sobremanera del buen éxito de su encomienda, y mucho temia perder infructuosamente el tiempo.

Alimentaba, no obstante, una gran esperanza, fundada en que el buen fraile no tuviese participio alguno en la trama infernal que perseguian el jóven, el escudero y el antiguo granuja de las Vistillas.

Esperaba él, en caso semejante, obtener la poderosa ayuda de Fray Francisco para descubrir los verdaderos criminales, á cuyo efecto iba resuelto á descubrirle, cual á un confesor, los secretos de su alma y las relaciones de los manuscritos.

De los instintos caritativos del comisario lo esperaba todo, pues conocedor hasta del último rincon de la ciudad, fácil le seria desde luego ponerse en pié de averiguacion.

Todas estas ideas bullendo en su imaginacion y abstrayéndole, por así decir, de las cosas reales, contribuyeron á que el jóven apresurase el paso prodigiosamente, pues cuando nuestra imaginacion batalla con una idea fija y esa idea implica un gran bien, para nosotros abréviase el tiempo y disminúyense las distancias.

Al encontrarse con el lego portero nuestro jóven, le preguntó si habia ya llegado al convento, y si se encontraba visible el padre Fray Francisco de Rivera.

—Hace una hora que llegó al monasterio, respondió el lego, y creo que se le puede ver, pues no ha dado órden de lo contrario.

—Entonces, me permitireis que pase.

—Sois muy dueño de ello, noble jóven, y nuestro reverendo

padre tendrá en ello gran placer, porque os estima en alto grado, lo mismo que todos los padres y mi humilde persona.

—Gracias, sois correspondidos, respondió el jóven tratando de huir de la charla del impertinente lego.

—Pasad, jóven, pasad adelante; el reverendo padre debe de hallarse solo, pues ya hace rato que salió de su celda vuestro tocayo en nombre y apellido, Don Luis Cortés.

—¡Ah! exclamó el jóven, recordando el manuscrito, donde una mano misteriosa aseguraba que los del mismo apellido eran sus hermanos.

—¿Qué os pasa? habeis palidecido. ¿Os sentís mal? ¿deseais alguna cosa? hablad con franqueza.

—No, no es nada, respondió el jóven, agradecido á los cuidados del lego.

—Pasad entonces á ver al reverendo padre Fray Francisco, porque dentro de pocos minutos tocará la campana á refectorio, y entonces no podreis hablarle de vuestros asuntos.

El jóven aprovechó la advertencia del lego, se despidió de él, y abriendo una puerta con mampara penetró al gran claustro ó patio principal, en medio del cual habia en aquel entonces una fuente de hermoso jaspe blanco, llamado *tecalli*, con dos tazas de lo mismo, que tenian por remate una estatua de San Diego.

Las paredes de los claustros ostentaban orgullosas grandes lienzos, obra del pincel de Baltasar de Chavez, representando pasajes de la vida de San Francisco, de un mérito notable. Entre cuadro y cuadro dos ángeles dorados sostenian un gran medallon, donde se explicaban los asuntos de cada una de las pinturas.

Las vigas de los techos desaparecian bajo los extensos cielos rasos pintados al temple con elegancia y buen gusto. En uno de ellos se representaba el monte Alberne, donde segun las crónicas religiosas, se verificó la impresion de las llagas del mártir del Gólgota en las manos, el costado y los piés del fundador de la Orden, San Francisco de Asís.

Siguiendo el claustro pasó por delante de la puerta del refecto-

rio preparado para la comida de los frailes: tan capaz era dicha pieza, que en sus mesas podian instalarse cómodamente quinientos comensales á la vez.

A su derecha dejó la gran sala llamada *de profundis*, en la cual se conservaba una imágen del Santo Cristo de Burgos, y que mas tarde fué la sepultura de la familia Cervantes y de los obispos de Oajaca.

Despues asentó su planta en la magnífica escalera principal.

Era toda ella de piedra, y por un bello capricho de arquitectura se abria en tres ramales ingeniosamente dispuestos. En el elevado techo ricamente artesonado de oro, veíanse de relieve las ocho Virtudes, y del centro parecia desprenderse, con las alas desplegadas al viento, una colosal paloma dorada, imágen del Espíritu Santo. En los ángulos del gran cuadrado de la escalera alzábanse imponentes y sombríos los cuatro Pontífices canonizados, diestramente tallados en inmensos trozos de piedra, y ante sus figuras inmóbiles y envueltas en los prolongados pliegues de sus ropas de granito, nuestro personaje descubria su cabeza y parecia elevarse á esa region impenetrable hácia la cual el busto inmóbil volvia sus tallados ojos ciegos y sin expresion, cual si el fuego del cielo hubiese querido castigar la mirada atrevida que osaba penetrar los misterios de ese infinito, que á mal pesar de la vanidad y del orgullo del hombre, son superiores é inaccesibles á su inteligencia y limitado análisis. Acompañando aquellos monumentos de granito y en los frentes de las paredes, cuadros colosales retrataban las imágenes de los cuatro mas célebres autores de la Orden, Scoto, Lyza, Alejandro de Ales y San Antonio, obra del pincel de un franciscano, Buenaventura de Salinas.

En el primer descanso se abria una gran puerta, entrada de la capilla de Nuestra Señora de Aranzazú, cuya primitiva imágen aun hoy dia se venera en las provincias de Vizcaya y de Navarra: la capilla, de una regular extension, ostentaba en su frente el altar de aquella Vírgen, y á sus lados, en sus altares tambien, dos esculturas representaban á San Fracisco y San Buenaventura: en las

repisas de sus cuatro ángulos veíanse lienzos representando á Santo Domingo, San Francisco, San Agustin y San Ignacio: en el techo, pintados al fresco, ocho atributos de la Vírgen, y en el centro un excelente lienzo de la Ascension. Tal era su mérito y la combinacion de las luces, que al fijarse en él la vista parecia ver abrirse el arteson de la capilla y descubrir una gran extension del zafir del cielo, y en medio de su impalpable éter la bella imágen de María Inmaculada rompiendo veloz los espacios y elevándose allí donde la vista del hombre se pierde.

Una tribuna y un órgano de gran mérito artístico completaban el adorno de la capilla.

Nuestro jóven lo vió todo al paso, y siguió ascendiendo la magnífica escalera hasta salir del claustro superior, donde venian á salir las celdas de los franciscanos.

Tocó á la puerta de una de ellas, y despues de oir la órden de «adelante!» penetró en la humilde celda que conocemos ya, habitacion del comisario de la Orden, Fray Francisco de Rivera.

Éste se ocupaba en leer ó en orar, y al observar aquella fisonomía enérgica revestida de cierta humildad cristiana, Don Luis Cortés se afirmó mas y mas en su idea de que Bernardo habia calumniado al franciscano, perfecto trasunto de virtud y abnegacion cristiana.

El padre ofreció á Don Luis un taburete, y el jóven antes de tomar asiento besó con veneracion su mano pálida y torneada.

—¿Qué me quereis, hijo mio querido? preguntó el franciscano con voz apagada por la mas extremosa dulzura.

El jóven no supo qué responder y rechazó como un horrible sacrilegio la sospecha de Bernardo.

—¿Qué os sucede, hijo mio? Parecéisme turbado; ¿qué teneis?

—Padre mio, perdonad mi emocion; cuantas veces cruzo la escalera principal del monasterio, la grave severidad de sus ricos adornos, la imponente majestad de esos colosos de piedra que parecen tener en ella su morada para consuelo del que cree, para espanto del que duda, al encontrarse mis ojos con la sonriente imá-

gen de la Reina de los Angeles, mi alma se prosterna ante el espíritu del Señor, muda de entusiasmo y emocion.

El fraile escuchó al jóven, y sin poderlo remediar y con la mayor indiferencia, se encogió de hombros, haciendo con la boca un marcado gesto de desden.

Don Luis no lo observó por su desgracia, que á haber sido de otro modo, fácilmente se hubiese convencido de la verdad de los temores de Bernardo y de lo infundado de su incredulidad.

—Pero perdonadme, padre, continuó el jóven mas repuesto; no os molestaré demasiado, exponiendo al efecto el orígen de mi visita.

—Decid, ya os escucho.

—Una mano desconocida acaba de descubrir ante mis ojos una parte de los misterios y secretos en que mi existencia se envuelve.

—¿Qué decís?

—Sí, padre mio; sé que soy inocente hijo de un crímen bastardo, y que yo, que me creia solo en el mundo, tengo hermanos con quienes poder dividir mis penas y mis alegrías.

—¡Ah! exclamó el fraile con marcado disgusto y gran sorpresa.

—Sé tambien que indirectamente he causado el infortunio de una madre, virtuosa y digna de suerte mejor, y aquí vengo á solicitar de vos vuestro perdon y vuestra ayuda.

—Pero explicaos, jóven, porque no os he comprendido.

—Teneis razon para ello, porque yo mismo no acierto á comprender lo que por mí está pasando.

—¿Qué madre es esa á quien habeis hecho desgraciada? ¿la vuestra?

—¡Ah, señor! pluguiera al cielo la conociese!

—¿De qué madre habláisme entonces?

—De la de una niña infeliz, apartada por su propia madre de su regazo por un escrúpulo fatal.

—¡Dios mio! exclamó el fraile vivamente interesado; explicaos mas, yo os lo ruego.

—Pues bien, padre, escuchadme, y quiera el cielo me sea posible obtener vuestro perdon.

—¡Hablad! hablad!

—Amé en un tiempo una mujer, que por ser honrada no podia corresponder á mi amor en modo alguno; la dama era casada: desesperado con sus negativas, medité una infamia horrible: híceme preparar un beleño oriental, y en un convite le mezclé á una de las bebidas de que la dama gustaba, y logré hacérsela beber. Cuando el vino comenzaba á hacer sus efectos, redoblé mis exigencias amorosas, y la dama perdió el conocimiento en mis brazos en medio de la lucha. Dios sabe lo que hubiese hecho, cuando una mano desconocida me apartó del lugar de la ocurrencia antes de que en lo mas mínimo hubiese ofendido á la dama. Padre, ¿conocereis acaso esa mano?

—¡Seguid! seguid! repitió el fraile sin contestar al jóven.

—Pues bien, esa dama, recien casada entonces con un hombre digno de ella por mil títulos, dió al fin á luz una niña inocente; pero creyéndose víctima de un infame proceder y no queriendo poner en manos de su esposo una hija que ella creia del crímen, la hizo pasar por muerta, y alejándola de sí, sacrificó el corazon de la madre á la virtud de la esposa. Sin embargo, ella no dejó de ver á su hija, confiada al cuidado de una familia oscura, á la cual le ha sido robada ayer por un miserable enemigo de la dama.

—¿Pero cómo lo habeis sabido? preguntó el fraile violento y contrariado.

—Por medio de un manuscrito misterioso.

—¿Quién os le envió?

—Lo ignoro.

—¿Le traeis con vos?

—No.

—Es necesario que yo le vea, dijo Fray Francisco mal reprimiendo su indignacion.

—Prometo traéroslo.

—¡Oh! dijo el provincial para sí y en lo íntimo de su pensamiento, si ese malvado lego Cosmo hubiese osado venderme reve-

lando mis planes de venganza, yo le juro que no habrá de gozarse con el triunfo.

Despues añadió en voz alta:

—Y bien, Don Luis, ¿qué deseais?

—Solicitar vuestra ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿para qué?

—Para descubrir el paradero de la niña, robada á esa madre infeliz, y lograr la aprehension de los infames ladrones.

—Pero decidme, jóven, ¿es una romanesca aventura lo que acabais de referirme, ó un hecho del cual teneis pruebas palpables?

—Extraña es vuestra pregunta, puesto que tan solo demente podria veniros á contar un hecho semejante á no ser cierto. No obstante, os diré que en los manuscritos que relatan tal aventura y obran en poder de gentes de mi confianza, se prueba de una manera inconcusa la verdad de cuanto en extracto os he dicho.

—Pero aun no me habeis revelado cuál sea el nombre de la heroina de ese romance.

—Padre, tan digno de respeto es, que mis labios se resisten á mezclarle en el relato de la aventura; á vos, no obstante, muy bien puedo confiarle.

—Decidle.

—La infortunada madre es...... y Don Luis bajó cuanto le fué posible la voz, Doña Catalina de Mendoza.

—¡La vireina! exclamó el fraile.

—Sí, la esposa de S. E., añadió el jóven.

El franciscano tomó de la mano á Don Luis, y despidiendo fuego por los ojos y dando á su voz una entonacion cavernosa y lúgubre, le dijo:

—Don Luis Cortés, si en algo apreciais vuestra existencia, y si aun conservais afecto por esa dama, yo os aconsejo desistais de vuestro empeño por mejerar su situacion. Dios es justiciero, y en el reloj de sus iras ha sonado la hora del castigo de esa mujer.

—¡Ah! ¿qué decís?

—Que la que hasta hoy ha sido para el mundo un modelo de

abnegacion y virtud, ha venido á ser al cabo conocida, y en su alma se ha encontrado el vicio y la perversidad, como en la mas hermosa de las flores del prado halla el naturalista el gérmen del veneno mas ponzoñoso.

—¡Ah! ¿qué decís? eso es imposible.

—Jóven, ninguna perversidad es imposible en el hombre; Dios tan solo brilla limpio é impecable.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido?

—Don Luis, no me hagais preguntas á las cuales no debo responderos; los secretos de honra tan solo pertenecen á aquel cuyo nombre manchan.

—¡Dios mio!

—Tan solo os aconsejo que cuanto antes os sea dable huyais de la capital, ocultándoos donde nadie pueda conoceros; vuestra vida está amenazada de muerte.

—¿Qué decís?

—En vuestro relato me habeis ocultado una circunstancia agravante, y es la de que anoche tuvísteis una cita con la mujer que ya tarde tratais de defender.

—Os juro que ella es inocente.

—Vanas disculpas; el hombre que bajo un antifaz verde sorprendió vuestros coloquios en el paseo del tianguis, era.....

—¿Quién? acabad!

—S. E. Don Martin Enriquez de Almansa.

—¡Cielos!

—Comprended vuestra situacion; la justicia del virey pesa ya sobre vuestra cabeza.

—Caiga en buena hora sobre mí; mas yo tengo medio de poner en claro la inocencia de la esposa.

—Será en vano, el virey no os recibirá.

—Gritando, me haré escuchar de él.

—No lograreis mas que empeorar la triste situacion de la vireina.

—No lo creais, padre; el poder de la verdad es inmenso: ¡yo la salvaré!

—Primero está vuestro propio interes, el de vuestros hermanos.

—¡Ah! ¿qué decís? ¿cómo sabeis?......

—¿Os son conocidos los nombres de vuestros hermanos?

—Llevan el mismo que yo.

—¿Y el de vuestras hermanas?

—Son tres, y se llaman Estrella Cortés.

—Pues bien, recorred este papel que pocos instantes hace acaba de entregarme un mensajero de vuestra hermana, que en vano ha tratado de hablar con S. E.

Diciendo esto, Fray Francisco entregó al jóven la carta que hemos visto escribir á la primera infortunada Estrella en el lindo gabinete de la horrible *Casa Negra.*

El jóven devoró con profunda emocion aquellos renglones, y las lágrimas y la desesperacion se asomaron á su rostro.

Cuando el fraile conoció que le habia acabado de leer, le dijo:

—Vuestro deber es acudir en socorro de esa desgraciada.

—¿Pues cómo es que esta carta está dirigida á Don Martin?

—Pregunta es esa á la cual no sabré responderos.

—Bien, nada importa; despues lo sabremos todo.

—Ahora lo mas necesario es salvarla.

—Y juro á Dios que lo lograremos.

—Aprovechad los instantes: una cosa os recomiendo.

—Decid.

—Cubríos el rostro con un antifaz verde, como por lo regular le usa S. E.; así, y en todo caso, si aguardan á este podrán confundiros con él; vuestra figura es exactamente parecida á la suya.

—Utilizaré vuestra advertencia: ahora, padre, dadme vuestra bendicion; con ella seré capaz de penetrar en la misma espelunca del leon.

—Hijo, en el nombre de Dios te bendigo! exclamó el fraile con entrecortada voz y extendiendo sus manos sobre la cabeza de Don Luis, postrado de hinojos á sus plantas.

—Adios, replicó el generoso jóven, besando las manos del comisario...

Cuando Don Luis hubo desaparecido, el miserable lego Cosme empujando un cuadro embutido en la pared que se replegaba á manera de puerta, entró á la celda del comisario soltando una satánica carcajada.

—¡Ven aquí, miserable! exclamó Fray Francisco, arrastrando de un brazo al lego; ¿quién es el autor de los manuscritos que obran en poder de ese jóven?

—Señor, nada sé.

—¡Ay de tí si me engañas! tiembla si has osado revelar á ese jóven los secretos que en mal hora te descubrí: ¡sal de aquí!

—¡Señor!

—Sal inmediatamente! gritó frenético y amenazante el franciscano.

El lego obedeció, mordiéndose con rabia los labios.

Cuando el comisario se vió solo, exclamó:

—Todos me son traidores; y bien, yo soy bastante para luchar con todos. ¡Ah, Don Luis Cortés! tú serás mi primera víctima; la Casa Negra será el lugar de tu sepulcro; dentro de algunas horas habrás muerto. Pero ¿y la desgraciada Estrella? ¡la sacrificarán cruelmente! Y bien, ¿qué me importa triunfar sobre cadáveres si logro al fin mi venganza? Pero ¿y el remordimiento? ¡Oh! tambien con él sabremos luchar.

CAPÍTULO XLIX.

La madre de Estrella.

Volvamos á la linda casita «del camino *que va* á Tacuba,» ó «de la calzada de San Cosme,» como hoy se dice.

Los que hemos tenido la fortuna de al despertar para el mundo sentir sobre nuestro rostro el suave roce de los besos de una madre, los que hemos crecido á expensas de su amoroso pecho, y de sus propios labios hemos aprendido el dulce nombre maternal, no podemos fácilmente comprender la inmensidad del goce que deben experimentar los hijos desamparados al reconocer á sus padres y arrojarse por vez primera en sus amantes brazos.

No obstante, algo podemos adivinar de tan suprema ventura los que, hijos de la fatalidad, nos vemos apartados de esa madre, esencia de nuestras almas, nuestro mas vivo ensueño, nuestro único amor constante, tal vez nuestra sola esperanza.

Las penas, humillaciones, miserias y defecciones que lejos de ella caen sobre nuestras almas como una lluvia maldita, para ago-

biarnos con su peso, encorvándonos hácia el sepulcro nos hacen suspirar por aquellas horas de lágrimas, que tan amargas nos parecian, á pesar de que las derramábamos en su regazo maternal.

Buscando por todas partes un corazon que, mas grande que el nuestro, pueda abrirnos en el seno de una fraternal amistad una dulce morada, donde depositar en manos de su cariño nuestras penas, recibiendo en ello un consuelo que tanta falta nos hace, no hallamos en torno nuestro otra cosa sino el impalpable vacío.

Lágrimas del corazon, regad con vuestro amargo cristal el nègro pan del desterrado, para vuestro dueño amasado por el cálculo y el desden.

Aun llevándoos con vosotros la vida del que os derrama, ¿qué le importais al extraño si nada le producís?

Estamos en el siglo del cálculo y el positivismo; todo se compra, todo se vende, desde la virtud hasta el crímen.

Todo se sanciona y autoriza; la sangre y el talento son una mercancía como otra alguna, y objeto por lo mismo de grosera especulacion.

¿Qué importa sacrificar á un hombre? Nada, nada importa á una república la vida de un ciudadano, como decian los revolucionarios franceses; su pérdida á nada obliga á sus semejantes, puesto que con la pérdida del sentimiento religioso, hasta el orar por su descanso es una fórmula inútil: ¡mal hayan las doctrinas del progreso social, si ellas le quitan al hombre el mas poderoso alivio en las grandes penas del alma, las creencias y la fé de una esperanza!

En estos momentos en que el universo social parece desquiciarse caminando á la destruccion final de que hablan los libros sagrados; en estos dias aciagos en que la virtud es desconocida, y el crímen, la villanía y la traicion son el triunvirato que gobierna los pueblos; en este siglo esencialmente egoista, ignorante y ateo, en que todos los ojos están ciegos porque les falta la suprema luz de la fé, los buenos hijos, tan solo en el amor y en el regazo de la madre querida pueden hallar paz y consuelo, allí donde está el hogar de la familia.

Tú, mujer querida, imágen de Dios, desde el instante en que siendo madre sabes cumplir tus deberes, bendita seas entre todas las cosas, porque eres la única que en este desbordamiento social puedes detener al hombre en la vertiginosa carrera á que le impele la negra fatalidad.

Los hombres buscan tu emancipacion; la empresa es santa y grandiosa, y debes cooperar á su buen fin. Pero no escuches para ello las lecciones del hombre, porque su grande ciencia actual es arrancar del corazon humano todo sentimiento noble y religioso, reemplazándoles con el interes y el egoismo mas sórdido.

Explora las ciencias desde las mas sutiles hasta las mas elevadas, y del estudio de ellas saca la sagrada norma de tus acciones y pensamientos: tú misma entonces desecharás el fanatismo como ruin é indigno de la creatura de Dios; pero no te verás en el peligro de hacerte irreligiosa é infeliz, porque en el estudio de todas las ciencias descubrirás un Sér increado y esencialmente superior al hombre, porque todo lo que este pretende desenredar del secreto en que se le envuelve, es desde el tiempo infinito luz y agua clara para Él.

Las doctrinas de Cristo nadie ha podido corregirlas, y son ellas tan buenas, que no tienen otro fundamento las actuales doctrinas sociales y morales: si el perverso ha sabido malearlas, si sus malos ministros las han desprestigiado, no es esta razon para que dejemos de seguirlas.

Tambien la libertad es grande, sublime y benéfica, y sin embargo, á la sombra de la libertad los gobiernos y los pueblos se han hecho monstruos de despotismo, infamia y desvergüenza, haciendo aquella santa palabra sinónimo de bandidaje y crueldad.

Si queremos que la mujer se emancipe del oscurantismo en que se le ha tenido postergada, abrámosle el imperio de la ciencia, pero no le formemos catecismo de su conducta con nuestras asquerosas y ateas doctrinas actuales; harto mal la hemos hecho con enseñarla á ser un monstruo de corrupcion y de vicio.

Todo esto, de que muchos se sonreirán con lástima y desprecio, porque son bastante estúpidos para comprender posibles de adu-

narse el progreso y las creencias, está escrito en nuestra alma con caractéres de sangre y lágrimas.

Entre tantos males como nuestra expatriacion nos ha producido, contamos numerosos bienes, entre los cuales no es el menor el habernos afirmado en nuestras santas creencias, y sin embargo, nadie mas despreocupado y amante de la libertad que nosotros; pero para hacernos entender debemos asentar cuán grande diferencia admitimos entre la despreocupacion y el ateismo: la misma que entre la virtud y el crímen, el saber y la ignorancia, la inteligencia y la estupidez.

Bendita la religion divina que supo hacerse levantar altares en los corazones de nuestras madres; benditas las madres que supieron hacer creyentes á sus hijos!

Pero sin poderlo remediar nos hemos apartado de nuestro principal asunto; mas ya está hecho, y perdónennos nuestras amables lectoras, en la seguridad de que las anteriores palabras tal vez sean las mas provechosas de nuestra humilde novelilla; al menos son de las mas sentidas.

Y volvamos á comenzar por decir cuán dificil nos seria darles á conocer el supremo goce que la hermosa Estrella disfrutaria al encontrarse por vez primera de su vida en brazos de una madre cuya existencia ignoraba, por cuyas caricias suspiró desde que tuvo uso de razon.

En cuanto á Don Luis, mudo y emocionado contemplaba el grupo de la madre y la hija, en tanto que la pena de no poder él disfrutar tan suprema ventura arrancaba á su noble corazon lágrimas amarguísimas que abrasaban sus mejillas.

La antes decrépita dueña habíase rejuvenecido, por así decir; su hermoso pelo negro caia en rizos sobre su cuello, y su mirada ántes apagada brillaba con la luz suprema de la felicidad.

Media vida de sufrimientos y abnegacion quedaba recompensada con aquel instante, en que habia oido pronunciar á la jóven el dulcísimo nombre de madre. Tal es el corazon de las madres; ¡benditas sean ellas!

Por fin, las dos mujeres separáronse la una de los brazos de la otra, y entonces la supuesta dueña, alzando las cortinas de la linda alcoba de la jóven, se acercó al tocador; allí tomó un frasco de cristal, vertió en el agua de la jofaina unas gotas de esencia, y lavó su severo rostro: momentos despues habia desaparecido de él su antiguo color amarillento, y el cútis, libre del barniz que le cubria, se revistió de su natural color blanco mate.

La madre de Estrella semejaba tener unos treinta y ocho ó treinta y nueve años, y su rostro y majestuosa figura la hacian parecer una grave y hermosa matrona romana.

Don Luis acabó de reconocer en ella á la misteriosa dama que la noche anterior habíale visitado en su casa; su enérgica hermosura era la misma que la de la encubierta. Mentira le parecia la extraña habilidad de su disfraz, si bien, como en otra parte hemos dicho, la anciana dueña presentaba constantemente un aspecto venerable y simpático.

Pero conforme su admiracion iba satisfaciéndose, acudian al par á su memoria la circunstancias de la entrevista de la noche anterior.

El jóven sintió á su sangre subírsele á la cara, al recordar que casi se habia enamorado de la belleza de su misteriosa visita, y hasta héchole la confesion de que su amor por la hermosa Estrella no era una pasion verdaderamente arraigada en el alma.

Entonces sintió haberse expresado con tal franqueza delante de una desconocida.

No obstante, á los cargos de la dama esperaba poder contestar victoriosamente con su mismo proceder.

Cuando la tranquilidad que sigue siempre como ley natural á toda emocion violenta, fué enseñoreándose de aquellos tres corazones, Doña Juana, la madre de Estrella, dirigió al jóven una mirada que era un verdadero recuerdo de su misteriosa entrevista y que acabó de convencer al jóven de su buen instinto.

Las primeras frases cruzadas entre la madre y la hija no se las daremos á conocer á nuestros lectores, que bien podrán imaginar-

se cuáles serian en tal situacion, haciéndoles notar únicamente la ternura y sencillez de ellas.

Estrella, despues de acosar con sus caricias á su hermosa madre, recogió con veneracion aquellas pruebas, á quienes debia semejante reconocimiento.

Volvió, pues, á encerrar en la piña de oro el rizo de pelo, el papel escrito y la lámina de marfil.

Despues la jóven salió de la habitacion, y su madre aprovechó tal circunstancia para hablar con Don Luis.

Y sentándose á su lado, dijo:

—Y bien, Don Luis, ahora que me conoceis como la madre de Estrella, ¿podré esperar de vos la misma franqueza con que hablásteis á la dama misteriosa?

—Señora, respondió el jóven poniendo la mano derecha sobre la cruz de su espada, por esta santa señal os juré anoche ser franco y veraz; os dije tambien que tantas veces como fuese necesario volveria á ratificar mi juramento, y ahora os cumplo mi palabra: preguntad cuanto deseeis; mis respuestas serán la esencia del corazon.

—Bien, noble jóven, bien!

—Decid.

—¿Recordais toda nuestra conversacion?

—Palabra por palabra.

—Os haré entonces notar que anoche me dijísteis no amar á mi pobre hija con la misma intensidad que ella os ama.

—Así os lo dije.

—¿Y pensais aún del mismo modo?

—La mejor respuesta que puedo daros es mi proceder actual; si no correspondiese al suyo con igual amor, no haria consistir mi única felicidad posible en hacerla mi esposa.

—Teneis razon.

—Os pido, por lo tanto, perdon por aquellas palabras indiscretas, y solicito de vos el consentimiento de mi ventura.

—Pero decidme, Don Luis, ¿no será semejante determinacion

resultado de las mismas dificultades por que está pasando vuestro amor?

—Señora, con la verdad inherente á todas mis expresiones, os juro que tan solo la violencia de mi cariño me impele á ello.

—¿Pero cómo me explicareis este cambio?

—Señora, os lo diré sin embozo: vuestras palabras y consejos de anoche produjeron el efecto mismo que sin duda os propusísteis; mi cabeza pensó, arrastrado al amor y la constancia mi corazon.

—Os lo confieso, Don Luis; mi novelesca y misteriosa visita de anoche tuvo como principal objeto excitar vuestra imaginacion y hacerla fijarse en sus determinaciones.

—Y lo lográsteis, señora.

—Me congratulo por ello, pues veia en vuestras relaciones con mi querida hija mas capricho que amor.

—Y hoy dia mi amor tan grande es, que en él solo hago estribar mi felicidad completa.

—Dios os lo premie, Don Luis, porque yo que he vivido constantemente al lado de mi hija, velando sus soledades y sus sueños, puedo afirmaros que vuestro cariño es su vida, y que vuestro desden seria su muerte.

—Al presente pudiera yo responderos con las mismas palabras; poseerla es mi vida, perderla seria mi muerte.

—Y bien, no la perdereis.

—En Dios confio.

—El momento de obrar ha llegado, Don Luis; como anoche os dije, la hora del remordimiento está próxima á sonar, y ella hará detenerse en el cuadrante de nuestra existencia la hora de la venganza.

—Por Dios, explicadme este misterio.

—Vos conoceis una gran parte de él.

—Decid!

—Os consta la perversidad de Fray Francisco de Rivera.

—Teneis razon.

—Ese hombre trata de hacerme asesinar para deshacerse de mí,

ya que cuantos medios ha puesto en planta no le han captado mi voluntad.

—¿Cómo es eso?

—Sabedlo: ese miserable, dueño del secreto bajo el que ocultaba mi existencia, aun cuando no me lo ha dado á entender, trató de hacerse amar por mí.

—¡Ah! ¿qué decís?

—Aparentando no conocer la falsedad de mi fingida senectud, y tratando de hacerme creer que á pesar de mis años habia logrado inspirarle una volcánica pasion, imaginó hacerse amar por mí segun vuestro sistema.

—¿Mi sistema? preguntó sonriendo el jóven.

—Sí, el de la gratitud: ¿no os acordais de que así me lo decíais anoche? preguntó á su vez la dama con igual sonrisa.

—¡Proseguid! proseguid!

—Al efecto, y para borrar de mi pensamiento la mala impresion que naturalmente me habia de hacer el escuchar protestas de amor en labios de un fraile franciscano, me manifestó que solo habia aceptado el hábito de la Orden para sustraerse á las persecuciones del odio del virey, á quien llama injusto.

—¡Ah! ¿pues quién es él?

—El pícaro noble español llamado el baron de Ocaña.

—¡Cómo! ¿el que hace dos años fué ahorcado por asesino, en la plaza principal de México?

—Exactamente el mismo.

—¡Justo cielo!

—Sé mas aún.

—Decid.

—El título de baron de Ocaña es un título postizo.

—¡Cómo!

—Hubo en efecto un noble español así conocido, que vivia retirado en un monasterio de Estremadura; este infame, fraile hoy, tuvo noticias de él y de sus riquezas, y por apoderarse de ellas le hizo asesinar, presentándose él con documentos falsos como heredero de sus títulos y riquezas.

—¿Pero cuál es su nombre verdadero?

—Don Francisco Enriquez de Avila, marqués de las Encantadas.

—¡Ah! exclamó el jóven, sorprendido y poniéndose violentamente en pié.

—¿Qué os sucede? preguntó la dama asustada.

—¿Teneis seguridad en lo que decís?

—Él mismo me lo ha revelado; ¿pero qué teneis?

—¿Tuvo ese hombre amores alguna vez con una bella aldeana de Ayodoric de Valencia?

—Sí, y de ella nació un niño infortunado que murió horriblemente.

—No, no, ese hijo vive; vive y está aquí.

—¿Qué decís? ¿por qué os agitais?

—Sí, señora, su hijo existe en México; cree muerto á su padre, y llevado de ocultos odios por ese hombre miserable y ambicioso fraile hoy, le ha jurado un odio á muerte!

—¿Pero cómo lo sabeis?

—Ese mismo hijo desgraciado me lo ha referido.

—La hora del remordimiento ha sonado! ¡Justicia de Dios!

CAPÍTULO L.

El bueno del fraile!

TRES golpes dados en el porton exterior y que resonaron lúgubremente en la linda habitacion donde Doña Juana y Don Luis conversaban, vino á sacarles de las meditaciones engendradas por las últimas palabras de su diálogo anterior.

—¡Quién será! exclamó la dama con cierto sobresalto.

—Preguntaremos, dijo el jóven disponiéndose á salir.

—No, no salgais de aquí.

—¿Qué temeis?

—Me parece conocer en esos golpes la mano de Fray Francisco.

—Nada temais, repuso él notando la inquietud de Doña Juana, cualquier accidente que suceda me hallareis á vuestro lado.

—¿Qué pretendeis hacer?

—Traspasarle el corazon antes que pueda llegar á uno solo de vuestros cabellos, respondió el jóven desnudando la acerada hoja de su espada.

—No habrá necesidad de ello.

—Dios lo sabe; todo debe temerse de un miserable.

—Siento pasos: ocultaos, Don Luis, detrás de esas cortinas, replicó la dama, mostrando al jóven la linda recámara de su jóven amada.

—Pero decidme, señora, ¿le vais á recibir sin vuestro disfraz?

—¿Por qué no, si al fin ha llegado la hora del remordimiento?

—¡Dios de bondad!

—Sobre todo, él ya conoce el misterio de mi existencia; bastante tiempo he fingido á sabiendas suyas; ya es preciso me le presente tal cual soy.

—Vos sabeis lo que mas os conviene.

—En todo caso vos no os separeis de detrás de esas cortinas: si viéndose perdido intentase alguna villanía, salid del escondite, pero no le hirais; vuestra presencia será bastante para intimidarle.

—Señora, vos lo habeis dicho; ha sonado la hora de arrancar la máscara de todos los rostros; nuestros enemigos deben de purgar con su muerte los males sin número que nos han ocasionado.

—¿Qué decía, Don Luis?

—Que mi espada se encontrará satisfecha si atravesando el corazon de ese miserable libra al mundo de semejante malvado.

—Don Luis, tened calma y no permitais á vuestra cabeza obrar á instinto del resentimiento.

—Señora, es un justo castigo y una justa represalia.

—No, Don Luis, vuestro jóven corazon os aconseja mal: guiaos por mi experiencia; los pocos años han sido siempre malos consejeros.

—Señora, vuestro bondadoso corazon olvida, ante la esperanza de una dicha, la serie interminable de sus penas.

—Esa es la ley del Dios de los cristianos, la misericordia y la caridad.

—Dios tambien sabe castigar.

—Dejadle, pues, que él lo haga.

—Pero ¿y vuestra venganza, señora?

—¡Venganza! no, ni la nombreis.

—¿Por qué, señora?

—Don Luis, no olvideis jamas que siempre tras de la venganza acude el remordimiento: quien se venga es un infeliz, sin luz en los ojos del alma, y que llevado de su ciega pasion suele contar entre sus víctimas la prenda mas querida de su corazon. El vengativo llega al fin á derramar su propia sangre.

Al escuchar en la habitacion inmediata ruido de pasos, el jóven se ocultó detrás de las cortinas de seda de la recámara de Estrella.

Instantes despues apareció la jóven, pálida y sobresaltada.

—¿Qué tienes, hija mia? preguntó Doña Juana fijándose en el demudado rostro de Estrella.

Esta no supo qué responder; tan grande era su sobresalto.

—¡Responde, hija de mi alma! dijo la dama con cariñoso acento.

—En la sala os aguarda......

—¿Quién?

—Fray Francisco de Rivera.

—¿Y eso te espanta?

—No, madre mia.

—¿Quién le acompaña? preguntó Don Luis tratando de adivinar el pensamiento de la jóven.

—Varios hombres que esperan en el zaguan.

—¿Quiénes son?

—No lo sé, madre mia.

—Entonces ¿por qué tiemblas?

—Porque me parecen enemigos vuestros.

—¡Ah! exclamó el jóven; yo mismo iré á reconocerlos.

—Teneos, Don Luis, repuso la dama; seria una imprudencia.

—¡Oh, sí, no salgais! añadió la niña casi llorando y tomando una mano de su amante.

—Pero explicaos, Estrella, no nos tengais á vuestra madre y á mí en tanta incertidumbre.

—Pues bien, respondió la jóven echándose á llorar, son familiares del Santo Oficio.

—¡Dios mio! exclamaron á la vez Doña Juana y Don Luis.

La jóven siguió diciendo con marcado acento de afliccion y angustia y derramando amargas lágrimas:

—Fray Francisco me ha tratado con extrema dureza, amenazándome con hacerme tomar el hábito en la Concepcion.

—¡Malvado! prorumpió Don Luis, hé aquí las víctimas con quienes se ensaña.

—Presto le cortaremos el vuelo, añadió Doña Juana indignada.

—Me ha llamado escandalosa, y ha dicho que mis amores son la burla de toda la sociedad.

—¡Eso es una infamia que no debeis de creer! exclamó Don Luis, y besando la cruz de su espada, continuó diciendo: mas si hubiese sido tan menguado que en venganza mia haya propalado mentiras deshonrosas para vos en la corte, por Dios y la santa enseña que beso, juro arrancarle de raiz la lengua á él y á todo malandrin que haya osado darlas crédito.

—Tened calma, Don Luis, exclamó la dama.

—¡Calma! ¿puede acaso tenerse ante tan vergonzosas intrigas?

—Ya os lo he dicho; el castigo de Dios está próximo; ya ha sonado la hora del remordimiento.

—Entonces, Dios será justo.

—Confiad en él: ahora vamos á ver á Fray Francisco, dijo la dama disponiéndose á salir.

—¡Cómo, madre mia! ¿vais á presentaros á él sin disfraz?

—Sí.

—Pero eso es descubrirle nuestro secreto.

—Le es ya conocido.

—Pero ¡Dios mio! exclamó llorando la jóven, ¿qué es lo que va á pasar aquí?

—Hija mia, confia en El que todo lo puede; Él no abandona jamas á los que están en tribulacion cuando son inocentes y buenos.

—Señora, interpuso Don Luis, si os fuese igual, haced pasad á Fray Francisco á esta habitacion.

—¿Para qué?

—Señora, todo lo temo de ese miserable, y quisiera presenciar vuestra entrevista.

—Como querais, hijo mio.

—Hacedle entonces entrar á este gabinete.

La jóven salió temblando á cumplir los deseos de su amante.

—Ocultaos ahora, dijo la dama á Don Luis, que obedeció murmurando con religiosa emocion:

—Dios de la justicia, tú nos protegerás; bendita sea tu voluntad!

Instantes despues penetraba en la habitacion el franciscano.

—¡Ah! exclamó al entrar y ver á la dama.

—Pasad, y si quereis, sentaos, respondió ella.

—Mucho me alegro de encontraros francamente descubierta; yo tambien vengo á hablaros con franqueza.

—Unicamente os suplicaré seais lo mas breve posible.

—¿Acaso os disgusta mi presencia? preguntó con socarronería el franciscano.

—Sí, respondió con sequedad la dama.

El fraile se mordió los labios, y añadió despues con irónico acento:

—Mucho quisiera complacer vuestros deseos; pero tal vez me sea imposible ó muy difícil.

—¿Por qué razon?

—¿Nos escucha álguien? preguntó su interlocutor poniéndose en pié y mirando para todos lados.

—No, respondió la dama sin turbarse.

—Sin embargo, bueno será tomar nuestras precauciones.

—¿Qué vais á hacer?

—Impedir que nadie nos oiga.

El franciscano cerró la puerta del gabinete, y las ventanas que daban al jardin, dirigiéndose á la recámara de Estrella.

Doña Juana se estremeció.

—¿Qué vais á hacer? preguntó.

—Unicamente descorrer estas cortinas, impidiendo así que nadie se entere de nuestra interesante conversacion.

—¡No os llegueis á ellas! exclamó Doña Juana interponiéndose.

—¿Por qué razon?

—Sois indigno de fijar vuestros ojos en el santuario de la inocencia.

—¿De veras? preguntó el fraile con insultante sonrisa.

—Sí.

—Ya hablaremos de eso; dejadme ahora descorrer las cortinas.

—Nunca: atrás!

—¡Ea! dijo el fraile con disgusto y apartando con fuerza hercúlea á la dama de la entrada de la recámara.

Doña Juana lanzó una exclamacion de dolor, que impidió oir otra de coraje producida en la recámara.

Fray Francisco descorrió completamente las cortinas; pero Don Luis no estaba allí.

La dama respiró y dijo:

—Y bien, ¿á qué habeis venido? ¿qué quereis? ¿qué teneis que decirme?

—En primer lugar, he venido á haceros saber que soy vuestro mortal enemigo.

—Nada nuevo me decís; la máscara de hipocresía con que os encubrís el rostro la han sabido penetrar mis ivnestigadoras miradas.

—Habeis rechazado mis amistosas propuestas, habeis querido todo ó nada, y fácil os será comprender que antes de que la luz de mi estrella se amortigüe ó apague para siempre, he de causar el daño y la ruina de cuantos me rodean, como los grandes cometas que en el espacio de los siglos marcan en los cielos con su luz de fuego los males de la humana especie.

—Pero sabed, señor, que contra esos nuncios de la fatalidad hay dos virtudes poderosas, aliento y fortaleza de las almas que luchan; la Fé y la Esperanza: ellas, surgiendo del caos en que se confunden los males del hombre, le guian y ayudan á reconquistar el bien perdido, como el alba con su resplandor de plata y la aurora con sus variantes de nácar guian al cenit de la celeste esfera el esplendente carro del sol.

—Ciega es vuestra fé, mucha á la vez vuestra esperanza, y sin embargo, no podreis, señora, olvidar que la fé se estrella contra el error, y la esperanza se quiebra en pedazos contra las moles del desengaño.

—Pasa el huracan sobre las flores, pero no las roba ni aromas ni matices; dobla en su carrera desvastadora el tronco de la encina; pero despues de la tormenta ella vuelve á erguirse, y la naturaleza sonríe al ver alejarse el torbellino.

—Y bien, señora, yo os haré doblegaros á los rudos golpes con que pondré á prueba vuestra constancia; y creedme, yo sabré destruiros.

—Y bien, víbora dañina, tened presente que en vano mordereis la lima poderosa, y que en sus filos dejareis los dientes.

—Probemos á luchar.

—Sí: á luchar y á vencer.

—¿Habeis descubierto á Estrella el secreto de vuestra existencia?

—Y mi hija se ha arrojado con amor en mis brazos.

—¿Y era acaso la hora de las revelaciones?

—Sí.

—¡Ah!

—Anoche, Fray Francisco, dijo la dama clavando sus miradas de fuego en los ojos del fraile, dos hombres apostados por un miserable á la entrada de mi casa, perdieron el golpe que debia haberme dado la muerte.

—¡Ah! ¿cómo lo sabeis? exclamó sorprendido el comisario.

—Como vos no creeis que en el cielo hay un Dios que vela por los inocentes, no alcanzais cómo haya podido yo conocer vuestro miserable secreto.

—Y él marca, señora, el instante de vuestra perdicion.

—Os engañais; él marca únicamente la hora del remordimiento.

—¡Oh! ¿no veis con quién luchais?

—Solo veo que la justicia del cielo se pone de parte mia.

—Pero estamos en la tierra, y aquí la justicia del hombre es la que vale: ¡temblad, señora!

—¿Por qué temblar?

—Os habeis dado á conocer á vuestra hija; pues bien, no seré cruel con vos: despedíos brevemente de ella.

—¿Qué pretendeis?

—Ahora mismo partirá conmigo á México para ser encerrada para siempre en el convento de la Concepcion: soy su tutor, señora, y no podeis oponeros á mis resoluciones.

—Su madre soy, y sabré rebatiros; desde este instante cesa vuestro infame protectorado.

—¡Su madre! repitió con desprecio el fraile; ¿y cómo lo probaríais?

—Os consta demasiado, puesto que en vuestro poder obran documentos que lo atestiguan.

—Documentos que yo haré desaparecer.

—Fray Francisco, Dios os castiga.

—¿Por qué lo decís?

—Una copia de esos documentos obra en poder del correspondiente escribano.

—¡Ah!

—¿Lo veis? preguntó con satisfaccion la dama.

Una satánica carcajada fué la única respuesta del franciscano.

—¿Por qué os reís?

—Por nada, ó por mejor decir, por mucho.

—Explicaos.

—En esos documentos se asegura que la madre de Estrella, al darse á reconocer, presentará ciertas pruebas, que serán......

—Un acta de nacimiento, un rizo de pelo y un nombre.

—Justamente.

—Esas pruebas existen en mi poder.

—¿Pudiérais mostrármelas? preguntó con sarcástica sonrisa.

—Vais á verlas, contestó la dama poniéndose en pié.

—¿Qué vais á hacer?

—Llamar á mi hija Estrella, que las ha recogido.

—Veámoslo.

La dama hizo sonar un timbre; un criado apareció á la puerta de la cámara, y Doña Juana le dió órden de avisar á la jóven.

Poco despues apareció esta; la dama le dijo:

—Hija del alma, hazme el favor de mostrar á Fray Francisco la piña de oro y los objetos que contiene.

—¿La piña, madre mia? repitió la jóven llorando.

—Sí, desea verla; muéstrasela.

Estrella se arrojó sollozando en brazos de su madre, que adivinando algo horrible en el silencio de la niña, le dijo:

—Hija del alma, ¿qué tienes? Habla; ¿dónde están las pruebas?

—Madre mia, Fray Francisco me las ha quitado de las manos antes de entrar aquí.

El franciscano volvió á soltar su satánica carcajada.

—¡Miserable! gritó la dama, arrojando una iracunda mirada sobre el fraile, mas satisfecho cada vez.

—No os exalteis, señora, esto era muy natural.

—Devolvedme esas pruebas!

—Las pedireis en vano; jamas os las daré.

—Y bien, yo sabré hacer valer mis derechos.

—Mucho lo dudo.

—Me arrojaré á los piés de S. E., pediré contra vos, y mi acento de verdad habrá de conmoverle.

—Os engañais.

—Conozco el magnánimo corazon del virey, y esto da vida á mi esperanza.

—Pero es que vos no saldreis de esta casa.

—¡Oh, lo veremos! respondió la dama disponiéndose á salir de la habitacion.

—¡Teneos! exclamó el fraile yendo hácia ella.

—¡Apartaos!

—No deis un paso mas.

—¡Atrás, miserable! contestó la dama rechazando al fraile, que la habia tomado de una mano.

—En nombre de la Hermandad del Santo Oficio, no deis un paso mas.

—¿Quién sois? repuso la dama sin intimidarse al oir invocar el nombre del terrible Tribunal.

—¡Miradlo! respondió él, descubriendo sobre su pecho el escudo de la Inquisicion.

—¡Ah! prorumpió Doña Juana, temiendo los abusos que bajo enseña semejante podia cometer con ella el franciscano, que con la mayor pausa se acercó á la puerta de la habitacion y gritó:

—A mí los familiares!

Pero entonces salió, rápido como un rayo y feroz como un tigre, de detrás del cortinaje del lecho de Estrella, Don Luis Cortés, y cerrando la puerta y apoyando la punta de su acero en la garganta del despavorido fraile, le dijo:

—¡Ay de tí, miserable, si osas dar á tus secuaces órden alguna contra esta dama!......

CAPÍTULO LI.

Fatalidad!

Los ojos del fraile despidieron lumbre, y con una agilidad y maestría extraordinarias apartó de su cuello el arma homicida, sujetando con mano de hierro la punta de la espada. Despues añadió con calma:

—Jóven, sois muy imprudente en amenazar á un miembro del Santo Oficio tan encumbrado como yo lo soy.

—Si el alto dignatario del sangriento Tribunal es como vos, un vil y un miserable, alma y corazon me sobran para escupirlé al rostro.

El franciscano sonrió con desden y soltó la punta de la espada.

—Don Luis, estais exaltado y no debo haceros responsable de vuestras palabras; dejadnos solos á estas señoras y á mí.

—¡Es imposible!

—No alcanzo la razon.

—Soy el defensor de ellas contra el crímen y la hipocresía.

—Salid! repitió con energía el franciscano.

—No salgais, dijo con entereza Doña Juana, que durante la anterior y rápida escena únicamente se habia ocupado de enjugar las lágrimas de la jóven Estrella, infundiéndole tranquilidad.

—Guardad silencio, señora; nadie os ha mandado hablar.

—¿Y quién puede impedírmelo?

—Callad os digo; vos nada sois aquí, sino una simple dueña encargada de velar por vuestra señorita.

—Respetad á mi madre! dijo con dignidad la jóven, tomando parte en la conversacion.

—Vuestra madre, Estrella, no existe, creedme.

—Mentís; ella me mostró las pruebas que me habeis arrancado de las manos.

—Y bien, preciso es concluir: abrid esa puerta, á la cual acaban de llamar los familiares.

—Estoy resuelto á todo, no entrarán! exclamó Don Luis arrancando la llave de la cerradura.

—¿Pero qué pretendeis? interrogó molesto el fraile.

—Exigiros la devolucion de la piña de oro.

—No estoy dispuesto á concederos nada.

—Si su valor es lo que os impele á robársela á estas damas, tomad, ahí teneis tres veces el valor de la prenda.

Al decir estas palabras Don Luis arrojó á los piés de Fray Francisco un bolson de seda cargado de monedas de oro.

—Os perdono vuestras ofensas; podeis recoger vuestras monedas; ahí las teneis, contestó el fraile dando al bolson un puntapié.

Don Luis sintió subírsele la sangre á la cabeza; el primero continuó:

—Ademas, jóven, os engañais al creer que ese dinero encierra tres veces el valor de la piña de oro; los documentos que ella contiene son inestimables.

—Pues ved lo que determinais, porque si en breve no la poneis en manos de Doña Juana, juro al cielo que con ella habré de arrancaros la vida.

—Don Luis, contestó con socarronería el fraile, tened por nor-

ma no jurar lo que no podais cumplir, pues gran pecado es tomar en falso el nombre de Dios.

—Fray Francisco, lograreis que me olvide de todo.

—Calmaos, jóven, calmaos.

—Me es imposible ya sufrir vuestro desdeñoso acento.

—No me comprendeis.

—Explicaos.

—Es muy sencillo: me creeis vuestro enemigo; pues bien, aquí teneis mi mano; estrechadla, porque es la de un amigo.

—Fray Francisco, sepamos antes lo que me quereis decir, contestó el jóven rechazando la mano que le presentaba aquel.

—Ante todo debo sincerarme con vos por el recibimiento que hace dos horas os hice en mi celda de San Francisco.

—En vano son vuestras disculpas, para nada me son necesarias.

—De otro modo pensareis cuando os dé á conocer el motivo que tuvé para mi negativa.

—Os repito que nada quiero oir; ademas, nada me direis de nuevo, porque lo sé todo.

—Perdonadme si os digo que no lo creo.

—Para daros fé de lo contrario, os aconsejaré que no os sirvais para vuestras infames maquinaciones de hombres que vayan á almorzar al figon de *Los dos Mundos*.

—¡Ah! ¿qué quereis decir?

—Comprendedme vos, si podeis.

—¡Ellos os vendieron mi secreto! exclamó el fraile con mal reprimida cólera.

—Si alguna duda me hubiese quedado sobre vuestra criminalidad, vos mismo acabais de desvanecerla.

—Y bien, servicio por servicio; el que acabais de hacerme debo yo recompensarle con otro no menor.

—¿Qué pretendeis decir?

—¿Vos deseais ser el esposo de Estrella?

—Mal que os pese lo seré: no obstante, deseando la mayor tranquilidad posible para las que hasta hoy han sido vuestras víctimas, voy á haceros una proposicion.

—Decid.

Doña Juana y Estrella, un tanto retiradas, seguian con interes las palabras del jóven.

—Devolved á ésas damas la piña de oro.

—Inútil peticion.

—No la creereis tanto cuando os diga yo en su nombre que del rico capital de Estrella que habeis dilapidado, jamas se os reclamará la menor cantidad.

—¡Ah! exclamó el fraile.

—¿Qué haceis, Don Luis? preguntó Doña Juana.

—Señora, de manos de un miserable todo hay que comprarlo á peso de oro; vuestra felicidad vale mas que ese dinero.

—Pero yo no puedo perjudicar á mi hija de ese modo.

—Señora, repuso Don Luis, si me concedeis la felicidad de aceptarme como esposo de ella, para nada necesitará de vuestra herencia; harto grande es la mia para no poder satisfacer sin amenguarse todos los caprichos y gusto que ella, vos ó yo pudiéramos tener.

—Pero eso fuera echar cebo á la codicia de ese miserable.

—¡Señora! exclamó el fraile con rencoroso acento.

—Lo he dicho ya; no consentiré jamas en semejante cesion de bienes.

—Pues bien, mal á pesar vuestro, nada podreis reclamar en contra mia.

—Probaré el depósito que de ellos se os hizo por la comunidad.

—Y yo no negaré que existen en mi poder.

—Yo os obligaré entonces á devolvérmelos.

—Y no lo conseguireis.

—¿Por qué?

—Estando la piña en mi poder, en vano tratareis de probar que sois la madre de Estrella.

—Ya os lo he dicho; imploraré el favor de S. E. el virey, y él, que es modelo de rectitud y justicia, esclarecerá los hechos.

—Tambien os repetiré yo que no lograreis ver á S. E.

—¿Por qué?

—Los familiares os conducirán en breve á las cárceles del Santo Oficio.

—A mi vez repetiré yo, dijo el jóven, que si osais dar semejante órden, os haré caer muerto á mis piés.

—Retirad esa espada con que me amenazais, si no es vuestra intencion correr la suerte de Doña Juana.

—Nada me importa si con vuestra muerte quedo vengado.

—¡Ah, Don Luis! exclamó la jóven llorando, ¿qué será de mí si á vos tambien os apartan de mi lado?

—Estrella, opuso el fraile, ya lo sabeis, vuestro destino es profesar en el convento de la Concepcion.

—¡Oh! no! no! yo no lo quiero! gritó là jóven tratando de huir.

—¡Quieta aquí! dijo el franciscano abalanzándose á ella y cogiéndola por una muñeca con tal violencia, que la jóven no pudo reprimir un grito de dolor.

—¡Miserable! exclamó el noble jóven cruzando con la hoja de su espada la espalda del fraile, é imprimiendo en ella un fuerte cintarazo.

Fray Francisco se volvió hácia el jóven con todo el salvaje rencor de un tigre herido.

—¡Qué has hecho, desgraciado! A mí los familiares! gritó despues, dando en la puerta un grande golpe.

—Pues bien, tú lo quieres, muere como un miserable!

Al pronunciar esta frase el jóven, blandió en el aire su acero y le dirigió sobre el corazon del franciscano.

—No, Don Luis, amor mio, no le mateis, exclamó la jóven interponiéndose entre el pecho del fraile y la espada del jóven.

Pero ya no era tiempo de que este se detuviese, y la hermosa y purísima Estrella recibió la terrible estocada dirigida al corazon del fraile.

Todos los personajes lanzaron una exclamacion de horror, y la niña cayó en el suelo con el casto seno herido por el acero homicida de su amante.

—¡Qué habeis hecho, Don Luis! gritó desesperada aquella madre, arrojándose sobre el cuerpo de su hija.

—¡Maldicion! maldicion! exclamó Don Luis dirigiendo á su propio corazon la punta de la espada, tinta en la pura sangre de su infeliz amante.

—Teneos! dijo el fraile abalanzándose al jóven para impedir el suicidio.

—¡Dejadme! dejadme! por piedad! quiero morir!

—No, eso no será! decia el fraile forcejeando con él.

—¡Dejadme! dejadme!

—No, jamas!

Largo tiempo duró aquella lucha de la desesperacion con el odio.

Mientras tanto resonaban fatídicamente en el interior del gabinete los terribles golpes que los familiares daban en la puerta, intentando derribarla con las empuñaduras de las espadas y los regatones de sus varas.

Mezclábanse á ellos los gemidos de la jóven herida y los sollozos y gritos de dolor de la madre.

La lucha continuaba: el fraile se sentia desfallecer ante las fuerzas desesperadas del jóven, que trataba de abalanzarse sobre la punta de su espada, sin conseguir otra cosa que degarrarse la piel y hacer girones su vestido.

En uno de tantos esfuerzos, el acero, que bien habia probado su buen temple, se partió en dos pedazos, quedando uno de ellos en poder del jóven.

Fray Francisco arrojó el suyo lejos de sí, y continuó luchando para arrancar el otro á Don Luis.

La puerta comenzaba á hacerse astillas, y por los huecos podia observarse el afan con que los familiares trataban de derribarla, aun lastimándose las manos.

—A mí! á mí! repetia el fraile.

—¡Dejadme morir! gritaba el jóven; ¿por qué me lo impedís? ¡Maldito seais!

Doña Juana, rozando sus labios sobre los de su desgraciada hija,

probaba á cada instante si vivia aún, y con grandes esfuerzos pretendia levantar á la jóven y conducirla á su lecho.

Aquella escena era espantosa é imposible de describir.

Para que su impresion fuese mayor, escuchábanse en el interior de la casa las voces y carreras de los criados, los gritos y llanto de las doncellas.

Algunos habian corrido al jardin y trepaban por la ventana, otros aporraceaban la puerta de la recámara, y ninguno de ellos lograba su objeto.

Fray Francisco luchaba en vano con el jóven, y este en vano trataba de desprenderse de él.

Doña Juana carecia de fuerzas para levantar el cuerpo de su hija.

Los familiares hacian pedazos la puerta, y sin embargo, no lograban abrir en ella un hueco que les diese entrada.

Los criados no acababan de trepar á la ventana, y todo era ruido, confusion y lágrimas.

Estrella gemia de dolor; sus ojos apagados veian sin cesar á su amante, y con sus miradas, ya que no con sus palabras, que no acertaba á articular, pedia á su amante cesase en su lucha.

Don Luis, ciego de dolor y desesperacion, no veia delante de él sino al hombre cruel que le impedia arrancarse la vida.

Aquella violenta escena se prolongaba demasiado, y el corazon de los actores de ella se oprimia mortalmente.

Por fin, y casi al mismo tiempo, los alguaciles y los criados lograron abrirse paso á través de las puertas, y penetraron en la habitacion.

Los primeros acudieron en ayuda de Fray Francisco, y los segundos, espantados de lo que veian y llorando amargamente, unieron sus esfuerzos á los de la madre infeliz, colocando en el lecho á la pálida belleza.

Las doncellas corrieron las cortinas, los criados guardaron las entradas de la recámara, y Doña Juana ayudada de las primeras, desnudó á la jóven, y provisionalmente vendó su herida.

En tanto, varios criados corrian hácia México en busca de los principales físicos.

Doña Estrella no habia perdido el conocimiento un solo instante; su pálido rostro no parecia retratar la proximidad de la muerte; sus ojos, aunque habian perdido una parte de su brillo, miraban con regularidad; pero sus labios se negaban á pronunciar una palabra, á pesar de los esfuerzos de la niña por romper su mutismo.

Doña Juana atendia con maternal solicitud á la víctima infeliz, y sus ojos y sus labios dirigian al Dios Todopoderoso sus miradas y sus palabras, demandándole piedad para la inocente.

Las doncellas y criados se movian con rapidez, y algunas de las primeras, arrodilladas ante la bella imágen de la Vírgen María que Estrella tenia sobre su reclinatorio, la demandaban con oraciones fervorosas la vida y el restablecimiento de la amable dueña.

El dolor de la madre les partia el corazon.

Estrella habia referido á todos los sirvientes el hallazgo venturoso de su madre.

Don Luis habia acabado por sucumbir al número, y se encontraba desarmado y fuertemente sujeto por los familiares.

Era espantoso el efecto que la anterior desgracia habia causado en él.

Sus ojos habíanse hundido, rodeándose de un ancho círculo amoratado y azuloso.

Su rostro habíase teñido de un tinte pálido amarillento que le desfiguraba sobremanera.

En sus mejillas se marcaban varios arañazos que él mismo se habia hecho en la lucha, con la punta de su espada.

Los rizos de su negro cabello veíanse alborotados; su lujosa ropilla hecha pedazos.

Sus manos sangraban por varias cortaduras, abiertas en ellas por los filos de su acero.

Sus miradas habíanse oscurecido, y temblaba nerviosamente todo su cuerpo.

Fijos sus ojos en las cortinas de la recámara, luchaba por acercarse á ellas, y pronunciaba palabras inconexas.

Fray Francisco componia su trage y trataba de curar las heridas, que como en las del jóven, se habian marcado en sus dos manos.

A pesar de su ánimo esforzado y de sus instintos miserables, podia notarse en su muda expresion el efecto que aquellas escenas habíanle causado.

Despues se fijó en el jóven, y al mirarle en semejante traza se sonrió ferozmente, contemplando su venganza satisfecha.

Don Luis quiso abalanzarse á él, murmurando duras palabras contra el franciscano.

Este con grande calma dijo:

—Don Luis Cortés, anoche habeis matado un hombre, arrojándole despues desde las azoteas de las casas inmediatas á la vuestra; habeis dejado muerto de un pistoletazo á otro hombre á la puerta de esta misma granja, y ahora acabais de mal herir á una dama; ¿os confesais reo de tales delitos?

—Sí!!! contestó Don Luis con vos cavernosa.

—¿No teneis cómplices en esta casa?

—Ninguno, respondió él del mismo modo.

—Daos entonces preso á la justicia del rey nuestro señor y á los ministros del santo tribunal de la Inquisicion.

—¡Vamos! murmuró el jóven tirando de los alguaciles.

—Llevadle, ordenó Fray Francisco.

Los familiares obedecieron.

—¡Adios! y perdonadme! dijo el jóven al cruzar delante de las cortinas de la recámara de Estrella.

Un gemido mortal le respondió detrás de ellas.

Fray Francisco de Rivera recogió el bolson de oro que Don Luis le habia arrojado, y sonrió......

CAPÍTULO LII.

Seis botellas de Jerez.

CUANDO llegó Cascabeles á la taberna de *Los dos Mundos*, los parroquianos ó marchantes eran tantos, que siendo las mesas pocas y pequeñas para tan gran número de personas, el patron habia unido unas con otras por medio de tablas, dando así colocacion á todos los concurrentes, pero obstruyendo casi por completo el paso.

Mas apenas apareció el camarada de Bernardo en la puerta del figon, cuando el dueño de la fonda, que como ya hemos dicho era un antiguo soldado español, hizo levantar á varios de los parroquianos para abrirle paso y salir á recibir á su huésped, diciéndole:

—Pase adelante su merced, señor Don Francisco Enriquez Monade, que á mucho favor tengo la presencia de tal persona en esta vuestra casa.

—Gracias, mi buen amigo; pláceme en verdad tener ocasion de veros y probar vuestra amistad solicitando de vos una señalada merced.

—Contad desde luego con que habré de serviros en cuanto sea, mi señor paisano y amigo.

—Por anticipado muéstrome á vos reconocido.

—Quiera Dios nuestro Señor que pueda serviros segun vuestros deseos, que harto poco es el pobre figonero para quien tan bien cuenta con la voluntad de SS. EE. los señores vireyes nuestros amos.

—Pues oid, dijo el antiguo granuja acercándose al oido del viejo soldado.

—Hablad.

—Aquí me trae el interes de S. E.

—¡Ah! exclamó por única respuesta el figonero, descubriendo respetuosamente su cabeza.

—Decidme, ¿pudiérais desprenderos un instante del despacho, y señalar una habitacion próxima á esta, adonde pueda haceros unas preguntas?

—Casi toda esta gente ha concluido de comer y su ocupacion al presente no es otra que la de beber; podemos desprendernos de aquí, que basta y sobra mi *costilla* para servir jarros de pulque.

—Sí por cierto, añadió la aludida, yo me encargo de servirles; anda tú á complacer á ese caballero.

—Si algo ocurre, me llamas.

—No tengas cuidado.

—Pues si gusta su merced, pasemos por aquí, dijo el figonero mostrando á Cascabeles una puerta.

—Guiad vos.

—Como querais, contestó aquel pasando adelante sin ceremonia.

Cascabeles le siguió.

La habitacion en que acababan de penetrar era una pieza como de ocho varas en cuadro, en la que habia una gran mesa con un tapete de bayeta verde y alrededor gran número de hombres con montones de monedas sobre la mesa, y pendientes de uno que manejaba una baraja.

—Seguidme, dijo el figonero á Cascabeles mostrándole el hueco de una enorme ventana.

—Pero aquí podrán oirnos.

—No lo creais, son jugadores y esta gente no atiende ni se fija en otra cosa que el juego; ademas, hablaremos bajo y yo os respondo que nadie podrá escuchar la menor de nuestras palabras.

—Así me place.

—Decid, pues: pero sentémonos antes.

—¿Prometéisme responder con verdad á cuanto os pregunte?

—Como de ello me conste, tenedlo por seguro.

—Yo sabré recompensaros.

—¡Ea! no digais eso; satisfecho me hallaré con poder servir á un paisano.

—Gracias; pero vamos al caso.

—Decid.

—¿Visita vuestro figon algun padre franciscano?

—Suele descolgarse de vez en cuando por aquí alguno que otro.

—¿Y qué hacen?

—Comen, beben, pagan y se van.

—¿Y ninguno tiene comercio de amistad con el resto de los parroquianos?

—Cuando vienen no hablan mas que lo absolutamente necesario para pedir de comer, y ni aun se descubren la capucha: no así los legos de la Orden; vienen á menudo, son alegres y bullangueros, y *alzan el codo* como nàdie.

—¡Ah! ¿conque vienen los legos de la Orden?

—Sí por cierto, y pagan bien.

—¿Y qué clase de gente son?

—Alguno que otro no es malo; pero uno hay entre ellos que es capaz de plantarle un tajo y pintarle un chirlo al mismo lucero del alba.

—¡Ah! ese es mi hombre indudablemente.

—¿Qué, le buscais?

—Busco á álguien que tal vez sea él.

—Pues si media hora antes hubiéseis venido, pudiérais muy bien haberle hallado aquí.

—¿Viene todos los dias?

—Y algunos hasta cuatro veces.

—¿Y decís que os parece sospechoso?

—Y mucho.

—¿Y se mezcla con gente ruin?

—Parecen ser sus únicos verdaderos amigos.

—¿Y alguna vez habeis sorprendido sus conversaciones particulares?

—Habla casi siempre tan bajo! pero no obstante, el otro dia le oí referir á otro la gran parte que les tocaria en el patrimonio de una persona á quien deben asesinar.

—¡Diablo! ¿y no sabeis cuál sea la víctima?

—Sí tal; aseguran que se llama Don Luis.

—¿Don Luis qué?

—No sé tanto.

—Camarada, os ruego por cuanto mas querais que no me oculteis nada de cuanto sepais; decidme su apellido.

—¿El de quién?

—El de la víctima.

—Por Dios os ruego que no hagais uso de mis palabras, porque seria indigno de un honrado patron de fonda llevar y traer chismes entre los parroquianos; mi obligacion es ver, oir y callar como un poste; pero por vos......

—Hablad, yo os lo suplico, interpeló el antiguo granuja depositando unas monedas en la mano de su interlocutor.

—¡Ea! teneis un modo de pedir las cosas, que con vos no hay secreto posible.

—¡Hablad! hablad! no sabeis lo que vuestras observaciones me interesan.

—Vaya, me alegro seros útil en algo: pues habeis de tener presente, para bien saber, que la víctima se llama...... el figonero se detuvo, miró para todas partes y dijo con apagada voz:

—Don Luis Cortés.

—¡Hola! exclamó Cascabeles saltando sobre el asiento.

—¿Qué os pasa? ¿le conoceis?

—Bastante.

—Pues ved cómo tratais de salvarle, porque han inventado en su contra una calumnia que debe darle por resultado ser encerrado en las cárceles de la Santa.

—¡Diablo! ¿pues de qué le acusan?

—Por mí fé os juro que no lo sé.

—Vamos, hablad, dijo Cascabeles deslizando otras monedas de oro en la mano del figonero.

—Gracias, dijo este, pero os juro que nada sé.

—¿Así os portais conmigo?

—Dios es testigo de que ni la ingratitud ni la codicia me mueven á callar, sino que realmente nada sé: ¿pero veis aquel mala traza que se tira de los pelos porque acaba de perder su última peseta?

—Sí, contestó Cascabeles.

—Pues ese es el encargado por el lego para llevar á cabo el asesinato, y si hallais medio de hacerle hablar, cosas habreis de saber que os asombren.

—Llamadle.

El figonero se puso en pié, y se acercó al hombre que acababa de llamar su atencion.

—Oye, García, le dijo poniéndole una mano sobre el hombro, ahí tienes un caballero que desea hablarte.

—¡Vaya con mil demonios, y tú déjame en paz!

—¿Has perdido?

—Hasta las bolsas, respondió García con desaliento.

—Pues bien, si le pides, de seguro te presta.

—¿Quién?

—El caballero que te busca.

—¿Dónde está? preguntó vivamente interesado el asesino.

—Allí, mírale.

—Llévame.

—Ven, dijo el figonero tomándole de un brazo y conduciéndole á la presencia de Cascabeles.

Cuando le hubo saludado este, dijo al figonero:

—Traednos al señor y á mí media docena de botellas de vino de España.

—¿De cuál?

—Del mejor y mas fuerte, dijo García; necesito olvidar las pérdidas que acabo de sufrir.

—No os inquiete eso; que apenas hayamos apurado la sexta botella, os daré otra media docena de onzas que os ayuden á rescatar lo perdido.

—Acepto la oferta.

—Pues id por las botellas.

—Sí, sí, volved pronto.

—¿Y podré saber á qué debo vuestros favores, caballero?

—Bebiendo os lo contaré.

—De todos modos agradezco la confianza que de mí haceis, y prometo reintegraros algun dia vuestro préstamo.

—¿Acaso sereis afortunado en el juego?

—Por el contrario, apenas dejo de perder una vez.

—Entonces, ¿cómo pensais poderme reintegrar?

—¿Desconfiais de mí?

—Júroos que no, y la prueba es que las seis onzas que os he prometido os las regalo sin condicion de ningun género.

—¡Será cierto!

—Vedlo, dijo Cascabeles sacando de su bolsa seis monedas de oro y poniéndolas sobre la mesa.

—¡Ah, gracias! exclamó el asesino, ahora si me voy á resarcir.

—¡Eh! poco á poco! opuso el primero deteniendo á García, que se habia levantado para volver á jugar.

—¡Cómo! ¿os arrepentís?

—De ningun modo; pero ved que aquí están las botellas, y es necesasio hacerles los honores.

—Qué me place!

—Es de lo mas superior, dijo el figonero destapando la primera botella y vaciándola en los vasos.

—A vuestra salud y gloria, dijo García bebiendo sin pestañear uno de ellos.

El tabernero y Cascabeles correspondieron al bríndis.

Minutos despues habíanse vaciado cuatro botellas de un excelente Jerez.

García estaba casi borracho, por haberse bebido la mayor parte.

Cascabeles, satisfecho de su obra, ó mejor dicho, de la del Jerez, comenzó á acosarle con preguntas.

—Conque teneis amistad con el lego....... ¿cómo decís que se llama?

—Cosme, amigo mio.

—¡Ah! sí, teneis razon, contestó Cascabeles que acababa de sorprender astutamente el nombre del lego.

—¡Buen bribon está él y buen cobarde!

—¡Hola! pues vos me habíais dicho lo contrario.

—¿Quién? yo? preguntó García.

—No, sino yo, respondió el figonero.

—Pues estais en un error, camarada.

—A ver, explicadnos.

—Pues bien; figuraos que el tal lego desea deshacerse de un jóven noble y valiente; pero como le tiene miedo, me busca á mí que ante nadie tiemblo, para que le meta en el cuerpo dos cuartas de esta excelente hoja toledana, que le compré en mis buenos tiempos á un soldado paisano vuestro.

—¿Y por qué tiene el buen lego tan mala voluntad contra ese jóven?

—Eso es un secreto que no me pertenece.

—Vamos, otro vaso, dijo Cascabeles haciendo destapar la quinta botella, que no tardó mucho en vaciar el asesino.

—La verdad es, opuso García, que si el tal lego no me engaña, he de recibir bien pronto mas de un millon de pesos, y para entonces os juro reintegraros de las seis onzas.

—Cómo! ¿teneis algun pariente rico?

—No, pero en cuanto hayamos despachado á nuestro hombre

al otro mundo, es cosa convenida que nos repartiremos sus bienes, y que á mí vendrá á tocarme mas de un millon.

—¡Buen bocado!

—Y no sabe el buen lego lo mejor, añadió el malvado con alegría.

—¿Pues que es ello?

—Que estando la niña en mi poder, no se la entrego si en rescate no me dobla el millon.

—¡Cómo la niña! preguntó impaciente Cascabeles y sospechando haber hallado la clave del negocio.

—Sí, la niña.

—¿Pues no habeis dicho que la víctima debe ser un jóven?

—¡Es verdad!

—Entonces, ¿quién es esa niña?

—Es un secreto.

—A ver otro vaso, dijo Cascabeles haciendo al figonero destapar la sexta botella; esta tuvo la misma suerte que las anteriores.

—Amigo, no creais que eso sea un secreto para mí.

—¿Cómo sabeis?......

—Sí, sé que una niña de dos años ha sido robada de una casa donde su madre, señora principal, la tenia depositada.

—Todo eso es verdad, contestó García, y yo fuí quien llevó á cabo el dificil rapto, sin que la criatura dejase escapar un solo quejido.

—¡Ah bribon! murmuró entre dientes Cascabeles, y añadió despues en alta voz:

—Sé tambien que ahora teneis oculta á la niña en vuestra casa.

—Justamente en mi casa, que tengo el placer de ofreceros en la calle del Agua, que queda á la espalda de Santo Domingo.

—¡Ah! os lo agradezco infinito, contestó Cascabeles alegre como un par de castañuelas.

—¡Por las barbas de lucifer! gritó García dando un terrible puñetazo sobre la mesa; figonero del demonio, ¿no veis que hemos apurado hasta la última gota? Traed otras seis botellas, porque mi huésped tiene aún una sed devoradora.

—Sí, sí, traed mas botellas, añadió Cascabeles.

—¡Bien, bravo! repitió alegre el García.

—Y decidme, amigo, ¿el lego y vos sois únicos socios en la empresa de la herencia?

—No por cierto, y eso es lo que mas me duele.

—¡Hola! ¿pues á quién mas teneis que contentar?

—Friolera, al muy reverendo padre Fray Francisco de Riv.....

El asesino no pudo concluir la palabra; los últimos vapores del vino acabaron de trastornar su conocimiento, y desprendiéndose de la silla vino á dar á tierra como un costal.

Cascabeles soltó una expansiva carcajada.

—¿Qué es eso? preguntó el figonero entrando con las otras seis botellas de Jerez.

—Nada, amigo, el vino hizo su efecto.

—Sí!

—Ha hablado y se ha dormido.

—¿Estais satisfecho?

—En prueba de ello, guárdate esas monedas, dijo Cascabeles, poniendo en manos del figonero un bolsillo repleto de onzas de oro.

Despues salió satisfecho de sí mismo, y elevando al cielo sus oraciones de gratitud.

CAPÍTULO LIII.

La caja de la cinta negra.

Mohino y desesperado salia del alcázar vireinal el fiel Bernardo, media hora despues, sin haber conseguido hablar con Doña Catalina, ni ser recibido por el virey.

En vano trataba de adivinar cuál seria la causa que habia determinado á sus queridos señores al extremo de negarle la entrada en las cámaras, y harto á su pesar presentia grandes males y complicaciones.

Como el virey habia despedido á toda la corte, se vió privado hasta del consuelo de preguntar á los demas lo que ocurria, y en vano habia tratado de arrancar á los alabarderos otra palabra que la de ¡atrás!

Batallando con mil encontrados pensamientos, cruzó Bernardo el puente de Palacio y llamó á la puerta de la casa de Don Luis Cortés, en la calle de Ixtapalapa.

Inmediatamente abrió el portero.

—¿Ha vuelto Don Luis Cortés? le preguntó.

—No, señor, no ha vuelto.

—¿Y mi camarada Francisco Enriquez?

—Tampoco; pero si gustais, pasad y aguardadlos.

—Mucho que sí: en cuanto lleguen, decidles que arriba espero.

—Está bien, sereis servido.

El escudero ascendió las alfombradas escaleras, y pocos momentos despues se encontraba en el elegante gabinete de Don Luis Cortés, donde habia tenido lugar la lectura de los manuscritos de las cajas de las cintas verde y amarilla.

Bernardo tomó asiento, y púsose á contemplar la tercera caja marcada con la cinta negra.

—Por Dios, dijo al fin para sí, que en buen enredo nos ha metido el autor de los manuscritos. ¿Quién será él? Yo he querido reconocer la letra, y sin embargo no acierto á explicar mis vagas sospechas. Algo bueno daria por conocerle. ¿Por qué habrá elegido á Don Luis para hacerle semejantes revelaciones? Misterio es este que no me le acierto á explicar.

Bernardo guardó silencio un instante, sin apartar su vista de la tercera caja.

—Intenciones me dan de abrirla, dijo; pero no, estoy solo y..... Pero qué importa, abrámosla, tal vez hallemos en ella la clave de los misterios que nos están trastornando.

Despues de un momento de vacilacion, Bernardo tomó la llavecita pendiente de la cinta negra, y la introdujo en la cerradura.

Antes de darle la vuelta volvió á vacilar.

—¡Ea! qué diablos! exclamó, ¿á qué dudar? sea en nombre de Dios; y así diciendo giró la llave, y la tapa saltó á impulso del muelle.

Como las anteriores, el interior de la caja estaba cubierto con un fino pañuelo blanco.

Bernardo le levantó sin escrúpulo.

Lo primero que apareció fué el manuscrito; el escudero le tomó con precipitacion, le abrió, y despues de santiguarse leyó con avidez.

Hé aquí el contenido del manuscrito.

«Hermosa como el nácar de la aurora, ardiente como el sol de medio dia, era Doña Estrella Carbajal al ser robada por los crueles enemigos del infortunado caudillo le Tlaltelolco.

«Pasados los primeros instantes de sensual brutalidad, la desgraciada esposa fué considerada con respeto y compasion por los antiguos soldados de Cuauhtemotzin.

«Todos habíanse doblegado de buena voluntad á los deseos del que haciéndose el caudillo de sus venganzas, hubo de guiarles en aquella noche del crímen, á la quinta del esposo de Doña Estrella, donde debia llevarse á cabo la deshonra de la víctima.

«Aquella mujer infortunada, despues de haber dado á luz los dos hijos gemelos, llegó á ser la adoracion de la tribu entera.

«Allí, en medio del inaccesible bosque, se le habia formado un extenso palacio, que si bien era escaso en galas arquitectónicas, en cambio parecia un prodigio de la naturaleza.

«A su alrededor habíanse reunido, reproduciéndose prodigiosamente, las hermosas flores trasportadas por los españoles, y las que el rico y feraz suelo de México produce en mágica variedad.

«Los lirios, los jazmines y los claveles del Asia y de la Europa, brotaban por doquier mezclándose sus aromas á los del floripondio y el yolloxochitl ó flor del corazon.

«Doquiera las enredaderas y trepadoras de diversas especies revestian las paredes del palacio, ó formaban sobre sus ventanas sombrío y perfumado toldo.

«Los arroyuelos, que en gran número y desbordándose de las nieves de la sierra, atravesaban el bosque, se cruzaban cristalinos y bullidores al pié de aquellas blancas paredes, y retrataban el bello rostro de la infortunada madre, cuando al ponerse el astro del dia salia á dulcificar con sus puras lágrimas sus aguas murmuradoras.

«En el interior del palacio nada faltaba á la comodidad de la prisionera; cuantos muebles exigia el lujo europeo hallábanse en sus habitaciones, dignas de monarca poderoso.

«Su mesa se cubria con los mas exquisitos manjares, porque aquellos hombres no perdonaban sacrificio de ningun género, con tal de hacer amable á la cautiva la permanencia entre ellos.

«Pero ¡ay! tal empresa era imposible.

«Doña Estrella de Carbajal, sin dejar jamas de estar hermosa, palidecia mortalmente.

«Fué necesario rodearla de hermosas y solícitas doncellas que atendiesen constantemente á su cuidado.

«Entre estas entró á su servicio una jóven indígena, viuda de un oficial español, la cual habia caido en poder de los indios al atravesar el bosque, acompañada de varios criados que habian sido muertos por la tribu.

«Era una mujer de extraordinaria y enérgica hermosura: al haber sido bautizada, tomó por nombre Doña Juana, aceptando como suyo el apellido de su marido, llamado Don Pedro de Pimentel y Carrillo.

«Corazon esforzado y alma grande, no tembló al caer en poder de la tribu, y se dispuso á darse la muerte antes que consentir en su deshonra.

«Pero no tuvo necesidad de ello, porque todos los indios obligáronse á respetarla al reconocerla como perteneciente á una de las ramas mas distinguidas de su antigua nobleza.

«En breve tiempo se hizo temer y venerar como una reina, declarándose decidida protectora de la cautiva de la tribu.

«Diez meses despues de la llegada de Doña Juana al palacio del bosque, Doña Estrella dió á luz una hermosa niña.

«Algun tiempo despues, la esposa de Don Luis Cortés obtenia su libertad, exigida por la hermosa india, la cual quedó desde entonces como soberana de la tribu, morando solitaria el grandioso palacio natural.

«¿A quién habia debido la primera su libertad?

«Vamos á saberlo.

«Era una de esas tardes dulces y apacibles que disfrutan en la primavera los muelles moradores de los países próximos al trópico.

«El cielo estaba limpio, trasparente y azul, sin que la menor nubecilla osase vagar por la dormida region de la atmósfera.

«El sol, próximo á su ocaso, rompia en girones el horizonte tiñéndolos de los mil variados colores del nácar.

«Las canoras y pintadas aves revolaban entre las ramas de los árboles disputándose el lugar donde habian de pasar la noche, y las bulliciosas golondrinas de alas azules y pecho como el armiño, giraban incansables en el viento, dando caza á los imperceptibles insectos de la tarde.

«Las aguas del lejano torrente enviaban sus sordos ecos á confundirse con el bullicio de los arremolinados riachuelos.

«Las acampanadas flores blancas del americano floripondio aromatizaban el ambiente con los perfumes de sus corolas de una pieza, que pendientes de sus ramas cubiertas de hojas grandes, angulosas y de un verde pálido, parecian mecerse á guisa de campanas, al leve soplo de las juguetonas brisas.

«La blanca flor del yolloxochitl, sonrosada y amarillenta en sus hojas interiores, que se abren en forma de estrella de gran tamaño, disputaba el ambiente al floripondio con su olor fuerte y agradable.

«El pequeño y delicado jazmin, con sus flores de cuatro hojas blancas y en extremo olorosas, montadas sobre sus ramas tiernas y propensas á enredarse, rivalizaba con las plantas americanas, representando dignamente entre ellas la rica flora de España, de donde es originaria.

«El melancólico lirio, con sus cárdenas flores que nacen en la parte superior de su tallo flexible, cubierto de hojas cortas y agudas como las de la espadaña, se miraba con desmayo en el cristal del arroyo á cuyas orillas nacen.

«Todo respiraba elevacion y melancólica poesía: las hojas de las plantas principiaban á cubrirse de rocío, cual si los ángeles derramasen sobre ellas las lágrimas de la naturaleza.

«Los indios de la tribu, alejándose del palacio, habíanse ocultado entre las sombras del bosque, y dejaban escuchar las dulces

melodías de sus canciones al tétrico compas del huehuetl y el teponaztle.

«Doña Estrella Carbajal, con su tierna hija sobre el regazo, derramaba lágrimas amargas reclinada sobre el hombro de Doña Juana de Pimentel.

«Abstraidas en sus dolores y contemplacion, ninguna de las dos damas notó que acababa de acercarse á ellas el gefe de la tribu, el mismo que habia capitaneado el rapto y la deshonra de Doña Estrella.

«Pero él, deseando hacerse notar, dijo con dulce acento:

—«Tonatiuh y Meztli, reyes y poderosos dioses del espacio de los cielos, os den su favor, damas hermosas, como la azucena blandas, como los jazmines bellas.

«Ambas mujeres volvieron á la par sus rostros; Doña Estrella se sobrecogió á pesar suyo, Doña Juana sonrió dulcemente, y dijo con armoniosa cadencia:

—«Nuestro Dios os berdiga, noble Ixtaotlzin, y bien venido seais si para nuestro bien venís.

—«¿Llorais? preguntó con interes el indio.

—«Los cristianos, al orar á nuestro Dios, derramamos, como holocausto á su bondad, lágrimas de reconocimiento.

—«Grande es vuestro Dios, pues solo os pide ofrendas de amor y lágrimas.

—«¿Por qué no le adorais?

—«Porque no debo ser ingrato con los dioses de mi niñez; ellos han velado por mí desde que mis ojos se abrieron á la luz, y pues á su favor debo cuanto soy, tambien ellos son grandes y poderosos como el vuestro.

—«Ixtoatlzin, ¿decís que vuestros dioses os han concedido siempre cuanto de ellos habeis solicitado?

—«Siempre.

—«¿Y todo?

—«Todo!...... repitió el indio deteniéndose y dudando en contestar.

—«Sí, respondedme.

—«¿Me permitís sentarme á vuestros piés? preguntó con amabilidad.

—«Sí, sentaos.

—«Me retiro, dijo Doña Estrella, callada hasta entonces.

—«¿Os disgusto? preguntó el indio con sentimiento.

—«No, por el cielo; pero la tarde comienza á caer, y mi hija debe recogerse.

—«Sí, sí, idos, añadió Doña Juana, y velad por ella; presto os seguiré.

«Despues que los dos personajes restantes quedaron solos, hubo un largo rato de silencio, siendo Ixtaotlzin el primero que lo rompió, diciendo:

—«¡Pobre de ella! está tan tristo como el ave sin nido, como el lirio tronchado, como sin jugo la flor!

—«Os doleis de su dolor, y sin embargo os gozais en su tormento, como el milano en los quejidos de la paloma, como el tigre en la agonía del cordero.

—«¡Doña Juana!

—«Por qué no le dais libertad como al ave prisionera.

—«¡No es posible! exclamó con desaliento el indio.

—«¿De qué os sirve entonces ser el gefe de la tribu?

—«De nada.

—«¡Ah! dijo la dama con disgusto, os creia mas grande y generoso.

—«¿Y puedo serlo cuando tan cruel sois conmigo, Doña Juana? ¿no os pido yo la vida de mi vida, que es vuestro amor, y vos tan solo me destinais á la muerte, que es vuestro desden?

—«Callad eso, Ixtaotlzin.

—«Lo veis; aconsejais á mi alma la piedad, y vos no la teneis conmigo: el corazon es egoista y no puede contribuir de buen grado al bien de los demas cuando él sufre el tormento de su pesar.

—«Hé ahí que si fuéseis hijo de nuestra religion de caridad, habríais de preferir al vuestro el bien de los demas?

—«¡Oh, Doña Juana! constantemente mostrais ante mis ojos los ejemplos piadosos de vuestra religion de amor, y como tan bellas son las palabras de vuestros labios, me estais haciendo amar á ese Dios de bondad que me contais haberse sacrificado por el solo bien de sus criaturas.

—«Si tal hiciéseis, Ixtaotlzin, ¡cuánto podríais lograr, y cuán venturosa me haríais!

—«¡Oh! ¿no me engañais? preguntó con tierna solicitud el indio.

—«Por Dios os juro que no.

—«¿Luego sereis capaz de amarme?

—«Como á nadie amé jamas.

—«Tu Dios te bendiga si no mientes, bella cristiana.

—«¡Él te inspire, Ixtaotlzin!

«Reinó un momento de silencio, que por segunda vez volvió á romper el indio, preguntando:

—«¿Podeis hacerme cristiano?

—«Sí, si lo quereis.

—«¿Cuándo? ¿cómo?

—«En este instante.

—«¿Y me amareis?

—«Con toda el alma, si antes consentís en ser mi esposo ante el Dios de los cristianos.

—«Os lo juro.

—«Entonces, huyamos cuanto antes de estas selvas, volemos á la ciudad y olvidemos para siempre estos lugares.

—«¡Eso es imposible! exclamó con desaliento el indio.

—«¿Por qué causa?

—«Tengo obligacion de regir la tribu por dos años mas, apartándola de los peligros, y mil veces he jurado no habitar en las ciudades de los españoles.

—«Al hacerte cristiano, esos odios y compromisos quedarán rotos.

—«¡Eso no! exclamó resuelto el indio; mal haya quien busca disculpas para faltar á la fé de sus promesas.

—«Bien está, contestó con entereza Doña Juana, bastante hemos hablado; seré como anteriormente vuestra esclava, mataré mi amor, y antes me arrancaré la vida que servir á vuestros caprichos.

«Al decir estas palabras la dama se puso en pié y se dirigió al palacio salvaje.

—«No, no os ireis! dijo el indio suplicante y deteniéndola por las ropas al mismo tiempo que caia á sus plantas.

—«¿Estais dispuesto á obedecerme?

—«¿Pero no me quereis engañar?

—«Si dudais de mí, no hablemos mas.

—«Oidme.

—«Sed breve.

—«Juro seguiros, pero despues de pasados los dos años que aun me restan de gobernar la tribu; á este compromiso no faltaré jamas, aun cuando seais tan cruel que me negueis vuestro amor.

—«Pero en dos años, ¿qué vamos á hacer aquí?

—«Vivir felices con nuestro amor en las vírgenes selvas de nuestra patria.

—«Y despues, ¿huiremos de aquí?

—«Os lo juro.

—«¿Pero cómo vais á abrazar la religion de Cristo?

—«Sin que la tribu lo sospeche; en el interior de vuestro palacio.

—«¿No me hareis traicion?

—«Os repetiré vuestras palabras: si dudais de mí, no hablemos mas.

—«Teneis razon; os creo, y os amaré con la condicion de que jurando ahora ser mi esposo, ratificareis vuestra promesa ante el ministro de nuestro culto, cuando nos hallemos en ciudad española.

—«Os lo juro.

—«Un último favor he de pediros.

—«¿Cuál? y de antemano juro concedérosle.

—La libertad de Doña Estrella y de sus hijos.

—«Os concedo la de la dama y la de su última hija; en cuanto á la de los varones, no puedo permitir que se los lleve.

—«¿Pero cuál es el motivo de esa excepcion?

—«No debo decíroslo; sin embargo, os aseguro que seria inútil todo mi poder para lograr de mis hermanos de la tribu que le permitiesen á esa dama llevarse á los varones.

—«Si vos insistiéseis.

—«Es imposible.

—«¡Ixtaotlzin! dijo con reconvencion Doña Juana.

—«Cuanto está en mi mano concederos, desde luego os lo he prometido: creedme, Doña Juana, entregarle los varones es imposible; en cambio, la dama y su hija son libres.

—«Comprendo, Ixtaotlzin, la verdad de vuestras palabras, y no insistiré.

—«Quiero, no obstante, complaceros en lo posible, y os juro que para mas adelante sus dos hijos gemelos serán conducidos á la ciudad, al cuidado de dos indios de mi tribu, donándoles desde luego para su educacion y bienestar, un tesoro á cada uno de ellos.

—«Generoso Ixtaotlzin, mi Dios, que desde ahora lo es tuyo, te premiará tu generosa accion.

—«Mi vida diera yo por vuestro amor, Doña Juana: id á avisar á Doña Estrella que es libre para volverse á la ciudad, mientras yo reuno á los mios, les doy á conocer mis disposiciones y les anuncio que vais á ser mi esposa.

—«Id con vuestro nuevo Dios, Ixtaotlzin.

—«Por una nueva prueba debeis hacer pasar vuestro amor.

—«Decidla, repuso la dama.

—«Mi tribu me exigirá que os unais á mí segun los ritos de la religion de nuestros abuelos.

—«Estoy dispuesta á ello.

—«¡Ah! que Dios os lo premie! contestó Ixtaotlzin postrándose en tierra y besando la orilla del vestido de la dama.

«Cuando esta se vió sola, elevó al cielo sus miradas de reconocimiento en accion de gracias, y penetró en el palacio.

«Como siempre, encontró á Doña Estrella llorando sobre la cuna de sus hijos; Doña Juana se acercó á ella, y con tierna dulzura le dijo:

—«Doña Estrella, Dios ha tenido al fin piedad de vuestras lágrimas.

—«¿Será cierto, amiga mia?

—«Desde este momento sois libre para regresar á las ciudades españolas.

—«¡Ah, Doña Juana! ¿á qué precio habeis comprado mi libertad? preguntó la dama sospechando algo terrible.

—«He jurado ser la esposa de Ixtaotlzin, respondió ella tranquilamente.

—«Pero yo no debo aceptar vuestro sacrificio; vos no amais á ese hombre.

—«Os engañais; le amo de todo corazon, y vos debeis aceptar la libertad con que os brindo.

—«¡Oh, no, jamas! yo no debo ser menos generosa con vos; renuncio á mi libertad si vuestra desdicha es el precio de ella.

—«Doña Estrella, por el santo nombre de nuestro Dios os juro que amo á Ixtaotlzin, y os ruego huyais de aquí para siempre, por el bien de vuestros hijos y del esposo infortunado.

—«¡Ah, Dios de bondad! exclamó la dama enternecida.

—«Lo veis, Doña Estrella, debeis huir por vuestros hijos, por vuestro esposo.

—«¡Ese recuerdo me mata! No, Doña Juana, yo no volveré jamas deshonrada al lado de mi esposo infeliz y de mi primera hija, abandonada á los dos meses de nacida: ¡no, jamas! viviré oscura y ocultando en el misterio mi vergüenza; conservaré mi existencia por conservar la de mis hijos, y sufriré en el retiro los rigores de mi injusto destino.

—«Partireis esta misma noche con vuestra hija; los dos varones permanecerán aquí.

—«¡Dios mio! piensan apartarme tambien de esas víctimas inocentes!

—«Nada temais, yo velaré por ellos y procuraré su bienestar.

—«¿Pero cuál es el motivo de esa resolucion incomprensible?

—«A deciros verdad, no lo sé; únicamente me consta que la tribu no consentirá de ningun modo en que os les lleveis; pero puedo juraros que ningun mal habrá de sucederles.

«La infeliz madre no tuvo otra respuesta que dar sino sus lágrimas amargas; no podia dejar de amar á los inocentes niños, aun cuando fuesen hijos de un crímen brutal.

....

....

«Cuando la apacible diosa de la noche elevó su carro de plata al zenit de la celeste bóveda, Ixtaotlzin entró á avisar á Doña Estrella que el instante de partir habia llegado, y que fuera de la casa la esperaban los indios que debian de escoltarla.

«Doña Estrella y Doña Juana se despidieron, derramando en holocausto á su amistad amargas y abundantes lágrimas: antes de partir Doña Estrella habia dicho á su generosa libertadora:

—«Mi nombre, que la injusticia y el crímen han empañado, debo olvidarle para siempre: en cambio, si me lo permitís, tomaré el vuestro, limpio y sin mancha, y desde este instante serán mi nombre y apellidos Doña Juana de Pimentel y Carrillo.

—«Acepto de todo corazon; ese será el medio por el cual podamos reconocernos algun dia.

—«Momentos despues, Doña Juana perdia de vista en la espesura del bosque la luz de las antorchas de los acompañantes de Doña Estrella.

....

....

«En tanto, el corazon del bosque ardia, por así decir, en fiestas, donde reinaba el mayor regocijo y la mas entusiasta alegría.

«Tratábase de celebrar dignamente las bodas del gefe de la tribu.

«Resueltos sus individuos á no abjurar ni de su religion ni de sus leyes y costumbres, habíanse formado su sacerdocio y templos, y contaban con el número preciso de ministros de su culto.

«Faltando allí los padres de los contrayentes, y deseando la tribu que el matrimonio de su gefe se celebrase con todas las ceremonias de su rito, señaláronse á los esposos los correspondientes padrinos, los cuales, despues de contratar el matrimonio, hicieron la declaracion de celebrarse con su consentimiento.

«Consultóse, en primer lugar, á los adivinos ó agoreros, quienes considerando los dias del nacimiento de los novios, auguraron que la union de los esposos habia de ser para ellos germen de las mayores venturas.

«En vista de ello, las mujeres llamadas cihuatlanque ó solicitadoras, procedieron á pedir el consentimiento de los padrinos de la dama para celebrarse la boda: al efecto, llegada la media noche se dirigieron á su palacio, llevándoles un regalo: escucharon ellos la peticion, y segun sus ritos negaron al novio la mano de su amada. A su tiempo volvieron por segunda vez con la misma solicitud, é hicieron ver á los supuestos padres el amor del novio, sus prendas personales, bienes de fortuna y el buen dote que daria á su amada, concluyendo al fin con preguntar cuánto poseia la novia. Respondiéronles los padrinos, que ante todo tenian que consultar la voluntad de su hija.

«Retiráronse las solicitadoras, y los padrinos de la novia mandáronles á decir que consentian en la boda, señalando al mismo tiempo el dia que deberia verificarse.

«Entonces aquella fué conducida con gran pompa, iluminacion y música, á casa de los padres del novio, exhortándola por el camino sus padrinos á la obediencia y fidelidad á su marido.

«A la puerta de la casa esperábanles el novio y sus padrinos, precedidos por cuatro mujeres que llevaban luces en la mano. Despues de incensarse mútuamente, tomó á su futura de la mano y la condujo á la sala donde debia celebrarse el casamiento.

«En medio de ella veíase una estera primorosamente tejida, y á su lado un altar donde ardia el fuego preparado para aquella ocasion: los novios se colocaron de pié sobre la estera, y el sacerdote que allí les aguardaba, con gran majestad ató una punta del

huepilli ó túnica de la dama con otra del *tilmatli* ó capa del novio, quedando con este acto terminada la ceremonia del casamiento, despues de haber dado siete vueltas en torno del fuego sagrado: por último, el novio presentó sus regalos á la novia, y ella hizo otro tanto con él.

«El banquete que siguió á la ceremonia fué verdaderamente espléndido y digno de los mejores tiempos del fausto y lujo de la corte de Moteuczoma: los novios no se movieron de la estera, sirviéndose uno al otro.

«Los concurrentes á la fiesta entregáronse despues al baile, y los nuevos esposos permanecieron encerrados por cuatro dias en la sala, donde los sacerdotes habíanles colocado dos esteras de junco cubiertas con lienzos primorosos, bordados de plumas y de piedras preciosas llamadas chachihuitl.

«En los cuatro ángulos de la sala colocaban montones de cañas verdes, como ofrenda á sus divinidades.

«Aquellos cuatro dias, que segun el rito azteca debian haber consagrado á orar á sus dioses, los empleó Doña Juana en instruir á Ixtaotlzin en los sagrados misterios de la religion de Cristo.

«Al quinto dia los esposos fueron trasladados con gran pompa al grandioso palacio natural, formado para Doña Estrella, y toda la tribu se adornó la cabeza con plumas blancas, y las manos y los piés con plumas rojas: despues fueron trasladados al templo las esteras, los lienzos, las cañas y los manjares ofrecidos á los dioses: los esposos regalaron á sus súbditos trages nuevos, y las fiestas y regocijos duraron muchas semanas.

....

....

«Ixtaotlzin fué bautizado provisionalmente por manos de su mujer y ante las imágenes de Jesus y de María; ambos se juraron eterna fé, y prometieron celebrar su matrimonio cristiano ante el correspondiente sacerdote, en un templo de México, terminado que fuese el compromiso de Ixtaotlzin.....................................

....

«Dos años despues Doña Juana tenia dos hijos, hembra y varon. Los dos gemelos de Doña Estrella habian sido enviados á la ciudad, segun promesa de Ixtaotlzin, quien para reconocerlos en todo evento les marcó con un hierro candente tres cicatrices paralelas en el brazo derecho: la misma señal les hizo de idéntico modo á sus dos hijos habidos en su esposa Doña Juana.

....

....

«Era llegado el instante de que Ixtaotlzin cumpliese la palabra dada á la madre de sus hijos, de abandonar su tribu y marcharse á vivir con ella en las ciudades españolas.

«Si mucho lo ansiaba Doña Juana, no lo deseaba menos el indio.

«Las máximas civilizadoras de la religion cristiana, que su esposa trataba de imbuirle con esa elocuencia irresistible de la mujer inspirada, le habian hecho mirar con horror sus doctrinas salvajes, y ansiaba trocar su vida nómada y aventurera por la agradable sociedad del hombre en las ciudades.

«Dotado de un corazon noble, franco é imposible de doblez é hipocresía, no habia sabido reprimir convenientemente su aversion por todos los suyos.

«Por su desgracia, dotados estos de un instinto penetrante y calculador, presto echaron de ver el cambio efectuado en su antiguo gefe, y tratando de adivinar la causa pusiéronse en acecho, y le convirtieron, sin dárselo á sospechar, en constante objeto de su espionaje.

«Mil veces tuvieron ocasion de cerciorarse por sus propios ojos de que Ixtaotlzin habia llevado á cabo la primera traicion renegando de sus antigos dioses para abrazar la religion cristiana.

«Desde luego comprendieron que la causa de una mudanza semejante era tan solo el amor que profesaba á su mujer, y al recordar que ella se habia prestado á verificar su matrimonio con todas las ceremonias aztecas, lo que equivalia á abrazar de nuevo su rito, creyeron que Doña Juana habia tratado de burlarse de ellos y de su religion.

«Aquellas imaginaciones, ardientemente fogosas, principiaron desde luego á pensar en la venganza.

«Las primeras víctimas deberian de ser Doña Juana y sus infelices hijos; despues Ixtaotlzin seria sacrificado.

«No faltó quien abogase por él, y le presentase como víctima de hechicerías de la cristiana, pidiendo su perdon, en gracia de los grandes bienes de que la tribu le era deudora.

«El defensor supo buscar los resortes á los corazones de los enemigos de Ixtaotlzin, y logró triunfar.

«Ixtaotlzin se habia salvado; mas no por eso debia ser mas afortunado, pues la desgracia de su esposa, á quien tanto amaba, habia de herirle mortalmente el corazon.

«Mientras tanto, el caudillo, resuelto á relegar en cualquiera el mando de la tribu, hizo congregar á los individuos de ella para manifestarles su determinacion.

«Poco antes de acudir al punto de la reunion, Ixtaolzin, supersticioso como toda su raza, entró en las habitaciones de su mujer y sus hijos para despedirse de ellos.

«Doña Juana, á su pesar, temblaba tambien por el buen éxito de la empresa de su marido; y si no hubiese sido porque la hacia horrorizarse la idea de que sus hijos creciendo en la tribu se apegasen á la vida salvaje de los indios, hubiera pedido á su esposo que renunciase á su proyecto de abandonar las selvas.

«Así es que, cuando le oyó decir que venia á despedirse de ella y de sus hijos, no pudo reprimir una exclamacion de disgusto, y de reprenderle por su supersticion.

«Ixtaotlzin supo disculparse con el mismo amor que le tenia; y como era verdad cuanto decia, Doña Juana se convenció de ello y lloró con él.

«Despues de solicitar en nombre de sus hijos el favor del Dios verdadero, Ixtaotlzin salió para el lugar de la cita.......

«Cuando calcularon que habria llegado á él, dos indios, saliendo de entre la maleza se deslizaron hácia la puerta de la casa y penetraron en ella.

«Doña Juana no pudo por menos de sorprenderse; entonces uno de los indios le dijo:

—«Señora, el tiempo urge y es necesario aprovecharle; elegid por lo tanto entre la muerte ó la vida.

—«¿Qué quereis de mí? preguntó la dama aterrada.

—«Nos habeis robado el amor de nuestro gefe; le habeis hecho abjurar de sus dioses para abrazar vuestra religion, y ahora meditais huir con él de entre nosotros, y tal vez hasta hacer que nos delate como un traidor miserable.

—«¡Oh! no, no lo creais! dijo la dama aterrada con el aspecto feroz de los indios.

—«Todo lo sabemos, y por eso venimos aquí á satisfacer nuestra venganza.

—«¿Pero qué quereis hacer?

—Vedlo, contestaron los indios arrojándose sobre la cuna donde reposaban los inocentes hijos de la dama, y haciendo ademan de despedazarlos.

—«¡Ah! por piedad! exclamó desesperada aquella madre infeliz; ¡matadme á mí, sí, matadme, pero que vivan mis hijos inocentes! muera yo que soy la sola criminal!

—«Oid, dijo uno de aquellos hombres, solo un medio teneis para salvar su vida.

—«¿Cuál? preguntó Doña Juana llena de esperanza.

—«¡Huir!

—«¿Con ellos?

—«Sí.

—«¿Cuándo?

—«Ahora mismo.

—«¿Pero y mi esposo?

—«No debe seguiros.

—«¿Por qué?

—«Porque es nuestro gefe: y no insistais en ello, pues antes de que tal intenteis vuestros hijos habrán muerto.

—«¿Pero cómo abandono á su padre? preguntó con desesperacion la dama.

—«Escribidle en este papel que le abandonais y huís con vuestros hijos, porque su amor os cansa, y le aborreceis.

—«¡Dios mio! exclamó la dama espantada; pero él no lo creerá.

—«Eso no es cuenta vuestra: ¿escribireis?

—«Jamas! contestó resuelta la dama.

—«Pues bien, ved morir á vuestros hijos, añadieron aquellos hombres terribles.

—«¡Mis hijos! Escribiré, escribiré! gritó desesperada la dama.

—«Pero pronto, dijo uno de los indios mostrándole los útiles necesarios.

«Doña Juana, de pié y con pulso tembloroso, escribió lo que los indios la exigieron.

—«Ahora, huid por siempre de aquí, á México si os place así; pero ved cómo os ocultais, porque si Ixtaotlzin os busca y os encuentra, vuestros hijos morirán á nuestras manos, sin que haya humano poder que lo impida. Uno de nosotros os acompañará á la ciudad y pondrá á vuestra disposicion un tesoro tan cuantioso, que él solo haga la fortuna de vuestros hijos; pero os lo repetimos, si alguna vez llegais á daros á reconocer á vuestro esposo, ellos morirán.

«Todo se llevó á cabo segun la tribu lo hubo convenido. Doña Juana huyó con sus hijos, escoltada por uno de los indios hasta llegar á la ciudad.

«La reunion en el bosque se prolongó hasta el amanecer, pues así se habia determinado de antemano para dar á los fugitivos el tiempo necesario para alejarse del bosque.

«Cuando despues de admitir la tribu la renuncia de su gefe, este regresó á su palacio, ¡cuál seria su sorpresa al encontrarle abandonado!

«Buscando por todas partes un indicio de lo ocurrido, llegó por fin á encontrarse con la carta de su esposa; su dolor fué grande, pero más terrible aún su desesperacion: maldijo de su mujer, de sus hijos, del Dios de los cristianos, y cayó en tierra medio demente, con una enfermedad terrible que le duró por muchos meses.

«Dias despues volvió el acompañante de Doña Juana, muy satisfecho del éxito de su empresa; pero antes de llegar al palacio cayó en tierra herido de un dardo en el corazon, y pocos momentos despues espiraba.

«Era el único que sabia dónde quedaba oculta la esposa de Ixtaotlzin; muerto él, nadie, aun cuando tal fuese su deseo, podria descubrírselo á su gefe. Así vengaban aquellos hombres esforzados y terribles la traicion de sus gefes.»

—¡Dios nos asista! exclamó Bernardo cuando acabó de leer el manuscrito de la caja de la cinta negra.

CAPÍTULO LIV.

Despues del sermon.

Al caer la tarde del dia en que nuestra humilde narracion está teniendo lugar, el interior del palacio, el monasterio de San Francisco, la casa arzobispal y la ciudad entera presentaban un aspecto tal de agitacion y movimiento, que los extraños al suceso que estaba teniendo lugar, se confundian en apreciaciones mas ó menos posibles, pero sin confirmacion de ningun género, que acrecentaban el pánico general.

Por todas partes y en varios lugares formábanse numerosos corrillos, en los cuales se discutia con calor, ó se hacian preguntas generales que cada uno respondia á su manera, siendo todas ellas contradictorias y diametralmente opuestas.

Quién aseguraba que la flota de España habia arribado al puerto de la *villa rica de la Santa Veracruz*, segun fué llamada por Cortés á su desembarco en la tierra de México el Juéves Santo 21 de Abril de 1519: en el tiempo en que tiene lugar nuestra narracion, ya se habia edificado una segunda villa con el mismo nom-

bre desde el año de 1524, edificándose mas tarde la actual con la denominacion de la Nueva Veracruz, que elevó al rango de ciudad un decreto de Felipe III en 1615.

En otros corrillos aseguraban que en dicha flota habia llegado el sucesor de Don Martin Enriquez, quien próximamente deberia relegar el mando en manos del nuevo virey.

Todos hablaban sin cesar como disputándose el derecho de decir mayores disparates, pues ni la flota habia llegado á Veracruz, ni mucho menos la corte de Madrid pensaba todavía en relevar al virey Enriquez, del cual se encontraba muy satisfecha, pues mantenia en paz los reinos y hacia progresar ostensiblemente la industria, captándose el amor de sus gobernados.

En la esquina del palacio los grupos eran mas numerosos, y en el mayor de ellos hablaban de la ocurrencia del dia gentes de la servidumbre, cuyas palabras escucharemos, por tener mas que otras algunas, visos de probabilidad.

—Pero servíos hacernos la merced de explicarnos la ocurrencia.

—Señores, os he dicho cuanto sabia.

—Servíos repetirlo, porque no nos ha sido dado escucharos.

—Basta de repeticiones, señores; mas de diez veces os le he contado.

—¡Ea! hacednos ese favor y sepamos lo que pasa.

—Sí, sepamos lo que pasa, repitieron varias voces.

—Pues señores, el conflicto es grande, inmensamente grande.

—¡Oh!...... ah!...... á ver!...... decid! se oyó exclamar á todos los apiñados formadores de aquel círculo.

—S. E. y los frailes de San Francisco se han indispuesto.

—¡Hola! cómo ha sido eso!

—El comisario de los padres, Fray Francisco de Rivera, se ha expresado inconvenientemente contra S. E.

—¡Dónde!

—¡Cómo!

—En la misma santa Catedral y predicando el sermon de vísperas del Divino Redentor.

—¡Oh!!! exclamaron cien voces.

—Las naves del templo hallábanse atestadas de gente, y S. E. asistia á la ceremonia desde el presbiterio. Fray Francisco subió al púlpito montado en cólera; y desde luego comenzó á soltar palabras imprudentes que causaron grande agitacion.

—Y á pesar de eso, interrumpió un importuno, nada tiene de extraña la ocurrencia, pues no es la primera vez que los padres han abusado del púlpito en estos últimos tiempos. Díganlo si no los sermones del primer obispo de Tlaxcala en tiempo de la primera audiencia, predicados en contra de su presidente Don Nuño de Guzman, quien tuvo que enviar los alguaciles al predicador, y despues de mandarle callar tuvieron que agarrarle por los brazos y arrancarle del púlpito.

—Pues así de inconveniente se ha mostrado Fray Francisco, expresándose mal contra S. E. y provocando un escándalo.

—¿Pero qué es lo que ha dicho?

—Muchas sandeces y disparates, y entre ellos estas palabras.

—¡A ver! silencio! oigamos! dijeron cien voces.

—*En palacio á todos se iguala; ni se hace diferencia entre eclesiásticos y seculares.*

—¿Y no le mandó acogotar S. E.? preguntó un entusiasta partidario de Don Martin.

—No, sino que con mucha prudencia aguardó al fin del sermon.

—¿Pero qué motivo tuvo el comisario para tamaña osadía?

—Se dice que hoy ha estado á ver á S. E., quien segun parece se hallaba muy ocupado y no quiso recibirle, á pesar de que por dos veces le hubo anunciado el paje.

—¡Ya!

—El buen fraile lo tomó á desaire y trató de provocar un conflicto contra Don Martin.

—¿Pero qué ha hecho S. E.?

—Dió queja al acuerdo, de que dicho religioso le ha zaherido.

—Y bien, ¿qué se ha resuelto?

—Inmediatamente se ha librado real provision, mandándole ir á España. *

—¿Y él, que ha contestado?

—Niégase á obedecer.

—¡Oiga! ¿esto es mas?

—¿Pero qué resolucion piensa tomar el virey?

—La que cumple á un generoso delegado de S. M. el rey nuestro señor.

—¿Cuál?

—Obligarle á salir de Nueva España, aun cuando el cielo se le venga encima.

—Muy bien pensado! exclamaron varios.

—No obstante, opuso uno, esto puede acarrear grave conflicto á S. E.

—¿Por qué razon? preguntó álguien con disgusto.

—Las Ordenes monásticas son veneradas en México.

—Sí; pero no por esto se las debe creer autorizadas para no tener respeto á nadie, incluso el señor virey.

—Es verdad; pero los frailes de San Francisco son generalmente queridos y venerados.

—En nada se ofende al resto de la comunidad con arrancar de su seno y deportar á España, un individuo que con su vanidad y desmedido orgullo ofende la modestia cristiana del resto de la Orden.

—No obstante, yo creo que S. E. se va á atraer grandes males.

—Tiempo es ya de cortar el vuelo á esas gentes.

—Quiera el cielo no provoque esto una revuelta!

—Ya se apaciguará.

—Una vez desbordado el rio.......

—No faltará quien le vuelva al cauce.

Aquellas noticias se hicieron poco á poco generales, y media

* Todo esto es absolutamente histórico, y podrá encontrarse la comprobacion de ello, y hasta las expresiones antes citadas de *En palacio á todos se iguala &c.*, en la historia de « los tres siglos de México durante el gobierno español,» escrita por el padre Andrés Cavo, de la Compañía de Jesus, Libro V, § 9.

hora despues toda la ciudad tenia exacta relacion de la ocurrencia.

Mientras tanto, enviados del virey llevaban y traian pliegos del palacio á San Francisco, y de este á aquel.

Pero el resultado de la polémica hacíase esperar inútilmente.

Fray Francisco de Rivera habia logrado trastornar el buen sentido de sus frailes, que tomaron la defensa del comisario desconociendo el inconveniente proceder de este y tomando como suya la supuesta ofensa del franciscano.

Por lo tanto, habíanse resuelto á no obedecer y á resistir á la misma fuerza armada, tan escasa entonces.

En rededor del monasterio habian hecho congregarse á los indios de todas las parroquias, y aquellas gentes sencillas y fanatizadas lloraban y gemian por sus frailes, como tal vez no hubieran llorado por la muerte de sus hijos.

La muchedumbre llenaba compacta la extensa calle donde se hallaba el monasterio, y el murmullo que producia se escuchaba en media ciudad como el anuncio de la próxima tempestad.

No queremos decir por esto que las masas tratasen de revelarse contra el gobierno, lo cual resultaria falso en su comprobacion histórica, sino que las muestras de pesar de aquellas gentes se expresaban sin embozo alguno.

Cómo los frailes hubiesen podido manejar la muchedumbre, se concibe muy bien considerando el gran prestigio de que habian sabido rodearse las primeras comunidades, á fuerza de abnegacion y religioso celo por el bien de los indios.

Sujetos estos á las vejaciones y barbarie de muchos de los soldados conquistadores, que no veian en los infortunados indígenas otra cosa que esclavos y bestias de carga, útiles únicamente para ser los mártires de su desmedida codicia, tan solo habian logrado hallar amparo y proteccion de los misioneros cristianos, que noticiosos de la crueldad soldadesca, arribaron á México con la investidura de *protectores de indios.*

Al celo caritativo de aquellos religiosos debió el gobierno español que la conquista le diese útiles frutos, pues sin ellos presto se

habria trocado el poblado imperio de Anáhuac en dilatados é infecundos desiertos.

Los infelices indígenas, sobrecargados de onerosísimas gabelas, declarados gentes sin razon, divididos en repartimientos, y marcados en la frente como viles siervos, morian de despecho y desesperacion, víctimas del horrible trabajo que se les imponia en el laboreo de las minas.

A la llegada de los misioneros, los indios recurrieron á la proteccion de aquellos hombres generosos, que sacrificaban con ardiente celo su bienestar y su vida al alivio de los infelices conquistados.

No imploraron en vano su favor: armados de su Crucifijo y al resguardo de su santa mision, desafiaron resueltos la barbarie y codicia de sus compatriotas, y postrados á los piés del monarca arrancaron privilegios y concesiones para sus infelices protegidos, logrando para ellos garantías de gran precio.

Esto hizo que la muchedumbre, considérándoles sus protectores únicos, les divinizase y consagrase expontáneamente todo su cariño y veneracion.

Al enterarse, pues, por falsos informes, de las supuestas vejaciones que el virey queria hacer sufrir á los franciscanos, sus protegidos lloraban como suyo el daño de sus protectores.

Habia ademas, que durante la terrible peste de los años 76 y 77, los padres de San Francisco se distinguieron por su celo caritativo en el cuidado y alivio de los apestados, al lado de cuyos lechos habian muerto de fatiga, verdaderas víctimas cristianas, muchos de aquellos inolvidables religiosos, nuncios de progreso y civilizacion.

El verdadero peligro estaba en que Fray Francisco de Rivera pudiese abusar del sencillo corazon de los indios, y tornar semejante manifestacion en un motin contra el gobierno.

No se le habian ocultado al claro juicio del virey tales consideraciones y peligros; pero se hallaba resuelto á castigar el atentado del fraile por todos los medios á su alcance, sin hacer por esto á un lado la prudencia.

Lo mas sencillo y fácil para él hubiera sido mandar unos cuantos alguaciles al monasterio, y sacar de grado ó por fuerza al franciscano, poniéndole en camino de Veracruz; pero un acto semejante hubiera provocado la ira de la plebe.

Prefirió en tal situacion trabajar diplomáticamente el asunto por medio de escritos enérgicos y al par moderados; pero el imprudente comisario los contestaba con el mayor desprecio, tratando al alto magistrado de potencia á potencia.

Perdiendo iba los estribos el virey sin lograr nada, y en tanto la noche avanzaba rápidamente sin que la muchedumbre se disolviese, manteniendo á la parte medrosa de la ciudad en constante alarma.

El arzobispo Don Pedro Moya do Contreras, habia escrito tambien á Fray Francisco aprobando la determinacion del virey y ordenándole que inmediatamente saliese de la ciudad; pero no habia obtenido mejor éxito, teniendo ademas que sufrir los orgullosos reproches del comisario.

Los alcaldes y alguaciles habian sido rechazados á las puertas de San Francisco, sólidamente cerradas y perfectamente defendidas por la apiñada masa de los indios.

El repugnante lego Cosme, brazo derecho del comisario en todas sus infamias, mezclándose con ellos les ponderaba el abuso y el atropello que trataba de cometerse con los frailes, y les exigia su adhesion, en pago de los grandes beneficios impendidos por la Orden en favor de ella.

Aquellas gentes sin malicia escuchaban con religiosidad sus palabras, y se penetraban de sus falsedades.

No faltaba un gran número que habíase disgustado ya de permanecer de pié apiñados y sin hacer nada tan largo tiempo, y entre unas y otras cosas el disgusto comenzaba á manifestarse con gritos y voces subversivas.

Fray Francisco contemplaba con satisfaccion el buen éxito de su proyectada venganza.

El resto de la comunidad, arengada por él, se encontraba dis-

puesta á capitanear las masas en un caso dado, y el monasterio de San Francisco, más que un asilo de hombres virtuosos y caritativos, parecia un castillo feudal cuyos señores se disponian á mover contra el enemigo sus hordas de pecheros.

En tanto el virey, rodeado de las gentes del gobierno, del arzobispo y de los oficiales reales, buscaba la solucion del problema.

Más indignado que él mismo mostrábanse sus colegas, y ya principiaba á hablarse de resoluciones desesperadas.

—Agotemos hasta el fin nuestra prudencia.

—No existe prudencia posible ante tan soez desobediencia.

—Consideremos que S. M. nos ha colocado en el cuidado de estos reinos para conservarlos sujetos á su corona, y no para que ellos pierdan la dignidad de su gobierno.

—Señores, respondia el virey, nadie como yo puede considerarse mas ofendido, y poco me falta ya para estallar; pero meditémoslo antes bien: en consecuencia, aguardemos la vuelta del último enviado.

En aquel momento se escuchó grande agitacion en el exterior de la cámara vireinal, y el enviado que acababa de nombrarse entró en ella.

—Justicia, señor, exclamó arrojándose á los piés de D. Martin.

—¡Justicia, sí! repitieron todos á una voz, viendo el trage del emisario roto en girones y ensangrentado su rostro.

—¡Hablad! ¿Qué os ha sucedido? preguntó el virey.

—Ved, señor, el estado en que regreso.

—Pero, en fin, ¿qué os ha pasado?

—Con gran trabajo logré atravesar por medio de la muchedumbre que invade la calle *que va* á San Francisco.

—¡Y bien!

—Por fin, conseguí tambien llegar hasta la puerta del monasterio.

El enviado se detuvo: la agitacion le impedia hablar sin interrumpirse: la ansiedad general era inmensa: cien voces repitieron:

—¡Hablad! ¡hablad!

—La puerta estaba cerrada; llamé, pero nadie respondió.

—Continuad.

—Entonces...... no sé, señor, cuál seria la expresion que contra los frailes se escapara de mis labios; lo cierto es que un maldito lego me dió un bofeton y gritó un muera contra mí.

—¡¡Ah!! exclamaron los concurrentes con mal reprimido coraje.

—¡Silencio, señores! opuso el virey.

—La gentuza contestó el ¡muera! y yo me ví arrollado y maltratado por la chusma que se arrojaba frenética sobre mí: no pudiendo decir á ciencia cierta á S. E., cómo logré escapar de entre ella y llegar hasta aquí.

—¡Basta de prudencia! exclamaron varios.

—Sí, basta de prudencia; contestó el noble Don Martin; obremos con energía.

—Disponed de nosotros, dijeron los oficiales.

—Reunid los soldados de que podemos disponer: sacad de las atarazanas los cañones, y los falconetes de los bastiones del palacio: abocadlos á las calles donde la muchedumbre se apiña, y veamos si así terminamos el motin.

Los oficiales salieron de muy buen grado á cumplir la órden.

Los demas concurrentes á la cámara partieron á ocupar cada uno su puesto respectivo.

CAPÍTULO LV.

Los hijos de la tribu.

Pronto Don Luis Cortés, el morador de la casa de la calle de Ixtapalapa, avistó los ahumados bastiones de la fatídica *Casa Negra.*

Latia su corazon con una violencia extraordinaria, y hubiera querido tener facultad de acortar el camino, para mas pronto llegar á la prision de su infeliz hermana.

Él que se habia encontrado siempre en el mundo sin familia y solo, como una planta maldita, acababa de saber la existencia de sus hermanos, proporcionándole el destino ocasion de darse á reconocer á uno de ellos salvándole de un inminente peligro.

Forjábase de mil maneras en su imaginacion el retrato de su hermana, y sonreia al suponérsela un dechado de virtud y belleza incomparable.

Ansiaba haberla libertado del peligro, para presentarse con ella en la corte, donde tenia la seguridad de verla causar sensacion, especialmente en las damas, que envidiarian su espléndida hermosura.

Con su hermana al lado, Don Luis Cortés se suponia feliz, y hasta olvidaba el que hasta entonces habia sido su mas poderoso recuerdo, el amor de Doña Catalina de Mendoza.

Despues pasaba á considerarse rodeado del resto de sus hermanos contándoles la anécdota de su nacimiento, y rogando al par de ellos por el descanso eterno de su infortunada madre.

Segun el pérfido consejo de Fray Francisco, el jóven habia cubierto su rostro con un antifaz verde que le proporcionaria no ser reconocido por los verdugos de su hermana.

A corta distancia se encontraba ya de la *Casa Negra*, cuando nuestro jóven, extasiado por el soberbio paisaje que se ofrecia á su rededor, se detuvo y miró en torno suyo.

Al volverse á encontrar su vista con la *Casa Negra*, recordó cuál era el verdadero motivo que á ella le conducia.

Entonces descubrió su cabeza, y alzando al cielo sus miradas, exclamó:

—Dios de suprema bondad, escucha mi fervorosa súplica! el corazon y la caridad cristiana exigen de mí cuantos sacrificios sean necesarios para cumplir con la sexta de las obras de misericordia que en tu ley nos prescribes, *libertar al cautivo.* Es mi hermana, Señor, quien me dispongo á salvar; tu proteccion te demando: la Fé me asegura que no me la negarás.

Volvió á cubrir su cabeza y prosiguió acercándose al ahumado edificio.

Corta era la distancia que le faltaba salvar, cuando tres dardos de caña de *otate* con puntas de pedernal vinieron á clavarse á sus piés sobre la arena.

Por la direccion en que habian llegado á él comprendió que los desgraciados flecheros se hallaban ocultos tras de las almenas que coronaban la prision de su hermana.

Detúvose sobrecogido Don Luis, pero al ver clavados en tierra los tres dardos, se sonrió con satisfaccion, y dijo volviendo al cielo sus ojos en accion de gracias.

—No hay que dudar. ¡Dios me ayuda! ¡adelante! ¡adelante!

Despues no ya apresuró el paso, sino que se adelantó á la *Casa Negra* en fuerza de carrera.

Los dardos silbaron, sin herirle, en rededor del jóven.

Momentos despues se encontraba, segun en la carta se le decia, al pié de las tapias que circunvalaban la prision de Estrella.

Pronto vino á su encuentro un indio anciano y vigoroso que le dijo con imperiosa voz:

—¿Quién sois?

—El que esperais, respondió sin inmutarse el jóven.

—Alzad el antifaz.

—Lo haré cuando me hayais introducido á la casa.

—Entregadme la espada.

—Un caballero que lo sabe ser, no la entrega jamás sino despues de muerto.

—Ved lo que haceis.

—Abreviemos: se me ha mandado llamar, y aquí estoy.

—¿Por medio de una esquela de mujer?

—Sí.

—¿Luego sois......

—Adentro os lo diré; no perdamos mas tiempo: guiad.

—Venid, dijo el indio mostrando á nuestro jóven un fuerte postigo de hierro, abierto en la tapia del jardin.

Don Luis penetró por él despues del anciano, que le volvió á cerrar fuertemente, guiando al hermano de Estrella por los corredores que ya conocemos al Teocalli subterráneo.

El jóven era valiente hasta la temeridad: siguió, pues, sin replicar al anciano, pero al disimulo montó sus magníficas pistolas y echó mano á la espada, disponiéndose á cualquier evento.

Su guia nada notó.

Ya en el templo, le dijo:

—Descubríos.

—Respondedme antes: ¿sabeis á qué he venido?

—Sí; contestó secamente el anciano.

—En ese caso, y si vos sois, segun en su carta me dice, la per-

sona comprada por ella para introducirme hasta su prision, basta de misterios y guiadme de una vez.

—En efecto, yo soy esa persona.

—Me lo figuré desde el primer instante: pero ¿dónde diablos me habeis traido?

—Al Teocalli de los dioses aztecas,

—Pues que sea en hora buena; ¿aquí está ella presa?

—Sí.

—¿Dónde? exclamó el jóven adelantándose sin intimidarse, hácia el ídolo.

—¡Quieto! le gritó en seguida arrojándose sobre él.

—¡Miserable! añadió Don Luis disparando al anciano una de sus pistolas.

—¡A mí! exclamó aquel.

En un instante aparecieron en el Teocalli, saliendo de entre las cortinas, hasta diez y ocho indios semejantes al guia de Don Luis, que en vano trató de defenderse, sucumbiendo al número y quedando desarmado.

Uno de ellos le arrancó el antifaz, y todos gritaron á la vez:

—¡Traicion!

El jóven se sorprendió y vanamente trató de comprender lo que los indios decian, pues hablaban en la lengua de los antiguos mexicanos.

Uno de los ancianos, que sin duda hacia cabeza en aquella reunion, pareció dar una órden, y todos se retiraron, menos él, dejando libre al jóven en presencia suya.

El anciano tomó asiento, y con grave y majestuosa entonacion comenzó á interrogar al jóven en perfecto castellano:

—¿Quién sois?

—Sepa antes yo con quien hablo.

—Con quien es más que vos.

—Mucho lo dudo, pues quienes para desarmar á un solo hombre necesitan arrojarse sobre él en número de veinte, son unos cobardes miserables, y yo no soy ni miserable ni cobarde.

—¡Jóven! exclamó su interlocutor arrojándole una mirada de tigre.

—En vano tratareis de intimidarme; mi corazon goza de un temple tal, que me permite despreciar toda clase de amenazas.

—Temerario jóven, ved lo que decís; una palabra mia es bastante para decretar vuestra muerte.

—Os repito que ignoro cómo se tiembla.

—Estais en presencia del dios principal de los aztecas, que por medio de la inspiracion de sus adivinos puede exigir que seais sacrificado en el altar de sus holocaustos.

—Necios adoradores de esa tan rica como informe escultura, ¿cómo creeis todavía el poder del falso dios, cuando ha permitido que los españoles hagan á sus caballos pisotear vuestras frentes, sucias de baldon y de ignominia?

—¡Jóven! gritó colérico el anciano.

—Nada temo, estoy tranquilo; llamad á vuestros sacrificadores, manchad con nuevas víctimas vuestra conciencia, lavad con sangre de indefensos vuestra vergüenza.

—Jóven, tu valor salva tu vida: estrecha mi mano que te ofrezco como muestra de mi admiracion por tu heroismo.

—Anciano, la estrecho con placer, porque te considero menos miserable que tus camaradas.

—Jóven, no abuses, excusa los denuestos.

—Tienes razon, todo será en obsequio de la brevedad.

—Responde: ¿á que has venido aquí?

—A salvar una mujer infeliz que demanda mi auxilio.

—¡Mientes!

—Anciano, cuidado con que otra vez te se escape esa palabra, que si tal sucede, antes que los tuyos hayan vuelto te habré arrancado la lengua.

—Jóven, cada vez te haces mas acreedor á mi admiracion.

—Excusa cumplimientos, y dime dónde puedo encontrar á la dama que reclama mi auxilio.

—¿Tu auxilio?

—Convéncete, respondió Don Luis alargándole el billete de Estrella.

—Pero tú no eres Don Martin Enriquez.

—No.

—¿Cómo has venido entonces aquí?

—Porque esa jóven es mi hermana, y á mí, antes que á nadie, toca su salvacion.

—Solo habiendo caido en nuestro poder el virey, pudiera esa jóven lograrla.

—Comprendo; sois conspiradores y preparais una emboscada.

—Sí.

—¡Sois únos miserables! dijo el jóven con soberano desden.

—Por qué, si ello pudiera ser la salvacion de la patria.

—Es ya tarde para luchar por ella.

—Eso decís, porque sois español.

—Te engañas; del sol de México fué la primera luz que hirió mis ojos al venir al mundo.

—Pero eres aliado de ellos.

—¿Qué mas puedo hacer?

—Trabajar para tu patria, restaurar el trono azteca; tiempo es todavía, aun vivimos nosotros, que hemos empuñado las armas contra ellos.

—La patria de los aztecas consintió en borrarse para siempre del catálogo de las naciones desde el instante en que se dejó subyugar por poco mas de seiscientos españoles, cuando ella contaba con muchos millones de hijos.

—Pero con ellos se alió la traicion de los nuestros.

—Crímen todavía mayor.

—Pero algunos luchamos hasta el último instante.

—¿Dónde?

—En Tlaltelolco.

—Allí debia estar vuestra sepultura.

—Vivimos para la venganza.

—Decid mejor para la vergüenza, porque son hijos indignos de

su patria los que pretenden hacer algo por ella asesinando á traicion á sus enemigos.

—¡Oh! exclamó entusiasmado el anciano, la patria que cuenta con hijos como tú, no creas que esté muerta, no, algun dia recobrará su antiguo poderío.

—Quiera el cielo no lo logre, si tan solo ha de ser para cambiar de dueño.

—Jóven, estrechad de nuevo mi mano, me creo honrado con ello.

—Tomadla; pero si estais dispuesto á servirme, abreviemos.

—¿Qué pretendeis?

—Recobrar á mi hermana.

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Debe ser sacrificada á nuestros dioses.

—¡Oh! eso no será mientras me quede un solo instante de vida.

—¿Qué vas á hacer?

—Ahogaros antes á todos, respondió el jóven lanzándose sobre el anciano, que vino á tierra dándose un gran golpe y quedando atontado y casi sin conocimiento.

Pero en el mismo instante el resto de los indios se arrojó sobre el jóven, lanzando feroces y amenazantes alaridos.

Don Luis Cortés no pudo resistir al impulso de los que le sujetaban.

—¡Muera sacrificado! repetian varios.

—Sí, sacrificado, sacrificado!

—Desnudadle!

—Traed el *iztli* afilado, y abrámosle el pecho!

—Y ofrezcamos su corazon en holocausto á nuestro dios!

—Sí, sí, muera!

—¡Al sacrificio! al sacrificio!

En un instante nuestro temerario jóven se vió despojado de todas sus ropas.

—Ya vuelve en sí, dijeron los que se ocupaban en socorrer al trastornado anciano.

—¡Que él mismo sea quien le arranque el corazon!

Don Luis Cortés habia sido tendido sobre la piedra del sacrificio, de figura rectangular y un tanto curva y elevada hácia la espalda de la víctima, con el fin de que el pecho de esta quedase mas prominente que el resto del cuerpo, facilitándose la operacion al sacrificador.

Dos hombres le sujetaban los brazos, cuatro las piernas, y uno por medio de una especie de yugo ó media luna de piedra le oprimia el cuello.

Cuando el anciano acabó de volver en sí, le pusieron en la mano el cuchillo de pedernal, propio para el sacrificio.

Pero al ver á la víctima se opuso con energía á su muerte.

—Si tú le perdonas, no así nosotros, replicaron varios.

—Pero él es mexicano, y sobre todo valiente.

—Nació de españoles y es enemigo de nuestros dioses.

—Dejadle vivir.

—¡No! no! que muera!

—Pues bien, en ese caso no seré yo quien le hierra.

—Yo en tu nombre lo haré, repuso uno tomando el cuchillo y dirigiéndose á la víctima.

Por una atraccion irresistible el noble anciano se puso en pié y fué tambien al lado del desgraciado Don Luis.

Pero apenas habia llegado á él, cuando lanzando un rugido mas poderoso que el del leon del desierto, arrojó en tierra con fuerza hercúlea, y uno despues de otro, á todos los que á la víctima sujetaban.

Otras tantas exclamaciones de cólera, cuantos ellos eran, respondieron al rugido de aquel.

—Ixtaotlzin es nuestro enemigo! repitieron.

—Ved, miserables, lo que íbais á hacer, respondió Ixtaotlzin mostrándoles marcadas en el brazo derecho de Don Luis las tres cicatrices paralelas.

—¡Habla! dí! ¿qué es eso?

—Salteadores de la quinta del caudillo de Tlaltelolco, raptores

de Doña Estrella de Carbajal, este es uno de los hijos de la tribu.

—¡Dios de bondad! exclamó Don Luis Cortés; infortunados, ¿qué habeis hecho de la jóven que teneis en prision?

—¡Vive! vive!

—¡Ella tambien es vuestra hija!

Una exclamacion indefinible fué la contestacion general.

—¡Gracias, Dios de los cristianos! exclamó Ixtaotlzin cayendo en tierra de rodillas.

Mientras tanto, aquellos hombres salvajemente crueles un momento antes, gritaban llenos de alegría.

—¡Felices de nosotros! hé aquí los hijos de la tribu!

CAPÍTULO LVI.

¡Descanse en paz!

En medio de la confusion que reinaba en el palacio vireinal, cuyos moradores se disponian, segun las órdenes de Don Martin, á dispersar la muchedumbre que ocupaba la extensa calle de San Francisco, un hombre envuelto en una capa y ocultando un bulto bajo de ella, penetró por la puerta principal, subiendo con rapidez y de dos en dos los macizos escalones.

Nadie se fijó en el embozado, quien por su parte tampoco se cuidaba ni un ápice de ocultarse á las miradas de los demas.

En tiempos normales habria sido, sin embargo, detenido por las gentes de palacio, pues un tranquilo observador desde luego hubiera echado de ver que el trage del embozado estaba salpicado de sangre caliente todavía.

Pero él, que parecia no abriga temor alguno, siguió avanzando con rapidez en direccion á los pasillos de la cámara vireinal.

Cuando hubo llegado á ellos se acercó á la puerta de las habitaciones de la vireina, y llamó por dos veces.

Como nadie respondiese, empujó la mampara y penetró en la cámara; observó en rededor suyo, y al no ver á nadie continuó avanzando.

Al penetrar en la tercera habitacion le pareció escuchar rumor de conversacion y ahogados sollozos.

Buscó con interes dónde pudiesen hallarse las personas que los produjeran, y su vista tropezó con una celosía de madera.

Se acercó á ella, y despues de observar sonrió con satisfaccion.

La celosía daba á la capilla de palacio, y resguardaba la tribuna particular de la vireina.

Doña Catalina, arrodillada á los piés de un sacerdote, parecia hacerle una confesion, que le arrancaba abundantes lágrimas y amargos sollozos.

Con los mas dulces consuelos de la religion, el sacerdote procuraba volver la tranquilidad á aquella alma atribulada.

El embozado procuró escuchar.

—Hija, decia el sacerdote, confiad en la suprema bondad del Dios de la justicia y la rectitud: Él aflige á veces nuestra alma con dolores, al parecer insuperables á nuestras fuerzas; pero tened por seguro que en su suprema Sabiduría todo se halla compensado, y que al par que nos envia las penas nos da tambien el sufrimiento necesario para sobrellevarlas.

—¡Ah, señor! en vano trato de buscar en mi ánimo la fortaleza; mi corazon se niega á padecer ya mas.

—La resignacion es una de las mas santas y bienhechoras virtudes.

—Cuando, como á mí me acontece, no se ha logrado en la vida sino una larga cadena de infortunios mas dolorosos cada vez, la fé se pierde y la resignacion se hace imposible.

—Hija, las almas buenas no deben desesperar jamas, ese es el patrimonio de los malvados por conviccion: vos lograreis obtener por fin la paz que ahora os parece imposible.

—Señor, mi alegría y mi paz estriban en el amor de mi marido y en la posesion de mi hija.

—Y bien, todo lo obtendreis.

—Vana quimera.

—Por Dios, hija, no os negueis así todo consuelo.

—Pero decidme, ¿podré volver á obtener el amor de mi marido, cuando la sospecha de mi infidelidad devora su amante corazon? ¿Me es á mí posible desvanecer sus temores? No, padre mio, segura estoy de que vos, leyendo en lo íntimo de mi conciencia, estais plenamente convencido de mi honradez, y dais fé á las palabras con que os afirmo mi inocencia en el criminal nacimiento de mi infortunada hija.

—Firmemente lo creo: vos sois buena, pura y candorosa, y las proposiciones del seductor no podian arrancaros sino palabras de desprecio: la fatalidad que os hizo desmayaros en sus brazos ayudó entonces al crímen del mal caballero, y el demonio del vicio pudo ensuciar vuestro cuerpo, pero no el alma que poseeis, esencia de virtud y abnegacion.

—¡No sabeis cuán grande es el consuelo que me dan vuestras palabras! ¿pero me seria posible infundir del mismo modo en la conciencia de mi esposo el convencimiento que á vos os las dicta?

—¿Y quién os dice que Dios, tocando su alma, no le haga conmoverse al acento de vuestras palabras, y creer en la verdad que ellas encierran?

—¡Vana esperanza! la desconfianza es innata en el alma del marido; la circunstancia mas leve la hace brotar poderosa, y le ciega los ojos.

—Dadme vuestra autorizacion, hija mia.

—¿Qué pretendeis?

—Encomendarme á Dios, solicitar su auxilio y hablar á S. E.

—¿Sobre qué?

—Sobre la desgracia de que sois víctima.

—¡Ah, no! jamas, padre mio! dejadme apurar hasta las heces mi amargura; pero ya que se ignora lo mas terrible de mi infortunio, no le hagais que conociéndole me maldiga.

—No os maldecirá, hija mia.

—¡Oh, sí! tenedlo por seguro.

—¿Desconfiais tambien de la palabra que inspira Dios?

—No, padre mio; pero......

—Hija de mi alma, permitidme que trabaje por vos, y en Dios espero obtener el triunfo: la voz íntima de mi alma me asegura que los primeros dias de vuestra felicidad están próximos á lucir en el horizonte de vuestra existencia: me juzgo inspirado por la Bondad suprema, y me siento vigoroso y fuerte para luchar por la inocencia y el infortunio.

—¡Padre!

—Hija, os aseguro que venceré.

—¿Y si no lo lograseis?

—¿No dais ya por completamente perdido el amor de S. E.?

—¡Ah! sí, por mi desgracia.

—Y bien, ¿que mas podreis entonces perder?

—Nada.

—En ese caso tentemos el único recurso que se os ofrece: si Dios no fuese servido de tornarle en favor vuestro, entonces llevareis á cabo el primitivo pensamiento de sepultar vuestros dolores en un claustro: ¿admitís?

—Hágase la voluntad de Dios!

—¿Consentís?

—Sí, padre mio.

—Esperadme entonces aquí, dijo el sacerdote saliendo de la capilla despues de implorar, postrado ante el altar, el favor divino.

Doña Catalina se dirigió al reclinatorio que ante el altar habia colocado, y doblando su cabeza sobre él, elevó en holocausto al Dios de la expiacion sus oraciones y sus lágrimas.

No bien habia desaparecido el fraile, penetró el embozado en la capilla, y con incierto paso llegó hasta el reclinatorio.

Doña Catalina levantó su cabeza y exclamó sorprendida:

—¿Cascabeles?......

—Sí, respondió el embozado, que era en efecto el antiguo granuja.

—¿Y qué vienes á decirme á este lugar? ¿qué es lo que en tus ojos leo, que me hace estremecer? ¿eres portador de alguna órden terrible de S. E.? habla! dí!

—Señora, respondió Cascabeles con lúgubre acento, aquí vengo atraido únicamente por el exceso de vuestro infortunio: aquí vengo yo que como vos no he disfrutado de nada de lo que constituye la felicidad de los séres humanos, ni de las caricias maternales, ni del amor de aquellos á quienes nosotros adoramos!

—Cascabeles, este santo lugar no es á propósito para......

—Permitidme que os interrumpa: este santo lugar consagrado á Dios, es el mas oportuno para que las almas infortunadas como las nuestras, vengan á quejarse de su soberana injusticia.

—¡Cascabeles!! exclamó la dama indignada.

—Señora, seamos terriblemente francos antes de morir.

—¿Qué dices?

—Huyan de nosotros el doblez y la hipocresía en estos instantes supremos: ¿á qué no pronunciar con los labios lo que nuestra alma siente, si Dios, que lo sabe todo, lee en ellas como en un libro abierto? Exhalemos con la última gota de nuestra sangre toda la hiel de nuestro corazon. Víctimas de una continuada injusticia, lancemos sobre quien la produce los anatemas de nuestra desesperacion; y si la fatalidad nos condena ciegamente, arrojemos á sus ojos, que no ven nuestro mal, el rayo de nuestra ira, y tal vez su fuego ayude á quemar la maldita venda.

—Sal de aquí al instante, sacrílego! el infierno te ha enviado á este lugar para acabar con el último resto de mi resignacion.

—Lo veis, señora? á vuestro pesar os rebelais contra la injusticia de vuestros males.

—¿Y puedes juzgar de ellos, tú que no los conoces?

—¿Que no los conozco?

—No.

—¿Y cómo pudieran ocultárseme á mí, que pendiente de vos no tengo otra ocupacion que la de leer en esos ojos los íntimos secretos de vuestra alma?

—¡Cascabeles!

—Señora, no os espanteis de mi ruda franqueza; maldigo de este tinte cortesano que se me despega, y vuelvo otra vez á ser el granuja de Santa María.

—Y bien, ¿qué quieres?

—Doña Catalina, reparad en mi semblante pálido y desencajado, ved mi trage salpicado de sangre, y comprended que estoy herido, y herido de muerte!

—¡Ah, Dios mio! pidamos favor.

—Es inútil, Doña Catalina; nadie podrá dárnosle,

—¿Por qué razon?

—Vedlo, dijo Cascabeles arrojando varias llaves rotas á los piés de la dama.

—¿Qué has hecho? le preguntó.

—Miradlo vos misma; he roto las llaves en las cerraduras, á fin de que no puedan servirse de ellas aquellos á quienes vos llamais.

—¡Cascabeles, habla! qué intentas!

—Descubriros un secreto que me roe el alma; mejor dicho, descubríroslе no, porque ya os es conocido y le habeis escuchado de mis labios con indignacion: yo os amo.

—¡Infeliz! á mí, á tu señora y en este lugar sagrado dices tal?

—Doña Catalina, ni que vos seais mi señora, ni el lugar donde nos hallamos me intimidan ni me harán callar; mas terrible es la presencia de la muerte, y sin embargo de que me siento presa de ella, no me hace temblar ni retroceder en mi propósito.

—¡Sal de aquí inmediatamente! exclamó la dama indignada.

—Sabeis que es imposible, las llaves están hechas pedazos.

—¿Pero cuándo? me estás engañando.

—No lo creais; arrobada en vuestras meditaciones no escuchásteis el ruido que hice, bien es verdad que fué muy leve.

—Pero......

—Doña Catalina, la muerte acabará conmigo dentro de algu-

nos instantes, á pesar de que el supremo esfuerzo de mi alma lucha con ventaja contra sus progresos, y es necesario que antes hablemos.

—¡Cascabeles! piensa en Dios.

—Os amo, señora, con toda la violencia de mi alma, y tan solo me es dado pensar en poseeros.

Al decir estas palabras el antiguo granuja avanzó hácia Doña Catalina, que lanzó una exclamacion de espanto y horror.

—¡Miserable! ¿no ves el santo lugar en que nos hallamos?

—Os lo he dicho ya, no veo otra cosa que vuestro amor, respondió Cascabeles echando sus manos al cuello de la vireina.

—¡Socorro! gritó rechazándole.

—Si dais otra voz de alarma, habreis de arrepentiros, señora.

—¡No, jamas, miserable! sal de aquí ó volveré á gritar.

—Intentadlo! repuso él corriendo al extremo de la capilla donde habia colocado envuelto en su capa el bulto con que le vimos entrar al palacio.

—¡Socorro! gritó Doña Catalina.

—Está bien, vos lo quereis, replicó Cascabeles tomando entre sus dientes la hoja de su puñal y desliando su capa, entre cuyos pliegues apareció una niña de dos años, atada con violencia y horriblemente amordazada.

Doña Catalina lanzó un horrible grito de desesperacion y espanto:

—¡Mi hija!! exclamó corriendo hácia la infeliz criatura.

—Deteneos, opuso Cascabeles amenazando á la niña.

—¡Miserable! qué vais á hacer!

—Señora, ya os lo he dichó, en breve debo de morir; pero antes quiero dejar satisfecho mi mayor y mas constante ensueño de mi vida.

—Habla, dí, replicó la madre infeliz, colocada en el mas horrible suplicio concebible.

—Os advierto, señora, que vuestra negativa será la sentencia de muerte de vuestra hija.

—Cascabeles, por lo que mas hayas amado en el mundo, cesa en tu loco frenesí; por mi hija te lo ruego: qué quieres; dílo, y te lo concederé; pero suelta las ligaduras de ese ángel inocente, su madre te lo ruega.

—Primero repetid que satisfareis mis deseos; jurádmelo antes de que la vida acabe de extinguirse en mis venas, pues no me vereis morir solo.

—¿Pero qué es lo que pretendes?

—¿Y vos no lo adivinais, sabiendo que os amo con todo mi corazon?

—¡Ah! ¿qué estas diciendo? ¿qué es lo que me propones?

—Responded, señora, mi vida se acaba!

—¡Oh, Dios de bondad! este último suplicio me teniais reservado! cuándo, Señor, cesarán vuestros rigores?

—Responded, señora, responded: mi vida se extingue por instantes; pero antes que llegue el último, vuestra hija me precederá á la otra vida.

Cascabeles estaba pálido y desencajado como un moribundo: sus movimientos le asemejaban á un cadáver galvanizado, y sus ojos brillaban con una ferocidad infernal: arrastrándose casi en la tierra descansaba su mano, armada del brillante puñal, sobre el pecho de la criatura, que sin lanzar un solo gemido era la fiel expresion de la muerte.

Doña Catalina retrataba en su rostro la mas terrible desesperacion: sus ojos destacábanse en una ancha órbita morada, y su pecho se mecia al influjo de su angustiosa respiracion.

—¡Qué quieres, qué quieres! repetia con voz desfallecida.

—Vuestro amor en pago del mio.

—¡Ah! la deshonra ó la muerte de mi hija!

—La deshonra, repitió Cascabeles con profundo desden: ¿os causa miedo? ¿por qué, mi casta señora? ¿esta niña, no es acaso hija de vuestra infidelidad? ¿por qué os espanta mi proposicion? Puesta en la senda del vicio, ¿qué importa arrojarse en el precipicio de una vez? Ceded, señora, ceded: deshonra busca deshonra.

—¡Oh, Dios de bondad! que consientas que yo escuche tan horribles expresiones en tu propio templo!

—Ademas, por mucho que hagais, jamas pagareis á este moribundo el haber libertado á vuestro hija de manos de vuestros enemigos.

—¡Ah!

—Sí, sí, señora, la herida que me priva de la existencia la he recibido en defensa de esta niña, depositada en la madriguera de un miserable asesino, á quien tuve que emborrachar para arrancarle su secreto: he tenido que luchar por ella con diestros espadachines, y la herida que me mata me la hizo á traicion vuestro mortal enemigo Fray Francisco de Rivera, baron de Ocaña.

—¡Dios mio! Dios mio! qué espantoso es esto!

—¿No es verdad que sí? á mí tambien me lo pareció, y más cuando vi á la pobre niña padeciendo bajo la presion de sus ligaduras.

—¡Ah! ¿conque tú no has sido quien la ha puesto así?

—No, no, yo no he sido, respondió Cascabeles cuya voz se debilitaba por grados.

—¡Ah! gracias, Cascabeles, yo te perdono cuanto me has dicho, hasta tus amenazas: no, yo no podia creerte tan miserable y criminal con la hija inocente de la mujer á quien tan respetuoso has querido siempre.

—¡Ah! dijo Cascabeles revolcándose moribundo en el suelo; socorro! socorro! que me muero!

—¡Mi hija! exclamó Doña Catalina apoderándose de la niña infeliz, y desatando con mágica rapidez todas sus ligaduras.

—¡Socorro! socorro! socorro! repetia Cascabeles cuyas voces se confundian con el llanto desolador de la hija de Doña Catalina de Mendoza.

En aquellos momentos saltó la cerradura de la puerta de la capilla, y penetró en ella Fray Francisco de Rivera.

Doña Catalina lanzó un grito de espanto; aquel dijo:

—¡Ah! conque has recobrado á tu hija!

—Sí, enemigo miserable, vuelve otra vez á robármela.

—No, porque de todas maneras eres mia; tu esposo te maldice y te repudia por adúltera.

—No; Dios sabe que soy inocente.

—Y yo tambien.

—¿Tú? preguntó la madre sorprendida.

—Sí.

—¿Quién eres entonces?

—El hombre misterioso que la noche de la velada de palacio te libró de la deshonra, apartando de tu lado á Don Luis Cortés, y cortándote en venganza el cabello.

—¡Ah! qué es lo que dices? luego esta niña es hija de Don Martin.

—Sí; te creiste falsamente seducida.

—¡Ah, Dios de bondad! es esto cierto?

—Podrias verlo en este manuscrito, dijo el fraile mostrándosele á la dama; pero ni jamas te le daré, ni menos haré delante de nadie la confesion de haber sido tu salvador.

—Nada importa ni lo uno ni lo otro, dijo una poderosa voz á espaldas del malvado fraile, quien al volverse pudo ver que el virey y Bernardo, seguidos del sacerdote y de varias damas y caballeros, acababan de entrar en la capilla.

—¡Maldicion! exclamó el franciscano.

—Acabamos de oir tu confesion: en cuanto á la historia que ese manuscrito contiene, hé aquí la copia de él; la historia de la velada de palacio me es enteramente conocida.

El fraile lanzó un rugido salvaje, y ansiando hallar en quién vengarse buscó á su alrededor al granuja herido, pero Cascabeles habia desaparecido; entonces se escabulló entre la gente, sin que nadie tratara de oponérsele.

Don Martin corrió hácia su esposa, y arrodillándose á sus plantas, exclamó:

—¡Mártir de la virtud y de la pureza, perdóname mis sospechas injuriosas!

—Don Martin, ¿qué delito habeis cometido al concebirlas, cuando yo misma me acusaba de ellas?

—Sois pura y digna de vos: el manuscrito que el fiel Bernardo me ha hecho conocer, refiere la historia de vuestra abnegacion y sufrimientos: antes que Don Luis hubiese podido ofenderos, ese hombre miserable os salvó; ya leereis vuestra propia historia; ahora tenemos otro mas santo deber que cumplir.

—¿Cuál?

—Presentar á Dios nuestra hija, y solicitar para ella y para nosotros su bienhechora bendicion.

—Sí, démosle gracias por el feliz resultado de tamaña intriga.

....

Momentos despues, el sacerdote cubierto con sus ornamentos sagrados aparecia sobre las gradas que guiaban al altar de la capilla, cubierto de luces.

Don Martin y su esposa con su hija en brazos, habíanse arrodillado ante el reclinatorio; la corte les rodeaba, sin comprender en su mayor parte lo que á su vista sucedia.

La noche habia extendido sobre la mitad del mundo su espeso velo de tinieblas; el templo estaba únicamente iluminado por las luces del altar.

Bernardo, sin sospechar que allí habia estado el moribundo Cascabeles, preguntaba por él vanamente á los criados.

Todos le respondian que no le habian visto salir ó entrar.

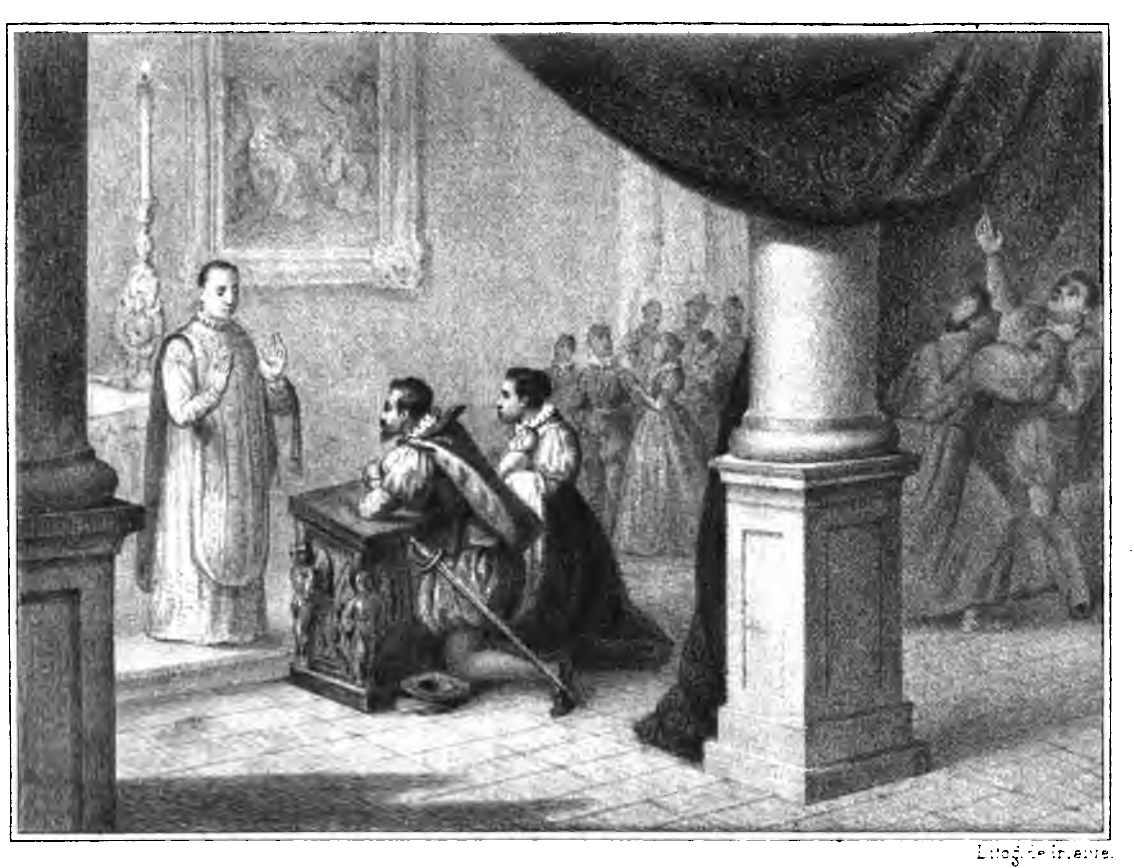
—Y sin embargo, decia Bernardo para sí, tengo la íntima conviccion de que nadie, sino él, ha salvado á la hija de Doña Catalina.

¿Dónde, cuándo y cómo se habia ocultado el granuja?

No lo sabemos; pero lo cierto es que él habia desaparecido, llevándose capa y puñal, y borrando hasta la menor señal de su presencia en la capilla.

Bernardo acabó por decir ¡él volverá!, y olvidándose de ello entró á la capilla á presenciar la sagrada ceremonia.

De pronto penetró en la capilla el franciscano, y sin que nadie



Litog. de Iriarte.

...habianse arrodillado ante el reclinatorio. P. 580.

lo notase se ocultó detrás de los grandes cortinones de terciopelo carmesí que pendian entre columna y columna.

Pero de pronto lanzó un grito de rabia y maldicion.

Acababa de encontrarse con Cascabeles, oculto tambien detrás de las cortinas.

—¿Qué haces aquí? preguntó de modo que no pudo ser oido por los cortesanos.

—Aguardarte, respondió Cascabeles del mismo modo.

—¿Para qué?

—Para darte la muerte, replicó aquel lanzándose puñal en mano sobre el franciscano.

—¡Quieto! dijo este agarrándole por el cuello.

—¡Maldito seais, baron de Ocaña!

—Sí, el baron de Ocaña, que al fin logra vengarse de su mas astuto enemigo el granuja Cascabeles.

Este quiso herir al franciscano, que esquivando el golpe y conociendo la debilidad de su moribundo adversario, le cogió fuertemente por el cuello con ambas manos, y estrangulándole dijo ferozmente:

—Quisiste oponerte á mi venganza; pues bien, sé tú una de las víctimas de ella; muere.

Despues le arrojó contra el suelo con violencia, y salió de la capilla sin ser sentido.

—¡Catalina!!!...... exclamó Cascabeles con voz terrible; y retorciéndose mortalmente, espiró.

Bernardo conoció la voz de su camarada, y levantó las cortinas con extraña agitacion. Los cortesanos todos acudieron detrás de él al sitio donde Cascabeles yacia.

—¡Francisco Enriquez Monade! exclamaron varios.

—¡Cascabeles! dijo á su vez Doña Catalina.

—¡Ha muerto! rogad por él! contestó Bernardo arrojándose anegado en llanto sobre el cadáver de su amigo.

—¡Descanse en paz! murmuraron todos los labios.

CAPÍTULO LVII.

¡La venganza!

A noche acababa de tender sobre la capital de la Nueva España el último de sus crespones.

Un impetuoso viento Norte mugía horrorosamente al quebrarse en todas las esquinas y partes salientes de los edificios.

El trueno estallaba sin cesar con ese ruido destemplado y seco que anuncia la atmósfera cargada del verano.

Espantosos relámpagos iluminaban con su pálido fulgor los apiñados edificios de la ciudad.

Las escasas rondas cruzaban apresuradamente las calles, como grupos de apiñadas sombras vagando entre los sepulcros.

Las ventanas de las casas habian sido sólidamente cerradas, sin permitir descubrir por las hendeduras el menor rayo de una luz interior.

Las aguas de las acequias golpeaban, á impulsos del huracan, los costados de las casas cuyos cimientos lamian antes tranquilas.

Al romper los cables que las sujetaban, las canoas se hacian pedazos las unas contra las otras, produciendo un eco lúgubre.

Creyérase que los cadáveres destrozaban sus sepulcros para contemplar la luz azulada del rayo.

De vez en cuando el viento, azotando los campanarios de los monasterios, hacia estremecer el bronce de las campanas, cuyos badajos les arrancaban sonidos metálicos que los ecos repetian para ser arrastrados por el torbellino.

La luna y las estrellas ocultaban su plateado resplandor tras el espeso manto de la tempestad, preñada de exhalaciones mortíferas.

Las calles veíanse solitarias y espantosamente oscuras, pues en aquel tiempo el alumbrado era desconocido.

El silencio sepulcral de los moradores de la ciudad tan solo era interrumpido por el estruendo de la tormenta, tanto mas imponente cuanto que las nubes se negaban á descargar los torrentes de su lluvia.

Sin embargo, no todas las calles estaban tan solitarias.

Las adyacentes á la de San Francisco veíanse llenas de grupos informes que iban desembocando á la segunda.

Algunos hombres, vestidos del hábito de la Orden, recorrian los grupos recomendándoles el silencio.

Aquellas masas seguian avanzando hácia el monasterio.

Ninguna ronda se cruzaba con ellos.

La guardia de palacio nada sospechaba.

Horas antes la muchedumbre se habia dispersado, sin dar lugar á que las gentes del virey empleasen la fuerza.

Fray Francisco de Rivera habíase por fin resuelto á obedecer, asegurando á las autoridades que aquella misma noche saldria de México para el puerto de Veracruz.

Se creyó apaciguado aquel principio de motin, que con razon habia alarmado á la ciudad.

Sin embargo, el pérfido franciscano habia dado secretamente á las masas la órden de encontrarse reunidas á las diez de la noche en la calle *que va* á San Francisco.

La muchedumbre habia obedecido.

Las diez de la noche sonaron lúgubremente en la ciudad.

Al estrépito de la tormenta unióse entonces el de los bronces.

Las campanas del monasterio ensordecieron con sus cien lenguas el fragoroso ruido de la tormenta.

La muchedumbre comenzó á producir un murmullo sordo é imponente todavía mas que el del trueno.

A la tempestad de los cielos parecia hacer eco la que se preparaba en la tierra.

El metálico sonido de las campanas del templo, haciéndose escuchar á una hora desusada, puso en alarma á la ciudad entera.

La mayor parte de sus moradores, que huyendo á su mútuo fastidio habíanse recogido al lecho, saltaron de él despavoridos.

Nadie comprendia lo que pasar pudiese, pero temblaban todos.

Muchos vistiéronse con intencion de salir á la calle á averiguar el motivo de la alarma, pero todos temian abandonar sus casas.

Unicamente tuvieron valor los vecinos para ponerse en comunicacion en sus propias casas.

El susto llegó á tal grado, que ni siquiera se atrevieron á abrir una ventana para observar la calle.

Todos agrupábanse á las maderas delos balcones, y, ó espiaban por las rendijas, ó aplicaban el oido á la tabla para escuchar lo que se hablase en la parte exterior.

Pero los que mas escucharon nada oyeron.

Unicamente los vecinos de la calle donde se hallaba el monasterio do San Francisco, pudieron imaginarse lo que acontecia.

Mas temiendo una sublevacion, nadie osó asomar la cabeza.

Las campanas seguian enrareciendo el aire.

La muchedumbre continuaba en su murmullo.

Y los vecinos temblando, sin saber por qué.

Por fin abriéronse de par en par las puertas del convento, y la viva claridad de numerosas hachas de cera iluminó los lugares comarcanos.

El viento habia cesado.

—¡Abrid calle! abrid calle! se oyó repetir en todas direcciones, y la muchedumbre se replegó sobre ambas aceras.

El grave y religioso canto llano esparció por doquier las místicas armonías de los libros sagrados.

Aquella muchedumbre fanática cayó en tierra arrodillada.

Los que conducian las luces salieron á la calle, formándose en dos extensas filas y avanzando en direccion á la plaza principal entre los clamores de la multitud, que abriéndose en dos alas les dejaba extenso paso.

Poco despues aparecieron tres frailes, conduciendo uno de ellos una magnífica y elevada cruz de oro, y los otros, dos enormes faroles de vidrios de colores engarzados en filigranas de plata.

Detrás de ellos, doce franciscanos formados en dos bandas agitaban enormes incensarios de oro, que despedian grandes columnas de un humo blanco y aromoso.

Otros doce les seguian, tocando gravemente inmensas campanillas de plata.

Armados de sus correspondientes incensarios iban detrás de aquellos doce frailes mas.

Por último, Fray Francisco de Rivera con toda la comunidad cerraba la extraña procesion, y en sus ojos, que se ocultaban bajo los grandes pliegues de su enorme capucha, hubieran podido verse retratadas la ira y la venganza satisfechas.

Todos los frailes marchaban á compás y con lentitud, cantando solemnente el salmo CXIV de David. *

La muchedumbre escuchaba con recogimiento aquellos versículos en que se canta la libertad del pueblo de Israel saliendo de Egipto, y la eleccion que Dios hizo de él tomándole por pueblo suyo.

La muchedumbre, vivamente excitada por aquel aparato y con aquellos cantares, comenzó á ponerse en pié y á lanzar ciertas voces que se confundian con los sollozos y lamentos de las mujeres que lloraban amargamente, impresionadas por aquello mismo que no comprendian.

—¿Pero por qué salís? preguntaban en coro todos ellos.

* *In exitu Israel de Ægipto.* P. Cavo., H. de M. Loc. cit.

Los frailes continuaban gravemente su procesion.

—Se van á Veracruz, el virey los destierra! decian cien voces.

—No, que no se vayan los hombres santos! contestaba la muchedumbre.

—Ellos nos protegen contra los encomenderos!

—Ellos murieron por salvarnos, en la peste anterior!

—No, no, que no se vayan!

La gritería llegó á ser espantosa y la alarma cada vez mayor.

En tanto los frailes, con perversa intencion, cantaban el salmo siguiente CXV, que dice:

«No á nosotros, oh Jehová! no á nosotros, más á tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad.

«Porque dirán los gentiles, ¿dónde está ahora tu Dios?»

El frenesí de la multitud llegó á un extremo escandaloso.

—¡Que se queden los *santos!* muera el virey! repitieron á la vez millares de voces.

....

....

De este modo atravesaron los franciscanos la ciudad y tomaron el camino de Veracruz.

Los depravados instintos de Fray Francisco quedaban satisfechos.

Habia logrado seducir y arrastrar á dar tal escándalo á los monges franciscanos, la mayor parte de ellos varones justos y piadosos.

Todas las personas que podian causarle algun daño, como las Estrellas y los Luises, habia conseguido, ó encerrarlos en las cárceles del Santo Oficio, ó darles muerte, segun sus cálculos.

Ademas, dejaba la ciudad alborotada contra el virey, esposo de Doña Catalina de Mendoza: ¿qué mas podia ambicionar para dejar satisfecha su VENGANZA?

VENGANZA Y REMORDIMIENTO.

CONCLUSION.

CAPÍTULO I.

Clemencia.

SIN que el gobierno del virey tomase determinacion alguna contra los osados franciscanos, cruzaron estos en procesion ante el palacio y salieron de la ciudad.

La confusa gritería de la muchedumbre habia puesto tambien en movimiento á los personajes de la corte que acudieron á manifestar al virey la necesidad de ametrallar á los revoltosos, puesto que parecian negarse á obedecer las órdenes pacíficas y conciliadoras.

Nadie como Don Martin sentia lastimado su orgullo y alto carácter con la osadía de los franciscanos, y mas que otro alguno comprendia la necesidad de imponerles un nuevo castigo.

—Dad vuestras órdenes, señor, decian los oficiales reales, y dentro de media hora habremos convertido en cadáveres á dos terceras partes de esa gentuza vil.

—Meditemos, señores, en que S. M. nos ha colocado en el gobierno de sus reinos para proveer á su mejoramiento, no para aniquilarlos ó empobrecerlos.

—Vea S. E. que tambien debe mirar por el mayor prestigio de la autoridad de nuestro rey y señor, y no permitir hollarla de tal modo á esos miserables.

—Dejar tamaña osadía sin un ejemplar castigo, seria poner en claro nuestra debilidad.

—Eso no, señores, S. M. tendrá conocimiento del proceder de los monges, y él impondrá la justa pena.

—¿Pero qué pensais hacer?

—Seguir poniendo á prueba nuestra paciencia.

—¿Con qué objeto?

—Con el de que esas gentes conozcan su error y vuelvan sobre sus pasos.

—Mucho nos tememos, señor, que así no suceda.

—¿Por qué razon?

—Se creen inviolables, merced al fanatismo de las masas.

—Pero en justicia no podemos acusar de semejante atentado al total de la comunidad.

—La veis tomar parte en él.

—Es verdad.

—¿Entonces?

—Tal es el resultado de las pérfidas maquinaciones de ese comisario, Fray Francisco de Rivera.

—¿Por qué no os apoderásteis de él en la capilla de palacio?

—Su Eminencia el señor arzobispo me pidió se le dejase libre.

—Es cierto, señores, opuso el interpelado.

—Permitidnos solicitar de vos la razon.

El arzobispo respondió, mostrando á la reunion un gran pliego escrito:

—Cuando las fuerzas del gobierno de S. E. se disponian á salir á dispersar la muchedumbre, un enviado de Fray Francisco me entregó este pliego, donde solicitaba le amparase contra toda dis-

posicion violenta de S. E., jurándome en cambio solemnemente abandonar la ciudad esta noche, poniéndose en camino de Veracruz. Esto fué lo que determinó á S. E. á dar contraórden á los fieles oficiales de S. M.

—Es verdad, añadió Don Martin.

—No habia razon para desconfiar de Fray Francisco, cuando á todos consta, pues lo vieron todos, que la muchedumbre apiñada en la calle *que va* á San Francisco, se disolvió al poco tiempo de contestada su súplica, sin la intervencion de un solo alcalde ordinario.

—Tal fué el móvil de nuestra conducta. El reciente proceder del comisario no era fácil de preverse.

—Pero alguna resolucion debe tomarse.

—Sí, señores, y os la haré conocer.

—Os escuchamos.

—La infeliz muchedumbre seducida por el comisario, es acreedora á nuestra indulgencia, en gracia del piadoso sentimiento que la impelió á secundar los pérfidos planes de aquel.

—Vos lo decís.

—Más criminales los individuos de la comunidad, merecen justa correccion; pero tampoco procederemos contra ellos, en atencion á los beneficios de que les son deudores los habitantes de estos reinos, y por tanto el gobierno de S. M.

—No obstante......

—Quien sobrellevará todo el peso de vuestra justa indignacion, habrá de ser el motor de tamaño escándalo, Fray Francisco de Rivera.

—Aun para ese tambien imploro la gracia de V. E., añadió el arzobispo.

—¡Eso no es posible! respondió el virey.

—Señor, os conjuro á que me la concedais.

—Otras son mis disposiciones respecto al comisario.

—¡Señor!

—Dentro de breves horas saldrá en su seguimiento la fuerza

de que podamos disponer, con órden de apoderarse de él á toda costa.

—Es muy justo, respondieron varios.

—Conducido despues á la ciudad, vos, señor arzobispo, le exonerareis segun nuestros ritos sagrados, y tornado otra vez en secular, le pondreis en manos de la justicia ordinaria.

—¡Bien! exclamaron diversas voces.

—Nuestros jueces le condenarán como traidor á S. M. y conspirador contra su gobierno, á morir en horca vil y á ser quemado su cuerpo, cuyas cenizas se esparcirán al viento.

—¡Señor! opuso el arzobispo levantando su voz sobre el murmullo de aprobacion con que habia sido recibida la sentencia pronunciada por Don Martin contra el franciscano; no trataré de negar la gran justicia que os asiste para condenar al imprudente comisario; pero por tercera vez vuelvo á suplicaros, implorando vuestra bondad, os digneis concederme su perdon absoluto.

—¡Qué decís!

—Señor, os lo repito, demando su perdon.

—¡La impunidad de su crímen! jamas!

—Señor, vuestra determinacion puede importar la paz ó el levantamiento de estos reinos.

—Señor arzobispo, alguna vez hemos de principiar á hacer ver al digno clero que representais, la rectitud de la justicia de S. M. Hartas veces la impunidad autorizó los delitos de algunos clérigos indignos que desprestigian la totalidad de sus instituciones. Vos, dotado de recto y claro juicio, lo confesareis así. Muchos beneficios debe indudablemente la Nueva España á las instituciones monásticas; pero por desgracia comienzan á insolentarse en extremo apegándose excesivamente á lo terrenal con perjuicio de su espiritual mision. Los santos varones, mártires de su cristiana caridad, comienzan á hacerse escasos; y los que, modelo de virtudes, aparecen, claman contra la desmoralizacion que comienza á cundir en las órdenes establecidas en México, y salen de la ciudad sacudiendo, como San Vicente, hasta el polvo de sus sandalias, para ir á

encontrar el martirio y la gloria eterna en las misiones del interior. Esto se le oculta á la masa del pueblo, no sé yo con qué intencion; pero desde luego puedo aseguraros que no es buena.

—Señor!......

—Permitidme continuar. Protejan en buen hora á la clase indígena contra la sórdida avaricia de los encomenderos, yo lo apruebo, y hartas disposiciones he dado durante mi gobierno para cooperar por mi parte á tan buen fin; pero en vez de trabajar para el mayor lustre de la corte de Roma, creándole productivos prosélitos, predicadles la obediencia y el amor á su rey natural, el de España, de tan reconocida piedad, que ha merecido el dictado de católico. Cese ya el clero de desprestigiar en las Indias al gobierno español, declamando contra su crueldad y avaricia, pues sin cesar la corte de Madrid expide leyes que ampliamente favorecen á los indios, cortando los abusos.

—Señor!

—Comprendo el amor de estos hácia sus protectores los monjes, pero impidamos el abuso que de él puede hacerse; nada hay que temer mientras el clero no traspase los límites de su conciliadora mision, mas impidamos con todas nuestras fuerzas, y en servicio de S. M., que de ese amor lleguen los eclesiásticos á formarse un arma contra el gobierno: comprendedme, quiero hablar del fanatismo.

—Señor, no confundais con él la religiosidad de las masas.

—Don Pedro Moya de Contreras, no vistais la verdad con ropajes que la desfiguren.

—Me acusais injustamente.

—Trato únicamente de dilucidar las cuestiones. Nadie se hace mas daño con su conducta, que el clero mismo. El fanatismo y la impiedad son hermanos, porque todos los extremos se tocan. Haced fanática á Nueva España, y la tornareis impía. Quiera el cielo que mis temores no se realicen; pero continuando bajo la misma norma de conducta, ella comenzará proclamando la muerte y la sangrienta matanza en nombre de la sagrada imájen de María

sin mancha, y vendrá á concluir por convertir en escombros sus templos, arrancando de su corazon los dogmas santos de una religion de amor y caridad, para entregarse al cáos del ateismo mas loco y desenfrenado. No desprestigiemos la colosal y santa obra de Cristo, fuente de moralidad é ilustracion.

—Señor, el Dios cuyos altares limpios de impureza y cubiertos de incienso, han hallado sólido cimiento sobre los escombros de una sangrienta idolatría, no permitirá jamas desgracia semejante.

—Mis mas sinceros votos hago por ello, y tal es la razon que me obliga á hacer respetar la autoridad soberana del monarca á quien represento.

—En nombre del cielo vuelvo á solicitar vuestra clemencia.

—Don Pedro, fijaos en las razones en que apoyo mi justicia. Hace tiempo que falsos apóstoles se emplean en sembrar la semilla del mal que prevemos. De la lucha de lo espiritual con lo temporal, no habrán de resultar sino males á estos reinos. Marchemos de mancomun; sed vosotros en buena hora el alma de la nacion, pero no impidais el desarrollo del cuerpo, ambos son elementos de su existencia: el espíritu sin el cuerpo es una incomprensible utopia; el cuerpo sin el espíritu un bruto despreciable.

—Señor, ¿cómo negaros la razon que os asiste?

—Comprended entonces que la hora de dar el golpe ha llegado; recordad en tiempo de Zumárraga y la primera audiencia la lucha escandalosa de ambos poderes; más adelante, en mi mismo gobierno, contemplad los odios entre eclesiásticos y regulares, llegando á vias de hechos en medio de plazas y calles, y por último la actual rebelion de la Orden mas autorizada contra el poder establecido. Respondedme entonces con franqueza, ¿es decoroso ni digno del gobierno de S. M. manifestarse cobarde, temeroso é impotente ante tamaño escándalo, únicamente porque le autoriza el clero?

—Señor, de nuevo vuelvo á confesar la justicia que os asiste; ¿pero quién no se ha horrorizado ante el hecho del monarca Cárlos V, mandando ahorcar de las rejas de su prision en Simancas, al obispo de Zamora Don Antonio de Acuña?

—¿Pero qué me quereis decir con eso?

—Solicito únicamente de vuestra piedad y prudencia, libreis á esta Nueva España del atroz espectáculo de hacerle ver ahorcar á un ministro del culto del Señor.

—La ley lo exige así.

—¿Luego me negais el perdon?

—Es necesario.

—¡Señores! dijo el arzobispo volviéndose á los que le rodeaban, en nombre de Dios uníos á mí, y solicitemos el perdon del culpable, de la bondad de S. E.

—Os advierto que todo será inútil.

En aquel instante se abrió la puerta de la cámara, y Doña Catalina, con su hija en brazos, se arrojó á los piés de su esposo, diciendo:

—No todo, señor, no todo: en nombre de vuestra pequeña hija, ya que no en el de mi amor, sed clemente con Fray Francisco.

Aquel acto de la hermosa vireina produjo una reaccion en los circunstantes.

Los que mas inflexibles parecian, fueron los primeros en unir sus súplicas á las del arzobispo y la dama.

Don Martin perdió su energía.

—¡El perdon! repitieron todos.

—Concedido, respondió el virey emocionado.

—Dios os lo premie, señor, exclamó gravemente el arzobispo.

—Dios os lo premie, murmuraron todos.

—En nombre de S. M., que Dios guarde, dijo Don Martin, le concedo gracia de la vida, pero saldrá desterrado para España.

—Don Martin, opuso la vireina, sed mas generoso todavía, concededle vuestro perdon absoluto.

—¡Sí! sí! exclamaron todos.

—¡Imposible!

—Noble esposo mio, le dijo Doña Catalina acercándose á su oido, tened presente que á él debo yo el no haber sido miserablemente deshonrada; no olvideis que á su confesion debeis la completa seguridad de que esta niña inocente es vuestra hija.

—¿Cómo, entonces, has manifestado no serte desconocida la historia de tu nacimiento?

—Un manuscrito misterioso me la ha revelado.

—¡Ah! ¿un manuscrito dices?

—Es lo cierto.

—¿Luego tú llevas amistad con Fray Francisco de Rivera?

—En efecto, pero no ha sido él quien me le ha mostrado.

—¿Cómo pudo ser eso, si á él se le entregué yo?

—¡Vos!

—Sí; él me habia prometido buscaros por doquier, averiguar si aun existíais, y obtener del virey mi perdon.

—¡Vuestro perdon! ¿pues cuál es vuestro delito?

—Algun dia te referiré mi historia, y comprenderás la larga série de mis infortunios; por ahora, sabe que los mios, y yo á su cabeza, hemos sido durante muchos años el terror de los españoles, á quienes destrozábamos y heriamos en el misterio, sin que ellos hubiesen logrado jamas darnos caza. Entonces el gobierno publicó contra nosotros una terrible ley de proscripcion, ofreciendo enormes sumas al que nos presentase á él vivos ó muertos.

—¡Ah!

—Temiendo las delaciones de cobardes espías, nos encerramos en esta especie de fortaleza, restos del antiguo palacio en que se verificó el rapto de vuestra madre desgraciada, y largos años llevamos de no haber salido de aquí un solo instante, sino á merced de la noche, á proveernos á los pueblos comarcanos de todo lo necesario para nuestro sustento y comodidad.

—¿Jamas habeis estado en la ciudad?

—Jamas, desde que nos retiramos aquí.

—¿Cómo conocísteis entonces á Fray Francisco?

—Una tarde que parecia rondar con siniestra intencion las tapias que cercan la casa negra, como han dado en llamar nuestra morada, le dispararon nuestros hábiles flecheros varios dardos, consiguiendo hacerle caer herido.

—¡Ah!

—Introducido al interior de esta morada, tratamos de ponerle en cura, para á su tiempo sacrificarle en las aras de nuestros dioses: presto conseguimos su restablecimiento, y astuto mas que nosotros, logró captarse nuestra voluntad y sorprender nuestros secretos. Aun cuando se le vigilaba sin cesar, ignoramos de qué modo supo sustraerse á nuestro espionaje, y una noche huyó á la ciudad.

—¡Continuad! repuso interesado el jóven.

—Nos considerábamos perdidos y delatados ante el virey, cuando un dia, sin saber ni por dónde habia entrado, nos le encontramos tranquilamente sentado en el Teocalli, á la hora de nuestras ceremonias.

—¡Qué osado!

—Verle y arrojarnos sobre él para despedazarle, fué todo uno; pero con grave y reposado acento nos manifestó que en la ciudad habia dejado un pliego, en el cual referia nuestra existencia y el lugar donde podrian encontrarnos, encomendado á una persona de su confianza, con el expreso encargo de ponerle en manos del virey si trascurrian dos horas sin haber regresado á su convento.

—¡Cuánta astucia!

—Comprendimos que con aquel hombre era imposible luchar, y nos dispusimos á acceder.

—«¿Qué quieres de nosotros? le preguntamos.

—«Ser vuestro amigo, respondió él.

—«Expón tus pretensiones.

—«Sabeis los grandes premios que se ofrecen por vuestras cabezas al que las entregue al gobierno español.

—«Sí; ¿piensas comerciar con ellas?

—«Os diré de qué modo.

—«Explícate.

—«Yo necesito el dinero que por ellas ofrece el virey; pero como lo mismo me importa recibirlo de vuestras manos que de las de S. E., os propongo que vosotros me le deis, y os dejaré vivir en paz.

—«Ese oro será tuyo, le dijimos; pero como con hombres como tú es necesario asegurarse de sus intenciones, nos darás alguna garantía de que cumplirás tu promesa.

—«Cuantas querais.

—«Señaladla vos mismo.

—«Para que comprendais la buena fé de la amistad que os ofrezco, os firmaré con todos los requisitos que exijais, un documento donde yo mismo demostraré estar comprendido en vuestros planes de conspiracion, diciendo tambien que me obligo á asesinar á S. E.

—«Admitido, respondimos todos admirados de la perversidad y el arrojo de aquel hombre extraordinario.

—«Pues cuanto antes mejor, dijo él.

—«Ahora mismo, respondimos nosotros.

«Todo quedó perfectamente arreglado momentos despues, recibiendo él las cantidades exigidas.

—«Desde entonces continuó en constante relacion con nosotros.

«Nos hizo que le preparásemos una lujosa cámara en el piso superior, y durante mucho tiempo él tuvo ocasion de librarse de sus enemigos, proporcionándonos víctimas para nuestros sacrificios.

«Al efecto, y en una sala inmediata á su cámara, preparó en el piso una enorme trampa giratoria, y cuantos infelices resbalaban por ella, caian sobre el altar de nuestros dioses, donde eran inmediatamente sacrificados.

—«Así debió haber perecido tu hermana!» dijo Ixtaotlzin, concluyendo su horrible relacion.

—¡Dios de bondad! exclamó espantado Don Luis.

—Sí, la bondad del Dios de los cristianos pudo únicamente salvaros de la muerte.

—¿A mí tambien?

—Sí; Fray Francisco pretendió salvar á tu desgraciada hermana, y encontrando en nosotros resistencia, nos propuso la libertad de la jóven entregándonos en cambio, por medio de su astucia, la persona del virey.

—¡Horrible traicion! ¿Y vosotros admitísteis?

—Sí, porque odiamos á los españoles y ambicionamos la libertad de nuestra patria, conquistada por ellos.

—Desde ahora dejareis de alimentar semejante quimera.

—¿Quién puede saberlo?

—Yo.

—¿Tú?

—Vuestros hijos os lo rogarán, y vosotros no podreis negaros.

—¿Pero viven todos tus hermanos?

—No lo sé.

—Cómo, ¿ni por el apellido les conoces?

—Es tan comun el de Cortés en Nueva España, pues le han adoptado tantos indios al bautizarse, que no puede llamar absolutamente la atencion persona que le lleve, por esta sola circunstancia.

—¿Pero confias en hallarlos?

—Todo lo espero de la bondad de Dios, que tan señaladamente nos favorece.

—¡Oh! bendita sea vuestra religion, que jamas consiente en que perdais la esperanza!

—Abrazadla vos tambien, anciano venerable.

—No, jamas volveré á hacerlo.

—Cómo, ¿lo intentásteis alguna vez?

—Escucha; vosotros debeis ser seis hermanos.

—Así dice el manuscrito.

—No obstante, tres sois hijos de una misma madre, otros dos de otra, y el sexto es hermano de los tres primeros, tan solo de madre.

—No os entiendo.

—En otro lugar y ocasion conocerás en totalidad esa historia; pero sabe ahora que dos de vosotros sois hijos mios, habidos en legítimo matrimonio.

—¡Ah!

—Pues bien, mi esposa me exigió para serlo, hacerme cristiano; por Cristo me juró fé y constancia eterna, y sin embargo una no-

che me abandonó, y huyó de mi lado llevándose á mis hijos. Entonces maldije de vuestro Dios y torné á abrazar la religion de los antiguos ídolos.

—¡Desgraciado!

—Sí, muy infeliz; pero yo volveré á adorar al Mártir del Calvario, si él me vuelve á los brazos de mis hijos y mi esposa.

—No dudeis de ello; esperad en Dios, tened fé en él, y vuestros votos serán complacidos. Pero ante todo es preciso poner los medios para ello; en consecuencia, no permanezcamos mas tiempo en este lugar; vamos á la ciudad, busquemos allí á vuestros hijos y á vuestra esposa, y yo os juro obtener del virey vuestro absoluto perdon.

—¡Ese sueño es imposible! dijo Ixtaotlzin con desaliento.

—¿Por qué?

—Mis camaradas han jurado antes morir que someterse al gobierno español: son un puñado de ancianos casi decrépitos, pero valientes y firmes en sus promesas: nada les hará desistir de su intento.

—Pedídselo por sus hijos.

—Será inútil.

—Señor, intentadlo al menos.

—Sí, tienes razon, lo intentaré; pondré en juego cuantos recursos se me ofrezcan: sí, sí, es necesario que esta existencia intranquila y criminal tenga un término. Adios, adios, hijo mio, corre al lado de tu hermana, háblale de mí, hazla que me quiera, y huiremos antes de que pase la noche: vé aquí esta escalera, dijo Ixtaotlzin abriendo ante el jóven una puerta secreta, ella te conducirá hasta el departamento de tu hermana, vuela á su lado, tranquilízala, y prepárala á huir de este lugar.

Sin dar al jóven lugar á contestar, Ixtaotlzin desapareció de allí, y Don Luis Cortés tomó rápidamente la escalera secreta.

Presto llegó al aposento de Estrella.

Apenas le vió entrar la infeliz jóven, trató de huir aterrada y lanzando espantosos alaridos.

Don Luis se detuvo perplejo, y procuró que la jóven se serenase.

Pero fué en vano; la jóven prosiguió gritando dolorosamente.

Quiso tranquilizarla, pero todo fué inútil.

Entonces concibió una sospecha horrible.

—¡Estará loca, Dios mio! exclamó.

Estrella continuaba gritando desesperadamente.

Despues de inútiles esfuerzos para tranquilizarla, Don Luis Cortés hubo de convencerse de que desgraciadamente la infeliz Estrella habia perdido la razon!

....

....

Entretanto, Ixtaotlzin, habiendo convocado el consejo de los ancianos, se esforzaba inútilmente en decidirlos á abandonar la *Casa Negra.*

—Huye tú, le decian, huye con tus hijos; sé perjuro á tus dioses y á tu patria, pero no quieras que lo seamos nosotros.

—Viejos somos ya; en la ciudad y en los brazos de nuestros hijos moriremos tranquilos y felices: venid conmigo! les decia Ixtaotlzin.

—¡No! jamas!

—¡Por nuestros hijos!

—Por ellos te concedemos que nos abandones; es cuanto podemos hacer.

—Pero vosotros, ¿qué vais á hacer?

—Sacrificarnos al recuerdo de la querida patria.

—¡Cómo!

—Ixtaotlzin, bien sabes que una extensa mina atestada de barriles de ese producto infernal traido aquí por los españoles, y al que ellos llaman pólvora, rodea los cimientos de este edificio; pues bien, antes que otro traidor salga de entre nosotros, pereceremos abrasados.

—¡Sí, sí! repitieron todos.

—Pero desgraciados, ¿sabeis lo que vais á hacer?

—¡Morir en recuerdo de la patria!

—Más que eso podeis hacer por ella.

—En vano será que trates de convencernos: cuando contemplamos el placer con que habias reconocido á tus hijos, comprendimos que otra vez nuestro gefe se disponia á sernos traidor, y resolvimos morir como á acabamos de decirte.

—Desistid de vuestro propósito.

—¡Jamas!

—¡Yo os lo ruego!

—Ha llegado la hora de que mueran dignamente los viejos soldados de Tlaltelolco.

....

....

Pocos momentos despues Ixtaotlzin y Don Luis Cortés huian de la maldita casa negra, llevándose consigo á la infeliz Estrella, que al fin se habia calmado.

Cuando se encontraron en el campo y en el camino de México, la jóven les exigió que se detuviesen, y fué obedecida.

Reconoció entonces ella cuanto la rodeaba, se volvió á observar al pálido fulgor de la luna la fatídica silueta de la casa negra, y exclamó:

—¡Libre! libre! gracias, Dios mio!

Despues cayó en tierra desmayada.

—¡Se ha salvado, Dios de bondad! exclamó Don Luis.

—¡Gracias, Dios de los cristianos, mi nuevo Dios, gracias! dijo Ixtaotlzin con fervor, postrándose en tierra y ayudando al jóven á levantar á Doña Estrella.

En aquellos instantes una luz vivísima iluminó el espacio, y poco despues se escuchó una detonacion espantosa.

La casa negra acababa de desaparecer con sus moradores.

Ixtaotlzin levantó al cielo sus manos y gritó con sonoro acento:

—¡Valientes de Tlaltelolco, adios!!!......

CAPÍTULO III.

Libertad y perdon.

LA siguiente mañana apareció serena y apacible, llena de encanto y de luz.

El sol brillante y esplendoroso derramaba sobre todo lo creado sus rayos de oro, y la naturaleza parecia sonreir al que es vida y calor de cuanto existe.

Todo respiraba contento y tranquilidad.

Los moradores de la ciudad entregábanse con fé y actividad á sus labores, que de vez en cuando interrumpian para conversar sobre los públicos acontecimientos de la noche anterior.

Cada cual se esforzaba en demostrar el gran peligro que acababa salvar á la capital de Nueva España, ponderándole mas ó menos, segun el mayor ó menor miedo de què se habia visto poseido el narrador.

Los mejòr informados alababan justamente la prudente determinacion del virey, en perdonar, ño solo á cuantos habian tomado parte en aquel *conato* de motin, sino tambien á los motores de él.

Antes de que hubiese amanecido, los comisionados del arzobispo

habian hecho regresar á sus conventos á los franciscanos, dispersando la muchedumbre de que se rodearon, y la poblacion habia recobrado su tranquilidad habitual.

El arzobispo en persona reprendió severamente á los frailes, ordenándoles que por ningun motivo saliesen de su convento, debiendo permanecer en reclusion en sus propias celdas hasta que él determinase otra cosa.

Como á las diez de la mañana del dia siguiente á aquel en que han tenido lugar los acontecimientos hasta el presente narrados, una elegante carroza, tirada por cuatro magníficos caballos blancos, penetraba en los patios del alcázar vireinal.

Al pié de la elegante escalera el mozo de estribo abrió la portezuela, y un jóven, vestido con exquisita elegancia y buen gusto, descendió del carruaje, ofreciendo despues su mano á una hermosa dama que saltó á su vez de la carroza.

La graciosa pareja subió despues las alfombradas escaleras, dirigiéndose á las habitaciones vireinales.

Cuando llegaron á la puerta de la cámara de la esposa de S. E. se hicieron anunciar, siendo inmediatamente introducidos hasta la presencia de aquella.

Doña Catalina, abandonando los ropajes negros con que habitualmente se vestia, ostentaba un magnífico trage blanco de brocado de oro; un riquísimo joyel pendia de su cintura, rozando el estremo de la falda; una elegante gola de finísimo punto orlaba el escote de su vestido, y á sus cabellos negros y magníficos se trenzaban valiosos hilos de brillantes y perlas, formando sobre su frente una graciosa diadema.

Sus blancos y hermosos dedos se aprisionaban en anillos y sortijas de un válor inestimable, y sus diminutos piés, vestidos de finísimas medias de seda, calzaban unos graciosos zapatos bajos de seda blanca bordada de perlas, con tacones de marfil.

La hermosa Doña Catalina, radiante de felicidad y ventura, se entretenia en ver juguetear con sus hermosas doncellas á una niña de dos años, tan graciosa y bella como su madre feliz.

La lujosa cámara que le servia de estancia veíase odornada de magníficos búcaros, cargados materialmente de flores, que embalsamaban el ambiente con mil aromáticos perfumes.

Al encontrarse delante de tanta belleza, el corazon de Don Luis Cortés se rebeló contra sí mismo y estuvo á punto de desfallecer.

Estrella, su hermana, cayó á las plantas de la noble señora, ocultando entre sus torneadas manos el amargo y abundante llanto que sus ojos derramaban.

Doña Catalina se apresuró á levantarla, abriéndole en sus brazos y al lado del corazon, lugar amigo donde encontrara consuelo.

—¿Qué os aflige así, querida Estrella? le preguntó con amoroso acento.

—¡Señora! se adelantó á decir Don Luis, hoy que sabemos cuán feliz sois, sed piadosa con nosotros, y concedednos tambien algo de vuestra suprema ventura.

—¿Qué quereis decir, amigos mios?

—Respondedme antes, señora; ¿guardáisme rencor alguno?

—Don Luis, ¿cómo pudiera ser tan injusta con los demas, cuando tan venturosa me hace Dios?

—¡Gracias, señora! contestó Don Luis postrándose ante las plantas de la vireina.

—Alzad de ese lugar y exponed vuestros deseos.

—Señora, dos hermanos infelices solicitan vuestra clemencia en bien de su desgraciada madre.

—¿Cuáles son esos hermanos?

—Estrella y vuestro servidor.

—¡Cómo! ¿vosotròs sois hermanos?

—Sí, Doña Catalina; historia es esta larga de referir, y en dias de mayor calma os será conocida.

—Y bien, esa madre querida que nombrais, ¿cuál es?

—La nuestra, señora.

—¡La vuestra!

—Sí.

—¿Y dónde se halla? ¿viene con vosotros?

—¡Ah! pérfidas arterías la separan de nuestros brazos, y el recobrarla es objeto de nuestra solicitud.

—Hablad.

—Se encuentra encerrada en un calabozo del Santo Oficio.

—¡Justo cielo!

—¡Salvadla! exclamó la jóven Estrella llorando amargamente.

—¿Pero cuál es su delito?

—Ninguno: allí la tienen infames calumnias.

—¿Pero cómo sabeis?

—Venimos de casa, señora, y allí nos han enterado de la ocurrencia.

—¿Pero cuándo ha tenido lugar esa prision?

—Ayer.

—¿Y quién la verificó?

—El señor arzobispo.

—¡Ah!

—¡Señora! señora! repitieron los dos hermanos volviendo á arrodillarse ante Doña Catalina; ¡salvadla, por piedad! es nuestra madre!

—Alzad, amigos mios, y tened por seguro que la salvaremos.

—Gracias, señora; hacedlo por vuestra hija.

—¡Ah, sí! todo por ella, respondió Doña Catalina emocionada.

En seguida hizo sonar un timbre; un criado apareció.

—Avisad á S. E., le dijo, que se sirva pasar á mi cámara, pues deseo verle.

Salió el criado, y momentos despues acudia el galante esposo al llamamiento de su consorte.

Al ver allí á Don Luis Cortés no pudo menos de sorprenderse, y mas cuando ambos jóvenes se postraron ante él, repitiendo:

—¡Pendon!

—Alzad vos, Doña Estrella, que en nada me habeis ofendido; y vos, Don Luis, haced cuenta que nada sé, y estrechad mi mano amiga.

—¡Ah! señor! vuestra bondad nos hace amaros; pero así per-

maneceremos mientras no nos otorgueis el perdon de nuestra madre.

—Sí, porque ellos son hermanos, añadió Doña Catalina.

—En efecto, lo sé, respondió el virey.

—¡Ah! será posible!

—Lo sé; Bernardo Estrada, antiguo escudero de mi esposa, ha puesto en mis manos, como prueba irrecusable de ello, un manuscrito en que constan las aventuras de vuestros primeros años.

—No os negareis entonces á tan grande bondad; perdonad á nuestra madre.

—¿Pero dónde está? ¿cuál es su delito?

—Se halla presa en la Inquisicion.

—¡Ah!

—Pero ningun delito ha cometido para ello; se le acusa de adúltera.

—¡Calumnia infame! replicó el virey.

—Vos conoceis nuestra justicia.

—Vuestra madre quedará libre.

—Gracias, señor.

—En mi despacho se halla su eminencia el arzobispo inquisidor, y voy á suplicarle extienda en el acto la órden de su libertad.

—El cielo os lo premie.

—¡Alzad de ahí!

—Gracias, señor.

—¿Pero y el resto de vuestros hermanos? ¿cómo no os acompañan?

—Hemos logrado descubrir el paradero de los cuatro restantes; pero el acudir en socorro de los que se hallan en desgracia, nos ha impedido hasta ahora buscar á los libres.

—Pues cómo, ¿acaso tambien ha sido preso alguno de ellos?

—Se encuentra en los calabozos del Santo Oficio, ademas de nuestra madre, uno de nuestros hermanos, y el padre de uno de nosotros.

—Pero ¿qué decís? preguntó sorprendida la vireina.

—A su tiempo lo sabreis todo, esposa mia, contestó Don Martin.

—Es un horrible secreto.

—¡Ah!

—Voy á hacer que todas las órdenes sean inmediatamente extendidas.

—Gracias, señor; hacedlo por vuestra hija!

El generoso Don Martin tornó á entrar, pasado un cuarto de hora, con las tres órdenes que disponian poner en libertad á los parientes de Don Luis Cortés.

Despues de manifestar su agradecimiento por aquel acto, los jóvenes solicitaron el perdon del infortunado Ixtaotlzin, y el virey perfectamente instruido por el manuscrito de la interesante historia de los Luises y las Estrellas, no tuvo dificultad alguna en concedérsele.

Los dos hermanos salieron del palacio alimentando la esperanza de que todavía podrian ser felices.

En su magnífica carroza se dirigieron á su casa de la calle de Ixtapalapa.

En ella los esperaba el anciano Ixtaotlzin, trémulo de ansiedad.

Al enterarse de las disposiciones de S. E., bendijo de todo corazon al magnánimo Don Martin.

Discutióse á qué lugar deberia acudirse primero, y como era de esperarse, decidieron ir en primer lugar al Santo Oficio, en socorro de las víctimas del franciscano.

Con las órdenes terminantes de que eran portadores, todas las puertas les fueron franqueadas.

CAPÍTULO IV.

La lucha sangrienta.

LA jóven se dirigió á la prision de su madre Doña Estrella de Carbajal y Cortés, Don Luis á la de su hermano el amante de la Estrella de San Cosme, y el anciano Ixtaotlzin á la de su antiguo caudillo Don Hernando de Salazar.

Sigamos al tercero.

Cuando el carcelero, haciendo girar con múltiples llaves las cerraduras y descorriendo los pesados cerrojos, abrió la estrecha puerta del calabozo, Ixtaotlzin sintió, á su pesar, que un frio mortal se mezclaba á la sangre de sus venas.

Su conciencia le golpeaba las sienes.

El carcelero, despues de cumplir su comision, se retiró de aquel lugar, dejando solos al prisionero y á su huésped, segun las órdenes que habia recibido.

Ixtaotlzin estaba vestido á la usanza española, y aunque esto no fuese, muchos años habian trascurrido para que su gefe, el antiguo caudillo de Tlaltelolco, pudiera reconocerle.

Don Hernando, creyendo hallarse en presencia de algun juez, le dijo:

—Si es, caballero, vuestra mision la de notificarme alguna sentencia ó la de tomarme declaracion, os suplico seais breve; á todo estoy prevenido: conozco el proceder del inflexible Tribunal, y desde antemano estoy dispuesto á la muerte.

—Don Hernando de Salazar, antiguo gefe de los últimos soldados de Cuauhtemotzin, el que al bautizarse se llamó Don Luis Cortés, escuchadme.

—Decid.

—Tal vez una sentencia de muerte pesa amenazadora sobre vos, tal vez estos instantes sean los últimos de vuestra existencia.

—¡Caballero! exclamó Don Hernando con tranquila gravedad, os he suplicado que seais breve: si pensais con vuestras imponenentes palabras predisponer mi ánimo á esa terrible franqueza con que el condenado muestra á sus jueces su corazon al descubierto, podeis creer que no son necesarias. Nada puede sorprenderme. Me resigno á mi suerte, y tal vez ansío el término fatal. La Inquisicion no es capaz de intimidar una fortaleza como la mia.

—Y bien, te creo; pero afirmo tambien que no soy delegado de la Santa Hermandad.

—¿De quién entonces?

—De vuestra conciencia.

—¡Caballero! dijo con sequedad el anciano.

—Escuchadme.

—A Dios solo daré tan íntimas cuentas.

—Y antes á mí!

—¿Pues quién sois vos?

—¿Tanto me desfigura este trage, que no conoceis en mí un soldado de la patria á quien habeis sido tres veces traidor?

—¡Ah! exclamó Don Hernando entre confundido é irritado.

—Lo veis; temblais ante su recuerdo.

—Y bien, nadie me recriminará con justicia; harto terrible ha sido mi castigo, y harto la pena superó á la culpa.

—No lo creais así; la traicion á la patria no es menor que el

perjurio y la blasfemia contra Dios: crímenes semejantes no se purgan jamas: si la sangre derramada no se borra nunca de las manos del asesino, la mancilla que imprime la traicion y la blasfemia, no se arranca jamas de la conciencia vengadora.

—Del libro de la justicia divina borra Dios la señal de las culpas cuando el alma criminal se ha purgado en la severidad de los castigos; mi patria no tiene derecho á escupirme á la cara el veneno de mis decepciones, cuando ha sometido mi alma á suplicios mas bárbaros y atroces que cuantos pudo soñar el fanatismo de todas las religiones para los blasfemos y perjuros.

—Y sin embargo, vos mismo no habeis podido perdonaros vuestra conducta.

—Os suponeis mi crímen mayor que lo que es.

—Nada puede amenguarle.

—No lo creais.

—Decid entonces.

—Cuando nosotros sucumbimos en Tlaltelolco, la lucha era ya imposible: el fatal espíritu de obediencia y respeto á sus caudillos, perdió siempre á los mexicanos. Díganlo las llanuras de Otompan, en que poco mas de mil españoles y escasas tropas aliadas derrotaron un ejército de doscientos mil soldados del imperio, únicamente porque estos se dispersaron al ver caer en poder de Cortés el estandarte de Cihuacatzin, general de tan numeroso ejército. Apenas se difundió la noticia de la toma de México, comenzó la desmoralizacion en las provincias de Anáhuac que aun no habian prestado obediencia al conquistador, y todas en masa renunciaron á la lucha y se sometieron á los vencedores. ¿Qué quedó de aquellos esforzados ejércitos, dignos de suerte mejor? Nada. El puñado que formamos los pocos que habiamos sobrevivido en Tlaltelolco. Intentar en tal situacion la lucha, hubiera sido una temeridad, y cualquier paso dado para ello, un paso mas á una muerte cierta. Reconocida la impotencia de los mios por sí propios, ¿cuál fué su determinacion? La de asesinar vilmente á sus enemigos en la oscuridad y el misterio. ¿Y podria yo, caudillo de tropas aguerridas

y esforzadas, ponerme al frente de tan criminales emboscadas? De ninguna manera; por eso me aparté de ellas. El amor de una mujer abrió mis ojos, y mostrándome las excelencias de una religion de paz y caridad, me hizo suspirar por una tranquilidad y ventura imposibles de otro modo para mí: lloré sobre los manes de mi patria querida, y sin olvidarla tomé de los conquistadores cuanto bueno me ofrecian. Se creyó que con mi proceder deshonraba á mi patria haciéndome traidor á ella. Y bien, harto terrible fué mi castigo: los mios hiciéronme traicion y deshonráronme brutalmente; la culpa vengó á la culpa; la represalia borró de mi conciencia la memoria del crímen para entregarme á los horrores de la desesperacion y el remordimiento.

Ixtaotlzin permaneció en silencio despues de las palabras de D. Hernando: á su pesar, reconocia el espíritu de verdad que habíaselas inspirado.

El esposo de Doña Estrella se ocupó en enjugar las lágrimas que semejante relacion habia hecho rodar por sus mejillas.

Despues continuó diciendo:

—Debiera haber quedado satisfecha la justicia de mi implacable destino; pero no ha sido así, un golpe solo le restaba que darme, y al fin me le ha hecho sentir. Los mios, en medio de su atroz venganza, habian cedido á un resto de compasion, no robándole á mi amor mi cara hija. Pues bien, héme ya separado por siempre de ella: dentro de algunos instantes tal vez habré recibido la muerte en mi negro calabozo, sin que en mi última mirada haya podido verla cerca de mí, sin que á sus manos cariñosas les sea dado cerrar mis párpados, y hasta llevando á la otra vida el sentimiento de que convertido mi cuerpo en cenizas y esparcidas estas al viento, mi pobre hija no podrá regar con sus lágrimas la tumba donde debiera reposar el cuerpo de su padre.

Ixtaotlzin quiso hablar, pero las lágrimas se lo impidieron.

Don Hernando lo notó, y le dijo:

—Mi daño os espanta, vuestro llanto me lo dice; pues bien, aun puede causaros horror mas grande.

—Lentamente dejaba consumirse mi penosa existencia en la desolacion y el martirio, así como el diamante se disuelve en los líquidos corrosivos del alquimista, fijos los ojos abrasados por el llanto en mi idolatrada hija, purísima estrella que me guiaba en el áspero camino de la resignacion.

—El anciano se detuvo y suspiró.

—El amor de la inocente niña, veces mil me apartó de los umbrales de la desesperacion y la blasfemia. Cuando el recuerdo con su dedo de frio acero tocaba la herida de la deshonra de mi esposa, mi corazon brotaba sangre y oscurecia mis ojos con las manchas de su vergüenza. Entonces solia decirme: si los juicios de Dios pusiesen otra vez en mi camino á mi esposa, empañada la frente que yo conocí pura, con los besos de sus nuevos hijos, ¿cómo verla yo que la amo? ¿cómo perdonarla el crímen de que es inocente?

—Don Hernando, vuestro dolor me aterra.

—¿Comprendeis lo horrible de mi martirio? ¿adivinaríais mi horrible lucha? ¿la rechazaré, si la amo? ¿la amaré, si está deshonrada?

—Ella es inocente.

—No, vos no podeis adivinar mi alma.

—¡Señor!

—El mundo se burlaria de mi perdon; tal vez uno de sus seductores se reiria de mi amor inverosímil. ¡Honra del hombre, infierno de su tranquilidad y ventura, ni todo el poder de un Dios es bastante á unir tus pedazos una vez quebrada! ¡Para todos los crímenes hay regeneracion posible, solo tú no puedes lograr vindicacion! Tan solo tú imprimes en la frente del inocente marido una mancha, que nadie, ni Dios mismo puede hacer desaparecer.

—Don Hernando, olvidad esas ideas!

—¡Olvidarlas! ese ha sido mi constante empeño desde el dia del infortunio mas terrible de mi vida. Creia que Dios, midiendo mi dolor, comenzaba á cicatrizar mi llaga, cuando hé aquí que el infierno destruyó de un golpe la frágil obra de mi resignacion.

—Os comprendo.

—No, quizás no sabeis que vive mi esposa, que ha pisado mi casa, que la he reconocido, ¡que aun la amo!

—Dios lo quiere.

—No, Dios no, sino el infierno; porque ese amor es imposible; porque mi vergüenza lo cree así.

—Dios os exige el olvido.

—No, no, Dios no me lo puede exigir.

—Para ello condujo á vuestra esposa al lado vuestro.

—Sí, pero por la mano terrible de la Inquisicion ha vuelto á separarla de mí. ¡Juicios impenetrables! ¿Sabeis por qué el inflexible tribunal la prende?

—¡Don Hernando! exclamó Ixtaotlsin, espantado el leer en la extraviada mirada de su víctima el acceso de demencia que tan frecuentemente solia atacarle.

—Pues bien, oid y espantaos; la prende......

—¡Ah!

—Por adúltera!!! gritó aquel cayendo postrado.

—¡Don Hernando! serenaos en nombre de la Madre de Dios, y no aterreis con vuestro dolor mi recriminadora conciencia.

—¡Vuestra conciencia! ¿qué decís? ¿qué tengo yo que ver con ella? ¿sois acaso uno de mis miserables enemigos? ¡Oh! temblad si lo fuéseis, porque aunque sin armas estoy, me arrojaria sobre vos, y con mis dientes os destrozaria el pecho para arrancaros el corazon devorándole como un tigre, y morir despues con el veneno que sin duda encerrais en él.

—Serenaos, Don Hernando, acatad los juicios de Dios, yo os lo aconsejo, que tambien soy cristiano por amor. La bondad del cielo es innegable, esperad en él.

—No, yo solo quiero veros cumplir vuestra mision, que es sin duda la de conducirme al suplicio: la muerte, sí, yo quiero la muerte.

—Pues bien, ved los juicios de Dios, yo os traigo la libertad.

—¡La libertad!

—Sí.

—¡No! no!

—Creedlo.

—¡Es imposible!

—Ved las órdenes del inquisidor y del virey.

—¡Dádmelas! dijo el anciano tomándolas en sus manos y devorando con ojos de sangre su lectura.

—Ya lo veis, sois libre.

—Sí, sí, soy libre; pero yo esperaba la muerte, y la libertad me espanta: no, no, yo quiero morir!

—¡No, jamas! vivid para vuestra hija.

—Mi hija! mi hija! recuerdo espantoso!

—¿Qué va á ser de ella sin vos?

—Por fortuna no la dejo abandonada.

—¡Cómo!

—Tiene un esposo.

—¿Quién?

—Don Luis Cortés.

—¡Desgraciado!

—¿Qué decís?

—Tal vez son hermanos.

—¡Horror! ¿qué habeis dicho?

—Conozco vuestra terrible historia.

—¿Vos?

—Sí.

—¡Cómo!

—Pronto lo sabreis; ahora ayudadme á evitar un mal espantoso: de vuestra infeliz mujer llegaron á nacer tres hijos, ademas de vuestra Estrella.

—¡Dios mio!

—Escuchad con resignacion: en esa historia figuran, ademas, otros dos hijos que ningun parentesco tienen con los cuatro primeros. Si el matrimonio de vuestra hija se ha efectuado con uno de estos, nada hay que temer; pero en caso contrario no puede haberse unido sino con un hermano suyo.

—¡Horror! horror!

—He podido averiguar la existencia y el paradero de los seis jóvenes; pero por acudir en vuestra salvacion, nada mas he tratado de saber respecto de su vida.

—¡Destino inflexible, cesa ya en tus rigores ó deja undirse el cielo sobre tantos crímenes!

—Don Hernando, salgamos de vuestra prision; respirad el aire de vuestra libertad, y volemos al lado de vuestra hija.

—¿Pero quién sois vos? decídmelo.

—A su tiempo lo sabreis.

—No, decídmelo ahora, porque una sospecha horrible nace en mi alma.

—Don Hernando, vamos en busca de vuestra hija.

—¡No, no te escapes! ¿quién eres? dí.

—¡Don Hernando!

—¡Tu nombre, ó te ahogaré entre mis puños!

Al decir esta palabras se arrojó al cuello de Ixtaotlzin, que no tuvo tiempo de huir el ataque.

—¡Don Hernando! decia el uno.

—¡Tu nombre, tu nombre! repetia el otro.

—Salvemos á nuestros hijos, repetia Ixtaotlzin luchando con su víctima.

—¡Nuestros hijos! ¿quién eres entonces?

—Yo soy Ixtaotlzin.

—¡Tú! tú! el sanguinario instigador de mis soldados!

—Sí, yo.

—¡Ah, miserable! la justicia de Dios te entrega á mi venganza.

Y sobre las losas de piedra del calabozo se estableció una lucha espantosa.

Don Hernando, feroz como un tigre, queria ahogar á su adversario, y este procuraba defenderse y vencer á su antagonista, sin tratar de hacerle daño.

En aquel momento el amante de la Estrella de la calzada de Tacuba, y su salvador, penetraron al lugar de la lucha.

Merced á su intervencion, ambos contendientes quedaron separados.

—¡Don Hernando de Salazar! exclamó el Don Luis de la calle de Ixtapalapa; otros deberes mas santos que la venganza, os reclaman.

—¿Quiénes sois? ¿qué deberes son esos?

—Vuestra esposa, Doña Estrella Carbajal de Cortés, espira en en uno de los calabozos del Santo Oficio.

—¡Ah! gritó Don Hernando.

—Seguidnos á su lado.

—Vamos, sí, respondió completamente desarmado de su coraje.

....

....

Pocos momentos despues los cuatro personajes penetraban á la prision de Doña Estrella de Carbajal.

Sobre un duro lecho de madera se recostaba aquella infeliz.

Un sacerdote la exhortaba en sus últimos instantes.

Al ver entrar á Don Hernando pareció recobrar la vida, que se le acababa por instantes.

—Venid aquí, llegaos á mi lecho, le dijo.

—¡Esposa infortunada! exclamó él cayendo arrodillado á su cabecera.

—No, no soy tan infeliz como suponeis.

—¡Dios de bondad! cuán grande es su resignacion!

La voz de Doña Estrella se debilitaba por instantes: movia inciertamente su cabeza; un estertor horrible se escapaba de entre sus labios; un hipo seco y angustioso interrumpia sus frases, y su lividinosa palidez desfiguraba por momentos su semblante.

—El dolor que me causó la desaparicion de mi hija, y el espanto de verme en un calabozo de la Inquisicion, unidos á mis pesares anteriores, me quitan la vida...... Esposo mio, mi muerte es inevitable, la siento apoderarse de mí rápidamente!......

—¡Infeliz!!

—No, no lo creais...... muero resignada......

—¡Dios de bondad!

—Él me permite espirar entre los séres queridos de mi alma.....

—¡Esposa mia!

—Sí....... dadme ese nombre....... que no soy indigna de llevar....... á pesar de la deshonra....... que la fatalidad....... hizo pesar sobre mí....... yo os he amado siempre....... y si al verme separada de vos...... no llegué á morir de pena...... fué...... porque mi vida la reclamaban mis hijos.

—No os atormenteis.

—No lo creais...... muero tranquila: solo necesito...... vuestro perdon......

—Mi amor te le garantiza, esposa mia.

—¡Ah! gracias, Don Luis...... Dios os premie el consuelo que me dais!

—Jamas dejé de amaros.

—Lo creo, sí...... vos habeis sido siempre...... generoso y bueno para conmigo.

—¡Esposa mia!

—Dios me saca de este mundo....... para llevarme....... á su celeste mansion...... allí, donde las injusticias de los hombres...... son compensadas por Él con una felicidad eterna.

—¡Misericordia divina, cuánta es su resignacion!

—Dios es justo al enviarme la muerte para que cese de padecer....... Si llegare á vivir....... ¿cuántas penas no me restarian aún?...... soy inocente del crímen que me mancha......

—Sí, esposa del alma, así lo aseguro.

—Pero ante el mundo os avergonzaríais de mí...... porque en la justicia del hombre....... no hay reparacion posible....... que lave las manchas de la honra. Por eso Dios me saca de la vida......
y me señala un puesto...... entre sus mas puros ángeles......

—Bien le mereceis al par entre los mártires.

—¡Ah!...... mi vida..... se acaba!...... ¡Ah!...... oidme...... Don Luis, esposo mio, concededme una última gracia......

—No dudeis que así lo haré.

Amad á mis pobres hijos....... cual si yo los hubiese teni-
en un matrimonio...... anterior al vuestro.

—Sí, sí, yo los acepto como mios; mi nombre es el suyo.

—No...... no os exijo tanto sacrificio.

—No lo creais así.

—Sí...... ese...... es su nombre...... Quiero...... que los tres lleven mi apellido....... llamándose por tanto....... Carbajal: así se acordarán...... de orar por el descanso de su madre.

Los amargos sollozos de los circunstantes la interrumpieron.

—Vos, esposo mio, enseñad...... á vuestra hija...... á venerar mi memoria, y jamas la referireis la historia terrible...... en cuanto hayais recogido mi último aliento, volad á su lado...... y tranquilizadla...... ¡Oh!...... solo siento no tenerla á mi lado...... en este instante...... supremo.

En aquel momento se escuchó en el corredor de los calabozos la voz argentina de la hija de Don Hernando, que venia gritando:

—¡Padre! padre! sois libre; ¿dónde estais?

Don Hernando salió apresuradamente, y despues de recibir en los brazos á su hija, la condujo al lado del lecho de la espirante Doña Estrella Carbajal.

La moribunda hizo brillar en sus ojos una mirada purísima, y estrechando la mano de su hija, exclamó:

—Gracias, Dios mio!...... Adios!......

Despues dobló dulcemente la cabeza, y espiró.

....

....

Un coro de ángeles que habia recogido su alma, la depositaba algunos instantes mas tarde en brazos del Dios de la misericordia y la bondad!......

CAPÍTULO V.

Aclaraciones.

TOMADAS las convenientes disposiciones para el entierro de la esposa de Don Hernando, el cadáver de Doña Estrella Carbajal de Cortés fué puesto de cuerpo presente en la nave mayor de la Catedral de México, sobre un espléndido catafalco cubierto de millares de luces colocadas en ricos y enormes candeleros de plata y oro.

Las paredes del templo se cubrieron de arriba á abajo con grandes lienzos de terciopelo negro con franjas de oro.

En todos los altares decíanse sin interrupcion misas por su descanso, vistiendo los sacerdotes ornamentos negros.

De la bóveda pendian enormes arañas de cristal y metales, cuajadas de velas de cera.

Al pié de todas las columnas, colosales pebeteros de plata despedian incesantemente el blanco y espeso humo que produce la combustion del incienso y del copal.

Sobre la negra alfombra qne tapizaba el piso, habíanse regado abundantemente flores de todas especies.

Las cortinas de las paredes y los lienzos del catafalco estaban adornados con coronas de ciprés y de palma.

En cuatro altares, elevados alrededor del túmulo, decíanse misas y cantábanse responsos.

En el coro escuchábanse las imponentes armonías del oficio de difuntos, cantado por los venerables canónigos.

Una muchedumbre respetuosa y llena de devocion llenaba el ámbito del templo y admiraba el fúnebre aparato, ó devota oraba por el descanso de aquella alma, cuyas honras se celebraban tan espléndida y desusadamente.

A la puerta del templo varios sacerdotes repartian con profusion limosnas á los pobres, encargándoles rogasen por el descanso de la finada.

Las mendigas y sus pequeños hijos lloraban de agradecimiento, y sus lágrimas se elevaban al cielo entre el humo del incienso y las armonías sagradas.

Los bronces del templo tañian á la vez sus lastímeras voces, invitando con su triste doble á los cristianos á rogar por un alma, ya en la presencia de Dios.

La muchedumbre que acudia á la Catedral llegó á ser tanta, que el virey se vió precisado á enviar una compañía de sus alabarderos para que estableciesen un órden fijo en la entrada y salida de los visitantes al templo.

Entre estos no faltaron, acudiendo unas despues de otras, todas las principales familias de la corte de Nueva España.

La misma vireina, acompañada de todas sus damas, oraba á los piés del soberbio catafalco, elevado veinticinco varas sobre el piso de Catedral.

Aquella religiosa afluencia de gentes era totalmente desconocida en Nueva España, en ceremonia semejante.

Don Hernando de Salazar se habia trasladado á su palacio de la calle *que va* de Santo Domingo á las Atarazanas, y en su severo estrado hallábase rodeado de todas las personas que le acompañaban en el calabozo del Santo Oficio al espirar su infortunada esposa.

Hombres y mujeres vestian severamente de negro.

Todos esperaban con ansia la vuelta del esposo de su hija, que se encontraba en palacio.

Los papeles que poseia Don Luis Cortés, el amante de la Estrella del camino de Tacuba, habian explicado claramente cuáles eran los hijos de Ixtaotlzin y de Dª Juana de Pimentel y Carrillo.

Estos eran dos: expliquemos á nuestros lectores cuáles eran.

Uno de ellos, Don Luis Cortes el esposo de la hija legítima de Don Hernando, y el otro la Estrella de la calzada de San Cosme.

En el acto mismo se convino en que ambos llevasen el apellido indígena de su padre, llamándose en consecuencia Don Luis y Doña Estrella Ixtaotlzin.

Don Luis Cortés, el caudillo azteca, renunció este nombre, admitiendo para de allí en adelante el de Don Hernando de Salazar: en consecuencia, su hija habida en su matrimonio con Doña Estrella Carbajal, se llamó Doña Estrella de Salazar.

Los otros tres hermanos hijos de la tribu tomaron el apellido de Carbajal, y uno de ellos ademas unió á él el segundo apellido de la madre infortunada, nombrándose en consecuencia Carbajal y Mencia. Ixtaotlzin determinó llamarse Alejandro.

En lo que resta daremos á cada uno su nombre y apellido.

Tardando en volver Don Luis Ixtaotlzin, el esposo de la hija de Don Hernando, se determinó que su padre Don Alejandro Ixtaotlzin saliese en direccion de la casa de su esposa y su hija, instalada en la casa del camino de Tacuba, haciéndose acompañar por el amante de su hija Don Luis Carbajal.

Don Hernando marchó al palacio del virey.

Solos quedaron en la sala Don Luis el de la calle de Ixtapalapa, cuyo nombre y apellidos eran Don Luis Carbajal y Mencia, Doña Estrella Salazar y Doña Estrella Carbajal, hermana del primero.

Las dos últimas tenian algo muy importante que poner en claro.

Don Luis Ixtaotlsin, esposo de la hija de Don Hernando, sabemos que habia sido herido al salir de la casa de Doña Estrella, á quien amaba sin saber que era su hermana.

Este fué el objeto de la conversacion.

—Decidme, hermana, le preguntaba la hija de Don Hernando, ¿ha desaparecido de vuestro corazon todo amor mundano por el que es hoy mi esposo y ayer fué vuestro amado?

—Por Dios os juro que sí: desde que se ha aclarado el misterio de nuestra vida, he sentido por él un puro afecto fraternal.

—Y él pensó que nuestra madre infeliz habia sido la autora de su herida.

—Engaño fatal; á nadie sino á Fray Francisco de Rivera puede acusarse de tamaño atentado.

—¡Qué sabios son los juicios de Dios que le trajeron á mi casa!

—¿Pero cómo pudísteis casaros con él tan súbitamente?

—Os diré ingenuamente que yo le amaba con verdadera pasion, tan solo de verle pasar por mi calle.

—¿Pero él?

—Asegura que tambien me amaba en silencio.

—¡Y sin embargo mantenia relaciones conmigo! exclamó con pesar Doña Estrella Carbajal.

—Hermana, olvidad esos últimos resentimientos de vuestro amor.

—Nada temais, hermana mia; es una queja de la mujer para el hombre; la hermana comprende su deber.

—¿Y cuál fué el móvil que impelió á nuestra madre á despedir á mi esposo de vuestra casa?

—Ese es un misterio que ha muerto con ella; quizás su corazon presentia nuestro parentesco: la disculpa que me dió para justificar su proceder, fué el decirme que Fray Francisco poseia un secreto de su vida, que podria ser nuestra perdicion, si no alejábamos á Don Luis de nuestro lado.

—¿Pero vos, le amábais?

—Os confieso que con verdadera idolatría.

—¿Y ahora?

—Nada temais, sé demasiado lo que debo á mi honra.

—¡Y á Dios!

—Sí; él ha tocado con su dedo poderoso mi corazon de amante tornándole en corazon de hermana.

—¿Y cómo conocísteis á nuestro hermano Don Luis Carbajal y Mencía?

—Hermana, dijo este, Dios me concedió la merced de que fuese su salvador.

—¿Pero quién os aprisionó en la casa negra?

—Los pérfidos engaños de Fray Francisco.

—Y el mismo fraile fué quien me proporcionó salvarla.

—¿Cómo?

—Procurando mi muerte con igual perfidia.

—Largos dias hemos de ocupar en referirnos mútuamente los incidentes de nuestra historia.

Al acabar Doña Estrella de Salazar de pronunciar las palabras anteriores, se escuchó ruido de pasos.

Todos los corazones latieron con violencia.

Instante despues penetraba en el estrado Don Hernando, acompañado del esposo de su hija, Don Luis Ixtaotlzin.

—¡Hermana! exclamó dirigiéndose á Doña Estrella Carbajal, Dios quiso que nos detuviésemos á la puerta de un crímen dificil de prever: vengo á ofreceros mi cariño fraternal; ¿le admitís?

—Y le correspondo con el mio, respondió gravemente la interpelada; abrazad á mi hermana y esposa vuestra.

—¡Dios de bondad! exclamó Don Hernando, ¡bendita sea tu sabiduría!

....

La conversacion roló sobre diferentes motivos.

—¿Cómo tardásteis tanto en volver?

—Asuntos particulares me detuvieron al lado de S. E., de quien fuí á solicitar el perdon de Don Hernando, cuando supe que ya le habia sido restituida la libertad.

—Cierto, añadió su esposa, está fué la causa de que yo acudiese á las cárceles del Santo Oficio en busca de mi padre, en el instante mismo en que espiraba nuestra madre infortunada.

CAPÍTULO VI.

Concluyen las aclaraciones.

DON Alejandro Ixtaotlzin, acompañado del amante de su hija, habia llegado por fin á la pequeña y hermosa casita de la calzada *que va* á Tacuba.

Imagínense nuestros benévolos lectores cómo latiria el corazon de entrambos.

Iban á hallarse delante de los séres mas queridos de su alma.

Con temblorosa mano alzó el primero de ellos el aldabon de la puerta.

Durante el camino, Don Luis Carbajal habia relatado al padre de su amada la escena con Fray Francisco, que habia dado por resultado ser herida Doña Estrella por su propio amante.

Al considerar que tal vez hubiese muerto, la sangre se helaba de terror en sus venas.

Al golpe producido por el aldabon la puerta se abrió, y uno de los sirvientes de la casa se presentó en el dintel.

—¿Vive? preguntaron á la vez.

—Y está casi buena, respondió el criado.

—¡Gracias, Dios mio! exclamaron entrambos.

—¿Pudiéramos ver á Doña Juana?

—Pasad adelante.

—Vamos!

—¿Pero cómo habeis conseguido vuestra libertad?

—Ya lo sabrás.

—La señora se disponia á salir para obtenerla de S. E., dijo el criado.

—¡Gracias, Dios mio! aun no me aborrecen! exclamó Don Luis emocionado.

—¿Aborreceros? se atrevió á decir el parlanchin sirviente; la señorita solo piensa en vos, pronunciando sin cesar vuestro nombre.

—Vamos á verla, repitió Don Luis con amor y agradecimiento.

Ixtaotlzin le siguió.

Presto se hallaron á la puerta del bello gabinete de Estrella.

Al ver esta aparecerse á su amante lanzó un agudo grito de sorpresa y alegría.

—¡Perdon! perdon!! perdon!!! repitió Don Luis lanzándose á la habitacion y cayendo á los piés de su amada y de la madre de esta.

—¿Con que estais libre?

—Sí, Dios me ha salvado!

—Cuán dichosa me haceis!

—¿Pero seríais capaz de no aborrecerme?

—¿Cuándo hemos dejado de amaros?

—Pero yo he vertido vuestra sangre.

—No, sino el destino implacable.

—¿Luego me amais?

—Con el alma entera.

—Y vuestra madre, ¿tambien?

—Sí, hijo de mi alma.

—¡Ah! gracias, gracias! repetia el noble jóven anegado en lágrimas, que arrancaban su amor y agradecimiento.

Así permanecieron en silencio un largo rato.

Ixtaotlzin permanecia mudo, inmóbil cual si fuese una estatua de bronce.

No sabia qué partido tomar, ni cómo darse á conocer.

—¿Pero quién os acompaña? preguntó Doña Juana al contemplar inmóbil en la puerta la rígida figura del azteca.

—¡Señora! exclamó Don Luis, el cielo quiere que para siempre se descorra el velo de los misterios que cubren nuestra existencia.

—¿Qué me quereis decir? interpeló la dama emocionada.

—Acaso no habeis olvidado al padre de vuestros hijos.

—¡Cómo! qué quereis decir?

—¿Os acordais de Ixtaotlzin?

—¡Cielos!!!

—Esposo de Doña Juana de Pimentel y Carrillo, pasad adelante.

—¡Ah! gritó la madre de Estrella arrojándose en los brazos de Ixtaotlzin.

....

....

Tracurridos los primeros instantes, cuando todos hubiéronse serenado algun tanto, Doña Juana dijo:

—Estrella, hija mia, hé aquí á tu padre.

Una escena de emocion, semejante á la anterior, se sucedió.

—Pero decidme, Doña Juana, infiel esposa, ¿cómo pudísteis abandonarme llevándoos á mis hijos? preguntó el azteca.

—Ixtaotlzin, el dia que conozcais esa historia, comprendereis mi amor y mi inocencia.

—Tranquilizaos, esposa mia, todo lo sé.

—¡Cómo!

—Por medio de un manuscrito.

—¿Qué decís?

—Uno de los individuos de mi tribu, disfrazado al presente de lego, y cómplice de las maldades de Fray Francisco, escribió toda la relacion, por vengarse de todos nosotros y causarnos daños, queriendo Dios que el resultado fuese enteramente opuesto.

—¿Pero dónde habeis vivido sin buscarme en tantos años?

—En otra ocasion os referiré esa historia.

—¿Pero aun sois cristiano?

—Volví á la idolatría despues de lo que creí defeccion vuestra.

—¡Ah!

—Pero nada temais; hoy mismo seré solemnemente bautizado por el arzobispo.

—¿Terminarán nuestros males?

—Sí; Dios lo quiere.

Entonces dijo Don Luis:

—Y bien, ¿me concedereis aún la mano de vuestra hija?

—Que Dios os haga felices, respondieron ambos esposos.

Siguiéronse las demostraciones de alegría; despues se dieron las órdenes para trasladarse todos á la ciudad.

Doña Juana y Doña Estrella quedaron brevemente enteradas de todos los acontecimientos narrados en los capítulos anteriores.

La primera explicó á Ixtaotlzin cómo las amenazas de los indios de la tribu la habian obligado á separarse de su hijo, para permanecer disfrazada al lado de su hija.

Don Luis refirió á su vez, cómo la casualidad habia hecho caer en su poder los documentos que atestiguaban cuáles eran los hijos de Doña Juana y de Ixtaotlzin.

CAPÍTULO VII.

El remordimiento.

LÓBREGA y tempestuosa era la noche.

Tras el espeso velo de apiñadas nubes que cubria el mundo desconocido de las estrellas, escabel del Dios poderoso, las ruedas del diamante en que se viselaban, los rayos y las centellas giraban con rapidez produciendo el eco fragoroso de los truenos.

Los vientos desenfrenados silbaban lúgubremente al cruzarse los unos con los otros, como silban las aves de la muerte al disputarse el cadáver del insepulto.

El silencio era grande, tanto como la oscuridad.

Nadie osaba vagar al aire libre.

Tan solo los ángeles, que recogian las oraciones de los buenos y las lágrimas de los arrepentidos para llevarlas hasta Dios, movian sus alas poderosas entre el remolino de los vientos que poblaban el espacio.

La tierra despedia un calor sofocante, cual si por sus poros respirase el fuego de un inmenso volcan.

El polvo y las arenas elevábanse en el remolino del huracan para

luego disolverse y cegar los ojos del hombre, así como las aspiraciones del orgullo humano elévanse rápidamente en columna espiral, para luego desvaneciéndose bajo sus piés al soplo de su impotencia, dejarle caer súbitamente en el abismo de la desesperacion y de la nada.

El viento mugía horrorosamente; arrojábase impetuoso sobre las enormes moles de piedra de los edificios, y de ellas era rechazado por su propia fuerza, lanzando prolongados gemidos, así como el alma del escéptico se despedaza contra la enormidad de su propia duda lanzando las exclamaciones de los malditos.

Y el eco lastimeramente repetia sus lamentos, cual los corazones desheredados reflejan en el cristal de sus dolientes lágrimas el amor de los demas, amor para ellos desconocido.

Las aguas del lago, al quebrarse en pequeñas olas, producian el chasquido del ténue vidrio que se quiebra, así como suenan las cuerdas del alma quebrándose al recuerdo de una patria y una madre ausentes.

Y luego aquellas olas se desvanecian sobre la superficie del lago como se desvanecen en el proceloso mar de las desgracias las esperanzas del regreso al lado de aquella patria y de aquella madre.

Y el ténue aroma de las flores era arrancado por el huracan del fondo de sus corolas, así como el frio desengaño arrebata de lo íntimo del alma los ensueños de un porvenir imposible.

Y el polen de aquellas flores buscaba tierra abonada donde fructificar, como las almas pequeñas ante el infortunio, buscan el corazon de un amigo fiel para hallar en él lágrimas de consuelo y palabras de resignacion y de esperanza.

Pero los tallos de las flores se quebraban al ímpetu del huracan, como se quiebran las almas ante los rigores de un destino implacable.

¡Pobres flores!

¡Pobres almas!

....

....

A la orilla misma de la laguna salobre de Texcoco, veíase removida la húmeda tierra en un espacio de siete piés de largo por dos y medio de ancho.

En el extremo mas apartado de las aguas, sobre un monton tambien de tierra, cuyo volúmen vendria á ser precisamente el mismo que el que mide el cuerpo humano, mirábase enclavada una sencilla cruz de madera negra.

En su brazo horizontal veíanse escritas con pintura blanca algunas palabras.

Un hombre anciano lloraba al lado de la cruz, y elevaba al cielo sus manos manchadas con la húmeda tierra.

No muy distante de aquella sepultura elévanse fatídicos é imponentes los enormes montones de escombros de una casa destruida.

Aquellas eran las ruinas de la *Casa Negra.*

De entre ellas, y en medio de la oscuridad de la noche, se pudo ver desprenderse una pálida claridad, fatídica como el fuego de San Thelmo en sus cementerios.

¿Las cenizas de los que allí habian perecido, iluminábanse con su azufroso fulgor?

Entonces un resplandor idéntico, que parecia exhalarse de la sepultura del lago, iluminó un instante la cruz y su inscripcion, apagándose de súbito.

No así la claridad que de los escombros se escapaba; siempre á la misma elevacion se la veia aparecer y desaparecer entre las ruinas, mas débil ó menos viva cada vez.

Algunos minutos llevaba de repetirse el fatídico fenómeno, cuando el fuego de las ruinas pareció iluminar una fantástica figura.

Vestíase un ropaje oscuro de grandes pliegues, que flotaban agitadamente á impulso del viento silbador.

Aquella figura cadavérica *espectral* mostraba un rostro enjuto, pálido, amarillento, lividinoso.

Algun tiempo permaneció en pié, y el aire, meciendo la gran capucha que contorneaba su rostro, semejaba darle en su altura proporciones mas ó menos gigantescas.

De pronto se le vió inclinarse y arrancar de entre los escombros la fatídica claridad y elevarla en su enjuta mano.

Pudiérase haberle tomado por un sér sobrenatural, por un espectro.

Despues la figura tomó movimiento y comenzó á avanzar sobre los escombros, siempre con la luz en la mano.

Alguna vez se inclinó sobre el suelo y removió las ruinas.

Luego seguia avanzando hácia la sepultura donde el hombre de las manos manchadas de lodo continuaba llorando.

La noche permanecia oscura, arreciaba el fragor del trueno, y mas cada vez el huracan mugía.

El hombre de la sepultura no vió acercarse al hombre de las ruinas.

Este continuó avanzando siempre con la luz en la mano y mas alta que su cabeza.

Avanzó tanto y tan á ciegas, que al fin llegó al lado de la cruz enclavada en la tierra.

Aun quiso avanzar mas, y sus largas vestiduras se enredaron en el brazo de la cruz.

Al sentirse detenido por las ropas, el hombre de las ruinas lanzó un horroroso grito de espanto, de terror.

Entonces el hombre de la sepultura se fijó en él y exclamó con voz mas poderosa que el fragor del trueno.

—¡Maldito tú mil veces, que osas pisar la sepultura de un mártir!

Y el hombre de las ruinas le respondió:

—Calla, y no maldigas á los malditos por Dios!

—¡Ira del cielo! murmuró el de la sepultura, ¡tú! ¿tú aquí?

—¡Maldicion! contestó el de las ruinas, ¡tú! ¿aquí tú?

—¿Qué viniste á hacer aquí?

—¿Qué es lo que tú haces aquí?

—Dios sin duda me trajo á esperarte sobre la tumba de tu víctima!

—Y á mí para que en tí satisfaga mi incompleta venganza.

—Responde, por fin, ¿á qué has venido?

—¿Ves? le dijo el de las ruinas al de la sepultura, mostrándole los escombros de la *Casa Negra*.

—¡Habla!

—Los hombres que allí moraban eran ricos, muy ricos, tan ricos como no puedes imaginar.

—¡Y bien!

—He removido los escombros, he buscado sus tesoros; pero...... nada, ni una moneda, todo ha desaparecido.

—Maldita sea tu avaricia, causa del mal de cuantos te rodean.

—¡Calla! el oro es la felicidad.

—Pero Dios te trae por mano de tu codicia á este lugar donde está la sepultura de tu víctima, para que en ella te mate.

—¡Tú serás quien mueras á mis manos! sí, tú! porque te he descubierto que esas ruinas esconden tesoros, grandes tesoros! y tú has de querer sobrevivirme para descubrirlos y ser feliz.

—¡Maldito seas!

—Sí, y tú tambien, ¡maldito seas!

El hombre de la sepultura y el de las ruinas lanzaron dos rugidos infernales, y quedáronse contemplando frente á frente como dos locos frenéticos.

Pasados unos instantes, el uno preguntó al otro.

—¿Pero de quién esta sepultura?

—De tu víctima.

—¿De cuál?

—Tienes razon, ¡son tantas!

—Acaba.

—¿Recuerdas á mi camarada inseparable, á tu enemigo constante, el que en Madrid se llamó Cascabeles y que en México le llamaron Francisco Enriquez Monade?

—¡Ah! exclamó el hombre de las ruinas, repitiendo su grito de espanto y terror.

—Tiemblas, ¿es verdad? ¡conóces que de él es esta sepultura! ¡Asesino! Bésala, es de tu víctima!

—¡Silencio! exclamó su interlocutor, en cuyo rostro desencajado se pintaba el principio de una inminente y espantosa demencia.

—Tienes miedo, cobarde, asesino!

—¡Habla! dí! ¿por qué tu camarada tomó en México el nombre y apellidos de Francisco Enriquez Monade?

—Porque así se llamaban su infame padre y su madre infeliz.

—¡Cielos! maldicion! ¿qué dices? estás seguro?

—Así lo he escrito en el brazo de la cruz que he puesto sobre su sepultura.

—Pero ¡infeliz! ¿por qué le has venido á enterrar á este sitio?

—Oyelo: yo soy viejo, y los pesares me matarán pronto; como entonces nadie se acordará de Cascabeles, ninguno cuidará de su sepulcro, y enterrado en otro lugar, al fin de los años sus huesos se saldrian de la fosa y rodarian esparcidos á los piés de los hombres: ahora, bien sepultado á la orilla del lago, las aguas irán carcomiendo poco á poco la tierra y llevándose así las cenizas de mi camarada; y muchos que beban las aguas del lago, beberán al par las cenizas: ¿no te parece este grande honor á su memoria? Nunca jamas imaginó poderoso alguno de la tierra tal sepulcro viviente, haciendo beber sus cenizas á millares de cientos de sus semejantes.

El hombre de las ruinas nada respondió; con los ojos clavados en la removida tierra, parecia una estatua mejor que un viviente.

—¿No respondes?

—Oye tú, Bernardo, camarada de Cascabeles, ¿dices que así has escrito su nombre en el brazo de la cruz?

—Sí.

—Repítelo.

—Francisco Enriquez Monade.

—¿Eso dice tan solo?

—No; dice mas, porque era hijo de noble.

—¿De noble?

—Sí, leelo.

—A ver!!! exclamo su interlocutor tomando la linterna que en su mano habia traido; y alumbrando el brazo de la cruz, leyó:

FRANCISCO ENRIQUEZ DE AVILA MONADE, MARQUES DE LAS ENCANTADAS, REPOSA AQUÍ.

—¡Maldicion! yo le maté y era mi hijo! gritó desesperadamente el de las ruinas.

—¡Vuestro hijo! luego vos, Fray Francisco de Rivera ahora, antes baron de Ocaña, fuísteis tambien asesino de María, de la madre de Cascabeles!

—Yo, quien le juré amor en Ayodoric de Valencia; yo, quien la busqué despues de la muerte de su padre: vé, vé aquí su retrato! exclamó el de las ruinas sacando un medallon con pelo y retrato de mujer.

—¡Infeliz! sin duda es este el mismo que ella te arrancó del cuello cuando en la caza de un ciervo en las montañas, la diste la muerte con una bala perdida, llevándote despues á su propio hijo.

—¡Maldicion! maldicion! aquellos eran María y su hijo!

—Sí, sí, desgraciado!

—Ja! ja! ja! ja! jaaaa! dijo Fray Francisco lanzando una horrible carcajada nerviosa, que repitieron todos los ecos entre el fragoroso estruendo de la desencadenada tormenta.

....

Hasta mucho tiempo despues no logró Bernardo hacerle volver en sí: cuando estuvo mas tranquilo, se fijó en la cruz y en la sepultura de su hijo, y entre su horrible carcajada repetia sin cesar:

—¡Maldito! maldito sea yo! Maté á mi hijo, maté á su madre, maté al padre de esta! maté á Segorbe, maté al capitan Arévalo, á mi prima....... á Bocanegra. ..... á los Luises, á las Estrellas! á todos, ja! ja! ja! á todos; ahí en la casa negra murió una Estrella, otra en la Inquisicion! otra por mano de su amante!....... ja! ja! ja! Estrellas! nombres hermosos!....... guiadme al remordimiento!..... ja! ja! ja!..... guiadme al perdon!..... ja! ja! ja!..... sí, sí, sí...... vedlas, vedlas allí, que abrazadas las tres, elévanse en sus alas de mil colores hácia el cielo...... ja! ja! ja!...... ved sus ojos fijos en las estrellas que iluminan su cabeza!..... sí, sí!..... ellas van al cielo..... salen de entre las ruinas de la *Casa Negra*..... van al cielo..... á rogar por mí..... ¡á rogar por mí! ja! ja! jaaaa!

....

Los vireyes, despues del hallazgo de su hija, comenzaron á disfrutar la gran ventura de la paz conyugal y de las caricias de la pequeña niña.

Todos ellos eran felices, y el serlo les hacia olvidarse de la mártir Doña Estrella Carbajal de Cortés.

Don Hernando de Salazar, Doña Estrella Carbajal y su hermano Don Luis de Carbajal y Mencia, eran los únicos que lloraban sin cesar por ella, rogando á Dios por su descanso.

Fray Francisco de Rivera, baron de Ocaña, marqués de las Encantadas, continuó siendo presa de los horribles accesos de su locura.

Todas las tardes salia del convento de San Francisco acompañado de Bernardo, convertido por su piedad en cuidador inseparable del monje, y se dirigian á llorar sobre la sepultura del infortunado Cascabeles.

Allí la demencia se apoderaba de él; entre sus espantosas carcajadas invocaba el nombre de sus víctimas, y creyendo ver elevarse al cielo el grupo fantástico de las tres Estrellas á rogar por él, caia en tierra como muerto al impulso de su REMORDIMIENTO.

¿Parecerá este suficiente castigo para los grandes crímenes del terrible franciscano?

Muy grande es; pero de seguro nuestros amables lectores no estarán satisfechos hasta verle morir como se merece.

Sentimos no tener facilidad de complacerlos; pero esto es cuanto por ahora podemos decirles acerca de nuestros personajes.

Tal vez algun dia y en una tercera novela que llamaremos JUSTICIA DE DIOS! volvamos á encontrarnos con todos ó alguno de ellos.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

Venganza y Remordimiento.—Conclusion.

45



